

NELSON MANRIQUE

«¡USTED FUE APRISTA!»

Bases para una historia crítica del APRA

CLACSO

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

«¡USTED FUE APRISTA!»
Bases para una historia crítica del Apra

NELSON MANRIQUE

«¡USTED FUE APRISTA!»

Bases para una historia crítica del APRA

CLACSO

ET LUX IN TENEBRIS LUCET MCMXVII

FONDO EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

«¡Usted fue aprista!»
Bases para una historia crítica del APRA
Nelson Manrique

De esta edición:
© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Av. Callao 875 | piso 5º | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Teléfono [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459
e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

Este libro presenta la investigación que el autor realizó en el marco del concurso de proyectos para investigadores de nivel superior "Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe", organizado por el Programa Regional de Becas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI).

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2009
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-08818
ISBN: 978-9972-42-897-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501360900391

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

A Amador Manrique de Lara Lozano, mi padre,
que tomó el ferrocarril de Huancavelica
en noviembre de 1934, y cuyas ilusiones de viejo
aprista fueron rotas por el gobierno de Alan García

AGRADECIMIENTOS

Al elaborar un libro se contraen siempre múltiples deudas de gratitud. Este texto ha ido abriéndose camino a partir de múltiples inquietudes, cuya maduración ha comprometido la participación de muchas personas. De quienes me brindaron su confianza y compartieron sus recuerdos conmigo guardo especial gratitud por dos viejos luchadores sociales: Walter Palacios Vinces, militante, fundador y dirigente del Apra Rebelde y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y Violeta Carnero de Valcárcel —esposa del poeta Gustavo Valcárcel y hermana del apasionado y risueño Guillermo Carnero Hocke—, una mujer excepcional, cuya historia merecería una novela.

De una manera u otra hablar de Víctor Raúl Haya de la Torre y del Apra —es imposible separar uno de otro— involucra de manera personal a cualquiera que haya vivido en el Perú entre los años 30 y 90 del pasado siglo. En unos casos, por la adhesión personal a la causa aprista, o por la de personas cercanas —es mi caso, nada excepcional por cierto, de tener un padre aprista—, o por oponerse apasionadamente al «Partido del Pueblo», o a lo que este representaba. De cualquier manera, es imposible pedir una mirada «objetiva» sobre un fenómeno que compromete tan profunda y pasionalmente a los peruanos. Sin embargo, es imprescindible tratar de sustraerse a lo que parecen las reacciones inmediatas que Haya de la Torre y el Apra suscitan: o la adhesión acrítica que lo justifica todo, o la descalificación *in toto*, incapaz de reconocer algo bueno en el fundador del partido más importante de la historia peruana y en su obra mayor, el Apra.

Creo que una buena alternativa es tratar de comprender. La apasionada adhesión de multitudes que Haya y el Apra movilizaron debiera recordarnos que estamos frente a un fenómeno excepcional, que exige una actitud reflexiva, alejada de las descalificaciones fáciles. Siempre la mejor opción es tratar de entender a

los protagonistas dentro de la trama de relaciones sociales que les preexistían y que fueron el marco —y el límite— dentro del cual podían actuar.

Este es un trabajo que ha ido madurando durante bastante tiempo. Para culminar la investigación conté con el apoyo de mi segunda casa, la Pontificia Universidad Católica del Perú. Una beca senior del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) me permitió trabajar sin apremios en la parte más crítica del proyecto. Agradezco especialmente a Uldarico Malaspina, responsable de la Dirección Académica de Régimen Académico de los Profesores (Darap) de la PUCP y a Pablo Gentili, presidente de Clacso, por el apoyo que me brindaron. La edición de este libro es posible gracias a la cooperación entre la Universidad Católica y Clacso.

Rafael Drinot, mi amigo de siempre, leyó una primera versión del manuscrito y me ayudó con las correcciones. El entusiasmo y el rigor profesional de Patricia Arévalo, la responsable del Fondo Editorial de la PUCP, ha hecho posible el pulcro texto que el lector tiene en las manos.

Cerca o lejos, mi familia es siempre una fuente de fortaleza e inspiración. Natty, Daniel Gonzalo y Gabriela comparten —no siempre voluntariamente— las obras que me comprometen vitalmente.

A todos, gracias.

Índice

PREFACIO

Según una célebre anécdota, Víctor Raúl Haya de la Torre y el poeta Juan Gonzalo Rose se encontraron en un evento social. Rose sufrió persecución, cárcel y exilio en su juventud por su militancia aprista y después terminó apartándose del partido, como muchos otros intelectuales en los años cincuenta, debido a los virajes ideológicos del Apra. «¡Usted fue aprista!», le recordó Haya de la Torre. «¡Usted también!», le respondió Rose.

En 1959, un grupo de jóvenes disidentes que habían abandonado el Apra —los «apristas rebeldes»— decidieron reeditar el libro de Víctor Raúl Haya de la Torre *El antimperialismo y el Apra*. Este fue editado originalmente en Santiago de Chile en 1936 y nunca había sido publicado en el Perú. Se trataba de un texto mítico: la exposición más cabal de los principios del aprismo y el libro más importante del fundador del Apra. Muy pocos apristas lo conocían; era uno de esos textos ampliamente citados pero que muy pocos habían leído.

Los disidentes tipearon laboriosamente el texto y sacaron una modesta edición a mimeógrafo. Lo sorprendente es que los defensistas del Apra —popularmente conocidos como «búfalos»— desplegaron todos sus esfuerzos tratando de destruir la edición para impedir que circulara. *El antimperialismo y el Apra* no había sido publicado anteriormente en el Perú debido a que Haya rechazó sistemáticamente que el libro fuera reeditado, según lo señala Luis Alberto Sánchez, dirigente aprista, biógrafo y amigo personal de Haya de la Torre.

Se da, pues, la paradoja de que un autor impida la difusión de su libro más importante. Un destino similar sufrió *Treinta años de aprismo* —un texto que en buena cuenta es una larga glosa a *El antimperialismo y el Apra*—, editado en México por el Fondo de Cultura Económica en 1956 y que permaneció igualmente inédito en el país, por expresa decisión de su autor. Recién a inicios

de la década de los setenta Haya autorizó la edición de ambos textos en el Perú. *El antimperialismo y el Apra* salió a la luz en 1971 y un año después se publicó *Treinta años de aprismo.* Desde 1968 una junta militar de gobierno realizaba un conjunto de radicales reformas sociales y Haya tenía que demostrar que él ya había planteado esas medidas con anterioridad. Era necesario reverdecer los viejos lauros revolucionarios, que habían sido discretamente puestos en la sombra a medida que la política de alianzas del Apra con la oligarquía —iniciada con Manuel Prado en 1956 y a la que se añadió la alianza con Manuel A. Odría en 1963— obligaba a silenciar el discurso antioligárquico y antiimperialista que —nueva paradoja— constituía la razón de ser del aprismo, según lo afirmó el propio Haya en varias oportunidades.

Las paradojas siguieron persiguiendo a Haya aun después de su muerte. A pesar de su indiscutible peso en la historia peruana y de la influencia que sus ideas han ejercido —o quizá precisamente por eso—, su vida sigue siendo poco accesible, más allá de una versión apologética alimentada por el partido que forjó. Quien decida escribir su biografía va a encontrar un muro de ocultamientos. Aunque no faltan biografías escritas por apristas, estas pertenecen al género de la hagiografía: ese tipo de biografía de santos tan característico de la Edad Media[10]. En una reciente conversación, Julio Cotler me decía que es un escándalo que a estas alturas no exista aún una biografía de Haya de la Torre.

Podría atribuirse este ocultamiento a la larga clandestinidad que sufrió el Apra entre 1933 y 1956, con el breve paréntesis del Frente Democrático de 1945 a 1948. Sin embargo, en importantes períodos históricos, el Apra participó abiertamente en el sistema político e inclusive ejerció el poder —entre 1945 y 1948, entre 1956 y 1962 y entre 1963 y 1968—. Cuando Haya necesitó publicar un texto para sustentar que el imperialismo había sido abandonado por los EE.UU. (García 2008: 60), el aparato clandestino del Apra logró hacerlo sin grandes dificultades. A partir de 1956 no existe la menor razón para ese porfiado ocultamiento, pues hasta su muerte, acaecida en 1979, Haya no tuvo cortapisa alguna para publicar lo que quisiera.

Fue el propio Haya de la Torre quien inauguró esta política de ocultamiento. Cuando los dirigentes del Apra Rebelde decidieron publicar *El antimperialismo y el Apra* lo hicieron porque para ellos este libro era la mejor prueba de la claudicación del aprismo con relación a los «principios originarios» del partido.

Aquí se encuentra una clave para entender el porqué de las dificultades que existen para reconstruir la vida de Haya y, por extensión, la historia del aprismo: el Apra realizó virajes político ideológicos tan extremos a lo largo de su azarosa

[10] A esta respetable tradición se suma el libro publicado por Eugenio Chang Rodríguez (2007).

existencia que se hace difícil reclamar coherencia alguna en su línea; pretender hacer una historia del Apra buscando una continuidad en sus formulaciones es perder el tiempo. Esos virajes, claro está, sometían a dura prueba la fe de los apristas. Militantes que, por ejemplo, habían perdido a compañeros asesinados y habían sufrido persecución, cárcel y torturas durante la dictadura de Odría (1948-1956), fueron emplazados en 1963 a aceptar una alianza con su verdugo y a votar por sus candidatos. Si a pesar de eso el Apra pudo sobrevivir fue porque la mística aprista se sustentaba más en factores afectivos que en el conocimiento de la doctrina, como había sido expuesta por su líder y único ideólogo.

Es muy ilustrativo comparar la huella histórica de Haya de la Torre con la de José Carlos Mariátegui, con quien de muy diversas maneras estuvo ligado su destino. Mariátegui nunca ejerció ningún cargo público ni tuvo poder a lo largo de su corta vida —murió muy tempranamente en abril de 1930, a los 35 años de edad—. Peor aun, fue combatido, primero, y luego virtualmente olvidado después, durante décadas, por el Partido Comunista que lo reclamaba como su fundador.

Las obras de Mariátegui llegaron a ser conocidas por el gran público recién en la década del cincuenta, gracias a la tenaz devoción de su viuda, Anita Chiappe, y de sus hijos, que reflotaron la Editorial Amauta y la dedicaron a la difusión de su pensamiento. Sus *Obras completas* fueron puestas al alcance de centenares de miles de lectores en sucesivas ediciones económicas. Los *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana* se han editado centenares de veces y han alcanzado el sitial del libro más leído del Perú. La vida y obra de Mariátegui siguen concitando el interés y la pasión de muchos estudiosos peruanos y extranjeros y existe una vivaz actividad intelectual en torno a su obra. Su biobibliografía sigue ampliándose vigorosamente. Se han editado centenares de libros dedicados a su obra y otros tantos a la edición de nuevos materiales suyos, como sucedió con la publicación de sus *Escritos juveniles.* La revista *Amauta* y el periódico *Labor*, que Mariátegui fundara, han sido objeto de sendas ediciones facsimilares. Existe además una voluminosa revista anual dedicada a la difusión de los nuevos estudios elaborados sobre su obra, los *Anuarios mariateguianos*. Cada vez que se encuentra un nuevo texto, o una carta de algún corresponsal desconocido, esto es objeto de júbilo y da lugar a la correspondiente publicación y a un animado debate sobre su significación en el mosaico de una biografía en continua elaboración. La casa que él habitara, en el jirón Washington, ha sido convertida en un museo: la Casa Mariátegui, con su correspondiente biblioteca, donde se realiza una permanente labor de estudio, investigación y difusión de su vida y obra.

El contraste con Haya de la Torre no puede ser más sorprendente. Como se ha dicho, recién en la década del setenta Haya autorizó finalmente la edición

de sus dos textos fundamentales en el Perú. Después, posiblemente motivado por la acogida que estos tuvieron, le encargó a Luis Alberto Sánchez que presidiera la comisión encargada de la edición de sus *Obras completas,* en 1976-1977. Sin duda, Sánchez era la mejor opción para asumir semejante encargo, dada su calificación como escritor y bibliómano. Pero la colección que se publicó finalmente es decepcionante. Los textos no tienen las referencias bibliográficas imprescindibles —a qué periodo pertenecen, dónde han sido publicados—, para ya no hablar de notas críticas que permitan hacerse una idea de cómo se ensamblan en la obra total del autor. Buena parte de su producción no llegó a ser incluida y la falta de reediciones ha dejado en pie esas omisiones. Las *Obras completas* fueron publicadas en vida de Haya y este no mostró en ningún momento su disconformidad con los criterios con que fueron editadas. La ausencia de debate sobre la producción de Haya ha hecho innecesaria su reedición: la colección puede adquirirse a muy bajo costo, de segunda mano, en los establecimientos de libros viejos.

El contraste con Mariátegui no podría ser más grande. No existe un museo dedicado a la vida de Haya, ni un instituto encargado del estudio, la investigación y la difusión de su obra. A inicios de la década de 1980, luego de su muerte, se planeó convertir la que había sido su vivienda en un museo, pero el proyecto terminó en un escándalo público, cuando se supo que Villa Mercedes, la casa que habitó Haya, había sido comprada por dirigentes apristas con dinero de Carlos Landberg, el narcotraficante más importante de la época, actualmente en prisión. A partir de entonces aparentemente se perdió el interés por dedicar ese inmueble a su memoria. Tampoco existe nada equivalente a la labor editorial y a la vida intelectual organizada en torno a la figura del fundador del marxismo peruano. Cuando el Apra estuvo en el poder —como sucede ahora mismo— los apristas no tomaron ninguna iniciativa digna de la importancia histórica de Haya para compensar estas omisiones. A lo más, se promueven ediciones de lujo de textos encomiásticos, que no añaden gran cosa a la comprensión de su vida y su legado. Hoy por hoy, Haya sigue siendo más citado que leído.

Las *Obras completas* no tienen un epistolario, a pesar de que se reconoce que Haya fue a lo largo de su vida un extraordinario corresponsal y que la comunicación postal jugó un papel decisivo en la gestación y el desarrollo del Apra. Lo poco que se conoce de las cartas de Haya se debe fundamentalmente a la edición que hiciera Luis Alberto Sánchez de la correspondencia que intercambiaron entre 1930 y 1956, en dos volúmenes (VRHT y LAS 1982). Esta constituye una de las fuentes más valiosas para aproximarse a esa dimensión humana, que permanece fuera de los reflectores, y es ejemplar la honradez con que Sánchez realizó la edición. Pero ningún otro líder del Apra ha dado a la publicidad las cartas que intercambió con el jefe del Apra. Inclusive la correspondencia

publicada por Sánchez es parcial: se interrumpe a mediados de 1956, en vísperas del inicio del cogobierno entre el Apra y la oligarquía, y en adelante apenas se incluyen tres cartas anodinas hasta 1970, a pesar de que durante los catorce años siguientes Haya vivió en Europa volviendo al Perú por cortos periodos y que su correspondencia con los dirigentes apristas siguió siendo muy nutrida. Su posición sobre esta alianza y sus avatares seguirá siendo conocida solo parcialmente en tanto no salga a la luz su correspondencia. Las otras pocas cartas de Haya que se conocen han sido publicadas básicamente por disidentes, que al romper con el Apra decidieron dar a la publicidad las cartas que conservaban.

Existe, pues, una deliberada voluntad de escamotear la información sobre un hombre cuya existencia es demasiado importante para el país como para merecer esa especie de segunda muerte a la que se le condena al convertirlo en un ícono inerte, al que se llena de loas, sin asumir su producción ni como guía para la acción, ni como guía teórico metodológica para la investigación[11], ni como fuente de inspiración para aproximarse creativamente al país. Entender a Haya y al Apra requiere, por eso, un cuidadoso trabajo de reconstrucción no solo de su producción, sino de las circunstancias en que esta fue elaborada; a qué desafíos políticos respondía, qué interlocutores buscaba y qué consecuencias políticas intentaba suscitar.

[11] La «teoría» del espacio-tiempo histórico ha servido básicamente para justificar virajes oportunistas, pero no hay ningún estudio serio —ni siquiera del mismo Haya—, que valide su utilidad heurística.

INTRODUCCIÓN

La crisis del poder oligárquico y los intentos de modernización de las estructuras sociales y políticas en América Latina —que se produjeron hacia mediados del siglo XX— son temas importantes en la reflexión sobre el destino de la democracia en la región. Algunos de los problemas fundamentales que afrontan nuestras sociedades tienen que ver con las dificultades de esta transición y la medida en que ella permitió, o no, sentar las bases para una sociedad más abierta y justa. Esto es particularmente pertinente en el caso del Perú.

Desde los años treinta, varios países de la región emprendieron intentos de modernización bajo la égida de burguesías nacionales que intentaban sentar las bases de un capitalismo nativo. Esto se desarrolló a través de lo que luego se denominó el proceso de «industrialización por sustitución de importaciones», convertido después en un modelo de desarrollo por la CEPAL, en los años cincuenta. El populismo latinoamericano[1] movilizó alianzas que, en la medida en que se producía un tímido desarrollo burgués, entraron en conflicto con los intereses imperialistas y con su aliada nativa, la oligarquía. A pesar de que estos procesos fracasaron en sus objetivos finales[2], indujeron importantes cambios en las estructuras sociales y políticas de sus respectivos países.

---

[1] No me refiero a lo que entienden por tal los economistas —un Estado que gasta por encima de sus recursos para alimentar clientelas políticas—, sino a la categoría como fue creada por los politólogos. Esto es, la alianza de fracciones burguesas nacionalistas con sectores populares para intentar llevar adelante una revolución antioligárquica que permita abrir el camino a un desarrollo «moderno», burgués. Pueden ilustrar la idea el justicialismo de Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, etcétera.

[2] Véase el final de Perón y Vargas, derribados por la oligarquía en alianza con los Estados Unidos.

Para los años cincuenta en el Perú la situación era diferente. Durante las dos décadas anteriores, mientras en otros países de la región se producían intensas transformaciones, el Perú vivía un cierre de la coyuntura, tras la derrota de intentos tempranos de acabar con la hegemonía oligárquica. Esto dio lugar a una cerrada alianza de la oligarquía con los militares, bajo la hegemonía de estos; lo que Jorge Basadre ha denominado el «tercer militarismo» (1930-1956).

En el Perú, desde fines de la década del veinte se dieron intentos orgánicos por derrocar el orden oligárquico, mediante la constitución de los que debieron ser los dos más importantes partidos antioligárquicos y antiimperialistas del siglo XX y el surgimiento de los dos líderes más importantes de la historia política peruana republicana: José Carlos Mariátegui, el fundador del Partido Socialista —convertido en Partido Comunista (PC) a un mes de su muerte en 1930— y Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra); que intentaba de coordinar a los revolucionarios latinoamericanos que combatían contra el imperialismo norteamericano. Del Apra surgiría el Partido Aprista Peruano (PAP)[3].

A la muerte de Mariátegui, su sucesor, Eudocio Ravines, un cuadro de la III Internacional, alineó la organización con la ortodoxia de la Comintern, impulsó el proceso de «desmariateguización» del partido y llevó a los comunistas al aislamiento, debido a la estrategia ultraizquierdista de «clase contra clase», que los condenó a la marginalidad política. En adelante el PC sería una fuerza menor, dando los bandazos que le imponía la III Internacional, que le llevó, por ejemplo, a aliarse con la dictadura de Prado durante la Segunda Guerra Mundial[4].

Descartados los comunistas, el Apra se constituyó en la esperanza para amplios sectores populares que esperaban una gran transformación revolucionaria. Su prédica encendida y su martirologio[5] suscitaban grandes pasiones populares, pero alimentaban también la aprensión de los sectores conservadores y de la clase media, como lo constataba Jorge Basadre en un artículo publicado en la revista *Historia*, en marzo de 1943:

---

[3] Para los efectos prácticos, luego de la fundación del Partido Aprista Peruano, en 1931, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, una organización supranacional, desapareció. Lo que quedó en adelante fue el partido nacional conocido popularmente como el Apra.

[4] Es famosa la caracterización que hizo Vitorio Codovilla, el cuadro más importante de la III Internacional en América Latina, de Manuel Prado Ugarteche, uno de los más conspicuos representantes de la oligarquía, como «el Stalin peruano».

[5] Especialmente los cientos —o miles, según el aprismo— de fusilados ante los muros de la ciudadela chimú de Chan Chan en La Libertad, luego de la derrota de la revolución aprista de Trujillo en julio de 1932.

> Injertado en la vida política un movimiento con la organización peculiar de los partidos de la post-guerra y a base de radicales reivindicaciones sociales —el Apra—, las luchas políticas entre 1930 y 1939 [...] giraron alrededor de este dilema: ¿"capturaría" el Apra el poder o no? Esa pregunta explica muchos hechos, muchas leyes y hasta muchas actitudes personales en el orden interno e internacional (ante la revolución española, el fascismo, Estados Unidos, etc.). El miedo y el odio orientaron varias veces al país y generaron más de un episodio luctuoso o condenable (Basadre 1978: 484).

El intento del Apra de tomar el poder a inicios de los treinta fracasó. La polarización política llevó al país a una sangrienta guerra civil y, ante la debilidad de la oligarquía, las Fuerzas Armadas se constituyeron en las garantes del orden social. El Apra y el Partido Comunista fueron proscritos constitucionalmente bajo el argumento de que eran «organizaciones internacionales». Durante las dos décadas y media siguientes, con escasos paréntesis democráticos, afrontaron persecución, represión y clandestinidad. Durante este periodo el partido de Haya de la Torre combinó intentos insurreccionales y conspiraciones militares, que una y otra vez cosecharon fracasos, con búsquedas de salidas electorales que se estrellaban contra el veto con que los militares respondieron a la masacre de un grupo de soldados y oficiales durante la insurrección de Trujillo de 1932.

Hasta mediados de la década del cincuenta el Perú estuvo al margen del proceso de modernización que atravesaba la región[6], y hacia el final del «tercer militarismo», cuando la coyuntura internacional empujaba hacia un proceso de democratización, había la esperanza de cerrar esta etapa oscura de nuestra historia y reemprender el camino hacia la constitución de una sociedad moderna, abierta y democrática.

A mediados de los cincuenta en el Perú se creó el sistema de partidos que serviría de marco para la actividad política durante los siguientes cincuenta años. Al mismo tiempo, la revolución antioligárquica, que era un clamor de virtualmente todos los sectores sociales menos la oligarquía —en un país donde millones de indígenas vivían aún a fines de los años sesenta bajo el yugo del gamonalismo feudal—, se frustró cuando el partido llamado a realizarla se alió con esta y pasó a buscar una alianza privilegiada con el imperialismo. La alianza del Apra con los partidos oligárquicos —con el Movimiento Democrático Pradista en 1956 y con este y la Unión Nacional Odriísta, en 1963— cerró el camino a las transformaciones que

[6] La novela de Mario Vargas Llosa *Conversación en La Catedral* (2001), ambientada en el final del tercer militarismo, durante la dictadura del general Manuel A. Odría (1948-1956), brinda la mejor representación literaria del ambiente opresivo, intelectual y moralmente turbio de este periodo.

permitirían liquidar el poder oligárquico y modernizar, a partir de un impulso desde la sociedad civil, a la sociedad peruana.

Esta frustración dio lugar a otro sorprendente giro de la historia. Las Fuerzas Armadas, que habían sido el soporte de la dominación oligárquica —«perro guardián de la oligarquía» las llamó el general Velasco Alvarado—, y habían evolucionado hacia posiciones que las convencieron de que era necesario acabar con la oligarquía para garantizar el desarrollo nacional y de la incapacidad de los civiles para hacer las reformas que el país necesitaba, emprendieron en octubre de 1968 una de las revoluciones antioligárquicas más radicales de América Latina.

Este proceso, cuya rapidez y relativa facilidad muestra hasta qué punto estaba madura la situación para acabar con la oligarquía, sin embargo, al ser guiado por una concepción militar, paternalista, vertical y autoritaria, impuso a la sociedad peruana un conjunto de radicales transformaciones «desde arriba», rechazando y reprimiendo la participación popular, de manera que cuando Velasco fue derrocado en agosto de 1975, no hubo ninguna fuerza popular organizada que saliera en su defensa.

El resultado de la revolución militar fue la completa destrucción de las bases materiales del poder oligárquico —la hacienda y la servidumbre, la propiedad terrateniente, el sistema financiero asociado al control del suelo, la asociación con el imperialismo que explotaba economías de enclave—, mientras que el mundo de las subjetividades oligárquicas —imaginarios, ideologías, mentalidades; más genéricamente, *representaciones*— quedó relativamente indemne. A este peculiar derrotero histórico se sumó una gran crisis económica, política y social en los años ochenta, con la devastadora violencia política que dejó un saldo de alrededor de setenta mil víctimas. El resultado fue la crisis del sistema político de representación, en la década del noventa, que llevó al hundimiento del sistema de partidos en el Perú[7].

Es necesario entender el porqué de este peculiar derrotero histórico. Julio Cotler (1978) ha aportado una interpretación del proceso que ha brindado las imágenes dominantes para caracterizar este periodo. Henry Pease (1977, 1979) abordó la coyuntura contemporáneamente al desarrollo del proyecto reformista de Velasco Alvarado, desde una entrada eminentemente politológica. Desde la historia han abordado el mismo proceso, como un capítulo importante en el devenir peruano contemporáneo, Alfredo Barnechea (1995), Hugo Neira (1996) y Marcos Cueto y Carlos Contreras (2000). He abordado también parcialmente algunos de los problemas relevantes planteados (Manrique 1995, 2004, 2006).

[7] Un caso semejante, como resultado de un proceso histórico diferente, se produjo en el mismo periodo en Venezuela. La comparación entre ambos procesos ofrece importantes experiencias.

Recientemente, Peter Klarén (2004) ha propuesto una nueva aproximación al periodo en una historia general del Perú. Los análisis que se han publicado sobre el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1968-1980) son, asimismo, numerosos. Sin embargo, no se ha intentado explicar, desde ellos, los bloqueos que enfrenta la sociedad peruana y la naturaleza de la crisis de su sistema político.

Mi preocupación es tratar de entender la naturaleza de la crisis que a fines del siglo XX llevó a preguntarse sobre la viabilidad del Perú como nación. Ella ha tenido su expresión en fenómenos a primera vista tan disímiles como la violencia política que desgarró el país desde 1980, la pérdida de credibilidad del Estado y sus instituciones, la consecuente crisis de la democracia, la privatización del poder, el clientelismo, la corrupción, el colapso de los partidos y del sistema político de representación. Aunque cada uno de estos fenómenos tiene su propia dinámica, todos discurren dentro del marco común del proceso de una progresiva separación entre el Estado y la sociedad, que se hizo evidente en los ochentas y continuó agravándose a lo largo de las dos décadas siguientes.

No pretendo que la entrada que propongo explique completamente la crisis. Una crisis general, como la que vivió el Perú en la década del ochenta, suele tener múltiples causas. Pero una entrada histórica es importante, asumiendo que los hombres hacen la historia en condiciones sociales que les preexisten y que ayudan a definir, por una parte, el marco de las opciones entre las cuales pueden escoger y, por la otra, aquello que son capaces de ver y lo que no pueden ver en un momento determinado. En periodos históricos de cambios acelerados, como los que se vivieron a partir de la década del cincuenta del siglo pasado, la imagen que los hombres tienen de las cosas suele retrasarse con relación a la velocidad con que cambia la realidad objetiva. Las miradas suelen quedarse fijadas en la vieja realidad, impidiendo ver lo nuevo.

La comprensión de la génesis de la crisis es importante para definir el contexto y el margen de juego que tienen los protagonistas y por qué los caminos, que en determinados momentos parecían abiertos, hoy no parecen estarlo más. Piénsese en la incapacidad actual de organizar partidos que sean reconocidos como la expresión de la voluntad de los ciudadanos, así como en el sentimiento generalizado de que no hay alternativas verosímiles para reconstituir un sistema de representación política que ha perdido la confianza de las mayorías.

Como período de estudio central me interesa el que se abre con la transición de la dictadura del general Manuel A. Odría (1948-1956) hacia a un régimen democrático, en 1956, y termina con la caída del general Juan Velasco Alvarado —en agosto de 1975— y el desmantelamiento de las reformas emprendidas por los militares, que actualizaban aquellos cambios que el Apra prometió realizar a comienzos de los años treinta.

El fin de las reformas militares corresponde gruesamente con la muerte de Víctor Raúl Haya de la Torre, en agosto de 1979. Para mediados del siglo XX las fuerzas sociales y políticas más importantes de la sociedad peruana demandaban cambios radicales que permitieran al país abrirse a la modernidad. Existía el partido que podía encabezar la revolución antioligárquica, debido a su legitimidad, su envergadura nacional, su arraigo popular y su ideario antioligárquico y antiimperialista: el Apra. Pero el viraje ideológico del partido político de mayor arraigo popular de la historia peruana cerró el paso a la revolución antioligárquica que demandaban vastos sectores sociales.

Entender este periodo, sin embargo, obliga a retroceder en el tiempo para poder explicar el derrotero que llevó al Apra desde sus formulaciones antioligárquicas de fines de los años veinte, a la alianza con la oligarquía; del discurso antiimperialista inicial al «interamericanismo democrático sin imperio» de los años cincuenta; y a la oferta de Haya de la Torre de respaldar con cinco mil combatientes apristas la intervención norteamericana en Corea. Se requiere, asimismo, entender el porqué de la frustración de los intentos reformistas de los partidos de clase media creados en la década del cincuenta —tanto en sus vertientes moderadas, como Acción Popular (AP) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), cuanto en las radicales, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN)—. Solo desde una visión de conjunto es posible entender la génesis del reformismo militar y el quiebre histórico que este supuso.

Los militares que tomaron el poder el 3 de octubre de 1968 pudieron realizar su proyecto sin encontrar mayores resistencias debido a que la oligarquía, que estaba fuertemente debilitada por los cambios que la sociedad peruana venía experimentando, ya no estaba en condiciones de sostenerse. Pero, por otra parte, en 1968 también los partidos políticos entraron en un receso de doce años, que no respondió a medidas represivas —como las que fueron la norma a partir de los años treinta—, sino a que su capacidad de representación estaba en cuestión. Es necesario explorar las consecuencias de este singular derrotero histórico. Se trata de analizar la naturaleza del desfase entre los cambios sociales objetivos y el retraso del mundo de las subjetividades en medio de un proceso de modernización atípico, así como las consecuencias que se desprenden de este proceso.

En el Perú existe una contradicción no resuelta entre una dinámica social que se ha caracterizado, durante las décadas recientes, por profundos cambios en las estructuras sociales y económicas y por un relativo retraso en la evolución de las subjetividades. La persistencia de un imaginario oligárquico, estamental y colonial, a contracorriente de los grandes cambios sociales que se han vivido en el período, se manifiesta, entre otras cosas, en la supervivencia del racismo

antiindígena que sigue vivo, a pesar de que las bases materiales sobre las cuales este se reproducía —el aislamiento de la población indígena, su escasa movilidad geográfica, la hacienda y la servidumbre, la presencia dominante del quechua y otras lenguas originarias en amplias zonas de la sierra, las diferencias culturales, la vestimenta, las costumbres, etcétera— han desaparecido o han perdido la importancia que tenían. El racismo vive en la intersubjetividad social, y cuando las imágenes de las que una sociedad dispone se retrasan suele verse la nueva realidad con los antiguos ojos, lo cual tiene profundas consecuencias sociales. Emile Durkheim solía decir, y es bueno recordarlo, que todo fenómeno social que es percibido como real debe ser tratado como un fenómeno real.

La revolución antioligárquica que ejecutaron los militares entre 1968 y 1975 quedó inconclusa. Fue exitosa en el terreno objetivo, pero se frustró en el terreno de las subjetividades. La oligarquía terrateniente y financiera y los gamonales desaparecieron, el bloque de poder oligárquico fue liquidado, pero la hegemonía ideológica de la oligarquía no fue cancelada. Como resultado, el Perú tuvo una revolución antioligárquica que fue exitosa en el terreno político y económico, pero que fracasó en el plano del control del poder simbólico. Se desfasaron entonces los cambios objetivos y los subjetivos, y este desfase constituye un elemento importante para entender la naturaleza de la crisis del poder y del sistema de representaciones. La supervivencia de los imaginarios, las mentalidades y representaciones oligárquicas pusieron a la sociedad peruana en un *impasse* que, entre otras consecuencias, se reflejó en la violencia política y la crisis de legitimidad del Estado y del sistema político de representación.

Este no es estrictamente un trabajo de historia política, sino un estudio que combina elementos de análisis sociológico y político desde una entrada histórica. Esto inevitablemente supone un cierto eclecticismo que espero sea fecundo. Se trata de una entrada que por su misma naturaleza brinda posibilidades de abordar problemas teórico metodológicos muy sugerentes, como el de las distintas temporalidades que configuran la práctica social. Como es sabido, los cambios materiales y los de las miradas con que solemos aprehender estos no tienen la misma la velocidad. Habitualmente la realidad objetiva cambia con mayor velocidad que los esquemas mentales con que pretendemos aprehenderla. El desfase entre ambos procesos suele agudizarse en períodos de crisis, cuando la polarización social incrementa bruscamente la velocidad de las transformaciones objetivas. Es posible, pues, que se produzca un desfase como el que venimos señalando, pero este no puede prolongarse indefinidamente; antes o después será necesario que se restablezca la correspondencia entre los hechos y las representaciones que nos hacemos acerca de ellos, debido a que de otra manera no podríamos sobrevivir. Las percepciones, ancladas en lo viejo, se convierten en

una traba que impide que la nueva realidad se despliegue. Se abre entonces el camino a un progresivo distanciamiento entre lo que dicen los discursos y lo que la realidad impone y se abre el camino a profundos trastornos sociales[8].

Resulta paradójico que el Apra optara en los años cincuenta por aliarse con la oligarquía, precisamente cuando esta entraba en su período de declinación final y estaba tan débil que no pudo oponer ninguna resistencia a las medidas tomadas por los militares en el poder para liquidarla. De haberse impuesto en el Apra quienes rechazaban la alianza con la oligarquía y reclamaban que el partido volviera a enarbolar sus banderas revolucionarias originales (como Manuel Seoane, Luis Barrios y Luis Felipe de las Casas) y concertara las alianzas que le hicieran posible concretarlas, posiblemente el país hubiera pasado por una revolución antioligárquica con una fuerte participación popular, que hubiese abierto vías para una modernización general de las estructuras económicas, políticas y sociales. No fue así y el Apra quedó tan descolocado con las reformas militares que vinieron después, que Haya de la Torre solo pudo limitarse a lo largo de la década del setenta a reclamar que esas eran las banderas que los apristas habían levantado en los años treinta y que los militares se las habían expropiado.

Para mediados de los cincuenta, la necesidad de grandes transformaciones en el Perú se había convertido en un sentido común al cual solo se sustraían los sectores más reaccionarios. El triunfo de la revolución cubana (1959) desencadenó una ola de entusiasmo en América Latina. Los sectores más lúcidos de la administración norteamericana entendieron que era necesario modernizar las estructuras sociales en el continente para prevenir el estallido de un volcán social. El Consenso de Punta del Este de 1961, del cual salió la Alianza para el Progreso, recomendó todo un conjunto de reformas que se debían ejecutar para conjurar la amenaza. Los sectores medios del Perú creían también en la necesidad de reformas para frenar la radicalización de los sectores populares; con matices esa era la prédica de los partidos de clase media que entonces se fundaron. La Iglesia sufrió igualmente profundas transformaciones, patentes sobre todo en sus sectores de base, que se expresaron teóricamente en la constitución de la «doctrina social de la Iglesia» y la «opción preferencial por el pobre», y prácticamente en la formación de las *comunidades cristianas de base*; un intento teórico-práctico de acercar la Iglesia al pueblo; posición que fue respaldada por las orientaciones

[8] La profesión de fe neoliberal que Alan García ha realizado en su segundo gobierno podría ayudar a superar este desfase. Aunque sus jerarcas siguen afirmando que el suyo es un partido «de izquierda», el discurso neoliberal, y sobre todo la práctica gubernamental del Apra, deja poco margen para equívocos, como lo demuestra el escaso respaldo que cosecha en las encuestas —el más bajo de América Latina—, a pesar de que tiene excelentes logros macroeconómicos que exhibir.

surgidas del Concilio Vaticano II, en 1963. El Perú se convirtió en uno de los focos de reflexión de donde surgiría una revolución teológica: la Teología de la Liberación.

El Ejército peruano sintió también el impacto de los vientos reformistas. El Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) se convirtió en un precursor fundamental del pensamiento que llevó al gobierno de Velasco Alvarado a intentar el proceso de transformaciones sociales más radicales de la historia peruana. El profundo viraje ideológico de las Fuerzas Armadas tuvo otra importante motivación en la creciente dependencia de la economía peruana con relación a la economía norteamericana, lo que, desde la perspectiva militar, ponía en riesgo la seguridad nacional.

El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada puso en marcha en 1968 el más importante intento de transformaciones sociales de la historia de la República, recogiendo múltiples presiones sociales por el cambio e intentando superar un conjunto de atrasos históricos acumulados a través de una serie de iniciativas audaces. La revolución militar quedó truncada a siete años de su inicio, cuando la crisis económica mundial alcanzó al país en 1974. La falta de una base social, producto de la exasperación del autoritarismo del proyecto, permitió que Velasco Alvarado cayera incruentamente en agosto de 1975, víctima de un golpe encaminado a desmontar sus reformas, sin que nadie saliera a defenderlo. Velasco Alvarado fracasó en su intento de cambiar el país y el proceso de modernización que intentó quedó bloqueado, pero en cambio tuvo gran éxito en generar demandas y expectativas en vastos sectores sociales que luego no fueron satisfechas. Las mentalidades y el imaginario oligárquico sobrevivieron al fin de la oligarquía, debido al carácter vertical y autoritario de la revolución militar. Los intentos de abrir la estructura social peruana a la movilidad social fueron resistidos por esas cárceles de larga duración que son las mentalidades. Y la incapacidad para abrir camino a la nueva realidad que se desplegaba sentó las bases para el estallido en los años ochenta de una de las peores crisis de la historia peruana.

En esta incapacidad de concluir esta revolución antioligárquica en el terreno de las subjetividades se encuentra una clave fundamental para entender el estallido de una gran crisis social en los ochentas, que abrió el camino a diversos procesos disgregadores aparentemente independientes entre sí, como la crisis económica y la hiperinflación, la violencia política, la crisis de la institucionalidad, la involución del Estado y su copamiento por Fujimori y su asesor, Vladimiro Montesinos, la formación de un Estado corrupto y corruptor, así como la destrucción del sistema político de representación, que culminó con la desaparición del sistema de partidos a comienzos de los años noventa. Tales son, a grandes

rasgos, las ideas fundamentales que guían la exploración que desarrollo en las páginas siguientes.

Aunque me interesa el proceso de conjunto, la investigación se ha centrado en el Apra y Haya de la Torre por dos razones. En primer lugar, el papel del Apra en el proceso político peruano a partir de la década del treinta del siglo XX ha sido absolutamente central. Este partido y las Fuerzas Armadas —y las complejas relaciones entre ambos— han modelado en buena cuenta la historia política moderna del país. En segundo lugar, a medida que se estudia la historia del Apra, uno encuentra que esta virtualmente se confunde con la de su fundador y líder. El Apra constituye un caso extremo de centralización en torno a un líder adorado religiosamente por sus seguidores, cuya palabra determinó la historia del partido[9]. No hubo ni hay otro ideólogo en el Apra y muchas de las opciones que tomó el partido más importante de la historia del país solo son comprensibles entendiendo el papel jugado por Haya. Por cierto, este no podía actuar desasido de las fuerzas sociales y políticas que modelaban la realidad en que actuaba. Por eso es tan importante tratar de echar luz sobre esas circunstancias y cómo él las refractó en sus opciones en los diferentes momentos.

[9] Hay solo un caso semejante en el Perú contemporáneo: el de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso.

HAYA DE LA TORRE Y EL ANTIIMPERIALISMO

Historia de una idea: el Apra y el imperialismo

Según sus textos fundacionales, la lucha contra el imperialismo define la identidad del Apra como organización política. Por algo el punto número uno de su programa político, publicado en 1926, reza: «Acción contra el imperialismo yanqui». Los textos iniciales de Haya de la Torre están teñidos de un fuerte antiimperialismo y esta opción es considerada un elemento decisivo de la doctrina aprista. Desde 1924, cuando Haya de la Torre fundó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana, Apra, como un movimiento emancipador, Estados Unidos fue señalado como el enemigo fundamental de la liberación y el desarrollo de los pueblos de Indoamérica, planteándose como tarea fundamental del Apra encabezar la revolución antiimperialista que permitiría a los pueblos del sur del Río Bravo hacerse dueños de sus destinos.

El primer libro de Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina* (Buenos Aires 1927), es una recopilación de sus artículos periodísticos y en él la prédica antiimperialista es encendida y constante. Leguía —dice Haya— ha vendido el país «al temible imperialismo yanqui» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 18). El imperialismo yanqui es, ante todo, la explotación de nuestros países por la potencia del norte: «Nuestra generación antimperialista y revolucionaria lo ha precisado como un problema económico, simple y llanamente económico» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 74). El imperialismo controla a la América Latina a través de su alianza con las castas explotadoras nativas: «En América Latina no existe democracia porque la realidad es feudal. Nuestros países agrícolas, con castas explotadoras, aliadas del imperialismo, están muy distantes de la democracia europea y mucho más lejos aún de la democracia formal» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 170).

Estoy entresacando citas tomadas al azar del libro citado. Las referencias podrían multiplicarse fácilmente.

Haya, alejado del Perú, trataba de mantenerse vigente escribiendo para el periódico *El Norte* de Trujillo, explayándose sobre el contenido de su antiimperialismo. Así, en una carta enviada en 1927 a un militante trujillano, afirmaba que imperialismo implicaba monopolio; gran *trust*, y por ende, la destrucción del pequeño capital, de la pequeña propiedad y del pequeño comerciante: «El trust, el monopolio poderoso que implica el imperialismo destruye toda competencia. Por eso, el imperialismo no es sólo una amenaza para las clases medias, para los pequeños capitalistas y comerciantes. Por eso el imperialismo es enemigo de la nación y la nación debe insurgir contra él»[1] (Klarén 1970: 155-156).

Las posiciones de Haya de la Torre sobre el imperialismo fueron sistematizadas en 1926 en el artículo «Qué es el Apra» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 129-135), publicado originalmente en inglés en la revista *Labour Monthly*, traducido y reeditado varias veces y recogido por él como primer capítulo del libro *El antimperialismo y el Apra*. Encabezando el artículo, figura una declaración que fija la naturaleza del naciente movimiento: «La lucha organizada en América Latina contra el imperialismo yanqui, por medio de un frente unido internacional de trabajadores manuales e intelectuales con un programa de acción común, eso es el APRA». Haya señalaba que estaban trabajando para organizar el gran frente unido antiimperialista latinoamericano y buscaban incluir a todos aquellos que luchaban «contra el peligro norteamericano en América Latina».

Remitiéndose a las experiencias de la historia, Haya concluía que las clases gobernantes de los países latinoamericanos —terratenientes, clase media o comerciantes— eran aliadas del imperialismo norteamericano y sus socias en la explotación de sus países. Esto llevaba a que las riquezas naturales de estos países fueran hipotecadas o vendidas, «la política financiera de nuestros gobiernos se reduce a una loca sucesión de grandes empréstitos y nuestras clases trabajadoras, que tienen que producir para los amos, son brutalmente explotadas». El progresivo sometimiento económico al imperialismo provocaba a su vez el sometimiento político y la pérdida de la soberanía nacional: «[...] invasiones armadas de los soldados y marineros del imperialismo, compra de caudillos criollos, etcétera. Panamá, Nicaragua, Cuba, Santo Domingo, Haití son verdaderas colonias o protectorados yanquis como consecuencia de la "política de penetración" del imperialismo» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 131-132).

De estas premisas, Haya sacó las consecuencias que debían guiar la acción política del Apra: «[...] es indispensable el derrocamiento de las clases gobernantes;

[1] Originalmente publicado en el *El Norte*, 5 de junio de 1927.

el poder político debe ser capturado por los trabajadores, la producción debe socializarse y América Latina debe unirse en una Federación de Estados. Éste es el único camino hacia la victoria sobre el imperialismo y el objetivo político del APRA» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 133)[2].

Sin embargo, no bastaba con acabar con las clases gobernantes. Era necesario también romper la dependencia con los capitales imperialistas:

> La *"Enmienda Platt"* de la Constitución Cubana y los casos de Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, Honduras y Haití nos prueban que la autoridad nacional se pierde en proporción a la aceptación de inversiones por el imperialismo. La nacionalización de la tierra y de la industria bajo la dirección de las clases productoras es el único medio de mantener el poder del país y es la política correcta para las naciones de América Latina.

Cuando este texto fue escrito, el Apra virtualmente existía en torno a las cartas que circulaban entre los exiliados latinoamericanos. Pero la prédica radical de Haya despertó gran simpatía entre los círculos de deportados víctimas de las dictaduras del subcontinente.

Un documento enviado por Haya desde Berlín, en su calidad de secretario general del Comité Ejecutivo Internacional del Apra, «a la célula del Apra del Cusco», el 25 de febrero de 1930, en medio de la polémica con Mariátegui, ilustra bien cuál era para Haya la posición aprista sobre el imperialismo al iniciarse la década del treinta[3]. Los cusqueños eran cuadros formados en el marxismo y Haya insiste especialmente en mostrar el carácter marxista del Apra:

> El Aprismo [afirma Haya] significa, fundamentalmente, una fuerza revolucionaria capaz de llegar a las más extremas realizaciones [...] el Aprismo significa consecuentemente la fuerza revolucionaria capaz de imponer la dictadura del proletariado campesino y obrero, y de establecer la lucha organizada de esa dictadura contra el imperialismo, que es el capitalismo, opresor

---

[2] He preferido la versión original inglesa a la traducción castellana que Haya insertó, en que «el derrocamiento de las clases gobernantes» queda convertido en «la lucha contra nuestras clases gobernantes es indispensable».

[3] El documento se hizo conocido porque fue incluido como prueba policial en un juicio que le hicieron a Haya de la Torre en marzo de 1932, acusándolo de «declaraciones de principios comunistas y incitación a la acción revolucionaria para cambiar la forma de gobierno» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 247). En su instructiva, Haya lo reconoció como auténtico, aunque argumentó que se trataba de un documento premilitar y que debía considerarse como la posición del aprismo el programa que suscribieron en su congreso de agosto-setiembre de 1931. Este documento fue recogido después en el libro *El proceso de Haya de la Torre*. En este texto trabajo sobre la versión publicada en las *Obras completas* (VRHT 1976-1977: vol. 5, 259-268).

> del obrero, y contra el latifundismo, que es la explotación del campesino (VRHT 1976-1977: vol. 6, 263).

José Carlos Mariátegui murió dos meses después, el 16 de abril, y la polémica con Haya quedó interrumpida. La política sectaria seguida a continuación por Eudocio Ravines, en su condición de secretario general del Partido Comunista —en que convirtió al Partido Socialista, a un mes de la desaparición de Mariátegui—, aisló a los socialistas y dejó el campo abierto al Apra. Desaparecido su más importante rival ideológico, Haya comenzó un viraje ideológico que cambiaría sustantivamente su posición sobre el imperialismo apenas un año después.

El antimperialismo y el Apra

El radicalismo del discurso de Haya de la Torre contra el imperialismo no se limitó a su correspondencia y sus ensayos teóricos. Este formó parte del discurso de agitación política cotidiana desplegada por los militantes del Apra durante la campaña que preparaba la postulación de Haya como candidato presidencial, a comienzos de los años treinta. Una fracción de la militancia aprista provenía de las canteras del anarquismo. Buena parte de la tradición insurreccional aprista proviene de estos militantes, formados en las tradiciones revolucionarias del anarquismo y el anarco-sindicalismo, para los cuales el partido era el instrumento a través del cual se realizaría la revolución a la que habían dedicado sus vidas. El «Llamamiento a la Nación», suscrito por el comité ejecutivo del Apra en 1931, definía al Perú como una «semicolonia», denunciaba que la tierra, particularmente en la costa norte, había pasado en gran parte a manos de compañías extranjeras y que la que todavía permanecía en manos de peruanos estaba en peligro inminente de ser expropiada, dándose como ejemplo a la empresa alemana Gildemeister, cuya «potencialidad económica incontrolada, ha determinado la ruina de la provincia de Trujillo, aplastando el comercio nacional, y sin que esto redunde en ningún beneficio para el país» (Klarén 1970: 172).

Cuando Haya de la Torre desembarcó en Talara para iniciar su campaña electoral, en julio de 1931, su discurso antiimperialista era radical. Declaró ante la multitud allí reunida que «Talara, dominada como estaba por la International Petroleum Company [una filial de la Standard Oil de New Jersey], era como "otra zona del canal imperialista" y que debía ser reivindicada por la nacionalización» (Klarén 1970: 173). Como veremos, él cambió de opinión durante las dos semanas siguientes.

Desde el punto de vista doctrinario, el libro más importante de Haya de la Torre está dedicado a la posición del aprismo frente al imperialismo. Se trata de *El antimperialismo y el Apra*. En él, Haya traza los lineamientos fundamentales

de la doctrina aprista, tanto en el diagnóstico de los problemas de América Latina, como en su propuesta de solución a los mismos.

Según narra Haya, escribió el texto en México en 1928, en respuesta al folleto del cubano Julio Antonio Mella *¿Qué es el Arpa?*[4] Siempre siguiendo su relato, entonces no encontró editor para publicar su libro y, mientras el Apra se involucraba en absorbentes luchas sociales, simplemente siguió trabajando en el manuscrito (VRHT 1936: 16). Finalmente, el libro —actualizado por Haya— se publicó en Santiago de Chile en 1936. Agotada la primera edición en pocos meses, se sacó una segunda edición. Después el libro no volvió a publicarse más, por una decisión expresa del propio Haya (LAS 1987: 211).

En *El antimperialismo y el Apra* Haya de la Torre propone un programa internacional de cinco puntos, que debían servir de base para los programas de las secciones nacionales de cada país latinoamericano. Estos eran:

1. Acción contra el imperialismo yanqui.
2. Unidad política de América Latina.
3. Nacionalización de tierras e industria.
4. Internacionalización del Canal de Panamá.
5. Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo (VRHT 1936: 33).

Se trataba de una posición revolucionaria, que asumía el enfrentamiento armado con el imperialismo norteamericano como un paso previsible en la lucha por la conquista de la libertad de los países de América Latina:

> Como en Nicaragua, como en Haití, como en Santo Domingo, etc., el imperialismo atacará. El Apra, en tal caso, dirigirá, quizás, el frente único nacional hacia los campos de guerra, y entonces, las palabras que Sandino lanza hoy al mundo, las repetiremos todos en nombre de nuestra nación amenazada: "Yo no soy liberal ni conservador; sólo soy defensor de la soberanía de mi país". El frente único en tal caso sería político y militar, devendría nacional. La lucha cobraría caracteres más violentos, pero sería otro aspecto de la misma lucha contra el mismo enemigo (VRHT 1936: 72).

Haya consideraba que las clases medias eran el sector social más afectado por el imperialismo. Por eso, debían liderar la lucha antiimperialista: «El imperialismo sojuzga o destruye económicamente a las clases medias de los países retrasados que penetra. El pequeño capitalista, el pequeño industrial, el pequeño propietario

[4] En este artículo Mella tergiversa deliberadamente las siglas del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana).

rural y urbano, el pequeño minero, el pequeño comerciante, el intelectual, el empleado, etc., forman la clase media cuyos intereses ataca el imperialismo» (VRHT 1936: 65).

La lucha contra el imperialismo demandaba la unión de los pueblos, la nacionalización progresiva de las riquezas y la unificación de las tres clases oprimidas por el imperialismo: el joven proletariado industrial, el «vasto e ignaro (*sic*) campesinado» y las empobrecidas clases medias. Ellas se unirían formando el «Estado antiimperialista»:

> Él no será instrumento del imperialismo, sino defensor de las clases que representa, vale decir, de las grandes mayorías de la población indoamericana. Así, la industrialización científicamente organizada seguirá su proceso civilizador. Tomaremos de los países de más alta economía y cultura lo que requieran nuestro desarrollo material y el engrandecimiento de nuestra vida espiritual. Trataremos con ellos no como súbditos sino como iguales. Sabiendo que ellos necesitan de nosotros tanto como nosotros de ellos, las leyes del intercambio deben cumplirse equilibradamente (VRHT 1936: 28-29).

Haya consideraba al imperialismo un fenómeno dual, con un lado malo —su expansionismo agresivo— y uno bueno, que era que con él venía la industria, la técnica y el progreso. Basándose en Lenin, sostenía que en Europa y en el mundo desarrollado el imperialismo era la etapa superior y final del capitalismo, mientras que en los países atrasados era la primera etapa del capitalismo, y por lo tanto, era de carácter progresivo. El problema, pues, era cómo tratar con él, de tal manera de aprovechar sus aspectos positivos y neutralizar los negativos. La alternativa era la unidad de los pueblos indoamericanos y la construcción de un «Estado antiimperialista», que tratara en condiciones de igualdad con el imperialismo.

Las premisas de *El antimperialismo y el Apra* son marxistas. El papel del Estado era visto desde el punto de vista de la lucha de clases, las transformaciones que el Perú necesitaba tenían como prerrequisito la captura del poder por los trabajadores, su alternativa económica era la socialización de los medios de producción:

> El Estado, instrumento de opresión de una clase sobre otra, deviene arma de nuestras clases gobernantes nacionales y arma del imperialismo para explotar a nuestras clases productoras y tener divididos a nuestros pueblos. Consecuentemente, la lucha contra nuestras clases gobernantes es indispensable; el poder político debe ser capturado por los productores, la producción debe socializarse y América Latina debe constituir una Federación de Estados. Este es el único camino hacia la victoria sobre el imperialismo y el objetivo político del APRA como Partido Revolucionario Internacional Antiimperialista (VRHT 1936: 37).

La presencia de los capitales imperialistas era vista por Haya como una amenaza para la soberanía de los pueblos de América Latina. En perspectiva, la alternativa era la nacionalización de la economía y su organización sobre bases socialistas: «La Enmienda Platt de la Constitución de Cuba y los casos de Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, Honduras, Haití, nos prueban que la soberanía nacional se pierde en América Latina proporcionalmente al aumento de las inversiones del capitalismo yanqui en nuestros países» (VRHT 1936: 39-40). Pero no era posible la lucha antiimperialista consecuente si no se encaraba la complicidad de la oligarquía y las burguesías latinoamericanas con el imperialismo: «A las criollas burguesías incipientes, que son como las raíces adventicias de nuestras clases latifundistas, se les injerta desde su origen el imperialismo, dominándolas. En todos nuestros países antes de que aparezca más o menos definitivamente una burguesía nacional, se presenta el capitalismo inmigrante, el imperialismo» (VRHT 1936: 51-52).

El imperialismo, para el Haya de 1936, no es solo un aliado de las burguesías criollas; constituye en sí mismo una clase social que conforma el bloque dominante:

> [...] nosotros aceptamos marxistamente la división de la sociedad en clases y la lucha de esas clases como expresión del proceso de la Historia; pero consideramos que la clase opresora mayor [...] es la que el Imperialismo representa. Porque el Imperialismo desempeña en ellos la función que la gran burguesía cumple en los países de más alto desarrollo económico (VRHT 1936: 119-120).

La lucha contra el imperialismo constituye para Haya una guerra, que en cuanto tal autoriza hasta la conculcación de los derechos que el liberalismo consagra:

> [...] después de derribado el Estado feudal, el movimiento triunfador antimperialista organizará su defensa estableciendo un nuevo sistema de economía, científicamente planeada y un nuevo mecanismo estatal que no podrá ser el de un Estado democrático "libre" sino el de un Estado de guerra, en el que el uso de la libertad económica debe ser limitado para que no se ejercite en beneficio del imperialismo [...] En el Estado antimperialista [...] es indispensable también la limitación de la iniciativa privada y el contralor progresivo de la producción y de la circulación de la riqueza. El Estado antimperialista que debe *dirigir* la economía nacional, tendrá que negar derechos individuales o colectivos de orden económico cuyo uso implique un peligro imperialista (VRHT 1936: 138-139; las cursivas son originales del autor).

La naturaleza del régimen económico que debería suceder a la derrota del imperialismo era para Haya aún capitalista: «el Estado antimperialista desarrollará *el*

capitalismo de Estado como sistema de transición hacia una nueva organización social, no en beneficio del imperialismo —que supone la vuelta al sistema capitalista, del que es una modalidad—, sino en beneficio de las clases productoras, a las que irá capacitando gradualmente para el propio dominio y usufructo de la riqueza que producen» (1936: 140; las cursivas son originales del autor). Pero, al mismo tiempo, constituye un paso hacia la cancelación del capitalismo:

> Si el Estado Antimperialista no se apartara del sistema clásico del capitalismo, y alentara la formación de una clase burguesa nacional, estimulando la explotación individualista e insaciable —amparada en los enunciados clásicos del demo-liberalismo—, caería pronto en el engranaje imperialista del que ningún organismo nacional burgués puede escapar. Por eso ha de ser indispensable en el nuevo tipo de Estado la vasta y científica organización de un sistema cooperativo nacionalizado y la adopción de una estructura política de *democracia funcional basada en las categorías del trabajo* (VRHT 1936: 140-141; las cursivas son originales del autor).

El carácter socialista de estas transformaciones, explícitamente negado por Haya (VRHT 1936: 122), subyace como un horizonte futuro más o menos indefinido, sobre el cual Haya más bien se cuida de pronunciarse categóricamente: «La nacionalización de la tierra y de la industria y la organización de nuestra economía sobre las bases socialistas de la producción es nuestra única alternativa. Del otro lado está el camino del coloniaje político y de la brutal esclavitud económica» (VRHT 1936: 40).

Aun en *El antimperialismo y el Apra* ya hay cambios con relación a los planteamientos que Haya defendía durante los años veinte. Haya de la Torre ha mediatizado su discurso: habla de «imperialismo», genéricamente, y ya no de «imperialismo yanqui», como lo hacía diez años atrás[5]. La distinción entre el «lado bueno» y el «lado malo» del imperialismo, que en *El antimperialismo y el Apra* es secundaria, subordinada a la necesidad de que la «alianza de las tres clases explotadas» tome el poder y constituya el «Estado antimperialista» para controlar el lado expansivo y explotador del imperialismo, ocuparía unilateralmente el lugar central en su posición frente a los Estados Unidos desde los años cuarenta, cuando el «interamericanismo democrático sin imperio» remplazaría las exaltadas proclamas antiimperialistas de los años aurorales del aprismo[6].

---

[5] Los editores afirmaban que la razón era que de esa manera dejaba en claro que su crítica abarcaba también a los «otros imperialismos», aunque no precisa a qué otros imperialismos se refiere. No se trata de la Unión Soviética, por la cual en 1936 Haya todavía tenía grandes expectativas y que solo a partir de los años cuarenta se convertiría en blanco de sus críticas.

[6] Sesgadamente, Haya reconocía que sus posiciones habían sufrido sustanciales modificaciones hacia 1931: «El Apra, hace cuatro años ya, viene proclamando un nuevo credo político realista y

El retorno de Haya al Perú en agosto de 1931 parece haber sido especialmente importante en su evolución hacia una posición más conciliadora frente al imperialismo, que tendría importantes implicaciones en sus elaboraciones posteriores. En un discurso pronunciado el 11 de agosto en el Teatro Popular de Trujillo, Haya constataba que la crisis mundial iniciada en octubre de 1929 no era algo remoto, sino que afectaba directamente a los trabajadores de la región: «Aquí, en Trujillo, también confrontamos la paralización de los trabajos de la hasta hace poco próspera empresa minera "La Northern" y el desempleo de miles de trabajadores [...] Pero, repito, ni el capitalismo va a morir mañana, ni la revolución rusa va a suplantarlo. El capitalismo está enfermo, pero el remedio comunista resulta peor que la enfermedad» (Cossío del Pomar 1946: 246)[7]. En este discurso Haya desliza ya la posibilidad de negociar con los capitales extranjeros para controlar los «excesos» del imperialismo: «Nosotros debemos estar listos a encarar la inevitable crisis del sistema, pero a aprovechar sus aportes de tecnificación y progreso, a controlar sus excesos e impedir sus abusos, y a organizar la economía de nuestros pueblos en vista a la crisis del capitalismo que es un largo proceso» (Cossío del Pomar 1946: 246).

Aparentemente, influyó significativamente en este viraje la constatación de que los trabajadores de la Northern consideraban un avance su condición como asalariados, con relación a la que habían tenido como feudatarios, a pesar de la explotación de la empresa imperialista contra la que se habían declarado en huelga. La anécdota aparentemente tuvo un gran impacto en Haya, si se considera la cantidad de veces que volvió sobre ella durante las décadas siguientes.

¿Cuál fue la real influencia de *El antimperialismo y el Apra* en el Perú? Desde el punto de vista de las luchas revolucionarias desplegadas por el Apra de comienzos de la década del treinta, el libro llegó demasiado tarde. Para 1936, cuando fue publicado, el Apra había sido derrotado y declarado fuera de la ley y Haya estaba en la clandestinidad. Muchos militantes habían muerto, estaban en prisión o deportados. Cuando el Apra recuperó la legalidad, en 1945, las posiciones con relación al imperialismo habían sufrido un radical viraje y Haya de la Torre se negó a que su libro fuera reeditado (LAS 1987: 2). La siguiente edición saldría recién tres décadas y media después, cuando las reformas de la Junta Militar de Gobierno, presidida por Juan Velasco Alvarado, obligaron a reverdecer los viejos lauros radicales empañados por su alianza con la oligarquía.

---

firme, negando las negaciones anteriores que quieren convertirse en dogma» (VRHT 1936: 122). El manuscrito de *El antimperialismo y el Apra* fue entregado a la prensa en 1935, cuatro años después de 1931.

[7] Originalmente publicado en *El Norte*, agosto de 1931.

Suele creerse que el viraje de las posiciones de Haya hacia una visión más «comprensiva» con el imperialismo se produjo a mediados de la década del cincuenta, durante el mismo periodo en que el Apra preparaba su alianza con la oligarquía. Esto es errado. En realidad, la edición de *El antimperialismo y el Apra*, en cierto sentido, llegó tarde hasta con relación a cómo sostendría Haya que había evolucionado el mundo hacia 1936.

En 1941, Haya editó un libro que recogía los artículos que había publicado en revistas del extranjero sobre temas vinculados a la guerra mundial que en ese momento devastaba Europa y la influencia que el conflicto debía tener sobre América Latina[8]. En estos ensayos, Haya sostenía que hacia 1933 —tres años antes de la edición de *El antimperialismo y el Apra*— se habían producido cambios sustanciales en la naturaleza del imperialismo. Los Estados Unidos habían partido de una inicial posición expansionista: «De 1924 a 1933, etapa inicial del movimiento aprista, Indoamérica soportó muchas manifestaciones de la política expansionista que los gobernantes del Partido Republicano imprimieron desde Washington». A esta posición había respondido el indoamericanismo aprista. Pero las cosas habían cambiado a partir de entonces, para bien:

> Desde 1933, con el advenimiento del Presidente Roosevelt se produce un saludable e insólito cambio de frente en la actitud de Washington hacia nuestros pueblos. La Política del Buen Vecino, enunciada vagamente en los primeros años de la administración del mandatario demócrata se define y fortalece después. Aparece claro el deseo de establecer un sistema de relaciones más justas entre ambas Américas. La iniciativa del Presidente Hoover para retirar de Nicaragua a los marinos invasores que combatían al heroico Sandino se completa con hechos más concretos al devolver la soberanía política a Santo Domingo y Haití, al abolir la Enmienda Platt que pesaba como una cadena sobre la Constitución de Cuba y al asegurar mayores garantías a Panamá en 1938 (VRHT 1976-1977: vol. 4, 236).

Haya basa su análisis en los cambios producidos en el discurso de la administración demócrata norteamericana y el repliegue de los Estados Unidos en América Latina, pero esta debiera ponerse en el contexto de las dificultades que afrontaba la potencia imperialista en medio de una grave crisis. Estados Unidos, golpeado por la Gran Depresión, primero, y ocupado en otros problemas por su participación en la Segunda Guerra Mundial, después, se vio obligado a replegarse sobre sí mismo y su presencia en América Latina se hizo menos conspicua. El espacio que permitió este repliegue puso en marcha intentos de modernización con cierto grado de autonomía por la vía del populismo y la política de

---

[8] Véase *La defensa continental* (VRHT 1976-1977: vol. 4).

industrialización de sustitución de importaciones en varios países de América Latina —Brasil y Getulio Vargas, Argentina y Perón, México y Lázaro Cárdenas, Chile y Gutiérrez Cerda y hasta Bolivia y el MNR—, que en cierto momento de su desarrollo llevaron a enfrentamientos con el imperialismo norteamericano[9]. Pero para Haya los cambios que se experimentaban eran consecuencia del deseo de la administración norteamericana «de establecer un sistema de relaciones más justas entre ambas Américas». Ante semejante «viraje promisorio» el aprismo se mostró —cito a Haya— libre de prejuicios intolerantes:

> Nunca negó el ideario aprista el valor indiscutible que aportan los Estados Unidos a la civilización del mundo. Y nunca, tampoco, desconoció la significación de una cooperación eficiente entre la América industrial, altamente tecnificada, y la América agraria, productora de materias primas y de economía incipiente. Pero sostuvimos y sostenemos —y esta es la razón de ser del Aprismo— que el precio de esa cooperación no podía ni puede ser nuestro vasallaje y que había que encontrar fórmulas nuevas de relación basadas en un principio de igualdad y equilibrio, imperativo que la realidad hace cada día más evidente. Así lo sostengo y defiendo en mi libro "El antimperialismo y el Apra" (México, 1928-Santiago de Chile, 1936) (VRHT 1976-1977: vol. 4, 236-237)[10].

En un artículo publicado en octubre de 1940, Haya escribía que en Estados Unidos se había llegado

> [...] a un plano de comprensión que los apristas hemos anhelado siempre respecto de las relaciones entre ambas Américas [...] no es el Panamericanismo [...] lo que resolverá el problema de convivencia de los dos grandes grupos económicos, políticos y étnicos de este Hemisferio. Será el "interamericanismo", que supone [...] la convivencia de la América "campo y materia prima" con la América "industria y capital", respectivamente estructuradas en sendos grupos estaduales capaces de equilibrar sus relaciones en una efectiva y perdurable buena vecindad (VRHT 1976-1977: vol. 4, 244).

Para Haya, la previsible incorporación de los EE.UU. en la Segunda Guerra Mundial —que sucedió un año después— era una oportunidad para reclamar un cambio real en la política norteamericana con relación a América Latina: «Los Estados Unidos tienen que comprender que más fácil será coadyuvar a la común defensa, en equilibrada alianza, con una gran potencia de 130 millones

[9] Piénsese en el papel jugado por los Estados Unidos en la caída de Vargas y Perón.

[10] Obsérvese que Haya sugiere en la referencia bibliográfica que su libro se publicó en 1928 en México, lo cual no es cierto. Como veremos, en lo sucesivo Haya intentó una y otra vez hacer creer esta versión por razones que se indican más adelante.

de habitantes formada por los veinte Estados Unidos de Indoamérica, que seguir en este pesado y costoso juego de ser los guardadores de ellos, dispersos y desarmados» (VRHT 1976-1977: vol. 4, 245-246).

Haya consideraba posible establecer nuevas relaciones políticas americanas basadas en la justicia y equidad: «una concepción antimperialista de "igual a igual", entre dos continentes» (1976-1977: vol. 4, 287). Esta convivencia interamericana debía sujetarse a un «equilibrio coordinado», que mantuviera «la democracia y el derecho a tomar parte en su defensa cada vez que peligre en cualquiera de nuestros pueblos» (1976-1977: vol. 4, 303). Su concepción suponía el derecho a intervenir en los países de América Latina, aunque al final mediatizaba su propuesta, reduciéndola a una acción «moral», aunque premunida de armas y capitales:

> Este *intervencionismo moral*, que solo debe ejercerse por medio de un organismo interamericano, serviría de seguridad para que el dinero y las armas que necesitamos a fin de cooperar a la defensa de la soberanía continental no sean usados arbitraria y antidemocráticamente por los gobiernos totalitarios criollos [...] Entonces podremos ser más fuertes para la defensa de la libertad común que es inherente de la democracia que todos debemos resguardar (1976-1977: vol. 4, 304; las cursivas son originales del autor).

El involucramiento de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, a inicios de diciembre de 1941, y su necesidad de contar con los países latinoamericanos como aliados, reforzó la convicción de Haya de que el imperialismo había quedado atrás. A pesar de sus cambios en relación con el imperialismo, en medio de la guerra, Haya seguía sintiéndose izquierdista. Estaba convencido de que la época era revolucionaria y que el mundo marchaba hacia la liquidación del capitalismo. Al menos esa es la opinión que le transmite a Luis Alberto Sánchez en una carta enviada en mayo de 1943:

> Estamos al borde de una época de definiciones tajantes [...] Las épocas revolucionarias son así [...] Esta es la época o etapa final de una marcha hacia la izquierda que inició el mundo hace veinte años. Hasta "El Comercio" lo descubrió; único acierto. Izquierdismo es, genéricamente, liquidación del capitalismo en su forma primaria y esencial de expresión social y política. Y hacia esta liquidación hemos ido por tres vías rectas o torcidas y zigzagueantes: Comunismo, Democracia y Fascismo: Torcida esta última y eliminada por reaccionaria y absurda, queda la gran cuestión entre Democracia y Comunismo. O éste o aquél, o la síntesis de ambos. Pero, verticalmente no hay compromiso. Siempre hacia la izquierda por esta o aquella vía (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 431- 432).

Esta profesión de fe revolucionaria no le impedía, sin embargo, anunciar el «fin del imperialismo» y entusiasmarse ante cualquier señal proveniente de los Estados Unidos que él pudiera señalar como la confirmación de que los norteamericanos habían abandonado su política imperialista, expansionista e intervencionista. A raíz de algunas conferencias que dio en Lima Robert Wallace, vicepresidente de los EE.UU. —que realizaba una gira de buena voluntad con la finalidad de asegurar la lealtad de América Latina en relación al esfuerzo bélico norteamericano en la lucha contra Hitler, en abril de 1943—, Haya de la Torre ardió de entusiasmo. Según él, nunca el público peruano había sido ganado tan «rápida y profundamente» por un orador «de otra raza», como lo había sido por «la impresionante oratoria de Mister Wallace».

Para Haya «una frase trascendental» dicha por el ilustre visitante fue: «la era del imperialismo económico y de la Diplomacia del Dólar ha terminado para siempre». «No dijo [añadía Haya] que esa era no había existido [...] Dijo que ha terminado y sólo termina lo que ha existido». Afirmó, además, que esta frase era un «homenaje a todos los luchadores antimperialistas en nuestro continente» y el reconocimiento «de la justicia de su beligerancia contra un mal que ha sido efectivo y peligroso [...] Y, justo es decirlo, porque es hecho histórico, el pueblo peruano siente profundamente la sinceridad de esta elocuencia» (VRHT 1976-1977: vol. 6, 81-82).

El señor Wallace, según Haya, hablaba con «un lenguaje nuevo, limpio de las dulzonas injusticias que encierra la adjetivación generalizadora y convencional del léxico falaz de los diplomáticos fuera de tiempo» (VRHT 1976-1977: vol. 6, 82). El entusiasmo de Haya resulta sorprendente cuando se leen las intervenciones del señor Wallace, que eran tan precisas como la siguiente afirmación: «El Perú ante la Civilización Incaica ha visto lo que aquel pasado le dará a ese futuro» (VRHT 1976-1977: vol. 6, 82). Esto no fue óbice para que Haya tratara por todos los medios de difundir el mensaje del fin del imperialismo yanqui: «como prueba del impacto que tales discursos le causaron, Haya los publicó en forma de folleto como parte de la Biblioteca Aprista de la Clandestinidad, en un desesperado esfuerzo para hacer comprender a sus seguidores los importantes cambios del capitalismo» (García Pérez 2008: 60).

Los cambios de posición de Haya quedaron institucionalizados con la incorporación de la tesis de la «acción conjunta de los pueblos de América para realizar el interamericanismo democrático sin Imperio», como sexto punto del Programa Máximo del Apra, ratificada por eventos partidarios de 1942, 1944 y 1948 (VRHT 1956: 220-221, 1976-1977: vol. 6, 461-462). Haya no se atrevió a retirar el primer punto del programa, pero el categórico «Acción contra el imperialismo yanqui» quedó convertido en «Acción contra todo imperialismo».

La oposición que Haya establecía en los años cuarenta entre democracia y capitalismo desaparecería durante la década siguiente. Cuando Estados Unidos volvió a lanzar en gran escala las intervenciones imperialistas, desde inicios de los años cincuenta, en Corea, Vietnam, Irán, Guatemala, Cuba y Santo Domingo, además de renovar el apoyo a las sangrientas dictaduras de Centroamérica, Haya no revisó sus posiciones. Por el contrario, en 1950, mientras estaba cautivo en la embajada de Colombia, llegó a ofrecer, en una entrevista periodística, el concurso de cinco mil combatientes apristas para apoyar el esfuerzo bélico de Estados Unidos contra el comunismo en Corea. Esta oferta abochornó a los apristas y hasta Luis Alberto Sánchez —cuyo pro imperialismo era materia de ácidas críticas al interior del propio aprismo— sintió que a Haya se le había pasado la mano: «Encuentro francamente desmesurada, increíble y contraproducente la oferta de 5.000 para Corea. Ha caído pésimo en todos lados. Además, los norteamericanos no estiman eso [...] *Creo que es aconsejable vender antes que regalar*. Además, viola un acuerdo del C. Postal aprobado por el CEN. Eso hay que tenerlo en cuenta» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 462; el énfasis es mío)[11]. Guillermo Carnero Hoke era secretario general del gremio de los periodistas y, según cuenta, Haya le pidió apoyar a los EE.UU. en la guerra con Corea, «ya que en un gesto de los que acostumbraba, había ofrecido 5.000 voluntarios apristas para luchar contra Corea. Para mí esa fue la gota que rebalsó el vaso de nuestra amistad. Por supuesto rechacé tal pedido. Haya se molestó» (Cristóbal 1985: 136).

El viraje de Haya no provocó grandes polémicas dentro del Apra a mediados de los años cuarenta, mientras el partido cogobernaba y el intervencionismo norteamericano en América Latina estaba atenuado. Sin embargo, las cosas cambiaron a comienzos de los años cincuenta, cuando el Apra volvió a estar en la clandestinidad, luego del fracaso de la revolución de octubre de 1948. Haya estuvo cautivo en la embajada de Colombia durante cinco años y mientras tanto los desterrados apristas desperdigados por el continente desarrollaron debates doctrinarios por correo, marcados por la amarga experiencia de la derrota de la nueva insurrección alentada por Haya y luego desautorizada. Bajo la iniciativa de Manuel Seoane, líder principalísimo del Apra, considerado el segundo luego de Haya y su posible sucesor, se realizaron los denominados Congresos Postales, donde a través del correo los militantes apristas cuestionaron los cambios en la línea que sentían que desvirtuaban la naturaleza revolucionaria del Apra.

[11] El Comité Central del Apra desautorizó tales declaraciones y hasta Sánchez tuvo que apoyar esta resolución.

Apenas salido de su cautiverio, en julio de 1954, Haya de la Torre publicó un artículo en la revista *Life* en el que ventiló públicamente los cambios en su línea política. Esto provocó un gran malestar entre las bases apristas (Chanduví 1988: 488, Manrique 1995). Manuel Seoane y Luis Barrios le enviaron una carta de dieciocho páginas en la que planteaban sus desacuerdos exigiendo que se convocara una reunión de la dirección para introducir las rectificaciones necesarias[12]. «En el Primer Congreso Postal de Desterrados [decía la carta] afloró una inconfundible tendencia a poner término al cooperacionismo con EE.UU. y a revivir con toda su fuerza la actitud antimperialista del Partido» (Villanueva 1973a: 207). La crítica a las posiciones de Haya que allí se plantea es importante para conocer de qué manera era visto el viraje del fundador del partido, por lo que vale la pena analizarla con cierto detalle.

Luego de recordarle a Haya que tenía la obligación de reconocer y acatar los acuerdos del partido, entraban a enjuiciar sus pronunciamientos:

> De la totalidad de lo publicado y conocido por nosotros, se desprende en síntesis, incluyendo la referencia a los pactos militares, al envío de tropas indoamericanas fuera del continente, a la libertad de Puerto Rico, a la situación de Guatemala, a las centrales obreras, a las nacionalizaciones y al capital extranjero, una mengua en el tono combativo y crítico del antiimperialismo del Partido, y una aparente creencia de que es posible establecer el interamericanismo democrático, sin considerar que el imperialismo no ha desaparecido y que, por el contrario, recrudece con los continuos y últimos actos de la política exterior del gobierno americano (Villaanueva 1973a: 209).

Le decían que se debía recordar que el gobierno norteamericano había apoyado a Odría, el verdugo del partido:

> [...] el General Eisenhower condecoró al General Odría, no obstante ser éste un genocida y despótico asaltante del poder, pues puso fuera de la ley al partido de las mayorías nacionales. Que el imperialismo empujó las reformas legislativas peruanas que le han permitido apoderarse del fierro de Marcona y de las riquezas petroleras nacionales, en condiciones ominosas. Que los EE.UU. y Odría urdieron un Pacto Militar que significa la entrega de armas para que la tiranía mantenga sojuzgado al pueblo, y el peligro de que nuestra juventud sea convertida en carne de cañón del imperialismo; además de comportar sacrificios a la economía nacional.

Le recordaban, asimismo, que el gobierno norteamericano acababa de socorrer financieramente a Odría. «¿Por qué no formular [lo emplazaban]

[12] En el siguiente capítulo se analiza con detalle las circunstancias en que se desarrolló este debate.

candentes declaraciones para execrar esta política típicamente imperialista?» (Villanueva 1973a: 209-210).

Afirmaban que cualquier ilusión que pudiera existir en torno a la *nueva política* del Presidente Roosevelt había sido destruida por la *vieja política* del imperialismo.

> La Democracia, que el Partido aspiraba a defender, nacional y continentalmente, no ha sido defendida, ni continental ni nacionalmente, sino pisoteada y escarnecida con las armas de los Pactos Militares y los dólares de los préstamos del Tesoro Americano. Los intereses monopolistas priman en las dependencias de la Casa Blanca. En estos días, la United Fruit, afectada por la reforma agraria guatemalteca, los reclamos sindicales hondureños, moviliza sus influencias empujando al Gobierno de Washington a provocar una intervención o una guerra fratricida que aplaste la hermana revolución popular de Guatemala. No puede hablarse de interamericanismo democrático como un sueño lejano, cuando la realidad indica que el imperialismo está en pleno apogeo, cuando aviones a chorro norteamericanos vuelan sobre Centroamérica llevando armas para ayudar a los repudiables tiranuelos de Nicaragua y Honduras. No, c. Jefe. No eludamos con planes para el futuro las irrevocables urgencias de un presente que obliga a una actitud franca y combativa, so pena de perder la primacía conductora del Partido en el Continente (Villanueva 1973a: 210).

Seoane y Barrios —que insistían en que expresaban una posición ampliamente mayoritaria en las bases apristas— consideraban que con el triunfo de los republicanos y la guerra contra Corea, las cosas se habían definido en Estados Unidos a favor de las posiciones más retrógradas.

> Desde 1947 hasta hoy [...] el capital imperialista ha recuperado sus posiciones gubernativas, y las preocupaciones geopolíticas del Pentágono han impreso su frío sello ineluctable en los actos del gobierno de Washington. Posiblemente, en 1954, la Casa Blanca clasifica a los regímenes de nuestros pueblos en amigos o enemigos, según se le sometan o no, sin importarle si son dictaduras o democracias. Condecora a déspotas serviles como Odría y Trujillo, Pérez Jiménez y Somoza y combate por todos los medios a regímenes populares que, como Guatemala o Argentina, se niegan a servirle de comparsa. Mediante los Pactos Militares ha impuesto el díscolo trato discriminatorio de dar o negar armas y municiones a éste o aquél, encendiendo rivalidades y riesgos de conflictos, al mismo tiempo que arranca el compromiso de obtener juventud indoamericana en calidad de "cipaya" para las guerras interimperialistas que se libran fuera del continente (Villanueva 1973a: 211).

La alusión a la utilización de juventud del continente para las guerras interimperialistas era una evidente crítica a la oferta de Haya de enviar apristas a Corea para combatir al lado de las tropas norteamericanas. Por si quedara alguna duda, precisaban el sentido de su crítica:

> Ya una vez, hace años, se difundió la especie —no confirmada— de que el Partido ofrecía 5.000 jóvenes apristas para que fueran a combatir a Corea. Este CC desautorizó tal versión, con el apoyo unánime de todos los cc. (incluso un voto singular del c. Sánchez) no sólo porque nunca fue oficialmente confirmada, sino porque ella contrariaba las íntimas inclinaciones del aprismo. Nuestra juventud podrá arriesgar la vida en una revolución peruana de tendencia social, o una epopeya de unidad indoamericana, pero jamás se brindará en holocausto para que EE.UU., en Corea, alce su peto protector en el lejano Oriente (Villanueva 1973a: 211).

Se criticaba, asimismo, el apoyo brindado por el aparato sindical aprista a la formación de la ORIT, de clara filiación pronorteamericana y que promovía el divisionismo en el movimiento obrero. Aunque declaraban su simpatía por el pueblo norteamericano, consideraban que el Apra debía guiarse por los actos de su gobierno, y de las lecciones aprendidas de las guerras mundiales y sus secuelas.

> En ambas ocasiones, las hermosas promesas formuladas antes y durante cada conflicto, se han desvanecido, reapareciendo la amarga realidad de un gran país, poderoso y armado, que frena nuestro progreso político, que estimula con intrigas cuanto impide la unidad indoamericana, que ataca acerbamente los regímenes populares que aspiran al acercamiento de nuestros pueblos, que impone altos precios en sus ventas y bajos precios en sus compras, que nos receta libertad de comercio para inundarnos con sus mercaderías pero alza las barreras para cerrar su mercado a nuestra producción, que frustra en cuanto puede la industrialización de Indoamérica y que pretende uncirnos como furgón de cola en sus aspiraciones mundiales, convirtiéndonos en depósito de materias primas y en tropas de refuerzo para sus aventuras militares (Villanueva 1973a: 212-131).

Rechazaban que el aprismo tuviera que optar por los Estados Unidos obligado por el chantaje nuclear y por el enfrentamiento entre las dos grandes potencias mundiales. «Por el contrario, siempre aconteció que, en la colisión de grandes fuerzas rivales, los pueblos débiles aprovecharon la coyuntura para emanciparse». Enfatizando la tradicional posición anticomunista del Apra, rechazaban, sin embargo, que esta los llevara al alineamiento incondicional con los norteamericanos; debía impedirse «la acción confusionista de todos aquellos que pretenden convertir la posición polémica del Partido frente al comunismo y la Unión Soviética, en

tarjeta de recomendación para ganar favores y pactar entendimientos con las fuerzas reaccionarias del imperialismo (Villanueva 1973a: 214-215)».

Finalmente, formulaban una acre crítica al artículo que Haya de la Torre publicó en *Life*, atribuyendo retóricamente la responsabilidad de lo que juzgaban un completo abandono de los principios del aprismo a una posible manipulación del texto por los editores de la revista:

> Aunque hasta el momento este C.C. no ha recibido ninguna comunicación a su respecto, forzosamente debemos suponer que en su texto deben haber ocurrido transposiciones, supresiones, todos esos cambios, en fin, con que las poderosas revistas americanas acondicionan lo que publican al gusto del gran público evitando lo que pueda herir sus intereses de circulación (Villanueva 1973a: 224).

Criticaban la tibieza con que el artículo trataba la naturaleza criminal del régimen dictatorial de Odría y que centrara sus críticas exclusivamente en las ofensas cometidas contra Haya, olvidándose de los militantes apristas que sufrían prisión y persecuciones: «Sólo así se explica la palidez del cuadro dictatorial que constituye el marco de su encierro individual, y la ausencia de referencias concretas a la dramática situación de los cc. presos o perseguidos, a la total falta de libertades públicas, y al modo cómo Odría y sus cómplices actúan en el gobierno peruano» (Villanueva 1973a: 224).

La carta de Seoane y Barrios recogía el desconcierto y el desencanto de los apristas que habían leído el artículo, esperando la guía del *maestro*, después de cinco años de separación, y se sentían decepcionados por la tibieza de Haya para abordar la realidad que querían cambiar:

> Lo cierto, c. Jefe; es que esa publicación, aunque periodísticamente amena, no contiene el gran mensaje que el Jefe de un Partido como el nuestro seguramente desea transmitir al pueblo peruano y a los de Indoamérica, hablándole con franqueza, debemos agregar que en muchos círculos, surge la pregunta de que quizá medie algún compromiso temporal que limite su actividad pública. Por eso, sin duda, se espera con ansiedad la aparición de nuevas publicaciones que respondan a la profundidad de su obra de 30 años y a la gravedad de la hora mundial contemporánea (Villanueva 1973a: 224).

Barrios y Seoane centraban su crítica frontal en el abandono del horizonte anticapitalista de la doctrina aprista:

> [...] en el artículo mencionado, hay una afirmación de orden general y concreta que no podemos menos que observar. Ud. escribe: "Creo que la democracia y el capitalismo brindan la solución más segura a los problemas mundiales a pesar de que el capitalismo todavía tiene sus fallas".

> Sin duda el capitalismo tiene fallas. Su falla consubstancial e insubsanable es que constituye un sistema de producción colectivo y de apropiación individual. Esta falla sólo puede corregirse cambiando el sistema; pero no dentro de él, porque, entonces, deja de ser capitalismo.
>
> Cuando el Partido auspicia la nacionalización de tierras e industrias enuncia un principio que significa el término de la apropiación individual y se reemplaza por el Estado. Este enunciado sitúa al aprismo en el campo de las teorías políticas contrarias al capitalismo [...] quien lee la frase tal como aparece publicada, sólo puede concluir que el aprismo es un partido demoliberal que aspira a reformas sociales de menor cuantía (Villanueva 1973a: 224-225).

Los críticos expresaban su disconformidad con estos enunciados y manifestaban su esperanza de que nuevos artículos de Haya retomaran la vena de *El antimperialismo y el Apra*, «y tantas otras que señalaron el rumbo partidista» (Villanueva 1973a: 225).

¿Cómo fueron recibidas estas críticas entre los dirigentes apristas que proseguían la lucha en el Perú? Ramiro Prialé, uno de los miembros de la dirección con mayor reconocimiento por su lealtad a Haya, que había estado en prisión durante los seis años anteriores, asumió la conducción del partido dentro del Perú, luego de ser liberado. Gozaba de la absoluta confianza de Haya de la Torre, quien le dio el poder para realizar las negociaciones que, durante el siguiente periodo, culminaron en la alianza con la oligarquía para las elecciones de 1956. Después de la reunión de Montevideo en la que se presentó la carta de Seoane y Barrios a Haya y a la que ningún delegado residente en el Perú pudo asistir por problemas económicos, Prialé le envió una extensa carta al jefe del partido, en una fecha posterior a agosto de 1954, a través de Sánchez, quien la ha dado a la publicidad. Prialé le advertía a Haya que la actitud de los apristas del interior era distinta a la de los del exterior al abordar el debate ideológico: «Allá pueden debatir problemas, exponer sus discrepancias, encontrar fórmulas de conciliación para la campaña en su ámbito continental. Nosotros debemos más bien eludir ese tipo de debates que pueden, si no dividirnos, quizás enconarnos y en todo caso distraernos de los imperativos de la batalla, llena de problemas menudos y grandes, pero de otra naturaleza» (LAS 1987: 176).

Sobre la posición del Apra frente a los Estados Unidos, Prialé conocía la demanda de Seoane de retornar a la posición radicalmente antiimperialista de tres décadas antes, cancelando la prédica por el «Interamericanismo Democrático sin Imperio», pero señalaba que ellos consideraban que esta no era otra cosa «que la expresión verbal de una de las plataformas fundamentales del Partido. *La unidad de Indoamérica como paso previo y esencial en nuestra lucha antimperialista*, para, después, lograr la coordinación con las potencias del Norte, a las cuales

nos hallamos vinculados por determinismo geográfico y razones geopolíticas» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 177-178). El «Interamericanismo Democrático sin Imperio», según lo veía Prialé, tenía la calidad de un enunciado general, «faro o meta». Prialé reconocía que su realización era remota, pero eso no lo descalificaba, «¿no es remota también la posibilidad de interamericanizar el Canal de Panamá? [...] El Interamericanismo Democrático sin Imperio [...] no se opone a que nosotros elogiemos la de Buena Vecindad precisamente porque abre los caminos hacia la vigencia de aquel principio» (LAS 1987: 178).

Sin el apoyo de los militantes apristas que afrontaban la clandestinidad en el Perú, la insubordinación de Seoane y Barrios no tenía ninguna posibilidad de cambiar nada. Ambos fueron neutralizados por Haya en la reunión en Montevideo, que analizaremos más adelante, y el Apra continuó asumiendo como su posición oficial las nuevas formulaciones del «compañero jefe».

La derechización de Haya continuó profundizándose en todos los frentes. Haya apoyó el derrocamiento del presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, gracias a un golpe montado por la CIA. Según el cable publicado por el *New York Times*, «el Señor Haya de la Torre expresó profundo júbilo cuando fue informado del ataque anticomunista de Guatemala, pero agregó que es indispensable la inmediata movilización de la opinión pública, para prevenir que Guatemala llegue a ser una Corea del hemisferio occidental» (Chanduví 1988: 489). Un año más tarde, Haya resumió su concepción de lo que debían ser las relaciones de América Latina con el imperialismo, en una conferencia que dictó en La Haya:

> [...] si el concepto del imperialismo es comunista —o sea el europeo que asevera que "el imperialismo es la etapa superior del capitalismo", sistema por cuya destrucción lucha el comunismo— la actitud antimperialista debe ser uniforme o consonante con la de Lenin: o sea la de contribuir a derribar el sistema mismo en sus etapas superiores e inferiores. Pero si el concepto de imperialismo no es comunista o europeo, sino aprista e indoamericano, entonces el imperialismo no es "la etapa superior o final del capitalismo", sino que es la inferior o primera y, consecuentemente, la actitud antimperialista indoamericana no puede ser la de ayudar a destruir un sistema de producción comenzante, que nuestros pueblos no controlan; por cuanto él es extraño al estado inferior en que aún se halla el capitalismo en Indoamérica (VRHT [1955]2002).

Ante las tropelías cometidas por EE.UU., era imposible ya negar la existencia del imperialismo. Las tesis de Haya se enfilaron entonces a distinguir los aspectos buenos del imperialismo de sus aspectos malos, sosteniendo que era posible separar ambos, para aprovecharse de los buenos, neutralizando los malos.

La «definición europea» del imperialismo se convertía en la definición comunista, que debía ser combatida por su antagónica, la aprista, indoamericana.

Haya sostenía ahora, adicionalmente, que era posible y necesario separar el imperialismo económico del imperialismo político. Aquel estaba más allá del control de los países atrasados, mientras que este podía ser sujetado: «el imperialismo, "primera etapa del capitalismo moderno en los países no industrializados" es inevitable; por cuanto él representa comparativamente en estas zonas de economía retardada lo que significó la "revolución industrial" en las comarcas continentales, en donde el capitalismo es proveniente de una larga y oriunda gestación. Luego —nunca será demasía reiterarlo— lo que es debido controlar, lo que sí es evitable, es el imperialismo político concurrente» (VRHT [1955]2002).

Las posiciones de Haya sobre el imperialismo quedaron institucionalizadas como la posición del Apra. Pero para entonces estos no eran los únicos cambios que habían venido produciéndose en la doctrina aprista: se había suprimido el término «yanqui» al hablar del imperialismo, la internacionalización del Canal de Panamá devino en su interamericanización, la nacionalización de tierras e industrias se convirtió en la «nacionalización progresiva». Para cuando el Apra recuperó la legalidad, en 1956, el viraje se había profundizado aun más:

> En 1956, al iniciarse la época de convivencia del Apra con la oligarquía pradista, el Secretario General de dicho partido, Ramiro Prialé, declaró a la revista norteamericana *Time* el cambio del programa original de Haya de la Torre. Sobre el primer punto dijo: "Nosotros distinguimos ahora entre el capital de los Estados Unidos que, como es sabido, lo necesitamos, y la explotación capitalista que rechazamos". Sobre la unidad de América Latina: "Nosotros consideramos ahora una utopía la unidad política de América Latina". Sobre la nacionalización de tierras e industrias, dijo: "Ahora pensamos que sólo se deben nacionalizar los servicios públicos". Respecto a la internacionalización del Canal de Panamá, respondió: "Hace tiempo que hemos descartado la idea de la internacionalización del Canal de Panamá". Sobre el último punto (del programa) afirmó: "Por supuesto, todavía sostenemos la solidaridad con los pueblos y clases oprimidos" (Villanueva 1975: 17)[13].

¿Cómo podía compatibilizarse el radicalismo del discurso de *El antimperialismo y el Apra* y las nuevas posiciones de Haya? Haya lo hizo tempranamente estableciendo una distinción entre las posiciones del Apra como una alianza popular latinoamericana, revolucionaria y antiimperialista, y las del Partido

---

[13] Entrevista publicada originalmente en la revista *Time,* el 30 de julio de 1956. Edición latinoamericana.

Aprista Peruano, moderado e interamericanista[14]. Esta distinción fue claramente expuesta en una entrevista concedida en México en mayo de 1954, cuando Haya acababa de salir de la embajada colombiana hacia el exilio:

> Cuando se habla de aprismo, debemos siempre distinguir el APRA como expresión continental, americanista, o sea un movimiento que tuve la honra de fundar en este país (México) en 1924, una ideología de principios generales cuyo objetivo fundamental es la unidad de los veinte países latino o indoamericanos. El Partido Aprista Peruano es una organización nacional cuyo programa procura aplicar al Perú los principios del APRA (Aguiar 1954)[15].

Haya no revisó su posición frente al imperialismo en adelante, sino la profundizó. Su afirmación de que Estados Unidos había abandonado su política expansionista no fue modificada, a pesar de las intervenciones en Irán, Guatemala, Cuba, Vietnam y Santo Domingo. En ninguna de estas ocasiones cuestionó el derecho del gobierno norteamericano de actuar en defensa del «mundo libre».

El clima político de la Guerra Fría le brindó, además, la posibilidad de reciclar su discurso, postulando la existencia de dos imperialismos: el «imperialismo del totalitarismo» y el «imperialismo de la democracia», de los cuales este último era preferible para nuestros pueblos, como lo argumentaba en una entrevista en marzo de 1961: «El imperialismo, en su forma económica de los movimientos de capital, se realiza de acuerdo con leyes similares, pero la política que trae consigo es diferente [...] Con el imperialismo económico del totalitarismo viene, incuestionablemente, el totalitarismo. Con el imperialismo económico de la democracia se mantiene la democracia» (VRHT 1961). En medio de la histeria macartista de los cincuenta, el Departamento de Estado norteamericano y la CIA veían a los movimientos reformistas anticomunistas —como la venezolana Acción Democrática de Rómulo Betancourt y el Apra— como los mejores baluartes contra la penetración del comunismo en América

[14] «"PAP no es lo mismo que APRA" fue la declaración que se vieron obligados a formular los apristas al fundar el partido en 1931. Trataban de eliminar así motivos de oposición, explicando las contradicciones existentes entre la doctrina sustentada con anterioridad y la que propugnaba el nuevo partido en 1931. El Aprismo fue un movimiento antimperialista de carácter continental, mientras que el PAP era sólo un partido político peruano. El primero deseaba destruir el imperialismo yanqui; siendo éste el principal punto de su doctrina, el PAP se proponía únicamente ganar las elecciones en el Perú. Era preciso establecer la diferencia» (Villanueva 1975: 40).

[15] Obsérvese que «la unidad de América Latina» reemplazó a la «Acción contra el imperialismo» como el objetivo central del Apra. Para medir la distancia entre una y otra posición es interesante notar que la «acción contra el imperialismo yanqui», que era el primero de los cinco puntos del programa aprista de 1931, para 1954 había cambiado a la «lucha contra todos los imperialismos, en defensa de la libertad económica común».

Latina. A su vez, estos movimientos correspondieron con un acercamiento a los organismos gubernamentales yanquis (Schwartzberg 1997). En el caso del Apra es especialmente importante el alineamiento de la Central del Trabajadores del Perú (CTP), controlada por el Apra, con la derechista AFL-CIO norteamericana[16]. Se hizo corriente que los cuadros dirigentes obreros del Apra viajaran a formarse en el «sindicalismo libre» de la AFL.

El acercamiento norteamericano con los partidos reformistas latinoamericanos se profundizó luego del triunfo de la revolución cubana, en enero de 1959. Muy pronto la ilusión de los norteamericanos de que Fidel Castro fuera un caudillo controlable se desvaneció y en poco tiempo Cuba se convirtió en una «amenaza» para la seguridad del continente. Haya se convirtió entonces en uno de los ideólogos más requeridos por la revista *Bohemia Libre*, publicada por exiliados cubanos radicados en Miami. En ella se pronunció a favor de la Alianza para el Progreso, la iniciativa lanzada por el presidente Kennedy en una recepción en la Casa Blanca, en marzo de 1961. Haya vio en ella «una sana rectificación en la trayectoria de un siglo», y se manifestó complacido por el ímpetu del presidente Kennedy, aunque no completamente confiado, pues temía «que el devorador engranaje de intereses pueda malograr sus propósitos». Llamaba a los latinoamericanos a exponer puntos de vista colectivos, «para que los norteamericanos sepan lo que queremos». La propuesta de la Unión Soviética de buscar una coexistencia con Estados Unidos le daba pie para postular una «coexistencia continental», basada en un diálogo, que culminara en el planteamiento aprista de un «interamericanismo democrático sin imperio». Redondeó su intervención luego de su discurso de campaña del 5 de enero de 1962, con la idea que hizo exclamar a Pedro Roselló —uno de los más destacados políticos oligárquicos— de que Haya era el conservador que el Perú necesitaba (*Caretas* 1963): «Lo que queremos es producir riqueza para vivir mejor. No queremos quitarle la riqueza al que la tiene, sino crearla para el que no la tiene» (Castañeda 1961).

Un mes después, Haya sostenía que no había modificado su posición sobre el imperialismo; era Estados Unidos el que había cambiado, al punto que ya no debía hablarse de imperialismo norteamericano: «ése [...] ya no existe, desde la "Nueva Orden" de Roosevelt, actualmente ampliada por Kennedy, mediante la "Alianza para el Progreso"» (Carneiro 1964: 19-23). Pero la prédica antiimperialista aprista seguía vigente debido a que el imperialismo soviético había ocupado el lugar que antes llenaba los Estados Unidos: «La "diplomacia del dólar" cedió lugar a la "diplomacia del rublo", que utiliza las mismas armas empleadas por los norteamericanos hace

[16] Fusión de la *American Federation of Labor* y el *Congress of Industrial Organizations*, está compuesta por federaciones nacionales e internacionales de sindicatos de Estados Unidos y Canadá y es la mayor central obrera de esos países.

40 años. Tenemos el ejemplo de Cuba para atestiguar en América la acción de ese nuevo y más terrible imperialismo» (Carneiro1964: 19-23).

Mientras la administración Kennedy daba el pase libre a los planes iniciados durante el gobierno de Eisenhower para la invasión a Cuba, Haya fundamentaba el «derecho» de los Estados Unidos de intervenir. Además, proponía el Tratado de Asistencia Recíproca, suscrito en Río en 1947 —a través del cual Estados Unidos alineó a las fuerzas armadas latinoamericanas en su enfrentamiento con el bloque soviético—, como el instrumento que legitimaría la intervención. Sostenía que debía «considerarse agresión la imposición de ideas ajenas al hemisferio» (Carneiro 1964: 19-23)[17]. Es en ese contexto que el político brasileño Assis Chateaubriand invitó a Haya al Brasil, «tan necesitado de buenos ejemplos democráticos». Aparentemente la intención de su interlocutor era halagar a Haya cuando, «refiriéndose a la presencia del eminente peruano, dijo en su lenguaje pintoresco: "Hemos tenido aquí a varios y peligrosos osos blancos y rojos. Haya de la Torre es el primer oso manso que nos aparece dentro de la jaula democrática. No hemos hecho más que hacer pasear por Brasil a ese oso domesticado"» (Carneiro 1964: 19-23).

En todas las entrevistas que respondió en adelante, Haya se ratificó en la idea de la existencia del lado bueno y el lado malo del imperialismo y en la necesidad de que América Latina se unificara para negociar y así aprovechar los aspectos positivos de la presencia de los capitales imperialistas[18].

El antiimperialismo, el Apra y el gobierno militar

A inicios de los años setenta en el Perú se vivía un período de radicalización, gracias a las reformas que implementaba la Junta Militar de Gobierno presidida por el general Juan Velasco Alvarado. Los velasquistas se habían desmarcado del alineamiento servil de la oligarquía con los Estados Unidos y habían abierto relaciones diplomáticas con todo el mundo. Se había retirado de los pasaportes el sello que hasta entonces prohibía expresamente a los ciudadanos peruanos viajar a los países socialistas. Poco después romperían la dependencia militar con los norteamericanos y renovarían todo su armamento con equipos soviéticos.

La acción revolucionaria de los militares nacionalistas obligaba a Haya a radicalizar su discurso. En una entrevista concedida en marzo de 1971, afirmaba:

[17] Naturalmente, no se refería a las ideas de Hegel, Einstein o Toynbee, de quienes se declaraba seguidor, sino a las del comunismo internacional.

[18] Véase, por ejemplo, Arenas, Arana Freire y Tord 1970: 42-47, Hildebrandt y Lévano 1971a: 6-11, 46 y 48, Tarazona 1977: 10-15, Resumen 1977: 18-25, Volsky 1977: 84-89, Baeza Flores 1962, La Prensa 1974, Troiane 1974.

«Seamos sinceros: todo esto va en transición hacia un futuro de socialismo; pero mientras tanto los capitalistas tienen derechos. Me dicen que la nueva Constitución china va a reconocer muchos más derechos a la propiedad, muchos más» (Hildebrandt y Lévano 1971a)[19]. Sin embargo, hablando luego sobre la guerra de Vietnam, no condenó la intervención norteamericana y redujo más bien el conflicto de Indochina a una motivación tan trivial como una necesidad de la China de disponer del arroz de Indochina, especulando sobre las consecuencias de una eventual derrota norteamericana: «Si en la guerra triunfan los norvietnameses, se van sobre Tailandia. Tailandia es el gran reservorio de arroz del Asia […] Tailandia es el objetivo porque los chinos necesitan arroz» (Hildebrandt y Lévano 1971b)[20]. Aparentemente, no tenía ni idea de los conflictos históricos que a lo largo de un milenio habían enfrentado a Vietnam con China, y que desembocarían en una nueva guerra sino-vietnamita pocos años después.

En 1977, respondiendo a una revista de Miami, Haya sostenía que los Estados Unidos estaban «realizando operaciones de carácter integracionista, desde el punto de vista de las empresas, las transnacionales y todo esto». El problema eran los países subdesarrollados, «porque en nuestros estadistas falta la preparación necesaria para que el ensayo se cumpla» (Volsky 1977). Su entusiasmo por las compañías multinacionales era grande, y consideraba que América Latina estaba desperdiciando las oportunidades de su presencia:

> [...] las multinacionales, desde el punto de vista de los poderes del mundo desarrollado, están cubriendo una función que en gran parte deberían cumplirlas (*sic*) los Estados dependientes, ¿no es cierto? Los estados dependientes no saben responder a la política multinacional, que debería tomar ventaja del lado bueno de esas compañías multinacionales y de otro lado, resistir lo que tengan de nocivo para nuestros países. Esto es todo nuestro problema con lo que nosotros llamamos el imperialismo (Volsky 1977).

Su anticomunismo proseguía lozano y su aversión por Fidel Castro, ante quien cualquier pose antiimperialista de Haya resultaba patética, también: «La imagen de Castro ha pasado a ser la imagen de un líder que pretendió ser líder latinoamericano y se convirtió en un procónsul del imperialismo soviético. Nada más» (Volsky 1977).

---

[19] Aún en 1979, Armando Villanueva, quien sería el candidato presidencial del Apra para las elecciones generales de 1980, afirmaba: «Yo creo que hay que ir a la abolición del capitalismo en el mundo. Y esta abolición será producto de las propias contradicciones internas del sistema de la insurgencia de los pueblos orientados al control de su propio sistema de producción» (Hildebrandt 1979a).

[20] Un año después, en 1972, los soldados norteamericanos abandonaron Vietnam y tres años después los revolucionarios vietnamitas tomaron Saigón, rebautizándola como Ciudad Ho Chi Minh.

Hacia el final de su vida, Haya se ratificaba en estas posiciones. En una entrevista concedida a una revista chilena, un año antes de su muerte, afirmaba haber derrotado nada menos que al propio Lenin en un debate sobre la naturaleza del imperialismo[21]:

> Fue en 1927 [explica Haya], en un Congreso Antimperialista que se realizó en Bruselas. Cuando Lenin dijo que el imperialismo era la etapa superior del capitalismo, yo le rebatí su teoría. Le dije: "No, señor. Eso no ocurre siempre. El imperialismo es la etapa superior en los países donde el capitalismo está desarrollado como en el occidente europeo, pero en nuestros países subdesarrollados el capitalismo está en su etapa inicial".

Haya agrega que le ganó la discusión amparándose en un librito que escribió Marx acerca del colonialismo (X-Semanario del Pueblo Peruano 1978).

Cuando Lenin murió, en enero de 1924, Haya de la Torre tenía veintiocho años de edad, no había salido del país, era apenas el presidente de la Federación de Estudiantes del Perú y estaba al inicio de su carrera política. Cuando se realizó el Congreso Antiimperialista de Bruselas, en 1927, Lenin llevaba ya tres años muerto.

¿Se le confundieron a Haya los recuerdos? Puede ser; en 1978 tenía 83 años, y aunque dos semanas después asumió la presidencia del Congreso Constituyente[22], es posible que sus facultades se hubieran deteriorado. Pero los delirios de un anciano no son arbitrarios. Su fantasía de haber derrotado en una polémica a Lenin —el más importante teórico del imperialismo— es comprensible si se considera la adoración de la que estuvo rodeado a lo largo de su vida por parte de sus seguidores. Estos, muy expresivamente, en agosto de 1980, pusieron como epitafio en su tumba: «Aquí yace la luz».

Recién en 1970 se publicó la tercera edición de *El antimperialismo y el Apra.* El gobierno del general Juan Velasco Alvarado había emprendido un conjunto de audaces reformas, dirigidas contra la oligarquía y el imperialismo, las dos fuerzas con las que el Apra se había aliado durante la década anterior, y había quedado descolocado con un gobierno militar que emprendía las reformas radicales que el aprismo había prometido en los años treinta y a las cuales se opuso a partir de los cincuenta: «el Apra, ubicada ya a la derecha de los militares, vio mermar su

[21] Con justificada admiración, el periodista que entrevistó a Haya apuntaba: «Quizá nadie en el resto del continente pueda sostener que tuvo una controversia con Lenin».

[22] Fue el único cargo público que llegó a ocupar en toda una vida luchando por conquistar el poder. Alcanzó a poner la firma a la Constitución en su lecho de agonía, poco antes de su muerte, que acaeció en agosto de 1979.

prestigio revolucionario y, para no perderlo del todo, ordenó la tercera edición de la obra, 34 años después de la primera» (Villanueva 1975: 18).

Mientras Velasco estuvo en el poder, Haya de la Torre declaró permanentemente su coincidencia con las reformas del gobierno militar, que, según él señaló en más de una ocasión, estaban tomadas del programa máximo del Apra de 1931. Sostuvo, además, que las reformas militares deberían ser recogidas en una futura Constitución. Pero, como veremos, luego del derrocamiento y la muerte de Velasco Haya tomó distancia de las mismas reformas que había sostenido eran de inspiración aprista.

La infrahistoria de *El antimperialismo y el Apra*

Como se ha señalado, el tema del imperialismo ha sido tradicionalmente considerado fundamental en la historia del aprismo. Aun tres días antes de la muerte de Haya de la Torre, Armando Villanueva del Campo, el líder aprista más importante en ese momento, afirmaba en una entrevista: «Si no existiera el imperialismo, mi querido amigo, no habría razón de ser para el APRA. La razón de la alianza de clases es unir al proletariado, al campesinado, a las clases medias, que incluyen sectores del capitalismo nacional, contra el imperialismo» (Hildebrandt 1979a). Es de preguntarse el porqué de la facilidad con que Haya podía cambiar de posiciones a lo largo de los años en un tema tan trascendental para la organización que había creado. Ante todo, Haya era un pragmático. Para él, sus postulados teóricos tenían la función de nuclear fuerzas sociales, más que constituir una guía para la acción política. Si uno se queda en sus elaboraciones teóricas posiblemente no llegue a entender la naturaleza de su acción política, y el tema del imperialismo es una buena entrada para analizar la correspondencia entre sus formulaciones y sus hechos.

En un excelente ensayo, el profesor Thomas M. Davies Jr. propuso una lectura de la historia del Apra que replantea varios de los supuestos comúnmente aceptados. Basado en una convincente documentación, Davies sostiene que, desde un principio, «Haya desarrolló una ideología que resultaba atractiva para los intelectuales, los radicales y las clases populares, pero que luego negaba en reuniones confidenciales que sostenía con miembros de la clase alta y los negocios». Su ensayo, que recurre a material inédito de los archivos del Departamento de Estado de los EE.UU., muestra que, para las elecciones generales de 1932, Haya buscó el respaldo económico de grandes empresarios, incluyendo a quien era visto como uno de los grandes enemigos del proletariado cañero de La Libertad —la cuna del Apra—: el propietario de la hacienda Chiclín,

Rafael Larco Herrera[23]. Obtuvo también el apoyo de partidarios del recién depuesto presidente Augusto B. Leguía[24].

De las evidencias que Davies expone, es especialmente sorprendente el informe que el embajador de Estados Unidos en el Perú, Fred Morris Dearing, envió a la Secretaría de Estado de los EE.UU., el día 7 de setiembre de 1931, basándose en sus apuntes sobre la conversación que sostuvo con Haya de la Torre, cuando este era candidato presidencial del Apra, en una reunión confidencial —concertada a pedido de este— el primero de setiembre. Esta reunión se realizó en la que, para la mitología aprista, es considerada la época más revolucionaria del Apra.

La reunión fue muy cordial y Dearing estaba sorprendido, ya que el interlocutor que tenía al frente no tenía nada que ver con esa gran amenaza a los intereses norteamericanos que sugerían los discursos públicos de Haya: «El señor Haya de la Torre me impresionó inmediatamente por su calidez y por su evidente sinceridad […] Rechazó la idea de ser destructivo o ultra radical. Él parece tener una sincera estima hacia nuestro país, que ha visitado varias veces […] [Haya] indicó claramente que si su partido llega a triunfar, esperaría tanta ayuda y comprensión de nuestro gobierno como fuera posible y una real cooperación entre nuestros países» (Davies 1971: 644).

Al parecer, Haya de la Torre deseaba convencer al embajador norteamericano de la autenticidad de sus sentimientos, dándole pruebas concretas de su simpatía: «En este momento la situación en los campamentos mineros del norte y la Smelting Company está agitada, y el señor Haya de la Torre me ha dicho, como prueba de lo que siente hacia los intereses norteamericanos, que esa misma mañana, a través de sus múltiples conexiones, ha aconsejado a su gente que evite la violencia de cualquier tipo y use su influencia para lograr un arreglo tranquilo y una aceptación calma de lo inevitable, en y sobre el distrito de Trujillo» (Davies 1971: 644*)*. Cuatro décadas después, Haya rememoraría su mediación en este conflicto, en una entrevista con la revista *Caretas*:

---

[23] «*The party secured important financial aid from key northern businessmen such as Rafael Larco Herrera (he reportedly contributed 50.000 soles) whose medium-sized sugar plantation, Chiclín, was in danger of being engulfed by the huge Gildemeister holdings at Casa Grande. Rafael's brother, Victor Larco Herrera, had lost his hacienda "Roma" to the Gildemeisters in 1925. Thus the Apristas enjoyed some northern upper-class support which influenced the tenor of their party platform*» (Davies 1971: 633).

[24] «*The Leguiistas, who were also badly divided, bore the additional burden of blame for the political and economic excesses of the oncenio. Unable to run a candidate, much less win the election, many Leguiistas drifted into Aprista ranks. Civilistas and Sanchez-Cerristas attempted to discredit the Apristas with charges that Aprismo was merely an extension of Leguiismo. Although the Apristas strenuously denied any connection with the deposed president, Haya certainly accepted and even courted Leguiista backing*» (Davies 1971: 635).

> Cuando yo vine en 1931, encontré en Trujillo que se había producido la llegada de la Northern. Era una empresa mucho más progresista que la Cerro de Pasco. Me encontré con unos obreros que tenían este primer problema. Los obreros me dijeron: "Somos apristas; estamos resueltos a morir por el Apra" […] Me dijeron, "Queremos saber una cosa, ¿hasta dónde va el antimperialismo del Apra? Porque nosotros ganábamos veinte centavos, un puñado de coca y ahora tenemos sindicatos, hacemos huelga, pedimos aumento de salario, y no quisiéramos retroceder otra vez a manos del gamonal". Ustedes ven. Era la voz de la realidad. Yo les dije: "No, pues, es para adelante, no es para atrás". Es la ambivalencia del imperialismo (Hildebrant y Lévano 1971).

Haya prometió también su respaldo directo a los responsables de las empresas aludidas: «En una entrevista con el gerente general de la Cerro de Pasco Corporation, Harold Kingsmill, Haya prometió que bajaría el tono agresivo de sus ataques contra las empresas extranjeras» (Davies 1971: 637).

Aparentemente, el embajador Dearing quedó convencido de la sinceridad de las expresiones del líder máximo del Apra, luego de esa cordial conversación: «debo pensar que si [Haya] llega a ser presidente del Perú, no tenemos nada que temer, y por el contrario podríamos esperar un gobierno excelente y beneficioso, de tendencia fuertemente liberal, que aseguraría la justicia en lo principal, e iniciaría un período de confianza y bienestar» (Davies 1971: 637). La entrevista citada no fue la única. «Haya de la Torre se reunió con los funcionarios de la embajada en varias ocasiones, así como con dirigentes de importantes empresas extranjeras. Después de leer lo relativo a estas entrevistas —se pregunta Davies— uno podría inquirir: ¿dónde está el temido revolucionario que podría expulsar a los imperialistas yanquis? ¿Quién destruiría la actual estructura social y política del Perú?» (Davies 1971: 644).

Volvamos sobre las fechas. El programa máximo del Apra —la plataforma revolucionaria que presentaba a las masas la propuesta antiimperialista que constituía la razón de ser del movimiento— se aprobó en el congreso del partido realizado entre agosto y setiembre de 1931. La reunión de Haya de la Torre con el embajador Dearing tuvo lugar el primero de setiembre de 1931, en medio de la elaboración de esas tesis revolucionarias. Nuevamente, la historia pública muestra apenas una faz de una realidad mucho más compleja de lo que la sola lectura de los documentos oficiales sugiere.

Las conversaciones de Haya con los representantes del imperialismo yanqui eran desconocidas para los militantes apristas, pero no es seguro que su difusión hubiera mellado su fe en su líder máximo. El partido aprista sobrevivió a grandes virajes sin sufrir grandes daños, no solo en el tema del antiimperialismo; sucedió así también cuando la dirección del partido decidió aliarse con la oligarquía, en

1956, y cuando en 1962 incorporó a la alianza a Manuel A. Odría, el verdugo que hasta apenas seis años antes había masacrado a los apristas. Haya mantuvo a sus militantes pero perdió a los intelectuales, algunos de primerísimo nivel, que se habían incorporado al Apra y que se alejaron como consecuencia de lo que se denominó «la traición a la Revolución de 1948».

El mayor Víctor Villanueva, líder militar de ese movimiento, y que después se convirtió en uno de los estudiosos más importantes del Apra, propone una explicación:

> Para los apristas de la "vieja guardia", el aprismo no constituye una doctrina política-social; para ellos es solamente una fe. El aprista no piensa, solamente siente; su actitud es meramente sentimental y emotiva, de ningún modo intelectual ni consciente. Rinde culto al "jefe" y lo sigue sin importarle mucho ni poco hacia donde se dirige. Haya de la Torre parece que más se preocupó de inculcar a sus partidarios una mística, una fe, en vez de una ideología. Y hay que convenir en que acertó, de lo contrario ya nadie estaría a su lado (Villanueva 1975: 18).

La edición de *El antimperialismo y el Apra*

Queda un último tema por esclarecer. Como se ha señalado, *El antimperialismo y el Apra* fue publicado por primera vez en Santiago de Chile, en 1936. Sin embargo, en su libro *Treinta años de aprismo* (1956), Haya pretende que dicha obra fue publicada antes, en 1928, como se lee en la la nota de pie de página que consigna: «*El antimperialismo y el Apra*, México 1928. 2ª ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936» (VRHT 1956: 19). En las páginas siguientes, Haya se va a referir decenas de veces a este como «mi libro de 1928» (VRHT 1956: 23 y ss.). Luego, en todas las oportunidades en las cuales se refirió a su libro por el resto de su vida, volvió a insistir en que la primera edición había salido en México, en 1928[25].

No existió tal edición mexicana de 1928. En la «Nota Preliminar» de la primera edición de *El antimperialismo y el Apra*, Haya escribe taxativamente: «Este es un libro escrito hace siete años que sólo ahora se publica» (VRHT 1936: 13). Haya explica que por diversas razones le fue imposible encontrar editor, primero, y tiempo para publicarlo, después. Luego, enterado de la muerte del cubano Julio Antonio Mella, con quien polemizaba, le pareció inoportuno publicarlo, por lo que lo entregó recién siete años después para su primera

[25] Tuvo tanto éxito que hasta un buen conocedor de la doctrina aprista como Héctor Cordero habla de la «primera edición, la del 28, publicada en México» (Cristóbal 1985: 51).

edición en Chile. Haya fechó esta presentación el 25 de diciembre de 1935 (VRHT 1936: 15-17, 28)[26].

¿Qué razón llevó a Haya a tergiversar sistemáticamente este dato fundamental, relativo a la génesis de su texto político más importante? Posiblemente la clave se encuentre en que en 1928 tuvo la polémica con Mariátegui sobre el imperialismo, en la que Haya sostenía que había que acabar con imperialismo yanqui; posición que mantuvo todavía en su correspondencia con la célula del Cusco, en 1930[27]. Poco después, Haya cambió su posición en un punto clave: como vimos, a partir de su retorno al Perú en 1931, para impulsar su candidatura presidencial, dejó de pregonar la lucha a muerte contra los yanquis y comenzó a plantear la distinción entre el lado bueno y el lado malo del imperialismo, y a sostener que, si el imperialismo era la última fase del capitalismo en Europa, en Indoamérica era la primera, y debía ser bienvenido, porque traía el capitalismo y el progreso. De allí se derivó su estrategia de «negociar» con el imperialismo, para aprovechar su lado bueno —los capitales, la tecnología y el progreso—, buscando neutralizar su lado malo —la expoliación colonial—[28].

Haya pretende que se crea que esta era su posición desde 1928 y que no hubo ningún cambio en su línea política. Después, lo sabemos, prosiguió mediatizando sus posiciones, con la afirmación de que podía separarse el «imperialismo económico» del «imperialismo político», rechazando este último y dándole la bienvenida al primero, para anunciar, finalmente, la que sería su posición constante a partir de los años sesenta: que el imperialismo había dejado de existir.

---

[26] Alan García da como fecha de la primera edición 1935, pero se equivoca. Haya señala en la nota a la segunda edición, que salió pocos meses después de la primera, que esta salió el 31 de marzo de 1936 (VRHT 1936: 29).

[27] Inclusive pudo darse el lujo de acusar a Mariátegui de no querer verdaderamente combatir contra el imperialismo, como lo planteaban los verdaderos revolucionarios.

[28] Alan García cuestiona la afirmación de Haya de que este entregó a la Editorial Ercilla sus páginas «como fueron concebidas y redactadas» en 1928 (VRHT 1936: 17). Para García en *El antimperialismo y el Apra* «coexisten tres redacciones sucesivas», en las cuales se fueron incorporando nuevos conceptos: «El capítulo primero, fue escrito como artículo en 1926, como consecuencia lógica de textos previos, y sigue la lógica fatal de las tesis de Hobson y Lenin. Pero entre 1928 y 1935 (*sic*) en que fue publicado, Haya amplió su concepto de la ambivalencia del imperialismo económico y distinguió la dominación geográfica y política imperialista respecto del imperialismo económico o inversión del capital extranjero. Finalmente, el Prólogo, escrito en 1935, trae conceptos distintos al capítulo primero, a las notas de 1928-1935 y naturalmente a los artículos y libros anteriores» (García Pérez 2008: 42-43). Alan García busca demostrar que en su entreguismo es fiel a las enseñanzas de Haya de la Torre, lo cual por supuesto es demostrable, como también lo fue demostrar durante su primer gobierno que limitar el pago de la deuda externa y proclamar un encendido respaldo a las luchas antiimperialistas —de Nicaragua, por ejemplo— era ser fiel a los planteamientos de su maestro. El pensamiento de Haya da para todo.

Estas posiciones hubieran sido inaceptables en 1928, y por entonces Haya se presentaba ante los revolucionarios peruanos como un marxista revolucionario, proclamando que la razón de ser del Apra era impulsar la «acción contra el imperialismo yanqui». En la carta que envió a la célula del Cusco el 15 de febrero de 1930, oponiendo sus concepciones del marxismo y el antiimperialismo a las de Mariátegui, afirmaba:

> Un punto doctrinario capital que nos separa de los socialistas limeños es su antimarxista concepción del problema del imperialismo. Para ellos imperialismo no parece significar capitalismo; para nosotros, con Marx y con Lenin, el imperialismo es el capitalismo en su forma más moderna, y el capitalismo es la explotación en su forma más refinada, y si nosotros no combatimos al imperialismo, entonces no combatimos al capitalismo, y si no combatirnos al capitalismo, entonces no luchamos contra la explotación, y si no luchamos contra la explotación no tenemos derecho de llamarnos ni socialistas, ni comunistas, ni revolucionarios. El Apra es antimperialista porque es anticapitalista (VRHT 1976-1977: vol. 5, 261).

No cabe en este encendido discurso revolucionario el aprovechamiento del lado bueno del imperialismo. Los verdaderos revolucionarios —los «verdaderos marxistas», precisa[29]— solo conciben la relación con el imperialismo yanqui como una lucha a muerte. Dos meses después de que esta carta fuera enviada murió José Carlos Mariátegui, el 16 de abril de 1930, y poco después Haya hizo pública su tesis del «lado bueno» del imperialismo y de la necesidad de aprovecharlo. Inmediatamente después vendrían las reuniones con el embajador Dearing, tranquilizándolo sobre lo que significaba el antiimperialismo aprista.

La fecha de la primera edición de *El antimperialismo y el Apra* es por eso importante, debido a que moverla a 1928 es borrar las huellas de un cambio de línea fundamental en la doctrina aprista. Si esto pudo sostenerse durante tanto tiempo es simplemente porque fueron muy pocos —y lo son aun ahora— los apristas que leyeron la obra capital del fundador del Apra y menos quienes siguieron atentamente la evolución de su línea política. La adhesión al aprismo siempre fue, por sobre todo, una opción emocional: «[...] como nosotros comenzamos a luchar, y no a leer lo que decían los programas, nunca reparamos en las grandes ambigüedades del Apra y sus planteamientos doctrinarios», recordaría Guillermo Carnero Hoke, luego de apartarse del Apra (Cristóbal 1985: 58).

Compárese las posiciones de Mariátegui sobre el mismo tema. En la reunión convocada por el secretariado sudamericano de la Internacional Comunista en Buenos Aires, en junio de 1929, el obrero Julio Portocarrero leyó el texto de

[29] Véase VRHT 1976-1977: vol. 5, 265.

Mariátegui «Punto de vista antimperialista», que constituía su respuesta a las tesis de Haya de la Torre. Mariátegui consideraba un error la confianza de Haya en el carácter antiimperialista de las clases medias y su convicción de que estas eran las clases más explotadas por el imperialismo y las que debían encabezar la lucha por la «segunda emancipación» de América Latina:

> La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarias con el pueblo por el lazo de una historia o de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados [...] El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora [...] La "huachafita" que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social [...]
>
> Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción anti-imperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista (Mariátegui 1973: 88-89).

Mariátegui estaba convencido de que de la pequeña burguesía solo se podía esperar una prédica inconsistente, incapaz de sustentar una acción verdaderamente revolucionaria. Ese era el horizonte que prometía el antiimperialismo aprista: «¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña-burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista [...] La revolución socialista encontrará en ella a su más encarnizado y peligroso enemigo —peligroso, por su confusionismo, por la demagogia—» (Mariátegui 1973: 88-91).

Es notable cómo Mariátegui va más allá del economicismo marxista imperante en la época para abordar el problema considerando como central: el problema de las subjetividades, históricamente construidas. Para Mariátegui, solo era posible una acción verdaderamente antiimperialista desde un horizonte socialista. De allí su afirmación: «somos antimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo» (Mariátegui 1973: 95). Mariátegui no descalificaba la prédica antifeudal del Apra, pero no creía que ella pudiera sustentar una verdadera política antiimperialista:

> La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del

> imperialismo [...] que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social— nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo (Mariátegui 1973: 93).

El esbozo de programa del Partido Socialista, leído por Julio Portocarrero en la misma reunión, expresa la naturaleza de la revolución social en que pensaba Mariátegui:

> 1º Expropiación, sin indemnización, de los latifundios; entrega de una parte a los *ayllus* y comunidades, prestando todo el contingente de la técnica agrícola moderna. Repartición del resto entre los colonos, arrendatarios y yanaconas.
>
> 2º Confiscación de las empresas extranjeras: minas, industrias, bancos y de las empresas más importantes de la burguesía nacional.
>
> 3º Desconocimiento de la deuda del Estado y liquidación de todo control por parte del Imperialismo.
>
> 4º Jornada de ocho horas en la ciudad y en las dependencias agrícolas del Estado, y abolición de toda forma de servidumbre y semiesclavitud.
>
> 5º Armamento inmediato de los obreros y campesinos y transformación del ejército y de la policía en milicia obrera y campesina.
>
> 6º Instauración de los municipios obreros, campesinos y soldados, en lugar de la dominación de clase de los grandes propietarios de la tierra y de la iglesia (Internacional Comunista 1929: 30).

Ante esta línea, ¿cómo habrían recibido los revolucionarios peruanos el discurso del lado bueno y el lado malo del imperialismo? La verdad es que así, Haya no tenía ninguna posibilidad de disputar la dirección de las fuerzas revolucionarias peruanas. Pero antes de un año Mariátegui murió, el Partido Socialista se convirtió en el Partido Comunista y Eudocio Ravines, su nuevo secretario general, emprendió la lucha por «desmariateguizar» el partido.

Entonces, el camino quedó libre para que Haya se constituyera en el político peruano más importante del siglo XX y para que realizara el gran viraje doctrinario que terminaría en el alineamiento con el mismo imperialismo norteamericano al que en la década del veinte había señalado como el gran enemigo de Indoamérica.

EL GRAN VIRAJE

Haya de la Torre y el Apra

Cuando se revisa la historia del Apra, llama la atención la firme lealtad de las bases partidarias. Estas, sometidas a virajes ideológicos extremos, no cuestionaron los cambios de línea del «jefe», por lo menos no lo suficiente como para provocar una crisis que pusiera en peligro la unidad del partido.

¿Por qué las bases apristas no opusieron resistencia a los cambios que llevaron al Apra, desde su posición antioligárquica y antiimperialista original, a constituirse en el principal soporte del viejo régimen? Una primera pista es que no existió ningún otro ideólogo en el Apra aparte de Haya. Los intelectuales apristas podían realizar obras literarias o de análisis, pero en lo que se refiere a la elaboración de la línea del partido, Haya corría solo. Aunque a comienzos de los años cuarenta Manuel Seoane publicó algunos textos que fundamentaron el viraje de la línea partidaria con relación al imperialismo —a él se le atribuye la fórmula «interamericanismo democrático sin imperio», en sustitución del original «contra el imperialismo yanqui», de 1926—. Es solo cuando Haya de la Torre inició el viraje hacia el alineamiento con Estados Unidos en su libro *La defensa continental* (1940) que fue posible decir algo que se apartara de sus anteriores posiciones al respecto.

El otro elemento importante es el activismo en que vivían los militantes, que, entre otras cosas, los llevaba a desdeñar a los comunistas por su hábito de debatirlo todo:

> La diferencia con los comunistas —afirma Eduardo Mallqui, un cuadro de aparato que formó parte de la estructura orgánica de la VACH, Vanguardia Aprista de Choque, durante los cuarenta y que ha dejado un muy valioso

> testimonio— era notoria: Ellos discutían, polemizaban; nosotros actuábamos. Haya, por otro lado, siempre nos inculcaba el anticomunismo, nos decía: "Esos son los que crean el caos, la desgracia del país, esos son los que joden a los apristas, los responsables que seamos perseguidos". Haya siempre nos vigilaba o nos mandaba vigilar para que nadie leyese una obra marxista (Cristóbal 1985: 41).

Son muchos los testimonios de militantes que señalan que en su formación ideológica apenas leían algunos escritos de Haya de la Torre. Puesto que Víctor Raúl era el creador de la doctrina, y el único que podía desarrollarla, para las bases no tenía gran importancia para dónde iba esta en tanto confiaban en la honestidad del caudillo, salvo cuando los acontecimientos obligaban a revisiones provocadas por graves crisis, como la que aconteció a raíz del levantamiento de octubre de 1948.

Finalmente, la doctrina del Apra nunca fue tan radical como suele creerse. A partir de un cuidadoso análisis del Plan de Acción Inmediata de 1931, la plataforma oficial del partido y la declaración básica de los principios apristas, el profesor Thomas M. Davies, uno de los mejores especialistas en la ideología del Apra, constata que no estuvo dirigida ni hacia los analfabetos, ni hacia los indígenas culturalmente aislados de la sierra —a quienes Haya califica de «ignaros» en *El antimperialismo y el Apra*—, que no resultaban interesantes para la estrategia partidaria porque no tenían influencia política ni el derecho a sufragio, ni hacia los elementos más pobres en el sector urbano; «el foco de atención estuvo en los elementos mejor situados de las clases trabajadoras de los centros urbanos (usualmente sindicalizados), en los pequeños hacendados, y en la clase media en general» (Davies 1989: 72). Esta opinión es confirmada por el testimonio de Héctor Cordero, ideólogo y líder del Apra Rebelde:

> [...] el Apra se había dedicado a la lucha electoral y el campesinado no votaba por ser analfabeto, ¿de qué podía serle útil el campesinado a Víctor Raúl? Al contrario, podía crearle serios problemas democráticos y revolucionarios. El Apra, como sabemos, se nutrió sobre todo de los sectores medios, de las burocracias sindicales, de las universidades, en algún momento, ahora ya no, del sector capitalista de la costa: los complejos agroindustriales; tuvo también alguna influencia en la Federación de Yanaconas (Cristóbal 1985: 223).

La influencia del Apra en el campo más bien tenía como objetivo a «sectores de la pequeña burguesía rural y por supuesto de los explotadores latifundistas. Porturas, secretario de disciplina, fue uno de los grandes terratenientes de Ancash. Romainville, latifundista de gran poder en el Cusco, fue compadre de Haya y militante aprista». Eran sectores situados más en el campo del gamonalismo

que en el de los campesinos a los que este expoliaba: «tenían el control político del departamento o zona respectiva, a través de los Prefectos, Subprefectos o Alcaldes o Caciques de la zona. El Apra jamás podría propiciar una efectiva reforma agraria porque iba contra sus propios intereses» (Cristóbal 1985: 223).

Sin embargo, al mismo tiempo, el Apra necesitaba mantener y ampliar su apoyo popular entre los trabajadores, especialmente entre los jornaleros de las plantaciones azucareras en la costa norte, entre ciertos grupos mineros en los Andes centrales y los más organizados elementos del proletariado de Lima. «En esto radica el gran dilema para Haya y el resto de los funcionarios de clase media del APRA: cómo ganar y mantener su radical apoyo de las clases más pobres sin alarmar o alejarse de sus aliados de las clases media y alta [...] lo que explica el posterior flirteo de Haya con oficiales militares de alto rango, esperando convencerlos de liderar revoluciones para él, en lugar de fiarse de levantamientos populares» (Davies 1989: 73). Davies coincide pues con la tesis planteada por el mayor Víctor Villanueva.

Crónica de una amistad: Víctor Raúl y Luis Alberto Sánchez

Entre los dirigentes del Apra, posiblemente fue Luis Alberto Sánchez quien mayor influencia ejerció sobre Haya de la Torre en el período del gran viraje. Por eso reviste especial interés analizar la naturaleza de sus relaciones. Haya era siete años mayor que Sánchez, pero el prestigio continental del que este gozaba como intelectual acortaba las distancias y lo convertía en un interlocutor privilegiado. No es que Sánchez le dijera a Haya qué debía hacer, sino que en él Haya encontró el más firme respaldo al cambiar algunas de las definiciones fundamentales de lo que hasta entonces había sido la doctrina y la práctica aprista. Como se verá, Sánchez cambió de línea más tempranamente en algunos temas medulares, como los relativos a la posición antiimperialista del Apra, el rechazo a la tradición revolucionaria insurreccional y la violencia como la vía para llegar al poder. Virtualmente desde el inicio, Sánchez manifestó una posición abiertamente hostil hacia cualquier acercamiento del Apra con el socialismo, y eso lo diferenciaba de la mayoría de los líderes apristas. En una fecha tan temprana como el 21 de diciembre de 1930, escribía: «El público tiene dos direcciones que el Apra debe canalizar [...] anti civilismo, anti comunismo y cierta desconfianza del socialismo. Por cuanto esta *palabra* inspira temor» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 28; las cursivas son originales del autor).

Un intercambio epistolar entre ambos, desarrollado durante 1943, puede echar luz sobre la naturaleza de sus relaciones personales. Sánchez estaba exiliado, viviendo en Chile y moviéndose continuamente entre Buenos Aires,

Estados Unidos y Centroamérica. El Apra continuaba en la clandestinidad, bajo la conducción directa de Haya, desde hacía una década. Estaba en el poder Manuel Prado Ugarteche, un connotado dirigente de la oligarquía, a la que Haya consideraba enemiga fundamental del Apra y de lo que este partido quería para el país. El mundo estaba dividido por el gran conflicto bélico que enfrentaba a los Aliados y el Eje por la hegemonía planetaria. El Perú había optado por alinearse con los Estados Unidos, luego del período de coqueteos del entonces presidente mariscal Óscar R. Benavides con las potencias fascistas. La táctica de Haya de la Torre, en ese contexto, consistía en tratar de aprovechar la política, impulsada por Estados Unidos para el hemisferio, de promover una intervención multinacional en contra de cualquier país que constituyera una amenaza para la seguridad del continente en guerra, extendiendo la posibilidad de esta intervención contra aquellos regímenes que amenazaran la democracia. De esta manera, Haya pretendía utilizar la propaganda aliada, que presentaba la defensa de los intereses de los Estados Unidos en el continente como la defensa de la democracia. Su argumento era que si de defender la democracia se trataba, entonces Estados Unidos no debería consentir la existencia de regímenes dictatoriales. Ese fue el *leit motiv* de la política internacional aprista durante este período, una línea que tenía su talón de Aquiles en el hecho de que las dictaduras que habían aplastado la democracia en América Latina gozaban del patrocinio norteamericano. Era evidente que los Estados Unidos no iban a abrirse un flanco en su patio trasero promoviendo cambios en medio de un conflicto mundial, cuando combatía en los escenarios de Asia y Europa.

Las ideas de Haya, desarrolladas en su correspondencia con Sánchez, daban lugar a animados intercambios, que algunas veces terminaban en ásperos enfrentamientos debido a la escasa tolerancia del máximo líder del Apra a la crítica. Sánchez le reprochaba su poca capacidad para aceptar los puntos de vista de otros, y especialmente el desdén que manifestaba por los puntos de vista de los exiliados. Haya era notablemente intemperante en las cartas que enviaba a sus compañeros en el extranjero, a los que frecuentemente aludía con el desdeñoso calificativo de *Capuaexilia* —«hincha la barriga y ablanda»—. En una carta enviada al coronel Pardo en febrero de 1939, hablaba de «cómo *analga* la *Capueaexilia*» (Davies y Villanueva 1978: 395). En una carta enviada el 31 de julio de 1939, Manuel Seoane —respondiendo a la orden terminante de que los exiliados retornaran al Perú, «sin excepciones, salvo para los mayores de 50 años o los que tuvieran enfermedad debidamente comprobada»—, contestó que él aceptaba si era «para realizar una tarea real y concreta, pero no para caer tontamente como un zorzal en la jaula». Es muy significativa la condición que ponía: «el sistema de trato entre el jefe y los afiliados debe ajustarse a normas de mutua

consideración». Sánchez era más directo en su respuesta a Haya: «Has generalizado excesivamente ese terminacho de Capueaexilia [...] Capua, sí para los que no producen, no trabajan para sí ni para el partido, no cotizan, se divierten y, de llapa, friegan. Para esos, Lima también fue y será Capua, con su Jirón de la Unión o su persecución ventajista. [...] Hay también algunos que han hecho Capuapersecuta, y de eso se habla y se hablaba en 1933»[30] (Villanueva 1977: 10).

En una carta enviada el 22 de diciembre de 1939, Sánchez defendía su derecho a opinar y a ser escuchado. Es evidente que le molestaba la escasa atención que Haya prestaba a sus observaciones, «que no siempre han sido recibidas con cortesía siquiera». Su queja fundamental se refería a la manera cómo Haya recibía las opiniones que no concordaban con la suya: «muchas han sido objeto de largos, repetidos y reiterados sarcasmos, aunque jamás hubo observación que no contuviera una parte siquiera de acierto, así como casi siempre no hubo sarcasmo de ella que no contuviera una parte de error a cambio de las de acierto» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 390).

Pero las críticas no se limitaban a cómo se desarrollaban las relaciones entre ambos. Sánchez iba más allá y cuestionaba la creciente falta de democracia partidaria, agravada por las circunstancias excepcionales que afrontaba una organización obligada a vivir durante más de una década en la clandestinidad:

> [...] en este punto, me parece evidente que la estructura y circunstancia de guerra del partido durante tanto tiempo han reducido la deliberación a sus más modestos límites [...] Existen simientes de malestar; un criticismo aguzado por la impaciencia, por el no haber llegado al poder, por no haber tenido una victoria material, y eso da un mentido, pero constatable, derecho a cada quien a imaginar que "su" solución era la mejor. El único remedio para lo futuro, ya que no para lo pasado, será una organización del partido sobre bases más amplias, sobre todo si es posible transitar dentro de cierta legalidad, y un examen alto, una autocrítica alta de lo andado (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 390).

Aparentemente, la crítica no provocó cambios en la actitud de Haya. Luis Alberto Sánchez volvió sobre el tema tres años después, en una carta muy extensa, el 9 de enero de 1943. En ella le manifestaba a Haya el disgusto que le provocaba su personalismo: «[...] a los que los conocemos [se refiere a la dirección aprista] nos deja la sensación de que se está procediendo con un sistema sólo aparentemente

---

[30] Explicando su opinión a Manuel Checa Solari, Haya decía: «El destierro es una balconización agradabilísima si se la compara con el campo de brega. Y yo siento que muchos jóvenes que más tarde no sabrán lo que es luchar, porque vivieron en el dulce exilio tranquilo, puedan llegar a la dirección del partido» (Villanueva 1977).

democrático y que no hay sino una voluntad y un criterio vigentes: los tuyos, que, acertados o no, tienen, en casos como éste, el defecto fundamental de representar un solo criterio, una voluntad individual y, por tanto, más susceptible de error que un conjunto de opiniones y quereres» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 408).

Es difícil imaginar que alguna otra persona, militante o no, pudiera dirigirse en estos términos a Haya, pero se verá que Sánchez podía ir mucho más allá, apelando a la vieja amistad que los unía para formular ásperas críticas, las cuales no siempre eran bien recibidas y algunas veces enfriaron sus relaciones, pero que, al no llevar a una ruptura, contribuyeron sin duda a hacer más estrecho el lazo que los unía.

> No creo —afirma en la misma carta Luis Alberto Sánchez— que la amistad y el compañerismo consistan en decir siempre sí; ni tampoco en sarcasmos fatuos, silencios cómplices ni negativas cerradas. Dentro del respeto al decoro de cada cual, indispensable para mantener la cordialidad esencial, el aporte de la franqueza tiene —al menos para mí— un significado mucho más constructivo que el comentario al margen, la diatriba por la espalda, el malhumorado asentimiento o la mefítica lisonja sistemática (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 408-409).

El disgusto de Luis Alberto Sánchez era exacerbado por sentir que su opinión no era tomada en cuenta a la hora de tomar decisiones: «Durante años me han llamado líder, pero al verme tan poco tenido en cuenta para las medidas positivas, a cambio de mantenerme el rango para sólo exportación, en una especie de cesantía dorada, me es doloroso. Prefiero hacer a exhibirme. Y cuando no puedo hacer, o no me permiten hacer, la exhibición o los títulos me suenan un poco a burla, aunque, como en este caso, no haya ninguna intención de ello». Aparentemente se había embalsado el resentimiento. El disgusto de Sánchez era tan grande que anunciaba a Haya su intención de retirarse del Apra silenciosamente, apenas llegara al poder. Y añadió un comentario que luego sería materia de agrios intercambios epistolares: «Por no creer en la infalibilidad de nadie, me aparté del catolicismo, no obstante los 2.000 años de dogma, de entrenado dogma de que disfruta. Mal voy a creer en mi propia infalibilidad, si no admito la secular del Pontífice» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 416).

Al parecer esta carta hirió profundamente a Haya de la Torre, quien contestó a Sánchez con una misiva cargada de ironías, que empezaba por burlarse de la tendencia de Sánchez a escribir cartas muy extensas, y que, como era de esperar, echó más leña a la hoguera:

> Vuelvo a lamentar que esta carta no tenga 50 páginas pero no hay tiempo para eso. Además, sólo la concreto a hechos y a devolverte algunas de tus

> más injustas y absurdas críticas. Nunca he creído en mi infalibilidad y estoy seguro de que tú no aceptas ninguna porque tienes bastante con la tuya cada vez más acusada y enorme. No tengo tus facultades detectivescas ni tu afán de saberlo y explicarlo todo. Hablo de lo que sé y conozco sobre un terreno que no he abandonado desde hace 11 años. Mi voz está solventada por la experiencia. No me permitiría opinar si no estuviera aquí porque la Política práctica como la práctica de la Guerra resuelven sus problemas sobre el terreno. Los que teorizan a mil kilómetros de los campos de batalla corren los riesgos de Napoleón III o del Kaiser Guillermo II que relativamente, estuvieron siempre fuera de la realidad de sus terrenos dentro de una nube de fantasía (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 430-431).

Cuando Haya hablaba del terreno donde permanecía «desde hace 11 años», se refería a su clandestinidad en el Perú. Frente a un Luis Alberto Sánchez que escribe desde «mil kilómetros» de distancia, y que no corre los riesgos que sufren quienes afrontan la persecución de los regímenes oligárquicos en el poder, Haya de la Torre opone la autoridad de quienes están en la línea de fuego, hablando de la guerra y la política desde la autoridad que les brinda su quehacer revolucionario. La descalificación a Sánchez es abierta y es rematada por los comentarios acerca de los estrategas de escritorio.

La irritación de Haya lo lleva a insinuar un pasado leguiísta de Sánchez[31]. Se refiere también a habladurías que involucraban a Rosa, la esposa de Sánchez, en comentarios aparentemente dirigidos contra Haya. La emprende después contra la alusión de Sánchez a su posible alejamiento del Apra: «en tus anuncios de que te irás a la hora del triunfo y que ya te sientes desvinculado acusas una crisis de fe muy típica de intelectuales en estos tiempos desconcertantes: La vanidad del escritor […] los (*sic*) lleva a avergonzarse de creer en algo, a perder calor y emoción» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 431).

Haya apela a la naturaleza del lazo intangible que une a quienes pertenecen al partido: «El Aprismo ha sido ante todo, es y será un movimiento de fe. Fe en los ideales, fe en la fuerza cohesionante de esos ideales y fe en los hombres que sostenemos y no claudicamos de esos ideales. Rota la fe nada queda. Ella llenó abismos entre los apristas y nos hizo sentirnos compañeros de quienes jamás habríamos sido o de quienes nunca fuimos amigos. La fe aprista tendió puentes, ligó lazos, enderezó torceduras y abrió caminos de Damasco» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 431).

---

[31] Posiblemente apoyándose en el hecho de que Sánchez fue funcionario de la Biblioteca Nacional mientras Augusto B. Leguía gobernaba dictatorialmente.

A continuación, arremete otra vez contra el anuncio de la renuncia de Sánchez al Apra, zahiriéndolo como un intelectual engreído, que solo ve la realidad desde lo que le dicta su vanidad y que es incapaz de resistir que su opinión no sea reconocida como la verdad:

> Deploro mucho que te sientas desligado espiritualmente de nosotros y que me anuncies tu separación del Partido para la hora del triunfo. Pero me explico tu actitud por el desarraigo, porque eres hombre de Letras y de Lima que no admite errar. Te has construido un Perú, una política [...] y como no resulta exacto lo que tú inventas y por ende no se puede seguir lo que aconsejas, aplicas el "me largo". ¡Qué criollo, pero qué poco grande! ¡y perdona! [...]
>
> Aplícalo para moderar un tanto tu vanidosa actitud de intelectual "puro". (Y perdona). No desprecies tanto ni te burles tanto de los que modestamente trabajamos en el surco o en la zanja, sin garantías, sin dinero, sin ninguna de las goyerías (*sic*) que el mundo burgués brinda a los que viven su vida y la gozan y la apechugan (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 434).

Entre los exiliados apristas, Luis Alberto Sánchez gozaba de una situación excepcional, ya que, gracias a su prestigio, era requerido como profesor por importantes universidades del continente. Vivía con la comodidad del catedrático reconocido internacionalmente, estudiando, publicando, viajando constantemente, disfrutando de las ventajas que los militantes comunes envidiaban, una situación que, por cierto, estaba muy lejos de lo que era la vivencia del común de los exiliados y de los humildes apristas que combatían contra las dictaduras desde la clandestinidad.

Pero Haya no se detuvo en atacar el estilo de vida de Sánchez. También la emprendió contra el valor de las propias opiniones políticas que vertía: «Con toda franqueza debo decirte que si yo hubiera leído en tus juicios, alguna vez, uno certero que enfocara la situación política peruana, medularmente, lo habría reconocido con el mismo respeto con que saben mis compañeros que sus ideas tienen campo y acogida en mi entusiasmo» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 434). A continuación, insertó el comentario que más profundamente tenía que herir a Sánchez, atacando esta vez su quehacer intelectual, la fuente de su prestigio y reconocimiento:

> [...] el mismo defecto que tus críticos (y éste es un juicio cada vez más extendido) señalan en tu obra literaria (y perdona), apresuramiento, superficialidad, etc. me parece tu fundamental defecto en el orden político [...] En política eres capaz de hacer afirmaciones mucho más infundadas todavía. Y de ellas, una carta que recibí en enero será siempre guardado testimonio. (Y perdona) (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 431).

La crítica que Haya hacía a la obra literaria de Sánchez recogía una opinión más bien extendida acerca de la calidad de la vasta obra escrita por este. Precisamente por el apresuramiento en sus opiniones, su descuido a la hora de citar autores y la superficialidad de sus juicios, Mario Vargas Llosa señaló a Sánchez como el perfecto ejemplo del intelectual subdesarrollado, que escribe para lectores subdesarrollados. Alberto Flores Galindo, por otra parte, ha hablado del «horror a la página en blanco», para referirse a la compulsión con la que Sánchez escribía y publicaba.

Haya cerraba su misiva con una invocación al lazo que unía a los apristas, que es una toma de posición con relación a cómo concebía sus relaciones personales y las partidarias; la relación entre el mundo privado, el de los afectos y el de la vida pública, la militancia, la responsabilidad política y el deber cívico:

> Siempre he dicho que una de las mejores demostraciones de la fuerza cohesionante del Aprismo es el caso de nuestro compañerismo tan estrecho, siendo como somos tan disímiles. Fuera de la fe del Aprismo no hemos tenido otras vinculaciones, como tú lo sabes. Pero para mí el Aprismo es tan fuerte soldador de diferencias como la memoria o la inframemoria de la comunidad de un seno materno. Por eso, si pierdes la fe y rompes los lazos, ¿qué queda? […] Sólo la fe del aprismo me liga a las gentes y la fe del aprismo no la cambio como una camisa […]
>
> Y otra vez, perdona que ofenda tu orgullo con tantas expresiones sinceras de refutación a tus equivocados conceptos sobre la situación del Perú. Pero, lejos de toda cólera, me parece mejor usar la franqueza y el lenguaje neto antes que tus sarcasmos y estiletazos. No me gustan golpes bajos. (Y perdona) (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 435-436).

La respuesta de Sánchez a Haya, del 6 de mayo de 1943, estuvo a la altura de los incendios de la carta a la que respondía[32]. Sánchez empezó recordando que Haya solía decir que los chismes eran cosa de proxenetas, para a continuación lanzar el primer puyazo: «Hay tantos chismes, y además inexactitudes y hasta calumnias en tu carta del 29 de marzo, que forzosamente tengo que suponer que te hallas materialmente asechado de proxenetas, y, lo peor, les das crédito» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 431). El motivo de semejante reacción fue una alusión, que Haya de la Torre puso en su carta, a un supuesto comentario malintencionado vertido por la esposa de Sánchez. A continuación, Sánchez lanzó su ataque más duro contra las supuestas motivaciones de la carta de Haya, a la que contestaba:

[32] En la presentación que insertó al publicarla, el propio Sánchez reconoce: «Esta carta, que debió ser persuasiva, resultó siendo un poco (*sic*) vitriólica, más que la de Haya. No contribuyó a unirnos por un tiempo» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 436).

> Me hago cargo del estado de ánimo en que escribes. Pese a la formidable potencia del partido, que ha sido capaz de resistir el combinado embate de sus enemigos naturales *y de sus propios afiliados y dirigentes*, debes sentirte muy amargo al no poder uncir a la victoria a tu carro. Todos hemos experimentado esa amargura, si bien sin la intensidad que tú. Días de sabor a ceniza y hiel en la boca, que convidaban a vomitar injurias, con acritud de profeta fallido, como los profetas del Antiguo Testamento (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 436; el énfasis es mío).

La alusión a los profetas fallidos tenía, sin duda, que herir profundamente a Haya, que no solo pretendía tener el liderazgo continental de una generación de políticos, sino que pretendía fundar una cabal nueva filosofía de la historia, en base a sus disquisiciones en torno al espacio-tiempo histórico. Aún en los años cincuenta, Haya de la Torre seguiría pensando que sus tesis políticas constituirían un aporte fundamental al pensamiento occidental. A pesar de todos sus virajes, planteamientos como el «Congreso Económico», formado con representantes del capital, el trabajo, el Estado y los inversionistas extranjeros, y paralelo al «Congreso Político» y «el Estado Antiimperialista», eran para él aportes que fundaban un nuevo capítulo de la teoría política contemporánea. Hasta el final de su vida trataría de que fueran incorporados en la organización política del país.

Aunque Sánchez decía ser comprensivo con las motivaciones psicológicas que le atribuía a Haya, era más duro al enjuiciarlo como miembro del partido:

> [...] políticamente, las consecuencias de esa reiterada actitud desafiante, intransigente, incapaz de oír consejos que no concuerden, ofrece muchos riesgos y pocas esperanzas [...] Si nadie te lo dice, y prefieres la adulación o el sometimiento dañino a una palabra franca, allá tú, pero tu suerte está unida a la nuestra [...] Y es oportuno, aquí, decirte, que el aprismo no es un hombre [...] No olvidemos que entramos a formar un movimiento anticaudillesco, del cual fuiste y sigues siendo el más destacado caudillo, es decir, anticaudillo. Al menos eso es lo que se repitió hasta la saciedad a lo largo de los años. Los intelectuales puros como yo suelen tener buena memoria (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 437).

Esta posición es diametralmente opuesta a la que Sánchez adoptaría una década después, mientras Haya estaba cautivo en la embajada de Colombia y el dictador Manuel A. Odría le negaba la visa para abandonar el país. Entonces, la mayoría de la dirección aprista desde el exilio reclamaba una profunda democratización del partido, criticando el personalismo con que Haya manejaba las cosas. En aquel momento, Sánchez se convertiría en el campeón de la lealtad al «jefe natural» del partido, señalando cualquier intento de democratización como una traición al aprismo y un intento de cuestionar el rol conductor de Haya.

Sánchez rechaza, a continuación, la insinuación de Haya que lo sitúa como leguiísta, citando el haber sido puesto tres veces en prisión y haber sido considerado por Leguía como su enemigo personal. Remataba su descargo con un comentario malévolo: «Además de que, en el peor de los casos, ser leguiísta es menos delictivo que estar al lado de quienes no vacilaron en 20 meses de poder en asesinar a algunos centenares de compañeros nuestros. Sin proceso alguno» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 438). Este comentario alude a conversaciones que la dirección del Apra desarrolló, por orden de Haya, con la Unión Revolucionaria (UR), el partido fundado por Luis M. Sánchez Cerro, el caudillo militar que masacró a miles de apristas durante la represión de la revolución de Trujillo de 1932, y que después cayó asesinado por un militante aprista. El 31 de julio de 1939, Sánchez y Manuel Seoane se reunieron en Santiago con Luis A. Flores, el líder de la UR, quien también estaba deportado, para discutir una alianza con miras a las elecciones a las que había convocado el general Benavides. En el extenso informe que un día después enviaron Sánchez y Seoane a Haya consignaban que «no habría por parte de Flores ningún inconveniente para un gobierno urrista-aprista» (Villanueva 1977: 134). Esta reunión se realizó a pesar de las discrepancias que oponían Sánchez, y especialmente Seoane, a esta alianza. «Nuestra masas sufrirán un enorme shock —escribió Seoane a Haya antes de la reunión aludida— si vieran que las manos del asesino de los marineros se cruzan con las manos apristas» (Villanueva 1977:14-15)[33].

Una década después, el Apra se aliaría con Manuel Prado, cuya persecución sufrían Haya y el Apra en ese mismo momento, y entre 1963 y 1968 se aliaría con Manuel A. Odría, quien entre 1948 y 1956 masacró, torturó y deportó a miles de apristas.

Respondía, además, a las referencias de Haya a habladurías que involucraban a la esposa de Sánchez:

> [...] la señora a que con tan poca caballerosidad te refieres, nunca fue a "Ministerios", en plural, sino que un Ministro, amigo de casa, hace 40 años [...] fue a casa de mi padre para darle unas explicaciones personales para mí, continuación de charla que tú conociste directamente por mí. Y esa señora cuando Pancorvo le hizo una pregunta inspirada por alguno de tus proxenetas o informadoras, le contestó: "es falso: al contrario, están más juntos que nunca" (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 438).

[33] Seoane alude al fusilamiento de los marineros del Callao que se alzaron contra Sánchez Cerro por inspiración aprista en 1932.

Finalmente, Sánchez aceptaba el reto de Haya de circunscribir su relación a lo político, no dejando por eso de incurrir en alusiones oblicuas al personalismo de Haya:

> Ahora podemos hablar de lo general, que es lo importante, y, además, lo único que, según tú, nos une. Acepto plenamente esta referencia de tu carta. Nunca haré, como Leguía, el papel de opacador de mis colaboradores cercanos, ni, como Sánchez Cerro, condenar sin oír emergenciando a lo autócrata. Ni deseo para mi país ni para mi partido, el frenesí y la novelería como reglas de conducta (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 438).

A pesar de que semejante intercambio epistolar tenía que dejar heridas y, como lo reconoce Sánchez, no contribuyó a unirlos por un tiempo, hacia fines del mismo año la comunicación epistolar había retomado el tono afectuoso habitual: «mi querido viejo».

Si una prueba semejante no separa a dos amigos tiene necesariamente que unirlos más. En adelante, Haya guardaría siempre una consideración por Luis Alberto Sánchez mayor que la que tenía por cualquier otro dirigente aprista. Esto sería decisivo durante la siguiente década, cuando transitaría de su posición antioligárquica y antiimperialista, hacia un acomodo con los Estados Unidos y a una alianza con la oligarquía, para cerrar el paso a los cambios estructurales que se habían ido convirtiendo en un clamor nacional. En esas circunstancias, Luis Alberto Sánchez jugaría un rol clave respaldando el viraje de Haya hacia la derecha, en contra de la que era la posición de la mayoría de la dirección del Apra y de los militantes de base, quienes —como se verá— seguían esperando que el partido hiciera la revolución.

Los defectos que Haya y Sánchez se criticaban mutuamente no eran el resultado de estallidos suscitados por un acontecimiento particular, sino rasgos constitutivos, de carácter, que aflorarían una y otra vez a lo largo de su larga relación político amical. Más de una década después, en una carta enviada el 14 de enero de 1955, Haya criticaba el estilo epistolar de Sánchez: «Ponte en hombre, LAS, y entonces limarás tus asperezas epistolares. Aprende de mí. O tundo como macho o soy de brazo abierto y controversia leal como señor. A tu redacción se le escapa mucho vidrio molido. Y yo ya estoy viejo para tales tratos» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 192). Para no quedarse atrás, Sánchez escribía el 18 de julio, criticando el tono profesoral de Haya:

> Tú detestas al magíster, pero lo ejerces. Te enfadas cuando se te ponen objeciones que, por infundadas que sean, tienen el respaldo de la sinceridad y de la divergencia constructiva. No discutes: ironizas, calificas, zahieres, epitetizas. Y hasta donde yo sé, calificar no es discutir, ni caracterizar (aunque no sea

> exacto) constituye un método de disuadir, enseñar o corregir. La caricatura, leí, se usa para los adversarios o ajenos; el consejo para los propios (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 257).

Estos ásperos intercambios fueron ocasionados esta vez por una biografía de Haya que Sánchez escribía, a la que aquel oponía múltiples reparos. Sánchez manifiesta su desencanto por el escaso entusiasmo que sus esbozos biográficos despertaban en su biografiado: «Pienso que Haya prefirió siempre el elogio sincero, pero sistemático, de Felipe Cossío del Pomar, generoso y entusiasta como buen artista y sin los pujos de objetividad de que he adolecido hasta hoy» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 220). El pintor Cossío del Pomar es autor de las más encendidas hagiografías dedicadas a Haya de la Torre (1931, 1946, 1969): ese género de biografías de santos tan populares entre los lectores de la Edad Media.

El abandono de la línea insurreccional. El Apra y el anarquismo

El Apra, como lo definió Haya de la Torre en el momento de su fundación, era un partido marxista revolucionario que se proponía asaltar el poder para realizar, desde él, las grandes transformaciones que el país demandaba. Esta prédica le ganó el respaldo de importantes núcleos populares, algunos de los cuales —particularmente en el norte del país— provenían de la tradición radical anarquista. En una entrevista concedida a la revista *Caretas*, en marzo de 1971, Haya rememoraba la notable influencia que tuvieron los trabajadores ácratas de La Libertad en la creación del Apra: «Nosotros tuvimos mucha influencia de los anarcosindicalistas. En Trujillo hubo un foco anarcosindicalista, que lo encabezaba un negrito que se llamó Julio Reynaga. Era una especie de Diógenes callejero, que predicaba en cada esquina su anarquismo puro. El nombre de Julio Reynaga es el de un Colegio hoy día dedicado a los jóvenes obreros. Este hombre tenía mucha acción proselitista» (Hildebrandt y Lévano 1971b)[34].

Haya admiraba sinceramente a los anarquistas y desde el comienzo de su actividad política buscó un acercamiento con ellos: «el movimiento anarcosindicalista ha sido uno de los movimientos más puros, más limpios, más auténticos, que haya existido en el Perú. Estaban bajo la égida de González Prada. Fueron hombres que han muerto en su ley» (Hildebrandt y Lévano 1971b).

Para el joven Haya y sus amigos no se trataba de una admiración de espectadores. Según sus recuerdos, desde muy jóvenes, quienes luego fundarían el aprismo trataron de relacionarse con estos extraordinarios trabajadores: «Reynaga, Meza Vélez, Machado, una serie de estos obreros eran amigos nuestros,

[34] Sobre la actividad de Julio Reynaga como activista anarquista, véase Ramos Rau 1987.

en Trujillo. Tenían una biblioteca que estaba cerca de mi casa, y a la cual nos escapábamos ya de chicos, y a la cual le hicimos algunos obsequios de pantallas y cosas que sobraban en la casa. Entonces comenzó esta cosa a influirnos mucho. En esa biblioteca se izaba sólo la bandera roja» (Hildebrandt y Lévano 1971b).

El otro antecedente que cita Haya como influencia para la ética aprista es la formación religiosa de buena parte de los fundadores del Apra: «Nosotros fuimos todos seminaristas. Garrido, Orrego, nosotros los hermanos Haya, Alcides Spelucín». Recuerda a los curas franceses que los formaron, como excelentes profesores: «Ellos nos inculcaron el rigor cartesiano, tan necesario en países como el nuestro. Hasta nos hacían leer a Voltaire y Rousseau. Eran curas liberales» (Hildebrandt y Lévano 1971b).

Haya define a Julio Reynaga como «un anarquista puro, casi insociable. Pero al mismo tiempo era un tipo a lo Bakunin. No era un tipo kropotkiniano, de crear grupos de comunismo anárquico [...] Nosotros somos antimarxistas originarios[35]. Por la polémica [...] González Prada [...] Todo lo que era dictadura, y esto es muy importante, suscitaba nuestra protesta. Primero por las ideas liberales del colegio y después por las ideas anarquistas» (Hildebrandt y Lévano 1971b). Rememorando a Fonkén, uno de los grandes líderes anarcosindicalistas, Haya afirma: «Tipos como él fueron realmente los originadores del Apra».

A lo largo de los años veinte las organizaciones anarquistas entraron en crisis debido a la imposibilidad de concretar su ideario rechazando la política, un quehacer que despreciaban. Numerosos anarquistas que querían hacer la revolución se incorporaron al Apra: «Nuestro arreglo con los anarquistas —dice Haya— era así. El anarquismo decía: ni Dios, ni Ley, ni Patria. Entonces yo les decía: a Dios lo dejamos tranquilo. A la ley ataquémosla. Pero tomemos lo que el anarquismo tiene de principal: la formación de la "Conciencia"; y eso se forma con educación y cultura. Yo les tengo una gran admiración» (1971b).

Aunque los trabajadores anarquistas fueron una minoría, ejercieron una gran influencia durante las primeras décadas del siglo XX gracias a su cultura, su formación y su capacidad de llegar a sus compañeros de clase a través de la prensa obrera, el teatro, etcétera (Portocarrero 1987). Frente a una interpretación que pone énfasis en el carácter populista del Apra y su capacidad de controlar con este discurso a los obreros, Steven Hirsch insiste en la tradición anarquista y anarcosindicalista de los trabajadores peruanos, que los dotaba de una cultura para la cual la autoemancipación y la autonomía política frente a otras clases sociales eran valores fundamentales; valores que llevaron consigo cuando se aliaron con el Apra (Hirsch 1997). Según el mayor Villanueva, estos obreros radicales

[35] Ya se ha visto en el capítulo anterior que eso no es verdad.

estuvieron detrás de las grandes iniciativas insurreccionales de los comienzos del Apra, incluida la revolución de Trujillo de julio de 1932. El propio Manuel «Búfalo» Barreto, considerado el paradigma del trabajador aprista revolucionario, era un obrero anarquista proveniente del Callao —no de Trujillo, como suele creerse—, donde había activado en el gremio de estibadores, que se trasladó después a La Libertad, se incorporó al Apra y encabezó el asalto al cuartel O'Donovan, muriendo heroicamente en esa acción (Villanueva 1975: 99, Thorndike 1969).

Balas y votos. Los dos discursos del aprismo

Haya cultivaba la pasión radical de sus bases estimulando permanentemente una atmósfera de preparativos insurreccionales que reforzaban entre los trabajadores la convicción de que el partido tenía como norte asaltar el poder por la vía revolucionaria. Pero al mismo tiempo, desde los primeros momentos, jugó a llegar al poder por la vía electoral. Como esta opción chocaba con la tradición radical de las bases populares[36], al mismo tiempo que jugaba a las maniobras electorales alentaba simultáneamente la organización de intentonas insurreccionales. Esta línea dual de acción —sus adversarios la denominaron «la escopeta de dos cañones»— estuvo presente en el Apra desde los inicios[37].

En 1928 Haya de la Torre decidió lanzar su candidatura a la presidencia de la República. Lo hizo a través de una carta firmada por una supuesta célula de militantes del Partido Nacionalista Liberador, desde Abancay. Ni había ninguna campaña electoral en el horizonte, ni Haya tenía los 35 años que la Constitución estipulaba para candidatear a la presidencia, ni existía el partido, ni la célula, ni la carta había sido enviada desde Abancay. Fue redactada y enviada desde México —donde Haya residía en ese momento, luego de haber viajado desde Inglaterra a Estados Unidos formando parte de una delegación estudiantil para

---

[36] Recuérdese que para los anarquistas la política era un quehacer sucio y corruptor. Los que se incorporaron al Apra —una minoría se dirigió al Partido Socialista— lo hicieron porque se convencieron de que era imposible hacer la revolución sin una organización política; pero esta solo podía justificar su existencia si luchaba por tomar el poder por la vía revolucionaria.

[37] Afirma Hugo Neira: «Si hay una constante es ésta: la oposición democrática del aprismo a todas las dictaduras» (Neira 1996: 397). Esta afirmación no guarda correspondencia con lo que fue la práctica política del Apra, ni en lo que a la «oposición democrática» se refiere, ni a que el Apra solo insurgiera contra regímenes dictatoriales, como lo muestran los intentos insurreccionales contra José Luis Bustamante y Rivero, un presidente que el Apra había puesto en el poder con sus votos, pero contra el que estuvo conspirando virtualmente desde el inicio. Solo es válida para el periodo posterior al viraje que en los cincuenta convirtió al Apra en el partido del orden, aliado con la oligarquía y el imperialismo y profundamente hostil a cualquier intento de cuestionamiento del orden oligárquico.

participar en una polémica universitaria— en el periodo en el que afirma elaboró el manuscrito de *El antimperialismo y el Apra.* Esta carta dio lugar al debate con José Carlos Mariátegui que culminó con la ruptura definitiva entre ambos.

Mariátegui dio inicialmente su adhesión al Apra como un movimiento que pretendía coordinar organizaciones revolucionarias latinoamericanas y le abrió las puertas de *Amauta*, la revista socialista que había fundado. Una «alianza popular revolucionaria americana» —eso significaba originalmente la sigla Apra— era coherente con la intención de promover la revolución socialista en el continente. Pero Mariátegui consideraba prematura la fundación de un partido, pues creía que todavía quedaba un amplio trabajo de frente por hacer en el Perú por revolucionarios que no tenían por qué estar de acuerdo en todo, para poder trabajar conjuntamente organizando y educando políticamente a las masas, antes de encuadrarlas en el formato de un partido[38]. La decisión unilateral de Haya de lanzar su candidatura desde México a través de un Partido Nacionalista Libertador, que solo llegó a existir en la correspondencia destinada a conseguir que se aceptara su postulación presidencial, rompía la posibilidad de trabajar en un frente amplio y fragmentaba prematuramente a las fuerzas que se proponían hacer la revolución.

El 16 de abril de 1928 Mariátegui envió una carta a la célula aprista de México, sentando su posición sobre el carácter del Apra al que había adherido:

> La cuestión: el "Apra: alianza o partido", que Uds. declaran sumariamente resuelta, y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el Apra se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término, desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que ustedes han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias. Recibo correspondencia constante de provincias, de intelectuales, profesionales, estudiantes, maestros, etc.; y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que Uds. dan por evidente e incontrastable (Mariátegui 1984: 371, Martínez de la Torre s/f: tomo 2, 296-298).

Deploraba, a continuación, la publicación del «segundo manifiesto del comité central del partido nacionalista peruano, residente en Abancay», que inventaba un organismo de dirección que solo existía en la imaginación de los autores del manifiesto:

[38] «El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria» (Mariátegui 1984: 108).

> su lectura [afirmaba] me ha contristado profundamente; 1º porque, como pieza política, pertenece a la más detestable literatura eleccionaria del viejo régimen; y 2º porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento [cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad] en el bluff y la mentira [...] ¿Y es en esos términos de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? [...]
>
> Me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que, por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina ganará si nosotros mismos no lo malogramos, la conciencia de la mejor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral (Mariátegui 1984: 371).

Finalizaba haciendo una invocación en la que se adivina los ecos del mal que lo estaba consumiendo:

> En estos años de enfermedad, de sufrimiento, de lucha, he sacado fuerzas invariablemente de mi esperanza optimista en esa juventud que repudiaba la vieja política, entre otras cosas porque repudiaba los "métodos criollos", la declamación caudillesca, la retórica hueca y fanfarrona. Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido, me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético, pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con ansiedad, con desesperación (Mariátegui 1984, Martínez de la Torre s/f: tomo 2, 296-298).

La respuesta de Haya de la Torre fue violenta y, más que desarrollar una polémica política, inició una amarga espiral de invectivas contra Mariátegui. Haya escribió a Mariátegui desde México, el 20 de mayo de 1928. Decía no haber contestado su carta «porque la noté ya infectada de demagogia tropical, de absurdo sentimentalismo lamentable. Dejé que se enfriara Ud. Preferí hacerla pedazos y echarla al canasto». Acusaba a Mariátegui de europeísmo e insinuaba motivaciones personales en su reacción: «Yo sé que en el fondo —subconscientemente, diría Freud— Ud. reacciona contra mí. Haya es el blanco de la suspicacia escondida. Pero Haya es más revolucionario que nunca, vale decir, más realista que nunca». Por contraposición, para él Mariátegui estaba penetrado ideológicamente por la reacción: «¡Qué poderosa es la mentalidad reaccionaria infiltrándose hasta en elementos nuestros! Lo digo por la semejanza de sus afirmaciones con las de "La Prensa"».

Acerca de su candidatura presidencial, que había sido el desencadenante de la crisis, afirmaba «no es nuestra. La aprovechamos y la aprovecharemos», acusando a Mariátegui de dañar al Apra: «Está Ud. haciendo mucho daño por su falta

de calma. Por su afán de aparecer siempre europeo dentro de la terminología europea. Con eso rompe el Apra. Yo sé que está Ud. contra nosotros. No me sorprende. Pero la revolución la haremos nosotros sin mencionar el socialismo pero repartiendo las tierras y luchando contra el imperialismo».

Terminaba con una ironía de dudoso gusto: «Nos dice Ud. que escribió la carta afiebrado. No sabe cuánto lo siento pero desde las primeras líneas lo supuse» (Mariátegui 1984: 378-379).

La decisión de Haya de lanzar su candidatura a nombre de un supuesto partido nacionalista peruano obligó a Mariátegui a fundar el Partido Socialista, violentando los plazos que había fijado a su proyecto revolucionario. Con justicia, Alberto Flores Galindo llama la atención sobre el carácter peculiar del importantísimo debate político que entonces de desarrollaba, «cuyo desarrollo no se vincula tanto con la imprenta como con la máquina de escribir».

> Las cartas terminarán siendo el instrumento más directo para que los argumentos vayan de Lima, donde están Mariátegui, Pesce y Portocarrero, a Buenos Aires, donde se encuentran Seoane, Merel, Cornejo, Herrera o a La Paz, a manos de Mendoza, Nerval, Zerpa. Todavía más lejos, hasta México, donde residen Pavletich, Portal, Terreros, Hurwitz, Cox, Serafín del Mar. El escenario se dilata hasta Europa. En París se encuentra una de las colonias de exiliados más numerosas: Ravines, Enríquez, Bazán, Paiva, Vallejo, Tello, Heysen. El otro punto de referencia imprescindible es Berlín, donde reside temporalmente Haya, luego de su estadía en Londres y su paso por Washington. Sin omitir en esta relación a esos grupos que todavía conspiran en las ciudades provincianas del Perú, como Cusco, Arequipa, Jauja, Trujillo o Chiclayo (Flores Galindo 1988: 58-59).

El frente generacional que se había articulado durante la década anterior se rompió. Ambos contendientes tenían una enorme capacidad de trabajo y pusieron manos a la obra, buscando ganar a los adherentes del socialismo para sus respectivas posiciones, dentro y fuera del país. La decisión de Haya de lanzar el Partido Nacionalista Libertador obligó a Mariátegui a precipitar la fundación del Partido Socialista. Fue creado el 8 de octubre de 1928, con Mariátegui como su primer secretario general. Poco después salió publicada su obra mayor, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. En una carta a Ravines, Mariátegui hablaba sobre su concepción del tiempo político:

> En mi trabajo, en mis proyectos, los plazos, el tiempo, han contado siempre poco. Es, probablemente, por eso, que no comparto esa absoluta impaciencia de algunos de nuestros amigos. Sé que el temperamento criollo es así y me parece que hay que lamentarlo. Nos falta, como pocas cosas, el tesón austero, infatigable

> de los europeos. Nuestro temperamento ardoroso, vehemente, repentista, es el más propenso a los desfallecimientos desesperados (Mariátegui 1984: 490).

Haya proseguía mientras tanto intentando legitimar su candidatura presidencial. Esta, finalmente, murió por falta de respaldo, inclusive al interior del mismo Apra. Con ella sucumbió el efímero Partido Nacionalista Libertador. Sus propulsores decidieron darlo por liquidado en diciembre de 1928, aunque Esteban Pavletich —uno de sus fundadores— sostendría, en una carta enviada a Mariátegui un semestre después, que Haya siguió utilizando la etiqueta partidaria a espaldas de sus compañeros para intentar seguir impulsando su candidatura.

Haya sostuvo ante otros apristas que, al mismo tiempo que luchaba por ser reconocido como candidato presidencial en campaña, había impulsado la organización de un levantamiento armado de los trabajadores petroleros de Talara, bajo el comando de un agente bajo sus órdenes, el capitán Felipe Iparraguirre. En una carta enviada el 22 de setiembre de 1929 desde Berlín a César Mendoza, uno de los apristas en Europa, Haya afirmaba haber preparado un año antes, con los exiliados peruanos en México, «un vasto proyecto de acción inmediata» que contemplaba la organización de una insurrección en el Perú contra el gobierno de Leguía. Para realizar el plan —siempre según el relato de Haya— viajó a Centro América y recurrió a Iparraguirre, un antiguo compañero de escuela, con el que coordinaron la acción, redactaron un programa inmediato y pusieron manos a la obra:

> Iparraguirre salió para México y yo expulsado a Costa Rica. Nuestras comunicaciones se mantuvieron y en México Iparraguirre consiguió el dinero para trasladarse al Norte del Perú donde, según habíamos acordado, debía realizar la propaganda entre los obreros y licenciados del Ejército para formar el primer ejército revolucionario. Yo salí a Panamá para encontrarme con Iparraguirre en México pero en Panamá fui expulsado a Europa. Iparraguirre vino a Cuba y recibió nueva ayuda económica de los compañeros apristas. Fue al Perú y trabajó seis meses con una cautela maravillosa. Se comunicó constantemente conmigo y su última carta me avisaba de la formación de un ejército sobre la base de 2.500 obreros de Talara. Yo debería recibir el telegrama acordado para trasladarme al Perú inmediatamente. Hasta allí nuestra labor (Mac-Lean 1953: 36-37).

Resulta inverosímil que Iparraguirre, recién llegado a Talara desde el extranjero, sin un trabajo político previo, formara en un semestre un ejército de 2.500 obreros decididos a hacer una guerra contra el gobierno, siguiendo a Haya de la Torre, un personaje que hasta la movilización contra la entronización del Perú al Sagrado Corazón en 1923, apenas había llegado a ser un dirigente estudiantil destacado, pero que luego pasó a ser un exiliado más, conocido entre los peruanos

radicados en el extranjero, pero desconocido para el grueso de la población, y que hasta 1931 no pudo retornar al Perú. Más aún, este supuesto ejército de 2.500 trabajadores se habría formado en Talara, la plaza más firme del Partido Socialista de Luciano Castillo, para que —cuando Iparraguirre fue detenido por la policía—, después los milicianos desaparecieran definitivamente de la historia y de las preocupaciones de Haya de la Torre, que, como se verá, no volvió a mencionarlos más[39]. Para Víctor Villanueva, tal ejército solo existió en la imaginación de Haya de la Torre y los hechos conocidos le dan la razón. En las cartas que Haya envió después, buscando que se lanzara su próxima candidatura presidencial, se referiría una y otra vez a su frustrada candidatura de 1928, pero no volvió a hablar ni de Iparraguirre ni de su ejército revolucionario[40].

Haya explicaba en la carta ya citada que su supuesto proyecto revolucionario había fracasado y culpaba a los activistas de Lima, y en particular a José Carlos Mariátegui, del fiasco:

> [...] los compañeros de Lima debían hacer otra campaña según el plan. *Una campaña neutralizadora de agitación electoral y aparentemente democrático-liberal* para impedir que la opinión se moviera en contra nuestra dándole al movimiento un carácter comunista que el gobierno pretendería darle —tal lo manifesté a los compañeros y todos estuvimos de acuerdo—, desde el primer momento. Mariátegui tomó el rábano por las hojas y no colaboró. Antes bien, inició la división. El fracaso de Iparraguirre que es por ahora el fracaso de la Revolución aprista en el Perú se debe en gran parte a esta falta de cooperación (el énfasis es mío).

[39] Esteban Pavletich —uno de los peruanos que participaron en el lanzamiento de la candidatura de Haya desde México— escribió una carta a Mariátegui, el 30 de julio de 1929, informándole que había renunciado definitivamente al Apra y solicitando su incorporación al Partido Socialista. En su respuesta del 25 de setiembre, Mariátegui le contaba las dificultades que tenían para desarrollar el trabajo político entre los petroleros de Talara: «Nos han suprimido en estos días *Labor*, que había llegado al Nº 10. Este número precisamente tuvo gran éxito en las masas. Pero, por esto mismo, atrajo demasiado la atención de la policía, que espiaba su desarrollo. Parece que un artículo sobre Talara, feudo de la *International Petroleum Co*., dio lugar a una gestión de esta empresa todopoderosa contra nosotros. Hemos reclamado al Ministerio de Gobierno; y las organizaciones obreras, según sé, presentarán memoriales sosteniendo nuestra demanda; pero parece imposible que de inmediato obtengamos éxito. Dado el golpe contra *Labor*, no se querrá volver atrás fácilmente» (Mariátegui 1984: 634-635). Y en estas condiciones de cerrada represión, supuestamente un oficial desconocido, recién llegado del extranjero, habría levantado un ejército de 2.500 trabajadores petroleros en Piura, para seguir a un dirigente que alguna vez fue un destacado líder estudiantil, sin que nadie, además, se percatara de sus afanes.

[40] Para tener una idea de la magnitud de lo que Haya sostenía es conveniente tener en cuenta que el Ejército nacional durante ese período ascendía a diez mil efectivos.

Haya especulaba en torno a la supuesta tortura y muerte de Iparraguirre atribuyéndola a la falta de apoyo de los activistas de Lima: «Nos faltó colaboración del Perú, porque mientras nosotros preparábamos la revolución, la verdadera revolución, en Lima se discutía sobre mi persona, *se tomaba como fundamentales las formas de propaganda neutralizante que aconsejábamos* y se extendía el descontento a todos los compañeros del país. La sangre de Iparraguirre, si es que ya ha corrido como se dice, ha pagado estos juegos metafísicos de los intelectuales» (MacLean 1953: 37-38; el énfasis es original del autor)[41]. La realidad era menos dramática: Iparraguirre fue detenido por la policía y poco tiempo después fue dejado en libertad.

¿Existe información documental sobre el misterioso capitán Iparraguirre? Víctor Villanueva revisó los escalafones de la época y comprobó que no era tal capitán: a Felipe Iparraguirre Palacios se le otorgó en 1918 el despacho de Oficial de Reserva. Fue maestro de esgrima en la guarnición de Lima, emigró luego a México, donde se casó con la hija de un hacendado, se divorció, viajó a El Salvador y allí se casó nuevamente, esta vez con la hija del ministro de Guerra, quien lo nombró instructor del Ejército salvadoreño. Fracasada la intentona de 1929, viajó a Chile; «más tarde regresó al Perú como Maestro de armas del general Pedro Pablo Martínez que venía con la intención de retar a duelo a Sánchez Cerro [...] En fin, una vida casi novelesca, de un hombre amante de la aventura» (Villanueva 1975: 19). Martínez de la Torre señala que su aventura en Piura terminó «entre las cuatro paredes de una comisaría» (Martínez de la Torre s/f: tomo 2, 295).

Guillermo Rouillón recogió un testimonio de Esteban Pavletich sobre esta aventura. Según Pavletich, Iparraguirre viajó a Piura esperando tomar contacto con un hipotético núcleo aprista y los miembros de la guarnición militar acantonada en Piura:

> Pero, en realidad, solo pudo comprobar que no existía ni siquiera la posibilidad de crear un frente de oposición civil, organizado y fuerte contra el régimen, debido a la ausencia total de la expansión ideológica del APRA en uno u otros grupos y capas sociales de esa región. Estando entregado a estos

[41] Cuando Haya responsabiliza del fracaso a los «intelectuales», se refiere a Mariátegui, de quien dice en la misma carta, «Mariátegui piensa como un intelectual europeo del tiempo en que él estuvo en Europa [...] Pero yo creo que no puede exigírsele más. Mariátegui está inmovilizado y su labor es meramente intelectual. A nosotros los que estamos en la acción nos corresponde la tarea de ver la realidad frente a frente y acometerla» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 252-253, MacLean 1953: 35). Haya subrayaba el carácter revolucionario, en la acepción marxista del término, del movimiento de Iparraguirre «Él firmó un compromiso sometiéndose al Apra y sometiéndose al carácter aprista *es decir obrero y campesino* del movimiento» (el énfasis es mío).

> decepcionantes trajines el "famoso" capitán Iparraquirre, cuando de pronto y sorpresivamente, se vio descubierto por los agentes del gobierno y, de inmediato, se procedió a llevarlo a una modesta comisaría local para esclarecer sus actividades sediciosas (Rouillón 1984: tomo 2, 422).

Cuando Haya alude en la carta citada a «las formas de propaganda neutralizante» se refiere a su candidatura presidencial que, según él, era simplemente una maniobra distractiva, destinada a encubrir la insurrección que preparaba. Él se amparaba en razones de seguridad para justificar el secreto en torno a una candidatura —«aparentemente democrático-liberal»—, cuyo sentido final era encubrir la acción principal, revolucionaria: «Ahí tienes ahora el secreto de la candidatura, *ficción para neutralizar a la opinión y a la reacción hasta que el ejército revolucionario formado por obreros campesinos enarbolando la bandera roja del Apra pudiera avanzar*» (Rouillón 1984: tomo 2, 422; el énfasis es mío). El culpable era, como no, José Carlos Mariátegui: «El compañero Mariátegui tiene esta responsabilidad pero no puede culpársele. El carece de un concepto de la acción. Él es intelectual» (Rouillón 1984: tomo 2, 422)[42].

Como se ha visto, la candidatura de Haya de la Torre fue lanzada supuestamente por una célula aprista de Abancay, pero el Apra no tenía ningún militante en esa provincia. En realidad fue suscrita por Haya y un reducido grupo de sus seguidores en México. Ella llevó a la ruptura con Mariátegui y los socialistas en el Perú.

¿Se trató verdaderamente de una simple maniobra distractiva que disimulaba preparativos insurreccionales? Una copiosa correspondencia enviada por el mismo Haya de la Torre a sus compañeros apristas permite dudarlo. En una carta dirigida a Eudocio Ravines, Haya se quejaba de la incomprensión que había encontrado el lanzamiento de su candidatura presidencial, que reconocía había sido una táctica irrealista «porque fue juego de alta política y de alta estrategia» (Flores Galindo 1988: 102). A pesar de todo, sostenía, le había ganado apoyo entre los oficiales del Ejército.

Ni en las cartas dirigidas a Ravines, ni en las que Haya envió después a la célula aprista de París, existe alusión alguna a la supuesta insurrección de Iparraguirre, ni ninguna referencia al carácter subsidiario y distractivo de su candidatura. Posiblemente la razón sea que Ravines ya estaba cercano al Partido Socialista —se incorporó poco después—, en cuyas filas militaba Luciano Castillo, el dirigente

---

[42] La supuesta traición de Mariátegui, siempre según Haya, lo habría puesto en la picota frente a los revolucionarios de Lima: «Me escriben ahora, que al saber muchos compañeros la verdad de nuestros planes con la prisión de Iparraguirre, han demandado a Mariátegui una explicación» (Rouillón 1984: tomo 2, 422).

político popular más importante de Piura, quien tenía fuertes vínculos con los trabajadores petroleros de Talara.

Según Esteban Pavletich, la labor de Iparraguirre era impulsar la candidatura presidencial de Haya y prosiguió en ese empeño aun después de que los fundadores del Partido Nacionalista Libertador decidieran disolver dicho partido. En una carta enviada a Mariátegui, del 17 de agosto de 1929, Pavletich escribe:

> [...] por versión escapada a uno de nuestros compañeros, he llegado a saber que, pese a la resolución aprobada en diciembre, tendiente a liquidar el P. N. L., sus gestores seguían trabajando a través de él, usando como vehículo a Iparraguirre, todo a espaldas nuestras. Esto, unido a la permanencia de Haya de la Torre en la Secretaría General del Apra, según él me escribe: "por unanimidad de votos de las secciones" aunque tengo en mi poder las opiniones (en contra) de Guatemala, Bolivia, Sur-Perú, etc. (Mariátegui 1984: 615)[43].

Mariátegui cometió un profundo error de evaluación al creer que la liquidación del PNL equivalía a la liquidación del Apra mismo —lo asegura en varias cartas enviadas a diferentes corresponsales—. Pavletich discrepaba con él: «Pienso que el Apra no morirá porque responde a una necesidad histórica [...] de la pequeña burguesía latinoamericana. Ella, o cualquiera otra organización, tendrán que intentar la mexicanización de nuestros países. Triste destino ciertamente» (Mariátegui 1984: 615). Pavletich viajó a Nicaragua para incorporarse a las fuerzas con que el general Sandino combatía a las tropas norteamericanas. Haya anunció entonces pomposamente que el aprismo apoyaba militarmente el levantamiento armado de César Augusto Sandino contra el imperialismo yanqui en Nicaragua. «Haya convierte a un individuo en una combativa legión de apristas, para lo cual hace publicar en el Excelsior de México un cable fraguado que provenía supuestamente de París» (Flores Galindo 1988: 65). Como correctamente anota Alberto Flores Galindo, para Haya bolchevismo es sinónimo de una moral donde el fin justifica cualquier medio: «La simulación y el engaño no son armas vedadas» (Flores Galindo 1988: 65)[44]. Con el tiempo, Pavletich llegó a ser secretario personal del «general de hombres libres», Sandino, y abandonó el aprismo, convencido de que este jamás haría la revolución.

---

[43] Pedro Planas, en un libro dedicado a los años de juventud de Haya de la Torre, asume como verdadera la versión de que el «capitán» Iparraguirre había organizado el ejército de los 2.500 trabajadores para marchar sobre Lima. Pero la única evidencia que ofrece es la carta de Haya de la Torre que hemos glosado (Planas 1986: 79-85).

[44] La misma ética preside sus instrucciones para tratar de desplazar a Palacios y Vasconcelos —a quienes oficialmente el aprismo rinde homenaje— de la dirección del movimiento antiimperialista latinoamericano. Haya aconseja confinarlos a la calidad de precursores: «no debernos atacarles (día llegará) sino aprovecharles».

Haya tenía una sagaz comprensión del uso de la prensa para formar una opinión pública favorable a su causa. A lo largo de décadas sus cartas abundan en encargos a sus corresponsales para desarrollar campañas periodísticas, hacer llegar a todos los confines los folletos, libros y artículos que hablen de él y del Apra, así como para descalificar a sus enemigos. No se trataba solo de difundir lo que decía la prensa, sino inclusive de crear las noticias, como le explicaba a Luis Alberto Sánchez en una carta enviada el 4 de enero de 1954, cuando estaba cautivo en la embajada de Colombia, en Lima: «Es necesario enviar cartas a todos los diarios y revistas de las Américas que sea posible, planteando el caso del asilo como un peligro para la paz continental que a los comunistas interesa mucho precipitar». Para Haya, los apristas debían convertir la negativa del gobierno de Odría de darle el salvoconducto para salir del país en una amenaza a la paz continental orquestada por los comunistas, quienes buscaban enfrentar a Perú, Colombia y Ecuador, buscando hacer fracasar «el frente solidario anti-comunista en las Américas», por incitación de Moscú. Esto —explicaba— podía hacerse con el concurso de algunos compañeros laboriosos:

> Es cuestión de que 3 ó 4 usen máquinas de escribir diferentes, tengan unos pesos de sellos de correo y en vez de firmar con el nombre de sus papás firmen con el de uno de sus 8 bisabuelos o con uno de los de sus 16 tatarabuelos, o con uno de sus 32 choznos. Que después de todo son legítimos apellidos tanto como los del padre. Es Pedro López, Ginés Cervantes o Manuel Magán quienes envían esas cartas" (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 120).

A continuación, desarrollaba los argumentos sobre los cuales debía girar la campaña y enviaba las direcciones de un buen número de periodistas del continente y de corresponsales que podían permitirles llegar a otros periodistas más: «Esto, en castellano, en inglés, en portugués, deberían enviarlo a toda la prensa [...] a *todas* las embajadas indoamericanas en Washington y a todos los diarios y revistas (siguen direcciones). Como tú comprenderás esta ofensiva es envolvente y de gran actualidad» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 120-121).

Se hace difícil seguir las tomas de posición de Haya basándose exclusivamente en su correspondencia. Luego de revisarla, más o menos ampliamente, se llega a la conclusión de que él le decía a cada persona lo esta quería oír. En la era de Internet, de la información instantánea, el correo electrónico y el *chat*, es difícil hacerse una idea de lo que era la correspondencia postal, con su irregularidad, sus demoras y fallas. No tomar esto en cuenta puede llevar con facilidad a cometer anacronismos. Lo que se decía en una carta podía quedar ignorado por décadas para todos aquellos que no fueran el destinatario inmediato, y lo mismo sucedía con artículos, ensayos, e incluso libros, publicados en el extranjero, especialmente

durante las etapas de clandestinidad. A esto se añade la política de Haya de la Torre de oponerse a la edición peruana de sus libros políticamente más comprometedores, *El antimperialismo y el Apra* y *Treinta años de aprismo*, prohibidos por él durante décadas y editados en el Perú con su aprobación recién en la década del setenta, cuando las reformas velasquistas emplazaban al conservadurismo aprista.

De allí que las bases mantuvieran por mucho tiempo una imagen del partido anclada en las posiciones radicales que Haya y la dirección habían abandonado años atrás, lo cual tenía consecuencias tanto en las expectativas que se hacían los militantes de las bases sobre lo que sucedería cuando llegara el partido al poder, cuanto en la imagen que la gente común y corriente tenía del aprismo. Un informe reservado enviado el 16 de junio de 1939 por el encargado de negocios de la embajada de los Estados Unidos, Louis G. Dreyfus, Jr. al Secretario de Estado, apuntaba que la propaganda enemiga pintaba a los apristas como «consumados comunistas», por lo que la gente creía que «en caso de que ellos lleguen al poder, la posición del Perú será análoga a la de España al principio de la Guerra Civil española». Todo esto iba acompañado de fenómenos de psicología de masas, como los rumores que circulaban ampliamente en Lima, sobre todo en periodos de crisis y explicitaban miedos y ansiedades, presentes sobre todo entre la atribulada clase media:

> En los últimos años se han oído historias de extraviados adherentes del Partido Aprista, sirvientes de casas que han ido donde sus patrones y en un estallido de confianza les han dicho que cuando su partido gane, los sirvientes se convertirán en los patrones y tomarán posesión de las casas y los patrones tendrán que servir a sus actuales sirvientes. En un caso, de acuerdo a una señora británica, su sirviente lamentaba que esto tuviera que ser así, pero prometía que ella vería que su 'patrona' fuera tratada con indulgencia. Que tal política no es aquella de su líder Haya de la Torre, es indudable, pero ¿podrá él contener a las masas que han estado aguardando el momento oportuno durante años, una vez de que ellos logren un ligero saboreo del poder? (Davies y Villanueva 1982: 75)[45].

Se trata, claro está, de la clásica imagen de la inversión de la tortilla, con una fuerte pulsión milenarista, fijada en la promesa de un paraíso futuro, en el que los de arriba estarán abajo y los de abajo estarán arriba. En esencia es un rumor de la misma naturaleza que aquel que circulaba en las casas de la clase media durante la década del ochenta, en medio de la guerra civil desatada por Sendero Luminoso, que hablaba de sirvientas que resultaban ser senderistas encubiertas, que usaban la casa de sus patrones para esconder las armas con las cuales se

[45] Archivo del Departamento de Estado, doc 823.00/1372.

proponían asaltar el poder (Manrique 2003). No interesa tanto si estas historias tenían algo de cierto, sino que eran verosímiles y miles de personas se encargaban de hacerlas circular.

Haya sostenía que había sido un error de los demás no haber visto la conveniencia del lanzamiento de su candidatura en 1928. Él veía a Mariátegui como el rival que le había impedido ocupar su lugar como el líder indiscutido de los revolucionarios peruanos, y la invalidez del fundador del Partido Socialista se constituía en el blanco sobre el cual se cebaba su furia:

> Entiendan esto. En la cerrazón de ustedes sobre este punto está lo bizantino, lo poético, lo intelectual, lo cojo [...] Si la divergencia estriba en la separación o no del Partido Nacionalista peruano, dividamos las actividades. Este último está progresando por sí solo. Va adelante. Puede convertirse en acción armada de un día a otro. Pero salvemos el Apra y salvemos la acción (Flores Galindo 1988: 96-97)[46].

La escisión de los revolucionarios peruanos tuvo un alto costo para Haya y en una carta enviada a Ravines desde Berlín, el 22 de marzo de 1929, le anunció su retiro «total, definitivo de toda lid política en el país». Acusaba a Mariátegui de realizar una inmensa campaña contra él, siguiendo la «consigna terminante de Moscú» de liquidarlo.

Un conjunto de ocho cartas que Haya envió a Eudocio Ravines —un peruano radical, que por entonces vivía en París— dan valiosa información sobre la naturaleza de la organización que Haya pretendía fundar[47]. En una carta enviada desde Londres, el 17 de octubre de 1926, Haya escribe: «Lo esencial en este momento es formar cuadros proletarios, constituir el ejército rojo en una palabra» (Flores Galindo 1988: 73). Ya muy tempranamente aparecía ese sentimiento exclusivista, que después cristalizaría en el lema aprista más característico –«¡Sólo el Apra salvará al Perú!»—, y que estaba en las antípodas de la propuesta de José Carlos Mariátegui, quien pensaba que era necesario desarrollar un amplio trabajo de frente, antes de que los distintos proyectos revolucionarios plasmaran en partidos diferenciados (Mariátegui 1984: 107-110). «Justamente [afirma Haya] ése

---

[46] Aunque una y otra vez Haya insistía en que no caía en los ataques personales porque sus relaciones eran solo políticas, su rencor por Mariátegui le era incontrolable. En la misma carta lamentaba que a Ravines le quedaran «los contagios de la infección que sufre Mariátegui en las piernas, contagiada al cerebro y trasmitida por infección postal hasta Europa» (Flores Galindo 1988: 96-97).

[47] Las cartas fueron dejadas por Eudocio Ravines en la casa de los familiares de José Carlos Mariátegui cuando estuvo refugiado allí, y nunca fueron reclamadas. Posteriormente, Javier Mariátegui proporcionó una copia de este legajo a Alberto Flores Galindo, quien lo publicó como un anexo, acompañando su ensayo «Un viejo debate: el poder. La polémica Haya-Mariátegui» (Flores Galindo 1988: 57-106).

es uno de nuestros puntos de afirmación: la revolución la haremos nosotros y sólo nosotros. Tal nuestro lema optimista para las masas y nuestra consigna [...] por eso debemos apresuramos a comprender y a realizar aquella máxima de Lenin: *La cuestión esencial de la revolución es la cuestión del poder*» (Flores Galindo 1988: 79; el énfasis es mío).

Haya era un gran organizador. Dinámico, vehemente, capaz de procesar todo lo que le tocaba exclusivamente desde las necesidades del objetivo que se había propuesto: «Comenzar, comenzar activa e inmediatamente, pero comenzar como célula. No como individuos. Yo quiero mucho a ustedes como amigos pero más me interesan como revolucionarios y como revolucionarios no tenemos nombres: números. Nuestros nombres son fichas de juego, al servicio de una causa común, que debe trabajarse en común» (Flores Galindo 1988: 79).

Su propuesta política, aunque insistiera en reclamarla original, en ese momento no se diferenciaba significativamente del programa de cualquier otra organización marxista revolucionaria en ciernes:

> [...] como no somos un país industrial y nuestro proletariado es reducido en número, el principio general es la nacionalización o socialización de las industrias, que se hará total o parcial según convenga mejor a los intereses de la colectividad. Naturalmente, el control obrero y campesino en la vida política del país mantendrá a la clase explotadora en el camino de su destrucción como poder político primero y como entidad económica más tarde [...] socialización absoluta en principio. Tierras e industrias pertenecerán a la Nación es decir a la masa productora que tendrá el poder político. Y ésta, por intermedio de nuestro partido podrá hacer las concesiones que fueran indispensables (Flores Galindo 1988: 75).

El instrumento necesario para plasmar semejante proyecto era el partido de cuadros selectos, la vanguardia revolucionaria que sería el sujeto de la revolución venidera. Esta posición perfectamente podría haber sido suscrita por Lenin: «Esto debe estar combinado con lo que en Lima debe hacerse: cuadros revolucionarios. Hay que organizar, hay que organizar para la batalla [...] hay que organizarlo todo: estudiantes, *sportsmans*, obreros jóvenes, empleados, etc. Hay que comenzar por células de cinco o tres pero tender a formar verdaderos sectores de lucha. No muchedumbre, no montonera, sino cuadro, compañía, Ejército. Eso es lo que hace ganar las revoluciones» (Flores Galindo 1988: 78). La impronta leninista de su concepción del partido es evidente: este es, para Haya, un problema fundamental; sobre él volverá en una carta escrita el 4 de abril de 1928, donde insiste sobre el carácter militar de la organización del partido: «¡Cuánto papel y tinta gastado para llegar a entender el Apra. Así ha de ser. Hemos de perder tiempo en explicaciones, todo por falta de fe revolucionaria,

de preparación, de organización en nuestras filas. Lo que hay que buscar ahora es disciplina, disciplina militar. Se acercan horas de fila. Si no organizamos nuestras fuerzas así, las anegaremos en sangre más tarde y llevaremos todo al diablo» (Flores Galindo 1988: 78)[48].

El partido en que Haya piensa es una organización jerárquica, en la que la disciplina se pone por encima de cualquier otra consideración —«Ser revolucionario es ser disciplinado»—, en las antípodas de una organización deliberante, de pares en la elaboración, construyendo a partir de la vivencia entre las masas, ejerciendo un mutuo control, como la piensa Mariátegui:

> Esas palabras sobre el control de los jefes ¿pueden pronunciarse en un ejército? No. ¿Y no somos o no debemos ser nosotros un ejército? He ahí nuestro argumento. O hay fe en los jefes o hay anarquía. O somos un partido de lucha y por ende de guerra y por ende militar o somos una tertulia de comadres o un hato de rameras en noche de orgía sabatina. ¿Cuándo entenderemos que el Apra es un partido con disciplina militar? ¿Lo entenderemos sólo el día en que ya en la lucha se tenga que castigar con sangre insurrecciones o rumores en nombre de la disciplina que en la guerra hay que mantenerla férreamente? ¿Se nos llevará a eso? La cuestión es seria. Hay que preparar nuestro ejército. Hay que darle moral de tal y moral revolucionaria (Flores Galindo 1988: 82-83).

Es igualmente leninista la visión de la relación entre la ciencia y la revolución, tal como Haya la explica en una carta enviada desde Berlín, el 18 de febrero de 1929: «La política revolucionaria es la aplicación de los grandes fundamentos científicos de la ciencia revolucionaria a determinada realidad, en mi concepto». Lo que considera que el Apra va a aportar es una «aplicación» de estas grandes verdades universales a la realidad peruana:

> Esta aplicación supone a su vez la creación de otra ciencia de aplicación. Nosotros todos sabemos los grandes fundamentos de la ciencia revolucionaria pero ignoramos el campo de aplicación de esa ciencia. Esa es la realidad que tenemos ante nosotros, el vasto campo inconocido sobre el que debemos actuar científicamente: investigando y experimentando, para establecer, los postulados y principios que normen nuestra actividad futura. Por eso, el proceso del Apra es totalmente nuevo (1988: 91).

---

[48] Martín Bergel ha captado agudamente la importancia del viaje a Moscú de Haya, que los apristas se esfuerzan por minimizar: «a pesar de la distancia y posterior virulenta polémica del Apra con el comunismo internacional, su estilo revolucionario se asemeja al de Lenin y el partido bolchevique ruso acaso como ningún otro en la primera mitad del siglo XX latinoamericano» (Bergel 2007).

La realidad que el Apra se propone cambiar está regida por la lucha de clases, «que [escribe Haya] existe desde hace miles de años». El gran mérito histórico del marxismo radica en haber permitido comprenderlo:

> La eternidad del marxismo está en eso. En que no es una teoría cerrada [...] El marxismo es como un camino abierto. Marx no vio la edad imperialista del capitalismo y quien la analizó y la percibió, apreciando sus leyes y descubriendo su proceso complicado y vasto, fue marxista. Tampoco ahí se cerró el marxismo. Queda abierto. La lucha entre el capital y el trabajo asume nuevas fases, adopta nuevas formas. El imperialismo llena un proceso histórico nuevo y largo [...] En la variante latinoamericana, el Apra ha querido abrir ese camino. Por eso el Apra es marxista, porque es realista, porque admite la "negación de la negación" y sabe que todos esos conceptos no son palabras huecas (Flores Galindo 1988: 92-93)[49].

Justificando la validez de su decisión de lanzar su candidatura presidencial en 1928, Haya le escribe a Ravines, en una carta sin fecha: «Muchos militares están con nosotros. Hay interés en la joven oficialidad por nuestro movimiento. No lo han visto objetivo ni posible mientras no les entró la cosa por los canales de la famosa candidatura que tantos de nosotros con visión de topos no hicieron sino criticar»[50]. La crítica se enfila contra «el señor Mariátegui revolucionario del papel satinado» (Flores Galindo 1988: 85-86). En la descalificación de su rival, Haya desarrolla una oposición, ampliamente recogida después por sus seguidores, entre los literatos intelectualizantes —Mariátegui— y los hombres de acción, como él:

> Mis críticas al Compañero Mariátegui que encabeza "la intelligentzia" aprista, los literatos y poetas súbitamente convertidos en teorizantes y adoctrinadores políticos y económicos, serán ampliamente expresadas en mi libro. Deseo que libertemos al Apra o a su ideología de confusionismo y oportunismo. Los poetas imaginan, nosotros no podemos imaginar siendo revolucionarios, caminamos sobre la realidad. Los literatos acomodan fácilmente una teoría fantástica dentro de las cajitas de cristal de sus frases poliédricas; para

[49] Luis Heysen ratifica en una carta la importancia que los apristas concedían al marxismo y el papel que este jugaba en la política que impulsaba Haya de la Torre: «Tenemos que enseñar a conocer a Haya y a hacer comprender el marxismo. Fuera de Haya, de Mariátegui, y de unos cuantos de nosotros, en América no hay marxistas. El marxismo en la América Latina es el aprismo».

[50] En una carta enviada el 30 de marzo de 1929, Haya reconoce que su táctica ha fracasado, pero lo atribuye a la incapacidad de los demás para ponerse a la altura de su propuesta: «Lo de la candidatura fue una táctica irrealista también porque fue juego de alta política y de alta estrategia. Entre nosotros no se puede ensayar sino mítines al aire libre con un tirano en Palacio para gritarle: ¡Carajo! Y entonces el público aplaude y dice: que éste sí que es revolucionario [...]» (Flores Galindo 1988: 102).

> nosotros, luchadores, soldados y gentes de acción, todo eso es cristal y el cristal se rompe al primer choque (Flores Galindo 1988: 88).

Respondiendo a una crítica que le hacía Ravines por no pensar en un partido de clase, Haya responde, en una carta enviada desde Berlín el 19 de febrero de 1929, reivindicando que tal posibilidad era parte de horizonte de desarrollo del Apra: «El Apra no niega la adhesión de otros partidos pero el error tuyo está en superar que el Apra no pueda transformarse y *depurarse* en un partido de clase cumplida su primera etapa. Entiendan esto. En la cerrazón de ustedes sobre este punto está lo bizantino, lo poético, lo intelectual, lo cojo [...]» (Flores Galindo 1988: 97).

La última frase saca a la superficie lo peor de Haya de la Torre: descalificar a Mariátegui —a quien en 1925 habían tenido que amputar una pierna para salvarle la vida— por su cojera. Contestando a los cuestionamientos al lanzamiento de su candidatura presidencial, Haya ofrece hacerse a un lado: «Si quieren que el Partido (Nacionalista) Peruano muera como aprista que muera. Yo tengo que transigir. Mariátegui no transigirá nunca porque es inválido, porque es cojo y porque es fantaseador» (Flores Galindo 1988: 96). Aparentemente, para él era tan evidente la relación entre invalidez e intransigencia que no necesitaba fundamentarla. Congratulándose de que Ravines no se hubiera hecho anarquista, líneas después vuelve a insistir con su descalificación: «Me alegra ver que estás libre de mucho de él aunque te queden los contagios de la infección que sufre Mariátegui en las piernas, contagiada al cerebro y trasmitida por infección postal hasta Europa», y terminaba con una frase lapidaria: «Necesitamos profilaxia» (Flores Galindo 1988: 97).

En la misma línea, en una carta enviada un mes después, el 22 de marzo, en que expresa su desaliento por las dificultades que encuentra en su cruzada, Haya anuncia a Ravines su retiro de la política práctica: «El antimperialismo me tendrá siempre en filas pero desde más lejos, desde la artillería pesada. Desde la ciencia, no desde las guerrillas hoy inundadas de porquería». Pronostica después una salida fascista para el Perú: «Sé que el facismo (*sic*) militar como el de Chile se prepara en el Perú», para volver sobre sus indignos ataques a su rival: «El Mussolini con charreteras del Perú —ayudado por el imperialismo— le levantará a Mariátegui un monumento [...] con pata» (Flores Galindo 1988: 98-99). Su furia contra Mariátegui simplemente escapa a cualquier control racional; sus párrafos están cargados de un encono frenético, una cosa extraña si se considera la extraordinaria capacidad política que todos le reconocen: «No me iré sin blandir lo que queda del cuerpo de Mariátegui en alto por el muñón. Le dejaré caer en su propia porquería y ahí será rey. Claro, rey de la ínclita Majestad de los reyes criollos. ¡Vive el (*sic*) roi!» (Flores Galindo 1988: 99).

No hay ninguna argumentación política, ni de ninguna otra naturaleza; solo revolverse obsesivamente en sus ataques *ad hominem*, como vuelve a hacerlo en la carta a Ravines, enviada desde Berlín, del 30 de marzo: «Créeme que disculpo y hasta justifico tu posición al lado de Mariátegui. Los dos están lejos de la realidad peruana y americana. El uno en una silla de ruedas y tú en otra, en Europa, que es una silla de ruedas de las más peligrosas porque lo arroja a uno por los planos inclinados de la falsa visión de nuestros medios» (Flores Galindo 1988: 100).

Aun cuando logra controlarse y trata de argumentar, oponiendo al político contra el teórico, o al pensador nativo contra el limeño europeizante, se desliza fatalmente hacia la descalificación que, más que disminuir a Mariátegui, lo empequeñece a él mismo: «La posición de Mariátegui es lógica. Limeñísima. Eso no es sino limeñismo revolucionario, colonialismo, extranjerismo y engreimientos de inválido. Ha hecho mucho daño, y hará más». Al menos, Haya reconoce que no entra en sus planes discutir con Mariátegui, pero no deja de deslizar una acusación injusta contra los medios de prensa que este ha creado: «Yo no he pensado nunca en entrar con él en polémica alguna. *Amauta* y *Labor* justifican la libertad de prensa que da el Padrecito Leguía. Son unos héroes. Sufren como mártires. Dios los bendiga y se los lleve al cielo» (Flores Galindo 1988: 100-101). Quejándose amargamente de la corrupción existente en el Perú, habla de continuar la lucha contra el imperialismo en todas partes, «y dejar un poco al Perú que se pudra más a ver qué pasa». El responsable de este lamentable estado de cosas está a la vista, pero el futuro le deparará el justo castigo: «Todo eso de los mariateguismos y los revolucionarismos de revista intelectual, malabarismos, italianismos, e indecencias son puras necedades. Un sable les va a cortar el pescuezo pronto, porque creo que ya se viene un sable en el Perú, según me lo dicen» (Flores Galindo 1988: 101-102).

En una última carta sin fecha prosigue aireando su encono contra Mariátegui, mientras convoca a que los apristas parisinos rompan «su pereza de luna de mieles, bizantinismos teoréticos y mariateguismos sin piernas —no es alusión— para recuperar la actividad admirable, viril y firmísima de otros tiempos» (Flores Galindo 1988: 104).

Haya no pudo captar a Ravines para el Apra. Sería especular tratar de determinar en qué medida el tono de sus misivas influyó en ese distanciamiento. Lo más probable es que el Apra no resultara ideológicamente atractivo para Ravines, un cuadro de la III Internacional, formado en Moscú. Una irónica paradoja que Alberto Flores Galindo ha anotado agudamente es que la concepción del partido de Ravines —el partido de cuadros selectos, la vanguardia revolucionaria— es más cercana a Haya que a Mariátegui. Pero Ravines se integraría al Partido Socialista de Mariátegui y durante los años siguientes sería un tenaz enemigo de Haya,

manteniéndose la distancia entre los dos inclusive después de que fue expulsado del Partido Comunista y renegó del marxismo. Solo volverían a acercarse en los años cincuenta, cuando ambos habían renunciado a su posición antiimperialista y los hermanaba un anticomunismo cerril.

En una carta que Ravines envía a Mariátegui, el 24 de junio de 1929, posiblemente desde París, hace un duro juicio sobre Haya:

> Por lo que se refiere a nuestros amigos apristas, todo vínculo está roto. Sus apreciaciones sobre H. [aya] que leo por primera vez en la copia que me adjunta Ud. son justas y quizás hasta benévolas [...] En breve escribiremos una carta colectiva, a todos los desterrados, historiando el desacuerdo, exhibiendo documentos y demostrando su verdadera raíz, de una manera objetiva. Pensamos hacer esto, porque la campaña epistolar que viene haciendo el jefe del Apra —según las pruebas que tengo— es de mentira, de falsificación de los hechos y de un ataque primitivo, infantil y absurdo. Nos parece que es necesario presentar a los otros desterrados la faz que no conocen, para que así puedan juzgar libremente y tomar la posición que les sea más conveniente.
>
> [...]
>
> Por lo que a mi concepto sobre él, yo pienso que es un "soñador megalómano", inteligente, audaz, "vivo", conocedor de todas las triquiñuelas grandes y pequeñas del reclamo, profundamente ignorante de todo lo que sea marxismo, ciencia social, etc. Su cultura, en esto es simple cultura de revista, de periódico.
>
> No hay nada serio, ni profundo. Sin embargo, no hay que subestimarlo por dos razones: la primera por la influencia —cuya magnitud desconozco— que ejerce entre los medios obreros y pequeño-burgueses revolucionarios del Perú y, segundo, por sus cualidades latinoamericanas de demagogo, más peligroso que Alessándri y que Irigoyen. Tarde o temprano tendremos que librarle combate. De lo que debe Ud. estar plenamente seguro —para su labor entre los sectores aún hayistas del Perú— es que no está, ni estará jamás con nosotros: estará en contra tanto como sus ambiciones y nuestra debilidad lo permitan. Hay que considerarlo como enemigo (Flores Galindo 1988: 120-122).

No siempre Haya se manifestaba tan mordaz cuando escribía acerca de Mariátegui. En una carta enviada desde Berlín a César Mendoza, el 22 de setiembre de 1929, afirmaba: «Yo siempre he simpatizado con Mariátegui. Me parece una figura interesante del romanticismo, de la fe y de la exaltación intelectual de un revolucionario. Pero Mariátegui nunca ha estado en la lucha misma» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 252-253). De una manera algo más racional, construía sus argumentos, apelando nuevamente a la oposición entre el hombre de acción y

el intelectual: «Mis objeciones fraternales a Mariátegui fueron siempre contra su falta de sentido realista, contra su exceso de intelectualismo y su ausencia casi total de un sentido eficaz de acción. Pero yo creo que no puede exigírsele más: Mariátegui está inmovilizado y su labor es meramente intelectual. A nosotros los que estamos en la acción nos corresponde la tarea de ver la realidad frente a frente y acometerla» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 252-253).

En la carta que Haya envía a los militantes de la célula del Cusco, a través de la cual pretendía ganarlos para el Apra, Haya aparece como un marxista ortodoxo, muy cercano en sus posiciones a las de cualquier cuadro comunista. La lucha revolucionaria, afirma, supone asaltar el poder y ese es el objetivo al que convocan a los militantes:

> El Apra, consecuentemente, quiere guiar a las masas trabajadoras hacia el poder. Pero el poder no puede conquistarse sin lucha, sin guerra. Toda lucha y toda guerra —a medida que el enemigo es más poderoso— necesita su táctica y su estrategia. Táctica y estrategia primero, para conseguir el poder, después para mantener la revolución en el poder y hacer la revolución desde el poder [...] Lo que interesa al Apra es que la revolución se cumpla, tanto más amplia, tanto más radical, tanto más izquierdista, tanto más roja cuanto la realidad lo permita (VRHT 1976-1977: vol. 5, 259-268)[51].

Los objetivos del Apra, tal como Haya los presenta, son los que proclamaría cualquier partido leninista: «En el caso peruano, el Aprismo significa consecuentemente la fuerza revolucionaria capaz de imponer la dictadura del proletariado campesino y obrero, y de establecer la lucha organizada de esa dictadura contra el imperialismo, que es el capitalismo, opresor del obrero, y contra el latifundismo, que es la explotación del campesino» (1976-1977: vol. 5, 259-268). Haya fracasó en su intento de convencer a los militantes cusqueños. Ellos decidieron incorporarse al Partido Socialista de Mariátegui (Gutiérrez 1986).

Mariátegui enfermó gravemente y tuvo que ser internado a fines de marzo de 1930. Falleció el 16 de abril. Un mes después, como ya se ha señalado, Eudocio Ravines, quien lo sucedió en la dirección del Partido Socialista, lo convirtió en el Partido Comunista Peruano, firmemente alineado con la ortodoxia de la III Internacional. Durante los años siguientes lo llevó a un completo aislamiento, debido a su táctica ultraizquierdista inspirada en la consigna de «clase contra clase» de la

[51] Luis Heysen, radicado en la Argentina, se hacía eco de la prédica de Haya por la necesidad de la violencia revolucionaria, tomando distancia de las posiciones de Romain Roland, un intelectual francés al que Haya cortejaba: «Al mal se le tiene que combatir violentamente porque ni nuestros tiranos, ni nuestras clases dominantes, ni los implacables capitanes de la industria contemporánea van a ceder su posición actual o futura en pro de la verdad y de la justicia social. Por eso es contraproducente crear las tesis del hombrelibrismo, de la no violencia y de la resistencia pasiva» (Heysen 1927: 164).

III Internacional. El espacio quedó libre para que Haya se situara como el líder más importante de las organizaciones revolucionarias en el Perú. Irónicamente, en los años siguientes la consigna de «desmariateguizar el partido» se impuso tanto en el Apra como en el PC. Para la burocracia soviética el marxismo heterodoxo de Mariátegui era inaceptable y se volvió blanco de ataques ideológicos que lo sindicaban como una desviación *pequeñoburguesa* (Miroshevsky 1980). El Comité Central del Partido Comunista Peruano, en un texto titulado «Bajo la bandera de Lenin», instruyó a sus militantes de la siguiente manera:

> El mariateguismo es una confusión de ideas procedente de las más diversas fuentes [...] [Mariátegui] tuvo grandes errores no sólo teóricos sino también prácticos. Son en realidad, muy pocos los puntos de contacto entre el leninismo y el mariateguismo y estos contactos son más bien incidentales. El mariateguismo confunde el problema nacional con el problema agrario; atribuye al imperialismo y al capitalismo en el Perú una función progresista, sustituye la táctica y la estrategia revolucionarias por el debate y la discusión, etc.

De allí derivaba lo que debía ser la línea revolucionaria:

> Nuestra posición frente al mariateguismo es y tiene que ser de combate implacable e irreconciliable, puesto que él entraba la bolchevización orgánica e ideológica de nuestras filas, impide que el proletariado se arme de los arsenales del leninismo y del marxismo; obstaculiza el crecimiento rápido del PC y la formación de sus cuadros; es una de las dificultades muy serias para ponernos a la cabeza de los grandes acontecimientos y cumplir así nuestro papel de vanguardia de los explotados en sus luchas y acciones.

Para el PCP, el mariateguismo como ideología terminaba siendo tan pernicioso para los trabajadores como el anarquismo y el aprismo: «El primero en reconocer esta esencia del mariateguismo y por tanto, en combatirlo sin piedad ha sido el mismo camarada Mariátegui (*sic*). Con haber muerto, no quiere decir que no pueda seguir combatiendo con nosotros contra el mariateguismo, el aprismo, el anarco-reformismo y demás tendencias que no tienen nada de común con los intereses de clase del proletariado» (Béjar 1980, Basadre 1983: tomo X, 184). El dogmatismo imperante mal podía alimentar una polémica ideológica y los intercambios entre el PC y el Apra se limitaron a clichés peyorativos: «pequeño burgueses nacionalistas» y «social fascistas», de una parte, «comunistas criollos», «rábanos», de la otra.

Poco después, Augusto B. Leguía fue derrocado por un golpe militar y, en medio del impacto de la Gran Depresión, el Perú entró en una crisis política que Haya aprovechó sabiamente para impulsar al Apra y convertirlo en el partido político más importante de la historia peruana.

De la caída de Leguía a la insurrección de Trujillo

Cuatro meses después de la muerte de Mariátegui cayó el régimen de Leguía y de inmediato Haya inició una copiosa correspondencia tratando, otra vez, de que se lanzara su candidatura presidencial, en el nuevo contexto político creado por la caída del leguiísmo. Su destinatario era Luis Eduardo Enríquez, uno de los fundadores del Partido Aprista Peruano y su primer secretario general, que había retornado a Lima desde París.

El 25 de abril de 1930 Augusto B. Leguía renunció a la presidencia de la República obligado por el golpe militar de Luis M. Sánchez Cerro. Apenas una semana después, el 31 de agosto, Haya envió una carta a la célula aprista de París, desde Berlín, proponiendo que el Apra lanzara su candidatura presidencial. Sostenía que él había previsto el desenlace de una revolución militar. En esa extensa misiva explicaba su concepción de la política, que desplegaría a lo largo del siguiente medio siglo:

> Si yo soy el candidato hay que hacer "hayismo", como se hace ahora cerrismo. Como en México se hizo obregonismo y callismo y zapatismo. Los compañeros deben ver que se ha errado ya mucho, hemos sido irrealistas. Este convencimiento me obligó a renunciar hace un año y medio y alejarme [...].
>
> Aconsejo que desde el Perú se trate de iniciar una propaganda por la candidatura que tenga repercusión en toda la América Latina y en Europa [...] También es sumamente importante tratar de conocer las agencias telegráficas que sirven a Europa para que nos ayuden a la propaganda. Hay que conseguir a los corresponsales especiales [...]
>
> Hay que presentar la candidatura como una salvación, como una solución ante los peligros de anarquía militarista o de las ambiciones civilistas [...]
>
> Todo esto si todos están de acuerdo con la candidatura, Si hay divisiones y volvemos a los errores de 1928 y quieren la "revolución purísima", tengan desde ahora mi resolución de no seguir dirigiendo un partido de fracaso (Enríquez 1951: 82-83).

La «revolución purísima» que el «compañero jefe» rechazaba era la revolución a secas. La propuesta de Haya no fue bien acogida, ya que a apenas a una semana de la caída de Leguía era imposible saber hacia dónde se dirigía la coyuntura, para no hablar del lanzamiento de una candidatura cuando ni siquiera había sido convocado un proceso electoral.

Pero Haya no cejaba. En una carta enviada desde Berlín un mes después, el 2 de octubre de 1930, se quejaba de sufrir «la misma incomprensión de 1928, cuando la candidatura». Protestaba por que se le quisiera obligar a presidir un

partido socialista, mientras que no se quería lanzar su candidatura ni exigir elecciones hasta que él no viajara al Perú: «Quiere decir que no hemos progresado» (Enríquez 1951: 83). Decía que Mariátegui —que había fallecido seis meses antes—, en una de sus cartas, le había dicho que «el civilismo había muerto» y que «a la caída de Leguía surgirían las masas en una revolución». Por ello, claro, era responsable del desastre que se venía y del inminente triunfo del civilismo: «[Mariátegui] es en mi concepto el hombre que más ha contribuido, dividiéndonos, a facilitar la victoria rotunda del civilismo en esta hora. Los civilistas, debían levantarle un monumento. Mariátegui destruyó la fuerza que en estos momentos habría podido detener al civilismo» (Enríquez 1951: 83). Visto en la perspectiva histórica, Mariátegui tuvo razón, al pronosticar tanto el fin del civilismo a la caída de Leguía, como la irrupción revolucionaria de las masas, que culminaría en la guerra civil desencadenada por las bases apristas de La Libertad en julio de 1932.

Para presionar por el lanzamiento de su candidatura, Haya amenazó con renunciar otra vez y con desligarse definitivamente de la lucha revolucionaria en el Perú:

> [...] no parecen dispuestos a oírme sino a disponer de mí, como no me oyeron en 1928, yo tengo derecho a optar la actitud que creo conveniente a nuestra causa. Ratifico pues, mi declaración hecha en la primera circular que envié a los compañeros desterrados, por aire, hace ya un mes.
>
> Si no se organiza bien un movimiento de frente único, si no se lanza la candidatura, si no aprestamos a una lucha eficiente, yo no iré ni ahora ni nunca. Renunciaré públicamente mi participación a las luchas políticas del Perú y continuaré expatriado conduciendo la campaña aprista latino americana (Enríquez 1951: 83).

La insistencia de Haya obligó al Comité Ejecutivo Nacional del Apra a conminarlo a someterse a la autoridad del partido, que consideraba inoportuna su iniciativa. En lugar de obedecer, Haya hizo imprimir millares de volantes en Berlín y París, con el propósito de inundar de ellos el Perú. Su autopostulación se lanzó en Chiclayo, en octubre de 1930, a nombre de unos supuestos ciudadanos chiclayanos. El Comité Ejecutivo presidido por Enríquez fue sorprendido cuando los volantes empezaron a circular y tuvo que desmentir que fueran del Apra; «con motivo de una circulación de unos volantes [dijo en *El Comercio*] se propende a hacer a nuestro organismo continental un burdo juego criollo». Pero en una carta dirigida a Enríquez, desde Berlín, ese mismo mes, Haya reclamó la autoría de la iniciativa, quejándose de la pérdida de «cientos de marcos de propaganda en favor de la candidatura ya gastados», por los volantes que habían tenido que ser retirados de la circulación (Enríquez 1951: 88).

Haya vuelve a insistir sobre su candidatura en otras dos cartas enviadas el 4 y el 18 de noviembre y, ante una enérgica prohibición del Comité Ejecutivo aprista de Lima de nuevos «lanzamientos» desde Berlín, atribuye el 21 de noviembre lo de los volantes a telegramas enviados por los compañeros desde Buenos Aires, que hablaban de la candidatura. Insiste sobre el tema, siempre desde Berlín, el 8 de diciembre, enviando un largo texto que espera pueda ser publicado como su carta de aceptación, «si llegara a lanzarse la candidatura». Vuelve sobre lo mismo el 11 y el 15 de febrero de 1931. Después la correspondencia se interrumpió, debido a que Enríquez dejó la Secretaría General del Apra. Enríquez califica la obsesión de Haya por su candidatura de «complejo presidencial». El sueño de alcanzar la presidencia sería un motor poderoso en toda la actividad política de Haya de la Torre y constituiría la fuente de su gran frustración vital.

Con la caída de Leguía y la entronización de Sánchez Cerro en el Perú se inauguró la época que Jorge Basadre ha llamado el «tercer militarismo», un período en el cual el papel de los militares fue gravitante, tanto a través de gobiernos propiamente castrenses, cuanto de gobiernos civiles tutelados por las Fuerzas Armadas. El otro gran protagonista de la política peruana, el Apra, permaneció la mayor parte de ese tiempo fuera de la legalidad. De los 16 hombres que llegaron al poder entre 1930 y 1984 y permanecieron en él más de 24 horas, 12 fueron militares y 4 civiles. Los primeros gobernaron durante 45 años y 25 los civiles, 14 bajo control aprista y 18 bajo el control militar (Villanueva 1973b: 215).

Finalmente, el Apra lanzó la candidatura de Haya de la Torre, y en las elecciones de 1931 este fue derrotado por el comandante Luis M. Sánchez Cerro, por 152.062 votos contra 106.007. Los apristas impugnaron el resultado declarando que se había cometido fraude, e intentaron alentar una rebelión militar en Piura, aprovechando el descontento de jefes militares relacionados con el leguiísmo; iniciativa que se frustró sin pena ni gloria (Basadre 1983: tomo X, 186-194). Haya de la Torre se proclamó «Presidente moral del Perú» y, aunque se mostró conciliador en un discurso en Trujillo, el 8 de diciembre de 1931[52], los apristas del norte, provenientes de la tradición radical anarcosindicalista, comenzaron a conspirar para llevarlo al gobierno por la vía revolucionaria.

La insurrección de Trujillo de julio de 1932, el evento crucial en el martirologio aprista, aconteció al margen de la intervención de Haya, que estaba preso cuando los apristas de La Libertad se lanzaron a la captura del cuartel

[52] «Quienes han creído que la única misión del aprismo era llegar a Palacio están equivocados. A Palacio llega cualquiera, porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la consciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la consciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la consciencia del pueblo se llega, como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor a una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio» (LAS 1985: 241).

O'Donovan y a la toma de la ciudad. Se trató de un movimiento que ni Haya ni la dirección del Apra esperaban. Para Víctor Villanueva, la idea de Haya era llegar al gobierno por medios pacíficos, de acuerdo con las prescripciones constitucionales, «por los cauces burgueses que no lo enemisten con los Estados Unidos ni con la burguesía nacional. Pero las bases del norte, educadas en la violencia anarquista, no quieren entender y dan un golpe tras otro, fracasando en todos, inclusive en la revolución de Trujillo en que, desde el punto de vista militar, llegaron a triunfar» (Davies y Villanueva 1978: 10-11, Davies 1989: 73).

Entre la insurrección y la conjura militar

La derrota del alzamiento de La Libertad, con su secuela de la masacre de un grupo de oficiales y soldados por los revolucionarios en el cuartel O'Donovan y el fusilamiento de centenares o miles de apristas en Chan Chan, en represalia, alimentaría un gran encono en los militares, que cerrarían al Apra el camino al poder durante décadas. La división del país provocó una polarización que desencadenó el asesinato del comandante Sánchez Cerro por un militante aprista, el ascenso al poder del general Óscar R. Benavides, una breve legalización del Apra en 1934 y luego su proscripción y persecución, que se extendería hasta 1945.

Esta situación llevó a Haya a formular una nueva estrategia, que sería dominante durante las dos décadas siguientes: «propiciar un golpe militar que, una vez triunfante, convoque a elecciones y entregue el poder al vencedor, que en esa época no podía ser otro que el partido aprista» (Davies y Villanueva 1978: 11). Ese patrón estuvo detrás del alzamiento del comandante Gustavo Jiménez en 1933, que terminó con su suicidio, tras ser derrotado por las tropas gobiernistas.

En 1935 el Apra demandó ayuda económica y militar al gobierno de Bolivia, para impulsar preparativos insurreccionales bajo el comando de Julio Cárdenas, el «Negus», y el coronel César Enrique Pardo[53].

En 1936 Haya estaba impedido de presentar su candidatura debido al dispositivo legal promulgado por el gobierno del mariscal Benavides, que ponía al Apra fuera de la ley por tratarse de un partido internacional. Haya alentaba otra vez preparativos insurreccionales, al mismo tiempo que respaldaba la candidatura de José Luis Eguiguren, afirmando que su objetivo era «poner biombo [...] empujando a Eguiguren a fin de cerrar a Jorge Prado todo camino». Nuevamente afirmaba que su objetivo fundamental era el movimiento insurreccional, y sugería «una guerra-relámpago, golpes de mano en todas partes una vez que se introdujeran las armas bolivianas en el Perú. Al mismo tiempo ofrecía

[53] Ambos renunciaron al Apra luego del desastre de octubre de 1948, responsabilizando a la dirección por la derrota.

movimientos populares en el Cusco y en el norte del país para inmovilizar las fuerzas del gobierno [...] [y] sugería la necesidad de contar con "algún elemento militar"» (Eguiguren 1978: 13-14). A la conjura se incorporó el coronel Julio César Guerrero, ex secretario personal del mariscal Andrés Avelino Cáceres, que estaba radicado en Bolivia y tenía excelentes contactos para conseguir el apoyo en dinero y armas para la revolución. Sin embargo, sus andanzas conspirativas fueron descubiertas por los aparatos de inteligencia del gobierno de Benavides y este presionó exitosamente al gobierno boliviano para que desactivara los preparativos insurreccionales.

Durante los años siguientes, Haya continuó alentando varias conspiraciones, al mismo tiempo que buscaba simultáneamente una salida electoral. En una reseña de los movimientos revolucionarios, golpes de estado y complots militares y civiles del siglo XX, Víctor Villanueva presenta la siguiente lista de acciones realizadas o inspiradas por el Apra:

- 26 de junio de 1931. Insurrección militar en Cusco y Puno de civiles y policías. Reprimido.
- 7 de mayo de 1932. Motín naval de la marinería de la Escuadra en el Callao. Debelado con el saldo de ocho marineros fusilados.
- 6 de julio de 1932. Intento de sublevación militar en Las Palmas, bajo la dirección del comandante O'Connor. Probablemente conectada con el alzamiento de Trujillo. Abortó.
- 7 de julio de 1932. Revolución de Trujillo, dirigida por el «búfalo» Barreto. Aplastada, con el saldo de decenas de soldados y oficiales masacrados en el cuartel O'Donovan y miles de apristas fusilados en Chan Chan.
- 13 de julio de 1932. Sublevación de civiles y sesenta policías en Huaraz, bajo la dirección del mayor López Mindreau. Debelada.
- 14 de julio de 1932. Sublevación civil en Huari. Debelada.
- 11 de marzo de 1933. Levantamiento militar del Batallón de Infantería Nº 11 bajo la dirección del teniente coronel Gustavo Jiménez. Debelado.
- 6 de enero de 1934. Complot civil-militar en Lima: «la conspiración de los sargentos», posiblemente dirigido por el coronel Pardo. Fue provocado por la cancelación de las elecciones parlamentarias que habían sido convocadas por el gobierno de Benavides. Abortó.
- 25 de noviembre de 1934. Complot civil en Lima, dirigido por el capitán A. Pachas, debido a la cancelación de las elecciones parlamentarias. Abortó.

- 26 de noviembre de 1934. Complot civil en Ayacucho, dirigido por Julio Cárdenas, debido a la cancelación de las elecciones parlamentarias. Abortó.
- 26 de noviembre de 1934. Complot civil en Huancayo, dirigido por León Gamboa, debido a la cancelación de las elecciones parlamentarias. Debelado.
- 27 de noviembre de 1934. Complot civil en Huancavelica, dirigido por Cirilo Cornejo, debido a la cancelación de las elecciones parlamentarias. Debelado.
- 6 de enero de 1935. Complot civil en Cajamarca, dirigido por Ricardo Revilla. Debelado, no se conoce la motivación precisa.
- Octubre de 1938. Intento de sublevación militar en San Pedro del Regimiento de Caballería Nº 3, de inspiración aprista, sin dirigente conocido. Abortó.
- 19 de febrero de 1939. Intento de sublevación militar de oficiales del Ejército y la Guardia Republicana en Lima, dirigido por el general Antonio Rodríguez. Tomaron Palacio, pero el alzamiento fracasó cuando Rodríguez fue muerto por un policía[54].
- 17 de marzo de 1945. Levantamiento civico-militar en Ancón para oponerse a la proclamación de Bustamante y Rivero[55] como presidente de la República. Abortó.
- Marzo de 1945. Intento de levantamiento militar en Lima de sargentos y civiles, para oponerse a la proclamación de Bustamante y Rivero como presidente de la República. Abortó.
- 3 de octubre de 1948. Levantamiento civil-militar en el Callao de oficiales y civiles del ala radical del Apra, dirigido por el comandante Águila Pardo. Debelada, con el saldo de varios oficiales muertos, incluido Águila Pardo (Villanueva 1973b: 412).

[54] Se trata de uno de los alzamientos más sorprendentes. Guillermo Thorndike ofrece una colorida versión del mismo en su novela *Las rayas de tigre* (1973). Rodríguez fue convencido de dar el golpe contra Benavides aprovechando su fe en el espiritismo, que permitió convencerlo, a través de un médium, que quien le demandaba proceder era el general Simón Bolívar.

[55] Lo extraordinario de este alzamiento era que Bustamante y Rivero era apoyado por el Apra, pero, según el mayor Villanueva, Haya trataba de bloquear su ascenso al poder para ver si era posible abrir el camino a nuevas elecciones en las que él fuera candidato (Villanueva 1973b: 246). Guillermo Carnero Hoke, responsable del Comando Civil, brinda una buena narración de los acontecimientos (Cristóbal 1985: 75).

La lista de las conspiraciones realizadas, inspiradas o promovidas por el Apra entre junio de 1931 y octubre de 1948 incluye una veintena de alzamientos, algunos debelados y otros abortados; todos derrotados. En cuanto a su composición, diez alzamientos fueron militares o civil-militares y ocho civiles. Según el mayor Villanueva, fueron muchas más las conspiraciones que fueron descubiertas a tiempo que las que no fueron detectadas. El año con la mayor cantidad de alzamientos fue 1934; los cinco alzamientos que entonces se produjeron tuvieron como razón la negativa de Óscar R. Benavides a convocar a elecciones complementarias para completar las Cámaras del Congreso, que permanecían incompletas después del desafuero —durante el gobierno de Sánchez Cerro— de los representantes apristas electos (Villanueva 1973b: 412).

Llama la atención el respaldo que tenía el Apra en integrantes de las Fuerzas Armadas, a pesar del antiaprismo institucional del sector castrense. Este fue el resultado de una política consciente y sistemática de infiltración en los institutos armados, que se estableció tras el fracaso de la sublevación de la marinería, el 7 de mayo de 1932, el primer intento golpista promovido por el Apra en las Fuerzas Armadas. «Desde ese momento el Apra comienza la captación de jefes, oficiales y soldados, proponiéndoles la captura del poder, la constitución de una Junta de gobierno, la legalización del partido aprista y la convocatoria a elecciones libres, en las que, dada la correlación de fuerzas políticas de la época, el partido habría salido fácilmente triunfante» (Villanueva 1973b: 228).

La infiltración aprista en las Fuerzas Armadas permitió captar a generales y almirantes, oficiales, sargentos y soldados de todos los institutos armados.

> A los últimos se les convencía hablándoles de la justicia social, esclareciendo las causas de los desniveles económicos de la sociedad, de la situación paupérrima de los sectores de donde proceden. A los generales se les hablaba en términos conservadores, garantizándoles el apoyo popular para el golpe, endulzándolos con la gloria que podían alcanzar al restablecer la democracia y el imperio de la Constitución [...] A los oficiales jóvenes se les conmovía con las grandes transformaciones que precisa el país, se exaltaba su obligación de destruir a la oligarquía. Se les habla de patria, no de partido; de pueblo, no de aprismo. Los líderes apristas sabían, sin duda alguna, manipular las fibras más sensibles del soldado (Villanueva 1973b: 228-229).

Gustavo Valcárcel sostiene en su testimonio que en determinados casos los altos oficiales actuaban motivados por consideraciones más pragmáticas que altruistas:

> Sabíamos que para la toma del Poder era importante la conquista o la división de las Fuerzas Armadas y para llegar a esto el camino era múltiple.

> Desde dentro, desde fuera, a tres manos: en realidad, había muchas formas de influenciar y acercarse a los militares. Pero así como nosotros nos acercábamos ellos también se acercaban, lo cual facilitaba la tarea, porque sabían que el Apra era un Partido que podía ofrecerles garantías de todo tipo. Sé y he visto a jefes militares pedir garantías económicas para su familia en caso de ser —ellos— desaparecidos. Para estos jefes militares el Apra era un seguro de vida. Esta ayuda consistía en 100 mil soles como mínimo y llegaba hasta 800 mil soles, todo dependía del grado e influencia militar. Me consta que algunos militares de gran prestigio "aumentaron su cuota de sacrificio", para tener más status económico. El Apra para poder cumplir nos mandaba comprometer a los amigos, generalmente los capitalistas, para que nos entreguen alguna "ayudita económica" para las insurrecciones que después Haya traicionaba. La única respuesta de los capitalistas respecto a la "ayudita económica" era una risa sardónica y la siguiente frase que se me clavó como clavo encendido en la memoria: "Algún día Haya tendrá que pagarnos todo esto'. Y tú ves, al final fue así: Haya tuvo que pagar los favores, como en el vals. El Partido (Haya) tanto pidió que al final terminó endeudándose a los capitalistas, y por otro lado, enriqueciendo a los militares que habían encontrado, de esta forma, la mejor manera de hacerse pasar por "revolucionarios". Y a ellos sí Haya les creía. Pero a las bases [...] (Cristóbal 1985: 164-165).

Si en la primera etapa se promovía alzamientos de militares en colaboración con milicianos del partido, luego se prefirieron los levantamientos exclusivamente militares, debido a la preocupación que provocaban las bases apristas radicalizadas que, convencidas del carácter revolucionario del partido, estaban decididas a ir más allá de lo que la dirección del Apra podía consentir.

Hacia el término de la Segunda Guerra Mundial, la coyuntura empujaba hacia la democratización en América Latina. Luego de once años de clandestinidad, el Apra tuvo la oportunidad de volver a la legalidad. Haya de la Torre no podía ser candidato debido al veto militar y apoyó a un candidato independiente. El Apra llevó a la presidencia a José Luis Bustamante y Rivero con sus votos en 1945 y logró el control del Parlamento. Consiguió después contar con tres ministros apristas en el Gabinete y ejerció un efectivo cogobierno. Se dio una amplia ley de amnistía y el partido empezó a disfrutar de las ventajas de estar en el poder:

> [...] la Casa del Pueblo, local político del partido aprista, empezaba a llenarse de uniformes militares. Nunca se pensó que Haya de la Torre tuviera tantos generales que habían estudiado con él en el Seminario de Trujillo, ni la cantidad de coroneles que fueron sus amigos en Europa, ni la de tantos otros oficiales que "siempre" simpatizaron con el aprismo. Se inició la luna de miel entre

> apristas y militares. Olvidada quedó la masacre de Trujillo, echado al olvido el antiguo antimilitarismo de Haya [...] El partido, después de veinticinco años de lucha llegaba al poder reconciliándose con sus antiguos adversarios. Poco había de durar el maridaje con el sector castrense (Villanueva 1973b: 248)[56].

A partir de la insurrección aprista de Trujillo de julio de 1932 el Apra y el ejército desarrollaron una relación de amor-odio marcada por un profundo resentimiento de los militares que la oligarquía se encargaba de cultivar. Este resentimiento no dejaba de incorporar una secreta admiración por el enemigo: «El soldado de oficio no deja de admirar en su fuero interno el espíritu de sacrificio, la disciplina y cohesión, el sentido de organización que animaban a las antiguas masas apristas, "virtudes militares" todas ellas, calificadas como producto del fanatismo aprista que los militares censuran en el Apra considerándola una organización vertical y autoritaria, sin poner mientes en que su propia institución es igualmente autoritaria y vertical» (Villanueva 1973b: 214).

La infiltración aprista en los cuarteles relajó la disciplina militar y provocó la ruptura de la estructura jerárquica de comando. Produjo en reciprocidad el mismo efecto en las estructuras partidarias del Apra, lo que culminó con la sublevación de las bases apristas radicalizadas contra los dirigentes de su partido, el 3 de octubre de 1948. El fracaso de esta sublevación cerró el ciclo de las conspiraciones promovidas por Haya de la Torre. El saldo de este complejo proceso de mutuas influencias tendría una gran importancia para el derrotero que seguiría algunas décadas después la sociedad peruana:

> [...] si la infiltración aprista en los cuarteles fracasó en el ámbito golpista, tuvo éxito como irónica contrapartida en el campo ideológico. Las ideas elaboradas por el Apra en su época inicial, sus concepciones reformistas demagógicamente calificadas de revolucionarias, su anti-imperialismo primigenio, penetraron en la mente militar, precisamente en el momento en que tales ideas son abandonadas por el Apra que se entrega al servicio de la clase dominante (Villanueva 1973b: 230).

La interactuación entre institutos militares y el Apra, las dos instituciones que más contribuyeron a modelar el sistema político peruano del siglo XX, sentaría las bases para esa gran paradoja de la historia política peruana que se produjo a mediados del siglo pasado: que quienes por su pasado estaban destinados a enterrar

---

[56] Varios de los cuadros apristas que rompieron con el partido tras la insurrección del 3 de octubre de 1948, lo señalan como causa de la derrota el acomodamiento de los dirigentes en posiciones de poder, que los volvió crecientemente hostiles con relación a las tradiciones insurreccionales del partido.

a la oligarquía terminaran convirtiéndose en sus aliados, prolongándole la vida, y que los llamados a defenderla terminaran haciendo esa revolución antioligárquica que virtualmente toda la sociedad peruana demandaba.

Posiblemente, Armando Villanueva del Campo sea uno de los pocos líderes históricos del Apra que ha reflexionado sobre el porqué de las reiteradas derrotas militares de su partido. A la luz de la experiencia revolucionaria latinoamericana, posterior al triunfo de la revolución cubana, Villanueva atribuye dichas derrotas a no haber prestado atención al campo y a dedicarse a los complots urbanos, bajo la influencia ideológica de Curzio Malaparte:

> Todas nuestras revoluciones se propusieron la captura de ciudades: Trujillo, Huaraz, Cajamarca. En el año 34, Lima, Palacio de Gobierno, Huancavelica, Ayacucho, Huancayo y otra vez Cajamarca. La metodología que preponderó en quienes dirigían nuestras revoluciones era la de un libro que causó mucho daño, que se llama "Técnica del golpe de Estado" del italiano Curzio Malaparte, que se publicó en Argentina en los años treinta [...]
>
> No lo censuro porque fue producto de su tiempo, pero ocurrían cosas graciosas [...] En el drama hay un poco de comedia. Conocí a Malaparte en el destierro, allá por 1954 durante un congreso de periodistas en Santiago de Chile. Lo invitó a almorzar Manuel Seoane. Yo le dije: "Usted nos hizo un gran daño. Su técnica del golpe de Estado ha sido un desastre aplicada al Perú". Me contestó: "La culpa no es mía sino de ustedes, que no aplicaron el Espacio Tiempo Histórico [...]" (V del C 2004: 28-30, 322).

Tal vez el dirigente que más pronto formuló objeciones abiertas a la tradición insurreccional del aprismo fue Luis Alberto Sánchez. En una carta dirigida a Haya de la Torre el 22 de diciembre de 1939, Sánchez fue categórico en su rechazo a la posibilidad de una aventura insurreccional, ya fuera realizada por el partido o por militares cercanos al Apra. Sánchez sostenía que los apristas debieran resignarse a reorganizarse y «desestimar por lo menos por un tiempo toda tentación de insurrección, sobre todo, de tipo militar. Salvo que se presenten circunstancias extraordinarias, ellas serán nuevos motivos de desencanto. Los cc. sonríen irónicamente cuando se alude a una posible revuelta militar para nosotros» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 391). Aparentemente, su posición era acorde con una directiva partidaria en marcha: «La Nota Reservada ha caído por eso también con felicidad en lo tocante al punto insurreccional, al declarar que el partido sabe de conatos de ciertos jefes, pero que declina pronunciarse sobre su éxito» (1982: vol. 1, 391).

Haya de la Torre no compartía este punto de vista y a lo largo de la década del cuarenta continuó alentando la organización de fuerzas militares al interior

del Apra, al mismo tiempo que cultivaba relaciones clandestinas con mandos de las Fuerzas Armadas, alentándolos a dar un golpe militar, para después convocar a elecciones que lo llevarían a Palacio de Gobierno por la puerta grande.

La insurrección del 3 de octubre de 1948 y el fin de la tradición insurreccional del Apra

Cuando el Apra llevó con sus votos al poder a José Luis Bustamante y Rivero, en 1945, cesaron los afanes conspirativos durante un par de años. Sin embargo, estos volvieron a ser una preocupación fundamental de Haya a medida que las relaciones entre el Apra y el presidente al que habían colocado en el poder iban deteriorándose, hasta acercarse a la ruptura. Para fines de 1947 Haya estaba nuevamente embarcado en la línea dual de promover la organización de fuerzas insurreccionales, nucleadas esta vez en el Comando de Defensa, al mismo tiempo que complotaba con oficiales de las Fuerzas Armadas, buscando algún general dispuesto a embarcarse en un golpe militar contra Bustamante y Rivero que allanara al Apra el camino al poder.

Según afirma el mayor Víctor Villanueva —uno de los protagonistas más importantes de los sucesos que entonces se vivieron[57]—, la llegada al poder del Apra en alianza con Bustamante y Rivero no cambió la perspectiva insurreccional de las masas apristas. Estas, que sentían que nada sustancial había cambiado, creían que el momento era propicio para organizarse e iniciar la revolución social, aprovechando la legalidad y las posiciones conquistadas por el partido en el gobierno. Los dirigentes no miraban con buenos ojos tales actividades, pero tampoco se atrevían a desautorizarlas, así que se limitaban a ponerles obstáculos.

Las cosas cambiaron cuando se rompió la alianza con Bustamante y Rivero. Haya de la Torre se puso a urdir un golpe en «defensa de la democracia». Inicialmente se intentó realizar una insurrección apoyándose en los grupos militares y civiles organizados por el Comando de Defensa del Apra, pero pronto se hizo evidente que estos estaban dispuestos a ir más allá de lo que Haya quería, así que este comenzó a buscar generales dispuestos a dar un golpe contra el gobierno y luego convocar a elecciones

---

[57] Víctor Villanueva renunció a su carrera militar honrando su compromiso de sacar adelante la empresa conspirativa que le encargó Haya de la Torre, encargándole la dirección del Comando de Defensa. Cuando sus deberes como militar le exigían abandonar Lima, lo que le habría obligado a abandonar sus preparativos insurreccionales, prefirió pedir su pase a disponibilidad y poner fin a su carrera. Luego, apartado definitivamente del Apra, se dedicó durante las décadas siguientes a estudiar al Apra, a la institución militar y a las relaciones entre ambos.

> Condición *sine qua non* de esta alternativa era que el golpe lo daría el ejército al mando de sus jefes, con la colaboración de los militantes civiles; más tarde se modificó el proyecto, decidiéndose que el movimiento sería hecho exclusivamente con fuerzas militares, eliminando toda participación civil. El ejército tenía la suficiente fuerza para actuar sin ayuda alguna, fue la tesis hayista, pero también debió pensar que dicho ejército era la mejor garantía de la estructura social que él no deseaba alterar. Haya pretendió de este modo evitar toda insurgencia verdaderamente revolucionaria y salvar la cara del partido "en la eventualidad de un fracaso" (Villanueva 1973b: 250).

Como se ha visto, no era la primera vez que Haya de la Torre se embarcaba en la aventura de propiciar el golpe militar de algún general amigo, que abriera al Apra el camino al poder. Pero no todos los dirigentes del partido compartían su confianza en los militares. Ya en una carta colectiva, enviada desde Santiago, el 29 de mayo de 1939 —cuando se debía decidir qué haría el Apra ante la nueva coyuntura electoral que se abría cuando el general Benavides estaba cercano al término de su segundo mandato— Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane y César Enrique Pardo, dirigentes del máximo nivel del partido, le plantearon sus reservas: «Al azuzar a elementos militares a un levantamiento, ¿no estamos abriendo los caminos que impedirán el fortalecimiento de un futuro régimen civil aprista? ¿No será que al fomentar la ambición providencialista de caudillos militares, en lugar de que éstos nos sirvan de trampolín, resultaremos nosotros sirviendo de pedestal para que surjan los comunes tipos de mandones ambiciosos e ignorantes de que está poblada nuestra historia?» (Davies y Villanueva 1982: 67). Este juicio no se refería solo al riesgo futuro, sino que planteaba interrogantes sobre la corrección de la decisión asumida anteriormente de jugar esa carta con dos generales amigos, que perdieron la vida intentando tomar el poder: «Aunque es imposible afirmar nada sobre los muertos, no cabe duda de que puede formularse la misma presunción acerca de si Jiménez o Rodríguez iban a ser umbrales de nuestra acción o nuestros verdugos» (Davies y Villanueva 1982: 67).

Volviendo a la coyuntura de 1948, un hecho que jugó un papel importante en el desastre que sobrevino fue que, mientras conspiraba con los generales amigos del partido incitándoles a dar un golpe, Haya de la Torre no desmovilizó a los militantes del Comando de Defensa. Para él, contar con fuerzas milicianas en estado de movilización era un arma de negociación frente al gobierno y también un medio de convencer a los militares que se acercaban al Apra de que un golpe militar podría contar con el respaldo de combatientes apristas. A lo largo de 1948 Haya jugó una y otra vez a postergar la revolución que estos querían realizar, a la espera del golpe salvador que darían los generales amigos del partido. «El "movimiento de los generales" era la comidilla de todo el mundo. El golpe

era un hecho, la gente se preguntaba sólo cuándo se produciría» (Villanueva 1973b: 250).

Es imposible mantener indefinidamente en estado de alerta a una fuerza miliciana que está esperando tomar el poder. Las sucesivas frustraciones vividas entre febrero y setiembre convencieron a los miembros del Comando de Defensa de que los dirigentes del partido no querían hacer la revolución. Entonces, decidieron lanzarse a la acción por su propia cuenta, sin la autorización Haya de la Torre y del comando aprista, evaluando que esta les sería negada. Confiaban en que ante los hechos consumados los dirigentes terminarían plegándose al alzamiento revolucionario.

En la madrugada del 3 de octubre de 1948 la Armada se alzó contra el gobierno en el Callao, guiada por mandos apristas y oficiales nacionalistas que creían que era necesaria una revolución para solucionar los problemas del país. El movimiento contó con el apoyo de algunas fuerzas milicianas apristas. Pero la dirección, tomada por sorpresa por la insurrección, la desautorizó. Cundió el desconcierto cuando voceros de los dirigentes fueron a las bases en las que estaban concentrados los militantes comprometidos con el levantamiento, dando la contraorden, disponiendo que estos regresaran a sus hogares.

Según el mayor Villanueva, en plena sublevación, cuando la escuadra todavía estaba en estado de rebeldía, Haya de la Torre trató de conseguir que los generales comprometidos en un golpe militar que se había postergado varias veces y que debía estallar una semana después, Juan de Dios Cuadros y José del Carmen Marín, asumieran el mando del movimiento. «Éste parece que no se movió de su casa, Cuadros fue a la Escuela Militar, donde se encontró con el ministro de Guerra. El ejército adoptó rápidamente medidas militares y el gobierno recuperó el control de la situación. Poco después decretó la ilegalidad del partido aprista» (Villanueva 1973a: 251). Luis Alberto Sánchez ratifica que Haya intentó que un general asumiera el comando del alzamiento. Le brindó explicaciones, le dijo que lamentaba el levantamiento, le aseguró que el Apra no había auspiciado la revuelta, pero, en vista de los acontecimientos, pedía «adelantar el "pronunciamiento institucional" fijado para el ocho. El general XXX[58] habría contestado a Haya, que le agradecía el gesto y el informe, pero que, al haberse efectuado un "motín", los institutos armados creían que "lo primero era debelar el motín y, después, llevar a cabo el levantamiento institucional". Desde luego, eso equivalía a condenar a presidio a

[58] El general XXX era José del Carmen Marín, quien había sido ministro de Gobierno de Bustamante y Rivero, y luego de su salida del cargo, estaba conspirando con el Apra para deponer al presidente. Marín fundaría en 1950 el Centro de Estudios Militares, luego Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), que jugaría un papel decisivo en la elaboración de la ideología del gobierno de Juan Velasco Alvarado, de la que Haya diría que le había robado sus banderas revolucionarias al Apra.

nuestros elementos "defensistas", falsamente inducidos a la insurrección, o sea, equivalía a la emasculación del partido» (LAS 1982: 110-111).

Siempre según Sánchez, los dirigentes del Apra insistieron con el general XXX para que cambiara de opinión, pero no lo consiguieron. Abandonada la Marina a su suerte, el movimiento fracasó. Decenas de civiles murieron intentando asaltar instalaciones militares que ya estaban advertidas y nueve marineros fueron fusilados. El Apra fue declarado fuera de ley. Varios miembros de dirección, entre los que se contaban Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane Corrales, Andrés Townsend Escurra, César Pardo, Fernando León de Vivero y Pedro Muñiz, optaron por asilarse por su propia cuenta, y otros, como Ramiro Prialé y Armando Villanueva del Campo, pasaron a la clandestinidad, para ser detenidos después y deportados más tarde. «Fue un desastre orgánico. En provincias, todos los dirigentes presos. Arequipa, Puno, Cusco, Chiclayo, Cajamarca quedaron sin cabezas regionales. Haya de la Torre se mantenía en la clandestinidad hasta que el primero de enero, lo que quedaba del Partido le pidió que se asilara» (V del C 2004: 323).

Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane afirmaron en distintas ocasiones que los apristas del Comando de Defensa conjurados planeaban asesinarlos: «Yo no supe hasta casi un año después que esa misma noche, un grupo extremista del partido había resuelto actuar al margen de la organización oficial partidaria y aun contra ésta: eso explica por qué, entre los planes de los autores del golpe del 3 de octubre, figuraría el propósito de eliminar a varios líderes del partido, entre ellos, a Seoane y a mí» (LAS 1982: 101). También Haya afirmaría que él corrió peligro de muerte, debido a la voluntad de los conjurados de liquidarlo. Narra el mayor Villanueva:

> Cuando Haya se entrevistó con Chanduvi, le dijo que yo había ido a Chosica, la noche del 2, con el fin de asesinarlo. Chanduvi le respondió que entonces, yo tenía el don de ubicuidad, puesto que, durante toda la noche, había permanecido en la zona de la División Blindada. Sin embargo, días más tarde en una reunión en el sector Haya relatando en forma dramática su odisea de esa noche, dice: Cuando venía a Lima me crucé con un camión cargado de asesinos que iban a Chosica con el fin de victimarme. El camión estaba al mando de un militar.

Y después de una pausa hábilmente prolongada continúa:

> —Yo quisiera saber dónde estaba el mayor Villanueva a esa hora.
>
> —¡Estaba con nosotros. Jefe! —le respondieron todos, de manera unánime, y relataron los hechos (Villanueva 1973a: 173).

Todos los comprometidos en el levantamiento han rechazado la imputación de que intentaran asesinar a los jerarcas apristas. Nunca se ha presentado ninguna evidencia que respaldara esta acusación. El mayor Víctor Villanueva describe el ambiente de desmoralización que se produjo a raíz de la desbandada del Apra:

> Poco después los asilados obtenían salvoconducto y se expatriaban voluntariamente. Haya, a fin de salvar el prestigio de sus principales líderes, que se fugaban del campo de batalla, habría de decir más tarde, mediante un Comunicado del Comando de Acción —que substituía al GEN— que dichos dirigentes "habían sido enviados al extranjero en comisión del partido, para proseguir la lucha". Esta falsa aseveración fue desmentida algún tiempo después por Seoane, en su carta de 1952, cuando, al referirse a la falta de coordinación entre "los altos jefes militares que conspiraban con Haya y otros líderes" y los "organismos de defensa del partido", dice: "Cuando estalló el movimiento de Octubre, salí al exterior para llevarme en silencio la inconformidad con estos yerros y sus consecuencias" (Villanueva 1973b: 158).

Luis Alberto Sánchez narra que, al salir al exilio, encontró a Manuel Seoane, que lo esperaba en el aeropuerto de Los Cerrillos, en Santiago de Chile. Ambos se dirigieron a un hotel para intercambiar opiniones. Aunque coincidieron en condenar el «estúpido alzamiento» del 3 de octubre, discreparon en su balance:

> Manolo creía que había mucha responsabilidad de Haya y del Comité Ejecutivo; yo sostuve que eso no era exacto. Como para anonadarme con un argumento irredarguible, Manolo me preguntó a boca de jarro: "¿Sabes quiénes componían la lista de fusilados si triunfaba el movimiento?" Le contesté sin pestañar: "Entre otros, tú y yo". Insistió: "¿Sabías que te iban a fusilar?" —"Desde luego, pero antes supe que me iban a asesinar, y, ya ves, estoy con vida". Seoane meditó un rato y me interrogó: "¿Conoces la suerte que reservaban a Víctor Raúl?" Contesté: "Hasta donde estoy informado, era meterle en un tanque y llevarlo a Palacio como Presidente, pero en realidad prisionero". "¿Tú crees que Víctor se habría resignado?" "Estoy seguro que no". —"¿Y tú?"—. Seoane guardó silencio.
>
> De esa primera discrepancia quizá nacieron otras. Quedamos en estudiar la situación tan pronto yo volviera del Paraguay, a donde me dirigí enseguida (LAS 1982: 118).

Víctor Villanueva hace una aguda observación acerca de la forma en que Haya de la Torre se movía en los intentos conspirativos en los que embarcaba al partido aprista:

> Haya ama al partido por sobre todas las cosas, ama la obra de su vida. Este cariño, como todos, trae implícito el temor de perder el objeto amado y este miedo crea el complejo del avaro. Había logrado constituir un magnífico partido, lleno de mística y de fe; pero, desde el punto de vista revolucionario, crear el instrumento no es sino recorrer la mitad del camino; hay que emplearlo y saberlo emplear. El partido no es el fin sino el medio para alcanzar las promesas hechas al pueblo. Sin embargo, así como el avaro, a fuerza de acumular monedas llega a considerarlas como la finalidad suprema de su existencia, así Haya a fuerza de aglutinar gente alrededor de una idea llega a olvidar ésta y considerar al partido como el fin mismo de sus desvelos y no como un mero instrumento revolucionario.
>
> […]
>
> Haya, como buen amante, no quería perder el objeto de su amor; no quería emplear al partido por miedo a perderlo. ¡Para eso bastaba el ejército y para eso tenía un General! Pero el pueblo no lo entendió así. ¡El pueblo deseaba empeñarse y hacer la revolución para la que se le había educado durante 15 años! Haya no lo quiso comprender (Villanueva 1973a: 97-98).

La ruptura entre Bustamante y Rivero y el Apra, y la consiguiente ilegalización del partido, crearon las condiciones para que el 29 de octubre el general Manuel Apolinario Odría, hasta entonces ministro de Gobierno del régimen, diera un golpe desde Arequipa, derrocando al presidente e inaugurando un régimen represivo cuya primera víctima fue el Apra. La desmoralización del partido, debido a los golpes recibidos, se agravó, ya que, a diferencia de las oportunidades anteriores en las cuales Haya de la Torre permaneció en el país dirigiendo el partido desde la clandestinidad, esta vez optó por asilarse en la embajada de Colombia, el 3 de enero de 1949. El gobierno de Odría se negó a darle el salvoconducto para abandonar el país, alegando que no era un líder político, sino un delincuente común. Su caso daría lugar a un sonado juicio en la Corte Internacional de Justicia de La Haya. El «compañero jefe» permaneció cautivo durante cinco años en dicha embajada, hasta 1954.

El precio de la derrota

Con Haya cautivo y luego de que Sánchez recorriera varios países latinoamericanos, para instalarse finalmente en Puerto Rico, se restableció la correspondencia entre los dos. El 3 de agosto de 1949 Sánchez envió una carta a Haya desde Guatemala, en la que le formulaba reproches contra la táctica insurreccional que este había promovido. «Tú sabes que yo estaba en absoluto desacuerdo con la

política de revolución; que cien veces dije no creer en el general aquél; que me esforcé porque llegáramos a las elecciones de Marzo, pues creía y creo que nos favorecería hasta la ilegalidad por tal causa» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 452). Sánchez se refiere al general José del Carmen Marín, que se había comprometido a dar un golpe institucional con el apoyo del Apra.

Todos los testimonios concuerdan en que Sánchez —lo mismo que Seoane— se opuso permanentemente a los preparativos insurreccionales que Haya promovía, así que su crítica estaba respaldada por una práctica política abierta y conocida. Sánchez no ignoraba los afanes insurreccionales de Haya. Este hecho hace inteligible el siguiente párrafo de su carta: «Francamente, si el 3 de octubre no te encuentro y compruebo tu desazón, quizás hubiera tornado el portante herido de que a un dirigente se le tuviera alejado de todo, en peligro de ser copado en su cama, etc.» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 452).

La escisión que el Apra había vivido antes del desastre del 3 de octubre, entre quienes estaban por la estrategia insurreccional y aquellos que, como Sánchez, apostaban por la vía electoral, había provocado fuertes heridas en el tejido partidario: un ambiente enrarecido, cargado de sospechas y suspicacias, atravesado por enfrentamientos soterrados, en que unos acusaban a los otros de actuar motivados por la ambición, y estos a aquellos de haberse aburguesado, acomodándose al goce de las ventajas que les brindaba el poder, disfrutando de cargos ministeriales, una embajada, o una curul en el Parlamento. Con su habitual crudeza, Sánchez expresaba su opinión al respecto:

> Creo que se ha abusado de las camarillas y que de ello se han valido los menos aptos para resaltar. Te aseguro que mi posible tibieza no viene de la pelea con los adversarios ni con sus sanciones en las cuales olímpicamente me defeco, sino de la aprensión de que los propios lo muerdan a uno como se hizo costumbre a partir de 1947. *Nadie atacaba más al aprista que el aprista*, sobre todo el juvenil, atiborrado de la pueril demagogia de algunos angurrientos y mal cerebrados (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 452; el énfasis es mío).

Como en oportunidades anteriores, Sánchez anunciaba su renuncia al partido para cuando este remontara la desgracia que le había sobrevenido, proclamando cuál sería su línea desde su renovada condición de exiliado: «Por mi parte te aseguro que estoy dispuesto a eliminarme del programa tan pronto recobremos la legalidad. Pelear de frente, sí, pero guardarse la espalda del supuesto hermano, no. Esa es mi posición, esta vez, sí, al borde de los 49, indeclinable. En el entretanto, pelear. Predicar unidad y practicarla, evitando toda ocasión de camarillas y grupillos maldicientes como el que se ha formado *somewhere and sometime*. Aquí las cosas no son como parecen» (VRHT y LAS

1982: vol. 1, 452). Por supuesto, una vez recobrada la legalidad no renunció al Apra y prosiguió su militancia, en las buenas y en las malas, hasta el fin de sus días.

Los disidentes

La derrota de la insurrección del 3 de octubre de 1948 tuvo un enorme impacto en las bases apristas que, golpeadas por la nueva clandestinidad y persecución, exigían deslindar responsabilidades sobre este nuevo fracaso. El descontento sembrado tendría su expresión durante los años siguientes en la formación de grupos radicalizados que exigían cambios en la línea que el partido venía siguiendo. Otros, optarían por abandonar el Apra buscando alternativas más radicales que pudieran canalizar su voluntad de hacer la revolución. El testimonio del obrero Enrique Malqui, describe bien la atmósfera imperante:

> Después de esto comenzamos a reunirnos por nuestra cuenta para investigar el fracaso. Supimos que la traición venía de la Dirección y que después nadie quería discutir. Claro que hay represión. Los líderes se asilan, otros caen, gente de base es muerta, otra apresada, otras perseguidas, pero a pesar de todo habían personas que pedían discutir, evaluar la cosa, pero nadie lo hace. Entonces comenzamos a reunirnos con Juan Pablo Chang, Virgilio Roel y otros. Decidimos enseñar nuestras experiencias a otros compañeros. Comenzamos a hacer círculos de estudio. Una vez Roel me dice que les enseñe marxismo. Qué podía enseñar yo de marxismo, si el único libro que había leído en toda mi militancia era "El antimperialismo y el Apra". Además yo era un hombre práctico, de acción, no teórico. Entonces más que marxismo empecé a hablarles sobre mi experiencia, sobre la necesidad de la revolución y la decepción que se siente cuando ésta pudiendo hacerla no se realiza. Todo esto fue parte de un comienzo donde la gente comienza a definirse. Roel, Chang, Franco, Aquino, le decíamos "Sombrita", se pasan al PC (Cristóbal 1985: 109).

Juan Pablo Chang, a quien Malqui se refiere en el testimonio citado, escribió una carta desde Buenos Aires a su hermana, el 15 de mayo de 1951, calificando su renuncia al Apra como «el paso más difícil de toda mi vida».

> Renunciar a una organización política a la que uno ha entregado todos sus esfuerzos y todas sus energías —prosigue—, es algo muy doloroso. [...] Pero esta organización traicionó las aspiraciones de las clases pobres, entonces un grupo de gente conciente vio la necesidad de formar dentro de ella una corriente que transformara a esta organización en un movimiento que realmente sirviera a los oprimidos del país; logramos hacerlo, llegamos a crear la corriente renovadora, pese a todos los obstáculos que encontramos en

> nuestra lucha, pese a que utilizaron todos los medios para desprestigiarnos. [...] Desde el momento que no ha cumplido su cometido, los que estamos convencidos de ello, estamos en la obligación de no seguir alimentando a un hijo deforme y renunciar valientemente a él (Cristóbal 1985: 114-115).

Juan Pablo Chang se incorporó al Partido Comunista, al que renunció después en los años sesenta, convencido de que tampoco esta organización estaba dispuesta a hacer la revolución. Estuvo entre los creadores del Ejército de Liberación Nacional, que en 1965 iniciaron una acción guerrillera en dos provincias de Ayacucho. Murió en Bolivia, el 8 de octubre de 1967, combatiendo junto al Che Guevara.

Héctor Cordero es otro militante destacado que fue puesto en prisión por Odría y que salió después al exilio, radicándose en Buenos Aires. Él jugaría un importante papel en la organización de los exiliados apristas en Argentina y se constituiría en uno de los disidentes con mayor nivel teórico. Posteriormente, tendría una participación protagónica en la conversión del Apra Rebelde —la disidencia más importante que sufrió el Apra, en 1959— en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que rompió doctrinariamente con el Apra, proclamándose marxista y anunciando que se preparaba para hacer la revolución por la vía armada, en 1961. Este es el balance que ofrece Cordero de las consecuencias de la derrota de 1948:

> Los que estábamos en el destierro reivindicábamos la vigencia del origen marxista del Apra. Hasta hoy el Frente Único —decíamos— ha marchado, pero nosotros creemos que ese Frente debe ser dirigido por el proletariado en alianza con el campesinado. Es decir, cambiábamos la figura; no rompemos, pero invertimos los valores sociales que deben hegemonizar en el FU, porque Haya no lo decía, pero su práctica era que el FU debía ser dirigido por las clases medias. Nuestro planteamiento era inteligente porque no rompíamos con el Apra, no era nuestra intención romper con el Partido, sino agotar todas las posibilidades de lucha dentro del Apra [...] Esta misma situación crítica se manifiesta en la prisión: no hay fraternidad como antes. En el Frontón, por ejemplo, hacemos grupos: el 'oficialismo' por un lado, por otro lado los revolucionarios, los que no estábamos con la línea de Haya. Hay secretos, no hay amistad entre los grupos, hay división y así sucede en todas partes (Cristóbal 1985: 119-120).

Entre los renunciantes se contaban los senadores Alfredo Gavancho y el coronel César Enrique Pardo, los diputados Linares, Gamarra, Góngora Perea, Augusto Beltrán y otros. La derrota de 1948, por otra parte, privó al Apra de un importante contingente de intelectuales que se habían incorporado al partido a

lo largo de las dos décadas anteriores y que se retiraron acusando a la dirección de haber traicionado los ideales revolucionarios que el Apra proclamaba. En primer lugar, Magda Portal y Hernando Aguirre Gamio.

Apenas dos semanas después del fracaso de la insurrección del 3 de octubre, Ciro Alegría, el autor de *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno*, considerado entonces uno de los novelistas más importantes de América, afirmaba: «Los líderes apristas son tan pagados de sí mismos, tienen tal arrogancia, que creen poseer siempre la razón. Esta es una de las manifestaciones de la llamada "disciplina". Además, creyeron que bastaba organizar y disciplinar un partido para que el poder cayera en sus manos. No ha sido así y esta es una experiencia trágica, no precisamente para los líderes sino para el pueblo peruano»[59]. Los conflictos con la dirección del Apra venían de tiempo atrás. En una carta que Alegría envió a Manuel Seoane desde Nueva York, en noviembre de 1945, le narraba una propuesta que le había hecho Luis Alberto Sánchez para escribir un libro en coautoría.

> La última vez que estuvo aquí Luis Alberto Sánchez, me propuso escribir un libro en colaboración, cosa que rechacé aprovechando la ocasión para puntualizarle su gratuita campaña contra mí. Sé que sigue adelante. En carta del 27 de enero del año pasado, me escribió lo mismo: "Te propongo concretamente una cosa en que andaríamos a cojón metido, con entusiasmo y provecho. Hagamos entre los dos un libro sobre el Perú. Nada de vulgaridades. Meternos en el hondón. Dividiríamos el trabajo, y, después, nos intercambiamos críticas. Sospecho que con nuestros dos nombres, sin falsa modestia, tenemos un mercado tan extenso que viviríamos parte de nuestros días a costas del libro" […]
>
> Tontería la mía, de no haber unido mi nombre al de un genio severo y protector (Alegría 1976)[60].

Por su parte, Sánchez acusaba a Alegría de ser desleal, a pesar de haber «recibido todo tipo de ayudas y halagos de los apristas […] Ciro Alegría formuló declaraciones contra su partido en desgracia, y lanzó contra nosotros acusaciones que jamás podría probar […] lo que rechazamos y rechazaré es que las afiliaciones se hagan a los partidos cerca del poder, y las retiradas y vituperios se produzcan cuando el partido está maniatado y en desgracia. Por eso es, que he terminado con Ciro Alegría» (LAS 1982: 154-156). La reacción de Sánchez es

[59] *La Crónica*, 16 de octubre de 1948.

[60] Alegría narra que siempre lo unió una gran amistad con Seoane, que se prolongó aún después de su renuncia al Apra.

injusta. Ciro Alegría se incorporó al Apra en 1932, en uno de los períodos más difíciles del partido, y salvó milagrosamente de morir fusilado por su participación en la revolución de julio de ese año. Su salida, por otra parte, se produjo cuando el Apra estaba en el poder, no cuando vivía una etapa desgraciada. Es, asimismo, poco objetivo pretender que el prestigio literario de Alegría se debiera a los favores que los apristas le habrían brindado.

Para cuando se produjo el desastre del 3 de octubre, Alegría llevaba ya un tiempo distanciado del Apra.

> Me separé del APRA hace tiempo. Cuando vi que comenzaron a alardear y aparentaban tener más fuerza de la que tenían, pensé que iban por mal camino y no intervine más. Por otra parte, yo estaba cansado de cumplir órdenes, sin que tuviera oportunidad de ser escuchado nunca. Cuando le decía a alguno de los líderes mis puntos de vista, él mismo se confesaba incapaz de oponerse a la dictadura de Haya de la Torre o me discutía sin término para probarme que yo no tenía razón».

Haya ejercía una dictadura que se proyectaba sobre toda la vida del Apra, «y se proyectaría sobre el Perú, si el APRA tomara el poder (Alegría 1976: 255)[61].

Enjuiciando este periodo, Ciro Alegría escribiría más tarde:

> En la última época del aprismo, mi separación fue casi completa y ella se hizo definitiva cuando vi su falta de honestidad, que iba desde entrar en grandes negociados y agarrarse la plata de la nación, hasta quebrar todo el programa, en lo que le quedaba de afirmativo, que ya no era mucho, e inventar una necia teoría, etc. En cuanto a mí, llegaron a atribuirme declaraciones que jamás había hecho y muy pomposamente las publicaban. Cuando reaccioné diciéndoles que los iba a denunciar, me pidieron que los dejara en paz, que ya iban a alcanzar el poder. El resultado fue la revolución fracasada de El Callao, que me consta que organizaron y lanzaron, para luego fugarse y negarlo[62].

Magda Portal, que estuvo en el Apra desde su fundación y que participó protagónicamente en las más importantes gestas apristas, redactó su carta de renuncia en marzo de 1950. En ella afirmaba:

> Los resquebrajamientos internos del Partido se hicieron heridas profundas desde el 3 de Octubre de 1948 y la división fue el corolario de su liquidación como Partido Legal. El pueblo había sido burlado, negado, abandonado, traicionado. La muerte y la prisión rubricaron la hazaña de los que se movían en la sombra,

---

[61] «Ciro Alegría y el APRA». Entrevista de Tina Otero. Originalmente publicada en el *Diario de Nueva York*, 11 de octubre de 1948.

[62] Revista *Últimas Noticias*. Lima, 10 de abril de 1950.

> creyéndose a salvo. Pero la duda, primero, la sospecha enseguida y la certeza luego de que el Alto Comando había tenido mucho que hacer en la derrota, y consiguientemente en la caída catastrófica del Partido, hicieron presa en el ánimo de miles de apristas y determinaron la serie de escisiones y actitudes individualistas, que son del dominio público, y que demuestran más que todas las medidas policiales, la destrucción del efímero Partido del Pueblo. Los fracasados "líderes" no tienen, pues, ningún derecho para autollamarse dirigentes del Pueblo como todavía lo hacen (Hernández Urbina 1956: 69-70).

Magda Portal decidió convocar al Congreso Revisionista del Partido del Pueblo, responsabilizando de la crisis «a la irresponsabilidad de los líderes, que abandonaron sus puestos directivos». Sostenía que los postulados del programa máximo habían sido mistificados y los programas mínimos eran caducos, que se había olvidado las reivindicaciones de las masas indígenas, campesinas, obreras y medias (Hernández Urbina 1956: 68). El Congreso Revisionista fue realizado en Lima y Arequipa. La dirección del Apra logró deslegitimarlo con la acusación de que se había realizado con el apoyo de la dictadura de Odría. Héctor Cordero, situado también en la oposición, concuerda con la acusación formulada por los líderes oficiales:

> Magda Portal renuncia el 50 y organiza un Comité con el cual no estuvimos de acuerdo, incluso la gente que tenía una posición crítica al oficialismo aprista. Ten en cuenta que Magda tenía mucha influencia en el Partido, había sido una de las buenas luchadoras y además fundadora del Apra [...] No estábamos de acuerdo porque el Comité estaba apoyado, de una u otra forma, por el gobierno de entonces. Magda Portal se liquida allí políticamente, porque hay una cosa que no puede ni debe perdonar el revolucionario: el contubernio con el enemigo, por más que este se disfrace de buenas intenciones o incluso las tenga (Cristóbal 1985: 120).

La decisión de Magda Portal fue criticada muy fuertemente por los viejos apristas de base, como el sindicalista Julio Rocha Rumicóndor, que al mismo tiempo que reconocía su prestigio como luchadora, consideraba que había renegado al partido, atribuyendo su decisión a la alianza del Apra con Odría, «tan solamente por eso» (Vega-Centeno 1985: 24-25).

Un reporte de la estación de la CIA de Lima, de junio de 1950, confirma que el Congreso Revisionista se realizó a un costo de 250 mil soles y que contó con apoyo organizativo y financiero del gobierno de Odría. Informa que participaron 46 delegados de varias partes del país, señalando como sus líderes a Magda Portal, Hernán Boggio, Julio Cárdenas (el Negus), David Tejada, Humberto Valdivia, Alfredo Hernández Urbina, Julio Luzquiños, Celso Becerra, Santiago Torres Solari, Manuel Capuñay, N. Mestas y Napoleón Tello, y dice que el

evento declaró a Haya de la Torre traidor, mercenario y vendido al imperialismo yanqui; declaró disuelto el Partido Aprista Peruano; y anunció la formación de un partido revolucionario. Según la evaluación de la inteligencia norteamericana, la realización del Congreso no afectó al Apra, pero si desprestigió a sus impulsores[63]. Personajes como Cárdenas, Luzquiños y Tello tenían una larga foja como conspiradores al servicio del Apra, lo que da una idea de la magnitud de la quiebra que significó la «traición del 48».

Un comentario de Alfredo Hernández Urbina —señalado por la CIA como uno de los promotores del evento—, formulado cinco años después, criticando el pacto del Apra con Odría de 1956, da luz sobre las motivaciones de los promotores del Congreso Revisionista:

> [...] lo aconsejable estratégicamente había sido "pactar" en 1950 y no ahora. Entonces los dirigentes apristas (llamados del "tercer frente") que quisieron ensayar este tipo de política no acostumbrada por la mentalidad terrorista de Haya de la Torre, fueron ingenuamente calificados de "traidores". Julio Cárdenas (Negus) y otros, trataron de poner en práctica lo que hoy a más de un lustro ha venido a culminar Ramiro Prialé (Hernández Urbina 1956: 16).

En 1952 renunciaron al Apra los poetas Gustavo Valcárcel y Eduardo Jibaja, y en 1954, Alberto Hidalgo, Manuel Scorza y Mario Puga. Renunciaron después Serafín del Mar, Guillermo Mercado, Antenor Samaniego, Mario Florián, Jaime Galarza y Felipe Arias Lareta. Se produjo «una verdadera *rebelión de los poetas*» dentro del Apra (Hernández Urbina 1956: 68-69). Otro poeta destacado que renunció en ese periodo fue Juan Gonzalo Rose. En julio de 1956 fue expulsado Guillermo Carnero Hoke, el líder de una invasión al Perú que debía derrocar a Odría para liberar a Haya de la Torre de su cautiverio.

En su carta de renuncia desde México, fechada el 4 de agosto de 1954, Mario Puga Imaña, autor de *Puerto Cholo*, escribió a Haya:

> Usted ha concretado en toda la gravedad que entraña, la quiebra de su generación y de su clase en la misión revolucionaria que se impuso cuando el mundo vivía la conmoción económico social de la Primera Guerra y postguerra mundiales. Es cierto que Ud. —como la burguesía colonial peruana— se considera ahora enemigo del socialismo. Antes se consideraba enemigo del capitalismo. Su posición demuestra que ha dejado de comprender el sentido profundo de los movimientos sociales contemporáneos (Hernández Urbina 1956: 65-66).

[63] CIA. «Actividades de disidentes apristas», 1º de junio de 1950. Véase en: <http://www.foia.cia.gov/>.

Manuel Scorza, que era considerado el poeta más prometedor de su generación, envió una carta de renuncia titulada «Good Bye Mister Haya», que fue publicada en el diario *El Popular* de México en 1954. Allí afirma:

> Yo como miles de jóvenes llegué al Aprismo porque creí que era sinónimo de una revolucionaria aspiración de justicia; creí de buena fe luchar por un ideal nacional latinoamericano, es decir, antimperialista. Y, por el aprismo, afronté a su hora, la cárcel y el destierro. Es un hecho que la contradicción entre la dirección burguesa del Apra y el pueblo revolucionario del Perú, llevó al Aprismo a la derrota. No es verdad lo que Haya de la Torre afirma en "Life". La revolución del 3 de Octubre de 1948 fue consecuencia del descontento de las bases populares del Apra y apristas fueron quienes sublevaron a la Armada. Notoriamente allí se inició la división que ahora existe en el Apra (Hernández Urbina 1956: 71).

Describiendo el impacto de las renuncias de militantes reconocidos, Hernández Urbina escribe:

> Al comienzo, las defecciones del prestigioso novelista Ciro Alegría y del primer Secretario General del Apra, Luis Eduardo Enríquez, no fueron consideradas seriamente. Y a pesar de las graves acusaciones formuladas por ambos, el Aprismo no pensó en rectificarse y enmendar su línea política a tiempo. Después, no solo que tuvo que afrontar las responsabilidades del golpe fallido del 3 de octubre sino, además, su trizamiento orgánico y el alejamiento y renuncia de muchos calificados dirigentes. Recordamos la coexistencia de varios comandos clandestinos que sacaron a relucir sendos documentos en las columnas de la revista 'Pan' y la realización de Congresos Revisionistas en Lima y Arequipa (1950) dirigidos a expedir papeleta de defunción al Partido del Pueblo (Hernández Urbina 1956: 67-68).

La última insurrección de la historia del Apra, que comprometía a un importante sector de la dirección del partido, se empezó a organizar en 1952 y debió estallar en 1954. Haya no tuvo participación en ella, salvo para desactivarla. Como esta insurrección está profundamente vinculada con los problemas ventilados entre los exiliados apristas dispersos por la diáspora de 1948, se analizará en el próximo capítulo.

En 1956, tras de las negociaciones que culminaron con la alianza entre el Apra y la oligarquía y el ascenso de Manuel Prado al poder, Ramiro Prialé, en su papel de secretario general del Apra, formalizó el abandono oficial de la línea insurreccional del aprismo en unas declaraciones a la revista cubana *Bohemia*. Ante la pregunta de si eventualmente los apristas volverían a utilizar la violencia para llegar al poder, contestó:

> [...] ese perro nos ha mordido varias veces. El Partido ha caído en más de una ocasión en la intranquilidad desesperada que lleva a aceptar cualquier conspiración, para ver si salíamos del atolladero de la dictadura. Pero nosotros estamos convencidos de que a los ejércitos solo se les derrota con los votos. Resulta más difícil organizar una victoria popular sin sangre, que preparar una conspiración [. . .] Además, en eso de las conspiraciones ha habido tanta trampa, tanto delator y tanto confidente, que hemos determinado como línea de partida, mantenernos al margen de todo intento insurreccional (*Bohemia* 1956).

Aunque Prialé reconocía el derecho de los militares a conspirar contra gobiernos dictatoriales, y aseguraba que no serían los apristas quienes los denunciarían, aclaraba que no darían ni un solo fusil, ni un solo hombre,

> [...] porque somos un Partido de una sola línea y una bien definida actitud. Si algunos militares conspiran, está bien que conspiren ellos solos. Cuando se conspira dentro del Ejército, no se necesita ningún respaldo civil. Si algunos civiles conspiran y el APRA está convencido de las escasas posibilidades de esta conspiración, no tenemos por qué engañar a nuestros hombres, responsabilizándonos con una insurrección en la que no tenemos fe ni confianza (*Bohemia* 1956).

EL GRAN DEBATE Y LA ÚLTIMA INSURRECCIÓN DEL APRA

La conspiración con Perón y la conexión boliviana

Armando Villanueva del Campo constituye en el Apra el arquetipo del hombre de aparato. Sufrió carcelería varias veces, fue exiliado otras tantas, participó en varios intentos revolucionarios, llegó a ser candidato presidencial del Apra a la muerte de Haya y tuvo un rol protagónico en algunos de los conflictos internos más graves del partido. No es un intelectual. Es un hombre de acción y eso lo coloca en las antípodas de Luis Alberto Sánchez, un escritor reconocido al que las bases apristas le reprochaban que nunca había vivido la clandestinidad, pues cada vez que había una persecución optaba por asilarse en alguna embajada, para luego salir al exilio. Entonces, trabajando como profesor universitario y viajando constantemente entre eventos académicos, vivía una vida muy distinta a la de los apristas de base, pobres, sin contactos, en muchos casos viviendo abandonados a su suerte en un país extranjero. Las memorias de Villanueva del Campo brindan una excelente aproximación a la vida partidaria concebida como una pasión, una familia alternativa, una mística, una opción de vida.

Al leer sus memorias, llama la atención que a lo largo de medio millar de páginas no existe referencia alguna a polémica, posiciones encontradas o disputas partidarias en el seno del Apra (V del C 2004). Esto es particularmente clamoroso cuando escribe acerca de la primera mitad de la década de los cincuenta, cuando Haya de la Torre estaba cautivo en la embajada de Colombia, en Lima, mientras que el gobierno de Manuel A. Odría le negaba el salvoconducto para poder abandonar el país. Los dirigentes más importantes del Apra se encontraban entonces en el exilio y la derrota experimentada a raíz del fracaso de la intentona revolucionaria de 1948 había provocado una gran diáspora.

Luego del fracaso de la insurrección, el Apra fue puesto fuera de ley y sus militantes tuvieron que pasar a la clandestinidad. Algunos optaron por asilarse. El 27 de octubre, el general Manuel A. Odría, ministro de Bustamante y Rivero, aprovechó la debilidad del régimen para dar un golpe militar que le permitió derrocar al ya tambaleante gobierno del Frente Democrático, y permanecer en el poder durante los ocho años siguientes. Odría contó con el apoyo de la oligarquía, particularmente de los agroindustriales, así como del gobierno norteamericano, que estaba satisfecho con un dictador que abría la economía peruana a sus capitales y que llegó a promulgar un Código de Minería, una simple copia del código minero norteamericano (Cótler 1978, Portocarrero 1983).

Manuel A. Odría emprendió una dura persecución contra los apristas apenas se instaló en el poder. Esto produjo un virtual desbande en las filas partidarias, que no estaban en absoluto preparadas para este desenlace. A diferencia de otras oportunidades, cuando Haya encabezó la resistencia desde la clandestinidad, esta ofensiva represiva produjo un resultado antes impensable: el 3 de enero de 1949, a dos meses del golpe, Haya de la Torre se presentó en la embajada de Colombia y solicitó asilo diplomático. Los dirigentes del Apra tienen una versión uniforme para explicar este hecho. Según Sánchez, la dictadura odriísta había jurado asesinar a Haya y, luego de que la policía detuviera a Jorge Muñíz cuando asistía a una cita clandestina con el «jefe», el Comité Ejecutivo dispuso que Haya se asilara (LAS 1987: 130). Según Villanueva del Campo, que Haya se asilara fue el resultado del desastre orgánico que provocó el golpe (V del C 2004: 323).

Por otro lado, los disidentes sostienen que Haya se asiló por su cuenta y que la dirección del Apra cubrió este hecho inventando que esta había sido una decisión tomada por el partido, con la finalidad de que saliera al extranjero para continuar la lucha[1]. Una carta de Haya, enviada a Luis Alberto Sánchez desde Ginebra, el 4 de febrero de 1955, aporta información sobre sus razones: «yo me asilé con asco de hacerlo, pero me empujó el caso de verme arrojado de todos los posibles refugios. Jorge Idiáquez es testigo de que nos echaban de cada casa y nadie quería verme. Cuando me empujaron al asilo lo hicieron con miedo —solo algunos no— de que yo me quedara afuera, les pidiera albergue o los hiciera trabajar» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 201).

A las varias versiones que existen sobre el tema hay que añadir la que cita el mayor Víctor Villanueva, de una carta enviada por Haya a Luis Rose Ugarte desde la embajada de Colombia el 30 de setiembre de 1949, en que Haya sostiene

[1] «El prestigio del "Jefe" estaba al borde del abismo. El Comando de Acción trató de salvarlo diciendo que era el propio partido quien le había *ordenado* que se asilara y luego saliera al exterior a fin de continuar la lucha por la democracia» (Villanueva 1973a: 177).

que se vio obligado a asilarse porque el mayor Villanueva planeaba asesinarlo (Villanueva 1973a: 177)[2].

Acogido como refugiado político en la embajada colombiana, Haya quedó convertido virtualmente en prisionero durante los cinco años siguientes, ya que el gobierno de Odría se negó a otorgarle el salvoconducto de salida, alegando que era reo de delitos comunes. Los apristas que describen este momento hablan de «un baldazo de agua fría», para describir el impacto que tuvo en ellos la noticia del asilo de Haya de la Torre: «Sentí que todo mi mundo se desplomaba [escribe Luis Alberto Sánchez]. ¿Sería posible? [...] Entristecido, pensando que nos había llegado el minuto de la liquidación, me dirigí a Guatemala para iniciar una nueva vida» (LAS 1987: 130).

La derrota de 1948 y los conflictos internos en el Apra

Mientras tanto, Armando Villanueva del Campo fue capturado por los agentes de Odría y fue puesto en prisión. Los apristas en el exilio protagonizaban amargos enfrentamientos, exacerbados por las mutuas recriminaciones sobre las responsabilidades en la derrota. Reinaba un enorme desconcierto y en los hechos no existía una dirección nacional con la suficiente legitimidad para asumir la conducción del partido.

En general, los testimonios apristas aluden a los conflictos partidarios solo oblicuamente. Luis Alberto Sánchez es uno de los pocos que habla de disputas y se refiere en distintas oportunidades a Manuel Seoane como la cabeza de la posición radical contra la cual él se enfrentaba, pero insiste siempre en que a ambos los unía una gran amistad.

Manuel Seoane promovió la realización de los «congresos postales» entre los exiliados apristas. Estos constituyeron un espacio donde se ventilaron fuertes debates[3]. Para Sánchez, fueron ocasión «para poner en evidencia los gérmenes de descontento, error y quizá incipiente felonía en ciertos casos, felonía que se incubaba a raíz del 3 de octubre» (LAS 1982: 172). Su balance sobre las tendencias más importantes que se esbozaban en estos debates es bastante preciso:

---

[2] La historia de los dirigentes apristas amenazados por complots contra sus vidas no es privativa de Haya. Como se ha visto, también Seoane y Sánchez afirmaron en distintos momentos que existían planes para asesinarlos (Villanueva 1973a: 98-99).

[3] «Consideré [afirma Seoane en una carta dirigida a Haya] que el primer deber era procurar la coordinación del trabajo y del pensamiento de todos los cc. para evitar la dispersión anárquica, dar salida lícita a sus quejas dentro de los cauces partidarios, y aglutinar la vasta y heterogénea multitud de desterrados, en plena diáspora maldiciente y pesimista. De aquí nació la idea del primer Congreso Postal que sirvió para alcanzar estos fines y constituir un organismo central que sirviera de freno a las desviaciones, y de autoridad para los impacientes» (Cossío del Pomar 1969: 311).

> Estábamos divididos en dos grandes sectores: los que creían que el 3 de octubre había sido la gran oportunidad de colocar al partido en el gobierno del Perú, y que, por consiguiente, el frenamiento de aquella acción resultó no solo inoperante sino dañino; y los que sostenían que aquella traición había interrumpido nuestra marcha normal, arrojándonos a la "época de las catacumbas", sin haber hecho "mérito alguno" para ello, al menos en lo tocante al partido. Yo participaba de la última opinión, sin descartar que, producido el golpe del 3 de octubre (y así lo acordamos con Víctor Raúl ese mismo día), no quedaba otra solución que apoyarlo; que discutiríamos después sus frutos, y que urgía vencer al enemigo común: la reacción derecho-comunista (LAS 1982: 172-173).

Orestes Romero Toledo, entonces un joven militante en el exilio, ha dejado un testimonio del ambiente en que se desarrollaban esos debates. Los exiliados que radicaban en Buenos Aires formaron el Comité de Apristas Desterrados (CAD), que funcionaba en la casa de Enrique Cornejo Koster, un viejo militante aprista que vivía en la Argentina desde 1926. Eventualmente se reunían también en la casa de Juan Seoane, el hermano del «Cachorro» Manuel Seoane. Los jóvenes estaban muy inclinados a debatir los problemas del partido:

> Queríamos saber cuáles habían sido nuestros aciertos y cuáles nuestros errores. De todo ello […] se conformaron dos bandos en ese organismo en el destierro.
>
> Unos que patrocinábamos la idea de una revisión doctrinaria para un replanteamiento de nuestra actividad política futura, y otros que estáticamente sostenían el criterio de dejar las cosas como estaban para, al retorno, esclarecerlos en un Congreso. Esto, pues, formó dos sectores o "alas" en el Comité.
>
> En torno a estas ideas presentamos nuestra ponencias al II Congreso Postal de Desterrados […] Como era de esperar todas nuestras ponencias fueron rechazadas y desde Guatemala se emitió un fallo curioso que remataba de la siguiente manera: 'se rechaza por rebasar el temario'. Frente a esto qué hacer […] optamos por defender nuestras ideas dentro del Partido y, para ello, decidimos fundamentar las mociones presentadas y explicar públicamente nuestra posición. Así, encargamos a Héctor Cordero la redacción de un documento que expusiera con claridad nuestras ideas. De aquí nació el documento que en forma de folleto recorrió gran parte de América con las firmas de (Laureano) Carnero Checa, Cárdenas, Cordero y yo y que Héctor puso por título: "El Apra y la Revolución, tesis para un replanteamiento doctrinario". Él es pues el padre de ese documento (Héctor Cordero s/f.: 44-45).

El APRA y la revolución (1952) tendría una gran influencia sobre los apristas descontentos a lo largo de toda la década de los cincuenta.

En su *Testimonio personal*, en el volumen correspondiente a los años del ochenio odriísta, Sánchez señala que uno de los objetivos fundamentales de los múltiples viajes que entonces realizó a través de América Latina fue enfrentar las maniobras de quienes pretendían que se eligiera un nuevo dirigente que asumiera la conducción del partido. Para Sánchez —que, como hemos visto en su correspondencia personal, era un acre crítico del personalismo de Haya de la Torre y exigía una democratización del Apra— en esas circunstancias cualquier iniciativa encaminada a constituir una dirección era una traición contra Haya y su rol de «conductor natural» del Apra. Según él, en el fondo querían suplantarlo con el pretexto de liberarlo: «la jefatura del partido es una jerarquía *sui generis*, inherente a su fundador, por ser él el creador de la doctrina y su principal instrumento y por haber realizado lo que ha realizado. Nadie podría aspirar a ella. La jerarquía ordinaria más alta, la de secretario general, esa sí, es electiva» (LAS 1987: 170). Más allá de la indudable lealtad de Sánchez a Haya, lo cierto es que su posición, conservadora y abierta a los arreglos con los Estados Unidos, era impopular dentro del partido. Una dirección con una orientación radical lo hubiera dejado políticamente aislado, por lo cual no estaba interesado en que el Apra tomara ese rumbo.

La otra fuente fundamental de los conflictos entre los líderes apristas fue la posición frente al presidente argentino Juan Domingo Perón. Para un grupo de apristas que estaban instalados en Santiago y Buenos Aires, y cuyo líder más destacado era Manuel Seoane, la manera de conseguir que Haya de la Torre recuperara la libertad era hacer una revolución contra el gobierno de Odría, bajo la conducción de un general amigo del partido. En la otra orilla, Luis Alberto Sánchez rechazaba cualquier acuerdo con Perón, según dice en su texto, porque este era un dictador. Sin embargo, en su testimonio, entre líneas, se insinúa otro motivo más de fondo: a Sánchez se le hacía intolerable la pretensión de Perón de constituirse en el líder del antiimperialismo latinoamericano, papel que él consideraba estaba reservado para Haya de la Torre. Esto es muy llamativo, si se considera hasta qué punto Haya había abandonado cualquier pretensión de enfrentarse con los Estados Unidos. El viraje programático que realizó el máximo líder del Apra —desde las posiciones antiimperialistas de los años treinta, al «interamericanismo democrático sin imperio» de los años cuarenta y al alineamiento incondicional con los Estados Unidos en los cincuenta— solo se haría completamente evidente cuando quedó en libertad.

En cambio, Armando Villanueva del Campo evita sistemáticamente el tema de las disidencias partidarias. A lo largo de las quinientas páginas de su texto no

existe ninguna tensión interna que constituya al Apra en una organización viva, agónica; se diría que todos los apristas, tanto los exiliados como quienes habían quedado dentro del país, pensaban al unísono. El caso extremo de esta negación es reducir el conflicto entre Haya de la Torre y Manuel Seoane, que culminó en Montevideo en julio 1954, donde se habían reunido los líderes mayores del Apra para encarar las diferencias que desgarraban al partido —cuya gravedad analizaremos más adelante—, a un banal problema personal, fruto de un malentendido sobre cuestiones de etiqueta:

> Ya en la noche, en un restaurante de Montevideo nos reuníamos Espinoza Recavarren, Lucho Barrios, Lucho Rodríguez y yo por algo muy serio. Espinoza Recavarren explicó: "Manolo se regresa mañana". ¿Cuál era el tema? Manolo se acababa de casar y pasó todo el día sin que Víctor Raúl se acercara a saludarlo [...]
>
> El problema era serio. Esa misma noche, Rodríguez Vildósola habló con Fernández Artucio, del Partido Colorado, personaje de mucho prestigio quien lo tranquilizó: "Deje esto en mis manos. Yo voy a servir de mediador entre ambos". Manolo y Haya eran masones. Y con Fernández Artucio intervino la logia uruguaya, pues él también era masón. La logia usó su lenguaje, su estilo y sus principios. Y se concertó una reunión para la tarde del día siguiente [...]
>
> Haya, con su estilo característico, le dijo: "Bueno, y ahora, Manolo, antes de darte un abrazo... ¿cuál es el motivo del me voy?" Haya decía de Manolo, con cariño pero criticándolo, que su engreimiento consistía en decir "me voy".
>
> —He venido con mi esposa y por un elemental acto de cortesía has debido llamarnos —dijo Manolo.
>
> —Elemental habría sido que me comunicaras haberte casado, porque yo no sé hasta el momento si te has casado ni con quien porque nunca me lo has participado —contestó Víctor Raúl.
>
> Eso fue todo [...] En la noche hubo una comida, que Haya ofreció en honor de Manolo y su señora [...] Esto fue en 1954 (V del C 2004: 478).

Los hechos fueron definitivamente de otra naturaleza. Luis Barrios, que viajó desde Santiago de Chile a Montevideo junto con Seoane para defender sus tesis críticas contra Haya, afirma que cuando este llegó a Uruguay tenía ya su carta de renuncia al Apra notarializada y había previsto entregarla a las agencias noticiosas. Barrios, que tenía también su renuncia lista, afirma que él convenció a Seoane de no presentarla, salvando así la unidad del partido (Chanduví 1988: 543).

Aunque algunos estudiosos de la historia del Apra han desestimado que tales renuncias existieran, Luis Alberto Sánchez las confirma en una carta enviada a

Haya el 7 de enero de 1955, en la que alude al pago «de los telefonemas con Montevideo, causados por las renuncias notariales de los señores Seoane y Barrios, y la verbal, pero en comité del señor Iza» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 186)[4]. Por su parte, el poeta Alberto Hidalgo sostuvo que Seoane, por «temor a ser asesinado», depositó su carta en una escribanía de Santiago, pero luego de la reunión de Montevideo retrocedió. «Haya y la masa aprista no conocían nada de su texto. La carta que me envió Seoane de su puño y letra está depositada en una Notaría de Lima, lista para ser usada como prueba de acusación de falso testimonio si es que Seoane se atreve a negarla»[5].

La versión de Luis Alberto Sánchez da luces sobre el ambiente político que se vivía entre los exiliados. En realidad, a lo largo de los primeros años de la década del cincuenta existieron fuertes disputas políticas que involucraban problemas tan graves como los relativos a la democracia partidaria, la naturaleza de la doctrina aprista —en particular en relación al problema del capitalismo, el imperialismo y la revolución— y la fidelidad a los principios fundacionales del Apra. Sánchez identifica como la cabeza visible de la posición radical a Manuel Seoane, quien llegó a firmar, junto con Luis Barrios, una carta de dieciocho páginas que contenía serios cuestionamientos a la forma en las que Haya conducía el partido.

Armando Villanueva del Campo, luego de estar en prisión, fue excarcelado y deportado a Panamá el 28 de diciembre de 1951. Decidió seguir rumbo a México, pero al pasar por Guatemala, donde comenzaba la presidencia de Jacobo Arbenz, encontró a dos grupos apristas amargamente enfrentados por un balance sobre las responsabilidades del fracaso de la insurrección del 3 de octubre de 1948 y tuvo que quedarse para oficiar de árbitro. Siguió hacia México siete meses después y allí se enteró de la ruptura entre Perón y Odría. El general argentino había proveído generosamente de trigo al Perú en plena guerra de Corea, pero cuando necesitó petróleo para levantar la cosecha de 1952, Odría le negó el combustible por presión de los norteamericanos, quienes habían entablado un embargo contra la Argentina peronista. Perón estaba indignado y los apristas decidieron aprovechar la situación. Villanueva del Campo fue convocado a Buenos Aires y partió hacia allí, realizando un rodeo por toda América Latina, puesto que no podía pasar por el Perú.

---

[4] Iza es otro miembro del Apra, Isaac Espinoza Recabarren. En una carta posterior, Sánchez expresa a Haya su indignación debido a que los miembros de la dirección aprista le solicitaran públicamente a Espinoza Recabarren que retirara su renuncia al partido (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 193).

[5] Entrevista a Alberto Hidalgo, en *Unidad*, semanario del Partido Comunista Peruano, Lima, s/f. (citada en Cristóbal 1985: 250).

Villanueva se incorporó al grupo de Seoane y Barrios cuando llegó a Santiago de Chile, la ciudad que en adelante se constituyó en su lugar de residencia principal, alternada en algunos momentos con Buenos Aires. Poco después, asumiría un rol protagónico en la trama revolucionaria aprista que se empezaba a armar con el apoyo del general Juan Domingo Perón.

La conspiración aprista con Perón

El grupo aprista radicado en Buenos Aires había establecido relaciones con el gobierno de Juan Domingo Perón, buscando su apoyo para realizar una revolución contra Odría y así rescatar a Haya de la Torre de su cautiverio. Siguiendo las tradiciones conspirativas del aprismo, se trataba de promover un levantamiento militar, encabezado por un general amigo del partido, al que, llegado el momento, le brindarían apoyo brigadas de militantes apristas. Era un proyecto de vastas dimensiones, según la versión de Villanueva del Campo, que se autodefine como la persona clave de un movimiento revolucionario que comprometía a Perón, al presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro, «a un numeroso grupo de militares peruanos y a la juventud aprista» (V del C 2004: 469).

Existían vínculos entre los apristas y personajes del entorno de Perón. José Barsallo Burga, un militante aprista, tenía inclusive relaciones personales con el general argentino. A fines de noviembre de 1952 los más importantes dirigentes apristas en el exilio se reunieron en Buenos Aires para conversar con el general.

Según Villanueva del Campo, en la conspiración de Buenos Aires participaban Manuel y Juan Seoane, Luis Alberto Sánchez, Luis Barrios y él. Como se ha señalado en otra parte, el enfrentamiento de Perón con los norteamericanos le había ganado las simpatías entre varios de los apristas exiliados, aunque este sentimiento no era compartido por Luis Alberto Sánchez. Durante los últimos días de noviembre de 1952 llegaron a Buenos Aires los conjurados con el objetivo de reunirse con el presidente argentino. La cita con Perón había sido arreglada desde Bolivia, a través de Paz Estenssoro, con la participación del comandante Silveira Casares, un militar peronista a quien recurría Perón para manejar esa clase de asuntos extraoficiales.

Aunque Luis Alberto Sánchez llegó a Buenos Aires el mismo día de la cita, decidió no asistir a la reunión. Según Villanueva del Campo, solo después ellos se enteraron de que Víctor Raúl no veía con buenos ojos el proyecto: «Seguía encerrado en la embajada de Colombia y no podía conocer los alcances del movimiento. Sánchez se había enterado de la actitud de Víctor Raúl y se abstuvo de asistir» (V del C 2004: 463). Sánchez ratifica que faltó deliberadamente a la cita. En su *Testimonio personal*, publicado en 1969, narra que cuando Luis Barrios le

propuso que se reunieran con Perón, le respondió «en forma un tanto sibilina». No quiso participar de la reunión y así se lo hizo saber a Armando Villanueva del Campo y a Seoane, con quienes conversó: «les expresé mi punto de vista profundamente escéptico respecto a lo tratado, y partí a Chile» (LAS 1987: 188). Sánchez subraya también sus discrepancias con la decisión de Seoane de establecer relaciones con Perón y sostiene que Villanueva respaldaba sus reservas: «Armando Villanueva, que acababa de salir de la Penitenciaría de Lima, después de cuatro años de injustificada carcelería, fue de mi opinión, aunque él también, encandilado por el ansia de ver libre a Víctor Raúl y por las habladurías peronescas al respecto, él también se había dejado tentar por una posible ayuda de Perón, el Mussolini gauchesco. De toda suerte, buen aprista y político cauto, a pesar de su vehemencia y juventud, prefirió ver y esperar» (LAS 1987: 190). Esta versión es desmentida por la afirmación de Villanueva de que él fue el responsable principal de la conspiración con Perón.

La versión que Sánchez consignó en el momento de los hechos es distinta a la que ofreció dos décadas después en su *Testimonio personal.* En una carta enviada a Haya de la Torre el 7 de marzo de 1953, Sánchez concuerda más bien con Villanueva del Campo y justifica su ausencia en la reunión con Perón atribuyéndola a una descoordinación provocada por la gente del entorno del general argentino, que provocó que él tuviera que partir de Buenos Aires antes de que la reunión se realizara: «Hasta el momento de salir no había seguridad de la entrevista. Además expresé que no hacía falta mi presencia, pues quedaba el asunto "en muy buenas manos"» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 58). Sánchez escribió a Haya que opinaba que debía continuarse la gestión iniciada, comunicarla a los organismos de dirección y esperar su pronunciamiento, subrayar su posición doctrinaria, confiar al CC la continuación de las gestiones, e «incitar a que de parte de nuestro presente interlocutor se den pasos positivos que demuestren su "simpatía", especialmente sobre el caso Haya de la Torre» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 60-61). Lo que es exacto es que expresó sus reservas con relación a Perón: «El Sr. Perón empezó apoyando al Sr. Odría. Su desengaño es fruto del desarrollo (de) aquel contubernio, en que el señor Odría prefirió el apoyo del capitalismo norteamericano al del Sr. Perón. Si bien es cierto que debemos aprovechar de esta circunstancia, no debemos olvidar su calidad de "circunstancia", que no compromete el fondo mismo de nuestra doctrina» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 60-61).

Algunos exiliados apristas tenían relaciones en los círculos de poder bolivianos. Luis Barrios había actuado de mensajero apoyando a los líderes del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) boliviano, Hernán Siles Suazo y Paz Estenssoro, transportando su correspondencia internacional mientras

estuvieron proscritos. Llegado el MNR al poder, los dirigentes bolivianos se mostraron muy receptivos con los exilados apristas. Paz Estenssoro llegó a ofrecer el territorio de Bolivia como base para que los revolucionarios apristas se entrenaran y emprendieran la invasión contra el Perú para derrocar al régimen de Odría, personaje de quien el mandatario boliviano desconfiaba profundamente (V del C 2004).

Manuel Seoane había radicado anteriormente en Buenos Aires y tenía allí muy buenos contactos, lo que facilitó la relación con Perón. La reunión establecida se realizó en la casa presidencial. Perón halagó a sus invitados afirmando que el libro de Haya *El antimperialismo y el Apra*, «había sido su libro de cabecera», pero a continuación expresó su desagrado por unas declaraciones que Haya de la Torre había formulado sobre el embajador norteamericano Spruille Braden —que para Perón era la encarnación del odiado imperialismo norteamericano— antes de recluirse en la embajada de Colombia. Como se ha señalado, Perón estaba enfrentado con los Estados Unidos por su política de nacionalizaciones y los norteamericanos le habían impuesto un embargo petrolero. Luego, estos consiguieron que Odría se negara a venderle el petróleo que los argentinos necesitaban para levantar su primera cosecha después de varios años de sequía. Aparentemente, esta era la razón de fondo del apoyo que Perón estaba dispuesto a otorgar a un movimiento revolucionario aprista contra el dictador peruano. Los apristas querían un apoyo material para llevar adelante una invasión al Perú, bajo la conducción del general Juan de Dios Cuadros, un militar que había conspirado con el Apra en 1948 (Villanueva 1973a) y se encontraba asilado en el Ecuador, donde se reunió con Armando Villanueva, quien iba camino a Santiago.

La posibilidad de una revolución contra Odría gozaba también de apoyo en Bolivia, donde los contactos con los principales dirigentes del Movimiento Nacionalista Revolucionario —llegado al poder como consecuencia del triunfo de la revolución campesina el año anterior— les abría muchas puertas, entre ellas el contacto con Perón. «Paz Estenssoro estaba directamente conectado con Perón. El MNR y el peronismo tenían una vinculación muy estrecha. Por ahí se generó la simpatía hacia un movimiento revolucionario aprista contra Odría. Paz Estenssoro puso su territorio a disposición de los jóvenes apristas que volvían a su país clandestinamente. Y fue Paz Estenssoro quien pidió a Perón que nos recibiera» (V del C 2004: 464).

Manuel Seoane le explicó a Perón lo que significaría para América Latina una victoria revolucionaria aprista y este asintió sin dificultad a lo que le propusieron los apristas. «Me digo, ahora [anota Armando Villanueva del Campo], cincuenta años después, que Perón tal vez nos miraba como a unos ilusos. Él quería

petróleo y nada más. Nos preguntó quién sería el jefe. Recuerdo que comparó a los militares con los pescados, porque se pudren por la cabeza. Y luego agregó: "Un general no abandona ni entrega el poder. En este caso, hay que liquidar al general"» (V del C 2004: 465). Armando Villanueva del Campo rescata para sí la directa responsabilidad en la conducción del movimiento: «¿Quién podía imaginarme como la persona clave de un movimiento que comprometía a Perón, a Paz Estenssoro, a un numeroso grupo de militares peruanos y a la juventud aprista?» (V del C 2004: 469).

Perón entraba en la última fase de su gobierno. Propuso a los terratenientes una reforma agraria que desencadenó los complots que culminaron con su derrocamiento. A pesar de todo, cumplió con su promesa de ayudar a los apristas en su aventura revolucionaria. Villanueva del Campo reconoce que los preparativos revolucionarios en los cuales estaban embarcados proseguían sin contar con la aprobación de Haya, a quien no tenían cómo avisarle acerca de su proyecto.

Para la realización del alzamiento los conjurados convocaron al general Cuadros a Buenos Aires. Este viajó desde Ecuador vía La Habana, para despistar. Cuando llegó a la capital porteña lo esperaba el presidente argentino: «Perón lo recibió de inmediato. Sostuvieron una larga reunión a solas, los dos generales. Tenían su propio idioma aún para conspirar. El movimiento avanzaba, no solo por la anuencia de Perón sino por el lado boliviano» (V del C 2004: 469).

El plan revolucionario contemplaba la participación de apristas desterrados provenientes de varios países del continente. De hecho, volvería a alimentar la ilusión, entre los jóvenes apristas, de que el partido estaba realmente decidido a hacer la revolución:

> En Bolivia, cincuenta jóvenes desterrados —que estábamos dispersos por América Latina— nos encontraríamos en un secreto campamento de entrenamiento militar. De México y Centro América llegarían diez. Diez de Colombia y Venezuela, que aportaba tres ingenieros. Treinta escogidos de Chile y Argentina. Desde luego que los reclutas no sabrían nada hasta llegar a Bolivia. El Movimiento Nacional[ista] Revolucionario, MNR boliviano, correría con los gastos del campamento y manutención de los convocados, así como de los instructores. Perón había provisto a Bolivia de armamento corto muy avanzado entonces y contaríamos con un centenar de armas entre fusiles automáticos, ametralladoras medianas y explosivos. El compromiso adquirido por el General Cuadros con Perón y Paz Estenssoro implicaba que avanzados los trabajos de preparación, él se pondría al frente del equipo para ingresar a Puno, a donde se enviarían previamente enlaces para secundar la acción con el movimiento campesino (V del C 2004: 469-470).

Villanueva del Campo se reunió tres veces con Perón para coordinar las acciones. El general argentino se ganó su abierta admiración: «Me llamaba la atención su capacidad para organizar. No solo sabía gobernar, era un experto en movimientos revolucionarios y en temas militares. Tenía un enorme sentido práctico de la vida» (V del C 2004: 470).

¿Cuál era la posición de Haya de la Torre respecto a la conspiración con Perón? Aparentemente fue informado y envió una carta a Luis Alberto Sánchez pronunciándose al respecto, en lo que para Sánchez era el aval a la posición que él había sostenido, de desconfianza con relación a la aventura revolucionaria que estaba por comenzar:

> [...] dieciséis páginas a un espacio, apretadas, en la cual [Haya] se pronunciaba sobre las propuestas que le habían llegado incitándole a autorizar un pacto con Perón. Esa carta, de veras histórica, empezaba diciendo que él se había negado a escuchar a un alto funcionario argentino que fue a la embajada de Colombia en Lima para proponerle algo parecido; señalaba sus dudas acerca de la eficacia de un convenio cualquiera con cualquier dictador, ya que éstos suelen realizar su voluntad según les parece […] y subrayaba que él, dado su aislamiento, se limitaba a expresar su criterio sin que eso significara que se alzaría contra cualquier acuerdo que, por medios democráticos, adoptase el partido (LAS 1987: 192).

Sánchez mecanografió la carta de Haya y la hizo circular entre los dirigentes del partido en el exilio, lo cual luego fue motivo de conflictos[6].

La fragilidad del proyecto revolucionario era grande, y esto se hizo evidente cuando un simple error acabó con toda la conjura. Según explica Villanueva del Campo, el plan tan laboriosamente urdido se vino abajo debido a una indiscreción. Perón viajó a Santiago, retribuyendo una visita que anteriormente le hiciera el presidente Ibáñez, y Manuel Seoane decidió aprovechar la oportunidad para propiciar una reunión entre el presidente argentino y los conjurados. La oportunidad debía ser aprovechada para reafirmar los lazos que los unían[7]. Pero un periodista aprista filtró la información de la reunión y esta se convirtió en noticia de primera plana, poniendo en crisis la relación tan trabajosamente armada:

---

[6] La crítica fue que, al hacerla circular, Sánchez había divulgado información interna delicada. De hecho contenía elementos que bien podían calificarse de indiscretos. Véase más adelante la denuncia de Barrios contra Haya, de actuar con motivaciones crematísticas al evaluar si apoyaba o no la conspiración con Perón.

[7] Luis Alberto Sánchez se oponía a esta iniciativa por considerar que la recepción brindada a un dictador perjudicaba la imagen democrática del Apra. Sus compañeros no le informaron, entonces, de la iniciativa, a pesar de que ejercía un rol de dirección entre los exiliados en Chile (LAS 1987: vol. 3, 189-190).

«Tan pronto apareció, la embajada peruana informó por cable a la Cancillería en Lima. Odría sacó rápidamente sus cuentas. Estaba en deuda con Perón. Y decidió saldarla» (V del C 2004: 469-470)[8]. Odría dispuso que se vendiera el petróleo a Argentina. Aparentemente, una vez que Perón solucionó su problema de abastecimiento de combustible, la aventura insurreccional perdió interés para él. Los peronistas siguieron tratando a los apristas con cordialidad, pero se acabó su apoyo.

Villanueva no lo dice, pero, como se verá más adelante, el factor decisivo para la frustración del proyecto de invadir el Perú para hacer una revolución fue la desautorización de la empresa por Haya de la Torre a su salida de la embajada de Colombia, luego de que el gobierno de Odría se viera forzado a darle el salvoconducto para abandonar el país debido a la presión internacional.

Tras un sonado juicio, la Corte Internacional de La Haya falló a favor de Haya de la Torre, desestimando el argumento del gobierno de Odría, que pretendía ponerlo en prisión acusándolo de delitos comunes[9]. Finalmente, Odría se vio obligado a darle un salvoconducto para salir del país. Se realizó la pantomima legal de «expulsarlo», se le quitó la nacionalidad y se puso en su pasaporte un sello que decía: «Indigno de ostentar la nacionalidad peruana». Generosamente, el gobierno de Uruguay le extendió un pasaporte para que pudiera movilizarse por el mundo. Haya salió del Perú el 7 de abril de 1954 deportado a México (LAS 1985: 404). Había permanecido en cautiverio en la embajada de Colombia durante cinco años y medio y no retornaría al Perú sino, muy brevemente, en 1957, cuando el Apra cogobernaba con Manuel Prado. Luego volvió a irse y permaneció la mayor parte del tiempo viviendo fuera, sobre todo en Europa, hasta 1970, viniendo al Perú por unas escasas semanas al año, o a lo más por algunos meses, especialmente cuando le tocó ser candidato presidencial del Apra, en 1962 y 1963. Es notable que no se haya reparado que entre 1949 y 1970 Haya de la Torre vivió virtualmente fuera del Perú: los primeros cinco años confinado en la embajada colombiana y los diecisiete años siguientes radicando en Europa. El aparato partidario aprista se encargó de mantenerlo como un personaje vigente, a pesar de que viniera al Perú solo por cortas temporadas, habitualmente para festejar su cumpleaños.

Al salir de su cautiverio Haya adoptó inicialmente un discurso radical. En una entrevista realizada en San Miguel de Allende, México, en mayo de 1954,

---

[8] Quien cometió la infidencia fue Alberto Valencia (Chanduví 1988: 486). Villanueva lo califica por este hecho de «imbécil» (V del C 2004: 490).

[9] La acusación de la dictadura contra Haya de la Torre había sido tan mal planteada que ni siquiera se le había acusado formalmente ante el Poder Judicial peruano. Para ver versiones a favor y en contra véase: Alva Castro 1989 y Miró Quesada Laos 1959.

sostuvo que el Perú vivía una fase pre-revolucionaria, que constituía el comienzo del fin de la oligarquía que dominaba al país: «cuando llegue el momento oportuno, atravesaré las fronteras de mi país para, al frente del ejército de la libertad, derrumbar a la dictadura militar que sofoca, oprime y humilla a mi pueblo, causando desaliento en la juventud peruana con el ansia de destruir las energías de las masas». Aparentemente, su salida al exilio no constituía otra cosa que el preludio de una ofensiva revolucionaria que debía emprender contra la tiranía que lo había mantenido prisionero: «La libertad para mí apenas significa una nueva etapa de la lucha que hace treinta años llevo contra los opresores de las libertades y de los derechos humanos» (Aguiar 1954). Sin embargo, cuando encontró que los preparativos militares para la insurrección contra Odría estaban en marcha desautorizó el proyecto, condenándolo al fracaso.

Esta intentona revolucionaria tuvo pues un final semejante a las otras realizadas durante la historia del Apra: bases radicalizadas que se lanzan a la acción, que son desautorizadas luego por la dirección, con un elevado costo político y personal para los militantes comprometidos en la aventura.

Perdido el apoyo de Perón, el movimiento se extinguió, por lo menos en la fase que comprometía la frontera sur del Perú. En el norte, las cosas sucedieron de una manera diferente. Armando Villanueva del Campo no menciona ningún intento de seguir adelante con el plan por iniciativa aprista, ni de buscar otro apoyo para remplazar al que inicialmente les prometió el caudillo argentino. Pero la intentona no se saldó sin un costo social para los jóvenes apristas implicados. Poco después, el mismo Perón tuvo que afrontar problemas internos en Argentina, que terminaron con su derrocamiento. Haya de la Torre aplaudió su caída.

La otra mirada

La versión de Luis Alberto Sánchez sobre estos hechos es muy diferente y revela la magnitud de la desconfianza que existía entre los apristas desterrados. El testimonio de Villanueva del Campo ha sido elaborado medio siglo después de los acontecimientos que narra, pero en el caso de Sánchez se dispone de las cartas que él intercambió con Haya mientras sucedían los hechos. Esto permite analizar la situación como una coyuntura abierta, situándose en la perspectiva de los protagonistas, sin ese «saber retrospectivo» que se tiene al analizar un hecho pasado, que con frecuencia suele llevar a cometer anacronismos en el análisis.

Iniciada la persecución que Odría emprendió contra los apristas, Luis Alberto Sánchez se asiló en la embajada del Uruguay, el 29 de noviembre de 1948, y partió luego hacia el exilio. Recaló brevemente en Paraguay, Guatemala y Cuba y luego dictó conferencias en la Universidad de Columbia en Nueva York.

Se estableció finalmente como catedrático invitado en la Universidad de Puerto Rico, una opción que desagradaba a sus compañeros apristas, pues reprobaban su amistad con Luis Muñoz Marín, el gobernador de la isla, que representaba para ellos la más acabada expresión del entreguismo ante el imperialismo yanqui. Desde el inicio, Sánchez buscó establecer una comunicación con Haya de la Torre y el 3 de agosto de 1949 le envió una carta desde Guatemala, en la que le reprochaba la táctica insurreccional que había alentado durante los años anteriores.

En una carta enviada después desde Puerto Rico, el 8 de setiembre de 1949, reiteró su desconfianza con relación a sus compañeros apristas: «No siempre es posible trabajar en equipo, aunque se quiera. Por ejemplo, cuando hay una racha de sabihondos que auguran todo lo que pasó con crudeza y resultan "víctimas" sin haber perdido nada, no entro. Es imposible [...] Creo que la terca realidad ha hecho lo suyo. No creo, sí, que el Partido sea hoy diez veces más fuerte que en 1948, pero, sí, creo que se han clarificado muchas cosas internas y externas, y que, por gravitación, la oposición tendrá que centrarse en nosotros» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 457). El comentario a la situación del partido es una respuesta a la optimista evaluación de Haya de la Torre sobre la fortaleza del Apra, luego de la derrota.

Al año siguiente, Sánchez viajó a Chile, donde se encontraba Manuel Seoane, quien encabezaba la posición crítica a la posición de Haya. Sánchez pudo constatar que los exiliados apristas estaban convencidos de que el gobierno de Odría no permitiría la salida de Haya. Sánchez sentía una profunda antipatía por Perón y evaluaba que el caudillo argentino trataba de ganarse la voluntad de los apristas desterrados y penetrar en los sindicatos latinoamericanos utilizando a un obrero ex aprista —Tomas Piélago—, promotor de la Asociación de Trabajadores Latinoamericanos Socializados (ATLAS). Parece claro que desde el comienzo Sánchez vio también con malos ojos las iniciativas revolucionarias en que se encontraban embarcados los otros exiliados apristas. Le preocupaba particularmente que intervinieran en ellas Luis Barrios y Manuel Seoane.

La desconfianza entre los líderes del Apra en el exilio tenía una base bastante más profunda que las solas diferencias de estilo personal. En realidad, existían profundas contradicciones entre la línea política que Sánchez defendía, conservadora y abiertamente pronorteamericana, y la que desarrollaban los exiliados radicados en Argentina y México. Aparte de un punto de partida distinto al de Sánchez, posiblemente influyó en la evolución de unos y otros el medio social y político al que se habían incorporado. Sánchez era amigo de dirigentes políticos conservadores como el ex presidente de Paraguay Natalicio González, simpatizaba abiertamente con los Estados Unidos, país donde dictó clases y conferencias

en distintas universidades e institutos[10] y frecuentaba a políticos que estaban entre los más abiertamente alineados con la potencia del norte, como el gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, a quien dedica encendidos elogios en su *Testimonio personal* (LAS 1987)[11]. No es de extrañar que sus posiciones no fueran bien vistas por los otros dirigentes, y que Sánchez correspondiera a sus correligionarios con una gran desconfianza. Sánchez insistiría una y otra vez en sus cartas en denunciar la existencia de un complot contra Haya de la Torre, concertado por los exiliados apristas desde México y Buenos Aires.

Una cuestión llamativa, que ha sido señalada por los propios apristas que estuvieron en el exilio, es la radicalización de Manuel Seoane. Este había sido identificado tradicionalmente con las posiciones derechistas dentro del Apra, pero en el debate de mediados de los cincuenta encabezó la posición más radical. Esto le llevaría a un enfrentamiento abierto con Haya de la Torre que influiría decisivamente en su eclipsamiento posterior y que en los hechos lo sacó del rol expectante que mantenía hasta entonces, cuando se le consideraba como el más probable sucesor de Haya de la Torre.

Luis Alberto Sánchez se oponía radicalmente al proyecto revolucionario gestado en la Argentina. En su *Testimonio personal*, afirma que el grupo de Buenos Aires «propaló la especie de que el Apra había abandonado sus "ideas germinales"; que Haya no saldría vivo de su asilo; que Perón encarnaba el auténtico antimperialismo latinoamericano, y que, por consiguiente, apoyar a Perón equivalía a reforzar al antimperialismo aprista y, por ende, contribuir a liberar a Haya, una vez triunfante aquella "revolución"» (LAS 1987: 205-206). Para Sánchez, buscar el apoyo de Perón era ser desleales con el «liderazgo natural» de Haya en el antiimperialismo. Sánchez narra una conversación con Luis Heysen —otro dirigente aprista en el exilio— en Puerto Rico: «Le dije a Heysen: "a mí me parece que si alguien no tiene interés en que Haya no salga de su secuestro, es Perón, porque ya que dice perseguir fines análogos a los de Haya en cuanto al continente,

[10] Solo entre 1941 y 1944, durante su anterior exilio, Sánchez fue invitado de la Biblioteca del Congreso, fue profesor visitante de la Universidad de Columbia, del Michigan State College y conferencista en las universidades de Pennsilvania, Washington, Oklahoma, San Francisco y Tennessee, aparte de trabajar como revisor y redactor de guiones de películas para la Metro Goldwyn Mayer.

[11] En una carta circular del 28 de julio de 1953, Armando Villanueva, rechazando que los acusaran de peronistas por recabar el apoyo de Perón para su proyecto revolucionario, escribía que sería tan torpe suponerlos peronistas «como suponer una línea pro Muñoz Marinista porque un conocido compañero visitó varias veces al testaferro [de los EE.UU.] Muñoz Marín» (Villanueva 1973a: 222). Se refería, evidentemente, a Luis Alberto Sánchez, quien, en su *Testimonio personal*, luego de destacar ampliamente las bondades del gobierno portorriqueño, concluye: «don Luis [Muñoz Marín] ha sido y es un personaje fabuloso» (LAS 1987: 133).

¿para qué va a poner en circulación al único hombre que le puede quemar la película?". Heysen asintió» (LAS 1987: 188; el énfasis es original del autor). Sánchez se presenta a sí mismo como el adalid de la lealtad al jefe, mientras sus opositores, según los describe, actuaban guiados por ambiciones de poder. Por cierto, Haya, después de su viraje ideológico, no estaba más en condiciones de «quemarle la película» a nadie, en lo que al antiimperialismo se refiere.

Los problemas entre los apristas fueron agravados por el aislamiento en que se encontraba Haya de la Torre. Durante los primeros años en la embajada de Colombia sus comunicaciones con sus compañeros exiliados fueron más bien precarias. Por otra parte, Sánchez había salido al exilio sin contar, virtualmente, con ninguna relación orgánica con el partido. Su situación no era tan particular. La represión odriísta tomó por sorpresa a la militancia aprista y fueron muchos los que salieron al exilio por su propia cuenta; entre ellos, algunos dirigentes de primera línea. Las contradicciones en el partido, que ya existían desde antes, se agudizaron a raíz del fracaso de levantamiento de 1948, alimentando las suspicacias. Sánchez se sentía aislado por quienes discrepaban con él, pero tenía la ventaja sobre ellos de que disponía de su propio canal de comunicación con Haya de la Torre.

Los exiliados trataban de contar con el apoyo de Víctor Raúl para legitimar sus propias posiciones. La posición de Sánchez era eminentemente conservadora y teñida de un visceral anticomunismo. A lo largo de los cinco volúmenes de su testimonio, quienes desfilan por sus páginas son clasificados de acuerdo a los ortodoxos cánones de la Guerra Fría: o del bando norteamericano, el «mundo libre»; o del de los «rojos», «rábanos», comunistas. Para Sánchez, el comunismo amenazaba con infiltrar al partido. Desconfiaba particularmente del grupo que se había establecido en Buenos Aires y de la influencia que ejercía sobre este el intelectual trotskista Silvio Frondizi: «dícenme que en Baires [comenta en una carta dirigida a Haya] los cc. han contratado gratis *et amore*, pienso, a Silvio Frondizi, socialrabánico, quien los alecciona en los principios del socialismo científico, de suerte que ya Barrios respira marxismo congelado y no dice nada sin citar a Marx-Engels-Lenín-Stalin-Malenkov. Todo progresa, a Dios gracias» (LAS 1987: vol. 2, 171)[12].

En una carta que Luis Alberto Sánchez envió a Haya, el 21 de abril de 1954, es muy expresivo en su mala disposición con relación a los exiliados de Chile: «Estos

---

[12] La valoración que hace Armando Villanueva de Frondizi, al que declara haber admirado por su erudición en el marxismo y de quien dice haber discrepado, es radicalmente distinta: «Silvio fue un humanista y, sobre todo, un hombre bueno. Frecuentemente la bondad se confunde con tontería, cuando es la máxima virtud del cristianismo. [...] A este hombre, comunista y cristiano, las bestias del militarismo argentino, le cortaron la lengua y los testículos» (V del C 2004: 476-477).

dieciséis meses santiaguinos, junto a ciertos hedores pocilguescos, de horribles chancros megalomaníacos, han sido bien usados». Para entonces la conjura impulsada por Armando Villanueva del Campo con el apoyo de Perón había naufragado y Sánchez se congratulaba del fracaso de la intentona revolucionaria, que daba la razón a la desconfianza que él había manifestado desde el comienzo:

> [...] para ocultar un fracaso visible desde el primer momento, se apeló a causas "históricas", a razones "doctrinales" como si no fuese una la de someterse a una dictadura gansteril, militarista y mentirosa, aliada de Zenón [Noriega, el ministro de gobierno de Odría, N.M.] [...] Ha sido realmente desolador ver jugar a los apetitos cuando no había qué comer, y a las posiciones cuando no había ninguna [...] y como yo no entiendo de las ideas germinales *up to* 1952, ni de la política dinámica (montarse en cualquier penca que se mueva), ni de novoaprismo (viejorrabanismo), ni padezco de canibalismo selectivo (vulgo: comeyanqui) sino que me interesa el Perú ante todo, como fuente de poder y de irradiación, y soy fiel a lo que los congresos del Pap deciden, pues, la emprendieron contra mis huesos, no muy sólidos ya, aunque resistentes (LAS 1987: 170-171).

Sánchez no sentía tampoco ninguna simpatía por los exiliados establecidos en México, donde se vivía un proceso de radicalización que llevaría a varios militantes a la ruptura con el partido.

En Argentina imperaba un ambiente de abierta confrontación con los Estados Unidos. El general Perón tenía un encendido discurso antiimperialista. Para los apristas en el exilio, que consideraban que el antiimperialismo era la razón de existir del Apra, semejante discurso tenía que ser muy seductor.

Para la opinión pública norteamericana, embargada a inicios de los años cincuenta por la histeria marcartista, Haya de la Torre era un peligroso líder izquierdista radical, a pesar de las numerosas señales que había enviado tratando de tranquilizar a los norteamericanos, que llegaron hasta a la promesa de enviar a miles de jóvenes apristas a combatir junto con los Estados Unidos contra el comunismo en Corea. El *Time*, en la edición en que informaba acerca del final del cautiverio de Haya en la embajada de Colombia, lo definía como «el famoso líder de las masas indias del Perú». El Apra era caracterizado como un partido de izquierda y a Haya se le atribuía el mérito de ser «el organizador del único movimiento masivo indio de América Latina» (*Time* 1954)[13].

---

[13] La respetada revista norteamericana recordaba que Haya había sido acusado de «tramar una sangrienta revuelta en 1948». Para el *Time*, el porvenir político de Haya era una interrogante por resolver: «Los obstáculos en su sendero aparecen más grandes que en cualquier otro momento de su tormentosa carrera».

Para disipar todo equívoco, apenas Haya de la Torre abandonó su cautiverio, redactó un artículo para la revista *Life*, en que abandonaba abiertamente la posición antiimperialista y anticapitalista que había predicado hasta entonces: «Creo que la democracia y el capitalismo brindan la solución más segura a los problemas mundiales a pesar de que el capitalismo todavía tiene sus fallas. Pero también creo que esa democracia particular debe ser lo más representativa posible» (Valderrama 1980: 66). Su cambio de línea en un tema medular de la ideología aprista provocó una oleada de malestar que se extendió por todo el partido y que se expresó en la demanda de realizar un evento partidario para definir hacia dónde debía ir el Apra.

> Por todo esto [afirma Luis Alberto Sánchez] y por las polémicas internas durante los años 1951-54, apenas Haya de la Torre estuvo en condiciones de discutir personalmente los asuntos del Perú y del partido, lo instamos a promover una reunión de proscritos, la cual podría realizarse en México, Santiago o Montevideo. Después de madurar la idea, Víctor Raúl escogió Montevideo. A Montevideo partimos, como los creyentes a la Meca, numerosos desterrados apristas de Santiago, Buenos Aires, La Plata, Valparaíso, Concepción y La Paz. Estábamos a comienzos de junio de 1954 (LAS 1987: 202).

La hora de las definiciones. El debate de Montevideo

Los aspectos prácticos del viaje de Haya de la Torre a Montevideo fueron preparados por Ezequiel Ramírez Novoa, un exiliado aprista que había logrado cultivar buenas relaciones sociales, que llegaban hasta al presidente Battle Berres, y tenía una columna editorial en un importante diario uruguayo. Ramírez Novoa consiguió que el gobierno uruguayo invitara a Haya, y hasta logró una entrevista con el propio presidente. Tuvo también un importante papel en el viaje de Seoane a Montevideo:

> Yo fui a traer a Manolo que no quería venir. Pero lo llamé y vino. Cuando no llegaba Manolo comenzó a esparcirse la noticia de que Seoane había renunciado al Partido y que el Comité de Chile, donde estaba Manolo, estaba en reunión permanente. Todo esto lo zanjamos cuando hablé con Manolo y le dije que el propio Haya iría a recibirlo. Cuando Seoane llegó al aeropuerto Haya no estaba y Seoane se disgustó conmigo, pensó que lo había engañado. Pero en la noche se juntaron (Cristóbal 1985: 134).

Para la reunión de Montevideo, Manuel Seoane y Luis Barrios prepararon una extensa carta dirigida a Haya de la Torre, en que ventilaban sus discrepancias con las posiciones que este venía adoptando a nombre del partido. Había una gran tensión, además la amenaza de una ruptura flotaba en el aire.

> La reunión de Montevideo tuvo ribetes dramáticos. El compañero Morón Aillón había recibido, de manos de Seoane y Barrios, para entregarlo a Víctor, un sobre cerrado, pero el contenido del sobre fue previamente puesto en circulación entre los Comités de Buenos Aires, Caracas, México. Se trataba de una carta de dieciocho o veinte páginas que, en parte, publicó un diario de Chile, entregada por quién sabe quién; en esa carta se discutía con cierta juvenil arrogancia, la doctrina del Apra, y se hablaba con insistencia de las "ideas germinales", como si se las hubiese cambiado. Cuando Haya supo que la carta estaba ya circulando, se negó a recibir el sobre: "No puedo aceptar una comunicación dirigida a mí, pero que ha sido dada a conocer públicamente a otros antes que a su destinatario" (LAS 1987: 202- 203)[14].

Sánchez ha testimoniado el dolor que provocó a Haya la rebelión de Seoane; uno de sus discípulos más cercanos: «Se le veía atormentado. Le tenía auténtico cariño a Manolo, y le dolía más que todo en el mundo, su renuencia. Además, ¡cómo no sentir tristeza ante la posibilidad de que a él, el combatiente indoblegable, el creador de nuestra doctrina, pudiese alguien, salido de sus costillas, reprocharle un titubeo que jamás habría tenido, ajeno como era (y es) a la tentación de intereses materiales!» (LAS 1987: 203)[15].

La carta que Seoane y Barrios enviaron a Haya aborda múltiples temas y en los hechos constituye un balance crítico de la historia del partido, con la exigencia de retornar a la posición radical de los inicios. En ella, defendían las gestiones que habían realizado con Perón, e invocaban como aval a su posición el respaldo que tenía el peronismo entre las bases apristas:

> El brote espontáneo de la casi unanimidad de cc. respecto al régimen argentino traduce un estado de ánimo generalizado. En la tabla de valores del aprismo, pesan decisivamente aquellos que representan una firme posición antiimperialista, una clara vocación hacia la unidad indoamericana, y una orientación de justicia social en lo interno [...] Todos, o casi todos, quieren una acción enérgica y resuelta, que salve la causa popular y la revolución, sin trepidar en medios. Por eso, frente al peronismo valoran su posición internacional, antiimperialista y unionista, y colocan en su justo lugar los problemas internos de subsistencia política [...] Somos políticos revolucionarios. Y mencionamos estos hechos, que explican nuestra actitud, porque deseamos

[14] La carta fue publicada parcialmente en la revista *Vistazo*, Santiago de Chile, el 24 de agosto de 1954 (Hernández Urbina 1956: 71). En la sección siguiente nos basamos en la versión completa, que fue publicada por el mayor Víctor Villanueva como anexo a su libro dedicado al análisis del desastre del 3 de octubre de 1948 (Villanueva 1973a: 203-228).

[15] Ni Seoane ni nadie planteó jamás que el cambio de línea de Haya tuviera como motivación «intereses materiales», como Sánchez insinúa.

> aprovechar la coyuntura para que Ud. conozca cuál es el estado de ánimo de la mayoría de los compañeros (Villanueva 1973a).

Abordaban a continuación el tema de la solidaridad con los países agredidos por el imperialismo y la necesidad de que el Apra adoptara una posición coherente al respecto:

> El razonamiento es sencillo y claro. Si nosotros luchamos de veras por la unidad indoamericana, no podemos permanecer indiferentes cuando uno o más gobiernos propenden a fomentarla o realizarla. Si nosotros conocemos de cerca cómo hay que tratar a la oligarquía y al imperialismo, debemos ser comprensivos con quienes luchan con los mismos enemigos. Si aplaudimos abiertamente a la revolución boliviana, o a la guatemalteca; no podemos tener distinta vara para juzgar el caso argentino (Villanueva 1973a: 222-224)[16].

Lo que Seoane y Barrios buscaban, en buena cuenta, era que Haya de la Torre tomara una posición favorable al acercamiento que ellos habían propiciado con el peronismo. La posición de Haya sobre el tema fue muy equívoca, según se desprende del relato que hizo Luis Barrios, en una carta enviada el 13 de diciembre de 1955, desde Santiago, a Nicanor Mujica Álvarez Calderón, un dirigente aprista exiliado en Centroamérica. Barrios sostiene que Haya subordinaba su respaldo a la relación que los apristas de Buenos Aires habían entablado con Perón al monto del apoyo económico que este estaría dispuesto a otorgar: «para tu capote te diré que VR escribió una carta, que estúpidamente LAS [Luis Alberto Sánchez] circuló, en la que [Haya] subordina el problema a la cantidad de dinero que diera el capo» (Chanduví 1988: 543). En la misma carta Barrios acusa a Haya de haber actuado deslealmente con los compañeros que conjuraban contra Odría junto con Perón, motivados por la voluntad de liberarlo de su cautiverio en la embajada colombiana:

> Esto de por sí es muy serio pero mucho más lo es el hecho cierto, porque el propio Viejo lo declaró en Montevideo a la prensa, de que cuando el Embajador argentino en Lima le mandó decir, después de nuestra visita a Perón en Santiago, que ya eran amigos, etc., V[íctor] R[aúl] le contestó con el intermediario que nunca había sido y que jamás lo serían, y que esperaba obtener su libertad para denunciar al régimen que representaba. Sin embargo, después escribió la carta de contenido crematístico, y otros, entre ellos yo, seguíamos en Baires haciendo gestiones que jamás podrían lograr éxito, porque el gobierno [argentino] sabía que estábamos desautorizados. A tal punto que un día Armando y yo fuimos llamados a Casa Rosada e interrogados por los

[16] Apenas semanas después Haya de la Torre daría su entusiasta respaldo al golpe de Estado montado por la CIA para derrocar al presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz.

> dos altos funcionarios que nos servían de nexos, sobre el parecer de VR sobre el particular. Como unos cretinos al unísono respondimos: "está de pleno acuerdo"; cuando ya ellos conocían la opinión del Jefe directa y de primera mano. Todo esto no es leal ni serio (Chanduví 1988: 543).

¿Por qué razón enviaron Seoane y Barrios una carta a Haya que casi lleva al Apra a la ruptura? Según Barrios, su reacción fue una respuesta a la deslealtad de Haya en las relaciones con Perón: «este proceder me dio rabia y pena. Fue el motivo principal que me empujó a tomar la actitud que tomé con Manolo a raíz de la salida de VR, que felizmente terminó con la paz de Montevideo» (Chanduví 1988: 543).

Héctor Cordero tiene otra percepción de los hechos. Para él, Seoane apoyaba al sector radicalizado del Apra no porque compartiera realmente sus posiciones, sino como una manera de consolidar su propia fuerza al interior del partido: «nunca creí que Seoane llegase a una ruptura con el Apra, sino que el apoyo significaba un paso adelante frente al entreguismo cada vez más evidente de Haya» (Cristóbal 1985: 129). Esta falta de compromiso ideológico hacía que, al marchar a Montevideo, Seoane lo hiciera en una posición de debilidad.

> Seoane va a Montevideo prácticamente derrotado. Tuve oportunidad de ver al "cachorro" cuando pasa por Argentina rumbo a la entrevista. Solamente fuimos a verlo Alberto Hidalgo, Juscamaita y yo. En la entrevista nos dimos cuenta que Seoane no tenía la decisión para enfrentarse a Haya. Seoane sabía que la reunión era para sentenciarlo pues era el principal disidente. Se que Seoane llegó a Montevideo y Haya no lo recibió sino tres días después, lo cual ya reflejaba su posición. Como Haya tenía mayoría a Seoane le hicieron cierto vacío. Seoane entraba así a la reunión derrotado. Después de esa reunión se sacó un comunicado que se discutió en las bases apristas. Seoane aceptó la disciplina. Haya dijo algo así como: "(Seoane) ha aceptado la necesidad de una más amplia discusión y no la toma de decisiones personales" (ídem).

El resultado de la reunión de Montevideo, según el balance que hace Luis Alberto Sánchez en un libro publicado a pocos meses de realizado el evento, fue reafirmar la unidad del Apra en torno a Haya de la Torre y la completa derrota de «las provocaciones e hipotéticas escisiones de diverso tipo, especialmente las de origen y tendencia filocomunista, activamente acicateadas por individuos que salieron a supuesto destierro (*sic*) en connivencia con elementos policiacos, [que] quedaron totalmente desahuciadas y al descubierto» (LAS 1985: 409)[17].

---

[17] En ninguna oportunidad Sánchez se preocupó por fundamentar su acusación contra los disidentes de actuar en connivencia con la policía de Odría. En el prólogo a la tercera edición del

También para Héctor Cordero la «paz de Montevideo» fue la derrota total de Seoane y el fortalecimiento del «oficialismo» en el Apra. Con este resultado el camino para purgar a los radicales del aprismo quedó allanado:

> Recuerdo me encontré con Seoane en el aeropuerto [cuando se dirigía a Montevideo, N.M.]. Me dice: "¿Qué planteamientos quieres que haga presente?". Le digo: "La supresión de todos los procesos disciplinarios y la plena integración de todos los compañeros con plenitud de derechos". Ni eso logra Seoane, sino que se pronuncian por algo así como: "Serán revisados todos los procesos disciplinarios". Pero no dicen: "Se cortan los procesos", o algo parecido. O sea que la rendición de Seoane es total (Cristóbal 1985: 129-130).

Cordero reivindica su filiación marxista y precisa sus diferencias ideológicas con Seoane:

> A Seoane lo habíamos apoyado en su disidencia pero no estaba en la misma línea de nosotros. Lo que yo quería era tener plenitud de derechos en el Partido para continuar la lucha ideológica, puesto que los compañeros de Buenos Aires ya tenían una posición más definida. Como te dije, yo era marxista, sabía qué quería hacer, y el Apra era una posibilidad enorme para ello. Había grandes masas revolucionarias, con grandes experiencias de lucha. El oficialismo quería pararlas, distorsionarlas (Cristóbal 1985: 130).

A pesar de su triunfo, Haya no estaba contento al marcharse de Montevideo, y veía enemigos por todas partes: «En la noche de la despedida Haya comió con Seoane y la señora Elena. Cuando yo me despedí de Seoane, me dijo: "El jefe está contento, está contento". Después recuerdo que en algún momento Haya tuvo una frase muy fuerte contra Seoane y yo lo defendí, entonces el Jefe me dijo: "¡Tú eres seoanista!". No, le dije, yo soy generoso, y usted lo sabe. Haya, entonces, calló. Y esto era muy importante, porque Haya nunca callaba» (Cristóbal 1985: 134-135).

Años más tarde Seoane agradeció a Haya una carta que este le envió para hacerlo desistir de renunciar. Ensayó entonces una justificación de su posición en la polémica en Montevideo:

> Respecto a los hechos del país y del mundo, procuré interpretarlos y enfocarlos con mi mejor y más sincera intención, dentro de los cánones partidarios. Así surgieron los folletos que envié a tus manos[18]. A su propósito, algunos arguyeron que implicaban ideas comunistas, alzamiento contra las

libro citado, en 1985, se limita a decir: «La reunión de Montevideo unificó criterios y reafirmó la unidad doctrinaria del Partido» (Sánchez 1985: 409).

[18] Seoane Corrales 1952 y 1954.

> resoluciones de los Congresos del Partido, antiimperialismo infantil, y hasta menoscabo de tu autoridad... Siempre he mantenido la clara línea de frontera que nos separa del comunismo, pero evitando que esta actitud de combate se identifique y confunda, se mezcle y se alíe con la posición de los reaccionarios. Una cosa es combatir al comunismo por inapto y por inepto, y otra servir de defensores de un régimen que atacamos. Justamente nuestra lucha con los rábanos (comunistas) es porque ellos en el Perú son aliados de las tiranías. No se puede aceptar que nuestro claro, nuestro limpio .y terminante anticomunismo revolucionario, sirva de tarjeta de presentación para obtener granjerías y sonrisas de las derechas. O puestos y prebendas […] Tampoco hubo menoscabo a tu autoridad (Cossío del Pomar 1969: 311-312).

Esto no impidió que Seoane cayera en desgracia hasta sus últimos días.

Seoane y Barrios partían de supuestos profundamente erróneos con relación a la posición de Haya sobre temas medulares, como su valoración del régimen peronista. Haya de la Torre la explicitó públicamente poco después de abandonar la embajada de Colombia:

> [...] el justicialismo peronista no es más que una fantasía nazi-comunista, disimulada a través de una demagogia engañadora para satisfacer las ambiciones personales de un grupo dominante. No concibo una justicia social sin libertad y, mucho menos que encuentre cabida en América Latina una idea de despotismo, de tiranía, de militarismo y cuarteladas trasladadas a la vida institucional, repugna a la conciencia de los pueblos […] Perón esclaviza a su pueblo y, como un imitador de los dictadores europeos, procura unir a los países latinoamericanos sin respetar sus soberanías nacionales (Aguiar 1954).

El líder del Apra volvió sobre sus ataques luego de la caída de Perón, en unas declaraciones formuladas en Copenhague, en un foro de estudiantes, que fueron publicadas en la revista *Acción*, de Montevideo, el 8 de noviembre de 1955, cuando ya Perón había sido derrocado gracias a un golpe militar que contó con el apoyo norteamericano. Haya acusó al régimen peronista de haberse basado en

> [...] el terrorismo político y la demagogia social. La persecución del adversario, la ilegalización de los partidos democráticos, las calumnias propaladas contra sus líderes, presentados como delincuentes, la organización de una política implacable, que tortura o asesina alternativamente, la acción contra las universidades, la prensa, los sindicatos independientes […] el peronismo trasplantó los procedimientos seudorevolucionarios del nazismo, que también funcionó repartiendo espectaculares ventajas a ciertos núcleos obreros básicos, a condición de que se pusieran a su servicio... La caída del peronismo

> preludia el derrumbamiento de los demás dictadores de este continente (V del C 1973a: 222-224)[19].

La última insurrección. Los disidentes apristas de México y Centroamérica

México era otro punto de encuentro para los exiliados latinoamericanos provenientes de diversas experiencias revolucionarias y de quienes se preparaban para hacer la revolución en sus respectivos países. A su llegada a Guatemala, hasta el circunspecto Luis Alberto Sánchez terminó ganado por el ambiente insurreccional, aunque por un muy corto periodo: «En conexión con otros partidos políticos y grupos de desterrados, habíamos montado en Guatemala un aparato provisional para hacernos de armas» (Sánchez 1987: 132)[20]. Lo que más preocupaba a Sánchez era la radicalización de las bases apristas en el exilio, que eran profundamente críticas con relación a la dirección partidaria después del desastre de octubre de 1948. En una carta enviada a Haya desde Bolivia, el 10 de febrero de 1954, se refiere al avance de las posiciones disidentes en México:

> MVD [Manuel Vázquez Díaz] [...] me cuenta que allí ha fructificado un novoaprismo que sabotea la liberación del jefe, capitaneado por [Manuel] Scorza, Willy Carnero, [Luis] De la Puente, Jorge Raygada y Mario Puga y familia, a quienes conducen Genaro Carnero [...], Rivera, Paredes (la monja), Boado, [Juan Gonzalo] Rose, [Héctor] Cordero (el de L[a] T[ribuna] y Baires), G[arcía]-Vela, Tovar forman esta cáfila que pretende reincorporar a Valc[árcel] y Jibaja. Pretenden copar el CC., una macana estúpida que debiera morir en el día, porque sólo ha servido para que la usen dos personas a fin de cohonestar pasiones personales, no siempre limpias (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 157).

Sánchez advertía acerca de iniciativas políticas surgidas de algunos dirigentes apristas que pretendían exigir a Haya definiciones radicales que ratificaran el alineamiento del Apra con las fuerzas progresistas de América Latina: «Insisto: tú debes comunicarte con la gente de fuera directamente. A[rmando] V[illanueva]

---

[19] Villanueva del Campo sostiene que, a pesar de las discrepancias que tuvieron Haya y Perón, hacia el final de su vida llegó a desarrollarse una firme amistad entre ambos caudillos, cuando Perón radicaba exiliado en Madrid.

[20] Sobre las aventuras guerreras de Sánchez, véase su relato de su relación con la exótica «Legión de Caribe y del Quetzal» (Sánchez 1987: 137-152). Definitivamente no conspiraba junto con el Che Guevara, quien también radicaba en Guatemala y al que Sánchez trata con una evidente inquina, cuando afirma que se casó con Hilda Gadea siendo «un estudiante famélico en busca de quien le mantuviese sin trabajar» (LAS 1987: 131).

dice que espera comunicación "directa" tuya cuando le conté tu desagrado ante su propuesta de manifiesto antimp[erialista]»[21]. Este último comentario de Sánchez ratifica que entonces Villanueva del Campo estaba por explicitar una definición antiimperialista del partido, posición que abandonaría después de la derrota de los disidentes en Montevideo. Una líneas después, Sánchez reiteraba que el objetivo de los disidentes de México era copar la dirección del Apra con su gente: «Scorza plantea, de acuerdo con Cordero, una lista para el CC así: Seoane, Scorza, García Vela, Carnero Hoke, Cordero y Castañeda. En Baires, el domingo se frustró la elección porque el grupo [...] presentó una moción del vate de la nigérrima, pero amaestrado por L[uis] B[arrios], lo que da cuenta indignado el inefable A[rmando] V[illanueva]» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 157-158). El objetivo final de los conspiradores era empujar al Apra a su radicalización, en contubernio con los disidentes de Santiago y Buenos Aires, capitaneados por Seoane y Barrios: «Es conveniente saber que plantean una línea internacional (circular de MS y LB) análoga a la rabanística[22], en que el AP[RA] se escinde de su línea continental, del interamericanismo y del programa mínimo para lanzarse por los cerros de Irán al internacionalismo general. Antiyanquismo, etc.» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 158)[23]. Su encono era tan grande que Sánchez se quejaba de tener que compartir la tribuna con Manuel Seoane en una actividad pública por el Día de la Fraternidad Aprista, que se realizaba celebrando el cumpleaños de Haya de la Torre: «Para el 22 hablaré en una reunión especial en algún local y creo que MS hablará en la comida. Unidad, cuantos crímenes se cometen en tu nombre (Carlota Corday)» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 158).

La realidad es que, con Estados Unidos interviniendo activamente en Centroamérica y el Caribe con una política groseramente imperialista de apoyo a dictaduras sangrientas y corruptas, como las de Anastasio Somoza, Marcos Pérez Jiménez, Leonidas Trujillo y Fulgencio Batista, a los exiliados apristas se les hacía cada vez más difícil comulgar con el discurso que Haya había venido sosteniendo desde fines de la década del treinta, según la cual con la política del «Buen Vecino» de Franklin D. Roosevelt, Estados Unidos había dejado atrás su política

[21] Sánchez se refiere a la demanda planteada en la carta de Seoane y Barrios, de que Haya de la Torre publicara un manifiesto explicitando la posición contra el imperialismo yanqui, que era parte de las «ideas germinales» que debían retomarse.

[22] Esta es una alusión a los comunistas, a quienes los apristas calificaban de «rábanos», por el color rojo de este vegetal.

[23] La alusión a Irán alude a la indignación que provocó entre las fuerzas antiimperialistas el golpe de Estado montado por la CIA contra Mosadeg, el ministro iraní que nacionalizó el petróleo persa en 1953.

imperialista. Algo similar debieron experimentar los apristas radicados en Argentina ante la prepotencia norteamericana, respondida con altivez por Perón.

El título que Haya reclamaba para sí, como el campeón del antiiimperialismo continental, estaba puesto en cuestión por la política concreta de los gobiernos de Mesoamérica que eran agredidos por los «yanquis». Y en cuanto a que los Estados Unidos habían renunciado a su política imperialista, los apristas residentes en México tenían la prueba práctica de que esta posición colisionaba con la realidad en las experiencias de El Salvador, Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala y Cuba, donde los norteamericanos apoyaban sangrientas dictaduras para defender sus intereses. En 1946 se fundó en Panamá la Escuela de las Américas, que a lo largo de medio siglo ha entrenado a más de sesenta mil oficiales latinoamericanos en técnicas de combate, tácticas de comando, inteligencia militar y técnicas de tortura, dejando una estela sangrienta de centenares de miles de torturados, violados, asesinados, desaparecidos, masacrados u obligados a refugiarse. Precisamente Franklin Delano Roosevelt —quien, para Haya, había cancelado el imperialismo—, respondiendo a la pregunta de por qué había recibido con pompa al dictador nicaragüense Anastasio Somoza, siendo este «un hijo de puta» pronunció la célebre frase: «Es un hijo de puta. Pero es nuestro hijo de puta"», (*He is a son of a bitch, but he is our son of bitch*)[24]. Las décadas que se extienden entre los años cincuenta y los ochenta fueron la era dorada de las sangrientas dictaduras latinoamericanas, a las cuales les bastaba invocar el «peligro comunista» para tener asegurado el apoyo norteamericano.

En México, los asilados apristas, que entraron en contacto con los revolucionarios guatemaltecos, se vieron obligados a huir de su país cuando la CIA ejecutó el golpe de Estado que derrocó a Jacobo Arbenz, terminando así con su intento de expropiar las tierras controladas por la United Fruit. Debió ser muy duro para los exiliados apristas que sufrieron el golpe enterarse de que Haya de la Torre había saludado con esta acción a través de una nota en el *New York Times*.

Hilda Gadea, una joven militante aprista exiliada, conoció en Guatemala a Ernesto Guevara; inició con él una relación sentimental, se casaron y tuvieron una hija, escapando luego del golpe de la CIA a México, donde el Che entró en contacto con Fidel Castro, embarcándose en la expedición del *Granma*. Hilda Gadea confesaría años después que le costaba responder a las críticas que le planteaba el Che con relación al Apra, emplazándola para «que se largue de ese partido de mierda». Gadea respondía que «el PAP era un medio, una fuerza para llegar al poder e iniciar el proceso de hacer una sociedad nueva». Que, «como muchos

[24] Tefel: «[…] Pero es *nuestro* hijo de puta». *El Nuevo Diario*, Managua, 15 de marzo de 2000.

dirigentes juveniles del APRA así lo creíamos, todo ese aparente abandono de las banderas principales de lucha eran tácticas temporales, pero que, una vez en el gobierno, el APRA haría una verdadera transformación» (Rénique 2004).

La racionalización de Hilda Gadea, atribuyendo los virajes programáticos del Apra a maniobras tácticas que le permitieran llegar al poder, para desde allí hacer la revolución que el país necesitaba, sería invocada por miles de apristas durante las décadas siguientes.

Cuando el Che Guevara se embarcó a Cuba para tomar parte en la revolución que Fidel Castro emprendía, Hilda Guevara se quedó con su hija en México, y cuando a raíz de las elecciones de 1956, se produjo una amnistía en el Perú, Hilda retornó a su patria, decidida a apoyar desde allí a los revolucionarios cubanos. Esto sería crucial para tender puentes entre los jóvenes apristas que, bajo su iniciativa, organizaron un comité de apoyo a la revolución cubana y los revolucionarios castristas. Luego del triunfo de la revolución, los cubanos prestarían su respaldo a Luis de la Puente Uceda, un joven aprista trujillano puesto en prisión por el régimen de Odría que, deportado después, salió al exilio y residió en México. Sánchez se refiere a él en su correspondencia señalándolo como partícipe de la conjura contra el partido, en la intentona revolucionaria de los exiliados apristas apoyados por Perón. Como sucedió en varias otras oportunidades en que el Apra se embarcó en intentonas revolucionarias, jóvenes apristas que formaban parte de la conjura terminaron como víctimas de las marchas y contramarchas de la dirección.

Acabar con Odría. La invasión aprista al Perú

Según su testimonio, Guillermo Carnero Hoke[25], quien se encontraba exiliado en México a raíz de la derrota de 1948, recibió en el año 1952 indicaciones del Comando de Desterrados de Santiago de Chile, que dirigía Manuel Seoane, para organizar una insurrección aprista en el norte del Perú, la región donde el Apra tiene el mayor arraigo. El levantamiento debía comprometer los departamentos de Cajamarca, Piura y Lambayeque. Según le explicó Seoane, la insurrección se realizaría penetrando tanto por el sur, con gente de Argentina, Bolivia y Chile, bajo el comando de Armando Villanueva, como por el norte, con exiliados apristas provenientes de México, Centroamérica, Colombia y Venezuela. Los comprometidos empezaron a trabajar clandestinamente organizando el levantamiento.

Los conjurados comenzaron buscando el apoyo de gente amiga y encontraron el respaldo de Humberto Villalta, un militar salvadoreño que, luego de

[25] El testimonio de Carnero es la fuente fundamental en que nos basamos para esta sección (Cristóbal 1985: 137-141).

tomar el poder en El Salvador, convocó a elecciones y fue enviado por el nuevo gobierno a México como agregado militar. Carnero había labrado una buena amistad con Villalta y este les consiguió «muy buenos recursos». Les brindó, además, contactos con los agregados militares argentinos, dominicanos, panameños, ecuatorianos y venezolanos. Recibieron el respaldo de todos: «Unos nos dieron armas, otros dinero, otros pasaportes, todo lo que pedíamos nos daban». El mayor aporte económico para la invasión de 1954 fue brindado por Perón. Su agregado militar en México era de la total confianza del general y esto facilitó los contactos con los cuadros apristas.

Para 1954, Carnero Hoke consideraba que estaban en condiciones de poner el plan en ejecución: «Los compañeros del sur estaban al mando de Armando Villanueva. También participaban Luis Barrios, Héctor Cordero, Chevarría. En el norte el jefe era yo, el segundo [Luis] De la Puente. Seoane era el Coordinador General de todo el plan».

Luis de la Puente era un destacado dirigente aprista juvenil de La Libertad. Era un estudiante cuando se produjo la insurrección del 3 de octubre de 1948 y junto con otros jóvenes apristas tomaron la Universidad de Trujillo. Fue puesto en prisión y después de un tiempo fue desterrado. En México se puso en contacto con Gustavo Valcárcel —en cuya casa vivió durante dos años[26]— y con el cuñado de Valcárcel, Guillermo Carnero Hoke.

El plan militar tenía una considerable dimensión. Perón aportó «un préstamo de millones de pesos argentinos y una venta "favorable" de 3 mil fusiles, 2 aviones B30, 4 millones de cartuchos, pistolas, granadas, etc.». Se acordó también que como la organización del norte estaba más avanzada, el movimiento se iniciaría por allí, a través de Cajamarca, aprovechando que en Quito se encontraba exilado el general Juan de Dios Cuadros, a quien Carnero señala como un brillante estratega, cuya debilidad era su excesivo perfeccionismo. Carnero recibió una intensiva preparación militar del general Cuadros y de un mayor ecuatoriano de apellido Arosemena, dado de baja por el Ejército ecuatoriano y que se había especializado en guerra de guerrillas en África. Mientras tanto, los preparativos para la insurrección en el Perú se encontraban avanzados: «Dentro de nuestro plan ya habíamos contactado gente en Trujillo, Chiclayo y comprometido a 2 guarniciones en Piura. Contábamos, además, con toda la gente civil del Partido». Con el armamento que habían acumulado, además el apoyo exterior con que contaban, era suficiente para empezar una acción militar de envergadura.

[26] Entrevista a Violeta Carnero Hoke de Valcárcel. Lima, 28 de marzo de 2008. Violeta era hermana de Guillermo Carnero y esposa de Gustavo Valcárcel.

Sin embargo, cuando estaban por iniciar la ejecución del plan, recibieron una contraorden, porque Haya seguía asilado y se temía que un levantamiento repentino pusiera en peligro su vida.

Un imprevisto adicional con el cual tuvieron que lidiar fue que, faltando un mes para la invasión, el general Cuadros sufrió un ataque al corazón. Él era el responsable de las armas y dispuso que se las entregaran a Carnero. Tuvieron que pedir permiso al gobierno del Ecuador y lo obtuvieron del Presidente Velasco Ibarra, que era amigo del Apra. «El enlace me llevó al lugar de las armas. ¡Era una cosa increíble! ¡Un cuarto lleno de armas! ¡Y después otro y otros más! Pero una cosa: veníamos con el 50% de la batalla perdida, pues Juan de Dios Cuadros no puede venir».

Cuando finalmente el gobierno de Manuel A. Odría se vio obligado, por la sentencia de la Corte Internacional de La Haya, a expedir el salvoconducto a Víctor Raúl para que pudiera abandonar el país, aparentemente las trabas para iniciar las acciones estaban superadas. Pero cuando Haya logró salir de su cautiverio hacia el extranjero y se enteró de la conspiración la desautorizó categóricamente, dejando a Carnero en la estacada: «Muy ligeramente —como siempre ha actuado Haya en los momentos de arriesgar el pellejo— acusa al general Juan de Dios Cuadros, a de la Puente y a mí de "agentes del comunismo internacional"». Volvía a plantearse la figura, tantas veces repetida en la historia del Apra, de una iniciativa revolucionaria gestada por la dirección aprista, acogida con entusiasmo por las bases y desautorizada a última hora por la dirección máxima del partido. «Después viene la otra estocada: la acusación de Haya. Íbamos a ser la primera Sierra Maestra de Latinoamérica, cuatro años antes de que Fidel tomase el poder en Cuba, el Apra ya conspiraba para eso. Pero Haya nos jodió».

La desautorización a los exilados apristas de México llegó cuando el proyecto militar estaba en marcha. Haya dispuso que se les quitara todo apoyo y que se alertara a las bases apristas acerca de la «infiltración comunista», lo cual era particularmente desmoralizante cuando en ese mismo momento él prestaba declaraciones a *Life* a favor del capitalismo. La misma orden fue enviada a Chile y —siempre según la versión de Carnero— Seoane respondió en una carta a Haya negando saber de la insurrección. «Claro que después vino el arrepentimiento del "cachorro", pero eso es harina de otro costal». En esas circunstancias, las posibilidades de continuar adelante con los planes eran cada vez menores:

> Cuando nosotros ingresamos [al Perú] nos vinimos a enterar de lo que había mandado decir Haya a Prialé, tanto en Piura como en los demás sitios. En Trujillo se nos comunicó justo cuando estábamos repartiendo las armas, porque las armas ingresaron por el sur de Ecuador, a la altura de Ayabaca y Jaén. Yo tenía indicaciones de tomar Cajamarca, lo cual era relativamente fácil

> porque solamente había un Regimiento de Caballería que no pasaba de 120 hombres, además estaba en una hondonada que se bloqueaba y listo. Pero al tomar contacto con Miguel Guevara y Carlos Manrique, en Piura, ellos nos dan la noticia de la acusación de Haya y las indicaciones al Partido. En ese momento pensamos era una maniobra política del enemigo para hacer bajar la guardia a la gente del Partido. Entonces pasamos por Trujillo y nos dijeron lo mismo. Entonces vinimos a Lima (Cristóbal 1985: 137-138).

Al llegar a Lima, Carnero y de la Puente se pusieron en contacto con Leopoldo Ortiz, Rómulo Meneses y Carlos Alberto Eyzaguirre, quienes habían quedado a cargo del partido debido a que el secretario general, Ramiro Prialé, se había visto obligado a escapar a Chile. Los comprometidos con el alzamiento estaban decididos a proseguir a pesar de la oposición de Haya; consiguieron reunirse con el comando clandestino y, luego de una larga polémica, lograron su apoyo:

> Al final estuvieron de acuerdo en la insurrección, pero nosotros —les dijimos— tenemos que comandarla pues tenemos las armas, los contactos y todo lo demás, y estamos dispuestos a morir por la causa a pesar de que Haya está en el exterior declarando contra nosotros; nuestra actitud es plenamente aprista. El comando clandestino del Apra me da el poder de la insurrección, ya que la gente del comando del sur todavía no había partido. En esa reunión me dieron la categoría de Sub-secretario General del Comando de Acción. Salimos de esa reunión a las 4 de la mañana. A las 7 se producía la redada contra nosotros.

Lo que los conspiradores ignoraban era que estaban infiltrados desde el inicio de su aventura. El ministro de Gobierno de Odría, Esparza Zañartu, había logrado colocarles un agente que trabajaba con él y con la CIA en México: Carlos Gastañeta Ugarte.

Gastañeta, quien ya vivía en México cuando llegaron los exiliados, logró infiltrarse gracias a que su hija era amiga de las hijas del poeta Gustavo Valcárcel, en cuya casa vivía Luis de la Puente. Cerca a ellos vivía, además, Guillermo Carnero, que conocía a Gastañeta, con quien había estudiado en el colegio Guadalupe. Se conocían desde pequeños y este también era aprista[27]. Carnero lo encontró en Guatemala moviéndose entre los desterrados vendiendo libros. En 1953 Carnero empezó a darle algunas tareas, y cuando necesitó un hombre de confianza que no fuese conocido por la policía para enviarlo al Perú, pensó en Gastañeta. Este debía tomar contacto con algunas personas y comprar vehículos. Fue así que cuando estaban por empezar las acciones la policía los detuvo en Lima. Según

[27] Entrevista a Violeta Carnero Hoke de Valcárcel. Lima, 28 de marzo de 2008.

Gustavo Valcárcel, fueron capturados Guillermo Carnero, Gonzalo Fernández Gasco, de la Puente y otros. «Gastañeta desapareció como por encanto» (Cristóbal 1985: 136-137). Los revolucionarios apristas permanecerían en prisión hasta 1956, siendo amnistiados después de que Odría dejó el poder[28].

En junio de 1965, el mismo mes en que el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) comenzó su guerra de guerrillas, Luis de la Puente Uceda, entonces comandante general del MIR, respondió a un cuestionario que le envió la revista *Caretas*. Allí se refirió al proyecto de la frustrada invasión aprista:

> [...] en 1954 entramos clandestinamente al país desde nuestro destierro en México, dentro de un plan revolucionario cuyo mentor principal era Manuel Seoane y en el que participaba, en primer plano, un distinguido jefe de nuestro Ejército, actualmente en retiro. Después de algunos meses de permanencia y trabajo clandestino en el país, fuimos traicionados, sufriendo prisión todo el año 1955. Estos planes revolucionarios no avanzaron además, porque Haya de la Torre, había salido de la embajada de Colombia precisamente con el objeto de liquidarlos, y su principal lugarteniente en el Perú, Ramiro Prialé, cumplió sus consignas contrarrevolucionarias frenando a toda la organización del Apra.
>
> Salimos del Apra porque su dirección abandonó los principios originarios y se entregó desvergonzadamente en brazos de la oligarquía feudal-burguesa y del imperialismo. La dirección aprista trató de liquidar nuestro movimiento, por medio de ofrecimientos, de prebendas, de amenazas, de agresiones físicas y hasta de tentativas de asesinato. En algunos casos aislados lograron su objetivo, pero el movimiento en su conjunto, siguió adelante presentando batalla en todos los terrenos (*Caretas* 1965a) .

Con propiedad, el intento de invasión de 1954 constituye el último capítulo de la historia insurreccional del Apra. En adelante, la vía revolucionaria armada quedaría definitivamente proscrita para los apristas, pero sería retomada por un sector de los disidentes, los apristas rebeldes.

[28] Carnero Hoke sostiene que Manuel Seoane participaba activamente en esta conjura porque estaba convencido de que con Haya no habría transformación posible: «Yo estaba siempre en contacto con el "cachorro", pues aparte de ser ambos del Partido, éramos amigos entrañables. Con él siempre conspiramos contra Haya, porque para los dos, si bien Haya era el Jefe y el fundador del Apra, el primer enemigo era él mismo, así se lo decíamos a los más allegados» (Valcárcel 1981).

LA SOCIEDAD PERUANA EN LOS AÑOS CINCUENTA

La desnacionalización de la economía peruana

En los años cincuenta, la economía peruana sufrió un viraje importante. Frente a una política desarrollada en la década anterior, que intentaba tímidamente sentar las bases para un desarrollo industrial —en el periodo que va entre 1948 y 1968—, el Perú vivió una larga onda de crecimiento, impulsada por las exportaciones, con caídas coyunturales entre 1953-1954 y 1957-1958, y un marcado pico entre 1959 y 1962. En la primera fase de este proceso, luego del derrocamiento de Bustamante y Rivero, a fines de 1948, Manuel A. Odría restauró la propuesta económica que daba el control de la economía peruana al sector exportador. Bajo el dictado de los agroexportadores, que financiaron su golpe de Estado, Odría redujo los impuestos a las exportaciones y devaluó la moneda nacional. El cambio oficial pasó de 6,50 soles por dólar en 1949, a 14,85 soles en 1950 y a 19 soles en 1955. Hacia el final del régimen de Odría los exportadores recibían tres veces más soles por cada dólar proveniente del exterior, con relación a lo que recibían cuando el dictador tomó el poder. Odría liberó además el tráfico de divisas y dictó nuevos códigos de minería y de petróleo, en 1950 y 1952, respectivamente, que virtualmente copiaban los códigos norteamericanos (Thorp y Bertram 1978, Klarén 2004).

Durante todo este periodo se contó con un flujo continuo de capital extranjero, gracias a la virtual inexistencia de restricciones a la repatriación de utilidades. Así, se incrementó fuertemente la presencia norteamericana en áreas económicas y sociales claves. El Estado se retiró del control de los yacimientos mineros, como el de Marcona, en Ica, que pasó en 1952 a manos de una empresa norteamericana, así como de las actividades de explotación de petróleo (Contreras y Cueto

2000: 282-283). La desnacionalización de los recursos naturales fue radical. Las inversiones directas norteamericanas en la minería peruana se incrementaron en 379% entre 1950-1965, contra un 45% en la minería chilena durante el mismo período. En los sectores no mineros la inversión norteamericana se expandió en un 180% frente al 111% en que creció en el resto de América Latina. En petróleo y hierro la participación extranjera en el Perú fue del 100%, en el cobre de 88%, en el zinc 67%, en el plomo y la plata 50%, en la pesca 30% y en el azúcar 23%. En 1968 la empresa Anderson Clayton controlaba el 83% de las exportaciones de algodón. Ese mismo año, las doce corporaciones norteamericanas más importantes producían o eran cruciales en la producción del 54% de las diez principales exportaciones peruanas. El 33% de la producción industrial era controlada por 41 empresas extranjeras. El control financiero del país se incrementaba de manera semejante (Cotler 1978: 274-280). La banca extranjera en buena medida se limitaba a movilizar el ahorro interno exportando sus utilidades al exterior sin inyectar capitales frescos. El imperialismo financiero no traía los capitales para impulsar el despegue capitalista del Perú, como lo esperaba Haya de la Torre, sino descapitalizaba al país.

El carácter colonial de la economía peruana era radical. La burguesía industrial peruana era apenas un satélite de la norteamericana, como lo explicaban los propios asesores del Ministerio de Guerra de EE.UU., diciendo que los empresarios peruanos aportaban apenas el valioso conocimiento que tenían del mercado y los contactos para tratar con el gobierno y los sindicatos (Cotler 1978).

Desde una perspectiva militar, la creciente dependencia de la economía peruana con relación a la economía norteamericana comprometía la autonomía del país, poniendo en riesgo la seguridad nacional. La fuerza armada veía esta evolución con creciente preocupación. El profundo viraje ideológico que vivió a partir de la década del cincuenta, que culminaría en la revolución velasquista, tuvo una importante motivación en el cuestionamiento de este proceso desnacionalizador de los recursos nacionales y en la convicción de que quienes lo propiciaban no podían estar defendiendo los intereses de la nación.

El crecimiento exportador y la crisis del agro

El periodo estudiado estuvo marcado por la expansión económica, a pesar de algunas recesiones de corta duración. Los volúmenes exportados crecieron desde un 10% anual en la década de 1950 a un 21% entre 1959 y 1962 y después descendieron a 5% a mediados de la década de 1960. El incremento del PNB siguió la misma tendencia, como puede verse en el cuadro siguiente.

Cuadro 1
Incremento anual del PNB real y del PNB per cápita, 1950-1968

	1950 y 1959	1960-1962	1963-1968
Incremento del PNB real	4,7 %	8,8 %	3,9 %
Crecimiento per cápita del PNB	2,4 %	5,9 %	1,3 %

Klarén 2004: 375. La elaboración es mía.

El gobierno de Manuel Prado (1956-1962) tuvo que afrontar el impacto de una recesión mundial en 1957. Los Estados Unidos elevaron los aranceles de los productos minerales y comenzaron a deshacerse de su *stock* excedente de algodón en el mercado internacional. La balanza de pagos peruana se tornó cada vez más desfavorable, se incrementó la fuga de capitales y se produjo una fuerte crisis política que culminó con un voto de desconfianza del Congreso, que derribó al gabinete ministerial.

La recesión se superó dos años después y fue seguida por un crecimiento económico primario exportador que se mantuvo hasta el final del gobierno de Manuel Prado. Por sobre todo, Prado estaba interesado en mantener el *statu quo* del cual, como prominente miembro de la oligarquía, era uno de los beneficiarios. «Prado representaba un enfoque de "ningún cambio" ante los problemas que el país debía afrontar, incluso cuando se hacía cada vez más evidente que era necesario efectuar reformas fundamentales» (Klarén 2004: 375). No en vano se atribuye a Prado una célebre frase, que podría resumir la forma de ejercicio del poder del último representante directo de la oligarquía peruana: «El Perú tiene dos clases de problemas: los que no tienen solución, y los que se arreglan solos». Durante su segundo gobierno Prado dedicó mucho de su tiempo a viajes al extranjero, hasta el punto que se le conoció como «el presidente viajero», lo cual reforzó la imagen de que no estaba interesado en cambiar nada sustantivo.

A raíz de la crisis de 1957, Prado estaba bajo fuego cruzado, soportando las protestas populares y el ataque de los representantes del sector exportador, encabezados por Pedro Beltrán desde el diario *La Prensa*. Prado realizó entonces una audaz maniobra política, invitando a Beltrán a asumir el cargo de Primer Ministro y ministro de Hacienda, para ejecutar las políticas económicas neoliberales que venía propugnando. Beltrán aceptó y aplicó un programa de estabilización monetarista que golpeó duramente la economía popular y desencadenó una oleada de huelgas de los trabajadores de los sectores minero, petrolero, de construcción, fabril y bancario. Pero el aparato sindical del Apra se encargó de mediatizar las protestas laborales.

El *boom* de la harina de pescado y la recuperación económica

Luego de la recesión de 1957, hacia 1959 se produjo la recuperación económica en el Perú gracias al inicio de la explotación de las enormes minas de cobre de Toquepala, que comenzaron su producción en 1960 y que al poco tiempo eran responsables de más de una tercera parte de la producción total de cobre del país. La caída de la competitividad de las minas peruanas llevó, durante este periodo, a adoptar una nueva tecnología, la explotación de tajo abierto, que elevó notablemente la producción y la productividad. En 1953 se inició la minería de tajo abierto en Marcona; le siguieron Toquepala y Cerro de Pasco en la adopción de la misma lógica, en 1960, y finalmente en 1967 comenzó Cobriza, con una muy elevada competitividad (Iguíñiz 1986: 310-311).

Durante los años siguientes la economía fue apuntalada por el *boom* de la exportación de harina de pescado y por el incremento de las exportaciones de azúcar a los Estados Unidos, gracias a que el Perú recibió parte de la cuota cubana, que le fue otorgada como recompensa por su alineamiento con la política norteamericana de bloqueo económico y la expulsión de Cuba del sistema interamericano para impedir la expansión del mal ejemplo de la revolución cubana.

El *boom* de la harina de pescado se inició hacia mediados de la década de 1950 y fue explosivo. Las fábricas de harina de pescado, que eran 17 en 1954, aumentaron a 64 en 1959 y a 154 en 1963. La producción se incrementó veinte veces entre 1954 y 1959, y este último volumen se triplicó durante los cuatro años siguientes. La industria pesquera fue la creación de un nuevo grupo de empresarios de clase media entre los cuales destacaron las familias Banchero, Elguera, Madueño y del Río. Bajo la dirección de Luis Banchero Rossi, formaron un cartel que agrupaba al 90% de los productores nacionales en 1960 y que logró la suficiente fuerza como para contrarrestar la caída de los precios en el mercado mundial reduciendo la producción. La oligarquía tradicional —que había despertado las ilusiones de Manuel Seoane de verla devenir en una moderna burguesía— no corrió los riesgos de crear un nuevo sector productivo, limitándose a participar de los beneficios a través del control del financiamiento.

La harina de pescado tenía un valor de retorno extremadamente alto, de alrededor del 90%, y su producción tenía importantes efectos multiplicadores gracias a sus eslabonamientos con el sector de bienes de capital —construcción de bolicheras, por ejemplo— y con el consumo interno —principalmente a través de los salarios—. Generó una fuerza laboral grande y bien pagada, especialmente en el puerto de Chimbote, que creció explosivamente durante las décadas de 1950 y 1960 (Klarén 2004: 376). Chimbote, con su aire pestilente, sus fábricas de harina de pescado y la empresa siderúrgica, se convirtió en un

gigantesco crisol de culturas, debido a la gran migración andina, con sus grandes tensiones sociales y culturales, que José María Arguedas captó con una fuerza poética inigualada (Arguedas 1971).

Durante los últimos tres años de gobierno de Prado (1959-1962) hubo un restablecimiento del crecimiento económico, gracias al alza de un 21% anual en las exportaciones. Algunos economistas han atribuido la recuperación de la economía en 1959 al paquete de medidas de liberalización implementadas por Pedro Beltrán. El análisis de la coyuntura que ha hecho Rosemary Thorp concluye que la salida de la recesión fue más bien el resultado de una recuperación de los precios de las materias primas que el Perú exportaba en el mercado internacional y se produjo a pesar de la política neoliberal de Beltrán (Thorp 1985 y 1987).

El crecimiento económico benefició principalmente a los sectores urbanos, costeños y modernos de la economía, así como a algunas regiones de la sierra, especialmente a aquellas con acceso de mercado de la costa, donde se vivió un «despertar comercial» propio (Webb 1977: 27). El proceso incorporó también a una burguesía rural conformada por comerciantes, artesanos, burócratas, pequeños y medianos agricultores y pobladores de pequeños pueblos y ciudades provinciales.

Los cambios en marcha se sintieron no solamente en Lima. Las ciudades de la sierra central se beneficiaron de su acceso al creciente mercado de la capital. Huancayo creció de 27.000 personas en 1940 a 64.000 en 1961 y se convirtió, según Long y Roberts (1984), en el tercer centro manufacturero más grande fuera de Lima y Arequipa, gracias a sus centros de producción textil, sus curtiembres y cervecerías. Atrajo así una significativa cantidad de inmigrantes, tanto de los pueblos aledaños como de Lima y extranjeros. Entre 1950 y 1967 el salario medio de Junín se incrementó un 47%: el doble que el de los otros centros poblados de la sierra y tres veces más que el de la sierra sur. Este crecimiento dinámico incorporó también al valle del río Santa, en el departamento de Áncash, gracias a la expansión de la demanda de Chimbote y los departamentos norteños de La Libertad, Cajamarca y Piura: «Las demandas de mano de obra y productos alimenticios en las haciendas azucareras, algodoneras y arroceras de la costa norte en particular, dinamizaron la producción en los pueblos y aldeas adyacentes, en la campiña de la sierra vecina» (Klarén 2004: 378). En la provincia de Cajamarca, las haciendas tradicionales fueron transformadas en empresas de productos lácteos, estimuladas por unas políticas estatales que desincentivaban la producción alimenticia tradicional y fomentaban el capital transnacional y a los terratenientes modernizadores. Esto transformó también la pequeña producción campesina, de tal manera que la economía familiar se monetizó cada vez más con la producción lechera (Deere 1992).

Las transformaciones se sintieron hasta en ciudades del interior serrano situadas en zonas tradicionalmente arcaicas. Juliaca duplicó su población entre 1950 y 1966, la tasa anual de crecimiento en Cusco para el mismo período fue de 3,5%; de Ayacucho, 1,7%; Cajamarca, 2,4%; Puno, 2,4%; Jauja, 2,0%; y La Oroya, 3,0% (Klarén 2004: 378-379).

Estos beneficios no alcanzaron, sin embargo, al grueso del campesinado serrano, que seguía limitado a una economía de subsistencia, en medio de una crisis general del orden terrateniente. La producción agrícola global per cápita de la sierra creció apenas 0,8% al año entre 1950 y 1966, lo cual, según Webb, probablemente se aproximaba también al ingreso per cápita. La política de subsidiar a la industria a través de la importación de alimentos baratos, así como el creciente costo de los insumos agrícolas, provocó la decadencia de vastas zonas del agro tradicional. La situación se agravó con los desastres naturales, como la sequía de 1957 y la hambruna subsiguiente en la sierra sur. Todo esto redundó en una aguda caída en la producción y en el ingreso per cápita campesino, un incremento en la emigración a las ciudades y alimentó las grandes movilizaciones que arrasaron la sierra sur entre 1956 y 1964. El gamonalismo se mostraba cada vez más desfasado con relación a los cambios que se venían produciendo en el país.

La involución agraria

En los años cincuenta la economía peruana afrontó una recomposición general, en parte debido a los cambios que experimentaba la economía capitalista mundial y en parte por los cambios que se venían operando en la estructura productiva del país. En el frente exportador, la agricultura fue perdiendo peso. Proporcionalmente, la minería y la exportación de la harina de pescado iban ganando hegemonía.

La coyuntura de la guerra de Corea, el alza de los precios de los minerales que ella provocó, así como la reconstrucción de Europa, produjeron una onda de prosperidad que elevó la capacidad redistributiva del Estado, convirtiéndolo en un importante empleador, tanto por la expansión de la burocracia —que provocó el desarrollo de nuevos contingentes de clase media— cuanto por la política de obras públicas impulsada a partir del gobierno de Odría.

Los cambios en la estructura productiva, conjuntamente con los impulsados por la crisis del agro, provocaron profundas modificaciones en la estructura social, con la emergencia de nuevos sectores sociales, cambios en las correlaciones entre las clases y al interior de las fracciones de clase, así como la generación de nuevas demandas de representación política. A partir de 1955 surgieron organizaciones políticas que pretendían representar a esos nuevos sectores sociales.

Algunas de ellas darían lugar al sistema de partidos que hegemonizaría la política peruana durante el medio siglo siguiente.

Siguiendo el patrón de desarrollo en boga en América Latina, el Perú se embarcó en una política de industrialización por sustitución de importaciones, bajo la égida ideológica de la Comisión para el Desarrollo de la América Latina (CEPAL). Desde mediados de los cincuenta, y especialmente durante el gobierno del arquitecto Belaunde (1963-1968), se produjo un proceso de industrialización que buscaba, por una parte, promover una mayor integración entre los sectores productores de materias primas y la industria primaria, y por la otra, tender hacia la «sustitución de importaciones». Se desarrolló así una *industria intermedia,* organizada en función del sector externo: industrias de primera transformación ligadas a las materias primas, que no daban lugar a nuevos procesos productivos que añadieran valor agregado, y una *industria final de sustitución de importaciones,* con un bajo índice de eslabonamiento hacia atrás, debido a que gran parte de sus insumos eran importados —*seudoindustria nacional*, la llama Aguirre Gamio (1974: 32)—: «Se tiene así que el nivel de integración nacional entre la producción de materias primas y la producción final, muestra un bajo nivel de articulación o eslabonamiento intermedio» (Otero Bonicelli 1978: 40). Se trataba pues de una industria que tenía muy poca capacidad de dinamizar otros sectores económicos.

Entre 1950 y 1968 el sector fabril se convirtió en el más dinámico de la economía peruana, a expensas del agrícola, mientras que el sector servicios —el de mayor peso porcentual— crecía ligeramente. El peso de este último sector responde a que en él se incluía a los sirvientes —una de las fracciones de trabajadores más numerosa durante este periodo— y los nuevos migrantes, que buscaban ganarse la vida en la ciudad a través de inventar modalidades de autoempleo, los que después serían conocidos como los *informales*.

Cuadro 2
Producción de los diversos sectores económicos como porcentaje del Producto Nacional Bruto (PNB)

Años	1950	1968
Agricultura	22,6	15,0
Manufactura	13,6	20,2
Otros (incluyendo servicios)	35,7	37,7

Matos Mar y Mejía 1980: 58.

La importancia de la agricultura en la provisión de divisas disminuyó sensiblemente (Matos Mar y Mejía 1980: 58)[1]. Aunque la exportación de productos agroindustriales, como el azúcar y el algodón, disminuyó, su producción continuó limitando la expansión de los productos orientados al mercado interno. De acuerdo a Álvarez y Hopkins (1980: 57), este fenómeno se reflejó en el PNB agropecuario de tres maneras: en la disminución de la importancia de la producción exportada, en el aumento sustancial de la dedicada al consumo urbano y en la drástica restricción de la de «mercado restringido». Pese al incremento de la producción orientada al consumo urbano, esta era insuficiente. Esto obligaba a aumentar la importación de alimentos, bajo la doble presión del sostenido crecimiento demográfico y de la migración de pobladores rurales que abandonaban el campo, dejando de producir sus propios alimentos e incrementando la demanda urbana de productos agrícolas.

A pesar de estos cambios se mantuvo la orientación exportadora del sector de «punta» de la agricultura, gracias al peso político que ostentaban los «barones del azúcar y del algodón». En 1968 el algodón y la caña de azúcar utilizaban 250 mil hectáreas de las mejores tierras del país —33% de las áreas costeñas irrigadas— y el café, 125 mil hectáreas. Se trataba de tierras altamente productivas, sustraídas a la producción de alimentos para el consumo interno. La justificación de esta opción era que la agroexportación tenía que producir las divisas que el país necesitaba. Sin embargo, esta incrementaba la dependencia alimentaria obligando a importar cada vez más alimentos y en apenas una década la balanza comercial del sector agrícola se tornó negativa: «En 1956 la relación importación-exportación fue de 39,1% es decir, por cada 100 dólares de productos agropecuarios exportados se importaba solamente 39 de estos productos. Sin embargo, la relación aumentó en 1964, 1965 y 1966, a 49,7%, 78% y 90% respectivamente, llegando en 1967 a que el valor de las importaciones sobrepasara el de las exportaciones» (Róquez 1978: 15)[2]. Para entonces los dólares que el país gastaba en importar alimentos superaban los que los agroexportadores recibían por sus exportaciones. Lejos de aportar divisas, la agroexportación obligaba a gastar estas importando los alimentos para abastecer a la población urbana en expansión. Desde el punto de vista económico no existía ya ninguna razón que justificara el poder de los «barones del azúcar y del algodón». Fue solo el apoyo del Apra lo que les permitió mantenerse en el poder entre 1956 y 1968. Y esta es la razón por la que no pudieron oponer ninguna resistencia cuando el gobierno de Velasco Alvarado decidió expropiar sus haciendas en 1969.

---

[1] Véase cuadro 3.

[2] Citado también en Matos Mar y Mejía 1980: 61.

A estos problemas se sumó el agudizamiento del proceso de descapitalización del agro, debido al deterioro de los términos de intercambio en contra de los productores agrarios, así como al drenaje de recursos producido por el control de precios y el traslado directo de los excedentes agrícolas hacia otras ramas de la economía. La política de control de precios constituía un subsidio a la industria, puesto que el abaratamiento de los alimentos permitía mantener los salarios deprimidos, a costa de la miseria de los productores agrarios. «Los principales afectados por esta política fueron los campesinos, debido a que las grandes unidades dedicaban la mayor parte de sus áreas a cultivos de exportación o industriales, y solo estaban obligadas a sembrar un 20% de las mismas con productos alimenticios, disposición que burlaban continuamente» (Matos Mar y Mejía 1980: 61).

El traslado de excedentes del agro a otras ramas económicas se intensificó a partir de los años cincuenta. Grandes hacendados diversificaron sus inversiones hacia actividades financieras, comerciales y, en menor medida, industriales. Las grandes empresas agrarias dejaron de recibir aportes significativos de capital y retrocedieron fuertemente, desde el punto de vista productivo. Esto no produjo, sin embargo, que los terratenientes devinieran en industriales, como Manuel Seoane afirmaba que estaba sucediendo: «Este cambio no significaba promover nuevos proyectos fabriles propios sino, en la mayoría de los casos, solo participar como accionistas y en los directorios de empresas de propiedad generalmente extranjera» (Matos Mar y Mejía 1980: 63).

La forma más grave de la descapitalización fue el traslado de los capitales, beneficios, divisas ilegales, etcétera, fuera del país. Según datos del *Federal Reserve Bulletin* de junio de 1964 entre 1959-1961 y 1964 —durante el periodo más álgido de la agitación campesina, cuando se discutía la reforma agraria— los depósitos de los hacendados en los bancos norteamericanos casi se triplicaron: de 80 millones a 191 millones de dólares (Matos Mar y Mejía 1980: 63-64).

Perversamente, estos procesos de descapitalización impulsaban una sistemática destrucción de los recursos naturales:

> Tierras salitrosas o empobrecidas por la pérdida de materias nitrificantes, pastizales sobrecargados, bosques talados, canales abandonados, instalaciones deterioradas, especialmente en la sierra, fueron la secuela de la implacable exacción sectorial, dado que los agricultores para asegurar su existencia debían recurrir al consumo acelerado de la inversión pasada o de los recursos naturales, a la vez que afrontaban serias limitaciones para reponer la depredación realizada (Matos Mar y Mejía 1980: 63).

Como es natural, la pérdida de los recursos naturales agravaba la escasez de tierras en el agro, alimentando las presiones hacia la migración y las movilizaciones campesinas por la recuperación de las tierras usurpadas por las haciendas. El Perú, contra lo que suele creerse, es un país que dispone de pocas tierras agrícolas: según el Ministerio de Agricultura, de 128 millones de hectáreas que constituyen la superficie del país, solo el 2,2% es cultivable y el 27,1% corresponde a pastos naturales. Añádase a esto la carencia de agua en la costa, las condiciones climáticas extremas en la sierra —que agudizan la erosión— y la pobreza de las tierras amazónicas, y se comprenderá la gravedad de la situación.

Una última consecuencia de la crisis del agro de los años cincuenta que Matos Mar y Mejía enfatizan es el incremento de las disparidades ya existentes entre regiones y dentro de las mismas, que tiene su manifestación más aguda en el crecimiento de Lima, que en 1940 albergaba la décima parte de la población y cincuenta años después albergaba a la tercera parte.

La agricultura era pues incapaz de generar divisas, proveer productos alimenticios a bajos precios, aportar mano de obra calificada y ampliar el mercado interno. La transformación del agro se hacía indispensable para el propio desarrollo industrial. Todos estos cambios iban dejando progresivamente aislada a la clase terrateniente, no solo a los hacendados tradicionales de la sierra sino también a la fracción moderna, costeña. De allí que la reforma agraria se convirtiera en una demanda que nadie cuestionaba: era necesario hacer una profunda reestructuración del agro, y a esta solo se oponía el bloque oligárquico. Pero en esa coyuntura la alianza con el Apra —a través de la convivencia en 1956 y la superconvivencia en 1963— le brindó la fuerza necesaria para bloquear exitosamente los cambios durante toda una década.

En mayo de 1958, Prialé, remitiéndose a «la directiva del jefe», sostenía: «debemos recordar aquello que dijimos siempre: que no queremos quitar la riqueza a quien la tiene sino crearla para quien no la tiene. Pero hay más. Oí alguna vez decir al compañero Seoane que […] era indispensable, además […] lograr ganar la batalla fundamental, esto es, obligar a quienes tienen la riqueza a que dejen crearla para quienes no la tienen» (*sic*) (Prialé 1960: 65). Cualquier horizonte de cuestionamiento del régimen de la propiedad de la tierra quedaba eliminado de antemano, precisamente cuando el campo peruano estaba convulsionado por las tomas de tierras.

Prialé recogía la demanda del país cuando decía que la batalla inmediata que los apristas debían librar sería por la reforma agraria, pero de inmediato señalaba que pensaban convocar para ella a sus socios del partido de la oligarquía: «invitaremos precisamente a los del Movimiento Democrático Peruano a concordar con nosotros, porque en el discurso de su Presidente no hace mucho, se dijo que esa era

una bandera de aquel movimiento» (Prialé 1960: 65). No iba a ser difícil que se pusieran de acuerdo, como en efecto sucedió en la comisión nombrada por Prado y presidida por Pedro Beltrán —de la cual formaba parte el Apra—, que elaboró un proyecto que repetía lo que Prialé mostraba como el horizonte del Apra, en su discurso de mayo de 1958, donde no aparecían para nada ni las expropiaciones ni la restitución de las tierras usurpadas al campesinado: «Reforma Agraria tan vinculada al problema de la irrigación, al de la extirpación del latifundio feudal, a la superación de esa etapa retrasada de la economía y al impulso vigoroso del cooperativismo, sobre todo aplicando a las comunidades indígenas que son por su espíritu cooperativas en posibilidad de perfeccionar con la ayuda de la técnica» (Prialé 1960: 65).

De esta manera se frustró la posibilidad de realizar una revolución antioligárquica con participación popular. Y la frustración de esta posibilidad preparó el camino al involucramiento de los militares, esta vez institucionalmente, en el manejo del Estado, para impulsar las reformas que los civiles se mostraban incapaces de ejecutar.

La recesión de 1957 detonó la crisis del agro, pero no la produjo. Como vimos, las causas de esta eran estructurales. La crisis, por otra parte, involucraba no solo a los sectores agrarios tradicionales sino también al sector moderno de la agricultura. No bastaba con modernizar las relaciones de producción existentes; era necesario reestructurar radicalmente el agro. Pero la oligarquía no estaba dispuesta a renunciar a sus privilegios. Su bandera, levantada desde la Comisión Beltrán, de una «reforma agraria técnica», pretendía precisamente que solo se realizaran cambios menores, que no cuestionaran la naturaleza del orden terrateniente. En eso fue vigorosamente apoyada por el Apra.

Reestructurar el agro demandaba una revolución: aquella que el Apra anunció que iba a realizar desde su fundación. Cuando el país estaba listo para la revolución antioligárquica —aquella con la que había galvanizado las energías populares desde los años treinta— el Apra no solo había abandonado esa meta sino que optó por aliarse con la oligarquía. El anuncio tranquilizador para la oligarquía del discurso de Haya de mayo de 1945, «No queremos quitar riqueza a los que la tienen, sino producirla para los que no la tienen», dio paso a una alianza en 1956 que no solo significaba renunciar a la revolución, sino que tendría al Apra bloqueándola sistemáticamente a lo largo de la siguiente década, hasta que los militares se convencieran de que los civiles eran incapaces de realizar las reformas que el país necesitaba.

Un lugar común entre quienes critican el proceso reformista emprendido por el general Juan Velasco Alvarado es atribuir a la reforma agraria la culpa del desastre del agro peruano. Este razonamiento obvia el hecho de que la crisis había

llegado a un punto crítico *antes* de que los militares tomaran el poder y, si se observan las tendencias, el deterioro hubiera continuado, con reforma agraria o sin ella. Quienes acusan a esta reforma de haber convertido al Perú, de exportador en importador de productos agrícolas, obvian el hecho de que el peso de estas exportaciones se había reducido a la tercera parte del total de las exportaciones peruanas entre 1955 y 1969, el año del inicio de la reforma agraria. La caída en términos relativos es mucho mayor, si se considera que en ese mismo periodo las exportaciones totales se multiplicaron por tres, como puede verse en el cuadro siguiente. Además, si a pesar de todo la economía peruana siguió creciendo fue porque durante el mismo periodo la minería creció del 45,3% al 55,0% y la pesca multiplicó su peso en 545%.

Cuadro 3
Las exportaciones entre 1955 y 1969

Años	Valor total Mlls. de US$	Agropecuarias	Pesqueras	Mineras	Otras
1955	271	47,1	4,7	45,3	2,9
1956	311	46,0	5,1	46,5	2,4
1957	330	46,5	6,2	45,1	2,2
1958	291	46,5	7,3	40,8	2,6
1959	314	43,9	14,2	38,7	3,2
1960	433	35,6	12,1	49,4	2,9
1961	496	36,7	14,5	46,6	2,2
1962	540	36,3	22,6	39,0	2,1
1963	541	37,3	22,6	38,4	1,7
1964	667	31,9	24,9	41,8	1,4
1965	667	25,8	28,1	45,4	0,7
1966	764	23,3	27,1	48,8	0,8
1967	757	20,3	26,2	52,5	1,0
1968	866	19,9	26,9	52,2	1,0
1969	866	16,3	25,6	55,0	3,1

Anuario Estadístico del Perú, 1966 y 1969. Lima: ONEC. Citado en Contreras y Cueto 2000: 292.

Del campo a las barriadas. La transición demográfica

La población en el Perú, según el censo de 1876, era 2,6 millones de habitantes. En 1940, según el primer censo nacional del siglo XX, la población peruana había llegado a 7,1 millones de habitantes, de los cuales 2,2 eran habitantes urbanos y 4,0 millones eran pobladores rurales. El Perú de los años cuarenta era pues un país predominantemente agrario, donde las dos terceras partes de la población vivía en el campo.

A mediados del siglo XX se produjo la transición demográfica: el proceso a través del cual una sociedad eminentemente rural pasa a convertirse en una sociedad dominantemente urbana. Este proceso estuvo marcado por una significativa aceleración en el crecimiento de la población, como se puede ver en los cuadros 4 y 5.

Cuadro 4
Evolución de la población en el siglo XX según los censos nacionales (en millones)

Años	Población
1900	3,8
1910	4,2
1920	4,9
1930	5,9
1940	7,1
1950	7,6
1960	9,9
1970	13,2
1980	17,3
1990	22,6
2002	26,7

INEI, Censo de Población 1940, Estimaciones de población 1950-2050.

Entre 1940 y 1970, el periodo que nos interesa, la población total peruana se duplicó, doblando la velocidad con que hasta entonces había venido creciendo. La aceleración del crecimiento de la población total fue acompañada de una brusca aceleración del crecimiento de la población urbana y una proporcional desaceleración en la población rural. La población urbana creció tres veces más

rápido que la rural entre 1940 y 1961, diez veces más entre 1961 y 1972 y cuatro veces más durante el periodo siguiente.

Cuadro 5
Tasas de crecimiento intercensal de la población urbana y rural, 1940-1993 (en promedio anual)

	Pobl. Total	**Pobl. Urbana**	**Pobl. Rural**
1940-1961	2,2	3,7	1,2
1961- 1972	2,9	5,1	0,5
1972-1981	2,5	3,6	0,8
1981-1993	2,2	2,9	0,9

INEI, Censos de Población de 1940, 1961, 1972, 1981 y 1993.

Se observa una aguda aceleración del crecimiento de la población urbana hasta 1972 y luego una gradual desaceleración. El período crítico de la aceleración del crecimiento de la población total y la urbana corresponde al período 1961-1972, pero esta fue la culminación del proceso puesto en marcha en 1940. Si se observa las tasas de crecimiento de la población total correspondientes a 1940-1961 y 1981-1993 estas son idénticas: 2,2. Para entonces se había retornado al ritmo de crecimiento que existía en 1940 y la transición demográfica había concluido.

El acelerado incremento de la población urbana no corresponde al crecimiento vegetativo de la población total. El hecho de que a medida que crecía la población urbana iba decreciendo la población rural muestra que el origen de este fenómeno se encuentra más bien en el incremento de la migración del campo a la ciudad. Desde mediados del siglo XX una gran cantidad de campesinos decidió abandonar sus lugares de origen para dirigirse hacia las ciudades.

Como ya se ha visto, hacia la década del cuarenta en el Perú se rompió la relación hombre/suelo: el crecimiento de la población rural llegó a un punto en que la tierra disponible no alcanzaría en lo sucesivo para sostener a los nuevos habitantes que nacían. La crisis resultante del agro afectó sobre todo a las áreas más atrasadas del agro peruano. Desde inicios de la década del cincuenta los hacendados de las zonas más tradicionales empezaron a abandonar físicamente sus haciendas, conformándose progresivamente con cobrar rentas cada vez más magras como propietarios absentistas, mientras que el control efectivo de los latifundios quedaba en manos de los feudatarios. La crisis del campo precipitó

una gran oleada migratoria que en los siguientes cincuenta años cambió radicalmente a la sociedad peruana: en 1940 el 35,5% de la población era urbana y el 64,5% población rural; en 1993 los porcentajes fueron de 70,4% y 29,6%, respectivamente. El Perú es hoy un país eminentemente urbano. En 1993, más de la mitad de la población del país vivía en solo 32 ciudades y la tercera parte en una: Lima.

El crecimiento de la población peruana entre 1940 y 1961 fue de 61%. Las grandes migraciones agravaron las desigualdades en el crecimiento de la población. El crecimiento en los departamentos de Arequipa, Callao, Ica, La Libertad, Lambayeque, Tacna, Lima, Moquegua, Piura y Tumbes siguió una línea que se acercaba a la de la población nacional. Sin embargo, en Apurímac, Ayacucho, Cusco, Huancavelica y Puno, la región más rural y tradicional del Perú, se produjo un despoblamiento relativo. «Si comparamos las cifras del censo aludido con los estimados de población en esas circunscripciones para 1958, realizados sobre la base del censo de 1940, tendremos los siguientes porcentajes de disminución: Apurímac: 29; Ayacucho: 25; Cusco: 24; Huancavelica: 19; Puno: 23» (Aguirre Gamio 1962: 30).

La migración cambió también la relación entre las regiones naturales: entre 1940 y 1993 la población de la costa con relación a la población total pasó de 24% a 52,2%; la de la sierra del 63% al 35,8%; y la de la selva del 13% al 12%: la sierra ha reducido drásticamente su peso relativo en el país, la costa lo ha elevado a más del doble, mientras que la selva permanece estacionaria: la población peruana es hoy eminentemente costeña y la concentración en Lima es extrema.

Otras razones han mantenido esta dinámica. Arequipa, que es el departamento que sigue a Lima en atracción de capitales, no retiene ni la décima parte de los recursos que capta la capital, a pesar de que concentra más recursos que otros diez departamentos serranos juntos. Los recursos educativos se concentran igualmente en Lima, así como los servicios de salud, etcétera. La gente migraba con expectativas de mejorar su situación social y económica. Esta dinámica tiende a reproducirse en muchas regiones, con la migración de la población del sur hacia Arequipa, así como hacia Trujillo, en el norte.

La urbanización informal. Invasiones y barriadas

El crecimiento de Lima debido a la migración se hizo inicialmente a costa de la tugurización de los barrios tradicionales, pero desde la década del cuarenta pobladores de los barrios populares comenzaron a asentarse en los alrededores de Lima. El proceso se inició en el Callao, como consecuencia de los destrozos ocasionados por el terremoto de 1940, y prosiguió por el lecho del río Rímac.

Un factor que jugó un importante papel para la expansión de las barriadas en esta zona fue la instalación de fábricas en los alrededores del trazo del ferrocarril central en su extensión entre Lima y el Callao. Los trabajadores buscaban lugares donde vivir cerca de sus centros de trabajo y la concentración de fábricas en la zona abarataba las tierras agrícolas que se urbanizaban.

La formación de las barriadas alrededor de la capital tuvo otro importante hito con la inauguración del mercado mayorista, al este de la ciudad de Lima, en 1945. En 1946 se produjo la invasión de las laderas del cerro San Cosme, primero, la de San Pedro, meses después, y en 1947 la de El Agustino. «Estas invasiones violentas y masivas fueron duramente reprimidas en un primer momento, pero tal fue la reacción popular que el general Odría, entonces ministro, ordenó finalmente la retirada de las tropas de San Cosme, en enero de 1947» (Driant 1991).

La formación de San Cosme y El Agustino consolidó la urbanización de los cerros al este de Lima. Poco a poco se agregaron Mendocita —formada inicialmente en 1931, pero que se desarrolló verdaderamente con el establecimiento de La Parada—, Doña Isabel y El Independiente. Al mismo tiempo se multiplicaron las invasiones en el distrito del Rímac, en las laderas del cerro San Cristóbal —San Cristóbal, Tarma Chico[3], Mariscal Castilla, Villa de Fátima, El Altillo—.

Las barriadas en Lima eran 56 en 1957 y albergaban aproximadamente a 120 mil habitantes, aproximadamente el 10% de la población limeña. Sin embargo, para fines de la década del sesenta superaban las 200, con 761.755 pobladores, el 25,6% del total de la población capitalina (Matos Mar y Mejía 1980: 56). Los migrantes rurales contribuyeron a la formación de un proletariado urbano-industrial, pero este excedía la demanda laboral fabril, lo que alimentaba el crecimiento de población marginal, que amenazaba la estabilidad del sistema.

El proceso de la urbanización informal es común a América Latina y a buena parte de los países del denominado Tercer Mundo. Su lógica no es la misma que la de la urbanización de las sociedades industrializadas, en las cuales se estableció una neta división del trabajo entre las sociedades rurales y las urbanas. En nuestro caso, la migración puso en contacto realidades sociales profundamente contrastadas, propiciando formas de coexistencia entre grupos étnicos diversos que portaban diversos valores y distinto capital cultural, propiciando la emergencia de múltiples estrategias de supervivencia, que confluirían en lo que el antropólogo José Matos Mar denominó el «desborde popular».

[3] Parece evidente el deseo de congraciarse con el presidente Odría, que era natural del pueblo de Tarma.

La migración no solo traía campesinos a la ciudad; estos eran, adicionalmente, serranos e indios, condiciones que movilizaban los prejuicios étnicos y raciales profundamente interiorizados por las poblaciones criollas del litoral desde la época colonial. El censo de 1940 es el último en el cual figuró la «raza» como criterio censal y los resultados arrojaron un 52,89% de blancos y mestizos[4]; 45,86% eran indios; 0,47% negros; 0,68% «amarillos» y un 0,10 de raza no declarada (Perú. Ministerio de Hacienda y Comercio 1940: vol. I, 267). Lo llamativo es que una década antes los intelectuales peruanos consideraban que los indios constituían las cuatro quintas partes de la población y a comienzos del siglo XX se creía que constituían las nueve décimas partes. Para 1940 se consideraba constituían menos de la mitad de la población peruana, lo cual constituye toda una revolución en las mentalidades.

La variación se produjo sustancialmente como un resultado de cambios en los criterios de clasificación racial: frente al discurso de los indigenistas de fines de la década del veinte —la época cuando se fundaron los partidos aprista y socialista—, que tendían a exaltar el peso del elemento autóctono en la población del país, en la década del cuarenta el énfasis se puso en su carácter mestizo. Es emblemático el cambio de Luis E. Valcárcel, el apóstol de la indianidad de *Tempestad en los Andes* en los años veinte, convertido en los cuarenta en el misionero del mestizaje, en la línea del Congreso de Patzcuaró, México, desde la Escuela de Etnología de San Marcos. El otro elemento que ayuda a entender este resultado es el peso progresivamente decreciente de la población rural y serrana. En el Perú la condición de indio ha estado históricamente asociada a la de campesino: si no todos los campesinos son considerados indios, casi todos los indios son considerados campesinos. La migración a las ciudades es al mismo tiempo un proceso de *desindigenización*. Los indígenas que migran a las urbes dejan de ser considerados indios para convertirse en *cholos*. Y los problemas planteados por su integración a las ciudades cambiarían en pocas décadas a toda la cultura peruana.

Este proceso tuvo consecuencias negativas para el Apra. Haya de la Torre se preciaba de que su partido tenía su base social fundamentalmente en la costa norte del país, la región de mayor desarrollo capitalista relativo. Pero el partido no tenía asentamiento en las zonas indígenas y campesinas del sur, de donde provenía gran parte de la migración hacia Lima. Los migrantes en su mayoría no se sentirían expresados por el Apra, y Lima le sería esquiva a Haya en adelante. A su vez, la política clientelista desarrollada por el general Odría durante su

---

[4] Se puede sospechar que se decidió juntar las dos categorías para no mostrar al grupo «blanco» como abiertamente minoritario.

gobierno le ganaría una base social importante, que en la década del sesenta le permitió mantenerse como un protagonista importante de la política peruana y casi llegar a ejercer la presidencia por tercera vez en 1962 —a pesar de haber ocupado el tercer lugar en la votación— gracias al respaldo de Haya de la Torre, quien le ofreció sus votos para que pudiera asumir el poder.

LA ALIANZA DEL APRA CON LA OLIGARQUÍA

Haya de la Torre y la oligarquía

La alianza que el Apra realizó con los representantes de la oligarquía a mediados de los cincuenta constituyó un sorprendente viraje y un radical cambio de ubicación en el espectro político peruano. Supuso, asimismo, un cambio de frente fundamental en la concepción de Haya de la Torre sobre el Perú, sus problemas y la forma de encararlos.

En los textos fundacionales del Apra la oligarquía es señalada, junto con su socio el imperialismo, como una enemiga fundamental del pueblo peruano y una traba decisiva para cualquier intento de construir un orden justo, moderno y democrático. En *El antimperialismo y el Apra* Haya de la Torre sostiene que la condición del triunfo revolucionario contra el imperialismo —yanqui, según lo precisa el mismo Haya— tiene como condición la unidad de los pueblos de América Latina, la lucha contra «las clases gobernantes» y la toma del poder por los trabajadores:

> [...] el Estado, instrumento de opresión de una clase sobre otra, deviene arma de nuestras clases gobernantes nacionales y arma del imperialismo, para explotar a nuestras clases productoras y mantener divididos a nuestros pueblos. Consecuentemente, la lucha contra nuestras clases gobernantes es indispensable; el poder político debe ser capturado por los productores; la producción debe socializarse y América Latina debe constituir una Federación de Estados (VRHT 1936: 37).

A inicios de los años cuarenta, cuando gobernaba Manuel Prado Ugarteche en su primer periodo y el Apra estaba en la clandestinidad, la posición del partido sobre el imperialismo había cambiado, pero Haya de la Torre seguía considerando a la oligarquía como su enemigo irreconciliable. Este sentimiento

era ampliamente correspondido: «Ellos no nos perdonarán nunca», le escribía a Luis Alberto Sánchez, en una carta enviada el 29 de marzo de 1943:

> Su instinto más que conciencia, de casta, más que de clase, es la más acusada característica de la oligarquía [...] Así como los franquistas no perdonarán nunca a los republicanos el haber triunfado como han triunfado, llevando sobre la frente el estigma de su barbarie y de su traición, éstos, aun en el poder —Benavides fue también así—, no nos perdonan que estén donde están sin que el poder deje de ser para ellos como una picota. De allí que su odio sea incontenible v aunque jesuitamente disimulado en algunos, en ninguno puede contenerse (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 423).

El odio de la oligarquía hacia el Apra se basaba en su convicción de que eran comunistas. Aunque una y otra vez Haya rechazó esta acusación y, por el contrario, acusaba al comunismo como su enemigo principal, el hecho de que se definiera al Apra como un movimiento marxista, y que en su programa figuraran la nacionalización de tierras e industrias y la reforma agraria, era suficiente para que los sectores oligárquicos lo vieran como una amenaza. Por otra parte, la prensa enemiga del partido, en especial «El Comercio», con el que existía una enemistad histórica, se encargaban de presentarlo como comunista, propaganda que prendía en los sectores populares y, aún más importante, entre los militares[1].

Esto, paradójicamente, brindó a los apristas algunas ventajas impensadas durante la Segunda Guerra Mundial, cuando terminaron cosechando el prestigio ganado por el Ejército Rojo en los campos de batalla de Europa:

> Tú creías [escribía Haya a Luis Alberto Sánchez, en marzo de 1943], según recuerdo, que con los triunfos rusos aumentaría aquí el Comunismo, y este error, entre muchos, indica cuán lejos estás de darte cuenta de nuestro clima político. Aquí, por obra de la propaganda civilista, la izquierda somos nosotros y el Comunismo somos nosotros, aun ante los ojos de las grandes masas. Los triunfos rusos solo nos benefician a nosotros. Diez años de campaña periodística oficial nos ha identificado ante el país con los "rojos", con los "marxistas". Curioso es, y ese ha sido el efecto que al producirse la bonanza bélica en Rusia hasta los militares se inclinaran hacia nosotros. No hacia el Comunismo sin cabezas, sin moral y sin masa. En el sur, justamente ayudado por el curso de la Guerra, es el Aprismo el que se ha robustecido hasta alcanzar una organización admirable (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 426).

---

[1] La importancia de esta propaganda sobre los miembros de la fuerza armada ha sido penetrantemente analizada por el mayor Víctor Villanueva, quien insiste en la importancia de los factores psicológicos en la animadversión histórica de los militares contra el Apra, que cerró por décadas a Haya el camino hacia el poder. Véase especialmente Villanueva 1975: 25-37.

Para fines de 1943 la coyuntura política en el Perú iba siendo crecientemente marcada por las elecciones generales que debían realizarse a inicios de 1945. Los distintos movimientos políticos empezaban a hacer sondeos y Luis Alberto Sánchez, en una carta fechada el 14 de noviembre, recogía críticas contra Haya —que circulaban dentro y fuera del Apra— por bloquear las negociaciones al no aceptar otro candidato que no fuera él mismo: «Se deja entrever la creciente creencia de que hay alguien —tú— que no tolera ningún candidato. Esta impresión la hay también en otros círculos, inclusive gobierno y partido» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 444-445).

La situación cambió en 1945, cuando terminaba el primer gobierno de Prado y se tenía que organizar la sucesión presidencial. Haya deseaba ser candidato, y hasta impulsó una intentona revolucionaria en la base naval de Ancón para conseguir la postergación de las elecciones y crear las condiciones para su candidatura (V del C 1973b: 246-247). Sin embargo, la férrea oposición del Ejército seguía cerrándole las puertas a la presidencia. Todos reconocían que no habría una salida estable si no se incorporaba de alguna manera al Apra al sistema político, lo cual suponía levantar su proscripción y permitir que saliera de la clandestinidad. Fue así que se lanzó la candidatura de José Luis Bustamante y Rivero, quien presidía el Frente Democrático Nacional. El 15 de mayo el Jurado Nacional de Elecciones aceptó la inscripción electoral del Apra bajo el nombre de Partido del Pueblo, y este convocó a un mitin para una semana después. Existía una gran expectativa por saber qué diría Haya de la Torre, luego de trece años de persecución y clandestinidad.

Haya pronunció su esperado discurso ante una gran multitud el 20 de mayo en la Plaza San Martín, desde un balcón cercano al Club Nacional, donde lo escuchaban atentamente los representantes de la oligarquía contra la cual había insurgido el Apra dos décadas atrás. Fue a ellos que dirigió su mensaje central: «No deseamos quitar la riqueza a los que la tienen sino crearla para quienes no la tienen».

Esta declaración representaba la renuncia a la reforma agraria y a la nacionalización de tierras e industrias, las reformas fundamentales que había propuesto el Apra[2]. Esta línea se mantendría invariable en adelante.

A pesar de eso, en 1956, en vísperas de su alianza con la oligarquía, en su libro *Treinta años de aprismo*, Haya afirmaba imperturbable: «A lo largo de 25 años, el movimiento aprista ha debido arrostrar a tres poderosos adversarios: el feudalismo plutocrático en el campo nacional y el imperialismo y el comunismo en el internacional; en el Perú, la amalgama de los tres ha formado un empedernido frente reaccionario

[2] Dos años antes, en una carta enviada a Luis Alberto Sánchez, Haya sostenía aún la necesidad de «cambiar la organización feudal social y política del país» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 428).

contra el cual los apristas hemos luchado y luchamos» (VRHT 1956: 20). El comunismo, que no era considerado su enemigo hasta los años cuarenta[3], se convertiría en adelante en su único adversario, mientras que la actitud beligerante contra el imperialismo y «el feudalismo plutocrático» cedería el paso a la alianza con ambos.

Haya subraya en *Treinta años de aprismo* que nunca fue adversario de los Estados Unidos, «sino del imperialismo político norteamericano» (VRHT 1956: 191). Era necesario conciliar el discurso radical de otros tiempos con la política de componendas de los años cincuenta y lo hizo sosteniendo que en los Estados Unidos existían «dos fuertes y prolongadas corrientes de opinión pública: la de los imperialistas y la de los antimperialistas[4] […] Fue esta tendencia antimperialista del Partido Demócrata la triunfante desde 1932 con la elección del insigne presidente Franklin D. Roosevelt, el leal "buen vecino" de Indoamérica» (VRHT 1956: 42; el énfasis es original del autor). Como vimos, este afortunado viraje de los EE.UU. le permitió abandonar las tesis antiimperialistas originarias y reemplazarlas por el «interamericanismo democrático sin imperio».

Haya planteaba distinguir el imperialismo económico del imperialismo político. Este último quedaba superado gracias al triunfo de la corriente «antiimperialista» en el gobierno norteamericano —a partir de la elección de F. D. Roosevelt—. Mientras tanto, el primero era necesario para nuestro desarrollo:

> Nuestro caso es […] *el de una zona económica infra-desarrollada que debe industrializarse para progresar y cuya industrialización depende del sistema capitalista cuyo desplazamiento hacia los países industrializados tiene el carácter de imperialismo.* Por consecuencia —escribí en mi libro de 1928 [se refiere a *El antimperialismo y el Apra,* N.M.]—: La lucha contra el imperialismo en Indoamérica […] es, ante todo, una lucha política, económica […] Y el antimperialismo es ante todo un gran impulso constructivo (VRHT 1956: 56-57; las cursivas son originales del autor).

La lucha contra el feudalismo ya no era más, para el Haya de los años cincuenta, parte del enfrentamiento a muerte contra el imperialismo, como lo planteaba *El antimperialismo y el Apra*. Más bien el imperialismo era ahora una fuerza antifeudal que se debería apoyar y cultivar:

> "El contenido de la lucha antimperialista en Indoamérica es anti-feudal", según queda dicho. Pero la desfeudalización de nuestros países lleva implícita su industrialización […] Ahora bien, si desfeudalizar significa progresar, y si

[3] A la Unión Soviética le dedica párrafos cargados de esperanza en *El antimperialismo y el Apra* (1936).

[4] Haya identifica la primera con el Partido Republicano y la segunda con William J. Bryan, cuatro veces candidato derrotado del Partido Demócrata a la presidencia, a fines del siglo XIX (VRHT 1956).

> la etapa económica subsiguiente de la feudal es la industrialización, y si ésta solo puede cumplirse en Indoamérica dentro del sistema capitalista, o imperialista, es inobjetable una deducción obvia: *el imperialismo es un fenómeno económico de acción ambivalente; comporta peligro pero también trae progreso para los países de economía retardada.* Así se explica que el antimperialismo sea para el Apra "un gran impulso constructivo"; es decir, no un simplismo demagógico, nihilista, que pretende una falaz liberación económica de nuestros pueblos retrogradándolos a la primitividad, sino que aboga por su industrialización civilizadora (VRHT 1956: 59-60; las cursivas son originales del autor).

En relación a la «feudalidad» —la categoría usada también en *Treinta años de aprismo*—, Haya pone el acento unilateralmente en la fragmentación política que esta propicia y no aborda la significación del régimen de producción que sostiene al gamonalismo, basado en la servidumbre de la población indígena, como lo ilustra con esta cita que él mismo toma de *El antimperialismo y el Apra*:

> resultado paradojal de la Revolución emancipadora indoamericana fueron sus regímenes políticos nominalmente democráticos —correspondientes a una etapa económico-social posterior, burguesa o capitalista— en contradicción con la organización feudal de la producción imperante en nuestros pueblos. Porque *la Independencia no destruyó el latifundio; lo afirmó* [...] No obstante el grito inicial de emancipación, la esclavitud del indio continúa. El *aislamiento, caro al terrateniente* —única clase triunfante de la Revolución de la Independencia— *determina la división y la subdivisión de los antiguos virreinatos españoles en muchas repúblicas.* Todo esto sucede porque las bases económicas sobre las que descansa la sociedad son feudales (VRHT 1956: 62-63; las cursivas son originales del autor).

De este análisis no se desprende ninguna tarea para combatir al gamonalismo y «el anti-feudalismo aprista» —ese es el título del capítulo de *Treinta años de aprismo* que aborda el tema— termina limitado a vagas proclamas sobre la unidad de América Latina, condición para construir «el interamericanismo democrático sin imperio». Esta deliberada imprecisión ideológica serviría al Apra como coartada para aliarse con la oligarquía.

Treinta años de aprismo fue publicado en México en 1956 y luego sufrió el mismo destino que *El antimperialismo y el Apra*, publicado en Santiago de Chile en 1936. Haya se opuso permanentemente a la reedición de ambos libros y solo autorizó su edición —las primeras desde su edición original— recién durante la década del setenta, obligado porque la revolución militar de Juan Velasco Alvarado venía realizando las reformas que el Apra ofreció y había ido abandonando a lo largo de su azarosa historia.

El gran ausente

En general, no se ha reparado en el hecho de que Haya de la Torre estuvo físicamente desvinculado del Perú entre 1949 —cuando se refugió en la embajada de Colombia huyendo de la persecución de Odría, para salir directamente al exilio apenas le permitieron abandonar el cautiverio— y 1969, cuando el golpe de Juan Velasco Alvarado hizo pensar que la revolución militar podía significar el fin del Partido Aprista y esto le obligó a retornar al país, donde permaneció los siete años siguientes sin salir ni una vez al extranjero.

Fueron veinte años de ausencia física, durante un periodo marcado por la existencia de regímenes democráticos —Prado en 1956 y Belaunde en 1963— en que el Apra formó parte del gobierno, controlando en los hechos el Parlamento. Andrés Townsend decía creer que Haya se apartó deliberadamente «para dejar el partido en la etapa de la Convivencia». Recordaba asimismo que hubo por lo menos dos años en los cuales la fiesta de la fraternidad se celebró sin Haya de la Torre presente. Pero, precisaba, donde estuviera, «Haya siempre quedaba como la última instancia partidaria» (Hildebrandt 1979b). Esta ausencia contrasta con la terca permanencia de Haya en el Perú al frente del Apra entre 1931 y 1948, un periodo marcado por una dura clandestinidad apenas interrumpida por el paréntesis del gobierno de Frente Democrático de 1945 a 1948, en que el Apra cogobernó con José Luis Bustamante y Rivero. Tal fenómeno merece al menos una reflexión.

Luego de salir de su cautiverio en la embajada de Colombia en 1954, Haya viajó por América y se estableció después en Europa, no retornando al Perú sino por breves temporadas, mientras que el gran aparato partidario aprista se encargaba de mantener su nombre vigente. En 1954, luego del fin de su cautiverio y de su triunfo en la confrontación con Seoane en Montevideo, Haya de la Torre retomó plenamente el control de la organización que había fundado. Seguía proscrito en el Perú y, luego de algunos viajes por América Latina dando conferencias, se dirigió a Europa, donde permaneció con escasos intervalos durante los quince años siguientes. «El año de 1955 [escribe Luis Alberto Sánchez] fue, así, su año de renovación, de estudio y experiencias. Los trabajos que realizó en Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia le inspiraron nuevas ideas, dentro del marco genérico del APRA» (LAS 1985: 416). Durante ese receso político dio a la publicidad su libro *Treinta años de aprismo.*

La ausencia de Haya en el Perú se hacía sentir a medida que el agotamiento del régimen de Odría y la proximidad de un nuevo periodo electoral creaban las condiciones para reactivar las organizaciones partidarias. Pero Haya no daba señales de querer volver al Perú, así que Luis Alberto Sánchez lo conminó a hacerlo en una carta enviada desde Puerto Rico, el 21 de enero de 1955:

> Circula en todos los medios apristas la noticia de que tú quieres quedarte indefinidamente en Europa y en Escandinavia, singularmente. No lo puedo admitir. Y por eso te llamo, si es necesario, la atención sobre nuestra urgencia de contar cerca contigo, y que tu ausencia física no sea más allá de mediados de este año. Que no se extienda la noticia de tu desasimiento, que no creo. He dado una larga batalla considerando que tu presencia es indispensable, la he dado durante largos y duros años, en que la náusea me visitó el gargüero día tras día. Soy congruente con esa opinión (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 194).

Haya contestó a Sánchez en una larga carta desde Ginebra, el 4 de febrero. En ella se quejaba de sus penurias materiales y del desentendimiento del Apra acerca de su penosa situación económica. Quedarse en Europa podía solucionar sus problemas: «Si me voy a Escandinavia tendré trabajo, seguridad y paz hasta mi muerte que no creo tampoco muy lejana» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 199). Haya reconocía la veracidad del rumor que afirmaba que se iba a quedar en el Viejo Mundo: «Sí, es posible que esto acontezca [...] Me quedo porque me cercaron el hambre y la indiferencia, la persecución y la insensibilidad» (ídem). Su promesa, formulada unos meses antes, al abandonar la embajada de Colombia, de retornar al Perú para «al frente del ejército de la libertad, derrumbar a la dictadura militar que sofoca, oprime y humilla a mi pueblo» (Aguiar 1954), había sido olvidada.

Haya decía a Sánchez que utilizaran su nombre y que jugaran con la noticia de su inminente retorno al Perú, pero que él estaba decidido a quedarse afuera. Criticaba también acremente la falta de compromiso de sus compañeros con los gastos que suponía el trabajo partidario: «la sordera, la fría sordera que me rodeó en cuanto a dinero toda mi vida, está ahí como un muro. Y de él sigue saliendo la voz de "tienes que venir" y "tienes que volver a tendernos la cama y a calentarnos el agua como el 45"». La queja porque los demás militantes usufructuaron los puestos públicos durante el gobierno de 1945 a 1948, mientras que él seguía al margen de los cargos oficiales, está a flor de piel. Haya afirmaba que él financió la campaña de 1945, «con los 45 mil soles que yo gané en un negocio. Porque nadie dio nada. *Nadie dio nada*. Ni Bustamante» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 200).

Haya se sentía auténticamente renuente a participar personalmente en las elecciones que se venían y su actitud tenía motivaciones muy profundas, relacionadas a la anterior experiencia electoral, en 1945: «Nadie puede dudar de mi sacrificio. El más grande —personal— sería volver y ser candidato. Ese puesto, esa misión me produce una repugnancia tremenda. No por miedo a la muerte que será su epílogo con el 95% de probabilidades, sino porque no me he curado de un asco orgánico que se me subió hasta los pelos en la experiencia anterior.

Esto es algo muy de adentro, muy de mi corazón» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 200-201). Este asco explicaba su decisión de asilarse en la embajada de Colombia, en enero de 1949, en lugar de permanecer dirigiendo al Apra en la clandestinidad. Si acaso se viera obligado finalmente a candidatear, esto sería un sacrificio impuesto por la necesidad de salvar la obra de su vida: «Como el médico va al hospital a cumplir la misión irrevocable frente al mal que hay que combatir pero que nos puede matar. Mi entusiasmo sería de otro tipo. Salvar una obra por la hazaña científica de no dejarla morir. Además, pensando en el pobre pueblo, en el pobre indio que todavía esperan de mí y de nosotros. Pero, ¡con cuántas cicatrices! Tantas que ya no hay lugar en la piel que no sea costra y callo» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 201).

A este ánimo desencantado se sumaban las preocupaciones suscitadas por el paso del tiempo:

> Cargo las desventajas de los años y de una pesada mochila todavía llena de asco [...] Cualquier día puedo amanecer muerto, en un hotel —nunca creo que tengo comprada la vida— y a cada lugar a donde llego busco algún amigo, porque en todas partes los tengo, y le doy el encarguito de si algo pasa, sacarme, cremarme, callarse unos 8 días y dar aviso a mi cónsul más cercano (uruguayo) cuando ya haya tirado mi tierra al surco más próximo o al mar o río o lago que mejor le agrade. En cada ciudad donde tengo amigos se lo advierto. Es lo que debe hacer un sexagenario aunque haga ski y se mueva como un muchacho. La edad es la edad, la soledad es la soledad y yo no soy un insensato. Ni me creo inmortal (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 201-202).

En esta extensa carta pueden rastrearse pistas interesantes para comprender la decisión de Haya de la Torre de permanecer fuera del país durante la década y media siguiente. Julio Cotler hizo una larga entrevista a Haya en 1970. Entonces, Haya le dijo que el mayor error de su vida fue retornar al país en 1962 para ser el candidato presidencial del Apra, y que entonces debió permanecer en Europa[5]. Habrá que esperar a que los apristas que lo frecuentaron se decidan a publicar la correspondencia de Haya para conocer cómo se logró vencer su resistencia y se le convenció de que candidateara a la presidencia en 1962.

Aunque Haya expresaba a Sánchez su repugnancia a ser candidato, creía que era posible que el Apra triunfara en las próximas elecciones, a condición de que los apristas buscaran el dinero necesario para la campaña:

> Veo como estratego el plan posible. Sé que ésta sería una victoria menos difícil que la del 45. Pero a condición de que cada paso se diera de acuerdo con

[5] Comunicación personal, Lima 12 de diciembre de 2006.

> un dispositivo que no puede desarrollarse sin dinero. Mas, si me veo obligado a arañar la tierra por el pan, a dedicarme a ganarme los dólares a golpe de máquina, entonces o una cosa u otra. Y la otra es dedicarse a esto, quedarse aquí y encontrar en Europa el apoyo elemental que es imposible hallar entre los nuestros (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 201).

Sorprende y conmueve conocer las carencias materiales de Haya, que constituyen una gran paradoja, tratándose de un personaje que tenía tan grande gravitación sobre la historia peruana. Sus quejas son auténticas; lo es también el resentimiento que expresa hacia la situación a la que había sido empujado: «Que se sepa que no he corrido de América sino que me han corrido. Me ha corrido la necesidad de ganar dinero. Me ha corrido un futuro de hambre que se habría realizado a poco de que yo agotara lo poco que gané con *Life*» (1982: vol. 2, 202). Finalmente, aclaraba en una breve letrilla que no había pedido ni pedía «limosna ni mendigo ni quiero»:

> llamé al APRA y no me oyó
> y pues sus puertas me cierra
> de mis pasos en (esta) tierra
> responda el APRA, no yo (1982: vol. 2, 204)[6].

Aunque en numerosas oportunidades Haya fue acusado de llevar una existencia muelle, la verdad es que era extraordinariamente trabajador y que su estilo de vida era austero. Su pasión era el poder pero no lo seducía la riqueza ni las comodidades. Por otra parte, era muy orgulloso como para reclamar dinero para cubrir sus necesidades. Sánchez respondió de inmediato informándole que habían decidido darle «un 22 sin opresiones» —refiriéndose a su cumpleaños—, proponiéndole además un plan para mejorar sus finanzas, con el apoyo de sus amigos más cercanos, exhortándole a retornar al país: «Espero que los indios y cholos y pobres y esperanzados de nuestra tierra no tengan que decir alguna vez: se descorazonaron, pudieron más que ellos, les faltó empuje, se declararon vencidos» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 205). Tampoco esta arenga logró cambiar la opinión de Haya. Para mayo de 1956 hizo pública su abstención política, respaldando el «convenio honorable» suscrito por sus compañeros con el pradismo[7].

Luego de las elecciones, Sánchez informaba a Haya que Ramiro Prialé había declarado que el 4 de octubre Haya estaría presente en Lima para presidir

---

[6] Dos meses después, en una carta enviada desde Estocolmo, Haya le contaba a Sánchez que pensaba trabajar de guía para turistas: «Ser cicerone de alta clase no es ser gigoló. Es un trabajo honesto» (VRHT y LAS1982: vol. 2, 233).

[7] *Extra* 1956. Originalmente reportaje del periodista cubano José María Aguirre para la revista *Bohemia*.

el congreso del PAP. Le insistía que debía estar: «Tú no te debes a ti, ni te lo toleramos. Nos has fregado la paciencia diciéndonos de antiindividualismo, de sacrificio, de modestia, de disciplina, y, ¿ahora, cuando no te gusta, te pretendes "rajar"? No, viejo querido: usted a su fila, por orden de los mismos a quienes enseñaste que las órdenes del partido se cumplen, y por mandato de tu conciencia que, yo, sé, sabe cuál es su puesto. Tú tienes que hacerte presente un rato, y volverte a Europa. No faltará el tickecito» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 300).

Haya volvió al Perú por un breve período recién en mayo de 1957, luego de las elecciones. Aunque hacía tres años que había partido, privado de su nacionalidad y expulsado por Odría, en términos prácticos había estado separado del país durante ocho años. El Apra le preparó una recepción apoteósica, que debía comenzar con su arribo a Talara, para desde allí marchar hasta Lima, donde se realizaría un gran mitin en la Plaza San Martín. Luis Alberto Sánchez viajó a Talara para darle la bienvenida, pero se llevó una desagradable sorpresa: «Regresé bastante decepcionado. Haya en Europa era un ser como el que ya conocía desde 1917, como el que traté en mis andanzas, pero, éste de Talara y Trujillo se parecía demasiado al Haya de las horas de embriaguez de poder, al de 1947, seco, a menudo descortés» (LAS 1987: 26).

La «embriaguez de poder» ha sido señalada en varios testimonios como uno de los grandes defectos de Haya y fue especialmente acusada durante el período del Frente Nacional (1945-1948), cuando, aunque no tenía formalmente ningún cargo público, era el hombre más poderoso del país. Como suele suceder en estos casos, había en torno suyo una atmósfera de adulación que agravaba las cosas. Siempre existió un aura religiosa en torno al liderazgo de Haya alimentada por el partido. El mesianismo es un rasgo constitutivo de la política en América Latina, asociado a herencias históricas que vienen desde antes de la Conquista (Manrique 2003). Si a esto se le añade la inevitable existencia de ventajistas que medran haciéndole la corte al caudillo, puede entenderse que Haya terminara perdiendo la perspectiva respecto al peso de su aporte intelectual y su papel en la historia. *La Tribuna*, el periódico oficial del Apra, se convirtió durante este período en un boletín de loas a Haya que agotaba los adjetivos del idioma. He aquí algunos ejemplos tomados de artículos de mayo de 1948, que reseñaban la recepción que le brindaron cuando Haya viajó a EE.UU.:

> Lo han medido como se mide a los grandes hombres: como a Gandhi o a Roosevelt.
>
> En menos de dos meses y medio ha hablado ante los "jerarcas" del pensamiento contemporáneo y ha fijado al mundo, presente y del mañana, con la doctrina y filosofía orientadora del aprismo.

> Esta ha sido, pues la tarea gigantesca de ese gran hombre, orgullo del Perú y paladín de Indoamérica. Cuando la historia se haga, fuera de la batalla humana del mundo para reencontrarse en humanidad y justicia, la figura señera y magistral del Jefe del Partido del Pueblo, Víctor Raúl Haya de la Torre, ha de emerger como la columna vertebral de un nuevo mundo capaz de llegar a la felicidad[8].

Haya había «descubierto nuevas concepciones, sobre las cuales va a levantarse la arquitectura del Hemisferio»[9]. Su voz había resonado en la conciencia de EE.UU. «como el estremecimiento de un mundo que nace en Indoamérica, exhibiendo ante la humanidad un nuevo credo de vida, una nueva filosofía y un nuevo destino». Los entusiastas redactores lo comparaban con el Cid Campeador, y lo proclamaban «soldado glorioso que ha disparado hacia la eternidad los impactos de su genio creador»[10], etcétera. Guillermo Carnero Hoke, reseñando un discurso de Haya en una nota titulada «Perfiles del II Congreso Nacional» llegó a hablar de él como del «genio tutelar», que «parecía a veces tocar con su puño de piedra, desde un promotorio de siglos, las puertas de la inmortalidad [...] El gallo de la aurora tocó su cornetín de plata y aún oraba Haya de la Torre. Llegó el día a las casas cercanas cuando terminó y parecíales a todos los asambleístas, después de terminado, haber vuelto de Dios»[11] (Enríquez 1951: 118-121).

Con estos antecedentes se puede entender mejor la imagen que Haya tenía de la valía de su obra intelectual y de la influencia que su acción política habría de tener en el mundo. Es muy expresiva una carta que envió a Sánchez entre junio y julio de 1955, en que le explicaba una iniciativa política que pretendía emprender, que comprometería a los más importantes pensadores y políticos del mundo, en la cual él sería el centro de un vasto proyecto de paz universal:

> No sé si has visto el testamento de Einstein a Bertrand Russell. Hay un secreto: son mis planes nunca revelados. Russell está de acuerdo conmigo. Por falta de dinero suficiente no me vi con Nehru en Londres. Nehru manifestó en Ginebra —me escribe Alejandro Flores— que me verá con gusto invitado en Delhi. Hay un plan grande [...] Einstein y Russell estarían de acuerdo con mis bases. O Einstein lo estaba y Russell lo está: éste le escribió a Miss Graves: dígale a Víctor que quiero verle para hablar de su buen proyecto. Todo esto es estrictamente secreto [...] Yo tengo un gran plan de paz mundial. Los dirigentes escandinavos están de acuerdo y muchos me respaldan. Todo esto

[8] *La Tribuna* 1948b.

[9] *La Tribuna* 1948a.

[10] *La Tribuna* 1948b.

[11] *La Tribuna* 1948c.

> debe ser muy cuidadosamente tratado. No puedo explicarlo. Pero algunos de los rusos importantes —tuve contactos en Oslo— estarían de acuerdo […] Nehru es un gestor de primera línea. La edad atómica —mi proposición hasta ahora no entendida de 1948— derriba todo. ¿Leíste mi artículo de Gaceta del Fondo de Cultura Económica? Si no lo has leído no conoces mi pensamiento hasta que llega al filo del plan (secreto). Si lo has leído y no has entendido lo que dice, pues alguna vez sabrás a dónde voy (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 254-255)[12].

Haya no conocía a Nehru —nunca llegó a hacerlo— y su proyecto se basaba en el testimonio de su corresponsal en Ginebra, que solo afirmaba que al líder indio le gustaría verlo «invitado en Delhi»; Russell, Einstein y los rusos «estarían de acuerdo» con sus proposiciones; el condicional es muy expresivo.

¿Estaría de acuerdo Sir Bertrand Russell, premio Nobel de la Paz, con el «gran plan de paz mundial» de Haya? Lo cierto es que Bertrand Russell fue el promotor del célebre Tribunal Russell, que asumió la tarea de juzgar los crímenes de guerra cometidos por el gobierno norteamericano en Vietnam y el sudeste asiático. ¿Qué tendría Haya, ya para entonces servilmente alineado con los EE.UU., que decir a los integrantes de ese tribunal, que incluía a Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Lelio Basso, Lázaro Cárdenas, Isaac Deutscher, Peter Weiss y otros, sobre la paz mundial? África y Asia estaban convulsionadas por las luchas anticoloniales en el mismo momento en que Haya soñaba con presidir la paz mundial. ¿Podría ofrecer algo atendible a los revolucionarios argelinos y congoleses un líder peruano que tres años atrás había ofrecido enviar cinco mil apristas a Corea para apoyar la intervención norteamericana y que acababa de aplaudir las intervenciones contra Arbenz en Guatemala y contra Perón en Argentina?

Los rusos —según Haya— continuaban impresionados por las conversaciones que tuvieron con él en 1927: «Los rusos no olvidan. No me olvidan». Los interlocutores que Haya tuvo en Moscú —Zinoviev, Bujarin, Kamenev, Frunze— fueron liquidados durante las purgas estalinistas de los treinta y el mismo Stalin murió en 1953, pero nada de eso importaba; para el Haya de 1955, él seguía siendo un referente fundamental para la Unión Soviética. Hacia el final de su vida, Haya terminaría narrando que él derrotó a Lenin en una polémica sobre el imperialismo en 1927: una victoria excepcional, porque Lenin había muerto tres años antes de esa fecha, cuando Haya era apenas un destacado dirigente estudiantil de un país que seguramente muy pocos rusos serían capaces de ubicar en un mapamundi[13].

---

[12] Su proposición sobre la «edad atómica» se verá al analizar el desarrollo del III Congreso del Apra y el informe político de Manuel Seoane inspirado en esas tesis.

[13] Véase el capítulo 1.

Es similar la evaluación que Haya hace de la sentencia de la Corte Internacional de la Haya, de 1954, que lo declaró inocente de las acusaciones de delincuente común que le hizo el gobierno de Odría y que declaró fundado el asilo que le había otorgado la embajada colombiana. Para Haya, su caso tenía una trascendencia histórica universal. La directiva de que el partido y los escritores del Apra deberían de propagandizarlo a lo grande es un tema que se repite obsesivamente a lo largo de toda su correspondencia. Hasta su muerte se quejaría de que el partido no había divulgado su caso en la escala que merecía.

La divinización del líder —que propicia ese desasirse de la realidad y construirse una realidad paralela— es posible debido a que este cubre necesidades muy profundas de sus seguidores. Estos necesitan un mesías a quien seguir y este necesita ser seguido. Es esta doble necesidad —del adorado y los adoradores— es el fundamento de esa extraordinaria cohesión que permitió al Apra sobrevivir a los virajes políticos más insólitos.

> La adhesión creyente compromete, al aprista popular, en una lucha heroica que conlleva la liberación de la esclavitud del enganche, la asunción de una vida heroica por la defensa del PAP, etc., etc. Sin embargo esta excepcional experiencia militante se transvasa sobre la figura del salvador, la insurgencia de los trabajadores de las cañeras se transforma en el "cumplimiento de los deseos de Haya"; la prueba del martirio, es por "salvar la vida del Jefe". Al mismo tiempo las derrotas se convierten en triunfo y una lectura religiosa e ideologizada de la prueba confirma la "santidad" de Haya y su doctrina. El tiempo se disuelve y trastoca, se goza anticipadamente del triunfo que no llegó y se participa gozosamente del pasado heroico que no se vivió. El imaginario triunfante del aprismo popular trastoca la objetividad de los hechos históricos y convierte en ayudante o amigo al adversario de ayer, a los pactos vergonzantes en el "olvido" de que son capaces los grandes como Haya. Por ello la feroz crítica a la "historia" de las masas que llevan "democráticamente" al poder a Hitler en 1933, no se contradice con la actual defensa de la formalidad democrática "sea cual fuere" (Vega-Centeno 1991: 533-534).

Esta manera de vivir la militancia como una religión es transparente en el relato de don Julio Rocha Rumicóndor, un anciano aprista de base, con apenas tres años de estudios primarios y setenta de lucha sindical, sobreviviente de todas las persecuciones y de todas las horas negras del partido. A la pregunta de si estuvo bien que Haya de la Torre hiciera una alianza con Odría, su antiguo perseguidor, responde:

> Bueno, claro que sí, porque nuestro Maestro no era de esas personas rencorosas. Era casi como más o menos como Jesucristo. Que cuando su mismo apóstol que primero pedía su cabeza, que lo entregaran, para matarlo,

> y después fue apóstol de Él. Dejo también así a Odría, cuando él lo tuvo en la Embajada de Colombia, pedían que se lo entreguen, para juzgarlo, porque era un reo común. Pero cómo puede ser reo común?, ¿por qué? ¡política es política! (Vega-Centeno 1985: 25).

La referencia en el relato al enemigo de Cristo —que pedía su cabeza y luego se convirtió en su apóstol— se refiere a San Pablo; el romano Saulo que, luego de perseguir a los cristianos, se convirtió, por iluminación, a la nueva fe en el camino de Damasco, y, convertido en Paulo, dedicó el resto de su vida a divulgar la palabra divina. Para don Julio Rocha lo que está en juego no es una alianza entre políticos que tienen sus propios objetivos sino la providencial conversión de Odría en discípulo de Haya de la Torre. Odría termina equiparado con el apóstol Pablo por que vio la luz y se alió con el Maestro. A su vez, la capacidad de perdón de Haya solo puede equipararse con la de Cristo. Aunque las equivalencias resulten forzadas, no interesa en este caso tanto la fidelidad a las Sagradas Escrituras sino más bien disponer de un relato racionalizador que permita asumir que todo está bien y es correcto.

Entre los viejos apristas esta es la reacción dominante, mientras que en la generación intermedia hay una respuesta más crítica. Aunque entre los jóvenes se encuentra también una apelación dogmática a la autoridad de Haya para asumir que todo está bien, hay una reacción crítica entre sectores minoritarios de la juventud aprista. Como lo enuncia un joven aprista: «No sólo hay virajes tácticos, sino un desandar de carácter ideológico del PAP, concesiones ideológicas, macarthismo, debilitamiento y confusión ideológica» (Vega-Centeno 1991: 536).

Más allá de las diferencias existentes según el punto de vista generacional, así como el regional y el jerárquico partidario, Vega-Centeno identifica tres respuestas tipo entre los apristas, con relación a los pactos concertados por el Apra: «La doctrina aprista es una y no cambia». Esta respuesta apela a la autoridad, genialidad, y aún «santidad» de Haya, para probar que no hay cambio; «Si hubo pactos no muy santos, estos fueron dignificados porque a cambio se obtuvo el bien del pueblo, el bien del país»; y, «Los pactos llevaron consigo debilitamiento doctrinal, alejamiento del pueblo, cuando no traición a los principios aurorales del aprismo» (Vega-Centeno 1991: 536-537).

Es en la generación intermedia —la que sufrió más las consecuencias de los virajes— donde se gestaría la disidencia más importante contra la política de pactos implementada por la dirección partidaria.

La ambigüedad y la ambivalencia de la doctrina creada por Haya de la Torre permitía justificar todos los virajes con la coartada de la «relatividad» y del «espacio-tiempo-histórico». Todas las rectificaciones, claudicaciones, componendas, resultaban validadas por una pseudoteoría científica cuya pertinencia —como la de

cualquier enunciado que se pretende científico—– debería juzgarse a partir de su capacidad para iluminar la realidad y de su fecundidad para alimentar la producción de nuevos conocimientos. No existe un solo estudio de un intelectual cualquiera —aprista o no aprista y ni siquiera del mismo Haya de la Torre— que se haya fundamentado en lo que él pretendía era una especial filosofía de la historia[14].

Los virajes del aprismo de mediados del siglo XX se justificaban amparándose en grandes enunciados: «el Apra es una sola», «donde otros ven zigzags nosotros vemos líneas rectas», «somos relativistas», «es un desarrollo dialéctico»:

> [...] slogans incesantemente repetidos, con la carga de autoridad que les viene de Haya mismo, (que) cumplen un papel de "catecismo", repetido cual doctrinero y cual creyente-participante, pero que al ser repetido compromete al "nosotros" en partícipe de una gesta heroica, sublime, incomprensible, superior [...] producto y creación de la intervención de un "ser superior" (Vega-Centeno 1991: 537-538).

Un ser superior que, como Dios, «escribe recto con líneas torcidas». Los juicios de Haya sobre su obra intelectual son del mismo tenor: el libro que entonces estaba preparando, sobre Toynbee, debía sentar las bases de una nueva filosofía de la historia y sería un aporte fundamental al pensamiento de Occidente. De hecho, está entre su producción más olvidable. A pesar de vivir en Europa, aparentemente Haya ignoraba la revolución que en ese mismo momento venía operándose en el método de interpretación histórica en Francia, gracias a la escuela de los *Annales* y en Inglaterra, con la *New History*. O, más plausiblemente, su antimarxismo dogmático le impedía mirar más allá de las especulaciones de Toynbee, que tuvieron bastante interés durante su estadía en Europa en los años veinte, pero que tres décadas después no estaban entre lo más avanzado en los estudios históricos.

Carlos Franco, rememorando el porqué de su decisión juvenil de no ingresar al Apra —a pesar de que su familia era aprista y había vivido su infancia en medio de la clandestinidad de su padre y el excitante ambiente de la resistencia— dice que pesaron en su decisión recuerdos como el del mitin al que lo llevó su padre,

---

[14] Hay quienes argumentan, como demostración de la validez de la «teoría» del espacio-tiempo-histórico, que con ella Haya fundamentó la posibilidad de pensar la realidad de Indoamérica desde nuestras especificidades históricas, con categorías propias. Este es un argumento inconsistente: desde mucho tiempo antes de las elucubraciones hayistas muchos pensadores reclamaban la necesidad de pensar autónomamente desde América Latina: piénsese en Martí o Mariátegui, por ejemplo. Y la acusación de «europeísmo», vertida contra los adversarios del Apra, que sería el pensamiento original, no resiste el menor análisis: Einstein y Hegel, de quienes Haya se declara seguidor, no son, ciertamente «indoamericanos», y el conjunto de categorías que Haya utiliza, comenzando por la de «democracia», no lo son tampoco.

que era un subteniente, donde chocantemente Haya aparecía emplazado sobre un estrado por encima de todos. Cuando conoció a Haya, en una reunión con jóvenes, fue chocante su manera de mirar a la gente desde arriba hacia abajo[15].

En 1956, las condiciones en el Perú habían cambiado notablemente. Con Manuel Prado en el poder gracias al apoyo del Apra, un significativo número de apristas se incorporó a la administración pública. Financiar la estadía de Haya en el Perú no hubiera sido un problema; habría bastado con las cotizaciones de los embajadores apristas para proporcionarle un ingreso decoroso. Pero Haya permaneció fuera hasta 1969, retornando al Perú por cortas temporadas, apenas algo más prolongadas en los periodos durante los cuales fue candidato presidencial, lo cual deja dos alternativas posibles: o el Apra era incapaz de organizar su economía partidaria para algo tan elemental como cubrir las necesidades materiales de su líder más valioso, lo cual es poco creíble, o Haya permaneció fuera del país por razones distintas a las económicas.

Habitualmente Haya presentó su decisión de quedarse en el extranjero como un sacrificio personal en aras de la democracia. Es la explicación que ofreció cuando retornó a Europa en 1958, después de una corta estadía en el Perú: «Yo soy el precio más alto que hay que pagar, y lo pago» (*Bohemia* 1958). En una entrevista concedida a su viejo enemigo Eudocio Ravines, a quien lo había acercado el cerril anticomunismo que ambos profesaban, Haya afirmaba: «Yo estoy lejos del Perú, y no impondré mi presencia a los enemigos ni a los amigos a la hora de nuestro triunfo, que ya parece cierto. Si mi ausencia y mi renuncia son el precio de la libertad de mi país, desde ahora estoy dispuesto a la renuncia. Yo no quiero nada ni aspiro a nada. Mi aspiración suprema es el triunfo de nuestras ideas, la libertad de mi pueblo» (*Vanguardia* 1957). Pronunciándose sobre lo que consideraba eran las grandes cuestiones nacionales afirmaba que se debía respaldar al régimen, mantener y consolidar la convivencia.

Luis Alberto Sánchez interrumpió la edición de su correspondencia con Haya con una carta del 11 de julio de 1956, dos semanas antes de que se inaugurara la convivencia. Sobre el periodo en que el Apra compartió el poder con Manuel Prado solo incluyó una carta de 1960, perfectamente anodina, desde el punto de vista político. Esto nos priva de una fuente valiosísima para conocer los pensamientos de Haya y los hechos que sucedían más allá de la escena pública, que darían luz sobre el proceso que llevó a Haya a decidir renovar la alianza con el Movimiento Democrático Peruano —el nuevo nombre que adoptó el Movimiento Democrático Pradista— para las elecciones de 1962,

[15] Entrevista a Carlos Franco, Lima, 10 de marzo de 2008.

incorporando a los representantes de la oligarquía en las listas parlamentarias del Apra.

En su texto *Haya de la Torre y el Apra,* Luis Alberto Sánchez insinúa que la decisión de Haya de permanecer en Europa se debió a que le repugnaba estar en el país mientras gobernara un viejo enemigo del Apra: «[Haya] abrigaba la intención de no regresar al Perú si Prado resultaba Presidente en vista de que éste, durante su primer gobierno (1939-1945) [...] toleró o estimuló la persecución tenaz contra el propio Haya» (LAS 1985: 418). Sin embargo, no hay, que sepamos, ningún texto que respalde esta afirmación.Y Haya permaneció fuera del país bastante más allá del fin del gobierno de Prado, hasta que la revolución que comenzaron los militares velasquistas en octubre de 1968, al ejecutar las reformas que Haya había traicionado, amenazó con dejar al Apra al margen de la historia[16].

El nacimiento de la Convivencia

En el Perú el régimen odriísta daba claras muestras de agotamiento. Inicialmente Odría albergó la esperanza de prolongar su mandato, pero movilizaciones violentas en Arequipa y Huancayo le hicieron comprender que era más prudente organizar la transferencia de poder.

La Coalición Nacional, encabezada por Pedro Roselló, Agustín Tovar Albertis, Manuel Mujica Gallo y Alejandro Villalobos, y que en realidad era una fachada para los juegos de Pedro Beltrán, convocó a una reunión en el Teatro Segura en Lima y a una manifestación, después, en el Teatro Municipal de Arequipa. Esta última reunión fue disuelta por polizontes y soplones enviados por el ministro de Gobierno, Esparza Zañartu. Esta agresión fue respondida con un levantamiento general, con barricadas y convocatoria a la huelga general. La respuesta fue tan contundente que provocó la caída del ministro de Gobierno (Miró Quesada Laos 1959: 178-179).

Para mediados de 1955 Odría convocó a elecciones y las fuerzas políticas que habían estado en receso empezaron a activarse. Existía un ambiente efervescente del cual surgirían varias nuevas organizaciones y el sistema de partidos que hegemonizaría la política peruana durante el siguiente medio siglo.

[16] La ausencia de Haya de la Torre en el Perú era motivo de burlas para la revista *Caretas*, que cada año disfrutaba señalando los errores en que este incurría en sus intervenciones, cuando venía por algunas semanas al país, al referirse a hechos de la vida cotidiana peruana, como el incremento del costo de vida. Así resumía su intervención en enero de 1965: «Haya de la Torre en aras de la frase, y debido a su desconocimiento de las técnicas de gobierno (economía, administración) así como a su continuo alejamiento del pais, desbarró en grado sumo durante el Plenario» (Caretas 1965b).

Entre quienes empezaban mover sus fichas buscando el poder se encontraba Manuel Prado Ugarteche, «quien en ese momento había reñido con el gobierno de Lima, y estaba ganosísimo de volver a la Presidencia de la República» (LAS 1982: 244). Prado, que durante los años anteriores había tenido una buena relación con la dictadura, aspiraba a llegar al poder por segunda vez y buscó relaciones con el Apra a través de Luis Alberto Sánchez, al que contactó Roberto Mac-Lean Estenós, un ex-diputado pradista, que había sido secretario general de la Universidad de San Marcos, de la cual Sánchez fue rector entre 1945 y 1948 (LAS 1982: 248).

Ya tempranamente, en 1943, Luis Alberto Sánchez se había mostrado interesado en ciertos cambios que venían operándose en la oligarquía. Esto puede ayudar a entender las simpatías que mostró en adelante por Manuel Prado Ugarteche. En una carta enviada a Haya el 9 de enero de 1943, señalaba que «se está constituyendo un nuevo grupo, poderoso, aunque impopular y repudiable, de neocivilistas con un criterio y un contenido nuevos. Ya no son los señores de *engenio* o de *fazenda*, tipo Pardo, del viejo civilismo, sino gentes que miran a la Bolsa y la bolsa, al Banco y al banco (de acusados, ojalá), y que desenvuelven un innegable capitalismo financiero». Se percibe expectativas en la evaluación que hace Sánchez de la evolución de este grupo: «Esta gente está creando sus reservas e intereses, y se organiza como clase, para defenderse. Puede ser que tengan tanta consistencia como el leguiísmo que no defendió sus posiciones, pero es también muy posible que, unido a cierto sector del ejército, y con el sentido conservador de su dinero que poseen, logren hacer algo más efectivo». El «Imperio Prado», organizado en torno al todopoderoso Banco Popular, bien podía ser una excelente ilustración de lo que Sánchez anotaba. Terminaba sus observaciones con una admonición sobre la necesidad de seguir los cambios que se daban en la sociedad peruana: «preferible es que las cosas nos cojan preparados a imprevisores. Nuestro pecado sempiterno ha sido considerarnos en más de lo que somos, y al adversario en menos de lo que es, flagrante violación de elementales reglas de estrategia. Ojalá esta vez no ocurra igual» (VRHT y LAS 1982: vol. 1, 411-412).

Volviendo a 1955, Manuel Seoane continuaba en Santiago y, según Sánchez, estaba en «una posición de extrema izquierda». Prialé y Villanueva recorrían América Latina, en gira por los comités de desterrados desde México hasta Chile (LAS 1982: 248).

La convocatoria a elecciones movilizó al Apra, que tenía un escaso margen de acción debido a su condición de perseguida e ilegal. «A través de las informaciones que recibimos, se veía con claridad, que el gobierno deseaba "fletar" a un candidato "potable", o sea, a uno que pudiera ser aceptado por la oposición: surgió entonces el nombre de Hernando de Lavalle, a quien, en 1945, Víctor Raúl ofreciera la Presidencia» (LAS 1982: 248).

Manuel Prado radicaba en París y cultivaba relaciones epistolares con Sánchez, quien respaldaba su candidatura. Pero esta solo sería posible si contaba con el visto bueno de Víctor Raúl, y este no estaba entusiasmado con la perspectiva: «Para Víctor subsistían los "contra" de Prado: su dictadura de 1939-45, la leyenda negra de su padre[17], sus vinculaciones con los gobiernos adversos al Apra y con la alta banca, etc. Comprendí que era en la voluntad de Víctor y sólo allí, donde se hallaba el punto neurálgico de la resistencia a una maniobra eficaz. En cambio, Seoane admitía con beneplácito y hasta júbilo la posibilidad de Prado» (LAS 1982: 248). De hecho, Seoane no solo admitía la candidatura de Prado, sino que realizó proselitismo entre los exiliados apristas a su favor, en un evidente viraje con relación a su anterior discurso antiimperialista y antioligárquico: «A fines de 1955 pasó por Buenos Aires Manuel Seoane, lo había hecho en otras ocasiones pero esta vez traía cosas más delicadas [...] Yo escuché a Manolo. Hablaba fluidamente y traía una propuesta para las elecciones de 1956 [...] Buscaba respaldo. A mí me convenció y mi posición en el Comité fue de apoyo a la proposición de Seoane. Esta consistía en apoyar a Prado porque éste garantizaba la amnistía política» (Romero Toledo 1994: 72-73).

Haya no simpatizaba con la candidatura de Prado, que Sánchez promovía; en una carta que le envió el 24 de diciembre de 1955, lo trata despectivamente como «el hijo del traidor» (Haya de la Torre y Sánchez 1982: vol. 2, 269). Sin embargo, se mostró favorable hacia la candidatura de Lavalle.

Es sintomático que, entre los «contras» sobre Prado, Sánchez no mencione la persecución, torturas y prisión sufridas por los apristas durante el primer gobierno pradista. Esto no se debía a que esta hubiese sido una proscripción «benévola». En 1942, en plena clandestinidad, Haya afirmaba que esta situación era equiparable a la sufrida en 1932, en los tiempos de la guerra civil con Sánchez Cerro. Las evidencias muestran que la persecución, significativamente moderada durante los últimos años del gobierno de Benavides, volvió a recrudecer al poco tiempo de que Manuel Prado ascendiera al poder: «Ahora el plan es eliminarme rápidamente [afirmaba Haya en la carta a Sánchez del 24 de octubre de 1942]. Hay dos grandes bandas de asesinos: una encabezada por Pella, otra por Mier y Terán y Rolando» (VRHT 1982: vol. 1, 402). Los aludidos eran conocidos esbirros de la policía política del régimen. Haya consideraba incluso probable la contingencia de perder la vida en una celada: «Si ha de llegar llegará pero nada me hará ceder hasta el fin. Un día puede llegarles la noticia mala. O quizá no. Procuraré que no llegue; pero si llega, algo se oirá después de mí» (VRHT 1982: vol. 1, 402).

[17] Sánchez alude a las acusaciones de «traición» que se alzaron contra Mariano Ignacio Prado, el padre de Prado Ugarteche, cuando este abandonó el país en plena guerra con Chile, en 1879, afirmando que salía al extranjero a comprar armas, mientras era presidente de la República.

Es bueno recordar que Sánchez no sufrió personalmente esa clandestinidad, o la represión asociada a ella, ni ninguna otra, pues en todas las oportunidades en que el partido fue perseguido él optó por asilarse.

Volviendo a las elecciones de 1956, era imposible una candidatura aprista a la presidencia debido al veto de las Fuerzas Armadas. Haya optó por abstenerse en el proceso electoral, y se quedó en Europa. Dio amplios poderes a Ramiro Prialé para que negociara con los candidatos el apoyo de los votos apristas, bajo la condición de que se terminara la proscripción, se amnistiara a los militantes y se legalizara al partido.

Luis Alberto Sánchez viajó de Chile a París para asistir a la sesión anual del Comité Internacional del Congreso por la Libertad de la Cultura, del cual era un convencido animador (LAS 1987: 4)[18]. El proyecto de la candidatura de Prado casi naufraga debido a graves problemas de salud del candidato. Cuando Sánchez llegó a París se encontró con que Prado se hallaba al borde de la muerte y que había viajado a Estados Unidos para ser operado (LAS 1982: 253). Haya de la Torre también se encontraba en París y se reunió con Sánchez. Haya se sentía inclinado más bien por la candidatura de Hernando de Lavalle pero, según Sánchez, «Lavalle no se atrevía a desligarse ni un centímetro de Odría». Quedaron en que se apoyaría a Lavalle si prometía legalizar al Apra y demostraba su independencia. «Víctor Raúl confirmó: "Ese ha sido y es mi criterio sobre la candidatura en Hernando. En cuanto a la de Prado, yo le he dicho a Prialé que él es un cheque en blanco, y que lo que él decida lo acatará el partido"» (LAS 1982: 254-255). En una entrevista en 1971, Haya de la Torre fue más explícito sobre su apoyo a la candidatura de Hernando de Lavalle: «Yo he estado con Lavalle en la Universidad. Hay muchas relaciones con él de orden familiar. Yo me apresuré a telefonearle desde Francfort. Yo estaba desterrado. Le dije: ofrece libertad, hombre. Ofrece reconocimiento del Apra. Ofrece. Y entonces votan por ti. Es lo lógico. Prado y Lavalle eran los dos iguales. Lo que se quería era una puerta de entrada a la legalidad. Por eso se votaba» (Hildebrandt y Lévano 1971a).

Sánchez trataba de ubicar a Prado, infructuosamente, y hasta viajó a Miami con ese fin. Supo luego que Prado había sido operado de un pulmón, en estricto secreto, para no perjudicar sus bonos electorales (LAS 1982: 260). Prado estaba en un estado de salud verdaderamente precario. Inclusive cuando retornó al

[18] La participación de Sánchez en el Congreso por la Libertad de la Cultura era ácidamente cuestionada, pues era un secreto a voces que esta entidad, cuyos integrantes tenían como común denominador un anticomunismo cerril, era financiada por la CIA. Sánchez reconoce que esto era cierto, pero argumenta que él ignoraba las relaciones entre el Congreso y la CIA. Este hecho era más bien de dominio público.

Perú para asumir su candidatura, el 18 de abril de 1956, estaba muy mal y debió realizar el resto de la campaña asistido por una junta de médicos (Ortiz de Zevallos 1976: 65-67).

Aparentemente, ya en 1954 Haya de la Torre había decidido que él no sería candidato en las próximas elecciones y decidió encomendar el manejo de las negociaciones que se venían a un dirigente aprista de toda su confianza: Ramiro Prialé. En una carta enviada a Haya de la Torre en alguna fecha después de agosto de 1954, que es un testimonio extraordinario de la valía de Prialé como dirigente partidario, este hacía un balance de la situación. «Tú sabes, mejor que nadie, que en las etapas similares a la presente los cuadros se reducen. Lo importante es que se mantenga la vertebración fundamental» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 174).

Efectivamente, durante las etapas de clandestinidad el Apra quedaba reducido a apenas unas pocas decenas de fervorosos cuadros, que se multiplicaban en el trabajo para mantener la presencia del partido. Ricardo Tello, un aprista de extracción popular, cuenta, a propósito de la clandestinidad vivida entre 1940 y 1945, durante el primer gobierno de Prado, cómo eran las cosas en Lima: «El Partido era en realidad 10 a 15 cuadros que lo movilizaban, pero que teníamos una vitalidad asombrosa. Todos creían que el Partido era un montón de gentes. ¡Si vieras! ¡Diez a quince cuadros trabajando día y noche como locos!» (Cristóbal 1985: 48).

Para 1954 se habían logrado los avances que contaba Prialé y el partido comenzaba a crecer nuevamente, tanto en comités como en organización sindical y conexiones con las provincias. Prialé reiteraba que la viga maestra de su trabajo era la unidad partidaria y el reconocimiento y respeto a la figura de Haya, así como «respetar nuestras banderas jamás arriadas, vale decir, los principios permanentes que sustentan y guían nuestra lucha: nuestra posición antiimperialista, democrática, bolivariana, antioligárquica y antifeudal» (*sic*) (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 174).

En ese momento Prialé ignoraba qué pensaba Manuel Prado, a quien se voceaba ya como candidato. Dudaba que se lanzara como representante de la oposición, pues los Prado tenían demasiados intereses que defender y necesitaban el favor oficial. «Si no lo consiguen, se sumarán al carro para conservar una situación semejante a la actual» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 179).

Para asumir las negociaciones en el proceso electoral que se avecinaba, Prialé solicitó a Haya un respaldo escrito para realizar su labor: «sería no solo alentador sino de gran eficacia que enviases algún documento en virtud del cual se confirme tu confianza en mi gestión como Secretario General, o si lo quieres, una nota en la cual afirmes que además de tan alto cargo me encomiendas tu delegación» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 179-180). Haya le dio el respaldo que pedía, «un cheque en blanco», según sus propias palabras, y en adelante solo tuvo palabras de elogio hacia la forma en que Prialé cumplió su encargo.

En 1955 Ramiro Prialé estaba exiliado en Chile. Según narró en una entrevista, allí recibió la noticia de que 113 ciudadanos peruanos habían hecho una declaración en la cual le pedían a Odría un cambio en la forma en la que se estaba ejerciendo el poder. «"¡Esto está maduro!" me dije, entusiasmado. Y me vine acá al Perú, clandestinamente, en un barquito chileno» (Bohemia 1958).

La versión de Armando Villanueva del Campo sobre estos hechos difiere en detalles significativos. Según él, Prialé viajó al Perú en base a un acuerdo con Odría. Pedro Beltrán, el ideólogo de los agroexportadores, director del influyente periódico *La Prensa* y uno de los más enérgicos impulsores del golpe que llevó a Odría al poder y al Apra a las catacumbas, para 1950 había roto con el régimen y en 1955 estaba conspirando contra Odría. Beltrán envió un emisario a Chile a tratar de lograr un acuerdo con el Apra. Fue por eso que Odría lanzó furiosos ataques contra el partido de Haya, pero luego optó por enviar su propio emisario para abrir negociaciones con los apristas exiliados:

> Odría descubrió que Don Pedro Beltrán se estaba entendiendo con nosotros. Beltrán había enviado gente a Chile, donde hubo conversaciones con Seoane y con Sánchez. Odría se avivó. ¿Quién viajó como enviado de Odría? El periodista Jorge Moral. Traía la representación de Esparza [el ministro de Gobierno de Odría y feroz verdugo de los apristas en ese mismo momento, N.M]. Viajó con el pretexto de realizar entrevistas, inclusive una a mí que publicó en una revista de Lima [...] A raíz de la visita de Moral a Chile, el primero que volvió al Perú fue Roberto Martínez Merizalde. Y el segundo, Ramiro Prialé, con todas las garantías (V del C 2004: 485).

Las negociaciones con Odría se realizaron con la anuencia de Haya de la Torre. Este, en una carta enviada a Luis Alberto Sánchez desde Bruselas, el 4 de diciembre de 1955, decía que las conversaciones con el dictador tenían «fondo y antecedentes». Afirmaba que debieron cuajar en marzo y se quejaba de que la publicación de un artículo titulado «¿Hay un acuerdo secreto entre Haya de la Torre y Odría», firmado por un periodista argentino en la revista *Tribuna Popular*, de Montevideo, las había echado a perder, provocando «aquella reacción histérica del militarote» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 268). Por fortuna para Haya se superó el *impasse* y las conversaciones siguieron adelante.

Los acuerdos del Apra con Odría no se limitaron a que este permitiera el retorno consentido de Prialé y Villanueva al Perú sino que involucraron la negociación de acuerdos concretos, concertados en varias reuniones con el dictador.

Las reuniones entre Odría y los apristas no eran las únicas iniciativas en marcha al iniciarse 1955. Hubo un intento de promover una candidatura de la derecha excluyendo al Apra, promovida por el director de *El Comercio*, Luis

Miró Quesada de la Guerra, uno de los más grandes antiapristas del país. Miró Quesada y Augusto N. Wiese, un poderoso banquero conservador, convocaron a una reunión de notables en el Convento de Santo Domingo, donde esperaban construir un consenso electoral. Asistieron hasta representantes del gobierno, pero el gran rival de Miró Quesada, Pedro Beltrán, el director de *La Prensa*, se abstuvo, lo cual presagiaba la imposibilidad de conseguir una representatividad suficiente para la reunión. El evento fracasó y concluyó en el ridículo pues se presentó de improviso a la reunión e intervino por fuera de cualquier control Pedro Cordero y Velarde, un personaje pintoresco de la Lima de los cincuenta: un orate que se proclamaba Apu Inca Verdadero, Presidente de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas de Aire, Mar, Tierra y Profundidad. El fiasco fue ampliamente capitalizado por *La Prensa* en sus notas periodísticas del día siguiente (Thorndike 1978: 85-89). Este incidente devolvió la iniciativa a Beltrán y sus allegados.

El pronunciamiento de los «113 ciudadanos» que preludió la caída de Odría fue promovido por Pedro Beltrán desde *La Prensa* y fue redactado por Enrique Chirinos Soto (Chirinos Soto 1987: 46). El texto demandaba la derogatoria de la Ley de Seguridad Interior de la República, la reforma del estatuto de elecciones y la amnistía política general. Fue concebido como para que lo suscribiera no solo la derecha sino un amplio espectro de fuerzas y salió publicado el 20 de julio, encabezado por Pedro Beltrán y suscrito, entre otros, por Luis Alayza, Ramón Aspíllaga, Manuel Mujica Gallo, Luis A. Flores, José Gálvez, Fernando Belaunde Terry, Pedro Roselló, Luis Bedoya Reyes, Roberto Ramírez del Villar, Héctor Cornejo Chávez y Javier de Belaunde. Flores era el dirigente máximo de la Unión Revolucionaria, el partido fundado por Luis M. Sánchez Cerro, y Belaunde, Bedoya, Cornejo Chávez y Roselló formarían pronto sus propias organizaciones. El poeta José Gálvez encabezaría la lista de «amigos del Apra», que llegarían al Parlamento con el apoyo aprista.

Esta declaración era en esencia una iniciativa de la derecha descontenta con Odría y fue capitalizada en lo inmediato por Pedro Roselló y Manuel Mujica Gallo para fundar la Coalición Nacional, «nombre deliberadamente significativo que reproduce el del viejo conglomerado de pierolistas y civilistas que, en 1895, derrocó la dictadura militar de Cáceres» (Chirinos Soto 1991, vol 2: 200).

El 6 de diciembre de 1955, Roselló realizó una reunión pública en el Teatro Segura y atacó abiertamente al gobierno. Intentó repetir esta acción en Arequipa, como ya se vio, pero la reunión fue reprimida por agentes del gobierno. La respuesta de los arequipeños fue un levantamiento con barricadas y convocatoria a la huelga general, exigiendo la renuncia del ministro de Gobierno, Alejandro Esparza Zañartu. La obligada renuncia de Esparza fue el inicio del fin de la dictadura.

Los periódicos, y especialmente *La Prensa*, comenzaron una oposición abierta. José Luis Bustamante y Rivero retornó en triunfo del exilio. Los dirigentes políticos empezaban a buscar al Apra, cuyo apoyo era imprescindible para ganar.

La Coalición Nacional era una especie de reedición de la Alianza Nacional propiciada por Pedro Beltrán en 1950 para intentar controlar a Odría. En aquel entonces la necesidad de los sectores exportadores de defender sus intereses los llevó a tratar de construir sus propios medios de representación política. Fue así que Pedro Beltrán —el más lúcido representante de esta tendencia, un librecambista formado en la London School of Economics, con intereses en la explotación del algodón—, quien anteriormente actuó como embajador en Washington, retornó al país convirtiendo al periódico *La Prensa* en el vocero político de este sector durante las dos décadas siguientes. La correspondencia entre Beltrán y Gildemeister, el propietario de Casagrande, Paramonga y otras muchas empresas agroindustriales y el hombre más rico del país, es muy explícita con relación a cómo organizaron la defensa de sus intereses. Desde *La Prensa* Beltrán se dedicó a bloquear todo intento de transformación, evitando confrontaciones con el gobierno en temas en los cuales los exportadores podrían aparecer aislados, como era el del incremento de los impuestos, llegando a presentarse demagógicamente como defensores del Ejército y «antiimperialistas», en temas como la renegociación de la deuda externa y la negociación de los contratos de Sechura, para cerrar el paso a la entrada de capitales frescos que dieran un respiro al gobierno y fortalecieran una alternativa proindustrial que los perjudicaba. Su juego estuvo orientado primero a distanciar al gobierno del Apra, para, una vez logrado este objetivo, buscar una salida autoritaria como la que finalmente encarnó Odría (Portocarrero 1983).

Los agroexportadores promovieron y financiaron el golpe de Odría, pero este, apenas se afirmó en Palacio, amenazó con autonomizarse. Beltrán fue uno de los más importantes promotores de la conspiración para deshacerse de Odría y contó con el apoyo de Eudocio Ravines, el ex secretario general del Partido Comunista Peruano, quien, luego de romper con los comunistas, terminó de aliado de los sectores más reaccionarios del país. Según Ravines, el asesinato de Francisco Graña Garland lo acercó a Beltrán. Este crimen fue imputado al Apra y Ravines lo atribuye directamente a Haya de la Torre quien, según su versión, se habría deshecho de esta forma de uno de sus más vigorosos contendores políticos (Ravines 1952: 472)[19].

[19] El Apra, a su vez, intentó atribuir el crimen a Ravines: «Cuando el crimen Graña [narra Guillermo Carnero Hoke], el Apra fraguó un famoso documento, el "Documento de Rancagua", para desviar la responsabilidad que le cabía y recayese sobre Ravínez (*sic*). El argumento era que el comunismo mexicano se valía de un agente peruano (Ravínez) para cometer un delito en el Perú. Al final el

En sus memorias, Ravines describe a Pedro Beltrán como un católico y un aristócrata de nacimiento, un hombre representativo de uno de los sectores capitalistas más poderosos del Perú. Los presentó Xavier Ortiz de Zevallos y se asociaron en una cruzada conservadora, dirigida tanto contra los comunistas como contra los apristas. La campaña tenía como su faro a *La Prensa*, dirigida por Beltrán, y a la revista *Vanguardia*, dirigida por Ravines, que se imprimía en los talleres de *La Prensa*. Para entonces, este se sentía completamente a gusto con sus nuevos asociados y se incorporó a la Alianza Nacional, donde, dadas las habilidades que adquirió cuando fue funcionario de la Internacional Comunista, se convirtió en el estratega con mucha facilidad. Por su parte, Beltrán estaba tan satisfecho con su nueva amistad que terminó encomendándole a Ravines la dirección de *La Prensa*. Para entonces, la visión del mundo de Eudocio Ravines había cambiado completamente, y solo mantenía el carácter sectario e intransigente con que se le conoció siempre, mientras fue el hombre más poderoso del comunismo peruano:

> El combate al lado del grupo que dirigía Beltrán [escribe Ravines], me enseñó [...] que dentro del campo de los ricos, de los católicos, de los llamados conservadores, existían también hombres dispuestos a entregarse a las luchas más abnegadas, más cargadas de sacrificio, por el bienestar de los demás, por el progreso material y espiritual de su pueblo, por la transformación de las condiciones sociales establecidas por el egoísmo humano, en otras más nobles, más justas, más concordes con los ideales de solidaridad humana (1952: 472).

Luego del fracaso del alzamiento del 3 de octubre de 1948, el presidente Bustamante y Rivero declaró al Apra fuera de la ley. Aprovechó la oportunidad e hizo deportar también a Ravines, cuyos afanes golpistas eran conocidos. Derrocado Bustamante por Odría el 28 de octubre con el apoyo de la Alianza Nacional, Ravines retornó al Perú. Un año después empezó a organizar la ofensiva

---

Tribunal de Justicia acordó abrir juicio a Haya y Seoane, pero quien realmente fraguó ese documento fueron otras personas [...] En lo de Graña, Haya fue acusado de autor intelectual por los jueces del país. Pero los autores fueron otros» (Cristóbal 1985:142). Por el crimen de Graña fueron enviados a prisión los apristas Alfredo Tello Salavarría y Héctor Pretell. Diversos testimonios de disidentes apristas exculpan a Pretell y apuntan a otros autores. Luis Chanduví Torres, un disidente que tuvo una larga trayectoria en los aparatos clandestinos del Apra, señala como el autor material del crimen al militante aprista Eddie Chaney Sparrow y a altos dirigentes apristas como complicados en la gestación del crimen. En lo que hay coincidencia es que los trece años de carcelería que se impusieron a Tello y Pretell tuvieron una motivación más política que de hacer justicia (1988: 348-356). Chanduví fue un militante aprista que participó en muchos de los operativos clandestinos del partido. Su testimonio es fundamental para conocer la dimensión conspirativa del quehacer del Apra.

contra Odría. Este había otorgado a los exportadores todo lo que querían pero ahora ellos se proponían tomar directamente el poder. Odría respondió violentamente deportando a Ravines y obligando a la Alianza Nacional a declararse en receso. Beltrán tuvo que replegarse y esperar a que el desgaste del régimen estuviera avanzado, para empezar a mover sus fichas otra vez, en 1955.

A Pedro Beltrán se le atribuye haber sido el poder real detrás de la Coalición Nacional de 1955. Aunque no quiso encabezarla personalmente, alentó a hacerlo a Pedro Roselló, quien era miembro del directorio de *La Prensa* (Beltrán 1976: 61), aparentemente para no «quemar» sus posibilidades como candidato presidencial (Thorndike 1978: 90-93). La Coalición Nacional, que comenzó auspiciosamente con una actitud de denuncia abierta contra el régimen, cometió el gran error de abrirse dos frentes de lucha simultáneamente: contra Odría y contra el Apra. Esto la liquidó rápidamente; un mitin que los coalicionistas convocaron en Trujillo, en el que Manuel Mujica imprudentemente atacó al Apra, casi termina con su linchamiento y Armando Villanueva tuvo que rescatar a los asustados coalicionistas de una muchedumbre de apristas enfurecidos (V del C 2004: 495-496). Este incidente dejó en claro que no iba a ser posible realizar una transferencia de poder si no se incorporaba a los apristas al juego político.

El fracaso de la Coalición y las negociaciones de los apristas con Odría dejaron sin juego a Pedro Beltrán. Este reaccionó volcando el apoyo de *La Prensa* a la candidatura de Fernando Belaunde, no porque tuviera algún tipo de coincidencia ideológica con él —Belaunde proclamaba la necesidad de cambios sociales, de una reforma agraria y de una solución nacionalista al problema del petróleo, planteamientos que estaban en las antípodas de lo que pensaba el más importante representante de los agroexportadores—, sino por que de esa manera le complicaba el juego político a Odría, ganando capacidad de negociación propia. El respaldo de *La Prensa* fue fundamental para que la candidatura de Belaunde, inicialmente un desconocido para el gran electorado, pudiera despegar.

La descomposición del gobierno de Odría continuaba. El 16 de febrero de 1956, el general Marcial Merino se alzó en Iquitos y *La Prensa* decidió publicar su manifiesto revolucionario al día siguiente. Odría se enteró y respondió al desafío haciendo poner a Beltrán en prisión. «Unos cuarenta trabajadores del diario de Baquíjano —periodistas, empleados, hombres del taller— rodean a su director e impiden que la policía le ponga las manos encima. A los agentes del orden no les queda más remedio que llevarse a todos, primero a la Penitenciaría, y en seguida a la isla penal de El Frontón, en la que ya tenían alojamiento líderes de la Coalición Nacional y senadores de la oposición» (Chirinos Soto 1991, vol. 2: 202).

El alzamiento de Merino fracasó, así como el intento del gobierno de censurar a *La Prensa*, cuando sus redactores prefirieron abstenerse de editarlo antes de aceptar el control gubernamental. Una adversa reacción nacional e internacional —que llegó a que la Sociedad Interamericana de Prensa otorgara en sesión extraordinaria la medalla de Héroe de la Libertad de Prensa a Beltrán— obligó a Odría a retroceder (Beltrán 1976: 61). Beltrán salió como un héroe de la isla penal de El Frontón: ese habría sido el momento ideal para que lanzara su candidatura a la presidencia, pero dejó pasar su gran oportunidad debido a sus dudas.

Prialé llegó a Lima en agosto de 1955, poco después del pronunciamiento de los 113. Aunque Odría hablaba incendios sobre el Apra y el partido estaba en la clandestinidad —con sus locales cerrados, sus periódicos clausurados, sus líderes en el exilio—, con su experiencia de militante fogueado Prialé sabía que el tiempo del Apra se acercaba:

> Como venían las elecciones, yo sabía que todos vendrían a nuestra puerta a tocar. "¡Esta es la nuestra!", me dije. Pero a qué puerta iban a tocar los señores si ni siquiera sabían dónde estaba la puerta? Lo primero, pues, era hacerles saber dónde estaba la puerta. Un periódico de provincias publicó la noticia. ¡Ya estaba la puerta! Ahora vendrían a mí [...] Pero, eso sí, esta vez todo iba a ser distinto. Las veces anteriores habíamos calentado el agua para que ellos se tomaran el té. Ahora yo les iba a decir a todos que nosotros queríamos tomar té también (Bohemia 1958).

Inicialmente existían ocho candidatos: Manuel Prado, Hernando de Lavalle, Carlos Miró Quesada Laos, el general Zenón Noriega, Héctor Boza, Fernando Belaunde Terry, el general Carlos Miñano Mendocilla y Luciano Castillo, pero algunos de los menores no lograron reunir las firmas que necesitaban y otros renunciaron a favor de Prado para no dispersar los votos. Entre ellos renunció a su candidatura Miró Quesada Laos, fascista durante los años treinta y embajador del gobierno de Odría en los cincuenta. Miró Quesada rompió con el régimen cuando Odría se allanó a obedecer la sentencia de la Corte Internacional de La Haya, reconociendo el derecho de Haya de la Torre de acogerse al asilo que le brindó Colombia. Decidió entonces apoyar a Prado convencido de que este rechazaría la legalización del Apra, amparándose en la prohibición constitucional que impedía la existencia de «partidos extranjeros». Prado manipuló hábilmente su antiaprismo, asegurándole que mantendría al Apra al margen de la legalidad. Cuando se produjo el pacto con el Apra, Miró Quesada renunció, sintiéndose burlado, prestando, sin saberlo, un gran servicio a los apristas, como veremos más adelante (Miró Quesada Laos 1959: 177 y ss.).

Las negociaciones electorales involucraban no solo al Apra y a los candidatos a la presidencia sino también al saliente Odría, que quería asegurarse de abandonar el poder con las espaldas cubiertas, tanto en relación a los cargos de corrupción generalizada que se le hacían como por las violaciones de derechos humanos cometidas durante su mandato. Quienes entraron a las negociaciones, incluido el Apra, sabían que ese era el precio de la anuencia del general.

Según narra Prialé, inicialmente Odría estaba reticente, pero fue cambiando a medida que avanzaban las negociaciones: «El plan de la unificación se empezó a elaborar lentamente. Odría se amansaba. Él mismo estaba ya contemplando la convivencia como una necesidad personal» (Bohemia 1958).

Apenas retornó a Lima, procedente de Santiago, Armando Villanueva del Campo se puso en contacto con Prialé. Sus viejos reflejos de conspirador se erizaron cuando lo vio llegar por la calle, sin tomar medidas de seguridad, pero Prialé le contestó: «No te preocupes. Dentro de un rato voy a ver al General Odría». Era enero de 1956, las reuniones de los dirigentes del Apra con Odría se desarrollaban con cordialidad y se contempló la posibilidad del apoyo aprista a Lavalle, el candidato de Odría, sobre la base de la legalización del Apra (V del C 2004: 488). Pocos días después, Odría citó a los dirigentes apristas en la casa presidencial de verano, en La Perla. Para hacerse una idea de la naturaleza de las elecciones que se venían, presenciaba la reunión, semiescondido y asomando desde una habitación contigua, el presidente del Jurado Nacional de Elecciones, César Augusto Lengua. Odría, en presencia de Lavalle, les informó que el Ejército se había opuesto al pacto en marcha porque rechazaba que se levantara la proscripción que pesaba sobre el Partido Aprista. Por lo tanto, el dictador reconocía que el pacto no era viable, dejando al Apra en libertad de decidir. En esas condiciones, Prialé le contestó que era imposible un convenio[20]. Esto dejaba a Lavalle en una posición sumamente comprometida, más aún cuando ya había convocado a su mitin central de campaña en la Plaza San Martín. Acordaron entonces que los apristas asistirían al mitin, para no desairarlo, pero su suerte estaba echada (V del C 2004: 489).

Los dirigentes apristas se reunieron también con Pedro Beltrán, que impresionó muy favorablemente a Villanueva del Campo: «No era el personaje siniestro que yo había concebido» (2004: 490). Las relaciones con el líder de la derecha neoliberal estaban entabladas y Beltrán tendría el pleno apoyo del Apra cuando Prado, ya presidente, lo convocó para presidir el gabinete ministerial y asumir el Ministerio de Hacienda, e implementar su ajuste económico, en 1959.

[20] Según Prialé, fue el contralmirante Saldías, el tío político de Belaunde, quien se opuso tenazmente al retorno de los apristas a la legalidad (Bohemia 1958).

Las elecciones de 1956

A mediados de abril Manuel Prado retornó al Perú desde Miami para dirigir su campaña, y pidió reunirse con los apristas. Villanueva asistió a la cita y constató que «Prado, que tenía una fama bien ganada de seductor, ya se sentía presidente. La reunión por momentos adquirió un tono surrealista»:

> [Prado] habló de su primera época de gobierno. Dijo que él había tenido la mejor intención de conciliar con los apristas pero que unos muchachos apristas le creaban problemas.
>
> -Yo fui uno de ellos —lo interrumpí.
>
> -Ah, no me diga... —y don Manuel sonrió afablemente.
>
> -Me tuvo usted preso y después me deportó. Pero no estoy resentido con usted porque me sacó a Chile y se me curó el asma [...]
>
> -¡Ya usted lo ve! —se alegró don Manuel—. ¡Después de todo no he sido tan antiaprista!
>
> ¡Casi le tuve que dar las gracias! Más tarde se reunió con Prialé. A diferencia de Lavalle, Prado dio todas las garantías (2004: 493).

Explicando la alianza con Prado, Ramiro Prialé señaló que este les prometió amnistía y legalidad: «El aprismo quería montarse en el carro de la legalidad y de los tres candidatos el único que nos compró el boleto fue Prado. Eso explica nuestro apoyo» (Bohemia 1956). A la observación de que Prado era el más conservador de los tres aspirantes, Prialé contestó: «Tal vez no resulte el candidato más conservador [...] Recuerde que fue este mismo Presidente Prado quien dio posesión a Bustamante en 1945 y fue bajo su gobierno cuando el APRA ganó, en elecciones libres, todas las alcaldías y la casi totalidad de los escaños en el Senado y la Cámara» (1956). La justificación de Prialé desbarata la coartada aprista, ampliamente utilizada, ante las críticas de que no utilizaron el poder para cumplir sus promesas electorales: que durante el gobierno de Bustamante el Apra no fue gobierno.

Una sorpresa que no fue adecuadamente valorada inicialmente, ni por los apristas ni por los demás contendientes, fue la resonancia que comenzó a adquirir la candidatura de Fernando Belaunde Terry, un joven arquitecto poseedor de un gran carisma que adoptó una línea de denuncia al régimen que atrajo grandes simpatías electorales:

> Hubo alguien que pulsó bien la situación y que supo a su tiempo comprender lo que el país sentía arrastrando tras de sí a la oposición que era enorme

> y creciente. El candidato Fernando Belaunde tocó en el órgano electoral las notas gratas al oído de los electores. Atacó al gobierno de Odría en forma franca y rotunda. No usó la media tinta ni el eufemismo. En calles y plazuelas criticó al régimen, con decidido coraje, perseverancia en las tiradas a fondo y calor en el lenguaje (Miró Quesada Laos 1959: 194-195).

De Belaunde, Chirinos Soto ha dicho que cultivaba, como Piérola, «la estética del gesto». Su candidatura de 1956 fue más bien improvisada: no pudo presentar candidatos a las vicepresidencias, ni listas parlamentarias en todos los departamentos. No presentó las veinte mil firmas necesarias para respaldar su candidatura a tiempo, pero, cuando el Jurado Nacional de Elecciones le negó la inscripción, sus partidarios se volcaron a las calles. El carro «rompemanifestaciones» —popularmente conocido como *rochabús*, en honor a Temístocles Rocha, el senador odriísta que los importó— entró en acción. Belaunde se le puso al frente enarbolando la bandera del Perú para marchar hacia Palacio, por lo que resulto empapado y recibió una golpiza. La forma en que *La Prensa* cubrió estos incidentes en su edición del 2 de junio contribuyó mucho a convertir al joven arquitecto en una figura política de proyección nacional. Consiguió imponer la inscripción de su candidatura, Acción Popular convirtió el «manguerazo» en su gesta fundacional, y el primero de junio en la fecha de su partida de nacimiento (Chirinos Soto 1991: vol. 2, 204).

Según Villanueva, Haya de la Torre sugería desde Europa la posibilidad de apoyar a Belaunde, pero Prialé rechazó esta propuesta por consideraciones tácticas: «Si ya con Lavalle me niegan la legalidad al partido, Belaunde es el más agresivo contra el gobierno, nosotros lo apoyamos y nos anulan las elecciones otra vez» (V del C 2004: 493). En su informe al III Congreso Prialé ratificó esta versión: «Teníamos que seguir la línea más fuerte y más segura y la candidatura del Dr. Prado ofrecía seguridades por su posición económica y vinculaciones militares para defender las elecciones» (Prialé 1960: 40).

Poco después, Belaunde, que sabía que Prialé se había reunido varias veces con Odría, tomó distancia y empezó a atacar también al Apra, denunciando sus negociaciones con Odría: «No pudo evitar decirle a Prialé, aludiendo a las visitas a La Perla, "Vaya usted a pedir órdenes en Versalles"» (V del C 2004: 494).

Un libro publicado por Acción Popular en 1962, para justificar la anulación de las elecciones realizadas ese año por la Junta Militar que derrocó a Prado, ofrece una interpretación del derrotero que llevó al Apra a la alianza con la derecha que muestra cómo el acciopopulismo criticaba al Apra desde la izquierda:

> Si bien el Apra y los grupos adinerados se habían enfrentado con gran violencia en el pasado, aquélla había terminado incorporada a la órbita de

> éstos. Varios hechos habían contribuido a tan insólito fenómeno. En primer lugar, el apoyo que en 1956 le brindó, sucesivamente, el Partido Aprista a las candidaturas del doctor Lavalle y del doctor Prado —ambos pertenecientes a los más poderosos sectores económicos— hizo pensar a otros acaudalados personajes, especialmente al señor Pedro Beltrán, en que ellos también podían conseguir en el futuro ese respaldo para sus aspiraciones presidenciales. En segundo término, en el horizonte se insinuaban nuevos movimientos renovadores, que no disimulaban su independencia respecto de las fuerzas de "la dictadura económica", la que contrastaba con la obsecuencia del Apra que, cansada de una larga lucha, no anhelaba sino colaborar con ellas. En tercer lugar, el Partido Aprista venía controlando los sindicatos y un buen entendimiento con sus líderes significaba la paz social en fábricas y haciendas. Finalmente el pregonado anticomunismo aprista tranquilizaba a muchos sectores, en particular a las empresas extractivas norteamericanas [...] La combinación de estos factores hizo que los grupos adinerados, peruanos y extranjeros, llegaran a la conclusión de que era conveniente que dicho partido se mantuviera poderoso e influyente (Belaunde Terry 1962: 9).

Francisco Belaunde —hermano del arquitecto Fernando Belaunde y redactor del texto que comentamos— llegó a comparar la relación entre el Apra y la plutocracia con la del colonialismo británico y «los regimientos de cipayos» reclutados por los ingleses entre la propia población nativa de la India para mantenerse en el poder: «La oligarquía pradista pretendía imperar sobre las masas con un partido integrado por agentes procedentes de ellas» (1962: 8).

Francisco Belaunde acusa al régimen de la convivencia de «inercia en materia constructiva», y de «afianzar la "dictadura económica", esto es la prepotente y egoísta dominación de grandes grupos capitalistas» (Belaunde Terry 1962: 7). Imputa adicionalmente al gobierno de Prado recurrir a la corrupción y al «ametrallamiento» de las masas trabajadoras, así como manejar los recursos públicos en función de sus designios: «La famosa partida de Defensa de la Democracia servía para el primero; y lo segundo arrojaría en el sexenio apropradista un saldo de alrededor de un centenar de obreros y campesinos masacrados en una veintena de encuentros con la fuerza pública» (1962: 8). Le reconoce, sin embargo, como mérito, haber mantenido las libertades públicas, sin dejar por eso de mostrarlo como un gobierno sanguinario y represivo, capaz de cometer «atropellos, como las matanzas de trabajadores, como la detención y enjuiciamiento del Jefe de Acción Popular y de varios de sus correligionarios. Pero en todo momento los ciudadanos y la prensa pudieron expresar su opinión sin limitación alguna, y los partidos y la oposición parlamentaria actuar con libertad» (1962: 9-10).

Según la propia confesión de Fernando Belaunde, en las elecciones de 1956 él jugaba a que el Apra no participara en la competencia, lo cual le habría allanado el camino a Palacio: «Yo pensaba que, en un proceso electoral en que el aprismo estaba proscrito, al Apra le correspondía abstenerse [...] Si el Apra se hubiera abstenido, a mí no me detenía nadie. Llegado al gobierno, le habría hecho justicia» (Chirinos Soto 1987: 53)[21]. Belaunde fue más allá, según narra, invitó a Prado y Lavalle «a que juntos reiteráramos ese llamado». Ni Prado ni Lavalle le siguieron el juego.

La versión de Villanueva de que Haya de la Torre veía con simpatía la candidatura de Belaunde, es contradicha por los juicios que el líder máximo del Apra hace sobre Belaunde en una carta a Luis Alberto Sánchez enviada desde Bruselas, el 20 de junio de 1956: «En desacuerdo absoluto con tu concepto sobre lo de Belaunde. Este instrumento de Saldías y Beltrán es y ha sido el peor enemigo del Partido. Y sus ataques a Prialé son imperdonables. Más todavía su recolección de traidores y sus hipos caudillistas. Sobrino del frustrado tío, es su reencarnación menos gárrula» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 288)[22]. En otra carta, escrita el 4 de julio, Haya añadía: «Sé que Odría le escribió a Esparza: "Quise dar la legalidad pero Saldías me amenazó con renuncia y manifiesto". Saldías, tío de Belaunde, tenía la jugada: mantener la ilegalidad para dar vigencia al candidato pituco. ¡Y los que creyeron en el presunto Bustamante de segunda edición!» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 295).

Por su parte, Ramiro Prialé sostuvo que Belaunde trató por todos los medios de atraer a las masas apristas acusando a sus líderes de haberse vendido a Odría. Afirmó además que Belaunde estuvo seriamente comprometido en el intento de golpe militar que se frustró después de las elecciones de 1956[23]. Armando Villanueva del Campo, acusando a Belaunde de inventar la existencia del «pacto de Monterrico» —la alianza con Odría y la oligarquía—, llegó a afirmar:

> Si hubiese habido tal pacto no habría ocurrido el "bogotazo de bolsillo" que se produjo en los últimos días de junio de 1956 al hacerse patente la derrota

[21] Con justicia los apristas tendrían que reclamarle a Belaunde que se allanara tan fácilmente al veto impuesto por un gobierno dictatorial contra un partido que contaba con el mayor arraigo popular.

[22] La alusión al tío de Belaunde se refiere a Víctor Andrés Belaunde, que no tuvo éxito en sus intentos de participar en la política nacional. Fernando Belaunde acusó al Apra de haber sacado un comunicado que «desahuciaba» su candidatura y prohibía a los apristas que firmaran sus planillones, pero ninguna de las dos medidas va mas allá de lo que es habitual en cualquier proceso electoral (Chirinos Soto 1987: 53).

[23] «En Acción Popular [sostiene Prialé] se mezclan, de un modo confuso corrientes de extrema derecha y extrema izquierda. En estos momentos, el belaundismo no ofrece peligro como movimiento electoral de masas sino como movimiento pro-golpista» (Bohemia 1958).

> de Belaunde. El "bogotazo de bolsillo" fue instigado por el Ministro de Gobierno de la dictadura, General Villacorta, y por su congénere Saldías, protector y pariente, por entonces de Belaunde. Se trató de crear condiciones de violencia para inculpar al aprismo y frustrar sus posibilidades de insurgencia a la vida cívica legal (*Presente* 1960; *Bohemia* 1958).

Villanueva acusó adicionalmente a Belaunde de evadir pronunciarse sobre la legalización del Apra, «seguramente por los compromisos que ya había adquirido con la oligarquía y el grupo dictatorialista de Saldías, compromisos patentizados después a través de su alianza con *El Comercio*, diario de la caverna peruana» (*Presente* 1960)[24].

Luis Alberto Sánchez añade otro cargo: «Fernando Belaunde, iracundo porque no se le apoyaba; denunció públicamente, por medio de *La Prensa*, la presencia de Prialé en Lima» (LAS 1982: 262-263). Puesto que la presencia de Prialé en Lima había sido negociada con Odría desde Santiago de Chile, y el mismo Prialé afirma que él deseaba que los representantes de los partidos de la derecha supieran dónde encontrarlo para negociar, no se ve en qué afectaba esta «denuncia» al Apra o a Prialé, salvo, claro, en que proporcionaba una prueba concreta de la existencia de un pacto secreto entre el Apra y Odría, que es lo que Belaunde venía denunciando.

La insinuación de Villanueva del Campo de que Odría habría maniobrado para impedir que el candidato del Apra asumiera el poder, es desmentida por las declaraciones de Ramiro Prialé: «Odría estaba interesado en entregarle el poder a Prado. Todo indica que también Prado, antes de las elecciones, había conversado con Odría. El cambio de poderes se produjo normalmente, y el General Odría salió de viaje» (*Bohemia* 1958).

A primera vista, la alianza «natural» del Apra debió ser con Acción Popular, el partido del arquitecto Belaunde; una organización que representaba a las clases medias profesionales, tenía un importante arraigo entre los jóvenes universitarios, se presentaba como antioligárquica y nacionalista, e incorporaba en sus banderas la necesidad de reformas urgentes como la reforma agraria y la nacionalización del petróleo, una reivindicación que se había constituido en un clamor nacional. Pero precisamente el parecido de sus banderas exigía al Apra diferenciarse tajantemente. Sánchez lo señaló muy gráficamente cuando describió a AP como un intento de constituir «un Partido Aprista sin Haya de la Torre». En las conversaciones que Enrique Chirinos Soto sostuvo con Belaunde, aquel le recuerda a este que sus críticos se referían a Acción Popular como «un

[24] Las declaraciones de Villanueva del Campo estaban dirigidas a la militancia aprista; *Presente* era la revista más importante del Apra.

falso aprismo, con un falso Seoane, con un falso Orrego». Alude así al hecho de que en las listas de Acción Popular participaran Edgardo Seoane y Eduardo Orrego, que a los apristas tenía que sugerirles el nombre de Manuel Seoane —el hermano de Edgardo— y Antenor Orrego, otro destacado líder aprista. Belaunde, muy en su estilo, replicó que la falsedad radicó en el «Pacto de Monterrico» que «a la hora undécima, pretendió absolver al dictador de toda culpa» (Chirinos Soto 1987: 55). Aunque el Apra siempre ha rechazado que tal pacto existiera, el hecho es que el pradismo cumplió escrupulosamente con no acusar a Odría, ni por los actos de corrupción ni por las violaciones de derechos humanos cometidos durante su gobierno. El Apra secundó lealmente esta política de borrón y cuenta nueva. Para el final de la convivencia, Odría estaba limpio y jugaría un rol muy importante en las siguientes elecciones.

Según Víctor García Toma, la decisión de apoyar a Prado fue tomada en una Convención Nacional del Apra, realizada el 3 de marzo de 1956. En realidad, la convención no tomó ninguna decisión al respecto. Según el informe que Ramiro Prialé presentó al III Congreso Nacional del Apra, la dirección no llevó una propuesta concreta. «En consecuencia los compañeros simplemente adoptaron un acuerdo: confianza y respaldo al comando y otorgamiento de facultades para tratar los problemas y concertar alianzas o pactos con cualquier fuerza política, con el objeto de conseguir la legalidad del Partido manteniendo siempre el decoro, la dignidad, y nuestras banderas programáticas e ideológicas intactas» (Prialé 1960: 37-38).

La concreción de la alianza con Prado no solo indignó a los sectores radicales; produjo también una grave crisis de última hora en la relación con dos aliados fundamentales del partido: José Gálvez y Raúl Porras Barrenechea, que encabezaban la lista parlamentaria por Lima que apoyaba el Apra. Estos amenazaron con retirarse si se insistía en aquella alianza. Ambos eran intelectuales con un gran prestigio y su renuncia podía provocar el fracaso de todo. Además, era el 13 de junio, y se había convocado a un gran mitin para el día siguiente. Las elecciones se llevarían a cabo cinco días después, el 17.

Salvó la situación la experiencia política de Prado: «Prado se mostró astuto y eficaz. No exigió que se proclamara el apoyo del Apra a su candidatura, sino que, simplemente, se dejara entender eso al pueblo. El anuncio del convenio verbal lo haríamos nosotros, los exiliados, el 14 a fin de que circulara la noticia el 15, después de la manifestación» (LAS 1982: 262-263). En el mitin del día 14, Armando Villanueva llamó a los apristas a emitir un voto de conciencia para quien prometiera la legalización y la amnistía para el Apra, sin mencionar a Prado, para no provocar la defección de Gálvez y Porras. Los apristas exiliados en Santiago debían enviar un comunicado informando el apoyo del Apra a Prado,

a última hora, «de manera que los diarios del día siguiente no la pudiesen comentar. Sería ya viernes; el sábado no se podía tratar de nada político porque la ley electoral prohibía todo tipo de propaganda de ese tipo dentro de las 48 horas anteriores a los comicios». En cuanto supieron que el mitin había sido exitoso, los apristas de Santiago redactaron una declaración, diciendo que el CEN de Lima había decidido apoyar a Prado. El plan casi fracasó, debido a que el texto fue enviado a los periódicos antes de tiempo y fue rebotado de inmediato, como *flash* informativo, a Lima.

> Antes de las 11 de la noche estaba en manos de los periodistas limeños. Todo el plan estaba en riesgo de fracasar a causa de ese apresuramiento. Afortunadamente, el odio de Carlos Miró Quesada hizo por nosotros lo que el mejor aliado no habría podido realizar tan cabalmente […] Al conocer la declaración de Santiago, furioso e intemperante como es, ordenó publicar una carta quitándole su 'apoyo' a Prado 'acusándolo' de hacer causa común con los apristas, la 'secta maldita', etcétera. Con tal invectiva alertó a los apristas sobre nuestra posición electoral. Gálvez y Porras, vista esa actitud de Miró Quesada, no arguyeron nada en contra de lo resuelto. Todo salió como se había previsto (LAS 1982: 262-263).

Las elecciones se realizaron el 17 de junio sin incidentes y representaron un éxito para el Apra. Efectuados los cómputos, Prado obtuvo 568.134 votos; Belaunde, 457.638, duplicando la votación de Lavalle (222.323 votos). En Lima, Prado ganó a Belaunde por menos de siete mil votos. En Áncash, La Libertad, Lambayeque, Cajamarca —«el sólido norte» aprista— Prado venció holgadamente. En cambio, en los departamentos del sur, donde el Apra nunca ha sido mayoría, venció Belaunde (Chirinos Soto 1991: vol. 2, 205). El único gran perdedor de las elecciones fue Lavalle: Odría se aseguró la impunidad, Prado fue elegido presidente con algo más de cien mil votos de ventaja, y la derrota de Belaunde tenía un sabor a triunfo, considerando su corta campaña y su súbita conversión en un líder de envergadura nacional.

El 28 de julio el general Juan Mendoza Rodríguez entregó en el Parlamento la banda presidencial al Presidente del Congreso, el poeta José Gálvez, quien a su vez se la entregó a Prado. Odría no asistió, debido a que se había fracturado la cadera[25]. Terminado el acto de trasmisión de mando, Javier Ortiz de Zevallos fue a casa del mandatario saliente, a visitarlo en nombre del nuevo gobierno: «Como lo noté preocupado, le recordé que la bandera del nuevo régimen era la concordia y el apaciguamiento, dentro de la libertad. No habría odio ni desquites. No lo

---

[25] Según narra Villanueva del Campo, la fractura de Odría fue resultado de una caída en una escalera por cargar a una cantante muy popular (V del C 2004: 488).

permitiríamos» (Ortiz de Zevallos 1976: 80). No todos compartían esta posición. Hubo quienes se opusieron en el Parlamento al «borrón y cuenta nueva», pero el MDP se mantuvo firme en su promesa, con el apoyo del Apra. «Las elecciones libres que había presidido el General Odría, no obstante su renuencia inicial a darles ese sesgo, lo habían redimido en cierta forma. Hasta los apristas, los más perjudicados ciertamente por su gobierno, estaban conformes con el olvido» (Ortiz de Zevallos 1976: 98).

A la pregunta de si habían obtenido en esa elección algunos escaños de senadores o diputados, Ramiro Prialé contestó que el Apra no había ganado un solo escaño, porque no le dieron la oportunidad de presentar listas electorales. «Lo que sí tenemos son amigos y simpatizantes. Nosotros no podíamos votar por candidatos propios, pero sí votamos por los que ideológicamente se encuentran más cerca del Partido» (*Bohemia* 1956). Este es un tópico que forma parte de la historia oficial del aprismo y que sigue la misma línea del balance de su participación durante el régimen de Bustamante y Rivero: ellos se limitaron a otorgar su apoyo a Prado a cambio de la legalidad, pero no tuvieron ninguna participación en el gobierno. Luis Alberto Sánchez lo sostiene con plena convicción en sus memorias, según él, apenas dispusieron.

> de sólo dos embajadas (la de Seoane y la de Barrios); no tuvimos ningún prefecto, ningún diputado, ningún senador, aunque podrían considerarse apristas "disfrazados" a María Colina de Gotuzzo, a Carlos Enrique Ferreyros y a José Ferreira. Los demás, casi en su totalidad, después de recibir nuestros votos, nos volvieron las espaldas. Los casos de Benavides Correa, Balarezo Delta, los democristianos Mario Alzamora Valdez, Ismael Bielich Flores y José Barreda Moller, son elocuentes (LAS 1987: 120).

Esta evaluación pública contrasta vivamente con el entusiasta cómputo confidencial que hizo el mismo Sánchez, a apenas tres semanas de realizadas las elecciones, en una carta enviada a Haya desde Santiago, el 11 de julio de 1956: «Creo que en las Cámaras, descontando a los que se pasen, que serán varios, tendremos siempre no menos de un 32 por ciento, lo que, unidos los belaundistas y otros francotiradores, nos dará siempre un 45% ó 47% por lo menos. Estas son cifras moderadas. Hay quien asegura que ya tenemos el 45%» (Haya de la Torre y Sánchez 1982: vol. 2, 298). Este cálculo tiene una notable correspondencia con lo que Francisco Belaunde sostiene, con relación al trato especial que el general Odría comenzó a conceder al Apra cuando empezó a preocuparse por el crecimiento de la candidatura de Fernando Belaunde: «Les permitió presentar listas en cuatro departamentos (Lima, La Libertad, Junín, Ancash), precisamente donde se sentían más fuertes, asegurándoles así unas cuarenta o cincuenta curules en el nuevo Congreso»

(Belaunde Terry 1962: 36). Según Prialé, el Apra constituyó «listas independientes en varios lugares de la República con ciudadanos que habían probado su amistad al aprismo y con otros elementos que darían a las listas las características de unidad nacional que buscábamos» (Prialé 1960: 20-21).

Al hacer un balance de la alianza con el pradismo, Ramiro Prialé reivindicó en 1979 los resultados obtenidos como la demostración de la corrección de la decisión tomada: «Crecimos como partido porque entre el 56 y el 62 ganamos electorado en la República en vez de perderlo; porque ganamos las elecciones del 62. Si hubiera sido tan desastrosa la cosa con el señor Prado hubiéramos perdido las elecciones [...] ¡Qué tales pactos! ¿Ah? Tan calamitosos para el partido que significaron una capitalización semejante» (*Punto* 1979).

Este balance es discutible. Armando Villanueva del Campo reconoce que como partido tuvieron que pagar un precio, «sobre todo con cierta juventud universitaria exaltada por el surgimiento de Fidel Castro y de la revolución Cubana» (2004: 503). El sorprendente crecimiento de Belaunde fue de hecho una consecuencia directa del corrimiento del Apra hacia la derecha. En el futuro, Belaunde derrotaría al Apra dos veces, en 1963 y en 1980 —a Haya y a Villanueva del Campo, respectivamente—. El respaldo electoral aprista fue mermado de hecho en gran medida por los pactos. Haya de la Torre tuvo que reconocer en 1962, cuando no pudo alcanzar el tercio electoral necesario para ser proclamado presidente, que «el Partido Aprista en el campo electoral ya no podría llamarse más "partido de las mayorías nacionales"» (Haya de la Torre 1976-1977: vol. 5, 476)[26], un título del cual siempre se había vanagloriado[27]. Fue un duro golpe para quien, en una carta enviada a Sánchez desde Estocolmo antes de las elecciones, el 12 de abril de 1955, afirmaba que en elecciones libres el Apra tendría el 90% de los votos, y podía dar cauce a su vanidad, sosteniendo: «Todos admiten (y lo dicen hombres adversarios del Apra y extranjeros observadores) que si hay plenas garantías para todos los peruanos Haya de la Torre podría ser elegido mañana mismo sin necesidad de que pronunciara un discurso» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 231-232).

Todos estaban de acuerdo en que la victoria de Manuel Prado Ugarteche fue posible gracias al apoyo aprista. El juicio de Haya de la Torre sobre el significado

[26] Discurso de Haya de la Torre en la Casa del Pueblo, 4 de julio de 1962.

[27] En su balance de las elecciones de 1962, Eudocio Ravines escribió: «El propio Haya ha hecho morir de un golpe el mito de las "mayorías nacionales". El PAP es un partido político sin capacidad para gobernar solo, sin la potencia para constituir una mayoría parlamentaria. Es una fuerza política condenada al pacto, el compromiso, a la transacción». Más adelante Ravines saludaba: «La coincidencia de dos posiciones entre el APRA y la UNO, marcadas por la resolución de defender la legalidad [...] y de cerrar el camino al Golpe de Estado» (*Vanguardia* 1962). El golpe militar de Pérez Godoy se produjo una semana después.

de la presidencia que habían ayudado a forjar, transmitido a Luis Alberto Sánchez en una carta apenas conocidos los resultados, es muy preciso: «Triunfó con nuestros votos el Banco Popular» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 288). En otras palabras, triunfó el poder del dinero.

El mismo 28 de julio, apenas Prado fue proclamado presidente, el Congreso de la República promulgó la Ley de Amnistía y devolvió la legalidad al Apra. Prado había cumplido su promesa. Durante los años siguientes, Haya de la Torre permaneció en Europa, visitando anualmente el Perú solo para presidir el tradicional mitin del Día de la Fraternidad Aprista, el 22 de febrero, en la fecha de su cumpleaños. Según Sánchez, «no se logró atenuar la rencorosa oposición de la plutocracia, que usaba a las fuerzas armadas como ariete y escudo de sus odios y temores oligárquicos». La prueba que él esgrime para demostrar esta supuesta odiosidad oligárquica contra el Apra es pueril: un supuesto veto que el gobierno y las Fuerzas Armadas habrían puesto a su segunda elección como rector de la Universidad de San Marcos en 1957, que en buena cuenta se redujo al intento de ciertos políticos afectos al pradismo de favorecer a otro candidato. Y hasta allí llegó el odio de la oligarquía: el propio Sánchez reconoce que el Ejecutivo le ofreció la embajada del Perú en Chile, a cambio de que declinara su candidatura como rector, y que luego él fue derrotado limpiamente en la elección por José León Barandiarán (LAS 1987: 28-29)[28]. Dos años después Sánchez recibió la Gran Cruz de la Orden del Sol, máxima condecoración del Perú (LAS 1987: 89) y en 1961 fue elegido rector de San Marcos por segunda vez, siempre bajo el plutocrático gobierno de Prado, que así expresaba su odio por el aprismo.

[28] Sánchez deja constancia de que los estudiantes apristas radicales se oponían a su candidatura: «Entre los estudiantes remisos, intrigantes y negativos, estaban Luis de la Puente Uceda, A. Barrantes Lingán, y otros» (LAS 1987: 27). De la Puente y Barrantes romperían con el Apra poco después y tendrían una muy destacada actuación en la izquierda marxista peruana.

LA CONVIVENCIA

Según Carlos Miró Quesada, el término «convivencia» fue utilizado públicamente por primera vez por Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane, en su condición de dirigentes de los apristas en el exilio, en un cablegrama que enviaron a Manuel Prado desde Chile, , felicitándolo por su triunfo (Miro Quesada 1959: 213). En realidad, el término fue acuñado antes por Haya. En numerosas cartas y artículos él utiliza la expresión «convivencia democrática», pero los apristas resienten que la expresión se haya convertido en sinónimo de componenda, como lo señala Luis Alberto Sánchez:

> A esta época, la transcurrida entre 1956 y 1962, es decir, el segundo gobierno de Manuel Prado, se la ha llamado, refiriéndose a las relaciones entre Prado y el APRA, la "etapa de la convivencia" dándose a veces a esta expresión un carácter peyorativo. Se puede afirmar con certeza ahora que no hubo pacto alguno entre ambos, a pesar de que, al ocupar el gobierno, Prado ofreció al PAP una alianza contenida en 12 puntos y que empezaban por el ofrecimiento de un número apreciable de prefecturas, embajadas y otros cargos importantes. El PAP rechazó estas ventajas y prefirió mantener su independencia, pero al mismo tiempo corresponder con una benévola oposición a la actitud de Prado, que devolvió la legalidad al PAP, promulgó la Ley de Amnistía desde el comienzo y trató de reducir los antagonismos inveterados entre el APRA y las Fuerzas Armadas (LAS 1985: 420).

Ramiro Prialé, manifestando su desagrado porque se diera al término «convivencia» una acepción peyorativa, afirmaba: «Convivencia es este aire que estamos respirando, convivencia es este escenario que hemos formado en el país, donde podemos reunirnos sin pelear y sin odiarnos, juntarnos para discutir, en que es posible discrepar pero respetándonos y tolerándonos». Sobre el acuerdo con Prado,

Prialé explicaba que el Apra mantenía «una línea que la llamamos independiente, que es una línea que la titulamos de cooperación condicionada, condicionada a que se mantenga este régimen de derecho y de libertad». Eso daba al Apra la aptitud «de respaldar y apoyar las medidas acertadas del gobierno, por qué no. Y también tenemos la libertad para decir nuestra palabra, para criticar en caso de que no hubiera acierto según nuestro criterio, por qué no» (Prialé 1960: 30-31).

Los opositores del Apra, comenzando por Fernando Belaunde Terry, sostienen que el pacto con la oligarquía fue un hecho; a este acuerdo se le ha dado el nombre de Pacto de Monterrico, en alusión al barrio donde vivía el dictador Odría, en cuya casa se desarrollaron las reuniones para organizar la transferencia de poder. El Apra ha negado siempre vehementemente la existencia de tal acuerdo.

¿Existió el Pacto de Monterrico? Para contestar a esta pregunta es necesario comenzar por definir qué se entiende por tal. Es evidente que, por la naturaleza de los acuerdos suscritos en una coyuntura como la señalada, no se trata de la existencia de un papel firmado, sino de determinados acuerdos concretos. Para los acciopopulistas, el Pacto de Monterrico constituyó la formalización de la alianza entre el general Odría, Manuel Prado y los líderes apristas. El general Odría se aseguraba la impunidad y se comprometía «a prestar todo el apoyo oficial al doctor Prado, y el Apra convino en impartir una consigna secreta a sus militantes para que votaran por él, a cuya trasmisión el Gobierno cooperó eficazmente» (Belaunde Terry 1962: 37). Como puede verse, los hechos reconocidos por los propios dirigentes apristas no se apartan significativamente de lo que sostiene esta definición. Para Francisco Belaunde, la actitud del Apra fue motivada por las ventajas que se le ofrecían, por la competencia con el nuevo movimiento popular representado por el acciopopulismo y por «la gravitación del enorme poder económico que rodeaba al doctor Prado» (Belunde Terry 1962: 37).

Francisco Belaunde señala que el Apra perdió con esta alianza, especulando acerca de las ganancias que le habría reportado apoyar a Fernando Belaunde en el momento final: «Habría sacado el señor Belaunde Terry una votación avasalladora —pues a sus votos propios, se hubieran sumado la totalidad de los del aprismo—, todos la hubieran creído esencialmente aprista, y en el nuevo período dicho partido hubiera alcanzado una gran importancia sin tener que cargar con la hipoteca de haber claudicado apoyando a quien, como el doctor Prado, lo había combatido duramente, y representaba los grupos y las tendencias económicas contra las que el Apra había surgido y luchado» Descarta, finalmente, el temor a que la negativa aprista a apoyar a Prado provocara que Odría reiniciara la persecución contra el Apra: «Después del 1ro. de junio [la fecha en que Belaunde consiguió imponer su inscripción al Jurado Nacional de Elecciones, N.M.] el país estaba de pie, como lo demostraron los tumultos de Huancayo, Cusco y otros lugares» (Belunde Terry 1962: 37).

Como se ha señalado, es un hecho que cuando llegó al poder, Prado optó por la política de borrón y cuenta nueva, en relación con las numerosas acusaciones que existían contra Odría y sus secuaces. En esta política fue secundado activamente por el Apra y por los amigos del partido que habían llegado al Parlamento con su apoyo, a pesar de que durante los ocho años anteriores sus militantes fueron las principales víctimas de la represión odriísta, que encarceló, masacró, torturó, desterró y asesinó a los apristas[1].

El viraje

La alianza del Apra con la oligarquía provocó la indignación de muchos militantes y la salida de un nuevo contingente de apristas, que abandonaron el partido denunciando la claudicación que representaba este acuerdo. Sin embargo, el grueso de la militancia aprista aceptó las explicaciones de la dirección, que justificaba estos virajes como una necesidad dictada por la táctica política. Buena parte de las bases populares del Apra habían sido captadas por el lenguaje radical, antioligárquico y antiimperialista de una organización que prometía la revolución. Ricardo Tello, un militante captado a inicios de los cuarenta, narra una historia que coincide con la de miles de apristas que se incorporaron al partido y por él, y por lo que representaba «la causa», soportaron la clandestinidad y sus sufrimientos:

> Yo era obrero de una fábrica de madera aquí en Lima, había un compañero aprista que siempre me llevaba La Tribuna y volantes del Partido. Como yo era muy pobre, el periódico me lo obsequiaba. Era el año 40. De esa forma él comenzó a hacer captación conmigo. Lentamente me fue captando. A mí me impactaban grandemente las Tribunas pues hacía críticas bien fuertes al gobierno de Prado, que era el gobierno de los ricos. El lenguaje era entendible. Hablaba de la miseria, de la explotación, de las dictaduras, de las traiciones contra los trabajadores y el pueblo en general. Como era joven me sentí ganado por ese deseo de hacer justicia. Y eso me da razón y claridad para pelear por la revolución social (Cristóbal 1985: 42-43).

Los militantes de base albergaban la ardiente ilusión de que una vez que el partido estuviera en el poder realizaría las transformaciones revolucionarias por

[1] Lo que no impedía que Haya, al declarar a una revista aprista sobre los problemas del Perú durante la convivencia, se quejara de: «El descenso, en ciertas clases, de sus normas de moralidad, una desaprensión peligrosa que se refleja, por ejemplo, en la falta de reacción ante las grandes inmoralidades administrativas cometidas bajo la dictadura». Pero se congratulaba de la honradez del pueblo: «lo que hay de auténtico en el pueblo, su sentido de justicia, su honradez, su espíritu de sacrificio, se ha salvado y esa es la esperanza que nos queda» (Presente 1958).

las cuales ellos habían sacrificado tanto. Los sostenía la fe, posiblemente tanto como el temor de que todos los sacrificios que habían realizado hubieran sido en vano.

La alianza con Prado —y, peor aún, la que se hizo con el general Manuel A. Odría en 1963—, debió exceder la capacidad de comprensión de muchos apristas. En este caso, el nuevo socio político no solo era un representante de la oligarquía, contra la que se suponía luchaba el partido, sino que se trataba del tirano que pocos años antes había sido el verdugo de los apristas. La represión que sufrieron durante el primer gobierno de Prado había sido también despiadada.

Aceptar una decisión de esta naturaleza demandaba un juego de racionalizaciones que están más allá de la fría razón. En estas jugó un papel muy importante la religiosidad asociada a la vivencia del aprismo popular (Vega-Centeno 1991).

A pesar de la inmensa fe profesada por los apristas, fue necesario realizar un gran esfuerzo de racionalización para que semejante viraje ideológico fuera aceptado. Los artistas apristas se esforzaron por presentar la nueva línea como una decisión correcta, subrayando que estaba en juego la soberanía del partido, para adoptar la línea que aseguraría la felicidad de los peruanos, como lo plantea la marcha «Convivencia», de Otoniel Díaz Barraza:

> Convivencia, convivencia
> convivencia soberana
> es el grito que lanzamos fuerte al aire
> los peruanos.
>
> Convivencia, convivencia
> soberana ley humana
> democracia también, también
> también libertad.
>
> Convivencia la palabra
> que unifica corazones
> rompe negras tradiciones
> mezquindades y pasiones
>
> Es el lema inmaculado
> de un partido soberano
> que señala a los peruanos
> ¡Igualdad![2]

Hernando Aguirre Gamio, uno de los jóvenes apristas que abandonaron el partido, llama la atención sobre el hecho de que hasta entonces nunca la

---

[2] *Cancionero popular aprista*. Citado por Vega-Centeno (1985: 79).

dirección del Apra había dado, en su política de alianzas, el apoyo abierto a una candidatura de la oligarquía: «En 1956 lo hizo sucesivamente con Lavalle y Prado. Confirmó así la liquidación histórica del aprismo, es decir como instrumento de transformación nacional» (Aguirre Gamio 1974: 29).

François Bourricaud analiza agudamente los problemas que se planteaban para el Apra en el «nuevo registro» en que debía moverse después de que en 1956 se incorporó a la legalidad a través de su alianza con la oligarquía:

> Hasta aquí hemos reconocido dos estilos apristas; un estilo heroico de movimiento, que corresponde al avance de los años 1930-33, y un estilo estoico de resistencia, de defensa de las posiciones, que corresponde a los dos períodos de clandestinidad. Pero lo negativo de esos dos estilos se acumula, se torna terriblemente abrumador cuando a partir de 1956 Víctor Raúl debe tocar en otro registro y ejercitarse en lo que llamaré estilo de maniobras. En efecto, en lo sucesivo el Apra goza de un "reconocimiento", que no le será retirado, o por lo menos que no le será ya francamente discutido. Por lo demás, el partido no se ve ya implicado en ninguna acción violenta [...] Pero no basta que los apristas tomen y den todas las garantías para asegurarse la victoria: antes deben ganar la elección. El partido, seguro desde 1931 de identificarse con las "mayorías nacionales", no parece preocuparse mucho al principio por esa condición. Sin embargo, se aplica a ampliar su influencia, a tomar contactos que le aseguren el apoyo de sectores "independientes". Pero la "leyenda negra" que incansablemente ha ido tejiéndose en torno del Apra y de su jefe —las acusaciones de terrorismo, de totalitarismo, las maledicencias o calumnias de que Víctor Raúl es regularmente víctima— no puede dejar de reducir la eficacia de este intento (Bourricaud 1989: 206).

La «leyenda negra» y «las maledicencias o calumnias» contra Haya existieron desde los inicios del Apra, pero no mellaron significativamente su imagen, ni la del partido. Es más, al reforzar la imagen de un Haya víctima de una sañuda persecución, estas "calumnias" pudieron ser capitalizadas políticamente. De allí la orgullosa consigna: «A más calumnias, más aprismo». El fracaso en la conquista de nuevos electores luego de 1956 debería explicarse, más que como resultado de las habladurías, como una reacción de los votantes al viraje programático del Apra consagrado en su alianza con la oligarquía. Esto fue facilitado debido a que, a diferencia de lo que acontecía durante las épocas anteriores, el partido de Haya ya no corría solo: el electorado al que había cortejado tradicionalmente —las clases medias— tenía ahora múltiples alternativas programáticas para canalizar su demanda de transformaciones sociales, desde las prudentes reformas hasta los programas revolucionarios. Basta mencionar a Acción Popular, la Democracia Cristiana y el Movimiento Social Progresista, solo para citar a

aquellos que más influencia ejercieron en el periodo, para ver hasta qué punto los márgenes de los cuales había dispuesto Haya para maniobrar, y operar sus acrobacias programáticas, se habían reducido radicalmente. Y en los sesenta se añadiría la oferta de los partidos de izquierda revolucionaria que reivindicaban la tradición insurreccional que el Apra había dejado atrás. El resultado fue que, en las elecciones de 1962, Haya no logró alcanzar ni siquiera el tercio electoral que requería para ser proclamado presidente —ganó a Belaunde por apenas trece mil votos, sobre un total de cerca de dos millones de electores—, y fue derrotado sin atenuantes por Belaunde —a quien Bourricaud incluye entre los «recién llegados»—, un año después.

En un sentido, Haya no había cambiado en un punto: en su concepción de cómo hacer los cambios que el Perú necesitaba. En la carta enviada en febrero de 1930 a la célula de militantes del Cusco, les explicaba cómo se debía hacer la revolución, desde arriba, desde el Estado: «Táctica y estrategia primero, para conseguir el poder, después para mantener la revolución en el poder y hacer la revolución desde el poder» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 261).

Manuel Seoane, la cabeza visible de la posición que cuestionó el entreguismo de la dirección partidaria hasta la reunión de Montevideo de julio de 1954, tuvo que pasar por las horcas caudinas y fue el encargado de consagrar el viraje partidario en el III Congreso del PAP, en 1957. En su rol de presidente de la Comisión Política, leyó un informe que justificaba la alianza con los grupos agroexportadores a los cuales representaba el gobierno de Manuel Prado. Según Seoane, los agroexportadores empezaban a invertir en la industria «los rebases de las utilidades agrícolas». Eran nuevos capitalistas que aún conservaban su perfil oligárquico, pero estaban en un proceso que los convertiría en burgueses de pleno derecho: «Tienen un pie en el potrero y otro pie en la fábrica. Todavía les gusta blandir el látigo para pagar al cholo bajos salarios pero, por otro lado, ya conocen que hay que invertir gruesas cantidades en máquinas costosas y que, para manejarlas, hay que confiar en obreros bien pagados y cultos. Por consiguiente, se está operando una revolución, a la cual nosotros no debemos ser indiferentes» (Seoane 2003: 480). El resultado de este proceso sería la constitución de una clase capitalista nacional, la liquidación de la feudalidad y la emancipación del país de la dominación imperialista; la realización de los objetivos históricos del partido:

> Los intereses industriales locales comienzan a enfrentarse a la alianza del capital imperialista y el feudal [...] El acrecentamiento del mercado del capitalismo nacional es, por lo tanto, un factor "sine qua non" del triunfo de las fuerzas nacionalistas sobre el imperialismo por un lado y de su aliado, el feudalismo, por el otro [...] Apoyando los intereses del capitalismo nacional y orientándolos hacia la integración internacional indoamericana,

> se promueve el primigenio ideal aprista de la integración indoamericana, se desfeudaliza la región, se le resta fuerza al imperialismo, se eleva la tasa de formación de capitales [...] y, finalmente, se acrecienta el nivel de vida de la población (Seoane 2003: 482-483).

No hubo tal clase capitalista nacional y las reformas antiimperialistas desarrolladas por el régimen militar de Juan Velasco Alvarado, a partir de 1968, lo convirtieron en la «bestia negra» de aquellos que Seoane caracterizaba como capitalistas que empezaban a enfrentarse con el imperialismo.

Seoane justificó también el viraje aprista recurriendo a la revolución científico tecnológica desencadenada por el descubrimiento de la energía atómica, que, según él, pronto haría innecesaria esa revolución social para cuya realización se había formado el Apra:

> Dentro de unos años [...] la luz puede ser gratis, por ejemplo. Una pila pequeña de energía atómica podrá iluminar una ciudad de 200.000 habitantes durante 10 años [...] La nueva cantidad de energía, y los avances científicos van a transformar las relaciones sociales [...] Sobre estas bases nuevas, sobre esta posibilidad de crear riquezas mayores, se viene a cumplir la profecía que Víctor Raúl lanzó en 1945: No se trata de quitar la riqueza a quien la tiene, sino de crearla para quien no la tiene. Sobre estos lineamientos [...] entrevemos la posibilidad de incorporar nuevas técnicas científicas que eliminen los caminos riesgosos de la lucha mezquina por la pobre riqueza creada hasta hoy (Seoane 2003: 483-484).

Las grandes transformaciones —en la naturaleza de la oligarquía y en la ciencia y la tecnología, que Seoane proclamaba— representaban para él la justificación final de la alianza con Manuel Prado: «[Queremos] decirle al capitalismo nacional: Hay posibilidades de crear un país distinto en la medida en que ustedes colaboren a que la democracia abra los caminos de la ciencia [...] Para todo esto invitamos al capitalismo nacional. ¡Esas son las bases económicas que explican la convivencia y que nos pueden dar personalidad y frutos positivos y constructores!» (Seoane 2003: 484-485).

El Manuel Seoane de 1957 había renunciado completamente a sus posiciones radicales de 1954 y se había alineado incondicionalmente con Haya de la Torre; sus planteamientos son simples glosas a las nuevas posiciones que ahora sostenía el jefe del aprismo, como aparecen expresadas en *Mensaje de Europa Nórdica*, donde Haya anuncia que la revolución tecnológica sustituirá a la revolución social y que la revolución de los técnicos y no la de los explotados redimirá a la humanidad. En 1960 Haya decía sobre el mismo tema: «La sociedad sin clase tampoco será el desenlace precedido de su odiosa lucha sino la imposición

pacífica de la incruenta revolución que conducen sabios, tecnólogos expertos, los cuales cada vez más serán legión».

Para el III Congreso Nacional del PAP ya nada quedaba de las críticas formuladas tres años atrás por Seoane y Barrios a Haya de la Torre en Montevideo, cuando le enrostraron haber renunciado al horizonte socialista y declarar a la revista *Life* que el capitalismo ofrecía la solución más segura a los problemas del Perú.

Tras la rendición de Seoane, los elementos radicales del partido quedaron sin juego: renunciaron unos, fueron expulsados otros, trataron de coordinar, no siempre con fortuna, otros más, intentando generar nuevas alternativas políticas. Manuel Seoane fue nombrado poco después embajador del régimen pradista en Holanda y Luis Barrios partió como embajador a Costa Rica; era una opción inteligente enviarlos a un exilio dorado mientras se hacía la purga destinada a liquidar lo que quedaba de influencia radical en el Apra. Seoane fue reclutado luego como funcionario de la Organización de Estados Americanos, actuando como embajador itinerante de la Alianza para el Progreso, la iniciativa lanzada por los EE.UU. en 1961 para tratar de contrarrestar la influencia de la revolución cubana en América Latina. Aunque durante la crisis política de 1962 se mostró partidario de una alianza con Fernando Belaunde Terry —en contradicción con Haya de la Torre, que promovió la alianza con la oligarquía— se cuidó de volver a enfrentarse con el «jefe». Rechazó formar parte de la plancha presidencial aprista en 1963 y se apartó silenciosamente de la actividad partidaria. Murió un año después en Washington, de un ataque al corazón. Luis Alberto Sánchez, que durante la década anterior había sido su gran adversario, pidiendo en múltiples ocasiones a Haya sanciones contra el «Cachorro», lloró su muerte. Había habido un cierto acercamiento a raíz de que, a la muerte de la hija de Seoane, Nora Seoane, Sánchez le escribió dándole el pésame. «Manolo había aceptado [dice Sánchez], desde hacía un año, la embajada del Perú en Holanda. Su respuesta reanudó nuestra antigua fraternidad, muy mellada y casi rota por la interferencia mendaz de gentes ruines y ambiciosas que usaron la arrogancia congénita de Manolo como su propio cilicio y hasta para su hara-kiri» (LAS 1987: 84). En su testimonio Sánchez consignó un balance de lo que había sido su amistad:

> Con Manolo habíamos compartido tantos días, tantas aventuras, habíamos cooperado en empresas comunes como *La Tribuna* y la revista *Ercilla*; estuvimos presos juntos, discutimos y discrepamos tanto como coincidimos. Por eso, siempre que evoco la figura inolvidable del 'cachorro', maldigo al dictador Perón, que creó o acentuó las diferencias entre nosotros, que emborrachó de falaces ambiciones la mente de Seoane, que le empujó a un extremismo inútil (LAS 1987: 190).

Manuel Seoane no volvió a recuperar el sitial que había tenido en el Apra ni aún después de su muerte. Luis Barrios, ya apartado del Apra, llegaría a ser embajador del gobierno de Juan Velasco Alvarado en Venezuela. Ese fue el final de la disidencia aprista de Montevideo, de mediados de los años cincuenta.

Haya regresó al Perú en julio de 1957. En esta oportunidad se produjo su reconciliación con Eudocio Ravines, gracias a su compartido anticomunismo. Ravines le hizo un reportaje que salió publicado en la revista *Vanguardia*. A la pregunta sobre la posición del Apra frente a Prado, Haya respondió: «el Presidente es un hombre comprensivo, deseoso de mantener el régimen de libertad de que disfrutamos y de emprender obras de beneficio general. Es necesario una política sindical sagaz que nos lleve al entendimiento entre empresarios y trabajadores, dentro de la mejor armonía y del mutuo respeto de los intereses de unos y otros» (*Vanguardia* 1957: 15-18).

En un discurso pronunciado en la plaza San Martín, a su retorno a Lima, el 25 de julio de 1957, Haya ratificó su respaldo a la colaboración con Prado: «El único precio de esta convivencia es que nosotros no perdamos nuestra misión y nuestra función de convivientes activos. Vamos a convivir pero cooperando, ayudando, demandando planes y presentando planes» (VRHT 1976-1977: vol. 1, 362). Un año después, Ramiro Prialé reafirmaba el afecto del partido por Manuel Prado: «tengo la evidencia de que él está animado siempre de un propósito patriótico, que quisiera que su gobierno haga realmente historia [...] Hay que reconocerlo y cuando tomamos en cuenta el acierto de los ministros, debemos también considerar la sagacidad y sensibilidad política del Primer Mandatario» (Prialé 1960: 78).

El Apra trataba de ser aceptado como un socio confiable por sus antiguos enemigos. Trató de dar satisfacciones públicas a algunas instituciones con las cuales tuvo enfrentamientos durante su etapa juvenil. Es el caso de la Iglesia, contra la que Haya de la Torre organizó en 1923 el acto público que lo lanzó como dirigente político y a la que, luego de renunciar a su aparatoso anticlericalismo, cortejó a lo largo de los años treinta, hasta el punto de declarar la neutralidad del aprismo con relación al enfrentamiento entre Francisco Franco y la República durante la Guerra Civil española (Davies 1989: 82). Al conmemorarse el 23 de mayo de 1958, el 50º aniversario de la movilización popular contra la consagración del Perú al Corazón de Jesús, el Apra realizó un acto público en el que Prialé se deshizo en excusas a la religión de todos los peruanos. La movilización de 1923 quedó reducida a «la gallarda insurgencia de estudiantes y obreros contra la dictadura de entonces, pero de ninguna manera rechazó ni agravió a la Religión ni a la Iglesia»[3].

---

[3] Discurso del 23 de mayo de 1958, en conmemoración de la jornada de 1923 (Prialé 1960: 54).

Se dirigió después a los militares, aprovechando la conmemoración del 26º aniversario del levantamiento de Trujillo de 1932. Prialé sostuvo en su discurso que estos desgraciados hechos fueron consecuencia de «la incitación de los oligarcas». Reclamando que se reconociera que se trató de una guerra civil, afirmó que en un enfrentamiento así caían unos y otros. «Tanto militares como civiles fueron, todos, víctimas del sistema; fueron víctimas de la intriga tenebrosa para mantener formas dictatoriales del régimen que el Perú no las soporta». Rechazó que el Apra hubiera tenido que ver con la masacre de los oficiales del cuartel O'Donovan y saludó a las Fuerzas Armadas con una figura retórica que una década después sería ampliamente utilizada por el gobierno de Velasco Alvarado: «Ejército y pueblo constituyen un binomio indisoluble» (Prialé 1960: 86).

El imperio Prado

Los hermanos Prado Ugarteche eran descendientes del general Mariano Ignacio Prado Ochoa, héroe nacional en el enfrentamiento contra la escuadra que envió España en 1866 a las costas del Pacífico sur, en un intento por restaurar su imperio colonial. M.I. Prado fue dos veces presidente y, después de ser aclamado como un gran hombre, devino en un personaje estigmatizado. Esto se debió al abandono que hizo, siendo presidente, del gobierno en medio de la Guerra del Pacífico, tras la pérdida del Huáscar y de la provincia de Tarapacá. Pero la deshonra de Prado fue más allá: fue acusado de llevarse al extranjero el dinero recaudado en las colectas patrióticas con las cuales se trataba de sufragar los costos de la guerra. Aunque esta última acusación, largamente utilizada por los enemigos de Prado, nunca pudo ser probada, se convirtió en una versión aceptada por las mayorías. De esta manera, para el imaginario popular, la fortuna de los Prado tenía un origen vergonzoso y el baldón cayó sobre sus descendientes. Esto llevó a la siguiente generación, los Prado Ugarteche, a desarrollar lo que Víctor Andrés Belaunde denominó un «complejo reparativo», que los compelía a destacar en la economía, la política y la cultura, para lavar el estigma familiar: Javier Prado en la filosofía y la docencia universitaria, Mariano en la economía y Jorge y Manuel tentando la presidencia de la República (Portocarrero Suárez 1997).

Manuel Prado Ugarteche estuvo implicado en el golpe que en 1914 derribó a Guillermo Billinghurst. Desde 1933 el único régimen con el cual los Prado no tuvieron relaciones «bastante íntimas» fue el gobierno de Bustamante y Rivero. En 1948, Mariano Prado Heudebert, miembro de la siguiente generación, quien ejercía entonces el rol de líder del clan, aportó una sustancial contribución al fondo creado por un grupo de oligarcas para financiar el golpe de Odría contra Bustamante (Gilbert 1982: 170). Gracias a este apoyo, el clan pudo establecer

relaciones cordiales con Odría, a quien dieron su respaldo —incluido el financiero— durante los años siguientes: «Juan Manuel Peña Prado era presidente de la Cámara de Diputados y su hermano Max recibía jugosos contratos para obras públicas. Eran los días de la gran bonanza (y vasta construcción pública) que trajo la Guerra de Corea». Los Prado se beneficiaron ampliamente de esa prosperidad. La Caja de Depósitos, la institución privada encargada de la recolección de los tributos del Estado, hizo del Banco Popular, de propiedad de los Prado, el principal agente recaudador de impuestos.

Los Prado se beneficiaron también con el *boom* minero de los cincuenta: «En 1953 dos compañías extranjeras constituyeron la Marcona Mining Company con la participación de los Prado —presumiblemente debido a lo que los Prado podían ofrecer políticamente—. Una empresa estatal le cedió a la Marcona una lucrativa concesión de hierro en términos extremadamente favorables» (Gilbert 1982: 170-171). No había pues intereses encontrados en el pacto con Odría, a quien Prado volvería a apoyar en 1962 y 1963. La situación era muy diferente con el Apra, cuya razón de existir, según lo manifestó Haya en innumerables ocasiones, era la lucha contra la oligarquía y el imperialismo.

La decisión de Manuel Prado Ugarteche de postular en la presidencia en 1956 no fue bien recibida por toda la familia. De hecho, Mariano Prado Heudebert, líder de los intereses económicos familiares, estaba opuesto a la idea de comprometer la relación privilegiada que tenía con Odría para respaldar la aventura del tío Manuel. Fue la habilidad política de este la que permitió aglutinar a toda la familia tras su candidatura.

Se ha señalado la competencia electoral entre Lavalle y Prado como un enfrentamiento entre los sectores financieros y terratenientes de la oligarquía, pero ambos candidatos representaban importantes intereses financieros. Odría tenía fuertes lazos con el Banco de Crédito, del cual era vicepresidente Hernando de Lavalle. Cuando Odría eligió a Lavalle como su sucesor, «ello se interpretó como una inclinación en favor del Banco de Crédito sobre el Popular» (Gilbert 1982: 171).

Hay una irónica paradoja en la historia de la familia Prado. Mariano Ignacio Prado Ugarteche —el hermano de Manuel— colocó los cimientos sobre los cuales se levantaría el imperio económico de la familia. Él encarnaba no solo una vocación industrial, que lo separaba de los oligarcas clásicos, sino «una orientación en la que el mercado interno fue elegido como el ámbito por excelencia para la valorización de su capital» (Portocarrero Suárez 1997: 234). El grupo familiar fundó una gran cantidad de empresas, que iban desde la industria textil, la electricidad y el cemento, hasta la edición de periódicos y revistas. Pero en su período de auge —de 1935 a mediados de la década de los años cincuenta— el

clan familiar cambió esta dinámica y devino crecientemente en un grupo económico financiero, perdiendo progresivamente su orientación industrialista: «El fortalecimiento institucional y el auge en la rentabilidad del Banco Popular, ya decididamente controlado en esos años por los intereses del grupo, permitirá que se imponga una lógica que convierte al banco en el corazón económico del naciente imperio y en el vínculo de referencia obligado entre las diversas empresas que caen dentro de la órbita de su influencia y/o control». Esto provocó cambios en su estrategia económica «y un cambio en el centro de la acumulación de su capital de la industria hacia las finanzas» (Gilbert 1982: 171). En el mismo momento en que Manuel Seoane sostenía que los oligarcas iban convirtiéndose en industriales, sus aliados concretos, los Prado, transitaban en la dirección opuesta, desde una lógica productiva industrialista, predominante hasta los cincuenta, hacia otra de un carácter cada vez más rentista y especulativo.

Felipe Portocarrero Suárez define al período que va de mediados de 1950 a 1970 como el de la decadencia de los Prado. La convivencia supuso el cénit del poder del imperio Prado, pero sentó al mismo tiempo las bases de su aparatosa quiebra posterior, al consagrar su nuevo carácter de grupo rentista, crecientemente dependiente de los capitales norteamericanos. El Banco Popular, el corazón del imperio, «si bien sigue manteniendo el carácter de centro de operaciones del clan familiar, asumirá funciones de nuevo tipo: ya no será el motor del crecimiento y diversificación de un vasto conglomerado de empresas, sino que se convertirá en el agente económico encargado de administrar su crisis interna mediante variadas operaciones financieras» (Portocarrero Suárez 1997: 235).

La ruina final sobrevino cuando el gobierno de Velasco Alvarado intervino el Banco Popular, que para entonces sostenía a las empresas quebradas del grupo a través de prácticas abiertamente delincuenciales:

> Los mecanismos empleados para transgredir las normas bancarias fueron variados y complejos [...] En primer lugar, hubo una sistemática adulteración de balances mediante juegos contables que permitían cargar las cuentas a compañías deudoras de manera que pudieran ocultarse las pérdidas del ejercicio [...] Hubo, asimismo, un reiterado incumplimiento de las disposiciones legales sobre el encaje bancario dictadas por el Banco Central de Reserva y la Superintendencia de Banca y Seguros [...] Por otra parte, se avalaron empresas por montos que excedían largamente su capital social. En el mismo sentido, ocurría, por ejemplo, que compañías del grupo giraban cheques pese a tener saldos deudores en sus respectivas cuentas corrientes, los cuales se pagaban sin más trámite y luego quedaban retenidos en caja como si fuera dinero en efectivo durante bastante tiempo [...] Igualmente, no se efectuaron las debidas provisiones para indemnizaciones y pensiones de jubilación del

> personal, así como también se hicieron entregas de dinero sin estar debidamente justificadas en forma de gratificaciones a altos funcionarios del banco o personas allegadas que nada tenían que hacer con la entidad, etc. (Portocarrero Suárez 1997: 227-228).

La historia de la poderosa familia Prado, que Portocarrero Suárez abre con la fuga de Mariano Ignacio Prado Ochoa al extranjero en 1879, en medio de un gran escándalo nacional, se cierra un siglo después con la fuga de su nieto, Mariano Prado Sosa, rodeado de otro gran escándalo ético y financiero.

Volviendo a 1956, la elección de Manuel Prado como presidente de la República fortaleció definitivamente el poder de su familia. El imperio Prado se convirtió en el grupo económico más poderoso del país:

> La relación especial entre el estado peruano y los Prado y sus empresas [...] continuó durante el gobierno de Manuel (Prado). "La Convivencia", comentó uno de sus más firmes enemigos, "más que un pacto político, es una sociedad anónima" (Miró Quesada 1959: 217).

Los Prado y sus socios de negocios desempeñaron importantes cargos públicos. El primer y segundo vicepresidente de la República, Luis Gallo Porras y Carlos Moreyra y Paz Soldán, eran ambos directores del Banco Popular; Manuel Cisneros Sánchez, Primer Ministro y posteriormente Ministro de Hacienda en los gabinetes de la Convivencia, era hermano de otro de los integrantes del directorio. Juan Manuel Peña Prado, uno de los miembros claves de la familia, quien también formaba parte del directorio, era integrante del Senado. Más de diez abogados y empleados de las empresas de los Prado se transformaron en senadores y diputados. Muchos otros parientes y socios de los Prado tenían puestos claves en las dependencias del gobierno (Gilbert 1982: 172-173).

La quiebra de la fe partidaria

No todos los líderes apristas aceptaron de buen grado la convivencia. Luis Felipe de las Casas fue uno de los más enérgicos opositores a esta y a los siguientes pactos que suscribió el partido aprista a partir de 1956. De las Casas, uno de los líderes que mayor ascendiente ejerció sobre la juventud aprista, compara al Apra con el «pueblo elegido» signado por un destino fatal: seguir a su Moisés sin poder llegar jamás a la Tierra Prometida (De las Casas 1981: 235). Él atribuye este sino desgraciado principalmente a la labor de una quinta columna de los enemigos infiltrados en el partido, que alimentaba las ambiciones por el «plato de lentejas» del poder, en oposición al quijotismo de los auténticos sectarios. Otorga también gran importancia al deterioro provocado por el tiempo, que terminaba

minando «las esencias principistas», generando «una lógica decadencia o agónico cansancio, desde el liderazgo mayor hasta las últimas filas dirigentes» (De las Casas 1981: 239). Según su visión, la cúpula fue invadida por cortesanos, «elegidos a dedo, sin tradición de lucha, militancia clandestina ni espíritu fraterno, "niñitos bien" a muchos de los cuales no les interesaban los principios ni menos la doctrina y la consecuencia revolucionaria, sino el éxito y el triunfalismo a cualquier precio» (De las Casas 1981: 239). Todo esto llevaba al Apra a apartarse de la «izquierda auténtica» hacia el «centro oportunista».

> Este proceso se inició insensiblemente en 1945 cuando ingresamos en un primer plano al triunfar en las elecciones mediante el Frente Democrático Nacional. Como el cáncer, oculto en sus comienzos, estas desviaciones proliferaron por lo bajo, sin síntomas visibles que lo delataran, sin dolores, sin sentirlo, hasta hacerse finalmente presente en 1948. Cuando apareció era dificultoso evitar sus efectos. Frente a la promovida quiebra del régimen democrático, sólo cabía la decisión drástica: extirpar y podar a fondo. El oportunismo avanzó palpable en el segundo gobierno de don Manuel Prado, en 1956, al recuperar la legalidad y confundirse la convivencia democrática con la connivencia de una política criolla (De las Casas 1981: 239-240).

El juicio que Haya de la Torre hace de la experiencia del aprismo en el Frente Democrático de 1945-1948, en una carta enviada a Luis Alberto Sánchez desde Bruselas el 27 de febrero de 1955, no difiere en gran cosa de lo que de las Casas sostiene: «en gran parte tuve que cargar con yerros y faltas de visibilidad de otros, o que cohonestar actitudes desaforadas y excesivamente ambiciosas que me era imposible controlar. Eso comenzó arriba y pasó abajo. Yo creí que con mi ejemplo de no aceptar ni una senaduría, ni un puesto municipal iba a edificar. Pero ¡lo que cada cual pretendía! [...] El 3 de octubre es el resultado de este reflujo de ambiciones, de esta hambre de aupamientos que corroyó todo hasta los de abajo. El Comunismo y Rabines (*sic*) que conocían la tela, corrieron con lo demás» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 215).

Esta evolución llevó al Apra a una crisis interna, esencialmente moral, que empujó a la decadencia al partido: «los enemigos de ayer se convirtieron, por la magia de la sensualidad del poder, en los nuevos "socios" y compañeros de ruta. El afán de un triunfalismo irrazonado, se llegó a alianzas inimaginables, insospechadas, e insostenibles» (De las Casas 1981: 240). Para de las Casas, era especialmente grave que en 1956 el Apra hubiera optado por Manuel Prado en lugar de apoyar a Fernando Belaunde, el joven amigo del partido durante el Frente Democrático:

> Con este criterio reaccionario y el determinante apoyo del partido se favoreció el retorno al poder de un sector de la plutocracia financiera. Se estimuló el oportunismo político de una clase media sin ideales, pero con un incontenible apetito de poder y enriquecimiento individual. Tales fueron los efectos del proceso que hasta se llegó al extremo de apoyar y llevar al gobierno, con el cargo de Premier y Ministro de Hacienda y Comercio al famoso "bellow" de la Escuela de Economía de Londres, don Pedro Beltrán, Director del Diario "La Prensa". Para justificar este paso atrás y explicar el acuerdo, no faltaron quienes se valieron, entre otros argumentos, de la requerida y necesaria "convivencia democrática" confundiéndola con la sumisión a la más típica y criolla oligarquía—plutocrática civil (De las Casas 1981: 241).

De las Casas expresó su oposición a «estas desafortunadas desviaciones», llegando a plantear en el Plenario Nacional de 1959 que los apristas abandonaran los gobiernos municipales, «que se nos habían otorgado a dedo e indirectamente». Por supuesto, no fue escuchado. La opinión de Orestes Romero, militante aprista exiliado en Buenos Aires, que retornó al Perú en 1956, al triunfar la convivencia, expresa la opinión de muchos apristas de base: «Los oportunistas y logreros, que nunca faltan, gozaron mucho de este régimen» (Romero Toledo 1994: 76).

De las Casas señala que uno de los focos más importantes del descontento partidario se había ido gestando en la Universidad Nacional de Trujillo, un bastión juvenil del aprismo, donde la mayoría de los estudiantes estaban descontentos con la colaboración con el gobierno de Prado. Los apristas del norte aprovecharon todos los eventos partidarios a los cuales se convocó para manifestar sus discrepancias: «De allí salieron, entre otros, Luis de la Puente Uceda, Gonzalo Fernández Gasco y muchos otros, proyectándose rápidamente la inquietud a Lima, donde algunos como Carlos Malpica Silva Santisteban y Javier Valle Riestra respaldaron abiertamente la rebeldía. Insistían, sobre todo, en el manifiesto alejamiento del Partido de la otrora actitud combativa» (De las Casas 1981: 242).

En las elecciones de 1962 Manuel Seoane formó parte de la plancha aprista como candidato a la primera vicepresidencia del Apra. Seguía teniendo una gran legitimidad dentro del partido. Ni Haya, ni Belaunde, ni Odría alcanzaron el tercio electoral que la ley exigía para poder ser elegidos directamente. Lo especial es que Manuel Seoane los superó a todos y alcanzó el tercio. Según de las Casas, la Fuerza Armada y la Democracia Cristiana se mostraron dispuestas a respaldarlo para que asumiera la presidencia. Para concretar esta alternativa se habría requerido, sin embargo, que Haya declinara sus pretensiones, lo cual no era aceptable, pues conllevaría reconocer el «veto» militar contra su persona.

«Es posible que de haberse aceptado y negociado con éxito la gestión, Seoane, hubiera sido el Presidente y se hubiera facilitado el cambio de gobierno con el triunfo del PAP e impedido un nuevo golpe castrense, que al poco tiempo tuvo como uno de los pretextos el impase (*sic*) del tercio electoral» (De las Casas 1981: 249). Un indicador de la predisposición de las bases apristas por la línea izquierdista es que Sánchez no consiguió ni siquiera los votos suficientes para ser elegido senador por Lima [4].

Ya hacia mediados del gobierno de la convivencia, el continuado viraje del Apra hacia posiciones crecientemente derechistas hacía evidente que la alianza con el pradismo —justificada en 1956 con el argumento de que ese era el precio que había pagado el partido para recuperar la legalidad— era expresión de afinidades ideológicas más profundas. En su libro *Anatomía de los partidos políticos*, publicado en 1959, Carlos Miró Quesada Laos predijo la alianza entre el Apra y la oligarquía para las próximas elecciones. Tuvo razón: el Apra se alió con el MDP en 1962 y llevó a sus líderes más importantes como integrantes de su lista de candidatos al Congreso. Miró Quesada fue más allá; predijo —y volvió a acertar— la incorporación de Odría a la alianza apro-pradista. Esto se volvió realidad en 1962, cuando Haya decidió endosar su apoyo a Odría en el Parlamento —este había ocupado el tercer lugar en la votación, después de Haya y Belaunde—, para que accediera a la presidencia. Volvió a aliarse con él otra vez en 1963, cuando incorporó a la Unión Nacional Odriísta a su alianza —la «Coalición del Pueblo»—, para gobernar el país durante los seis años siguientes: «Quienes tuvieron el mando hasta hace pocos años y gobernaron durante largo tiempo, también querrán volver. Por eso puede haber un pacto tripartito, como lo hubo de hecho en 1956» (Miró Quesada Laos 1959: 267-268). Miró Quesada predijo, finalmente, que Manuel Prado no volvería a ser candidato: «Ya nada puede atraerle para el gobierno, después de haberlo conseguido todo» (Miró Quesada Laos 1959: 268). Nuevamente volvió a acertar. Es especialmente importante que Miró Quesada escribió su texto *antes* de que el Apra diera su respaldo al premierato de Pedro Beltrán, el director de *La Prensa* y representante de los agroexportadores, a quien Prado convocó al gobierno para que ejecutara su programa neoliberal para afrontar la crisis económica. Prado falleció en 1967 y, como sucede con los partidos organizados en torno a caudillos, su partido desapareció con él. Lo mismo sucedió con la Unión Nacional Odriísta tras la muerte de Odría en 1974.

[4] Sánchez narra una conversación que sostuvo con el presidente del Jurado Nacional de Elecciones, Bustamante y Corzo, en que este le explicó que si Haya ganase, pero sin el tercio, no podrían proclamar a sus vicepresidentes aunque ellos superaran el tercio electoral (LAS 1987: 134). Sánchez omite mencionar que Seoane superó el tercio requerido por ley.

La alianza del Apra con el MDP para las elecciones de 1962, que renovaba el pacto de 1956, y que dio lugar a la convivencia, se decidió sin mayores objeciones de conciencia. «A fines de 1961 [narra Luis Alberto Sánchez], comenzó el trajín electoral. Quedó resuelto que Haya de la Torre sería el candidato de una alianza formada por el Apra y el Movimiento Democrático Peruano (MDP), el cual reclamaba un número de representaciones parlamentarias. Nadie las objetó» (LAS 1987: vol. 4, 120).

Haya a inicios de los sesenta

A medida que se acercaba 1962, el año de las elecciones, los apristas demandaban que Haya de la Torre asumiera la conducción del partido para guiarlo a la victoria. La oportunidad para lanzar la campaña fue su retorno al país para la celebración de su cumpleaños. En el discurso del Día de la Fraternidad, el 25 de febrero de 1961, Haya expuso lo que la revista *Visión* definió como el ideario de la izquierda no comunista en América Latina, que podía resumirse en la frase «reformas sin violencia», un discurso que era compartido por partidos afines como la Acción Democrática de Venezuela, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia, Liberación Nacional de Costa Rica y otros grupos menores (VRHT 1961)[5].

La revista *Visión* constataba objetivamente los grandes cambios que había experimentado el partido de Haya:

> La diferencia entre los petardos de ayer y las palabras reflexivas de hoy ilustra, mejor que todo, la profunda transformación que ha experimentado el Apra: el Apra de los años treinta —explosiva, ardiente, amiga de la "acción directa", de la lucha a puño limpio en las calles y de la eliminación física de los adversarios— se distingue, si no tanto en la ideología, en los métodos, del Apra de los años sesenta que aplaza sus impaciencias para el instante decisivo de las elecciones generales de 1962 (VRHT 1961).

El viraje de Haya hacia la derecha era total. Frente al imperialismo, el Haya de 1961 se reafirmaba en su convicción de que este era un socio necesario porque traía los capitales que el Perú necesitaba para desarrollarse. Había que optar entre «que nos preste Rusia y nos preste Estados Unidos», y entre uno y

[5] José Luis Rénique (2004) anota que el objetivo de Haya era proponer al PAP como modelo de partido democrático alternativo tanto a los PC cuanto a los populismos autoritarios, tipo el peronismo. O, dicho en las palabras de Andrés Townsend Escurra, una alternativa a los partidos socialistas, que terminaban siendo tributarios del comunismo. Haya pondría énfasis durante los años cincuenta en difundir esta imagen en los medios académicos norteamericanos donde, en efecto, «encontraría particular simpatía».

otro imperialismo era posible aprovechar los capitales de este último sin enfeudarse políticamente: «Con el imperialismo económico del totalitarismo viene, incuestionablemente, el totalitarismo. Con el imperialismo económico de la democracia se mantiene la democracia»[6]. Su discurso tenía el tono de una proclama de inicio de campaña electoral que, al mismo tiempo que tenía que halagar a sus electores, no debía asustar a sus socios de la derecha: «No queremos quitarle la riqueza al que la tiene, sino crearla para el que no la tiene» (VRHT 1961).

Haya condensaba su ideario en la fórmula «pan con libertad y democracia con justicia». «A ese puro ideal [sostenía], solamente se oponen los demagogos que se valen de todos los ardides para confundir el imperialismo con la negación de toda obra constructiva, para decir que defienden los intereses del país cuando buscan la disociación social y política que traiga una tiranía, que les permita, a su sombra, medrar y progresar». El «antimperialismo aprista» no lo llevaba a negar «bondades a los planes de colaboración económica». Veía en la «Alianza para el Progreso, —en su lenguaje reformador abogando por un entendimiento con los pueblos y no con las élites mandonas— una sana rectificación en la trayectoria de un siglo». Haya se manifestaba también complacido con el ímpetu del Presidente Kennedy, pero temía «que el devorador engranaje de intereses, pueda malograr sus propósitos» (VRHT 1961).

Las posiciones políticas que Haya explicaba a la prensa las había desarrollado en su libro *Treinta años de aprismo* (VRHT 1956: 35-58). Lo notable es que él pretendía que estos planteamientos eran la continuación de los contenidos en *El antimperialismo y el Apra*, de 1936. La naturaleza de su «antiimperialismo» quedaba en evidencia en su posición con relación al conflicto entre la Cuba de Fidel Castro y los Estados Unidos. Su adhesión a la Alianza para el Progreso[7] no estaba motivada solamente por el deseo de acceder a la ayuda económica norteamericana, sino era la contrapartida de su alineamiento total con los Estados Unidos. Haya defendía hasta el «derecho de los yanquis de intervenir militarmente en Cuba, proponiendo como cobertura legal el Tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro» (Castañeda 1961).

Haya trataba de proporcionar la justificación legal para una intervención norteamericana en Cuba. A raíz de la Reunión de Punta del Este, lamentó que

> [...] no se haya sentado jurisprudencia internacional definiendo el concepto de "agresión" [...] en el caso cubano, la quinta columna es un gobierno que ha violado todos los principios definidos en el Tratado de Asistencia Recíproca

[6] Haya sostiene las mismas ideas en una entrevista realizada dos semanas después. Véase Castañeda 1961.

[7] De la cual Manuel Seoane era uno de los mayores propagandistas en el continente.

> de Río de Janeiro [...] que es un baluarte de propaganda, de acción y de penetración de una potencia extracontinental de reconocida tendencia totalitaria [...] Cuando la quinta columna en un país del Continente la constituye el mismo Gobierno, compete a los pueblos el solicitar la ayuda y la cooperación de los demás pueblos hermanos para exterminarla (VRHT 1961).

Estas declaraciones salieron al mercado el 16 de abril de 1961. El día anterior había comenzado la invasión de Bahía de Cochinos; el fracasado intento de una fuerza contrarrevolucionaria de cubanos entrenados en campos de Guatemala, armados y financiados por la Agencia Central de Inteligencia norteamericana, la CIA, para derrocar a Fidel Castro.

En buena cuenta, Haya trataba de justificar jurídicamente la intervención militar que estaba en marcha: «cuando se creó la Organización de Estados Americanos, y se ratificó más tarde en el Tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro, se reconoció el derecho de intervención colectiva». A la observación de que esta posición violaba el principio de la soberanía de los pueblos, contestó demandando una reforma jurídica que pusiera límites a esa soberanía:

> [...] la O.E.A. está necesitada de una modificación fundamental, definiendo y calificando el concepto de soberanía y determinando que en América la soberanía es interdependiente como lo es en todos los países del mundo [...] La soberanía es absoluta mientras es la resultante del libre ejercicio y el respeto absoluto de la soberanía popular y, naturalmente, si hay violación de esta soberanía popular, procede la intervención y la acción política por medio de la policía internacional. Si no, ¿para qué sirve un organismo internacional como la OEA? (VRHT 1961).

Es una gran paradoja que, mientras Haya de la Torre se esforzaba por legitimar la intervención norteamericana en Cuba, el canciller del Perú, Raúl Porras Barrenechea —al que el Apra había llevado al Parlamento como cabeza de su lista parlamentaria y había apoyado para que asumiera el cargo de Canciller—, se negó a votar respaldando la expulsión de Cuba de la OEA que los Estados Unidos promovía. Un informe confidencial de la estación de la CIA en el Perú advertía que Porras Barrenechea, así como el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Arcaya, posiblemente tendrían que renunciar a sus cargos para salvar la cara y preservar a sus respectivos gabinetes ministeriales por haber votado en contra de la posición de los Estados Unidos, desobedeciendo las instrucciones de sus gobiernos. El informe de la CIA decía que Porras era un «amigo» del Apra, «un partido izquierdista, pero no castrista». Sin embargo, se señalaba la existencia de un ala izquierdista en el Apra fuertemente pro castrista (CIA 1960a). Porras Barrenechea fue siempre un declarado conservador, pero la exclusión de

Cuba del sistema interamericano repugnaba a sus convicciones democráticas y prefirió renunciar a su cargo antes que traicionar sus convicciones. Poco tiempo después de este incidente falleció, distanciado del régimen de la convivencia del cual formó parte.

El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), invocado por Haya —también llamado Tratado de Río— fue promovido por los Estados Unidos como un «pacto de defensa mutua» de los gobiernos de América, dentro de la lógica de la Guerra Fría que comenzaba. Se firmó el 2 de setiembre de 1947 en Río de Janeiro. Su objetivo fundamental, a la letra, era alinear a los países del hemisferio ante una eventual agresión soviética: «un ataque armado por cualquier Estado contra un Estado Americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados Americanos, y en consecuencia, cada una de las Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque».

Posiblemente, el inconsciente traicionaba a Haya de la Torre cuando comparó el TIAR con la doctrina Monroe —la quintaesencia de la política imperialista norteamericana—, para mostrar la superioridad del primero: «Yo sostengo que el Tratado de Río de Janeiro de 1947 es el verdadero camino, ya que la doctrina de Monroe no señala ningún procedimiento. El Tratado de Río de Janeiro contiene una doctrina moderna, sobre todo en su parte considerativa» (*La Tribuna* 1962)[8]. Haya rescataba sobre todo el parágrafo que decía que se debía identificar como agresión «no solamente la agresión armada de un Estado contra otro, sino también la agresión de cualquier tipo, por ejemplo la agresión ideológica».

El TIAR fue formulado para normar las relaciones entre estados y era inaplicable para la intervención que Haya propiciaba. Propuso entonces convocar a una reunión «en la cual se analizarían las agresiones de un gobierno contra su propio pueblo». El objetivo era declarar a Fidel Castro agresor del pueblo cubano, debido a que en Cuba no habían elecciones: «Debemos procurar saber que los pueblos de todos los países latinoamericanos son soberanos sólo mediante elecciones libres». Aunque no se le reconoció a Haya la paternidad de la iniciativa, la diplomacia norteamericana invocó el TIAR varias veces durante la crisis del bloqueo contra Cuba al año siguiente.

En marzo de 1962, meses antes de que Haya de la Torre hiciera las declaraciones citadas, la CIA había puesto en circulación entre sus agentes un amplio informe que mostraba hasta qué punto la agencia de inteligencia norteamericana comprendía mejor que el jefe del Apra la necesidad de reformas radicales.

---

[8] Originalmente publicado en *O Estado de* Sao Paulo (Brasil) el 23 de setiembre de 1962. Traducido y reproducido en *La Tribuna* (1962).

> América Latina [diagnosticaba el documento] está madura para una revolución social, de una forma o de otra.
>
> La amenaza castro-comunista en América Latina es el resultado de la habilidad de movimientos subversivos bien organizados, centrados en Cuba, para explotar la tendencia natural de oligarquías atrincheradas a resistirse a las crecientes demandas sociales de reformas radicales. Lo que los elementos radicales ven en Latinoamérica es que, mientras otros hablan de reformas sociales, Fidel Castro ha realizado una revolución social radical en Cuba, y ha desafiado a los yanquis con el apoyo de un patrón aparentemente más poderoso. Regímenes reformistas relativamente moderados están ahora ascendiendo en varios países de América Latina, pero si la Alianza para el Progreso fracasa en lograr los resultados que ha prometido a tiempo para responder a las crecientes demandas populares, crecerá la convicción de que el camino de Castro es el único medio para conseguir resultados en un plazo razonable. De esta manera, a pesar de la alienación de los reformistas moderados hacia Castro, permanece el peligro de que el ejemplo cubano quede como el modelo de la inminente revolución social en América Latina (CIA 1962a; en adelante, las traducciones son mías).

Durante los seis años siguientes Haya y el Apra prestarían su apoyo decidido a la oligarquía en sus intentos de bloquear la realización de las reformas que la propia CIA consideraba necesarias para evitar una inminente revolución social. El Apra terminaba situada a la derecha de la principal agencia contrarrevolucionaria norteamericana.

El informe de la CIA aludía a José Figueres, Alberto Lleras Camargo, Rómulo Betancourt y Víctor Raúl Haya de la Torre como líderes reformistas de partidos establecidos que se enfrentaban a Castro por su egotismo, el carácter dictatorial de su régimen, su intervención en la política interna de otros países y su asociación con los comunistas. Consideraba que Castro tenía poco apoyo entre los políticos de América Latina, a excepción del que le brindaban los comunistas y los «grupos disidentes» que habían roto con los «partidos revolucionarios establecidos», como Acción Democrática, de la que se desprendió el MIR, en Venezuela, y el Apra, de la que había salido el Apra Rebelde, en el Perú.

La posición de Haya frente a Cuba a inicios de los sesenta era el corolario de un conjunto de cambios bastante más amplio.

El «interamericanismo democrático sin imperio» que propugnaba Haya tenía como bases al mercado común latinoamericano, la Alianza para el Progreso, la OEA y el TIAR, estos dos últimos instrumentos fundamentales de la política norteamericana. Esta política desembarcó en la expulsión de Cuba del sistema interamericano y el bloqueo económico que se prolonga hasta hoy. «La "unidad

política de América Latina", ya no será en Acción contra el "imperialismo yanqui" sino "con el Imperialismo yanqui"» (Valderrama 1980: 76).

Al final del día de las elecciones generales de junio de 1962, cuando se creía el ganador de la contienda, Haya llegó a anunciar a la revista *Life* que se proponía dar representación a los capitalistas extranjeros en un organismo del Estado peruano, el Consejo Económico Nacional, que debía planear y vigilar el desarrollo del Perú. En él estarían representados el trabajo, el capital, el gobierno y los inversionistas extranjeros: «Ninguna ley peruana prohíbe a los extranjeros formar parte de ese tipo de organismos oficiales. El inversionista extranjero arriesga su dinero y su trabajo y debe estar representado»[9].

Es extraordinario que con semejantes virajes ideológicos el Apra pudiera mantener la adhesión de miles de militantes, que seguían creyendo sinceramente que el partido mantenía el propósito de hacer la revolución.

Carlos Malpica, un militante juvenil que abandonó el partido aprista oponiéndose a la convivencia y luego fue fundador del Apra Rebelde y del MIR, analizando el proceso que llevó al Apra a convertirse en un celoso defensor de las inversiones extranjeras, rechazaba que esto fuera una simple respuesta a la influencia corruptora de los sobornos. Para él, el proceso había sido mucho más complejo y se cumplió por etapas.

> Todo partido nace con vocación de llegar al poder. Si se trata de un partido anti-imperialista o siquiera reformista debe luchar contra fuerzas muy poderosas: la oligarquía nativa y las grandes empresas extranjeras [...] [y] la alienación de nuestro pueblo [...] y si esto fuese poco, en corto tiempo, será atacado por la Iglesia y si gana las elecciones será impedido de tomar el gobierno por el ejército.
>
> Al tercer o cuarto intento frustrado, los dirigentes generalmente prefieren adecuarse al sistema, para lo cual deben contar con la aquiescencia norteamericana.
>
> Se inicia los contactos con la embajada yanqui con lo cual empieza el viraje: de vez en cuando alguna alabanza a los éxitos de los sabios norteamericanos y ataques velados aunque no frecuentes al sistema socialista (Malpica 1976: 67).

Los militantes del Apra lo ignoraban, pero, como ya se vio, en setiembre de 1931 Haya de la Torre había entablado contacto con el embajador Dearing para dar seguridades al gobierno norteamericano de que no tenía nada que temer de su retórica antiimperialista y radical. La relación con la embajada norteamericana

[9] «Demasiado tiempo el inversionista extranjero ha sido tratado como el judío de la Edad Media» (Life 1962).

se mantuvo regularmente durante las décadas siguientes y Haya pudo jactarse de que durante la clandestinidad, bajo el primer gobierno de Prado, recorría Lima anónimamente en un automóvil de dicha embajada (Villanueva 1977).

Llegado a este punto, la evolución del partido —inicialmente enemigo del imperialismo— hacia las posiciones pro imperialistas contaba con un creciente respaldo económico e institucional, que estimulaba la toma de posiciones crecientemente hostiles hacia el socialismo:

> Luego vienen los ataques a determinados aspectos del comunismo y del socialismo, destacando algunas manifestaciones positivas del capitalismo, tales como su organización sindical. Es el momento en que ya han tomado contacto con las centrales laborales yanquis y la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT), en busca de apoyo económico para acentuar su control sobre las organizaciones de obreros y empleados del país.
>
> La tercera etapa consiste en marcar las diferencias entre el capitalismo en los países desarrollados que ha producido bonanza y nuestro capitalismo subdesarrollado, culpando de todos los males a nuestra oligarquía [...] En esta fase se "descubre" las deficiencias y anacronismos del socialismo y del comunismo como sistema: difícil resulta reconocerle algo positivo.
>
> La cuarta etapa es de contactos con una o dos empresas extranjeras que operan en el país. Intercambian favores: la empresa subvenciona, el partido calla o apoya en privado determinadas gestiones. Por supuesto, en los comunicados públicos sigue siendo antiimperialista y condena las medidas gubernamentales que en privado apoya.
>
> La quinta etapa se caracteriza por patrocinar la instalación de nuevas empresas extranjeras y destacar algunos rasgos positivos de los consorcios antes atacados. El ataque al socialismo de todo tipo se acentúa.
>
> La sexta etapa se inicia con la publicación de avisos comerciales de empresas extranjeras en sus diarios y revistas y los contactos desembozados con sus jefes de relaciones públicas. Los ataques a los grupos izquierdistas nacionales y al sistema socialista cada vez se hacen más frecuentes, incrementándose al mismo tiempo las loas a la política exterior entreguista (Malpica 1976: 67-69).

Hacia fines de la década del cincuenta el Apra se encontraba en esta etapa. La revista *Presente*, dirigida por Andrés Townsend Escurra, un dirigente aprista muy destacado, contaba con un generoso avisaje de empresas imperialistas y de otras que tenían una fuerte presencia extranjera entre sus accionistas, como la International Petroleum Company (IPC), la Cerro de Pasco Corporation, Pilsen Callao, Faucett, Panagra, Bata, International Standard Electric, la ITT, el Banco Internacional, APSA, Hidroandina, aparte de publicar publirreportajes no solo

de esas empresas sino también de magnates de la oligarquía, como Mariano Ignacio Prado (Valderrama 1980: 98).

Pasado este punto, aparentemente los obstáculos que impedían al partido llegar al poder debieran estar removidos y este podría dar el anhelado último paso hacia la realización de su destino manifiesto: tomar el poder.

> La séptima y última etapa consiste en la abierta defensa del sistema capitalista tal como funciona en el país, recalcando las ventajas de entregar nuestras riquezas a los inversionistas extranjeros [...] Es la etapa macartista. En pago a su entreguismo, la oligarquía y los consorcios foráneos lo subvencionan generosamente, los órganos de prensa derechistas dedican páginas enteras a las declaraciones de sus líderes y a informar sobre los éxitos internos y externos de sus planteamientos.
>
> Roto el veto yanqui, sus líderes pueden prepararse a tomar el poder. Sus "tradicionales" enemigos, la Iglesia y el ejército, ya no lo son [...] Consumada la traición a sus postulados primigenios, los dirigentes partidarios se aprestan a recibir la "ayuda" de los consorcios y del gobierno yanquis y de la oligarquía peruana (Malpica 1976: 67-69).

Como es sabido, el Apra no pudo transitar este tramo final. Haya de la Torre —que en 1962 ganó las elecciones a Belaunde por apenas trece mil votos, sin alcanzar el tercio electoral que necesitaba para ser proclamado presidente— perdió la única oportunidad en la que estuvo verdaderamente cerca de llegar al poder.

Las elecciones de 1962

Para inicios de la década de los sesenta nuevos sectores sociales reclamaban una representación política. La sociedad oligárquica había entrado en crisis y la situación estaba madura para emprender los cambios estructurales que colocaran al Perú en la senda modernizadora que habían tomado países como México, Argentina, Brasil, Chile, e incluso Bolivia, a partir de la década de 1930. En el Perú, la temprana derrota de los movimientos antioligárquicos a inicios de los treinta y el tercer militarismo (1930-1956), al excluir al Apra y al Partido Comunista del sistema político, cerraron el camino a los cambios durante tres décadas. Para fines de los cincuenta las presiones sociales por transformar el país eran grandes. Estas provenían no solo de los trabajadores y los pobladores urbanos y del poderoso movimiento campesino, sino de sectores que tradicionalmente habían respaldado el orden oligárquico, como la Iglesia, sensibilizada por iniciativas como la Misión Lebret. Así como también de las Fuerzas Armadas, que elaboraron una nueva doctrina de seguridad nacional en el Centro de Altos

Estudios Militares (CAEM) —fundado en 1950 y que para fines de esa década levantaba una propuesta reformista que consideraba que el pilar fundamental de la defensa nacional era la integración—, cuya condición era el desarrollo nacional (Villanueva 1972).

Inclusive el gobierno norteamericano, que tradicionalmente había apoyado a los regímenes oligárquicos, mudó de posición al iniciarse los años sesenta, debido al temor a la extensión del mal ejemplo cubano. Después de todo, en Cuba una revolución que se definía como humanista y que inicialmente solo planteaba reformas, culminó en expropiaciones de empresas norteamericanas y la proclamación del socialismo, debido al enfrentamiento con los Estados Unidos. La respuesta de la administración Kennedy combinó una estrategia militar contrarrevolucionaria y la Alianza para el Progreso, concebida como «un Plan Marshall para América Latina», la respuesta a la revolución cubana. La propuesta contemplaba inversiones y apoyo técnico para impulsar el desarrollo, condicionados a la realización de cambios tan inaceptables para la oligarquía como la reforma agraria y la reforma tributaria.

En el Perú, la revolución antioligárquica, que a mediados de la década del cincuenta parecía inminente, se frustró porque el Apra, el más importante partido de masas de la historia peruana, dio un viraje que lo llevó de sus posiciones antioligárquicas iniciales a la defensa de la oligarquía.

Al acercarse el final del gobierno de Manuel Prado, era necesario redefinir la naturaleza de las alianzas que se habían concertado para 1956. Para Bourricaud, que la convivencia sobreviviera hasta 1962 se explica por las ventajas que apristas y pradistas obtuvieron de su asociación (Bourricaud 1989: 292). Los apristas habían mostrado continuamente que se sentían muy cómodos con la alianza. Ramiro Prialé afirmaba que el radicalismo era un «estado de espíritu», mientras que la convivencia era «un clima, una actitud, una manera nueva que el país ha descubierto de expresarse» (1989: 296). Un rasgo distintivo de la convivencia era su apertura a los acuerdos políticos: «Dentro de la convivencia caben los pactos, los entendimientos, las relaciones entre los unos y los otros», lo cual, sin embargo, decía Prialé, no quería decir que los apristas tuvieran un pacto con Manuel Prado: «nosotros no tenemos pacto con el (Movimiento) Democrático Pradista; nosotros antes de las elecciones adquirimos con ellos el compromiso de luchar por las libertades y cancelar las discriminaciones. Cumplieron ellos y cumplimos nosotros. Allí terminó la cosa. Pero es natural que mantengamos una relación cordial».

Alguna vez Prialé reconoció —a medias— que Prado representaba a la oligarquía. En una entrevista que concedió a *Caretas*, en 1963, luego de afirmar que nacieron como un partido antioligárquico, reconoció que en 1956 entraron en una «situación amistosa con un gobierno aparentemente típico de lo prooligárquico».

Lo atribuyó empero a que estaban «en condiciones de semiciudadanos, de manera que los movimientos se constituyeron alrededor de personas» (*Caretas* 1963b).

Haya de la Torre ofreció una segunda interpretación de la convivencia, según la cual esta había sido la reanudación de la experiencia de 1945-1948, que fue interrumpida por el golpe de Odría. El aprismo quiso hacer un ensayo de democracia apoyando a sus opositores para iniciar un diálogo civilizado con respeto a todas las ideas. Según él, esta política de apertura democrática era semejante a la coexistencia pacífica entre EE.UU. y la URSS.

Bourricaud se pregunta por qué la convivencia no logró sobrevivir más allá del mandato de Prado y lo atribuye, en primer lugar, a una campaña de descrédito; en segundo lugar, a la falta de «cierto número de electores conservadores no comprometidos», provocada por la campaña anterior; en tercer lugar, al desequilibrio numérico entre los apristas y los pocos conservadores que se les habían unido, que pesó cuando se trató de la designación del candidato presidencial; finalmente, a que el Apra no podía aceptar «una vez más movilizar a sus partidarios en favor de un candidato conservador» (Bourricaud 1989: 303).

Para Bourricaud, los dirigentes del Apra no podían prescindir de la candidatura de Haya sin desmoralizar a sus partidarios. Nadie le impedía presentarse y encabezar la campaña y desde 1956 los apristas esperaban el vencimiento del plazo de 1962 para ver la entrada de Víctor Raúl en el palacio presidencial.

En realidad, la convivencia, si por tal se entiende la alianza del Apra con la oligarquía, no solo sobrevivió al gobierno de Prado sino se perfeccionó, pues para las elecciones de 1962 los quince candidatos al Congreso del Movimiento Democrático Peruano fueron incorporados a las listas parlamentarias del Apra. Según dice Luis Alberto Sánchez, durante la convivencia los grupos parlamentarios del Apra y del MDP formaron un equipo homogéneo, que sobrepujó «las dificultades del noviazgo de dos grupos que habían antagonizado tan áspera y hasta cruentamente durante ocho años» (LAS 1987: vol. 4, 175).

Los resultados de la elección del 10 de junio de 1962 fueron los siguientes:

Cuadro 6

Candidato	votos	porcentaje
Víctor Raúl Haya de la Torre	558.237	32,98%
Fernando Belaunde Terry	543.828	32,13%
Manuel A. Odría	481.404	28,44%

Tuesta 1987: 263.

Ninguno de los candidatos alcanzó el tercio de votación que se requería para ser proclamado presidente, por lo que el nuevo Congreso debía instalarse y nombrar al nuevo mandatario entre los tres más votados. Como se ve, la ventaja de Haya sobre Belaunde fue de apenas 14.000 votos sobre 1.580 mil votantes. Entonces, Haya chocó con el veto de la Fuerza Armada, que se oponía a que asumiera la presidencia. Si el Apra hubiese conseguido una gran ventaja electoral, quizá Haya hubiera podido presionar para que se reconociera su derecho a ser proclamado presidente —si lograba reunir los votos necesarios en el Parlamento—. Pero con una diferencia tan precaria con relación a Belaunde su margen de acción era muy reducido.

El Apra decidió endosar sus votos al general Odría, que había alcanzado apenas el tercer lugar. Y en 1963 incorporó a su alianza con el pradismo a la Unión Nacional Odriísta, en torno a la cual se habían nucleado los barones del azúcar y del algodón para asegurar su hegemonía en el Congreso. Esta alianza, a la que el Apra irónicamente bautizó la Coalición del Pueblo —sus detractores la denominaron la superconvivencia— cogobernó al país entre 1963 y 1968.

La decisión de ir en alianza con la oligarquía a las elecciones de 1962 no dejó de provocar malestar entre los apristas, pese a que los sectores más radicales ya habían abandonado el partido, pero el aparato finalmente consiguió alinear a la masa aprista con la dirección. Para Sánchez, «Un sector pequeño y ambicioso, lleno de sospechosa violencia, en el que militaban algunos de los que trataron de engañar a Manolo Seoane, pretendía obtener ventajas flameando la bandera de una supuesta oposición doctrinaria, a todo trato con Odría. Dos Congresos y cinco Plenarios del partido rechazaron semejante pretensión», (LAS 1987: vol. 4, 175-176).

Que la dirección aprista lograra encuadrar a su militancia en la obediencia a sus directivas no garantizaba, sin embargo, que pudiera ganar a los sectores independientes que esperaban que el cambio de régimen abriera el camino a una gran transformación. De eso se aprovechó Belaunde para golpear al Apra por su política de defensa de los intereses de la oligarquía y el imperialismo. En un mitin de campaña en la plaza San Martín, el 5 de enero de 1962, Haya llegó a decir: «Malditos sean los demagogos, mil veces malditos porque ellos atraen y engatusan a la gente». A lo que tres semanas después Belaunde le respondió diciendo: «Ningún ciudadano que no pertenezca a sus filas va a caer en la trampa retórica de quien se pasó 30 años agitando a los de abajo y ahora ha dedicado tres horas a calmar a los de arriba. Su discurso ha sido un mensaje de esperanza [...] para la International Petroleum [...]» (Luna Vegas 1990: 132).

La versión de Sánchez, según la cual Seoane respaldaba el acuerdo con Odría, es desmentida por el memorándum que el «Cachorro» envió al CEN del Apra el 26 de setiembre de 1962. Allí, evaluando las elecciones del pasado

junio y previniendo los futuros pasos de la dirección, Seoane subrayaba su firme oposición a cualquier acuerdo con el viejo verdugo del Apra:

> Vuelven a producirse movimientos de aproximación a fuerzas políticas retardatarias, representativas del rezago y primitivismo político, en especial la Unión (Nacional) Odriísta. Si ayer, frente a la amenaza del golpe, el amargo paso fue casi impuesto por los hechos, hoy no existe ningún justificativo de entendimiento con el dictador que más persiguió al Partido. En tanto la UNO alardea de su antiaprismo genérico, y en particular su rechazo al Jefe del Partido, el aprismo formula declaraciones complacientes, sin explicar cómo se produjo la renuncia de Haya de la Torre, y sin marcar las barreras que distinguen y separan ambos movimientos (De las Casas 1981: 258).

La alianza con Odría de 1963 definió el alejamiento definitivo de Seoane de toda actividad partidaria. Poco después un ataque al corazón terminaría con su existencia.

Incorporado el MDP en las listas parlamentarias del Apra, no quedó una oposición orgánica de la derecha. En diciembre de 1961 se constituyó el Movimiento de los Independientes, informalmente promovido por Pedro Beltrán: «los fundadores no estaban muy alejados del círculo de parientes, amigos y clientes del señor ministro» (Bourricaud 1989: 318-319). No tuvo acogida y Beltrán decidió evitarse el bochorno de una derrota, desistiendo.

En los primeros meses de 1961 Odría hizo pública su intención de candidatear. El borrón y cuenta nueva, promovido por la convivencia, permitió que a un lustro de dejar el poder intentara volver a Palacio por la vía electoral. A fines de marzo retornó al Perú, agrupando a sus ex ministros, consejeros, clientes y familiares. Atrajo también una significativa masa de gente de origen muy modesto: pobladores de las barriadas captados gracias a su política clientelista desde la presidencia. La tónica de sus discursos estaba bien definida por dos lemas que hizo célebres: «Hechos, no palabras» y «La democracia no se come»,

> [...] tres características [afirma Bourricaud] definen la nueva empresa odriista. Apoya al general un grupo de hombres ricos y poderosos que están decididos a financiar ampliamente su campaña. En segundo lugar, el general puede contar con ciertos apoyos en provincias [...] En tercer lugar, el general espera conseguir una vasta fracción del voto de las barriadas.
>
> Doña María Delgado de Odría es una mujer de origen modesto en la que el pueblo reconoce las virtudes de la madre de familia, acostumbrada a hacer hervir la olla de sopa con recursos exiguos e inciertos [...] Víctor Raúl es soltero ("por conocidas razones", escribe "El Comercio", cuya malevolencia para con el jefe aprista jamás se desarma); el arquitecto Belaunde está separado de su

mujer; sólo el general posa para el fotógrafo en compañía de su digna esposa, en su casa familiar de la calle Vargas Machuca (Bourricaud 1989: 321).

El fantasma de la revolución

El 1 de enero de 1959 triunfó la revolución cubana y bajo su estela surgieron durante los años siguientes guerrillas en varios países de América Latina. El Perú vivió una fugaz experiencia guerrillera en 1963, con el levantamiento del alférez Vallejos en Jauja, muerto el mismo día de su alzamiento[10], y otras dos experiencias guerrilleras de mayor duración e impacto en 1965: la del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que abrió frentes guerrilleros en la selva central y en la región amazónica cusqueña, en el sur; y la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN), que operó en las provincias ayacuchanas de Cangallo y Víctor Fajardo.

La transformación del Apra, de enemiga a defensora de la oligarquía, le dio a esta una década más de vida. Asimismo, empujó a sectores de la clase media a un proceso de radicalización política, que en el límite, dieron lugar a la formación de nuevos partidos. A mediados de los sesenta, estas nuevas agrupaciones se preparaban ya a hacer la revolución por la vía armada. Esta situación, aunada al fracaso del reformismo de Acción Popular para hacer las reformas sociales y económicas que eran impostergables, allanó el camino al golpe militar del general Juan Velasco Alvarado, el 3 de octubre de 1968, que fue explícitamente justificado aludiendo a la incapacidad de los civiles para acabar con la oligarquía e impulsar el desarrollo nacional.

Hacia 1962, al finalizar el gobierno de Manuel Prado, la situación en América Latina era hondamente preocupante para el gobierno norteamericano. Sorprende ver la atención con que era seguida la evolución de los acontecimientos en países que, como el Perú, habitualmente habían estado al margen de la atención de la gran potencia del norte. Los documentos desclasificados del gobierno de EE.UU., como los del Departamento de Estado, la CIA y el Departamento de Defensa, muestran que entre 1961 y 1963 era habitual que en las reuniones para evaluar la situación del Perú participara hasta el presidente Kennedy y sus asesores. La razón es simple: luego del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos, el enfrentamiento con Fidel Castro se había convertido para Kennedy en una obsesión y, al mismo tiempo que estaba en marcha la «Operación Mangosta» —que combinaba el sabotaje económico contra Cuba, la quema de campos de caña, la infiltración de guerrilleros contrarrevolucionarios procedentes de Miami,

---

[10] Mario Vargas Llosa ha tratado literariamente este alzamiento en *Historia de Mayta* (1984).

los intentos de asesinar a Castro, en cooperación con la Mafia—, era necesario prevenir la declarada intención del gobierno cubano de «exportar» su revolución hacia otros países latinoamericanos. Los acontecimientos internos del Perú se entretejían entonces con las vicisitudes de la Guerra Fría, redefiniéndose la naturaleza de los enfrentamientos locales, que para los estrategas norteamericanos terminaban insertándose dentro de un campo de fuerzas continental, donde se jugaba la correlación planetaria entre el «totalitarismo» y la «democracia».

Las elecciones generales de junio de 1962 constituían una especie de *test* para la relación entre las dos fuerzas que habían modelado la política peruana durante las tres décadas anteriores: el Apra y las Fuerzas Armadas. Un conjunto de comunicaciones cursadas por el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Dean Rusk, a la embajada norteamericana en el Perú, en torno a las elecciones, aporta información interesante para conocer los límites y posibilidades de la influencia que el gobierno norteamericano podía ejercer sobre las estructuras de poder en el Perú.

La embajada norteamericana temía que se produjera un golpe militar si triunfaba el Apra en las elecciones. En una reunión realizada en Washington entre el presidente Kennedy y el embajador norteamericano en el Perú, el señor Loeb, en marzo de 1962, este planteó que una victoria de Apra era posible y que «los militares peruanos habían afirmado que no aceptarían tal victoria y podrían intentar impedir que el Apra tomara el poder a través de la fuerza militar». No estaba en el interés de Estados Unidos tener un conflicto con las Fuerzas Armadas del Perú y Kennedy se mostró de acuerdo con que el embajador informara a los miembros del comando militar peruano que ellos apreciaban la tradicional amistad de las Fuerzas Armadas peruanas con los Estados Unidos y «respetaban su vigoroso y vigente anticomunismo». Sin embargo, ellos tenían que entender que los Estados Unidos estaban comprometidos con su propio pueblo, y con el Congreso, a apoyar gobiernos constitucionales no comunistas en todo el hemisferio. Para Kennedy, el grado en que los EE.UU. podrían ser presionados en esas circunstancias dependería completamente de la discreción de su embajador. Le autorizó a ir tan lejos como para advertir a los militares peruanos que podría ser «imposible» reconocer un gobierno de facto o continuar su programa de ayuda con tal gobierno. Le autorizó también a hacer referencia al hecho de que había hablado de estos temas con el Presidente y los otros altos funcionarios del gobierno norteamericano (EE.UU.. Departamento de Estado 1962a).

El 25 de mayo la CIA puso en circulación un documento reservado que resumía su evaluación de la situación del Perú en vísperas de las elecciones (CIA 1962b)[11].

[11] Las referencias que siguen provienen de esta fuente.

Este permite aproximarse a la apreciación que tenían los norteamericanos del Perú, así como a los objetivos políticos que se planteaban.

El documento comparaba a Haya de la Torre y el Apra, con Rómulo Betancourt y a Acción Democrática de Venezuela, respectivamente. Ambos políticos propugnaban reformas sociales fundamentales a través de la acción política, de acuerdo con la Alianza para el Progreso. El Apra era señalado como un adversario eficaz del comunismo y el castrismo en el campesinado, los trabajadores y estudiantes.

A Fernando Belaunde Terry la CIA lo consideraba un «atractivo oportunista político» que se declaraba también reformista, pero que había realizado su campaña presidencial de una manera calculada como para atraer el voto de todos los que odiaban y temían al Apra, incluyendo tanto a las clases privilegiadas, cuanto a los comunistas.

El Perú tenía abundantes recursos naturales y una tasa de crecimiento económico de aproximadamente 6% anual —el incremento anual de la población era la mitad de esta cifra—, pero los beneficios de la economía llegaban solo a las clases medias y altas. El ingreso nacional per cápita era de 445 dólares anuales, entre los más bajos del hemisferio; solamente superados por Haití, Bolivia y Paraguay. Aproximadamente el 76% del área cultivada del país era poseída por menos del 2% de los propietarios. Abrir la región oriental del país, la selva, para expandir la frontera agrícola requeriría cuantiosas inversiones para la colonización y la construcción de caminos.

A pesar de la firme resistencia de la oligarquía a los cambios, la estructura social y económica tradicional se estaba debilitando gradualmente. Había descontento entre los campesinos, que presionaban sobre las grandes haciendas. Campesinos hambrientos hacían esporádicamente incursiones sobre las propiedades privadas, en algunas oportunidades apoyados por comunistas que trabajaban entre ellos. Los campesinos sin tierras se estaban desplazando en gran número hacia los barrios pobres y miserables que rodeaban las ciudades costeras. Aproximadamente, la mitad del millón de habitantes de Lima vivían en barriadas y estas áreas se estaban convirtiendo en terreno fértil para la agitación contra el *statu quo*.

El Perú había sido regido por gobiernos autoritarios que generalmente solo podían ser desplazados por la fuerza; los cambios políticos que habían ocurrido dentro de la oligarquía dirigente habían sido precipitados por los militares, normalmente sin mayores disturbios civiles. Los períodos de gobierno constitucional habían sido breves y la democracia, como EE.UU. la entendía, tenía poco significado para la mayoría de los peruanos. Sin embargo, durante casi seis años el gobierno constitucional del presidente Manuel Prado se había mantenido, y

si llegaba al 28 julio, sería el primer gobierno elegido en Perú que habría completado todo su período[12].

El presidente Prado había sido elegido gracias una alianza electoral con el Apra, un partido «de base amplia y radical», que controlaba el Congreso. A pesar de la obligación que tenía con las bases apristas, su gobierno conservador había hecho muy poco por encarar los problemas sociales y económicos básicos del Perú. Sin embargo, dejaba el gobierno en una condición fiscal excepcionalmente buena, en gran parte debido al programa de estabilización de ex premier Beltrán, las nuevas inversiones y buenos mercados de exportación. En 1961 la inversión privada total de los EE.UU. ascendía a 664 millones de dólares, que representaba el 58% de la inversión extranjera total, que ascendía a 1.178 millones de dólares. Casi todo el cobre, el petróleo, las industrias de mineral de hierro, la mayoría del plomo y las industrias del azúcar eran propiedad de norteamericanos. Las finanzas públicas estaban en orden y la estabilidad monetaria era incuestionable. La balanza de pagos era positiva, con un excedente de más de 85 millones de dólares y la inversión privada —tanto extranjera como nacional— estaba en un nivel elevado.

La CIA consideraba al Apra el principal adversario del castrismo y el comunismo. «Es el único partido con apoyo organizado en todo el país». Señalaba que aunque su base social estaba en la costa norte, había señales de que estaba logrando apoyo en el sur. Pero tenía también problemas. Debido a su pasado radical se había ganado el temor y el odio de los sectores tradicionales, que lo veían como un peligro mayor para sus intereses que los propios comunistas. Por otra parte, su asociación con Prado le había ganado el repudio de algunos de sus ex seguidores, que consideraban que había traicionado sus ideales revolucionarios. Los adversarios de Haya estaban utilizando el hecho de que para disipar el miedo de la derecha, el Apra había incorporado a los hombres de Manuel Prado en sus listas parlamentarias. Además, la conocida amistad del Apra con los Estados Unidos tranquilizaba a algunos, pero lo hacía vulnerable a los «ataques demagógicos» de otros, por haberse vendido al «imperialismo yanqui».

A Belaunde el documento de la CIA lo caracterizaba como «un hombre decidido a casi cualquier cosa para llegar a la presidencia». Señalaba que su base de apoyo se encontraba entre los profesionales de clase media y entre los enemigos del Apra. Belaunde decía que Acción Popular era liberal y reformista, pero no tenía una filosofía política que definiera qué significaba «reforma» para él. Declaraba su amistad con los Estados Unidos y sus asesores principales no eran comunistas, ni antiyanquis. «Sin embargo es un nacionalista empeñado en ganar el voto izquierdista, incluyendo el de los apristas desafectos y ha decidido

[12] Esta era una afirmación exagerada, aunque tampoco se apartaba demasiado de la realidad.

no revelar su posición sobre ningún asunto de política exterior». Belaunde había intentado recientemente diferenciarse de los comunistas, «porque teme que su vaguedad en torno al comunismo pueda hacerle más mal que bien, y en parte por el apoyo que está recibiendo en los predios conservadores». Además, aparentemente creía que podría controlar a los comunistas, cuando fuera necesario.

Sobre los resultados electorales, señalaba que no era posible hacer un pronóstico. Apuntaba, sin embargo, que la campaña de Belaunde había despertado una respuesta popular «grandiosa» y consideraban su elección como una «posibilidad positiva».

La Unión Nacional Odriísta, continuaba el documento, era un grupo básicamente conservador y había recibido un generoso apoyo financiero de los grupos conservadores para su campaña. Buscaba atraer votos de grupos con opiniones políticas claramente divergentes, tratando de convencer a los grupos más conservadores de la necesidad de hacer reformas de una manera que afectara en la menor medida posible los intereses adquiridos, «pero declara respaldar la reforma social y económica, de acuerdo con la época». Odría tenía un gran apoyo en los barrios pobres de Lima, donde reconocían que durante su gobierno habían vivido su época más próspera. Cuando estuvo en el poder, había utilizado a los comunistas contra el Apra y ahora tenía varios en sus listas para el Congreso.

El Partido Comunista era ilegal en el Perú. Debía tener alrededor de siete mil militantes y había intentado unir a varios pequeños grupos extremistas en un frente unido, pero había fracasado. Sus miembros participaban ampliamente en las actividades de agitación y propaganda entre los pobres de Lima y los peones agrícolas. Dominaban la Federación de Estudiantes, habían penetrado el movimiento sindical y estaban trabajando mucho en el sur. La CIA afirmaba que habían penetrado los partidos de Belaunde y Odría, y que había alrededor de diecinueve comunistas en las listas parlamentarias del Acción Popular y ocho en las de la Unión Nacional Odriísta.

Con relación a las perspectivas, la situación era complicada. Las Fuerzas Armadas ya habían advertido que no tolerarían un gobierno del Apra y probablemente considerarían la conveniencia de intervenir antes, mejor que después, de las elecciones, especialmente si pareciera que Haya podía ganar. Los cargos de fraude en la campaña —algunos incidentes ya habían sido confirmados— podían proporcionar un pretexto, aunque fuera débil, para que los militares exigieran posponer o anular las elecciones. Por otro lado, muchos oficiales —quizá una mayoría— no eran tan hostiles con el Apra como sus superiores. Podía haber algunos dispuestos a trabajar con él. El comportamiento moderado del Apra durante el gobierno de Prado y su campaña netamente anticomunista, podría haber impresionado a una parte de los oficiales más jóvenes, que

no habían conocido sus tiempos más radicales. La revolución cubana, por otra parte, había hecho que muchos oficiales ponderaran las ventajas de tener en el poder un partido claramente anticomunista. Incluso los más antiapristas estarían preguntándose si valía la pena correr el riesgo de afrontar los desórdenes públicos que podrían resultar de una intervención militar. Alguno o varios de estos factores podían servir para contener a los oficiales superiores más duros, pero era de considerar la posibilidad de que estos intentaran prevenir o negar una victoria aprista, a menos que fueran disuadidos por un poder mayor, más aún cuando tenían la atribución de vigilar el proceso electoral.

Ninguno de los principales candidatos había presentado un programa de gobierno bien definido, pero el Apra parecía el más resuelto a seguir un curso ceñido al definido por la Alianza para el Progreso. Un gobierno aprista sería probablemente similar al realizado por Betancourt en Venezuela, y enfrentaría problemas similares. De la misma manera que Acción Democrática, en 1948, el Apra había provocado el derrocamiento de un gobierno que antes había colocado en el poder con su apoyo por empujar las reformas demasiado rápido. Esta experiencia explicaba su moderación durante la administración de Prado. Si el Apra llegara al poder, probablemente mostraría más iniciativa que Prado, pero se cuidaría de no provocar una reacción militar. Realizaría reformas sociales y económicas, atendiendo especialmente el problema indígena y alentaría a la empresa privada, incluyendo la inversión extranjera. Además, tendría suficientes escaños en el Parlamento, líderes y técnicos competentes para implementar su programa de gobierno. Algunos importantes empresarios ya estaban preparados para respaldarlo.

Un gobierno de AP o de la UNO significaría problemas especiales para los EE.UU. Belaunde, de la misma manera que Haya, tenía algunos cuadros entrenados en su partido, pero, dada su inclinación a arreglarse con personas de todas creencias políticas, sería probablemente influenciado por extremistas. Podría tratar de buscar algún *modus vivendi* con el Apra, pero podría también trabajar con los comunistas cuando sirvieran a sus propósitos. Además, si no llegara a tener una mayoría parlamentaria —como era probable— tendría considerables dificultades para gobernar. Mientras que el Apra estaba claramente alineado con los EE.UU., el comportamiento de Belaunde estaba lejos de ser claro con relación a su política exterior. A pesar de sus declaraciones privadas sobre interés en la Alianza para el Progreso y amistad para con los EE.UU., la infiltración comunista en su partido y la manera en la que se había conducido en los años recientes indicaban que podría voltearse y convertirse en un nuevo «líder neutralista» en Latinoamérica. Parece evidente que la CIA valoraba especialmente la necesidad

de tener alineados a todos los países latinoamericanos en su enfrentamiento con Cuba.

Juzgando a Odría a partir de lo que fue su gobierno entre 1948 y 1956, la CIA lo caracterizaba como un fiel partidario del viejo modelo latinoamericano de conservadurismo —«*he is devoted to old-fashioned Latin American conservatism*»— y no sería un socio eficaz para la Alianza. Aunque había sido un amigo de los EE.UU. y de sus empresas privadas durante su gobierno, probablemente recurriría al ultranacionalismo proclamado en su campaña para cubrir sus fracasos en la implementación de las reformas. La inclusión de algunos candidatos comunistas en su lista, aunque él estuviera lejos de la izquierda, podría hacer que les prestara oídos, especialmente cuando el Apra se cruzara en su camino. Parecía claro que otro gobierno de Odría solo sería un paso hacia atrás para el Perú.

Kennedy opinaba que era necesario que el Departamento de Estado tomara medidas para impedir un golpe militar. Pero Dean Rusk, el Secretario de Estado, temía que los desacreditara que se viera que tenían favoritismo hacia el Apra. El 29 de mayo, Dean Rusk envió un telegrama al embajador norteamericano en el Perú expresándole su preocupación por las implicaciones que podría tener semejante actitud:

> Debemos soportar para nuestros adentros la creencia, que es generalizada en círculos militares y políticos peruanos, de que usted, la Embajada y el Departamento de Estado prefieren al APRA y el hecho resultante de que, a pesar de nuestras protestas en contrario, nuestros pronunciamientos para prevenir el golpe de Estado serán interpretados por muchos como un esfuerzo por ayudar al APRA, siendo desacreditados por lo tanto. También debemos reconocer la fuerte posibilidad de una victoria de Belaunde y la conveniencia de borrar ante él la impresión de que tratamos con favoritismo al APRA y nos oponemos a él como un procomunista (EE.UU., Departamento de Estado 1962b).

Un nuevo telegrama, enviado por el Departamento de Estado a la embajada norteamericana en el Perú, tres días antes de las elecciones, recomendaba las líneas de acción que esta debía seguir ante los posibles resultados de las elecciones.

Si se produjera un golpe de Estado, los analistas de la CIA recomendaban a la embajada que buscara convencer a los militares de la necesidad de programar nuevas elecciones y promover un acuerdo con el Apra, diferir el reconocimiento del gobierno de facto, anunciar la suspensión de los programas de ayuda y retirar al embajador, en consulta, así como a los máximos funcionarios de la ayuda económica. Además, también se tendría que convencer al Apra de que se arreglara con los militares y a Belaunde de hacer un frente con Haya contra

la intervención militar. La comunicación de Dean Rusk reconocía que estas medidas podían servir solo para presionar por un retorno a la democracia, ya que si los militares llegaban a dar el golpe los Estados Unidos no estaban en condiciones de impedir que permanecieran en el poder[13]. Si ganara el Apra y no hubiera una intervención militar inmediata debían ofrecerle la ayuda de expertos para desarrollar su programa económico y animar a Belaunde a cooperar con la reforma social. Si el ganador era Belaunde debían incrementar sus contactos con él y dejar en claro que consideraban sus objetivos «compatibles con la Alianza para el Progreso», ofreciéndole ayuda especializada para desarrollar su programa económico, apoyando una alianza con el Apra. En todas las alternativas el Departamento de Estado respaldaba una salida reformista y la alianza entre el Apra y Acción Popular (EE.UU., Departamento de Estado 1962c).

El primer golpe militar institucional, julio de 1962

El periodista estadounidense Thomas Dozier, corresponsal de la revista *Life*, cubrió las elecciones generales del 10 de junio de 1962. Dozier acompañó a Haya de la Torre para recoger sus impresiones en el día de las elecciones.

Luego de votar, Haya se recluyó en una mansión señorial de la avenida Arequipa, propiedad de su primo político, Eduardo Ganoza. «Allí, tras portales custodiados por guardias armados, Haya pasó algunas de las horas más emocionantes de su carrera, esperando los resultados de una elección en la que se decidiría si después de tantos años de lucha política, destierro y prisión, ocuparía por fin el gran Palacio Presidencial que se alza sobre la tradicional Plaza Mayor de Lima». Permaneció esperando, acogido en la intimidad familiar de la casa de su primo, acompañado por muchos parientes y flanqueado por un secretario y un guardia personal. Haya no tenía dudas de que iba a triunfar.

Durante las largas horas de espera, Dozier pudo conversar largamente con él. Haya se explayó en anécdotas sobre su época juvenil en París y sobre su posición anticomunista: «El comunismo, declaró, simplemente no es aplicable en un país como el Perú; nunca lo ha sido ni lo será [...] Estamos cansados de oír la cantinela sobre la diplomacia del dólar. Lo que tenernos que temer ahora es la diplomacia del rublo». Aunque Dozier admiraba su erudición y amenidad, no todas las ideas de Haya encandilaban a su interlocutor.

[13] «Creemos irreal esperar que podamos causar la presión suficiente para forzar a los militares a abdicar en cuanto tomen tal acción flagrante. Por lo tanto el objeto de las acciones propuestas es intentar influir en la aprobación de compromisos que culminen en el regreso al gobierno constitucional».

> A veces —dice Dozier— era difícil saber si Haya hablaba en broma o en serio. Pasó casi una hora fantaseando sobre un plan para importar elefantes de la India a fin de suministrar a los habitantes de la región amazónica bestias de carga que puedan moverse fácilmente en la selva y contribuyan a hacer los desmontes para destinar el terreno a la agricultura. "Piense usted, añadió sonriendo, los elefantes no necesitan gasolina ni repuestos".

Esta propuesta sería motivo de muchas bromas durante los años siguientes, y los dirigentes apristas tuvieron que hacer tripas corazón para defenderla, como lo hizo Armando Villanueva en una entrevista en 1977:

> En la India los elefantes sirven para abrir caminos, sirven para acarrear materiales de construcción. Los elefantes son un medio de desarrollo en países en los que la mecanización no está muy desarrollada. De manera que esa referencia que hizo Haya de la Torre en una conferencia sólo podrá hacer sonreír a los ignorantes en materia económica y no podía en nada disminuir la capacidad aprista, que tantas lecciones ha dado en materia económica a quienes están recién despertando al conocimiento de nuestra realidad (Hildebrandt 1977).

Cuando los primeros resultados empezaron a conocerse por la televisión, una primera sorpresa fue que el general Odría estaba triunfando en Lima. Luego empezaron a sucederse los datos desalentadores, a nivel nacional, mientras que por teléfono el cuartel general del Apra sostenía que todo marchaba bien. Aunque los resultados no eran los que esperaba, Haya creía aún que el sólido norte le daría una holgada victoria. Hacia las 11:30 pm., vio a Belaunde por televisión, proclamando su victoria cuando había menos del 10% de los votos computados extraoficialmente. Para la madrugada los resultados daban ventaja a Belaunde y Haya pedía ver otros canales para comprobar, pero los resultados eran aproximadamente los mismos; «cerca de las 2 am. Haya parecía más desconcertado que optimista. Una hora más tarde fue obvio para todos los presentes que aun en caso de ganar la presidencia en el cómputo final, Haya de la Torre y el Apra no habían conseguido la abrumadora mayoría que esperaban». Hacia las 3:30 am. una de sus hermanas lo tomó firmemente por el brazo y lo obligó a irse a dormir. «Haya sonrió y se dejó llevar mansamente. El largo día había concluido» (*Life* 1962).

Ninguno de los tres candidatos principales alcanzó el tercio de votación que la ley señalaba como condición para ser proclamado presidente.

Apenas producidas las elecciones, el gobierno norteamericano expresó privadamente su apoyo al presidente Prado, ante la amenaza que venía circulando de un golpe militar. Prado agradeció el gesto, pero dijo al embajador que no veía

qué acción específica podían tomar los norteamericanos, en privado o públicamente, para ayudarle (EE.UU., Departamento de Estado 1962c).

La Constitución peruana estipulaba que el nuevo Congreso, al instalarse oficialmente el 28 de julio, reunido en sesión conjunta de las dos cámaras, debía escoger al nuevo presidente entre los candidatos más votados, así que de inmediato comenzaron las negociaciones entre Haya, Odría y Belaunde. Un informe confidencial de la embajada norteamericana decía que «Haya de la Torre, creyendo que los militares peruanos no permitirían que él sea elegido presidente, dio su apoyo a la candidatura de Odría». Belaunde, por su parte, proclamó que se había producido un fraude electoral y exigió que el gobierno creara tribunales para investigar su denuncia, «o enfrentar la insurrección violenta» (EE.UU., Departamento de Estado 1962d).

Según narra Luis Alberto Sánchez, el 4 de julio el presidente Prado llamó a Palacio a Haya de la Torre y le comunicó que las Fuerzas Armadas vetaban su triunfo. Siguieron un conjunto de negociaciones entre los candidatos en las cuales Sánchez pinta a Belaunde comprometido en sospechosas marchas y contramarchas.

> Haya resolvió reunir al partido e informar urbi et orbi de lo que pasaba. Así se hizo. Y, en una asamblea imborrable, bajo una emoción sin paralelo, durante tres cortas horas, Haya refirió todo lo acaecido: sus conversaciones con Prado, con Odría, con Belaunde; la historia del partido; los despojos de que había sido víctima y su decisión de declinar su candidatura para que no hubiese pretexto de golpe militar. Muchos lloraron esa noche. Yo sentí que tenía los ojos húmedos y el corazón hecho un torbellino [...] Me tocó llevar la voz cantante contra la ilegal e inadmisible declinatoria de Víctor Raúl a algo que ya no le pertenecía, pues los votos estaban en las ánforas y se trataba de votos secretos o sea no identificables. ¿En nombre de quién podía renunciar a las esperanzas ajenas? (LAS 1987: vol 4, 129).

En el discurso que Haya pronunció el 4 de julio en la Casa del Pueblo, informó acerca del veto militar, habló de su disposición a sacrificarse por garantizar la estabilidad del orden democrático y adelantó una toma de posición que adquiriría su pleno significado durante los días siguientes: hablando de las conversaciones que había entablado con Belaunde, sostuvo que le había dicho a este que una coordinación entre los partidos para gobernar no sería «un convenio bilateral, sino trilateral; dando siempre vigencia al Partido Odriísta que, a despecho de su minoría, significaba dentro del Parlamento una fuerza política real» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 458). Añadió luego que ya había hablado con Odría: «fui a expresarle además el deseo del Partido Aprista de dar los pasos necesarios hacia

la discusión de las bases de un gobierno de coordinación nacional» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 458).

A los apristas masacrados por Odría durante su dictadura debió de escarapelárseles el cuerpo, ante la posibilidad de una alianza con su odiado verdugo. Irma Barreto de Ormeño y Manuel Barreto, los hijos de Manuel «Búfalo» Barreto, expresaban este sentimiento en la carta de renuncia que enviaron a Haya el 1 de diciembre de 1963:

> Es Odría, perseguidor de apristas, responsable de la muerte de Negreiros, el mismo que te declaró indigno de la nacionalidad peruana, es el mismo Odría enriquecido sirviente de la oligarquía, con quien ahora vas del brazo en la más monstruosa alianza antinatura. Y es también hasta Luis A. Flores —los ocho gorros de los marineritos (¿recuerdas?) quién se sienta contigo y con los tuyos en el mismo convite, vicaria comensalía, para roer los huesos que arroja el imperialismo y la oligarquía a sus sirvientes (Cristóbal 1985: 238-239).

Su indignación se acrecentaba por la decisión del partido de apoyar electoralmente a la esposa del Odría, que postulaba a la alcaldía de Lima: «No murieron (nuestros mártires) para que la disciplina del Partido obligue a la encallecida mano del compañero a depositar su voto por doña María Delgado de Odría» (Cristóbal 1985: 239-240).

Aparentemente, con la declinación de Haya la crisis se había superado, pero él llamaba a sus partidarios a tratar de evitar un golpe militar, que, sostenía, bien podía ser una maquinación más de los comunistas: «¿Quién nos asegura que detrás de todo esto no esté la mano siniestra del comunismo cuyos agentes están escondidos en instituciones, en corporaciones, en dependencias gubernativas, actuando todos de acuerdo?» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 467). A estas alturas, su macartismo era total: «hoy día no se es demócrata cabal, no se es demócrata amante de la democracia ni se entiende de justicia, si no se es anticomunista» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 468).

No habiendo logrado ninguno de los tres candidatos un tercio de respaldo, correspondía al Congreso elegir entre los tres candidatos con la mayor votación. Para de las Casas no había dudas al respecto: «por principio, estaba descartado el dictador castrense que asesinó a nuestros compañeros en la persecución iniciada el 27 de octubre de 1948». Según él, eliminado Odría, correspondía apoyar a Belaunde, «a quien habíamos iniciado e introducido en el escenario político como miembro de la lista parlamentaria de Lima en 1945, y que, además, había sido un consecuente amigo durante la etapa de la sangrienta dictadura de Odría» (De las Casas 1981: 249).

De las Casas trató de promover el acercamiento entre Haya y Belaunde, propiciando incluso una entrevista entre ambos. Esta se frustró por voluntad de Belaunde. De las Casas presume que «ante la negativa en los medios castrenses para avalar esa alianza y por no perder su influencia y respaldo y ante el veto a Haya de la Torre, prefirió más bien confiar en el ofrecimiento del respaldo militar para una nueva confrontación electoral en la que saldría obligadamente elegido al funcionar el "voto perdido"». Añade que fracasaron otras negociaciones establecidas con los emisarios de Acción Popular, Mujica Gallo y Hoyos Osores, nuevamente por acción de Belaunde, que así «contribuyó a hacer posible el golpe ya planeado».

Una crítica de la política electoral de Belaunde fue planteada por el acciopopulista Edgardo Seoane, que iba como primer vicepresidente en su lista, y quien más adelante señaló en su «Informe a las Bases del Partido» que Belaunde sostuvo conversaciones con Haya de la Torre, Odría, Manuel Prado y algunos jefes del Ejército, «para lograr un acuerdo que le permitiera asumir la Jefatura del Estado». Al no obtener un resultado favorable, organizó un movimiento subversivo en Cajamarca sin la mínima preparación, que fue desactivado a última hora. Luego provocó el episodio de las «barricadas de Arequipa», hechos con los cuales Seoane no estaba de acuerdo y que provocaron su alejamiento de la actividad partidaria. En una carta que envió a Belaunde el 1 de agosto de 1962, reafirmaba su fe en Acción Popular y añadía: «creo también, que su impetuosidad, su tendencia a colocarse en callejones sin salida, para buscar luego soluciones imposibles para nuestra época, le han creado y le pueden crear en el futuro, situaciones sumamente difíciles que pueden comprometer seriamente su porvenir político y, desde luego, el del Partido» (Seoane s/f: 10). Ya elegido vicepresidente en la plancha electoral de Belaunde, como presidente de la Comisión de Reforma Agraria, tuvo que enfrentar el bloqueo del Apra y la UNO a la ley de reforma agraria, primero, y luego a todos los intentos de reforma que se intentaron. Ante esto, Seoane propuso convocar un referéndum, pero su idea no fue bien acogida en Acción Popular.

Haya de la Torre decidió por su cuenta ofrecer su apoyo a Odría en el Congreso por intermedio de Ramiro Prialé —siempre según de las Casas—, sin mediar una reunión previa del buró político, ni del comité ejecutivo:

> Fue así como el dictador antiaprista, "el cojo, pirata y ladrón" como lo llamara en su discurso de la campaña electoral el candidato a la senaduría Pedro Roselló[14], estuvo a un paso de volver a la Presidencia ¡con apoyo aprista! Las

[14] Pedro Roselló fue uno de los líderes más conspicuos de la derecha peruana, dirigente de la Coalición Nacional. Formó parte de la lista parlamentaria aprista para las elecciones de 1962 junto con otros importantes dirigentes del pradismo.

> condiciones y hechos para el golpe militar se produjeron tan rápidamente que el ofrecimiento como la aceptación del respaldo llegaron felizmente tarde, pues esa noche, mientras Odría se presentaba en la TV. local, el Comando Conjunto de la Fuerza Armada y su jefe el General de División Pérez Godoy daban las últimas órdenes para el golpe (De las Casas 1981: 250).

Luis Alberto Sánchez ofrece su propia versión de estos hechos: ante el riesgo de un golpe de Estado, Haya decidió visitar a Odría y le ofreció

> [...] cederle sus votos y su puesto en los escrutinios. El mayor enemigo de Haya de la Torre en el pasado, quien además era militar y ocupaba el tercer puesto en la competencia presidencial, pasaría así (cosa imposible) a ser el primero [...] Esa noche, la del 17 de julio, a las 10, se presentó Odría en el Canal 13 TV, para anunciar lo ocurrido. El general de Aviación Siles, apareció casi junto a él, en la pantalla, instándole a que no hiciera el anuncio y a que no aceptara la caballeresca cesión de Víctor Raúl. Sin embargo, Odría anunció el curioso "traspaso" y elogió a Haya de la Torre, acto de una trascendencia inusitada. Empero, ese mismo hecho decidió a participar en el golpe a algunos sectores que detestaban al general Odría (LAS 1987: vol. 4, 137).

Los militares rechazaron este acuerdo. Las Fuerzas Armadas denunciaron la existencia de un «fraude electoral» y dieron un golpe contra Manuel Prado el 18 de julio de 1962. Un año después, Haya sería derrotado sin atenuantes por Belaunde y, cuando al final del régimen acciopopulista esperaba llegar al poder en una alianza que incorporaba hasta a la derecha de Acción Popular —los llamados «carlistas»—, el golpe militar de Juan Velasco Alvarado lo sacaría definitivamente del juego, en octubre de 1968.

Haya había cumplido todas las fases del proceso de derechización, pero tampoco su conversión le deparó la anhelada recompensa. Se comprende la amargura que atraviesa el discurso que dedicó a los apristas, informándoles de la oposición de los militares a que asumiera el poder: «He esgrimido la bandera anticomunista, franca y abierta y soy yo el único candidato que tiene impedimento para ser Presidente de la República [...] Y entonces sí tenemos derecho a preguntar: ¿Dónde quedamos en nuestra lucha frente al comunismo? ¿En qué campo estamos? ¿Quiénes son nuestros aliados?» (VRHT 1976-1977: vol. 5, 467).

El 16 de julio los militares exigieron a Prado que anulara las elecciones, y presionaron al gabinete ministerial para que renunciara. Dos días después dieron el golpe, arrestaron al presidente Prado, e instalaron una junta militar de gobierno institucional compuesta por cuatro miembros, bajo la dirección del general Ricardo Pérez Godoy. Declararon después fraudulentos y nulos los resultados de

las elecciones y anunciaron que convocarían a elecciones libres y justas lo antes posible. A continuación, demandaron a la comunidad mundial que les otorgara el reconocimiento oficial (EE.UU., Departamento de Estado 1962e).

El presidente Manuel Prado fue colocado en un avión con destino al extranjero. Al salir al exilio rumbo a Europa hizo escala en el Idlewild Airport (Nueva York) y allí tuvo una reunión con el enviado del presidente Kennedy, Edwin Martin, subsecretario para Asuntos Interamericanos. Hablaron unos veinte minutos en el avión, para evitar a la prensa, mientras el personal de limpieza de la nave trabajaba a su alrededor. Martin constató que Prado parecía gozar de una excelente salud y estaba «con un razonable buen humor» (*sic*). Prado condenó el golpe, rechazó el cargo de fraude electoral «hecho sin ninguna justificación», elogió el papel del embajador Loeb y dijo que pensaba que no había una buena razón para que él no se fuera del Perú. Respaldó las condiciones que los norteamericanos iban a exigir a la junta militar como base para la reanudación de las relaciones diplomáticas y sugirió que exigieran la inclusión de civiles en el gabinete, aunque pensaba que a lo más se podía esperar en este momento era que pusieran a técnicos en vez de políticos. Martin le expresó la preocupación del gobierno norteamericano con relación a un intento de los comunistas de capturar los sindicatos controlados por el Apra y Prado le respondió que pensaba que ese era uno de los peligros más importantes y que merecía toda la atención que pudieran darle. Consideraba a los miembros de la junta militar consecuentemente anticomunistas, pero ingenuos. Martin le preguntó sobre el general Bossio, quien había sido efusivamente recomendado por Haya de la Torre ante los norteamericanos, y Prado le contestó que el general no era de confianza en absoluto.

Prado se mostró muy emocionado por los saludos que le envió el presidente Kennedy, especialmente dada su situación. Martin se vio obligado a precisarle que este era un mensaje personal que el presidente no se proponía dar a conocer públicamente, aunque Prado podía decir por supuesto, si deseaba, que el presidente le había enviado sus buenos deseos (EE.UU., Departamento de Estado 1962f). Como buen diplomático, Martin evitaba ponerse en una situación que pudiera indisponer al gobierno norteamericano con los nuevos inquilinos del Palacio de Gobierno peruano.

El Apra tuvo la solidaridad del gobierno venezolano. El 18 de julio el representante venezolano en Washington presentó una ayuda memoria al Departamento de Estado expresando el propósito de su gobierno de convocar a una reunión especial de ministros de Relaciones Exteriores de la OEA para condenar el golpe de Estado en Perú. El 24 de julio llegó a Washington el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Marcos Briceño de Falcón, para consultar

si los EE.UU. respaldarían esta propuesta (EE.UU., Departamento de Estado 1962g), el 27 de julio se reunió con el Secretario de Estado Rusk y el 2 de agosto con el presidente Kennedy (EE.UU., Departamento de Estado 1962h). Los norteamericanos se limitaron a dejar que desarrollaran sus iniciativas sin respaldarlas.

Un reporte de la estación de la CIA en Lima informaba el 19 de agosto que la noche anterior se había constituido un Frente Cívico, con la participación de trabajadores y estudiantes, para oponerse a la junta militar. Participaban en él representantes de partidos políticos, Pedro Beltrán, Ortíz de Zevallos y otros pradistas, el coronel del Busto, asistente del general Odría, más otros odriístas y apristas. Los apristas querían convencer a los demás asistentes de sacar pronunciamientos contra la junta. El general Bossio Collas había sido nombrado nuevo ministro de Gobierno y Policía y había enviado un mensaje a los apristas diciendo que había aceptado un lugar en la junta para estar en condiciones de poder ayudarlos. «Los apristas encuentran difícil creerle», terminaba (CIA 1962c).

Los cuatro presidentes de la junta militar realizaron una conferencia de prensa la noche del 21 de julio. Prometieron respetar la libertad de empresa y mantener la libertad de cambios. A la estación de la CIA le interesó particularmente la afirmación de que si la actitud de los Estados Unidos persistía, buscarían nuevos mercados en el mundo libre, pero no abrirían relaciones con los países comunistas. Prometieron que tratarían de mantener el nivel de vida de la población durante el corto tiempo de su gobierno, pero no intentarían ninguna reforma mayor y que su objetivo principal era realizar elecciones honestas. Pérez Godoy dijo que no creía que la huelga que se anunciaba —el Apra intentaba realizarla— tuviera lugar, pero que si se producía sería respetada. Pidió el apoyo de los trabajadores y prometió resolver sus problemas. «La mayoría de los sindicatos que rechazan la huelga están dominados por los comunistas».

Durante la huelga promovida por el Apra hubo disturbios en Chiclayo el 21 de julio. Sin embargo, el resto del país, incluyendo Lima, estuvo relativamente en calma. Sánchez atribuye el fracaso del Apra a «la parcelación de las fuerzas obreras» (LAS 1987: vol. 4, 242). La Federación de Trabajadores de Arequipa, controlada por los comunistas, rechazó la huelga general y llamó a demostraciones contra «la brutal interferencia de los Estados Unidos en los asuntos peruanos». Si el Apra intentaba demostrar que tenía fuerza, la iniciativa fue definitivamente infeliz. Haya de la Torre tuvo que aceptar los hechos consumados y empezar a trabajar situándose en el escenario de la nueva elección que habían anunciado los militares.

Empresarios locales y líderes sociales opinaban casi unánimemente que Estados Unidos estaba cometiendo un grave error al suspender la relaciones

diplomáticas y la ayuda al Perú, asegurando que la junta era no era más o menos legal que muchos gobiernos peruanos anteriores, y que tenía el apoyo de todos, excepto el tercio electoral que apoyaba al Apra. El 22 de julio *La Prensa* condenó la violencia callejera, que podría provocar víctimas entre los peatones (CIA 1962c).

El 22 de julio la CIA informaba que habían surgido diferencias entre el Apra y Pedro Beltrán con relación a la política a seguir frente al golpe militar. Beltrán insistía en mantener una política cautelosa y dialogar con los militares para tratar de establecer una junta civil-militar. «Beltrán tiene la ambición de ser miembro de dicha junta». Los apristas estaban en desacuerdo. Por su parte, el general Odría había enviado un mensaje a los apristas donde ponía pocas esperanzas en la huelga y afirmaba que estaba trabajando en un contragolpe con militares en actividad. Pedía a los apristas que pusieran su confianza en él. Manuel Seoane aceptó el pedido de su partido de viajar a Washington para defender sus intereses. El otro representante aprista sería Alberto Arca Parró. Si él no aceptaba se nombraría a Andrés Raúl Sánchez. Arca hablaba fluidamente el inglés, mientras que el inglés de Seoane era limitado (CIA 1962c).

El presidente Kennedy fue informado del golpe de Estado el mismo 18 de julio (EE.UU.. Departamento de Estado 1962i), y el Departamento de Estado anunció ese mismo día que los Estados Unidos suspendían las relaciones diplomáticas con Perú y cesaban toda la ayuda humanitaria para el país. El embajador Henry Loeb fue convocado a Washington «en consulta» el 26 de julio (EE.UU., Departamento de Estado 1962j), viajando de inmediato. Cuando Loeb estaba en el aeropuerto listo para embarcarse, Haya le hizo llegar un memorándum en que explicaba su posición sobre el golpe y proponía medidas para afrontarlo. En él se deshacía en elogios hacia la línea política seguida por el presidente Kennedy con relación al golpe militar, que «produjo una reacción extraordinariamente oportuna en el pueblo». Reconocía que no pensaban así ni los hombres de negocios, ni los norteamericanos, «que desean vivir cómodamente y sin molestias». Pero Kennedy tenía que escoger qué era lo más conveniente para los Estados Unidos y la democracia: tener a la mayoría de las personas de su lado o tener el apoyo de los empresarios que vivían apartados de la política. «Pienso que hemos ganado la batalla contra el comunismo gracias a la firme política del Presidente». No explicó qué relaciones establecía entre la actitud de Kennedy frente al golpe militar y una batalla ganada al comunismo.

Haya pedía que se buscara una mediación «amigable» de la OEA[15]. Sugería luego que a través de esta mediación se cambiara la composición de la junta de

[15] En esa línea se movería el gobierno del venezolano Rómulo Betancourt, amigo de Haya y político afín a la línea del Apra.

gobierno. Descalificó después a sus integrantes; definió al presidente, el general Pérez Godoy, como «un hombre prejuicioso y de recursos intelectuales limitados». Por su parte, recomendó al general Bossio, «sin duda el más razonable, más imparcial y "constructivo" de sus miembros». Bossio había prometido a Haya respetar los derechos humanos y una compensación al Apra por el daño causado a la Casa del Pueblo y a las oficinas del periódico aprista *La Tribuna*; aparentemente estaba ansioso por salvar el prestigio de las Fuerzas Armadas y se manifestaba preocupado por la reacción de la opinión pública internacional: «Está convencido de que el golpe es sumamente impopular». Haya proponía finalmente que la junta fuera sometida a una ley parlamentaria y —si iba a quedarse por un tiempo en el poder— que incorporara a algún miembro de la Corte Suprema y a representantes, directos o indirectos, de los partidos democráticos principales. Rechazaba, asimismo, la existencia de un fraude electoral.

Para hacer atractivas sus propuestas, Haya agitaba el señuelo de un apoyo a la intervención militar norteamericana en Cuba. «El Presidente Kennedy ha ganado mucho para la causa de la solidaridad hemisférica y el anticomunismo [...] estoy seguro de que ha encontrado la cálida aprobación de la gran mayoría de los peruanos». Esta oportunidad no debía desperdiciarse para promover la causa norteamericana sobre la intervención en Cuba, por el bien de la solidaridad hemisférica. «Estoy seguro [insinuaba] que Perú aceptará sin protestar cualquier presión que sea necesaria en defensa de la democracia. Manteniendo este principio, creo que los peruanos aceptarán todo lo que los Estados Unidos hagan de manera clara y enérgica para no rendirse ante el peligro de la interrupción del sistema americano y del avance del comunismo» (EE.UU., Departamento de Estado 1962k).

Al día siguiente el subsecretario de Estado, George W. Ball, envió el presidente Kennedy un análisis de la situación peruana con propuestas de líneas de acción. El informe de Ball constataba que varios países latinoamericanos habían roto relaciones diplomáticas con Perú y otros, con la excepción de Haití —que invariablemente respaldaba a las dictaduras y había reconocido de inmediato a la junta militar peruana—, habían suspendido sus relaciones. La mayoría de los otros países del mundo occidental, incluyendo a Canadá, Francia, Alemania y Japón, habían suspendido relaciones también. Los militares argentinos, por su parte, habían indicado que podrían reasumir las relaciones la semana siguiente. Las opiniones de la prensa en todos los países latinoamericanos importantes exigía acciones contra la junta militar del Perú, pero la reacción de la prensa en los Estados Unidos empezaba a ser más matizada, debido a la influencia de las empresas de los Estados Unidos, particularmente la minería, que, defendiendo sus intereses, insistían en un cambio completo de dirección en la acción de los

Estados Unidos. La reacción del Congreso norteamericano hasta ese momento había sido completamente favorable a las medidas tomadas por el Ejecutivo.

Pero Ball constataba que mientras en el exterior había una crítica generalizada y una oposición a la junta militar, en el Perú la situación era diferente. No había habido una respuesta vigorosa al pronunciamiento militar, los esfuerzos de crear un frente de oposición ordenado habían fracasado. No hubo una violencia significativa. La huelga general convocada por el Apra fue un rotundo fracaso y los partidos políticos importantes habían abandonado los intentos de crear un frente común para negociar con la junta militar. Los partidos y las personalidades políticas ya estaban maniobrando con la mira puesta en las elecciones prometidas para junio de 1963. La brusca reacción de los Estados Unidos y los otros países latinoamericanos había obligado a la junta militar a prometer nuevas elecciones y había sido una señal de advertencia a conspiradores militares potenciales en otros países latinoamericanos —como Venezuela y República Dominicana— así que era conveniente detenerse. No le parecía conveniente respaldar la iniciativa venezolana de convocar a la OEA, ya que si no se conseguían los votos necesarios, o si se producía una disputa en torno a una resolución condenatoria, el resultado sería contraproducente. En conclusión, Ball aconsejaba presionar a la junta militar para adelantar unos meses la fecha de las elecciones, de junio a febrero o marzo, exigirle que reafirmara su intención de realizar las elecciones libres, públicamente y con énfasis, «con el propósito de que cualquier tentación de continuar disfrutando los frutos del poder no sea fomentada». Sería también deseable «asegurar una señal clara de que la junta militar no tomará acciones que pudieran ayudar a los comunistas en el Perú a extender su influencia, sobre los sindicatos, particularmente los controlados por el APRA». Recomendaba, finalmente, no emprender nuevos proyectos de ayuda humanitaria, económica y militar, hasta que la autoridad civil hubiera sido restablecida. Aparentemente, el presidente Kennedy aprobó todas sus recomendaciones (EE.UU., Departamento de Estado 1962l).

El 17 de agosto el Departamento de Estado hizo público un comunicado de prensa que anunciaba la reanudación de las relaciones diplomáticas con el Perú. La suspensión de relaciones había durado cerca de un mes (EE.UU., Departamento de Estado 1962m).

Apenas dos meses después se presentó un conflicto entre el gobierno norteamericano y la junta militar peruana. Su detonante fue la preocupación de Kennedy por el armamentismo de los militares peruanos. A inicios de 1963 debía asumir la embajada en el Perú un nuevo embajador, Wesley Jones. Este sostuvo una reunión con Kennedy para revisar los temas problemáticos que debería afrontar. El presidente hizo referencia a los muchos problemas que el embajador

enfrentaría —las elecciones próximas y el cambio del poder, los peligros inherentes a la agitación izquierdista, una disputa sobre aguas jurisdiccionales— y planteó el tema de la pretensión de los militares peruanos de comprar dos submarinos para la marina peruana, al precio de veinte millones de dólares. Se sabía que habían invitado a licitar también a los alemanes y los británicos. Kennedy opinaba que si iban a comprarlos sería mejor que lo hicieran a los EE.UU., pero le chocaba el contraste entre los veinte millones que los militares aparentemente pensaban utilizar y el 1,3 millón de dólares que habían consignado en el presupuesto para la reforma agraria. Esto era escandaloso y probablemente provocaría preguntas embarazosas con relación a los programas de ayuda norteamericana para el Perú. El presidente deseaba que el embajador Jones convenciera a los peruanos de desistir de esa idea: el gobierno norteamericano estaba haciendo todo lo que estaba en su poder para cooperar con los gobiernos que participaban en la Alianza para el Progreso, pero estos tenían que considerar que sus recursos eran limitados y que tenía un problema de balanza de pagos. Añadió que América Latina ocupaba un lugar principal en sus consideraciones de política. Europa era relativamente segura y próspera, mientras la situación en América Latina requería su mejor esfuerzo y atención (EE.UU., Departamento de Estado 1962n)[16].

En un informe del subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Martin, presentado al secretario de Estado (interino) Ball, este examinaba la cuestión de la ayuda militar al Perú. El embajador Loeb, siguiendo sus instrucciones, había dicho a los máximos jefes militares peruanos que sería casi imposible continuar la ayuda programada, haciendo referencia a su conversación con el presidente. La posición que entonces sostuvieron era ahora de conocimiento público; habían explicado su posición sobre la reanudación limitada de la ayuda militar, con la garantía de que la ayuda completa sería reanudada cuando la situación regresara a la «normalidad». «Como usted conoce [añadía], la junta ha estado ejerciendo fuertes presiones para lograr que nosotros reanudemos la ayuda completa ahora, acusándonos públicamente de infringir nuestros contratos, amenazando con prescindir de nuestras misiones militares, con retirar al Perú de la misión de defensa hemisférica y decidiendo enfrentar este asunto precipitadamente». Los norteamericanos habían contemplado reanudar una ayuda no despreciable, pero Martin se inclinaba por no otorgar toda la ayuda que pedían, para no debilitar el papel disuasivo de su posición en contra de los golpes militares en otros lugares del hemisferio. Por otra parte, no podían permitir que la junta militar tuviera la satisfacción de verlos rendirse ante las amenazas y la presión cuestionando una posición cuidadosamente diseñada y aprobada al más

[16] Jones fue nombrado embajador el 29 de noviembre de 1962.

alto nivel, lo que con toda probabilidad reforzaría «a los extremistas en la junta militar que han estado propugnando una línea dura y quitaría fuerza a nuestra ya limitada influencia». De otro lado, tenían que esperar la acción de su Congreso, ya que el programa para 1963 contenía «un componente de seguridad interno grande que puede ser repartido solamente después de esa acción». No era aconsejable tratar de negociar en este momento una enmienda de su acuerdo. Ball aprobó todas las recomendaciones (EE.UU., Departamento de Estado 1962ñ).

A pesar de todo, súbitamente se resolvió —debido a presiones derivadas de la Guerra Fría— modificar esa posición y se reanudó la ayuda militar total al Perú el 8 de octubre, según un mensaje de la Secretaría de Defensa . En otro telegrama para Lima, enviado el 23 de octubre, se anotaba: «En vista de la necesidad de contar con la solidaridad [peruana] para enfrentar la amenaza cubano-soviética a la seguridad del hemisferio las restricciones que quedan sobre la ayuda militar para el Perú deben ser eliminadas de inmediato». El día anterior, en un mensaje televisivo de diecisiete minutos, el presidente Kennedy había informado al mundo de la existencia de proyectiles nucleares soviéticos instalados en Cuba que apuntaban hacia los Estados Unidos. La crisis de los misiles había comenzado y la puja de poder con los soviéticos, que pondría al mundo al borde del holocausto nuclear, había venido en auxilio de la junta militar peruana.

El Perú según la CIA, mayo de 1963

El 1 de mayo de 1963 se reunieron en Washington representantes de la CIA, del Departamento de Estado y las organizaciones de inteligencia del Ejército, Marina, la Fuerza Aérea y el Estado Mayor Conjunto, para evaluar qué posibilidades existían en el Perú para el establecimiento de un gobierno civil electo y los problemas básicos que debería enfrentar dicho gobierno. Se abstuvieron de asistir a la reunión los representantes del Consejo de Energía Atómica (AEC) y el FBI, argumentado que el tema estaba fuera de su jurisdicción. Los participantes discutieron en base a un documento preparado por la CIA, presentado por su director (CIA 1963a: las referencias que siguen provienen de esta fuente). Este documento presentaba un diagnóstico de la situación del Perú que es muy interesante para conocer la visión que tenían de nuestros problemas, cuál era la información que manejaban, su visión de la política peruana, así como su evaluación sobre el curso probable de los acontecimientos.

El documento muestra un buen conocimiento de la situación peruana y abordaba algunos de los problemas críticos del país. Partía de la constatación de que en el Perú no existía una efectiva unidad nacional, «entendida como un

lenguaje y una cultura común». Los indígenas que habitaban la sierra constituían la mitad de la población y vivían al margen de la vida nacional, en condiciones muy precarias. El poder político era monopolizado por una pequeña oligarquía compuesta por intereses agrarios, comerciales, mineros e industriales, en alianza con los militares y la jerarquía eclesiástica. «En la lucha faccional por el poder al interior de la oligarquía el factor decisivo han sido siempre los militares, que son los árbitros finales de la política peruana».

La presencia de la cordillera de los Andes hacía muy difícil el transporte y las comunicaciones. El sector moderno de la economía estaba confinado a la estrecha franja litoral, donde se concentraba alrededor del 30% de la población, la agricultura comercial, la producción petrolera, manufacturera y el comercio, que constituían más de la mitad del Producto Bruto Interno (PBI). La sierra representaba el 27% del total del territorio y albergaba al 55% de la población nacional. Proveía de minerales y algunos productos agrícolas, pero más de cinco millones de habitantes vivían en condiciones primitivas, al margen de la economía monetaria. La selva estaba completamente aislada del resto del país.

La economía peruana tenía la ventaja de ser más diversificada que la de otros países latinoamericanos. En los últimos años habían caído los precios de los minerales en el mercado internacional, pero esto había sido compensado por el incremento de las ganancias por la exportación de plata, algodón, azúcar, así como por el desarrollo de otros productos de exportación, como la harina de pescado, un producto especialmente importante. Se estimaba que la tasa de crecimiento del 4 o 5% anual de las dos décadas anteriores se incrementaría a 5,5% en 1962. El progreso económico, sin embargo, no parecía que iría a ser compartido. Al contrario, el ingreso real de muchos probablemente disminuiría. El ingreso per cápita en la sierra era semejante al de la estancada Bolivia y la pobreza en la selva podría compararse con la de Haití. En la costa, el ingreso era semejante al promedio de América Latina, pero había grandes disparidades de riqueza y bienestar. «En Lima y otras ciudades el consumo ostentoso coexiste con la pobreza más abyecta». Este diagnóstico fácilmente podría haber sido suscrito por cualquier político radical.

Es especialmente interesante el balance que la CIA hacía de los partidos políticos peruanos. Empezando por una presentación histórica de los orígenes del Apra, brindaba un sugerente balance de su evolución y su situación al comenzar la década del sesenta:

> Este partido respondió a su ilegalización con la violencia revolucionaria en 1931, pero antes de 1956 llegó a la conclusión de que sus objetivos solamente podían ser conseguidos a través de medidas políticas evolutivas.

> Su actitud original contra los EE.UU. ha sido revertida y ahora está en pleno acuerdo con la Alianza para el Progreso, aunque probablemente todavía trataría de ejercer un cierto control nacionalista y socialista sobre las operaciones de las empresas privadas de los EE.UU., que son muy importantes en el Perú. Desde 1945 el APRA ha sido enérgicamente anticomunista. Excepto cuando tuvo que actuar en la clandestinidad, ha demostrado ser el único competidor eficaz del Partido Comunista para ejercer el liderazgo sobre las organizaciones laborales y estudiantiles peruanas.
>
> La actitud moderada del envejecido liderazgo aprista, particularmente la "conveniente" decisión de colaborar con Prado en 1956, y Odría en 1962, le ha ganado el repudio de los militantes de los nuevos partidos. El APRA Rebelde, compuesto por admiradores de Fidel Castro, se desprendió del APRA en 1959. La persistente frustración política podría causarle una erosión adicional de tales elementos, a menos que el partido mismo volviera a la acción política revolucionaria otra vez. En tal caso, probablemente perdería a sus elementos más moderados (CIA 1963a: 12-13).

Acción Popular, según la CIA, incluía a miembros de la oligarquía, intelectuales, apristas descontentos y ultraizquierdistas, incluyendo a comunistas que lo veían como un medio para derrotar al Apra y ganar el poder ellos mismos. Su programa era nacionalista e izquierdista. Buscando ganar las masas apristas, Belaunde levantaba un programa nacionalista, hablaba de reforma agraria y acción comunal, así como de un vasto programa de construcción de caminos para abrir la ruta a la selva y quebrar el regionalismo. Buscando ganar el apoyo de los conservadores y de los grupos financieros, promovía una política económica moderada. Belaunde era amigo de los Estados Unidos, donde había trabajado y estudiado, y buscaría el apoyo técnico y financiero norteamericano. «Mientras que Belaunde y Acción Popular han rehusado cualquier toma de posición que les aliene el apoyo de los comunistas, su alianza electoral con el pequeño pero fuertemente anticomunista partido Demócrata Cristiano impedirá la infiltración de los comunistas en las listas al congreso».

En cuanto a la Democracia Cristiana, la CIA consideraba que este partido, fundado en 1956, no seguía el tradicional patrón latinoamericano de un liderazgo personalista. Su programa estaba basado en las encíclicas papales. Era un partido pequeño, que mostraba fuertes prejuicios contra la inversión privada norteamericana y en sus pronunciamientos sobre cuestiones internacionales tendía a condenar tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética.

La Unión Nacional Odriísta (UNO) era una organización puramente personalista. Su apoyo provenía de diversos sectores de la sociedad peruana y dependía fuertemente de la relativa prosperidad y orden logrado bajo el gobierno

de Odría, entre 1948 y 1956. Las clases bajas, particularmente de las áreas urbanas, fueron beneficiadas por el programa de obras públicas realizado por Odría y las clases altas confiaban en su habilidad para controlar a los sindicatos y a los comunistas. El programa de la UNO planteaba reformas similares a las propuestas por el Apra y Acción Popular, poniendo un gran énfasis en las obras públicas y la industrialización. Su lema de campaña era «Hechos, no palabras» (CIA 1963a: 13).

Finalmente, la Unión del Pueblo Peruano (UPP) había sido fundada a fines de 1962 por un grupo de jóvenes profesionales izquierdistas. Convocaba a los grupos insatisfechos con los programas y los candidatos de los otros partidos peruanos, particularmente a los ex belaundistas. Seguía la línea oportunista de Acción Popular, de prometer todo a todo el mundo. Sus expectativas se basaban en su candidato, Mario Samamé Boggio, rector de la Universidad Nacional de Ingeniería. El Apra promovía a la UPP y su candidato, con el evidente objetivo de quitarle adherentes a Belaunde (CIA 1963a: 13-14).

Con relación a los «grupos extremistas», el documento de la CIA prestaba especial atención al Partido Comunista Peruano (PCP). Señalaba que estaba alineado con la línea de Moscú y que desde la deserción de Eudocio Ravines, en los años cuarenta, había estado plagado de personalismo. Consideraba que Genaro Carnero Checa, autor de numerosas publicaciones procomunistas y antinorteamericanas, podía tener una importante influencia en el PC, por encima de la de sus líderes nominales, a pesar de haber sido expulsado del partido a mediados de la década del treinta.

Los demás grupos extremistas eran considerablemente más pequeños que el PC. Mencionaba al Partido Obrero Revolucionario (POR) y al Partido Obrero Revolucionario Trotskista (POR-T), y les atribuía un estimado de mil militantes. Eran fuertes en el sur del Perú y en el departamento de Lima; en 1962 uno de sus miembros «el muy publicitado líder guerrillero Hugo Blanco», había incitado las invasiones campesinas en La Convención, en el departamento del Cusco.

El Partido Comunista Peruano Leninista (PCP L), una escisión del Partido Comunista, tenía alrededor de quinientos miembros, sobre todo en la región central. El Movimiento Comunal Peruano era un pequeño grupo primariamente activo entre los indios de los Andes centrales.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el antiguo Apra Rebelde, era una escisión radical del Apra. Su apoyo estaba limitado a Trujillo, la tradicional plaza aprista, en el norte del Perú, y tenía algunos adherentes en el Cusco.

El Frente de Liberación Nacional (FLN), establecido uniendo a algunos elementos comunistas fragmentados para las elecciones de 1962, obtuvo apenas alrededor de 35 mil votos para su candidato, el general César Pando.

Finalmente, los dos frentes paramilitares comunistas, el Frente Nacional Revolucionario y el trotskista Frente Izquierdista Revolucionario, constituidos a inicios de 1961 y 1962, respectivamente, no habían tenido mayor éxito coordinando las actividades subversivas de varios grupos.

Llama la atención que el documento no dedicara ni una línea a la gran redada que la junta militar ejecutó el 4 de enero de 1963 contra los dirigentes y militantes de la izquierda, así como contra los principales líderes de los gremios de los trabajadores a nivel nacional, con el pretexto de que estaba en marcha un «complot comunista». Alrededor de dos mil dirigentes fueron puestos en prisión, varios cientos fueron enviados a la selvática Colonia Penal del Sepa y otros más a la tenebrosa isla penal de El Frontón (Ledesma 1964). De esa manera, se dejó fuera del juego a las organizaciones izquierdistas que habían competido en las elecciones del año anterior. Solo una lista, encabezada por el rector de la Universidad Nacional de Ingeniería, Hernán Boggio, pudo participar en 1963, con resultados muy modestos.

Para los asistentes a la reunión convocada por la CIA, el Perú era un notable ejemplo de un país latinoamericano que se había ido dirigiendo lentamente hacia la revolución social. La pregunta central era si los reformistas moderados tendrían la capacidad —y la oportunidad— de realizar los cambios que eran necesarios para prevenir un movimiento revolucionario violento sin, al mismo tiempo, provocar un golpe militar atizado por la elite conservadora. Las elecciones nacionales del 10 de junio permitirían determinar si los reformistas moderados tendrían una oportunidad para probar sus propuestas durante los seis años siguientes.

Más allá de esas consideraciones coyunturales, los representantes de las agencias de inteligencia eran concientes de que había problemas de fondo en las elecciones que deberían realizarse próximamente en el país. Según el protocolo de la reunión, el Perú estaba dirigido por una oligarquía, principalmente blanca, que habitaba en Lima y el área costera, y que ejercía el poder respaldada por las Fuerzas Armadas y por la Iglesia. Las ciudades intermedias estaban creciendo, pero aún no eran un elemento muy importante. Más de la mitad de los once millones de habitantes del país eran indios analfabetos, pauperizados, que hablaban sus propias lenguas y vivían en una economía de subsistencia bajo un sistema de dominio semifeudal, apartados de la sociedad moderna. La mayoría de los mestizos, que constituían aproximadamente la tercera parte de

la población, no vivían mucho mejor que los indios, aunque formaban parte de la gran fuerza de trabajo urbana.

A partir de la evaluación brindada por la CIA, los asistentes a la reunión de las agencias de inteligencia norteamericana arribaron a algunas importantes conclusiones.

La primera era que los problemas políticos que el Perú afrontaba eran el resultado de presiones por cambios políticos y sociales generados en una sociedad que había permanecido estática durante un largo tiempo, que pasaba por un proceso acelerado de industrialización y urbanización. Estas presiones habían ido aumentando a lo largo de una generación y la solución de las tensiones políticas que habían provocado solo podría lograrse a lo largo de un tiempo prolongado.

En segundo lugar, los esfuerzos de la junta militar por construir una coalición política que asegurara la derrota del Apra en las próximas elecciones habían fracasado. La elección bien podría dar resultados tan estrechos e inconclusos como los de 1962[17].

En tercer lugar, los militares estaban en condiciones de controlar el resultado de la elección. Si, en contra de lo esperable, Haya lograra una victoria innegable, podrían todavía intervenir para impedir la toma de posesión del poder e instalar un gobierno militar que gobernaría por un tiempo indefinido. No había duda de que los militares estaban en capacidad de hacerlo, y que bien podrían ejercerla.

En cuarto lugar, los comunistas peruanos y los grupos castristas tenían poca posibilidad de conseguir el poder en un futuro inmediato. Las Fuerzas Armadas peruanas y los servicios de seguridad podían controlar las escasas actividades subversivas de un bien organizado movimiento guerrillero o un alzamiento revolucionario de escala nacional.

El Apra enfrentaba la amenaza de una intervención militar para prevenir la elección o la toma de poder de Haya de la Torre. Los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas reaccionaban contra el Apra condicionados por el recuerdo de su pasado radicalismo y violencia; ellos lo habían combatido y perseguido y no podían esperar una actitud favorable hacia los militares de un gobierno aprista. Estaban en capacidad de utilizar su función de supervisar la elección para falsear los resultados.

---

[17] Una nota de pie de página del documento original ofrece un interesante apunte sobre cómo veía la CIA al Apra: «Un partido izquierdista, radical pero anticomunista, fundado en 1924. En su época más temprana, el APRA fue violentamente revolucionario y fue repetidamente reprimido por los militares conservadores. Sin embargo, en las épocas más recientes su programa ha sido moderado considerablemente y está tratando de conseguir el poder a través de la acción política».

En el pasado, los gobiernos peruanos no habían estados dispuestos a hacer los sacrificios necesarios o a afrontar los riesgos que suponía realizar los programas que podrían producir los profundos cambios sociales y económicos que requería el país. Sin embargo, ahora la estabilidad política del Perú dependería decisivamente de la habilidad y la decisión del gobierno para responder a las demandas populares de bienestar económico y seguridad. «Esta situación [concluía el cónclave de las agencias de la inteligencia norteamericana] augura una desintegración de la estructura social y económica peruana; a menos que las fuerzas moderadas logren realizar un cambio ordenado probablemente los liderazgos radicales conseguirán la oportunidad para ensayar sus métodos».

El 10 de mayo de 1963, faltando un mes para las elecciones, se reunieron en Washington el secretario Richard A. Poole, el oficial a cargo de los asuntos peruanos y el embajador del Perú en Estados Unidos, Fernando Berckemeyer —quien estaba por viajar a Lima— (CIA1963c). La conversación ratifica la persistente preocupación de los norteamericanos sobre la evolución de los acontecimientos en el Perú. Berckemeyer, respondiendo a una preocupación del diplomático norteamericano, le aseguró que la junta militar estaba decidida a realizar elecciones libres manteniendo la fecha acordada del 9 de junio y a respetar los resultados. Buscó tranquilizarlo asegurándole que los electores peruanos eran moderados: el año anterior habían dividido sus votos entre los tres candidatos principales, ninguno de los cuales tenía algo de extremista; los tres pequeños partidos de extrema izquierda habían mostrado muy poca fuerza; y este año participaban los mismos tres candidatos principales a la presidencia y solamente un pequeño partido radical.

A su retorno del Perú, el embajador Berckemeyer volvió a conversar con el secretario Richard A. Poole, para compartir con él las observaciones que había hecho durante las dos semanas que había estado en el Perú[18]. Berckemeyer veía al general Odría como el probable triunfador en las elecciones. El Apra era un partido fuerte y con organizaciones sindicales importantes, pero las discordias entre sus líderes le habían quitado fuerza. Belaunde se estaba quedando atrás; no era procomunista, aunque no rechazaba el apoyo de los comunistas. Aparentemente el análisis político no era el fuerte del embajador Berckemeyer, pues los resultados fueron exactamente los contrarios.

El secretario Poole quería saber acerca de la influencia de Fidel Castro y los comunistas en el Perú y Berckemeyer le contó que un grupo de jóvenes peruanos, principalmente estudiantes universitarios, había sido sorprendido tratando

[18] Evidentemente Berckemeyer se mostraba muy asequible para los funcionarios de la diplomacia norteamericana.

de entrar al Perú desde Bolivia, armado y con planes subversivos. El grupo había llegado desde Cuba, donde habían recibido entrenamiento guerrillero. Es evidente que Berckemeyer se refería a la columna del ELN, interceptada en Puerto Maldonado. Poole le dijo que el Departamento de Estado estaba muy interesado «en este claro caso de entrenamiento, infiltración y subversión comunista promovido por Castro y había pedido a nuestra embajada que le consultara al gobierno peruano sobre la posibilidad de hacer un gran uso público de este incidente, quizás a través del Comité de Lavalle[19], o con la cooperación del Comité Consultivo Especial de Seguridad de la OEA (SCCS), del cual era miembro el general peruano Doig» (CIA 1963d).

Las elecciones se realizaron con toda normalidad el 10 de junio de 1963. Haya obtuvo 640 mil votos; Belaunde 720 mil; Odría 500 mil. Las listas parlamentarias del Apra superaron los 700 mil votos y las de Acción Popular no llegaron a 600 mil. El Apra ganó 17 curules en el Senado, 15 Acción Popular, 5 la Democracia Cristiana, 7 la Unión Nacional Odriísta y un independiente.

Al día siguiente de las elecciones Sánchez visitó a Haya. Este le dijo que aunque él había perdido habían ganado la mayoría del Congreso: «ahora podremos controlar al Ejecutivo y co-gobernar. Yo he perdido; el partido no». Sabía que probablemente se le había escapado definitivamente la posibilidad de llegar al poder. «"Tal vez haya sido mi última oportunidad", me expresó sonriendo con leve tristeza. "Ahora son ustedes, en el Parlamento, los que tienen a cargo la gran tarea; a eso nos aplicaremos todos. Se ha cometido un nuevo fraude, lo sé, pero no cabe protestar. Acatemos y trabajemos"» (LAS 1987: vol. 4, 150).

[19] Juan Bautista de Lavalle era el embajador peruano ante la OEA y presidió la denominada «Comisión Lavalle», que entregó a los Estados Unidos el virtual control de los aparatos policiales de los países del continente, de tal manera que pudiera ponerlos al servicio de sus objetivos estratégicos en la lucha contra el «comunismo internacional» (Malpica 1984: 74-79).

LA CRISIS DEL AGRO Y LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS

¡Tierra o muerte!

A mediados del siglo XX la relación hombre-suelo se rompió en el Perú: las tierras agrícolas ya no alcanzaban para la población rural, que año a año iba aumentando. Si bien para 1940 la población estaba todavía por debajo de la que existía en 1532, cuando los españoles conquistaron el Tahuantinsuyo, a lo largo del periodo colonial y de la República ingentes cantidades de tierras fueron perdiéndose. De los cuatro o nueve millones de personas que habitaban este territorio cuando llegaron los españoles —según las diversas apreciaciones—, para 1720 quedaban apenas 600 mil. A medida que la población iba decreciendo se necesitaba menos tierras, así que solo se cultivaban las que requerían menos trabajo para su mantenimiento. De esta forma, los suelos ganados a la naturaleza en un trabajo de miles de años de construcción de andenes, camellones, chacras hundidas, etcétera, fueron perdiéndose. Y a inicios de los años cuarenta, con una población de algo más de siete millones de habitantes, ya no era posible mantener a una población campesina en expansión.

La vasta migración de millones de campesinos hacia las ciudades no fue suficiente para detener la crisis del agro. A medida que la presión social por la falta de tierras se agudizaba, la lucha campesina se multiplicaba. Una gran oleada de movilizaciones campesinas comenzó a fines de los cuarenta y alcanzó su clímax entre los años 1956 y 1964. A diferencia de los movimientos campesinos de los dos siglos anteriores, este no era más un fenómeno regionalmente localizado sino tenía una envergadura nacional. Sus causas eran diversas: el desarrollo del mercado interno, la creciente incorporación del campesinado en los circuitos monetarios y la expansión de los medios de comunicación y de las carreteras.

Asimismo, el cambio en las relaciones entre la ciudad y el campo —gracias a la formación de un significativo contingente de migrantes que hacían su aprendizaje en nuevas formas de hacer política en las ciudades y campamentos mineros y que al retornar vertían su experiencia en sus pueblos de origen— y la marcha de militantes urbanos al campo, convirtieron este movimiento en un golpe mortal para el orden terrateniente.

A las razones estructurales se unieron razones coyunturales, como la sequía de 1957 y el hambre consecuente en Puno, la corrupción estatal en la distribución de las donaciones enviadas para ayudar a los damnificados y el alza de precios de los insumos agrícolas, como consecuencia de la decisión del gabinete Beltrán de elevar el precio del petróleo para encarar la recesión de 1957.

El descontento campesino iba extendiéndose también en el valle de La Convención, situado al noroeste del Cusco, en las laderas orientales de los Andes. Desde la década de 1940, un gran número de comuneros de los vecinos departamentos del sur había migrado hacia La Convención, cuya población nativa era relativamente escasa. Estos campesinos fueron reclutados por hacendados que estaban abriendo el valle al cultivo de cacao, azúcar, café y té. Atraídos por la promesa de tierra a cambio de trabajo y esperando convertirse en granjeros independientes, los recién llegados incrementaron la población del valle de 28 mil habitantes en 1940 a 62 mil en 1960. Debido a su educación, así como a sus ambiciones, los comuneros emigrantes de lugares como el Cusco, no compartían la mentalidad servil de los colonos de las haciendas serranas tradicionales. Los choques con los terratenientes no tardarían en llegar.

Un rasgo específico de las movilizaciones del periodo, con relación a movimientos campesinos anteriores, fue la incorporación en el enfrentamiento contra los terratenientes de nuevos sectores sociales, además de las comunidades campesinas. Entre los nuevos protagonistas, los más importantes fueron los campesinos colonos de hacienda. Tradicionalmente, las haciendas habían estado sometidas al asedio de las comunidades colindantes, que reclamaban tierras que les habían sido usurpadas. Sin embargo, hacia los años cincuenta empezó a hacerse cada vez más importante la movilización de los colonos de los latifundios, que tendió a generalizarse por toda la sierra peruana. A este proceso Joan Martínez-Allier lo ha denominado el «asedio interno» de las haciendas (Martínez-Allier 1973). Otros trabajadores rurales, en este caso costeños, se incorporaron a la lucha: el proletariado agrícola y los yanaconas, principalmente, así como los pequeños propietarios independientes. Algunos provenían del campesinado serrano atraído desde fines del siglo XIX mediante el «enganche», otros, sobre todo en la costa central, eran descendientes de grupos étnicos provenientes de migraciones diversas: negros, chinos y japoneses (Gibaja 1983: 13).

Los movimientos campesinos de este período tuvieron dos formas fundamentales de lucha: las ocupaciones de tierras y las huelgas (1983: 22). Otro rasgo distintivo fue el ámbito geográfico nacional de la lucha. A diferencia del carácter local o regional de las movilizaciones anteriores, esta vez todos los departamentos del Perú —con la aparente excepción de Madre de Dios— se vieron afectados, lo cual a partir de un determinado momento cerró la posibilidad de afrontar el desafío campesino exclusivamente a través de la represión armada (Guzmán y Vargas 1981).

Son también particulares los objetivos y la ideología de los movimientos campesinos. Su lucha es por la tierra, una meta definidamente campesina a la que se añadían demandas definidamente modernas, ya no solo de los comuneros que se movilizan contra los latifundios:

> En el interior de las haciendas, los colonos luchan también por la tierra, fundamentalmente por conservar las parcelas que detentan. La movilización de los colonos tuvo claros objetivos antifeudales: la lucha por la tierra y por su ganado [...] la lucha contra las formas serviles, el trabajo gratuito y en favor de la implantación del salario (o su aumento cuando existía), la jornada de ocho horas, el derecho a la escuela, etc. (Gibaja 1983: 17-18).

La comunidad campesina incorporó a sus funciones tradicionales —de organización y control de los recursos naturales y sociales— la organización de las movilizaciones. Existen también cambios en las modalidades organizativas. La más importante fue la creación de los sindicatos agrarios.

Estos aparecieron paralelamente con la diversificación de la base social de las movilizaciones, relacionada a su vez con el levantamiento de los colonos de hacienda, los yanaconas y del proletariado agrícola. A partir de 1945, y sobre todo en el período 1956-1964, se desarrolló un intenso proceso de sindicalización de los trabajadores agrarios y un importante —aunque precario— proceso de centralización gremial: «se constituyen así varias federaciones campesinas departamentales, provinciales y por rama de actividad económica, las cuales agrupan no sólo a los sindicatos de colonos de hacienda, de obreros agrícolas y de yanaconas, sino que también llegan a reunir a comunidades campesinas» (Gibaja 1983: 20). Los sindicatos rurales fueron impulsados en unos casos por dirigentes campesinos con experiencia en organización y lucha sindical urbana —generalmente en fábricas y minas— que, luego de residir un tiempo en las ciudades, donde aprendieron tácticas de lucha proletaria, retornaron a sus lugares de procedencia; en otros, por el desarrollo de una conciencia social campesina que rompía con la férrea opresión sociocultural del gamonalismo. En el caso del Cusco, jugó un importante papel la «marcha hacia el pueblo» de militantes izquierdistas, como

Hugo Blanco, que, perteneciendo a organizaciones revolucionarias urbanas, se dirigieron al campo para desarrollar un trabajo político con el campesinado con la idea de realizar una revolución. Es similar la intención de las organizaciones como el ELN y el MIR que en 1965 emprendieron una guerra de guerrillas rural contra el gobierno de Belaunde y que consideraban que el campesinado debía ser la base estratégica de la revolución armada.

En el desarrollo del sindicalismo campesino jugó un papel descollante Hugo Blanco Galdos. El trotskismo se constituyó orgánicamente en el Perú hacia 1946, cuando el Grupo Obrero Marxista (GOM) se constituyó en el Partido Obrero Revolucionario (POR), afiliado a la Cuarta Internacional. Como consecuencia de la fracasada insurrección aprista de octubre de 1948, este grupo capitalizó la desilusión de cuadros apristas como Ismael Frías y Hernando Aguirre Gamio, que pasaron a engrosar sus filas, junto con otros militantes como Francisco Abril, Félix Zevallos y Carlos Howes. La represión odriísta los golpeó también y varios trotskistas fueron encarcelados y exiliados.

El POR se dividió a raíz de un debate sobre cómo realizar la revolución. Una fracción, cuyo ideólogo más destacado era Ismael Frías, planteaba como tarea principal realizar *entrismo* en el Apra, el Partido Comunista y el Partido Socialista[1]. La otra fracción planteaba construir un partido revolucionario independiente, a través de la promoción y el impulso de las luchas obreras, llevándolas a un plano cada vez más elevado que permitiría organizar una tendencia sindical revolucionaria. En este proceso se formaría el Partido Revolucionario. Aquí militaba Hugo Blanco, un joven cusqueño que había viajado a la Argentina a estudiar agronomía, donde fue captado por el grupo trotskista de Nahuel Moreno. Luego de un tiempo retornó al Perú para desarrollar trabajo obrero.

El trabajo campesino del POR se inició en 1958 y fue el resultado de un hecho casual. A raíz de la visita de Richard Nixon, vicepresidente de los Estados Unidos, a Lima, se produjeron grandes manifestaciones populares de repudio en las cuales participó Blanco. La respuesta del gobierno de la convivencia fue una fuerte represión que llevó a la dirección del POR a decidir que este abandonara la fábrica en la que estaba trabajando para evitar su captura. Se habían producido grandes movilizaciones populares en el Cusco y decidieron que Blanco, que era natural de ese departamento, viajara para incorporarse al trabajo urbano.

Blanco comprobó pronto que la Federación de Trabajadores del Cusco, a la que se incorporó como delegado del Sindicato Único de Vendedores de Periódicos —cuya formación dirigió—, era una organización fundamentalmente

[1] El *entrismo* consiste en penetrar en una organización política ya existente con el secreto designio de capturar su dirección para luego «reorientarla», de acuerdo con la «línea correcta».

artesanal, con una representación obrera minoritaria. Además, el ala radical era más campesina que obrera. Decidió entonces incorporarse a trabajar como campesino contra la opinión de muchos de sus compañeros de partido, quienes consideraban que era víctima de una desviación ideológica «campesinista». Blanco buscó ligarse a los sindicatos campesinos de La Convención, que comenzaron a organizarse durante el gobierno de Prado. Se incorporó al Sindicato de Campesinos de Chaupimayo, en calidad de «allegado» —subarrendatario, subcolono—. Desde allí realizaría su acción revolucionaria, siendo violentamente combatido por la dirección de la Federación de Trabajadores del Cusco, alineada con el Partido Comunista. El objetivo de Blanco iba más allá de contribuir a la recuperación de las tierras por las comunidades. Se trataba de aprovechar la coyuntura para hacer una revolución socialista.

> No es posible [sostiene en un texto que sistematiza su experiencia] el tránsito pacífico al socialismo, la lucha armada de los explotados contra los explotadores es una fase inevitable de la revolución [...] La lucha revolucionaria es un proceso a través del cual las masas ascienden en su organización, en su conciencia, en sus formas de lucha, guiadas por su vanguardia consciente, por el partido revolucionario [...] Al agudizarse este choque entre la violencia de los explotadores y la respuesta violenta de los explotados, se llega a la lucha armada en forma inevitable (Blanco 1974: 59).

La presencia de activistas de la izquierda revolucionaria en el campo fue utilizada por los terratenientes afectados por las invasiones para sostener que la movilización campesina era «artificial» —creada por los agitadores comunistas que engañaban a los indios— y para demandar la represión militar. Sin embargo, la necesidad de la reforma agraria se había convertido en un consenso social tan amplio que nadie —ni siquiera la poderosa Sociedad Nacional Agraria— se atrevía a cuestionar su necesidad, planteándose la lucha en el terreno de definir en qué consistiría, su magnitud, plazos y procedimientos.

Lo cierto es que para entonces el proceso de descomposición de las haciendas tradicionales serranas estaba muy avanzado. José María Caballero, analizando una gran cantidad de evidencias estadísticas, sostiene:

> [...] la información estadística presentada revela categóricamente cuatro hechos: 1. la escasa significación del colonato a finales de los años cincuenta y comienzos de la década de 1960; 2. la importancia relativamente reducida que tenía la sujeción al pago de renta (en dinero o de otro tipo) por conducción de tierras ya en 1961; 3. la gran expansión de las economías campesinas en la década de 1960 a costa de las tierras de las unidades mayores; y 4. la gran pérdida de importancia que experimentó la sujeción al pago de renta durante

> esa década. Todos estos fenómenos apuntaban inequívocamente en una dirección: la descomposición de la hacienda (Caballero 1981: 318).

La movilización campesina fue en sí misma una consecuencia de esa crisis, y a su vez actuó como un poderoso acelerador de la misma. Los cuadros del FIR, movilizados al Cusco, entraron a laborar como «allegados» y «suballegados», campesinos situados en la base de la pirámide de la explotación social en La Convención y Lares, y desde allí comenzaron un trabajo de organización que tuvo como fruto la formación de centenares de sindicatos campesinos. Cuando el enfrentamiento con los patronos alcanzó las cotas más elevadas, el campesinado respondió con un arma de una contundencia insospechada: la huelga campesina.

Los «arrendires» y «allegados» de La Convención y Lares eran campesinos procedentes de la sierra que trabajaban en haciendas situadas en la selva alta del departamento del Cusco, la ceja de selva, principalmente en la producción del café para la exportación. Estos entraron en conflicto con los terratenientes que recurrían a las formas tradicionales de sujeción servil y que pretendían acaparar la comercialización del preciado grano. La relación entablada entre los campesinos y una capa media de comerciantes que brindaban una demanda alternativa con mejores precios provocó el estallido del conflicto (Craig 1968, Hobsbawm 1972). Sobre estas contradicciones entró a trabajar Hugo Blanco, brindando su experiencia organizativa al campesinado. El trabajo de captación de cuadros campesinos para la organización que desarrolló fue tan exitoso que en un año Andrés González, un dirigente de Chaupimayo que pertenecía a la corriente de Blanco, fue elegido secretario general de la Federación Provincial de Campesinos de La Convención y Lares (FPCC), que agrupaba a los sindicatos campesinos de la región.

Blanco tuvo que viajar a la capital y, luego de una estadía de unos meses en Lima, retornó al Cusco en 1960. Había una orden de captura dictada en su contra y fue encarcelado. Luego de dos meses de prisión se declaró en huelga de hambre, provocando tal presión del campesinado que la FTC se vio obligada a amenazar con un paro. Blanco obtuvo su libertad y la participación directa en las asambleas de la FPCC y de la FTC, llegando a asumir los cargos de subsecretario y secretario de Prensa y Propaganda de la FPCC. Participó protagónicamente en la radicalización del campesinado de los valles de La Convención y Lares, impulsando huelgas, paros, mítines, desconocimiento de mandatos judiciales de desalojo, etcétera. En medio del despliegue de la gran movilización campesina, el trabajo de organización campesina era frenético. Participó luego en la organización de la Federación Departamental de Campesinos del Cusco, en medio de fuertes luchas con el «sector oportunista». Mientras tanto, el POR devino en el Frente Revolucionario de Izquierda (FIR).

La táctica de lucha principal desarrollada por Blanco era muy simple y de una eficiencia devastadora. Los valles de La Convención y Lares son zonas de colonización y no tienen grandes reservas de mano de obra, como sucede en las haciendas tradicionales de la sierra. Si se negaba a los terratenientes el acceso a la mano de obra indígena, el sistema colapsaría:

> El método de Blanco era sencillo: los arrendires no trabajarían más para el hacendado. Era la huelga de los brazos. El paro de los colonos. El fin de un sistema de trabajo y explotación. Luego de siglos de pasividad: el cambio de los tiempos. Además, enseñó que los campesinos podían organizar, al margen de la ayuda de un Estado que parecía haberlos olvidado, sus propias escuelas y postas médicas [...] "A él le debemos todo", dicen los campesinos. En efecto, todo cambio en La Convención y en el país, se ha acelerado debido al peligro que vieron en que los campesinos no contaran con otra esperanza que la esperanza sindical y revolucionaria de Blanco (Neira 1964: 97).

La lucha campesina del Cusco crecía y adquiría una resonancia nacional, así que la dirección del FIR decidió enviar refuerzos a Blanco. Viajaron al Cusco militantes como Antonio Aragón, el «Che» Pereyra, Gorki Tapia y Héctor Loayza, fortaleciendo el trabajo campesino y planteándose la preparación de la lucha armada. En Lima se realizaron «expropiaciones» a bancos con el objeto de «obtener fondos para el armamento del campesinado del Cusco», lo que desató una fuerte represión contra el FIR, que lo desarticuló. En medio de una gran persecución Blanco fue elegido secretario general de la Federación Provincial de Campesinos de La Convención y Lares.

A las huelgas campesinas se añadieron las invasiones de tierras. Aunque la oligarquía y los terratenientes clamaban por la represión, lo cierto es que era imposible contener un movimiento tan masivo recurriendo a la táctica tradicional de aislar a los núcleos rebeldes para reprimirlos luego de separarlos de sus apoyos extracampesinos. La magnitud de la movilización era absolutamente inédita en la historia de la República y constituía una manifestación más de la profundidad de la crisis del orden social tradicional.

Hugo Blanco describe con especial fuerza la constitución de lo que, para él, fue la expresión de un «poder dual» campesino:

> En esa zona se escuchó el crujir de cadenas antiquísimas que se rompen.
>
> El aire se hizo puro, colectivo, respirable.
>
> El agua, la tierra, las plantas, adquirieron su verdadera dimensión, un significado profundo de complemento del hombre.

> Disuelto el concepto de gobernantes y gobernados en la humana unidad de la Asamblea, donde la opinión minúscula adquiere proporciones gigantescas como átomo inseparable de una inteligencia potente, grande, colectiva (Blanco 1974: 58).

Sorprende a primera vista la naturaleza pacífica de la movilización. Por lo general, las invasiones eran anunciadas con anticipación, para que los hacendados tomaran sus previsiones y evitar los enfrentamientos violentos. El día acordado miles de campesinos entraban en las tierras de las haciendas cuya propiedad reivindicaban arreando su ganado, encabezados en muchos casos por bandas de música y portando banderas peruanas. La resistencia ante una movilización social tan amplia era excepcional y el número de bajas fue sorprendentemente escaso, si se considera la magnitud de los cambios que desencadenaría la invasión de centenares de miles de hectáreas (Neira 1964, Blanco 1974, Caballero Martín 1981)[2].

Las invasiones de tierras dirigidas por los sindicatos campesinos eran indetenibles y su masividad impedía a los terratenientes dividir a los trabajadores, como había sido su táctica habitual. Todo era planificado largamente y cuando llegaba el momento el cambio de propietarios era un proceso pacífico e inexorable:

> Las invasiones son pacíficas. Una poblada, formada por campesinos de las localidades vecinas, invade, casi siempre en la madrugada, los terrenos de una hacienda. Pero la casa-hacienda, o el caserío vecino, y los pongos al servicio de los amos, quedan indemnes. Nada hay más ajeno al carácter de las masas indígenas que el desenfreno. Invadir, no es pues saquear, robar, incendiar o violar. Es, simplemente, entrar en la tierra prohibida de la hacienda; desde los balcones de madera los hacendados pueden ver cómo sus propiedades cambian de mano. Pero sus vidas están a salvo. El sindicalismo agrario no es un movimiento vengativo. No lo ha sido, al menos, hasta ahora (Neira 1964: 94).

Los campesinos estaban convencidos de la justicia de su proceder. Rechazaban el calificativo de «invasión» y denominaban más bien las ocupaciones de tierras como «recuperaciones»: «Recuperar: volver a poseer. Fui a ver el caso de las invasiones en el Sur. Los campesinos me contestaron: "¿Cuáles invasiones? Lo que hacemos es recuperar la tierra de nuestros antepasados. No hay invasiones. Hay recuperaciones"» (Neira 1964: 93).

[2] Caballero (1981) y Gibaja (1983) aportan una amplia bibliografía sobre el tema.

Los campesinos buscaban evitar el uso de la fuerza para no dar pretexto a la represión. Se notificaba a los propietarios y se invadía en ausencia de la policía: «Para los custodios del orden de los propietarios esto significa un juego entre aburrido y terrible. En donde la policía está, no sucede nada. Pero los campesinos invaden en otros lugares. La Federación es más extensa que los cascos de acero. Hay más sindicatos que guarnición policial». A primera vista parecía absurdo que las invasiones fueran anunciadas, pero eso tenía una completa coherencia para los campesinos: «¿no es natural en hombres que están convencidos de sus derechos y que han escuchado innumerables promesas de todos los grupos políticos que sin excepción les han hecho, de entregarles las tierras, no llegar a creer que anunciar "una recuperación" es un hecho lógico y justo el cual no precisa del silencio o la clandestinidad?» (Neira 1964: 94). Nada más natural pues que las movilizaciones fueran encabezadas por grandes banderas peruanas que flameaban delante de la masa que avanzaba. Una vez producida la invasión los campesinos esperaban a las autoridades para formalizar el hecho y darle forma de derecho. Luego de que Belaunde —quien había prometido realizar la reforma agraria— asumiera la presidencia, el 28 de julio de 1963, se sentían respaldados por la ley y procedían en consecuencia: «Sentados o de pie, innumerables, dejan que el sol corra y avance el día. Pueden esperar hasta que vengan las autoridades: deliberan. Este gesto, que he visto repetirlo una y otra vez, es la prueba de su confianza para con "Viracocha Belaunde" o "el Señor Gobierno". (Confianza que no creo persista a raíz de la última redada y abaleadera de Sicuani)» (Neira 1964: 94-95).

Los invasores no ocupaban todo el terreno de la hacienda sino dejaban tierras en una cantidad razonable para el terrateniente:

> No invaden nunca toda una hacienda. Dejan que el régimen sobreviva. Igual está condenado. Sin el sistema del yanaconaje, sin colonos, el hacendado no sabe vivir [...] Los campesinos y los pastores saben que ellos son el lado dinámico del campo. No temen la competencia y dejan tierras, las suficientes, como para que los amos sobrevivan si se deciden a cambiar de sistemas y aceptar la existencia de la técnica, la competencia y el salario (Neira 1964: 95).

Hay elementos que permiten entender el porqué de este resultado a primera vista excepcional. En primer lugar, el latifundio atravesaba por una crisis estructural y, como ya se ha señalado, en las zonas más atrasadas de la sierra la ocupación de las tierras por el campesinado se había venido produciendo en los hechos desde inicios de la década del cincuenta, a medida que los terratenientes iban abandonando las haciendas por la caída de la rentabilidad de las actividades agropecuarias. Los campesinos seguían pagando una renta modesta a los terratenientes absentistas, pero en los hechos controlaban ya la tierra.

François Bourricaud, que recorrió la sierra sur del Perú a inicios de los años sesenta, dejó una excelente descripción de la situación:

> Los gamonales y patrones del interior reinan sobre inmensos dominios; en el Sur, en Cusco, en Puno, las haciendas de más de 20.000 hectáreas no son excepcionales: son, según se dice, latifundios. Pero la mayor parte de esas inmensas extensiones está cubierta de rastrojos, abandonada. El barbecho paraliza no poco de lo que resta. Las cosechas son magras, expuestas como están al rigor de un invierno árido y glacial. En esos pastos viven rebaños que dan una carne y una lana mediocres. La mayor parte de esos inmensos dominios brindan una renta neta que, en relación con el capital inmobiliario comprometido, resulta desalentadora. La explotación, inclusive cruel e inhumana, de una mano de obra improductiva no basta para hacer del gamonal un creso (Bourricaud 1989: 48).

Más allá de la ineficiencia e irracionalidad económica del gamonalismo, el sistema era éticamente insostenible por la manera en que perpetuaba la opresión colonial sobre los indígenas, amparado en la debilidad del Estado central y legitimado por el racismo antiindígena. Saturnino Huillca, quien estuvo innumerables veces en prisión por luchar por cambiar las cosas, ofrece una visión de primera mano de lo que era vivir en el mundo de la servidumbre protegida por la complicidad de las autoridades políticas:

> Por eso mi vida es triste. Por lo que he hecho soy culpable, por haber defendido a los campesinos como yo. Haber hablado a favor de los campesinos es un delito para ellos. Por eso me castigaron. En cambio no había castigo para el que robaba. Ni para los criminales. Esos eran bien protegidos. Para los hijos de los gamonales, que violaban a las mujeres y las hijas que trabajaban en las haciendas, no existían cárceles. Ni tampoco para los que quitaban sus vaquitas a los campesinos. Para esos no había castigo. Esos andan libres (Neira 1974: 96-97).

La resistencia se produjo en las explotaciones más modernizadas, donde las actividades agropecuarias eran rentables y existía un excedente económico por disputar. Era el caso, por ejemplo, de la ceja de selva, donde había empezado a expandirse la explotación de nuevos cultivos de exportación y de las explotaciones ganaderas de la sierra central, las más tecnificadas del país, donde las relaciones capitalistas de producción se habían asentado firmemente, aunque sin liquidar completamente las relaciones precapitalistas, salvo en la División Ganadera de la Cerro (Caballero Martín 1981, Manrique 1987).

Influyó también en la pasividad gubernamental todo un conjunto de presiones, especialmente luego del triunfo de la revolución cubana. Hasta los sectores

políticos más lúcidos de la administración norteamericana entendían que era necesario modernizar las estructuras sociales en Latinoamérica para prevenir un estallido social. El consenso de Punta del Este, del que salió la Alianza para el Progreso, recomendaba a los países de la región todo un conjunto de reformas para prevenir la difusión del mal ejemplo cubano; entre ellas ocupaba un lugar destacado la reforma agraria.

También los sectores medios se habían sensibilizado crecientemente acerca de la necesidad de dar reformas que frenaran la radicalización de los sectores populares. Los sectores cercanos a la Iglesia creían en la posibilidad de atenuar las contradicciones sociales a través de la concertación entre los patronos y los trabajadores, dentro de una concepción corporativa tributaria del pensamiento de Víctor Andrés Belaunde. Para lograrlo, era imprescindible eliminar las situaciones de desigualdad extrema. José Luis Rénique cita una circular episcopal que proponía discutir la cuestión de las propiedades de la Iglesia, antes de que este fuera levantado por los agitadores comunistas siguiendo el ejemplo de Cuba:

> El R.P. Ramblot, O.P. de la Misión Lebret nos dijo hace dos años que las actuales condiciones socio-económicas en el Perú son las peores de toda América del Sur, con la excepción de Bolivia. Estas condiciones, dijo, son hechas a medida para el ataque comunista. Quizás se puede objetar que estoy viendo sólo el problema de la sierra; pero no nos olvidemos de que el movimiento de Castro se inició en la Sierra Maestra de Cuba, y que estamos a muy pocos kilómetros de la influencia boliviana, la que sentimos mucho[3].

En su *Mensaje al Perú* —publicado en vísperas de las elecciones de 1956— José Luis Bustamante y Rivero hizo un diagnóstico descarnado de la situación, planteando la perentoria necesidad de realizar grandes reformas: «campaña nacional de la vivienda y de la alimentación básica del pueblo, habilitación del indio, reforma agraria, socialización del impuesto en todas sus escalas con supresión de los impuestos indirectos, organización cooperativa, descentralización» (Bustamante y Rivero 1994: 163). Afrontar el «problema del indio» era algo inexcusable, «si queremos ahorrarnos el sonrojo de ser compelidos a ello por las presiones humanizantes del mundo exterior o por el despertar de los instintos dormidos de la raza» (Bustamante y Rivero 1994: 178). Con relación a la lucha campesina por la tierra tampoco había mucho que discutir. A los hacendados y patronos solo les quedaba «a reflexión de que es mejor ceder magnánimamente,

---

[3] De Nevis Hayes, Prelado Nulius de Sicuani [Cusco] a Monseñor Juan Landázuri Ricketts, presidente de la Asamblea Episcopal, setiembre 26 de 1960. En Archivo de la Prelatura de Sicuani. Citado en Rénique (2004).

en aras de una evolución cuerda, una parte de las posiciones adquiridas, antes que perderlas todas bajo un incontrolable estallido de violencia» (Bustamante y Rivero 1994: 182). El emplazamiento de Bustamante y Rivero muestra hasta qué punto estaba de madura la situación para una revolución antioligárquica. Ese mismo año se inició la fase más aguda de la gran movilización indígena. Durante los años siguientes a los patronos y hacendados no les quedó más que ceder ante el «incontrolable estallido» indígena.

Las posiciones defendidas por Bustamante y Rivero marcarían el pensamiento de la Democracia Cristiana, que fue fundada bajo su padrinazgo espiritual en 1956. Los cambios en marcha afectaron no solo a los militantes políticos católicos. Se vivió todo un conjunto de transformaciones en toda la Iglesia, patentes más en los cuadros de base que en la jerarquía. Estos se expresaron ideológicamente en la constitución de la «doctrina social de la Iglesia» y prácticamente en la constitución de las *comunidades cristianas de base*, un intento teórico-práctico de acercar la Iglesia al pueblo. Estas recomendaciones recibieron un importante respaldo con las orientaciones surgidas del Concilio Vaticano II en 1962, bajo la conducción del Papa Juan XXIII. La extensión del camino recorrido puede medirse comparando a la Iglesia de inicios de la década del sesenta con la de la Pastoral del Arzobispo de Lima de 1937, que afirmaba que «la pobreza es el camino más cierto a la felicidad humana. Sólo el Estado que triunfe en hacer apreciar al pobre los tesoros espirituales de la pobreza puede resolver sus problemas sociales» (Cotler 1978: 308). Así, el Perú terminaría convirtiéndose en uno de los focos de reflexión de donde surgiría una revolución teológica: la Teología de la Liberación.

La presión del campesinado provocó una conmoción nacional y obligó a la derecha a poner en la agenda el tema de la reforma agraria. Javier Ortiz de Zevallos, uno de los dirigentes más importantes del pradismo, acepta que era imposible que el régimen de la convivencia realizara una reforma en serio, debido a la magnitud de los intereses que estaban en juego: «Sólo un Gobierno Militar, a cubierto de toda amenaza de fuerza, podría llevarla a cabo sin sobresaltos y sin peligro» (Ortiz de Zevallos 1974: 178). Como las «invasiones» se producían no solo en el campo sino también en las ciudades —para la creación de las *barriadas*—, el gobierno de Manuel Prado creó la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda, el 10 de agosto de 1956, apenas dos semanas después de asumir el poder. Los márgenes dentro de los cuales pensaba abordar el problema quedan evidenciados en el hecho de que puso como presidente de la comisión a Pedro Beltrán, el director de *La Prensa* y representante de los agroexportadores, a quien el MIR, en una publicación que presentaba su propio proyecto de reforma agraria, calificaba como «el más

calificado representante del latifundismo en el Perú» (Malpica s/f: 9)[4]. Los agroexportadores, obviamente, estaban interesados en mediatizar cualquier proyecto de reforma que amenazara sus intereses, centrados en las explotaciones agrícolas y ganaderas modernas.

La Comisión Beltrán presentó su informe final cuatro años después, en setiembre de 1960. Su propuesta ponía como condición que la reforma no afectara la productividad del agro y que el pago de las expropiaciones no produjera efectos inflacionarios. La primera consideración ponía a salvo de la intervención a las haciendas modernas de la costa y la segunda limitaba la velocidad y el alcance del proceso en el resto del país. Aun así, el gobierno decidió encarpetar el proyecto, debido a que faltaba poco tiempo para el final del periodo gubernamental (Ortiz de Zevallos 1974: 184).

Beltrán creó el Instituto de Reforma Agraria y Colonización (IRAC), que debía implementar una «reforma agraria por iniciativa privada». Un informe elaborado por su directorio mostraba el saldo de la iniciativa: habían recibido quince peticiones de asistencia para la parcelación de fundos y de ellas habían desechado catorce, ya que se trataba de tierras marginales o de difícil acceso, o con situaciones conflictivas insolubles, o con propietarios que exigían indemnización al contado y con precios muy elevados, o con titulación deficiente o en litigios no resueltos en el Poder Judicial (Malpica s/f: 10). Propietarios afectados por las «invasiones» veían a la reforma como un medio de obtener una compensación del Estado por las tierras que ya habían perdido, como consecuencia de la movilización campesina. Este problema se mantendría durante el gobierno de Fernando Belaunde. Hasta allí llegó el gobierno de la convivencia con relación al problema del agro.

¿Cuál era la posición del Apra con relación a las demandas del campesinado andino? En realidad, nunca se abordó seriamente la problemática del movimiento indígena. En el Plan de Acción de 1932 figuraba un vago programa de redención del indio, cuyo punto fundamental era la incorporación del indígena a la vida nacional. Se planteaba que dentro de cada ministerio debía crearse una sección especial para atender los problemas de la población indígena, dar apoyo a la conservación y modernización de la comunidad indígena y soporte por parte del gobierno al pequeño agricultor. Al hablar de la educación nacional se prometía respetar las peculiaridades de cada región indígena. La educación de los indios se encomendaría a maestros indígenas que les enseñen en su propia

[4] Manuel Prado Ugarteche tenía intereses comprometidos en el tema. Era uno de los accionistas principales de las más importantes sociedades ganaderas de la sierra central: la Sociedad Ganadera del Centro, la Sociedad Ganadera Junín, la Sociedad Ganadera Corpacancha, etcétera (Manrique 1987).

lengua, así como en español. Se hablaba de estimular las pequeñas industrias y el arte nativos y de promover la organización de las cooperativas agrícolas. Se prometía, asimismo, realizar enérgicas campañas contra el abuso del alcohol y la coca (Kantor 1964: 156). Como era de prever, en la visión del Apra estaba fuertemente presente la retórica indigenista que ejerció una fuerte influencia en la acción política desde la década del veinte: «Aspiramos a la reincorporación material y espiritual del indio a la vida nacional, al resurgimiento de las virtudes eternas (*sic*) de la raza peruana y del Imperio que fueron inspiración de su justicia social, de su grandeza moral, de su progreso material y de su dirección enérgica y creadora» (Kantor 1964: 157). No se trataba de un discurso indigenista excluyente:

> No renegamos de la cultura europea ni del aporte que el blanco ha traído a nuestro suelo. Pero repudiamos la mentalidad Colonial que hasta ahora ha adoptado la actitud antiperuana de desdeñar lo indio y a los indios. Creemos que debe surgir un Perú que asimile lo moderno, étnica y culturalmente, y funda lo que hay de perdurable en las tradiciones imperiales dentro de una nueva fisonomía nacional. Así, como es mestizo de raza, será resultado de lo que hay de grande en sus tres etapas históricas anteriores, el Perú nuevo (Kantor 1964: 157).

Al comenzar la convivencia, la dirección del Apra, al igual que la oligarquía costeña, estaba dispuesta a sacrificar a los hacendados tradicionales de la sierra. Pero eran diferentes las cosas en el interior serrano, donde la base social tradicional del aprismo no estaba constituida por el campesinado sino por los *mistis*, enemigos del campesinado. El Apra siempre fue un partido eminentemente urbano, sin presencia entre el campesinado rural. Sus bases en el campo se reclutaban en el proletariado rural, principalmente de las haciendas cañeras de la costa norte, no entre el campesinado rural de la sierra que se movilizaba contra los terratenientes y sus adherentes en el interior se reclutaban en las capas medias asociadas a la dominación gamonal. Saturnino Huillca, uno de los líderes campesinos más importantes del sur andino, recordaba que el gamonal Cornejo, empeñado en asesinarlo, y que movilizaba a los patronos en su contra, era aprista. Alfredo Romainville, el propietario de la hacienda Huadquiña, el terrateniente más odiado de La Convención, autor de innumerables atropellos contra los campesinos, tenía fama de ser aprista y compadre de Haya de la Torre (Cristóbal 1985: 173). «Bueno [sostiene Huillca en el testimonio que recogió Hugo Neira] el APRA es la misma oligarquía, APRA se les llama a los millonarios, a los adinerados que explotan el trabajo del hombre, se aprovechan de las fuerzas del hombre, tan es así que el hacendado ni paga a los pastores, los hace trabajar gratis. Ese es el APRA con el nombre de gamonal» (Neira 1974: 120).

La dirección del Apra, por otra parte, estaba en la vereda del frente en relación con las movilizaciones campesinas y se oponía a que se afectase a las haciendas agroindustriales de la costa norte; la región donde el partido había nacido y donde tenía su mayor base social. El grupo aprista en el Senado, dirigido por Luis Heysen, era muy claro al respecto:

> A sus ojos, el eventual desmantelamiento de tales centros económicos "donde se ha alcanzado la más alta eficiencia tecnológica y los mayores rendimientos" [...], sería una catástrofe; y, lo que es más grave, es una maquinación comunista. Al "pulverizar" la producción azucarera, matarían dos pájaros de un tiro: como se trata de empresas situadas "en el Norte del país, donde el aprismo posee su mayor registro de masas, al desintegrarse estas unidades económicas, rompiendo la uniformidad de producción, se lograría el siguiente objetivo: acabar con los sindicatos. El sindicalismo democrático norteño es mayoritariamente aprista". A este primer objetivo de carácter político se agregaría otro, económico y social: "Destruidas las empresas altamente industrializadas del Norte se producirían despidos en masa de trabajadores que ambularían sin colocación y sin salario, mientras sus familias sufren las consecuencias de la desocupación creciente". De modo que el Norte, que es una región donde se trabaja y se lucha para trabajar más se transformaría en un hogar de agitación política y social (Bourricaud 1989: 372-373).

El Apra no solo se opuso a la expropiación de los complejos agroindustriales. La propuesta del acciopopulista Edgardo Seoane —el hermano de Manuel Seoane y vicepresidente de Belaunde— de hacer una reforma empresarial, que asociara a los asalariados a las tareas de administración y de decisión, fue igualmente bloqueada por los apristas. El argumento que el Apra usó fue que los problemas planteados por la administración de las empresas —agrarias y no agrarias— debían ser examinados en su conjunto en un texto único que sería presentado ulteriormente. Por supuesto, tal texto no se presentó nunca.

Es difícil hacerse una idea de lo que era la dominación gamonal, aun a inicios de los años sesenta. En uno de los escasos textos en que Hugo Blanco describió la situación concreta del campesinado, comenzó su enumeración recordando lo que sucedía en la hacienda Santa Rosa de Chaupimayo, la sede de su sindicato:

> Allí el gamonal Alfredo Romainville, entre otras cosas, colgó de un árbol de mango a un campesino desnudo y lo azotó durante todo el día en presencia de sus propias hijas y de los campesinos. A otro campesino que no pudo encontrar el caballo mandado a buscar por el amo, éste lo hizo poner "en cuatro patas", ordenó que le pusieran el aparejo del caballo y que lo cargaran con seis arrobas de café; a continuación le hizo caminar así, con sus manos y sus rodillas, alrededor del patio que servía para secar el café, azotándolo con un fuete.

> Obligaba a las campesinas a que descascararan el maní gratuitamente hasta que les sangraran las manos, luego lo hacían con la boca sangrante. Hizo encarcelar por "comunista" a la hija que tuvo con una campesina a quien violó. Su hermano no se contentaba con violar él a las campesinas, obligó a un campesino a violar a su tía amenazándolo con un revólver. El hacendado Márquez hacia arrojar al río a los hijos que tenía de las campesinas violadas. El hacendado Bartolomé Paz marcó la nalga de un campesino con el hierro candente en forma del emblema de la hacienda usado para marcar ganado. Otro tanto hizo el hacendado Ángel Miranda. El hacendado Vitorino emitía moneda propia para que los campesinos se vieran obligados a comprar en su hacienda cuanto necesitaran. Dalmiro Casafranca asesinó arrojándolo al río a Erasmo Zúñiga, secretario general del sindicato de su hacienda Aranjuez.
>
> Estos crímenes no eran castigados por las "autoridades", que muchas veces eran ellos mismos. Los jueces y la policía protegían y participaban en esos crímenes.
>
> Ése ha sido el verdadero "medio social" donde los agitadores fuimos a "perturbar el orden" y "predicar violencia" (Blanco 1974: 101-102).

La gran movilización del campesinado cusqueño atrajo la atención de las pequeñas agrupaciones insurreccionales de izquierda, que empezaban a organizarse con la idea de hacer la revolución. Un grupo de jóvenes, influidos por el ejemplo de la revolución cubana, formó en La Habana el Ejército de Liberación Nacional (ELN). En sus filas militaba Juan Pablo Chang, un ex aprista entregado a la causa de la revolución, quien algunos años después moriría junto con Ernesto «Che» Guevara en las montañas de Bolivia. También estaba el joven poeta Javier Heraud, quien murió abaleado en un río en Madre de Dios en mayo de 1963, cuando la columna guerrillera del ELN, de la cual formaba parte, fue interceptada cuando procuraba ingresar al país desde Bolivia con la idea de llegar a La Convención para dar apoyo armado al movimiento dirigido por Hugo Blanco. Luis de la Puente Uceda, para entonces secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), también viajó a La Convención y se dirigió a los campesinos en un mitin organizado por sus militantes para recibirlo. Se entrevistó con Hugo Blanco, pero no llegaron a un acuerdo debido a las diferencias políticas que los separaban. De la Puente decidió establecerse en la región, preparando uno de sus frentes guerrilleros —el que debió ser el principal— en Mesa Pelada, Quillabamba, La Convención.

Hugo Blanco explica que en la lucha campesina se desplegaron múltiples formas de lucha: mítines —desarrollados principalmente en Cusco y Quillabamba, seguidos por desfiles campesinos que obligaban a cerrar los locales comerciales

y administrativos—, paros, huelgas, resistencia frente a los desalojos, liberación de presos, huelga general, etcétera. Los paros, de 24 y 48 horas, no eran propiamente de campesinos que dejaban de laborar —lo que no hubiera sido efectivo tratándose de campesinos que estaban sujetos a relaciones serviles—, sino que paralizaban la provincia, obligando inclusive a quienes tenían que desplazarse a conseguir un permiso de la federación campesina. Las huelgas campesinas, por su parte, eran el arma más efectiva. El campesino que se negaba a ir a trabajar a la tierra de los patronos podía utilizar ese tiempo en su propia parcela, mientras que los terratenientes no podían soportar una paralización de meses, que ponía en riesgo sus cosechas (Blanco 1974: 38-46).

El sindicalismo agrario ayudó a quebrar las relaciones personales de sujeción servil en las haciendas serranas, así como el autoritarismo y paternalismo que aún existía en las relaciones laborales en los latifundios capitalistas costeños. Los movimientos campesinos de los cincuentas fueron impulsados por liderazgos de tipo moderno, especialmente en los sindicatos. Jugó un rol importante en su conducción el grupo «cholo», fuertemente influido por una experiencia cultural urbana —que puede incluir la escuela y la universidad, el servicio militar obligatorio, el trabajo obrero, los partidos y sindicatos— que enriquecía la experiencia campesina con nuevas formas de lucha y nuevos horizontes reivindicativos. El papel de los «cholos» en las luchas campesinas ya había sido anunciado en el personaje de Benito Castro de *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría (1941) y tiene una notable plasmación literaria para el periodo de los años cincuenta en el Rendón Willka de *Todas las sangres* de José María Arguedas (1964). Para Gibaja, son ejemplos de este proceso Elías Tacunán, gran dirigente campesino de la sierra central, y dirigentes de extracción social urbana como Genaro Ledesma Izquieta y Jesús Véliz Lizárraga en la sierra central y Hugo Blanco en el sur.

Otra zona que estuvo especialmente convulsionada fue Cerro de Pasco, en la sierra central. Pasco era el departamento más pequeño de la sierra, con 138 mil habitantes en 1960. Sin embargo, la presencia de la minería había modernizado relativamente su estructura social. Aunque el 60% de su población era quechuahablante, el 90% de esta también hablaba español, el doble de la tasa promedio de la sierra sur —30% al 35%—. Tenía una tasa de alfabetismo de 52%, frente al 23% de Apurímac. La presencia de los latifundios era aplastante; en 1960 diecisiete familias y corporaciones —la Cerro incluida— poseían el 93% de todas las tierras agrícolas y ganaderas del departamento. Eran haciendas modernas, fuertemente capitalizadas y eficientes donde se había logrado eliminar las formas precapitalistas de explotación, luego de que los humos tóxicos de la fundición de La Oroya, instalada en 1922, obligara a comunidades y haciendas de la región a vender a precio de ganga sus tierras a la Cerro de Pasco Corporation, proletarizando a

miles de comuneros que trabajaban en las minas y haciendas de la *Corporation*. Así se creó la División Ganadera de la Cerro, el latifundio más moderno de la sierra peruana (Caballero Martín 1981; Manrique 1987). Tradicionalmente los comuneros de la región migraban estacionalmente a las minas para proveerse de circulante, pero la proletarización de la mano de obra y la creación de una fuerza de trabajo estable redujeron esta fuente de empleo. La situación se agravó cuando la Cerro empezó a recortar su fuerza laboral y mecanizar sus operaciones, a fines de los años treinta.

> Desde 1940 a 1960, la población de Pasco creció un cuarenta por ciento, pero el número de trabajadores de las minas de Cerro y la refinería de La Oroya únicamente se incrementó en tres a cuatro por ciento. Los comuneros emigraron en busca de trabajo a otras ciudades de la sierra —como Cusco y Huancayo— en número cada vez mayor, inflando la población de esas ciudades de 80 a 140 por ciento en el mismo lapso. Expuestos a la modernidad y a la idea del progreso, ellos conservaron sus vínculos con sus comunidades, en donde se convirtieron en agentes del cambio (Klarén 2004: 380-381).

Estados Unidos además redujo su cuota de cobre en 1958, lo que provocó despidos en gran escala en Cerro de Pasco, a lo que los trabajadores respondieron con violentas huelgas y protestas.

> Un importante vocero de los mineros fue el profesor de la escuela local llamado Genaro Ledesma Izquieta, que recientemente había emigrado a Pasco desde la costa. En negociaciones con la compañía y luego directamente con el gobierno de Prado, Ledesma ligó los agravios de los mineros con los de los comuneros que buscaban la distribución de las tierras de las estancias de la compañía. Al quedar la disputa sin resolver, los comuneros comenzaron a invadir las tierras de las haciendas. Estos actos involucraban a grupos de hombres, mujeres y niños que anunciaban ceremonialmente la ocupación marchando a las tierras de las haciendas haciendo sonar trompetas, ondeando banderas peruanas y esgrimiendo rastrillos (Klarén 2004: 381).

La gesta campesina de los indígenas de Cerro de Pasco ha sido plasmada por Manuel Scorza en una zaga literaria de cinco novelas: *Redoble por Rancas*, *Historia de Garabombo el Invisible*, *Cantar de Agapito Robles*, *El Jinete Insomne* y *La Tumba del Relámpago.* Genaro Ledesma —convertido por Scorza en el personaje literario de la última novela citada— era un militante aprista que había sido nombrado alcalde de Cerro de Pasco por Prado, a instancias del Apra. Su cargo le permitió apoyar las tomas de tierras y la fundación de la Federación de Comunidades de Pasco. Prado Ugarteche respondió destituyendo a Ledesma y poniéndolo en prisión, pero esto no detuvo las invasiones, que se multiplicaron

durante los dos años siguientes. En 1962, una masacre en la hacienda Pocayán dejó un saldo de decenas de comuneros muertos y heridos, lo que provocó una ola de protestas populares en varias ciudades, incluyendo Lima y Cerro de Pasco (Klarén 2004: 380-381).

La reforma agraria de La Convención y Lares

El 18 de julio de 1962 se produjo el primer golpe institucional de la historia del Perú. La junta de gobierno, presidida por Nicolás Lindley y Ricardo Pérez Godoy, derrocó al presidente Prado diez días antes de que terminara su mandato. Para hacer frente a la convulsión social que se vivía en el sur peruano, los militares decidieron decretar una reforma agraria para los valles de La Convención y Lares, con el evidente propósito de quitarle su base social al movimiento revolucionario de Hugo Blanco.

La reforma agraria militar de La Convención y Lares de 1963 contuvo una disposición que fue mortal para los terratenientes: abolió los servicios personales, decretando que nadie estaba obligado a trabajar gratuitamente para otro. Los miles de sindicatos campesinos le tomaron la palabra a la ley y dejaron a los hacendados sin mano de obra. Por las crónicas de Neira circulan hacendados desesperados, tratando de negociar con los dirigentes sindicales para conseguir trabajadores pagando, u ofreciéndoles vender sus haciendas si no conseguían jornaleros.

Las movilizaciones campesinas bajo el belaundismo

En el campo la situación no fue mejor. Apenas Belaunde asumió el poder se reinició la toma de tierras en la sierra central y en el sur del país. A fines de 1963 se produjo un violento enfrentamiento entre los campesinos y la policía en Ongoy (Cusco). La coalición aprovechó la situación para censurar al ministro de Gobierno y Policía, y Primer Ministro del régimen, Óscar Trelles, por no reprimir con suficiente energía al campesinado. Trelles, integrante de una de las familias gamonales más conocidas de Abancay —se decía que la capital departamental estaba dentro de las tierras de su hacienda— fue acusado por el Apra de pro comunista.

Durante la primera fase de la revuelta campesina la represión fue relativamente eficaz para detener las movilizaciones, pero cuando estas se generalizaron, sobre todo desde mediados de 1963, se convirtieron en «una verdadera marea social virtualmente incontenible mediante la mera represión». En las campañas electorales de 1962 y 1963 Fernando Belaunde despertó grandes expectativas entre

el campesinado, prometiendo una reforma agraria pronta y eficaz. De allí que su ascenso al poder, el 28 de julio de 1963, fuera recibido con gran ilusión por muchos, que creían que el joven arquitecto enfrentaría decididamente la lacra del latifundio y el gamonalismo. En la sierra central ese mismo día miles de campesinos empezaron una vasta movilización invadiendo las haciendas de la Cerro y de los terratenientes regionales. En el sur, la reforma agraria otorgada por la junta militar saliente a los campesinos de La Convención y Lares había contribuido a pacificar esos valles, pero había impulsado al mismo tiempo las movilizaciones en el resto del departamento, donde los campesinos buscaban lograr lo que sus hermanos habían conseguido guiados por Hugo Blanco.

El gobierno de Fernando Belaunde constituyó una profunda desilusión para quienes habían apostado a que el joven arquitecto realizaría las reformas que el país necesitaba. Su promesa de solucionar el problema del petróleo en cien días naufragó en trámites y dilaciones. Otro tanto sucedió con su promesa de ejecutar una reforma tributaria que permitiera redistribuir mejor el ingreso nacional. La prometida reforma agraria quedó convertida en una caricatura, pues el Parlamento, controlado por la alianza apro-odriísta, introdujo tal cantidad de modificaciones al proyecto elaborado por la comisión presidida por Edgardo Seoane, que la ley que finalmente se promulgó quedó reducida a un saludo a la bandera. El Congreso declaró inafectables las explotaciones «eficientes» y dedicadas a los cultivos de exportación —léase las propiedades de los «barones»—; decidió que las afectaciones en las áreas atrasadas fueran supervisadas por una oficina dependiente del Legislativo —donde los terratenientes tenían presencia—; y, aunque aprobó que las expropiaciones se pagaran con bonos gubernamentales, bloqueó su ejecución a través de un sistemático recorte de los recursos económicos dedicados a este fin. Hasta octubre de 1968 del millón de familias campesinas potencialmente beneficiarias apenas fueron atendidas 13.500. No es de extrañar que el descontento campesino fuera alimentado por esta nueva frustración.

Hugo Neira recorrió la sierra sur como corresponsal del diario *Expreso*, entre diciembre de 1963 y enero de 1964, para reportar los sucesos desencadenados por la rebelión campesina. Le abría las puertas de comunidades y sindicatos el hecho de que el campesinado identificara a su periódico con «Huiracocha Belaunde», el presidente al que *Expreso* había apoyado durante la campaña electoral, que había despertado las esperanzas de los desposeídos de ser, finalmente, escuchados. De esta experiencia nació su libro *Cusco, tierra y muerte*, que constituye uno de los mejores reportajes hechos en el país. Un semestre después de la detención de Blanco, la movilización indígena se extendía y era evidente que poner al líder trotskista en prisión no había cambiado sustancialmente los

problemas de fondo. Sencillamente a los hacendados les era imposible entender la nueva realidad:

> He visto cómo el señorío de una casta de propietarios sobre enormes extensiones de tierra se está resquebrajando a pesar de parecer tan sólido, tan estable, como el mismo cambio de las estaciones o la presencia permanente de los Andes. Han sentido primero estupor, luego indignación y miedo. Al fin, se esforzaron por razonar ante esta enfermedad colectiva que desconocieron sus abuelos. Pero, como el problema es nuevo, y no hay respuesta ni en el recuerdo, ni en los libros, su desesperación se acrecienta. Habituados a aceptar como un derecho semi-divino la posesión de la tierra y de "sus cholos" que los hábitos intangibles de nuestra sociedad estacionaria les otorgaba, la rebelión de los siervos indígenas, su negativa a seguir sirviéndoles, entregándole jornadas íntegras de trabajo gratuito cada mes, es algo intolerable, un misterio cuya solución tal vez posea la policía. No tardaron en contestarse, mixtificando la realidad: alguien corrompe a los indios. En sí mismos no puede originarse esta energía, esta voluntad que los hace casi blancos, de pronto inteligentes, en fin, hombres (Neira 1964: 24).

Para Neira, el sindicalismo campesino era «una mutación», no explicable por la teoría favorita de los terratenientes y de los políticos que desde Lima pedían reprimir al movimiento campesino, sino por la presencia de agitadores. Varios jóvenes partidos de izquierda activaban en el seno del campesinado, pero estaban ausentes los partidos institucionales con presencia en el Parlamento, el Apra, la Unión Nacional Odriísta, Acción Popular, la Democracia Cristiana. Los analfabetos no tenían derecho a voto, lo cual excluía al grueso del campesinado serrano, mayoritariamente hablante del quechua y otros idiomas originarios, de la ciudadanía:

> [...] ningún partido tiene aún el monopolio de esta sed de realidades. Los dirigentes se originan en diversos grupos. Parece que pesaran más los del FIR, el MIR, gentes trotskistas. Pero hay también líderes campesinos de mucha envergadura, ligados al PCP. Incluso, es fácil indicar zonas y valles de influencia tanto de unas y de otras tendencias. Pero las masas no escuchan ninguna desnuda propaganda partidaria. Esto es imposible por dos razones: la tensión interna entre los diversos sectores en pugna por el prestigio lo impide. Es una "entente" hasta ahora, cordial. Y segundo, a la masa campesina no le interesan divagaciones teóricas. Quiere hechos, y sólo escucha a quienes les hablan sobre hechos. Sobre sus problemas inmediatos (Neira 1964: 76-77).

Entre quienes se movilizaban predominaban los jóvenes y un factor que hacía la situación peligrosa para quienes querían reprimir las movilizaciones era

que los sindicalistas agrarios del sur del Perú eran, en su mayoría, licenciados del Ejército:

> "Aquí todos sabemos manejar armas, ametralladoras, de todo", me dijo un dirigente en Sicuani. Este es el resultado de un adiestramiento cuya leva es implacable con los campesinos, siendo condescendiente con los hijos de la clase media y casi impotente para llevar a los cuarteles a los adolescentes de la clase alta [...] son hombres de origen campesino e indio los que llenan los cuarteles. Y a estos soldados campesinos, de regreso de la conscripción, organizados en sindicatos, es a los que he visto desfilar en todo el Sur (Neira 1964: 78).

A pesar de estar perseguido, Hugo Blanco pudo seguir actuando, aunque en forma restringida, gracias al apoyo del campesinado. La «incipiente lucha armada» que había empezado a impulsar fue aplastada, según la evaluación de Blanco, debido a «la ausencia casi absoluta de un aparato político apropiado a escala nacional, y aun local, y la limitación geográfica del movimiento». Blanco fue capturado el 29 de mayo de 1963, dos meses antes de que Belaunde asumiera el poder (Blanco 1974: 5-8).

Los parlamentarios de la coalición apro-odriísta demandaron mano dura y lograron derribar al ministro Trelles, un político conservador al que Luis Alberto Sánchez define como «miembro de una conocida familia de gamonales de Apurímac» (LAS 1987: vol. 4, 211). Para Sánchez, el Ejecutivo era «tolerante con las invasiones y ocupaciones mencionadas», mientras que el Legislativo estaba «empeñado en eliminarlas» (LAS 1987: vol. 4, 212).

En lugar de Trelles subió otro acciopopulista al gabinete, Juan Languasco, quien empezó a implementar la represión que el Apra y la Unión Nacional Odriísta reclamaban. Algunos gamonales recurrieron a la violencia para tratar de volver a la situación anterior. En un enfrentamiento en Sicuani diecisiete campesinos resultaron muertos. Una comisión enviada por el Parlamento a investigar, formada por los senadores Juan Cravero (AP-DC) y Antonio Oliart (Apra), denunció que los gamonales habían disparado contra los campesinos de Sicuani, «a espaldas de la ley». Cravero denunció que las diecisiete muertes fueron provocadas por gamonales «que actuaron como franco-tiradores durante los sucesos». Para el parlamentario el origen de los disparos estaba claro: «ningún policía resultó herido con balas dum-dum o calibre 22, como sí lo fueron los comuneros» (Neira 1964: 54). La respuesta del ministro de gobierno, Juan Languasco, es expresiva de sus convicciones democráticas y muestra que la coalición había encontrado al ministro que necesitaba. Languasco afirmó que «la Constitución al no permitir la persecución de las ideas daba lugar a la proliferación de los extremistas. Es lamentable que eso suceda» (Neira 1964: 56). La respuesta

de las cámaras parlamentarias a su informe fue incrementar el presupuesto de los pliegos de Gobierno y Policía y de la Presidencia de la República, para poder extender la represión.

Hugo Neira consideraba que para lograr la pacificación debía darse un decreto de reforma agraria en el Cusco, como el dado por la junta militar para el valle de La Convención. Esa era la enseñanza que había dejado el proceso de los valles más radicales de la región. «Lo que fuera valle convulsionado por la prédica y el ejemplo de Hugo Blanco, es hoy región tranquila. Hay una hacienda parcelada, un plan de asistencia (social) técnica proporcionado por el IRAC y un relativo progreso en la zona» (Neira 1964: 72). La represión contra los dirigentes —se ocupó policialmente el local de la Federación Departamental de Campesinos del Cusco y se detuvo a los principales dirigentes— no había logrado detener la radicalidad campesina y amenazaba con agravar la situación: «Todo el mundo lo dice en el Cusco, las masas superan a sus dirigentes».

La experiencia de La Convención y Lares, en cambio, mostraba una vía prometedora para la pacificación. La reforma agraria militar había abolido las «obligaciones» tradicionales y de inmediato se habían producido mejoras sustantivas en el campo. Los antiguos arrendires, convertidos en usufructuarios, se volcaron a mejorar sus tierras. Aparecieron escuelas y postas sanitarias por iniciativa de los sindicatos. Grandes hacendados como Romainville y Oblitas abandonaron el valle para no volver. Los otros propietarios se vieron obligados a elevar los salarios para no perder sus cosechas. Aun así no conseguían braceros y se veían obligados a traerlos de fuera (Neira 1964: 25).

Por lo general la radicalidad de las masas indígenas iba por delante de lo que sus dirigentes proponían. Pero, a medida que la combinación de las huelgas de los colonos y las invasiones lograban para el campesinado la recuperación de las tierras que reivindicaban, el aliciente fundamental de la movilización se diluía. Aunque los dirigentes trataran de mantener el espíritu combativo de sus bases, estas tenían ya problemas diferentes a aquellos que los movilizaron contra las haciendas. El cambio del tono político está vívidamente expresado en el enfrentamiento entre los funcionarios del Instituto de Reforma Agraria y Colonización (IRAC) —creado por Pedro Beltrán y potenciado por los militares reformistas— y la Federación Departamental de Campesinos del Cusco y los sindicatos campesinos, que para mantener su influencia, terminaban planteando medidas que a sus afiliados les costaba acatar, como por ejemplo, ordenarles que devolvieran los títulos que les había otorgado la reforma agraria, o rechazar la ayuda técnica y los créditos rurales que estos les prometían.

El panorama que Neira encontró en diciembre de 1963 y los primeros meses de 1964 difiere del que Hugo Blanco —que llevaba ya un semestre preso cuando

Neira llegó a la región— describe cuando dice que su trabajo de organización sindical culminó en el despliegue de una revolución armada que, a diferencia de la aventura revolucionaria del MIR y del ELN, desplegaba una violencia de masas.

Blanco, al sistematizar su experiencia, concluía que la guerrilla puede ser un instrumento táctico pero de ninguna manera una estrategia. Afirmaba que hacia el final de su revuelta emprendió una lucha guerrillera en La Convención con el apoyo del campesinado. Él mismo califica la experiencia como incipiente: tres pequeñas acciones, la última de las cuales terminó en la dispersión definitiva del grupo, el aislamiento de Blanco por meses y su captura final cuando se encontraba en una situación absolutamente precaria. Blanco atribuye el fracaso a la ausencia de un partido que pudiera articular el conjunto de las acciones. Con relación al «apoyo cubano», escribe: «Parece que los compañeros se esforzaron en hacernos llegar ayuda humana y material, nada nos llegó; pero aunque hubiese llegado, eso no habría salvado a la guerrilla, la debilidad fundamental era política: falta de partido; y esto es algo interno, inimportable» (Blanco 1974: 75). La narración que hace Hugo Blanco de las condiciones en que fue capturado describe muy honestamente las limitaciones de la experiencia:

> En enero [de 1963] las fuerzas represivas sorprendieron a nuestra guerrilla, atacándonos con el derroche de municiones que les caracteriza; afortunadamente era tan mala su puntería que no alcanzaron a herir a ninguno de nosotros, pero sí nos dispersaron. Después de ese ataque no me fue posible reunirme con ninguno de mis compañeros. Con las mayores precauciones posibles llegué a la choza de un campesino desconocido para mí; a él y su compañera no les fue difícil reconocerme y, comprendiendo la gravedad de la situación, pasando por unos pocos contactos de base, sin comunicar a ningún dirigente (que eran los más hostilizados y vigilados), me hicieron llegar donde un campesino que vivía en un lugar aislado. Cerca de la choza de él, que de cuando en cuando me dejaba algún alimento, me mantuve durante cierto tiempo, alternando los alimentos con las hierbas y el ayuno del monte. Por azar topé con un muchacho, Mario Huamán, quien demostró gran solidaridad. No existiendo un partido en la zona, era peligroso entrar en contacto con los asediados activistas. Mario se ofreció a viajar al Cusco, donde logró ponerse en contacto con los camaradas que estaban reorganizando el FIR. Por desgracia, la falta de experiencia de dichos compañeros en trabajos que requieren gran reserva hizo que un infiltrado policial llegara a conocer al contacto M. Huamán. A la policía no le costó mucho capturar y torturar a éste para que dijese dónde me encontraba. Él, que no era militante y que pensaba con toda razón que si no hablaba las torturas continuarían hasta matarlo, dio el dato que sirvió a la policía para mi captura. Con dicho dato y

> llevándolo como guía bajo amenaza de muerte, la policía rodeó el lugar con gran despliegue de efectivos que hacía imposible cualquier resistencia aunque no hubiese estado solo y mal armado como estaba (un revólver oxidado con 6 balas inseguras y un puñal). Me escondí, pero por la cantidad de perseguidores no les fue difícil hallarme; apenas tuve tiempo para hacer desaparecer papeles comprometedores para otros compañeros (Blanco 1974: 97-98).

Blanco permaneció aislado y sin apoyo orgánico cerca de cinco meses, entre enero y el 29 de mayo, hasta que se produjo su captura. Aunque los efectivos de la Guardia Civil tenían orden de asesinarlo, los miembros de la Policía de Investigaciones (PIP) tenían la orden de capturarlo vivo. Lo prendieron primero los de la PIP y eso salvó su vida: «menos suerte que Béjar y yo tuvieron los compañeros de la Puente, Vallejos, Heraud y tantos otros a quienes se les mató a sangre fría después de que fueron capturados, igual que el Che» (Blanco 1974: 98).

Los campesinos tenían una gran devoción por Blanco y este contó con su apoyo mientras estuvo perseguido. Todos estaban dispuestos a jugarse por su líder: «en cada casa campesina hay una cama vacía. Es la que velaba y aún espera, el paso del líder, cuando recorría la región con fines organizativos o cuando la atravesaba de noche, en medio de estrellas y fogatas, huyendo de la persecución» (Neira 1964: 107). Si en estas condiciones cayó de la forma en que lo hizo hay que atribuirlo a la debilidad de su aparato organizativo, que le impidió refugiarse en la zona donde tenía más respaldo social.

Había distancia entre esta actitud de gratitud del campesinado y su deseo de embarcarse en una guerra revolucionaria. Lo cierto es que después de que la Junta Militar de Gobierno decretara una reforma agraria para los valles de La Convención y Lares, fue cada vez más difícil mantener movilizado al campesinado, a medida que este iba conquistando la tierra. Este es un problema universal que han afrontado los movimientos revolucionarios de base campesina. Como lo expresó Lenin[5], las reivindicaciones del campesinado no son socialistas sino burguesas: no buscan la socialización de los medios de producción expropiados sino su apropiación privada: la entrega en propiedad individual de la tierra a los campesinos y el saneamiento de los títulos que amparan esa propiedad. En la medida en que las invasiones conquistaban estos logros, ellos mismos se convertían en la causa fundamental de la desmovilización del campesinado. De allí que el éxito de las movilizaciones sentara las bases de la desmovilización consiguiente.

Los dirigentes tenían que rendirse a la evidencia de que el campesinado no estaba dispuesto a emprender una guerra contra el Estado para construir una sociedad socialista, sino tenía objetivos mucho más concretos. Hugo Neira

---

[5] «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática» (Lenin 1969: 45-147).

entrevistó a dirigentes de Chaupimayo, la base más combativa de la región, donde Hugo Blanco trabajó como allegado y donde él era una leyenda. A la pregunta que hizo a Lazarte sobre su opinión sobre el gobierno de Belaunde, este respondió que creía que era un gobierno democrático, bien intencionado: «pero no lo dejan hacer nada. En el Parlamento están los Apras-Unos». A la pregunta de si lo apoyarían si hubiera un golpe militar dudó un momento, pero finalmente contestó: «creo que sí. Lo apoyaríamos. No podríamos dejar que el país retrocediese». Poco después Lazarte fue enviado a la prisión de El Sepa. «El Gobierno [anotó Neira] persigue a las fuerzas, a las únicas, que podrían defenderlo contra los grupos de presión que derrotaron a Quadros y a Frondizi» (Neira 1964: 97).

Neira encontró un ánimo semejante en Candela, un cuadro obrero procedente de Lima que había viajado al Cusco a respaldar el trabajo partidario. Ante la pregunta de si apoyarían una ley de reforma agraria dictada por Belaunde, ponía como condición innegociable la entrega gratuita de la tierra al campesinado. «Por eso, tenemos sindicatos. No para hacer guerrillas. No tenemos armas, pero vaya a ver una de nuestras asambleas». Aclaraba que en Chaupimayo no hubo guerrillas. «A Hugo lo persiguieron. Pero ahí se le enseñó al campesino lo lejos que podía ir con el sindicalismo» (Neira 1964: 100).

Candela declaraba la intención de los sindicalistas de La Convención de apoyar a Belaunde si daba una ley de reforma agraria: «Incluso, si no fuera lo popular que deseamos. Claro si el Gobierno da una ley de amnistía, los sindicatos colaborarían». Se autocriticaba, además, por haber realizado una huelga de hambre «que le dio problemas al Gobierno, lanzando al paro a los sindicatos, lo que trajo la violencia en el campo y la intervención policial y la caída del Ministro Trelles». Señalaba que la habían suspendido dándole al gobierno un plazo de sesenta días.

Pedro Gibaja se pregunta por qué una movilización campesina tan vasta no desencadenó una revolución agraria. Él propone cinco razones: 1) La heterogeneidad y no articulación de las diversas movilizaciones rurales entre sí; 2) el relativo aislamiento del movimiento campesino con respecto a otros sectores sociales populares, en especial, el movimiento obrero; 3) la ausencia de una fuerza política capaz de orientar la movilización rural en una dirección revolucionaria y que articulara los diversos movimientos campesinos entre sí y con otros sectores populares; 4) la represión del movimiento campesino, que afectó tanto a las movilizaciones de comuneros, colonos y yanaconas como, inclusive, a los movimientos del proletariado azucarero —que debido a su conducción aprista, tenía una orientación más reformista y conciliadora—; 5) la represión fue considerablemente reducida en relación a la magnitud que alcanzó el movimiento campesino en esos años (Gibaja 1983: 26-29).

> Así, el Estado —incluyendo a la policía— tiene, en varios casos, una actitud relativamente tolerante con respecto a las ocupaciones de tierras. A diferencia de momentos históricos anteriores, en que la movilización rural y la mayor parte de las conquistas campesinas logradas mediante ellas fueron ahogadas por la represión y la completa intransigencia de las clases dominantes y el Estado, en la etapa 1956-1964 no sólo es menor la represión sino que los campesinos obtienen la consolidación de algunas de sus demandas más importantes. Frente al movimiento campesino, las clases dominantes recurren en estos años no sólo a la represión sino también a las concesiones (Gibaja 1983: 29).

Hacia el año 1964 el gran movimiento campesino terminaba. Cuando el MIR y el ELN iniciaron sus acciones guerrilleras, un año después, no encontrarían un campo incendiado por los movimientos campesinos sino un proceso de repliegue general que los dejó aislados y expuestos. Eso no significaba que los problemas estuvieran resueltos. El mismo año, 1965, la revista *Caretas* publicó varias fotos de un gamonal cajamarquino que se hacía cargar por «sus indios» en andas. Se trataba de Gilberto Acuña Villacorta, propietario de la hacienda Santa Clara —de cuarenta mil hectáreas—, que fue fotografiado cuando era transportado a su hacienda «a lomo de indio» desde la ciudad de Bambamarca. Acuña tenía contactos en el poder central: era cuñado del general Emilio Pereyra, que fue ministro de Hacienda de Odría, y primo del «chato» Villacorta, ministro de Gobierno del mismo régimen (*Caretas* 1965c).

Para cuando se desplegó la movilización campesina los terratenientes habían perdido poder dentro del bloque dominante. Eso facilitó que los nuevos sectores hegemónicos —la burguesía industrial y financiera, los sectores medios, etcétera— los dejaran solos. La persistencia de la agitación en el campo podía llevar a cuestionar la propiedad privada y el sistema político establecido y eso era muy peligroso cuando las invasiones en las ciudades estaban poniendo en crisis los valores tradicionales —por encima de todos, el carácter sacrosanto de la propiedad privada— sobre los cuales se asentaba el orden social vigente. Era necesario realizar concesiones aunque estas afectaran los intereses de los terratenientes serranos:

> [...] puede afirmarse que el movimiento campesino en gran medida triunfó [...] Este es un factor crucial que influye para que la sublevación campesina no derivara en una revolución agraria [...] ante el logro de varios de sus objetivos básicos, desarticulados gremial y políticamente, relativamente aislados de otros sectores populares y sin armas ni organización militar, los campesinos no estaban dispuestos a proseguir su lucha transformándola en un enfrentamiento revolucionario frontal con las fuerzas represivas y los sectores dominantes. De esta forma, se frustra la posibilidad de que los generalizados

> e intensos movimientos campesinos de los años sesenta derivaran en una revolución agraria (Gibaja 1983: 30-31).

A pesar de la frustración que representó la reforma agraria de Belaunde, las movilizaciones de fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta hirieron de muerte al latifundio. José María Caballero, haciendo un balance de conjunto de su significación para la sociedad oligárquica, señala que estas mostraron la debilidad de clase de los gamonales serranos «que sólo fueron apoyados con vacilación y reservas por los demás sectores dominantes». Impulsaron, además, la ruptura del viejo orden cerrado y excluyente, «el atisbo de nuevas formas de vida y oportunidades y la diferenciación campesina jugaron un importante papel». En tercer lugar, demostraron «la imposibilidad de un desarrollo capitalista "incluyente", que ofreciese una opción de reubicación social —como pequeños y medianos capitalistas, *farmers* modernos u obreros asalariados estables— si no a la totalidad por lo menos a una fuerte proporción de los campesinos andinos». En cuarto lugar, «la potencialidad del campesinado para desarrollar nuevos patrones ideológicos —expresados por ejemplo en las reivindicaciones de igualdad ciudadana, educación, servicios públicos y salario contra trabajo— y nuevas formas organizativas —sindicales y políticas». Y, en quinto lugar, «su incapacidad, no obstante, para producir una transformación revolucionaria del orden existente», imponiendo una ruptura democrática (Caballero 1981: 392).

La incapacidad del régimen de Fernando Belaunde para dar una salida a las demandas campesinas que fuera más allá de la mera represión preparó las condiciones para que los militares concluyeran que los civiles no harían las reformas sociales que eran necesarias para desactivar la bomba de tiempo en que se había convertido el campo. El régimen militar de Velasco Alvarado finalmente cortaría el nudo gordiano de la reforma agraria.

EL APRA Y EL MOVIMIENTO OBRERO

El sindicalismo durante la convivencia

El Apra en sus primeros tiempos impulsó una línea sindical de confrontación con la patronal. Sin embargo, eso cambió a medida que el partido fue virando hacia el acomodo con el poder oligárquico. Progresivamente, fue produciéndose un viraje en el sindicalismo aprista hacia posiciones de conciliación con los empresarios, que culminó en la creación de la Confederación Interamericana del Trabajo, alineada con los Estados Unidos, con la cooperación de grupos sindicales de otros países. Esta organización se creó en una conferencia realizada en Lima, del 10 al 13 de enero de 1948, cuando el Apra formaba parte del gobierno de Bustamante y Rivero. Los apristas participaron activamente en el trabajo de la conferencia y dos de sus dirigentes más importantes fueron elegidos para cargos ejecutivos: Arturo Sabroso Montoya, vicepresidente, y Arturo Jáuregui Hurtado, secretario-tesorero. Estos estaban lejos de la línea clasista radical que caracterizó a los grandes dirigentes obreros apristas, como Luis Negreiros Vega, asesinado en 1950, por los esbirros de Odría.

La conferencia, que fundó la Confederación Interamericana del Trabajo, tuvo delegados de sindicatos y organizaciones gremiales de Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Guayana Holandesa, Ecuador, Salvador, México, Perú, Puerto Rico, EE.UU. (la AFL) y Venezuela. Su propósito era crear una organización interamericana para ayudar a los sindicatos de varios países dentro de la línea del «sindicalismo libre», promovida por las principales centrales sindicales norteamericanas. La mayoría de las organizaciones obreras representadas en la conferencia habían sido con anterioridad miembros de la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL), dirigida

por Vicente Lombardo Toledano. La Confederación Interamericana de Trabajo afirmó que la CTAL y Lombardo Toledano estaban dominados por el gobierno soviético y que deberían encontrar «la oposición de todos los obreros» (Kantor 1964: 161). Poco después, la confederación se transformó en la ORIT, «que agrupó a los trabajadores democráticos de todo el Continente»[1].

El sindicalismo aprista estuvo teñido de un anticomunismo visceral desde sus inicios. Este, en el nuevo contexto provocado por el viraje pro oligárquico del partido, llevó a un alineamiento virtualmente incondicional con el sindicalismo norteamericano, particularmente con la AFL-CIO, en cuyas escuelas sindicales se formaron buena parte de los activistas apristas que actuaban en el seno del movimiento obrero. Esta línea estaba inspirada por la posición del propio Haya de la Torre, quien, a partir de su ruptura con la Unión Soviética, a fines de los años treinta, leía la agitación obrera apenas como un simple episodio del enfrentamiento a muerte entre las grandes potencias. En su razonamiento, tras la acción de las vanguardias sindicales no había demandas laborales por conquistar sino un maquiavélico aparato de sabotaje contra el mundo libre, en beneficio de los comunistas:

> [...] el comunismo propugna la agitación permanente entre los obreros de las industrias extractivas para entorpecer la producción y favorecer el progreso de las industrias similares en Rusia. El azúcar, el algodón, el petróleo, etc., latinoamericanos compiten en los mercados mundiales con los de Rusia. Contribuir a su no producción, en países corno el nuestro, es favorecer la producción rusa. Por más que sepamos que, todas esas industrias en el país pertenezcan casi totalmente a manos extranjeras y dejan muy poco al Perú, debemos tener en cuenta que el resultado inmediato del plan comunista sería la miseria de nuestra población laborante, sin expectativas inmediatas de mejoramiento, por no estar preparadas para controlar la producción y gobernar el Estado por sí mismas, como lo hemos demostrado (Haya de la Torre, citado en Kantor 1964: 162)[2].

Julio Cruzado, durante muchos años secretario general de la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP) y máximo representante de la burocracia sindical aprista, explicó ante la tumba de Manuel Prado, en 1966, las relaciones que los sindicalistas apristas establecieron desde inicios de los cuarenta con Prado, así como la concepción de la que partía el sindicalismo aprista:

---

[1] Véase: <http://www.pueblocontinente.com/negreiros.htm>.

[2] Originalmente publicado por Haya de la Torre en: *Impresiones de la Inglaterra imperialista, y de la Rusia soviética* (1932b: 123-128).

> Poco después de iniciado su Primer Gobierno estalla la segunda guerra mundial y desde el primer instante, [Prado] con permeabilidad inigualable, avizora los peligros que se ciernen sobre la clase trabajadora y es así que se crea el organismo que va a precaver las despedidas en masa, estableciéndose por primera vez en el Perú la conciliación entre empleadores y trabajadores que permitió en todo momento despertar la sensibilidad de los empresarios, y es a través de ese organismo estatal que se van formando los sindicatos en los centros de trabajo, que orientan el espíritu de conciliación y el diálogo entre las partes en reemplazo de la lucha de clases, a fin de lograr la integración de los dos elementos constitutivos de la producción y el desarrollo económico y social. Esta es la razón y el origen del nacimiento de nuestra CTP y el que en ese período se celebraran millares de contratos colectivos de trabajo que iban a ser fuente de nuestra legislación laboral (Ortiz de Zevallos 1976: 120-121).

Ricardo Tello, un consecuente militante obrero aprista, recordaba a Justo Enrique Debarbieri, jefe del Buró Nacional de Sindicatos hacia el año 1935 y secretario nacional de Organización del PAP en 1940, afirmando que los sindicatos eran el resultado «del antagonismo existente en las condiciones económicas de la sociedad capitalista», cuando «la explotación del hombre por el hombre se agudiza y se hace intolerable».

> Pero después cambian. Haya, en 1957, propugnaba una línea sindical "responsable" ya que era necesario la presencia del capital extranjero. Censuraba cuando los obreros pedían más salario o hacían huelgas. [...] Armando Arévalo, secretario general de la Federación de Trabajadores en Petróleo, senador aprista por Piura en 1960 decía: "La nacionalización no es posible por razones técnicas y fundamentalmente económicas. Hacer esto sería desviar nuestro potencial económico en una aventura petrolera" (Cristóbal 1985: 154-155).

Luego del golpe militar, que llevó a Odría al poder, la relación entre la dictadura y los sindicalistas apristas pasó por distintos momentos. Inicialmente, Odría impulsó una brutal represión contra el movimiento sindical, poniendo en prisión a algunos de los más importantes líderes obreros del Apra. Debido a la detención de Arturo Sabroso, líder de la CTP, asumió la conducción del movimiento desde la clandestinidad Luis Negreiros Vega, un líder obrero de destacada trayectoria sindical.

A inicios de 1950, Odría estaba embarcado en el intento de legalizar su gobierno a través de la convocatoria a elecciones «democráticas»[3] y trataba de desarticular cualquier núcleo de oposición. La noche del 23 de marzo de 1950

[3] Las ganó por una abrumadora mayoría, después de poner en prisión el general Ernesto Montagne, el único competidor que tenía en las elecciones.

Luis Negreiros cayó en una emboscada tendida por agentes del odriísmo: «Acribillado a balazos por una banda de mercenarios, no le dieron tiempo a defender su vida como lo había hecho en otras ocasiones»[4]. Su muerte tuvo una gran repercusión internacional, dando lugar a la condena del gobierno por la Confederación de Trabajadores de Chile, la Confederación de Trabajadores de México, la Federación Americana de Trabajo y la Confederación Interamericana de Trabajadores (Sabroso s/f). La revista *Time* de Nueva York proporciona alguna información adicional:

> Dos días después de la muerte de Negreiros, la organización del APRA, distribuyó hojas mimeografiadas que relataban la propia versión de la historia. Negreiros, dijeron, fue conducido a la muerte por un traidor. Según los apristas, en cuanto el hombre identificó a Negreiros, la policía que estaba emboscada, avanzó con sus ametralladoras, disparándole y derribándole con 28 tiros en el cuerpo.
>
> Sean como fueren los hechos, muchos Peruanos, seguramente, considerarán a Negreiros como a un mártir de su fe política. Faltando sólo tres meses para las elecciones nacionales, Odría podrá alardear que al fin decapitó al aprismo. Pero, parece que su fantasma lo perseguirá por los años venideros (Sabroso s/f).

Una vez consolidado en el poder, y disfrutando de una coyuntura de expansión económica gracias a la guerra de Corea y la reconstrucción europea que le daba el margen para desarrollar una política populista, Odría siguió una política de apaciguamiento frente a los gremios de trabajadores. Arturo Sabroso, detenido por Odría y luego liberado, propició en la CTP y en la ORIT una política contemporizadora. Sabroso bloqueaba toda iniciativa que pudiera terminar en una condena de la ORIT contra el régimen de Odría, y más bien estaba por transar con él través de la ORIT, AFL y la embajada norteamericana en el Perú, «ofreciendo a la CTP como un organismo de paz y colaboración dentro del orden legal» (Moya 1978). Aunque estos planteamientos encontraron la oposición de otros dirigentes sindicales, contaban con el apoyo de la dirección del partido. Con la intermediación de la ORIT, Odría hizo algunas concesiones a partir de 1954, permitiendo el «funcionamiento de sindicatos apristas y el libre tránsito de algunos dirigentes» (Valderrama 1980: 63).

Durante la convivencia la línea pro norteamericana en el movimiento obrero aprista se acentuó. Como recordaría Ricardo Tello,

> En 1961 Arturo Sabroso, secretario general de la CTP, manifestaba: "No habrá paz social, ni éxito de productividad, si no se garantiza un tope a la

[4] Véase: <http://www.pueblocontinente.com/negreiros.htm>.

> "libertad de explotación". En 1964, el mismo Arévalo decía: "Si nacionalizan la IPC haremos paro". Esto en realidad es obra de Haya que los líderes repetían como loros sin saber el daño que hacían al país, a la marcha de la revolución peruana. El colmo de las cosas es el siguiente Informe de la CTP, que, en una sesión aceptó la idea de que "lo que es bueno para el movimiento sindical norteamericano debe ser bueno para el Perú". Esto lo decían respecto a la Federación Norteamericana de Trabajo, Congreso de Organizaciones Industriales AFL-CIO. Y todos sabemos que dicha Federación yanqui lo que pretendía, entre otras cosas, era rechazar el "anticuado concepto de la lucha de clases en favor de relaciones constructivas entre el movimiento obrero y la patronal y una sociedad democrática y pluriclasista". Esto es lo que el Apra enseñó a partir de los años 45. ¡Cómo será que yo una vez vi una reunión de la CTP con banderas del Perú y Estados Unidos! (Cristóbal 1985: 154-155).

En un discurso pronunciado el 31 de diciembre de 1958, Ramiro Prialé llamaba a formar juntas de conciliación entre el capital y el trabajo para asegurar el «pacífico y armonioso desarrollo económico», yendo en perspectiva a la creación del Congreso Económico Nacional que propugnaba Haya de la Torre (Prialé 1960: 92-93).

En la IV Convención Nacional del Apra de octubre de 1958 un grupo de apristas descontentos, encabezados por Luis de la Puente Uceda, intentaron presentar una moción, que contenía duras críticas a la dirección partidaria y su línea sindical. Aunque se impidió la presentación del documento, este fue publicado al día siguiente por *El Comercio*. Los disidentes tocaban algunos problemas medulares de la política sindical del Apra durante la convivencia:

> Por grandes que sean los compromisos con el régimen y la vehemencia con la que nuestros dirigentes hayan tomado la defensa de la convivencia, no es posible que se dejen de lado nuestros principios doctrinarios rectores; consideramos que antes que nada es exigible la consecuencia ideológica.
>
> El afán de los trabajadores mineros de Toquepala para organizarse en un Sindicato dio lugar a una masacre por las fuerzas policiales; estos crímenes, como tantos que se han cometido durante la vigencia del presente régimen, quedaron impunes. Nuestro Partido hizo también en este caso el doble juego, la protesta lírica y la acción divisionista y de apaciguamiento. Como en otros casos se habló de agitadores y se dejó gozar de la impunidad a los verdaderos responsables. Habría que pensar que en este caso el compromiso era doble; con el Gobierno y con la gran empresa imperialista que se prepara para una explotación desorbitada de nuestra riqueza cuprífera (Cordero s/f: 90-91).

La prensa aprista, lejos de defender los intereses de los trabajadores, tomaba partido por sus enemigos de clase:

> El diario La Tribuna, que es el órgano oficial del Partido, sigue una línea vergonzante de forzar a los trabajadores, cuando se trata de empresas imperialistas u oligárquicas. Allí están los casos de Toquepala, de la Cerro de Paseo Copper Corporation, de la International Petroleum Company, Casa Grande, Chepén, Chin-Chín, etc., etc. Hay que hacer la honrosa excepción de la columna sindical del c. Luis López Aliaga, quien constituye botón de nuestra del aprismo verdadero en el diario *La Tribuna* (Cordero s/f: 91).

En varios de los lugares indicados se habían producido masacres de trabajadores, frente a las cuales el Apra había guardado una actitud cómplice:

> En aras de la convivencia, es decir, en buen romance en defensa de la oligarquía, se han permitido las masacres de Chepén, de Casagrande, de Chin-Chin, de Toquepala, Yanacoto, los atropellos en la Pampa de los Castillos, la desnaturalización de la función social de la Irrigación del Quiroz, incondicionalidad y desvergüenza de los funcionarios de Asuntos Indígenas, la postergación de las soluciones agrarias, en fin, un conjunto de problemas en los que el CEN ha actuado en forma tal que ha dado lugar a que se acuse a nuestro Partido de inconsecuencia timidez y claudicación (Cordero s/f: 92-93).

En casos como los de Chepén y Casagrande el aprismo notoriamente había tratado de dar satisfacciones al gobierno, «sacrificando a sus propios miembros y dejando a los trabajadores en real desamparo pese a la lírica condena» (Cordero s/f: 97).

La claudicación del Apra, advertían, venía provocando una irreversible pérdida de ascendiente entre los trabajadores, aparte de que se debilitaba al movimiento laboral: «Por colaboracionismo con el régimen hemos dividido al movimiento obrero y empleocrático, hemos conducido a nuestros dirigentes al desprestigio y a muchos a la caída, y estamos matando paulatinamente la fe del pueblo aprista y no aprista, en nuestra condición de Partido anti-oligárquico y revolucionario» (Cordero s/f: 93). Tras de estas desviaciones los autores de la moción veían la expresión

> [...] de lo que parece ser táctica de determinados dirigentes para gozar de los beneficios que reporta el imperialismo o sus órganos sindicales o de publicidad. Es el caso de la ORIT y sus vinculaciones con determinados y conocidos dirigentes del Partido, que está dando lugar a la quiebra de los valores morales, antimperialistas y antioligárquicos de nuestros dirigentes sindicales, salvo honrosas excepciones. A base de subvenciones para el funcionamiento

> de presuntas escuetas sindicales, y de bolsas de viaje para los incondicionales, se está pervirtiendo y matando la actitud revolucionaria de los dirigentes sindicales beneficiarios de estas granjerías (Cordero s/f: 91-92).

Carlos Malpica, en su famoso estudio *Los dueños del Perú*[5], dedicó una sección al análisis de las formas de «ayuda exterior» que las organizaciones norteamericanas brindaban a los partidos políticos pro imperialistas a través de los sindicatos. Se usaba frecuentemente las subvenciones:

> Con el pretexto del funcionamiento de la Escuela Sindical Autónoma, la O.R.I.T. cuyo Secretario General es el aprista Arturo Jáuregui, o el Congreso de Organizaciones Industriales (C.I.O.), o cualquier otro organismo laboral, aportan millares de dólares que cumplirán un doble fin: adoctrinar a los dirigentes obreros en el sentido que le interesa al amo y mantener un grupo de burócratas bien pagados dedicados por entero a las labores partidarias. Durante varios años fue director de la referida escuela el ex-diputado Ricardo Temoche (Malpica 1976: 65).

Era habitual también sobornar a los dirigentes principales, no necesariamente de una manera directa, sino recurriendo a medios más sutiles: «los viajes al exterior para asistir a congresos internacionales o para "perfeccionarse" en el Instituto Norteamericano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre u observar el movimiento sindical de los países más desarrollados; los sueldos como profesores y conferencistas, etc.» (Malpica 1976: 65-66). También se recurría a subvenciones secretas de la CIA, a través de la AFL-CIO, de acuerdo a la denuncia de Víctor Reuther, el director de Relaciones de la United Auto Workers[6].

Los resultados de esta política estaban a la vista: los sindicatos petroleros y la Confederación de Trabajadores del Perú se pronunciaban en favor de la International Petroleum Company y se oponían a su nacionalización. El líder de los trabajadores de la caña, el ex senador Leonidas Cruzado, se oponía a la aplicación de la reforma agraria en los latifundios cañeros. Los obreros y empleados de la Cerro de Pasco Corporation rechazaban la expropiación de los latifundios de la División Ganadera de la Cerro, decretada por el Consejo Superior de Reforma Agraria. Por fortuna, había sindicatos que rechazaban esa línea entreguista, como los de la Southern Perú Copper Corporation, Marcona Mining Company, la Compañía Nacional de Teléfonos (ITT), construcción civil, los metalúrgicos y otros (Malpica 1976: 65-66).

---

[5] Publicado originalmente en 1964. Hasta 1984 tuvo trece ediciones y un tiraje de más de cien mil ejemplares. Un éxito solo superado por los *7 Ensayos* de José Carlos Mariátegui.

[6] *La Prensa*, Lima, 18 de febrero de 1967.

Para enfrentar a los sindicatos radicales se crearon organizaciones antisindicales, como la Manpower del Perú, subsidiaria de una empresa norteamericana de seguridad, «una de cuyas funciones era proporcionar personal a los patronos que se proponían quebrar las huelgas de sus obreros y empleados» (Malpica 1976: 70). Esto violaba convenios internacionales sobre regímenes laborales suscritos por el gobierno, pero su funcionamiento era tolerado y amparado.

Una demostración del aval de la dirección del Apra a esta política fue la incorporación de Luis Alberto Sánchez a la junta directiva de la AFL-CIO, en 1957: «la CIO (*no la CIA*) y la American Federation of Labor, me habían designado miembro del "Board of Trustees" del Instituto de Educación de los Trabajadores, con sede en la capital norteamericana. Tendría que viajar una vez al año para asistir a sus reuniones decisorias» (Sánchez 1987: 117; las cursivas son originales del autor). En adelante, los cuadros sindicales apristas fueron enviados a Estados Unidos para formarse en el «sindicalismo libre». No solo se modelaba los cuadros según los intereses norteamericanos, sino que la expectativa de poder viajar al extranjero para asistir a estos cursos se convirtió en un importante medio de comprar adhesiones entre los obreros.

El creciente desprestigio de la burocracia sindical aprista abrió el camino al crecimiento de la izquierda entre los trabajadores a lo largo de los años sesenta, de tal manera que para mediados de la década el monopolio aprista en los sindicatos estaba seriamente cuestionado. En 1968 se logró reconstituir la Confederación General del Trabajadores del Perú —fundada por Mariátegui en 1928 y desaparecida a inicios de la década del treinta, como consecuencia de la represión estatal—. La CGTP, bajo la hegemonía del Partido Comunista, se constituiría durante la década siguiente en la mayor central de trabajadores del país, mientras la CTP languidecía.

Para los sectores más lúcidos de la oligarquía, contar con el apoyo del Apra era muy importante, debido a que el respaldo popular del que gozaba el partido de Haya de la Torre le permitía actuar como un eficiente muro de contención frente al desarrollo de las corrientes políticas radicales que se venían gestando. Esta función se haría mucho más importante a partir del triunfo de la revolución cubana, el 1 de enero de 1959.

El Apra contra el movimiento sindical

Inicialmente, la convivencia implementó una apertura que incluyó una amnistía política amplia, la restitución de los derechos sindicales desconocidos durante la dictadura odriísta, e incluso una actitud favorable frente a reivindicaciones planteadas por los sindicatos controlados por el Apra. Pero la política populista-liberal

fue abandonada cuando se sintió el impacto de la recesión de 1957, con la consecuente caída de los precios de los productos de exportación y el creciente déficit fiscal. El gobierno de Prado se alineó entonces con las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y optó por recortar las concesiones populistas: «A comienzos de 1958 el Ministro de Hacienda, Pardo Heeren, lanzó un primer paquete económico que incluía entre otras medidas: la congelación del gasto público (es decir congelación de remuneraciones y plazas en la administración pública y reducción de las inversiones y obras públicas) y el aumento del impuesto a la gasolina. Poco después, en el curso del mismo año, el gobierno lanzó dos paquetes más» (Valderrama 1980: 83). La nueva política económica exigía «mano dura» para afrontar las reivindicaciones populares, lo que colocó al Apra entre la espada y la pared, enfrentándola crecientemente con sus propias bases sindicales y populares. El conflicto se agudizó cuando a mediados de 1959 Prado llamó a Pedro Beltrán para presidir el gabinete ministerial —lo que en buena cuenta era entregar a la oligarquía agro-exportadora la conducción del gobierno— para afrontar la crisis. Beltrán tuvo el completo respaldo del Apra en la implementación de su ajuste neoliberal. El Apra saludó el ingreso del mayor representante de los agro-exportadores al gobierno. El titular de la primera plana de *La Tribuna* (1959) es muy expresivo: «Con el nuevo gabinete ensancha sus bases la convivencia democrática».

Beltrán inauguró su gestión aumentando el precio de la gasolina en un 75%, eliminó los subsidios a la alimentación popular y los controles de los precios de los productos de primera necesidad, decretó una política de libre importación y eliminó los controles sobre el mercado de moneda extranjera. Eran medidas que beneficiaban a los sectores agro-exportadores e intermediarios y que golpeaban gravemente a la economía popular. Frente a la respuesta de los trabajadores, el gobierno recurrió a la represión, que golpeó incluso a las bases sindicales apristas. Aunque representantes del Apra cuestionaron tímidamente algunas medidas, los representantes apristas y filo apristas aprobaron el aumento de la gasolina y votaron en el Parlamento, en menos de dos meses, tres mociones de confianza a la gestión del nuevo Primer Ministro.

> El Partido Aprista persistió en su apoyo al régimen aduciendo que se trataba de un apoyo al sistema constitucional y a la democracia, antes que una adhesión a la figura de Beltrán. Sin embargo, más tarde el mismo jefe del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre declararía en Junio de 1962 a la Columbia Broadcasting System que la política económica del PAP tenía muchos comunes denominadores con la del vocero ultraconservador de Baquijano [Pedro Beltrán][7] .

[7] La referencia a Baquíjano alude a la calle donde quedaban los talleres del diario *La Prensa*.

Hubo tres problemas fundamentales que pusieron a prueba la incapacidad del Apra para afrontar los grandes cambios que la sociedad peruana demandaba: la cuestión del petróleo, el problema agrario y el recorte de los derechos democráticos del movimiento popular.

Cuando Haya de la Torre retornó al Perú en 1957 decidió ingresar al país por Talara, un territorio convertido en un enclave petrolero de la Standard Oil of New Jersey, que actuaba en el Perú a través de la International Petroleum Company (IPC), donde ondeaba la bandera norteamericana. La reivindicación de los pozos petroleros, que la IPC explotaba a través de un contrato que era cuestionado hasta por el conservador periódico *El Comercio*, se había convertido en una causa nacional que involucraba bastante más que la sola reivindicación económica. La actitud de Haya fue recogida por la revista *Time*:

> Haya propugnó una línea sindical responsable, la necesidad del capital extranjero, la política de economía libre en el Perú. ¿Censuró a los pedidos de mayores salarios, a las huelgas y a los comunistas? ¿Continuará la política de convivencia que obtuvo del conservador presidente Prado, la legalidad para el APRA? La respuesta de Haya fue rápida y afirmativa. Nuestro pueblo ha madurado políticamente y también lo hemos hecho nosotros, sus líderes. La democracia peruana debe tener la posibilidad de un poco de carne y de músculo. Señalando a una hilera de limpias casas de ladrillos en Talara añadió: En los viejos tiempos combatimos a la International Petroleum Company, pero ahora no podemos combatirla porque ella ha construido estas casas para Uds (Valderrama 1980: 85)[8].

Meses después la IPC compró el 50% de la empresa Lobitos e impuso una reducción del personal. La representación filo-aprista en el Parlamento no objetó esta medida, incumpliendo el ofrecimiento hecho a los trabajadores petroleros de apoyar sus reivindicaciones. El apoyo de los parlamentarios del Apra al alza del precio de la gasolina intentó ser encubierto por la revista *Presente* —uno de los voceros más importantes del Apra durante este periodo, cuyo comité directivo estaba presidido por Andrés Townsend Escurra—, alegando que las posiciones nacionalistas radicales «habían llevado a confusión a la representación filo-aprista, que habían terminado dando, sin quererlo un voto de confianza a Beltrán» (Valderrama 1980: 85). *Presente* publicaba sistemáticamente avisaje de la IPC atacando los planteamientos nacionalistas y publicaba sus publirreportajes, defendiendo los intereses de la empresa imperialista (Valderrama 1980: 86).

[8] Originalmente publicado en la revista *Time,* «Un líder responsable», 5 de agosto de 1957.

La huelga de los choferes en protesta por el alza de la gasolina no tuvo del respaldo de la CTP aprista. El Apra se movió eficientemente para dilatar la adopción de medidas contra la IPC, amparada en su consigna de «nacionalización lenta y progresiva».

A pesar de que Lima en 1961 era un paraíso si se comparaba con la sierra feudalizada, mostraba insultantes diferencias sociales que podían conmover a los observadores foráneos. El periodista inglés Paul Johnson, en una nota publicada en *New Statesman* de Londres, que tituló «El continente saqueado», se refiere al Perú en términos muy expresivos:

> En Lima, en el espléndido Hotel Bolívar (donde sobreviven la atención y la comodidad de la Colonia) me dieron mermelada inglesa en el desayuno, y pude pasearme por las instalaciones ampliamente surtidas de la tienda Sears Roebuck (Perú) Inc. Muy cerca se estaba levantando una pantalla de cinerama de 30 metros, que se dice será la más grande del mundo. Cruzando el río estaba la otra cara de la moneda: barriadas enfermas; y otra vez, fuera de la minúscula planicie costera, la miserable desolación de un paisaje lunar [...] Y, más adelante, denuncia: "Las ciudades mineras de los Andes son el ejemplo más horrible de degradación humana que conozco" (Aguirre Gamio 1962: 29-30)[9].

Las movilizaciones campesinas tampoco contaron con el respaldo del Apra. A pesar de que hasta 1959 el aprismo acompañó el proceso de organización sindical y comunal, particularmente en la sierra central, la radicalidad del movimiento campesino le hizo retroceder. Los trabajadores del campo fueron abandonados a su suerte hasta en los complejos azucareros del norte, el gran bastión sindical del aprismo, donde varias masacres dejaron un saldo de 6 muertos y 30 heridos en Casagrande en 1959, 5 muertos y 12 heridos en Paramonga en 1960, 6 muertos y un número indeterminado de heridos en Pomalca, en 1962 y otros más. La siguiente es una lista parcial de las masacres campesinas perpetradas durante el gobierno de la convivencia, que dejaron alrededor de un centenar de campesinos muertos y fueron avaladas por el Apra:

9 Originalmente publicado en la revista *Libertad*, «El continente saqueado», nº 13. Lima, julio de 1961.

Cuadro 7
Campesinos muertos por la represión 1956-1962

Año	Localidad	Cantidad
1956	Yanacoto	1
1957	Chin-Chin	5
1957	Toquepala	7
1958	Chepén	3
1958	Atacocha	1
1958	Cusco	1
1959	Casagrande	6
1959	Calipuy	1
1959	Chimbote	1
1960	Tingo María	4
1960	Pillao	4
1960	Rancas	3
1960	Abancay	4
1960	Chimbote	5
1960	Paramonga	5
1960	Huarpa	3
1960	Tacalpo	2
1961	Torreblanca	2
1961	Lima	2
1962	Pomalca	6
1962	Cerro de Pasco	22
1962	Ambo	8

Aguirre Gamio 1962: 232

A fines de los años cincuenta la sierra central fue convulsionada por la generalización de las luchas campesinas contra las grandes sociedades ganaderas de la región. La ocupación de la hacienda Paria por las comunidades colindantes, en 1959, inició una oleada de «recuperaciones» de las tierras usurpadas por la División Ganadera de la Cerro, el latifundio más importante de la sierra peruana, dependiente

de la empresa minera norteamericana Cerro de Pasco Corporation. El movimiento se extendió hacia otras zonas y fue repelido con violentos operativos policiales de desalojo que dejaron un saldo de decenas de heridos y muertos.

Las tomas de tierras contaron con la participación de dirigentes comunales apristas como Hipólito Mejía, secretario general de la Federación de Comunidades del Centro, y del legendario líder comunal Elías Tacunán. Sin embargo, la dirigencia del Partido Aprista optó por entablar negociaciones con la Cerro de Pasco Corporation y los terratenientes afectados. El 7 de diciembre se reunieron el secretario general del PAP, Ramiro Prialé, y el abogado de la Cerro de Pasco, Ernesto Alayza Grundy —que defendía los intereses de la Cerro al mismo tiempo que presidía la Comisión de Reforma Agraria creada por Beltrán y de la que el Apra formaba parte, a través de Antonio Saco Miró Quesada—. Prialé ofreció secundar los planes de acción propuestos por la Cerro. El representante de la Asociación de Ganaderos Lanares, a su vez, denunció inicialmente la participación de comuneros apristas en las tomas de tierras, pero luego se dio por satisfecho con las explicaciones que le dieron los representantes del Apra: «Si hemos tenido que responsabilizar al APRA se ha debido a que algunos de sus miembros han intervenido directamente en la agitación. Los señores Mujica y Brasevich me aseguran que no actuaron obedeciendo instrucciones del partido y yo les creo» (*La Tribuna* 1961).

Mientras tanto Ramiro Prialé —que durante la convivencia era visto como una especie de «superministro» del Apra, por el poder que tenía, a pesar de no ocupar ningún cargo público— sostenía, en diciembre de 1958, que el problema fundamental del país era de producción, reduciendo las banderas del Apra sobre el agro a propuestas técnicas para elevar la productividad, sin pronunciarse para nada sobre las movilizaciones campesinas que se estaban desplegando:

> [...] la Reforma Agraria significará, técnicamente orientada y conducida, habilitación de tierras, perfeccionamiento de trabajo agrícola; significará para los campesinos posibilidad de justicia, mediante el aprovechamiento de la tierra que ellos trabajan. Significará la superación de ese feudalismo retrógrado que mantiene al país en atraso. Transformación profunda que tenemos el deber de orientar, y conducir e impulsar (Prialé 1960: 112).

Esta posición era perfectamente compatible con la sostenida por los representantes de la oligarquía en la Comisión de Reforma Agraria y Vivienda. La comisión era más lúcida en relación a la necesidad de hacer «una auténtica reforma agraria» urgentemente, para contener «los afanes de los pequeños pero activos grupos que pretenden llegar a la insurrección campesina para capturar el poder político, destruir la organización democrática e imponer formas de vida contrarias

a la esencia misma de la peruanidad» (Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda 1960: 32). La comisión rechazaba «invadir los terrenos de la utopía» y declaraba no buscar «una estructura agraria ideal» sino «dejar que el régimen de propiedad y las relaciones sociales de producción [...] se establezcan por el libre juego de las fuerzas espontáneas de la economía» (Prialé 1960: 37-38). En concreto, aunque reconocía la nocividad de la gran concentración de la tierra, defendía la existencia de los grandes latifundios altamente productivos de la costa, planteando «la corrección progresiva de esta situación», a través de afectar algo de sus tierras «*en la medida que lo permitan los recursos disponibles, y cuidando de no causar trastornos en la organización de la producción*» (Prialé 1960: 42; el énfasis es mío). Siempre se podría demostrar que cualquier expropiación afectaría la organización de la producción y al dejar sin recursos a la oficina encargada de las afectaciones —como sucedió durante el primer gobierno de Belaunde— la expropiación de los latifundios modernos quedaba reducida a un simple saludo a la bandera.

Los representantes de la oligarquía, en cambio, estaban dispuestos a sacrificar a los terratenientes serranos, cuya decadencia e incapacidad para encuadrar a los campesinos ponía en riesgo todo el orden oligárquico. Sobre las haciendas serranas, donde imperaba el colonato, la comisión señalaba que la reforma agraria debía «dar atención preferente a la eliminación de este tipo de latifundios», así como de «aquellos en los que gran proporción de la tierra se mantiene prácticamente ociosa» (1960: 43). Se proponía pues expropiar las tierras marginales para permitir que el orden tradicional permaneciera sin cambios en el núcleo de poder oligárquico. Aun así, ni siquiera un proyecto tan modesto llegó a discutirse; se dejó encarpetado en el Parlamento para que lo viera el siguiente gobierno.

El Apra había reducido sus expectativas sobre los cambios en la estructura agraria a lo que era aceptable para la oligarquía. No es verdad lo que Haya de la Torre sostendría después, que los apristas estaban por cambios radicales, pero que en las negociaciones tuvieron que conformarse con lo que sus socios —el Movimiento Democrático Peruano primero y la Unión Nacional Odriísta, después— estuvieron dispuestos a conceder. En una entrevista otorgada a un periodista japonés, dos meses antes de las elecciones de 1962, Haya afirmaba que, de ser elegido presidente, se ocuparía, en primer término «de la Reforma Agraria enfocando como problema central el de la irrigación [...] Para los países de nuestra América Latina el problema de la distribución de sus riquezas no es el esencial, sino el de creación de más riqueza por la dinamización de sus grandes espacios vacíos y la utilización de sus riquezas potenciales»[10].

[10] Originalmente publicada por Soichi Oya, en Tokio: «VRHT. Sam-Kei». Reproducida en *Presente* 1962.

En una larga entrevista concedida años después al periodista norteamericano William Bollinger, Haya reclamaba la precedencia de los apristas en el tema de la reforma agraria:

> Nosotros lo dijimos primero que nadie. Claro, ellos tenían el poder; nosotros no teníamos poder. Nosotros éramos teóricos [...] Somos los primeros que hemos hablado contra los barones del azúcar, los que hemos pedido la cooperativización, en qué años. Cuando teníamos que afirmar la democracia. Todo partido hace eso, una táctica. Stalin se alió con Hitler. Eso es mucho más grave [...] Nosotros [...] en el parlamento, por ejemplo, para dar ciertas leyes, nos unimos con el pequeño grupo que aceptó nuestras propuestas. Con el sector que era el único que había en el parlamento, que era un sector que si no estaba con nosotros se iba con Belaunde [...] Entonces, se negoció con ellos (Bollinger 1977)[11].

El «pequeño grupo» con el que se aliaron era la Unión Nacional Odriísta de Julio de la Piedra, el líder de los barones del azúcar y del algodón. Para demostrar que algo habían dicho contra la oligarquía terrateniente Haya tuvo que remitirse a dos lejanos precedentes, «la cooperativización de la hacienda Laredo la pidió en 1946 la Célula Parlamentaria Aprista, con Carlos Manuel Cox, y en 1968, antes del golpe militar, Pacífico Leonidas Cruzado, Senador obrero por La Libertad y representante de la Célula Parlamentaria Aprista, pidió la cooperativización de la hacienda Chiclín» (Hildebrandt y Lévano 1971a). Verdaderamente toda una proeza socializante.

Estando la coalición en el poder, Armando Villanueva del Campo se pronunciaba, en 1967, por aplicar la ley de reforma agraria que habían aprobado en el Parlamento que controlaban con un criterio estrictamente técnico. Si «para repartir títulos como para repartir tierras predomina el criterio político, la ley será deficiente e ineficaz y en muchos casos un instrumento de demagogia y no de revolución. Revolución no es demagogia: he ahí una confusión del Gobierno actual y de muchos llamados revolucionarios e "izquierdistas"' que en realidad son zurdos y contrarrevolucionarios. Revolución es evolución y evolución es creación, desarrollo, constructividad. Lo demás es palabrería» (Álamo 1967). Pero diez años después, ya fuera del poder, afirmaba que fueron impedidos de decretar la reforma agraria radical que hubieran querido: «no logramos establecer en la legislación disposiciones radicales por cuanto nosotros no contábamos con la mayoría suficiente [...] había que convencer a dos sectores. Uno llamémoslo

[11] Véanse las piruetas dialécticas que Haya tenía que hacer para conciliar sus posiciones con lo que creía que los norteamericanos querían oír: «Si la clase media se suma a la burguesía, se suma al capitalismo, entonces el imperialismo la tendrá de aliada, pero, naturalmente, la clase media es explotada por el imperialismo».

conservador, incompatible en su apreciación con esta reforma. Y el otro el de la Alianza Acción Popular-Democracia Cristiana, que no apoyó esta posición. De modo que sostuvimos nuestro criterio hasta lograr la fórmula más aproximada» (Hildebrandt 1977).

La actitud asumida por el Apra frente a las demandas del campesinado provocó la renuncia de algunos de sus más combativos dirigentes comunales, entre los cuales destacaba Elías Tacunán, viejo cuadro organizador de sindicatos campesinos y mineros y creador de la Federación de Comunidades Indígenas del Centro del Perú. Tacunán sería el poco después el gestor de la Universidad Comunal del Centro del Perú, convertida luego por el Apra en la Universidad Nacional del Centro durante el gobierno de Belaunde, con varias filiales que luego se convirtieron en autónomas. Entre ellas figuraba la Universidad Federico Villareal, convertida en bastión aprista luego de que la izquierda le arrebatara al Apra la dirección de la Federación de Estudiantes de San Marcos, a mediados de la década del sesenta.

El Apra y el «sindicalismo libre»

El Apra se vio también en dificultades con sus bases sindicales urbanas. La política económica aplicada por Beltrán provocó una ola huelguística que comprometió a los choferes, trabajadores de correos, transportes, bancarios, maestros, etcétera. Los estudiantes universitarios tenían también demandas que los llevaron a movilizarse por las calles. Los dirigentes del Apra, y en particular Ramiro Prialé, se jugaron defendiendo la política del gobierno contra la opinión de sus bases. El alza de las subsistencias, sostenía, era un problema de producción, para cuya «cabal solución debe darse prioridad a los trabajos de irrigación» (Prialé 1960: 64-65). Frente a las movilizaciones de protesta por el alza del precio de la gasolina, saludaba al «obrerismo consciente del Perú [que] le puso tope a esa maniobra política porque era subversiva y no entrañaba ninguna reivindicación proletaria. Solidaridad, sí, pero sin crear situación de violencia ni de paro general en toda la República» (Prialé 1960: 54). En un balance realizado un año después de las movilizaciones de los trabajadores, Prialé afirmaba que estas eran parte de una vasta conspiración encaminada a «destruir el régimen».

> Por eso es que se organizan y actúan. Lo vimos en el problema de la gasolina y fracasaron. Lo vimos en este problema bancario, que ha podido tener sus resultados dolorosos y desfavorables para los bancarios y también sus problemas para sus banqueros y para el país, pero que desde el punto de vista político general, es otro enorme fracaso de los conspiradores que no lograron el objetivo de convertir esa huelga en un paro general que derribase al régimen

> constituido. Ahora agitan otros campos y crean nuevos problemas. Por eso debemos estar muy alertas y saber que ellos tienen conciencia de que nosotros somos los principales sustentadores de este orden democrático [...] la lucha inmediata que tenemos que librar muy vigorosamente es precisamente en el plano sindical (Prialé 1960: 67-68).

Los llamados del Apra a la conciliación chocaron con el ánimo radical de las bases y con el asedio de otras organizaciones políticas que, como Acción Popular y el Partido Comunista, buscaban disputar las bases sindicales a los apristas. La Central de Trabajadores del Perú (CTP), controlada por el Apra, empezó a perder fuerza rápidamente. En 1958 se retiró la Federación de Construcción Civil. Durante el año siguiente el aprismo perdió el control de la Federación de Empleados Bancarios, de la Federación de Empleados, de la Federación de Estudiantes del Perú y de la Federación Nacional de Educadores. Igualmente se desafiliaron las federaciones departamentales de trabajadores de Arequipa, Cusco y Puno y la Unión Sindical de Trabajadores de Lima.

Los sindicalistas de izquierda tuvieron que afrontar la violencia de los defensistas apristas —popularmente conocidos como «búfalos»— que, estando el partido en el poder, encontraron un nuevo servicio que prestar a la causa rompiendo cabezas, asaltando locales sindicales, quebrando mítines y asambleas sindicales de la oposición, etcétera. Esto no era algo nuevo para el Apra; el testimonio de Luis Chanduví Torres aporta abundante información sobre el uso de los aparatos paramilitares del partido contra los opositores durante la legalidad vivida en el gobierno del Frente Nacional (Chanduví 1988). Francisco Igartua, luego de concertar una entrevista periodística con Haya de la Torre, cometió la imprudencia de dejarle un cuestionario con preguntas impertinentes, en diciembre de 1945. Fue masacrado en pleno patio de *La Tribuna* por los «búfalos», con un saldo de tres costillas rotas y contusiones diversas, cuando fue a recoger las respuestas. Redactó entonces una crónica con sus preguntas y la descripción de la pateadura que recibió, como la respuesta de Haya al cuestionario. Igartua se vio obligado a renunciar a *La Jornada*, el periódico en que escribía, que no se atrevió a publicar su artículo, pero *La Prensa* lo publicó, y lo contrató para su plana de periodistas (Igartua 1995: 68-84). Algunas semanas antes los impresores de *La Jornada* habían tenido que rechazar a tiros a los defensistas apristas que asaltaron el taller para tratar de impedir la publicación de una entrevista que Igartua había hecho a un diputado aprista descontento, César Góngora Perea (Igartua 1995: 49-52).

Los testimonios recogidos en el libro *¡Disciplina compañeros!* de Juan Cristóbal (1985) explican la complejidad de los aparatos de choque apristas y la utilización de la violencia contra los opositores del partido. A raíz de

la aprobación de la Ley de Imprenta por la mayoría aprista en 1945 —apodada «Ley de la mordaza» por la oposición— Haya decidió que la Secretaría de Defensa, de la que formaba parte Luis Chanduví, disolviera una manifestación opositora convocada en el Parque Universitario, a fines de noviembre:

> Entramos repartiendo cachiporrazos, los que tenían arma hacían disparos al aire, para sembrar el pánico a la vez que el cholo Pretell arrojaba "cachorros" de dinamita al edificio donde estaban los altoparlantes. Estos fueron silenciados de inmediato. Escuché que el orador que había estado haciendo uso de la palabra era el Dr. Encinas. Los carteles que portaban los que iban a encabezar la manifestación fueron destrozados.
>
> La sorpresa del ataque, los golpes —que también sufrieron algunos apristas que estaban de contramanifestantes, dentro de la Plaza— los disparos de armas y explosiones de dinamita, crearon una ola de terror que dispersó a los manifestantes (Chanduví 1988: 338).

El asalto aprista dejó como saldo la muerte del guardia Alejandro Romaní Huamán y la del universitario Jorge Dorado Valenzuela, ambos heridos de bala. Un grupo de manifestantes incendió el edificio donde estaba el estudio del líder del partido Unión Revolucionaria, Luis A. Flores, situado en la esquina de la avenida Grau y Paseo de la República. El incidente provocó la interpelación de Rafael Belaunde, el jefe del gabinete ministerial, en la Cámara de Diputados. Belaunde, «haciendo una defensa de las acciones agresivas del Partido y en especial la del Parque Universitario, expresó en su discurso la frase: "Las ideas se combaten con ideas y las masas se combaten con masas"», ganando los aplausos de la barra aprista y el voto de confianza de la Cámara, «pero cometió la quijotada de presentar su renuncia, obligando a hacerlo a todo su Gabinete» (Chanduví 1988: 339).

La utilización de la violencia contra los opositores del Apra era usual también en las universidades. Defensistas como Arturo «Búfalo» Pacheco, en Lima, y Abel Bonett, en Huancayo[12], alcanzaron una triste fama por sus fechorías. Una auditoría realizada en el Congreso, luego del golpe de Velasco Alvarado, comprobó que Luis Alberto Sánchez, siendo presidente del Senado, había firmado la contratación de un tal «Sr. Galván», que resultó ser Carlos Steer Lafont, un defensista que guardó una larga carcelería por cometer, cuando aún era un idealista adolescente, el asesinato del director de *El Comercio*, Antonio Miró Quesada de la Guerra y de su esposa, María Laos de Miró Quesada[13]. En su defensa, Sánchez

[12] Los dos fueron asesinados por Sendero Luminoso durante el primer gobierno de Alan García.

[13] Luis Chanduví ofrece una pormenorizada descripción de los entretelones del asesinato, su motivación y la forma cómo se realizó (Chanduví 1988: 201-238). Luego de cometer el crimen, Steer intentó suicidarse disparándose tres tiros, pero fracasó en su intento.

sostiene que ignoraba la identidad del «Sr. Galván», pero afirma que de haberla conocido lo hubiera contratado igualmente, «pues de trataba de un hombre que había "pagado ya su deuda con la sociedad" con un cuarto de siglo de encarcelamiento»[14] (LAS 1987: vol. 5, 162). La función de Steer, como Sánchez la describe, era brindar seguridad en el Congreso.

El término «búfalo», asociado a nivel popular con la matonería, es, dentro del aprismo, un homenaje a Manuel «Búfalo» Barreto, un militante aprista procedente del anarcosindicalismo que dirigió la revolución de Trujillo de 1932, y que perdió la vida conduciendo el asalto del cuartel O'Donovan. Para los apristas, «búfalo» está asociado al valor, la consecuencia y la heroicidad. El 1 de diciembre de 1963 Irma Barreto de Ormeño y Manuel Barreto —los hijos de Manuel «Búfalo» Barreto— presentaron su carta de renuncia al Apra dirigida a Haya de la Torre, a raíz del pacto con Prado y Odría, acusándolo de haber traicionado todos los ideales por los cuales había luchado el pueblo aprista. Es su carta, rechazaban que se asociara el legado de su padre con aquello en lo que el Apra había devenido:

> No murió nuestro padre [escribían] para que el apelativo de "Búfalo" que tan cariñosamente le pusieron los compañeros por su singular vigor y por su valentía, designe a las mesnadas de matones que en las calles, en las universidades, en los sindicatos aterrorizan a quienes discrepan de la línea traidora de los líderes. Y nos valga la oportunidad para proclamar que nada tuvo que ver Manuel Barreto, ni con el asesinato aleve ni con el terrorismo anárquico y absurdo. No murieron nuestros héroes para eso. Lucharon por el pueblo, son del pueblo: el pueblo guardará su memoria. No son más héroes o mártires "apristas". Ustedes, líderes del Partido, han vendido ese nombre que nos perteneció a las masas populares, los han vendido a la empresa oligarco-imperialista. ¡Pero los mártires no! ¡Ellos son del pueblo! (Cristóbal 1985: 240).

El resultado previsible de este proceso fue que las fuerzas de izquierda comenzaron el ascenso que las llevaría a hegemonizar el sindicalismo durante la década

[14] Steer pudo salir libre en la amnistía que se dio en 1945, pero dirigentes apristas lo convencieron de esperar unos días, mientras se solucionaba un juicio que tenía pendiente por la muerte de un carcelero herido cuando él intentaba fugarse de la Penitenciaría. Años después se quejaría ante Chanduví, contándole que se había enterado de que Haya opinó que el atentado lo había afectado psicológicamente y dispuso que lo dejaran preso, pues se le hacía un favor «a él y al Partido dejándolo allí» (Chanduví 1988: 331). Ricardo Tello narra que Steer degeneró luego de tantos años de espera y, una vez salido de prisión tras cumplir su pena, fue enviado por el Apra a Venezuela, donde Betancourt lo incorporó a sus servicios de soplonaje. Sentenciado a muerte por la guerrilla tuvo que retornar al Perú, donde lo colocaron en el Parlamento y, así que el Apra dejó el poder, de matón en la Universidad Federico Villarreal (Cristóbal 1985: 183-184). Este caso ilustra la fe fanática que tenían los militantes con relación a Haya.

de los sesenta, creándose una amplia corriente sindical que presionaba por una reorganización radical de la CTP. La deserción de la vanguardia del movimiento sindical colocó a los apristas en una difícil situación: «El APRA debió acudir ahora cada vez más al apoyo oficial (influencia en ministerios, colaboración de la represión) y a las contribuciones financieras del sindicalismo libre norteamericano para evitar perder totalmente su influencia en el movimiento sindical» (Valderrama 1980: 89).

Como hemos visto, en este periodo Luis Alberto Sánchez fue incorporado al comité directivo de la AFL-CIO, que predicaba el anticomunismo y la conciliación entre los trabajadores y los patronos. McIntire, un funcionario norteamericano del Departamento de Trabajo, que vivió un tiempo en el Perú, proporciona una clave para comprender la naturaleza de estas relaciones. Él señalaba la presencia de ciudadanos norteamericanos que, con carácter oficial o privado, actuaban en el movimiento sindical, predicando «el anticomunismo, la negociación colectiva y a la promoción de la libre empresa. [...] Desde fines de la década de 1950 en el caso del gobierno de los Estados Unidos, esta política se aplicó en el Perú principalmente en y a través del movimiento político peruano que tenía más posibilidades de realizar dichos objetivos: el Apra y su expresión sindical, la CTP»[15].

El viraje del Apra hacia la derecha dejó un espacio que nuevas corrientes políticas se apresuraron a llenar. Unas se definían como reformistas —Acción Popular, Democracia Cristiana— y las otras como de izquierda —Movimiento Social Progresista, Partido Comunista, Apra Rebelde—. El Apra Rebelde inicialmente se situó en el primer campo, pero su distanciamiento con el Apra y la influencia de la revolución cubana lo llevó hacia el segundo, como lo expresa el nombre que escogió a partir de 1962: Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

[15] Publicado en el libro de Daniel Sharp, *Estados Unidos y la Revolución peruana* (1972), Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 445. Citado en Chullén 1980: 98. Sobre becas sindicales dadas por el sindicalismo libre a dirigentes apristas, véase, por ejemplo, *La Tribuna* del 18 de julio de 1959.

LA HORA DE LAS ARMAS

El Apra Rebelde

Después de la derrota de la insurrección del 3 de octubre de 1948, quienes cuestionaban la actitud de la dirección del Apra comenzaron a reunirse por su propia cuenta para investigar el fracaso y terminaron atribuyéndolo a la «traición» de la dirección. Eduardo Malqui, un dirigente popular con una gran ejecutoria dentro del aprismo, narra que su deseo de evaluar el porqué de la derrota chocó con el silencio del aparato partidario. Pronto sobrevino el desencanto (Cristóbal 1985: 109).

Malqui dice que la gran tragedia que afrontaban quienes estaban definitivamente desilusionados del Apra era que no tenían a dónde ir. La juventud disconforme deseaba incorporarse a una organización revolucionaria, pero las únicas alternativas que encontraban eran los comunistas y los trotskistas. Del aprismo salían «vacunados» contra el comunismo y la línea zigzagueante del Partido Comunista, especialmente durante el período de Prado, no lo hacía atractivo como alternativa. Además, como dice Malqui, «el PC era muy estratégico, muy teórico, nunca daba una salida concreta a los problemas, a la realidad». Cuadros acostumbrados a una práctica de activismo febril y sin tradición de debate partidario no se sentían afines al estilo de los comunistas. Esto llevó a un significativo contingente de ex apristas hacia el trotskismo, donde destacó especialmente Ismael Frías por sus aptitudes oratorias. Frías no entusiasmaba a Malqui «por su tendencia en ser el primero en aparecer en la foto» (Cristóbal 1985: 111-112).

En 1956 la dirección del Apra dio una amnistía limitada y algunos militantes que habían renunciado durante los años anteriores, como Guillermo Carnero Hoke, Julio Galarreta, Rogger Mercado, Héctor Cordero y Eduardo Malqui, se

reincorporaron al partido. Su intención era formar un «ala radical» en el Apra. Cordero en especial consideraba que no debía romperse orgánicamente sino pelear desde dentro del Apra hasta donde fuera posible. Con un grupo más o menos numeroso de descontentos intentaron ganar delegaciones o cargos para tratar de reorientar al partido. A pesar de la oposición de los «oficialistas», que le enrostraban haber atacado a Haya, Malqui fue elegido para la III Convención de julio de 1956, que se realizó en Lima. Allí se autorizó a la dirección para que negociara la convivencia con Prado. A pesar de intentos de boicotearlo, Malqui asistió a la reunión, pero era poco lo que los izquierdistas podían hacer ante una correlación aplastantemente adversa: «En realidad el "ala izquierda" era una ínfima minoría; creo que llegamos a 3 ó 4 compañeros delegados. Imagínate, en una reunión donde hay más de 500 delegados [...] No se puede hacer nada por nuestra parte. Eran 500 carneros ¡Claro que una cosa es contarlo y otra vivirlo! ¡500 chi cheñó![1]». La audición de un discurso de Haya, grabado en un disco, casi llevó al llanto a los asistentes. No se dejó hablar a los disidentes. «Todo el desarrollo de la Convención me convenció que nada se puede hacer mientras Armandito Villanueva, Ramirito Prialé, sigan mangoneando al Partido. Todos los compañeros de base seguían sirviendo de carneros, no decían nada» (Cristóbal 1985: 147-148).

Para entonces, la dirección del Apra no aceptaba ni que se mencionara la palabra «antiimperialismo», como se vio cuando se suscitó un áspero enfrentamiento entre la mesa de debates y miembros de la juventud aprista: «La JAP plantea que el Apra sostenga su posición antimperialista primigenia. ¡Si hubieras visto lo que ocasionó esto! Armando Villanueva se pone de pie violentamente y se opone. Dice: Para qué vamos a decir "antimperialista", si basta con decir "aprista", porque el Apra lo llena todo» (Cristóbal 1985: 148). Ya en la II Convención del Apra, en 1942, se había cambiado el primer punto del programa, del «antiimperialismo» original al «interamericanismo democrático sin imperio», lo que fue ratificado en el Ideario y Programa del III Congreso del Partido, en 1943. Los jóvenes de la JAP de 1956 no estaban contra la dirección; simplemente, como estudiantes, gustaban de una cierta radicalidad. Pero la palabra antiimperialismo «"le olía a "rojo" a la Dirección» (Cristóbal 1985: 148-149)[2]. El desencanto que los integrantes del «ala izquierda» sentían es descrito muy

[1] «¡Sí señor!». Expresión tomada de la tradición de Ricardo Palma «El Obispo Chi cheñó».

[2] «El PAP propicia como sistema de relaciones equilibrado o justo entre los Estados que integran el Nuevo Mundo el Interamericanismo Democrático sin Imperio, principio que responde al mantenimiento de las soberanías interdependientes y a la cooperación económica y financiera en el campo de la asistencia técnica, sin supeditaciones ni hegemonías», precisaba la dirección aprista (La Tribuna 1957).

expresivamente por Carnero Hoke: «el Apra no resiste —ahora lo veo claro— un análisis riguroso, menos filosófico. Su "Espacio-tiempo histórico" tiene cosas interesantes [...] para una conversación de viejitas cansadas» (Cristóbal 1985: 113-114). Poco tiempo después los disidentes fueron expulsados del Apra.

El «ala izquierda» aprista fue efímera, según Héctor Cordero, por la ausencia de una definición teórica homogénea. Cordero, así como Ricardo Napurí —otro izquierdista que jugaría un rol en la fundación del MIR—, había tenido una relación ideológica importante con Silvio Frondizi en Buenos Aires. Dos elementos fundamentales que extrajo de esta relación fueron la convicción de la esterilidad de la burguesía como fuerza progresista de vocación democrática e industrialista, y la de que el peronismo no debía verse como una «desviación» o «epidemia» sino como «una maciza realidad histórica de efectos irreversibles, como "un intento fallido de revolución nacional-burguesa" a ser rescatado y reorientado desde la izquierda. De lo que se infería, la inutilidad de romper con el Apra, debiéndose agotar a su interior, más bien, todas las posibilidades de lucha» (Rénique 2004).

La tendencia sacó un periódico llamado *El Volcán*, donde Cordero colaboraba, según narra, sin hacer proselitismo porque quería llegar al congreso del partido, para participar en la discusión. *El Volcán* levantaba demandas para democratizar al Apra: que se dotara de estatutos al partido, elecciones democráticas para todos los cargos, respeto del voto secreto, representación equitativa de las tres clases explotadas —proletarios, campesinos, clases medias— en todas las directivas de comité, una enérgica campaña para que asistieran al III Congreso Nacional del PAP todas las corrientes discrepantes, amplia amnistía, cambio total del comité ejecutivo y la iniciación del debate ideológico a fin de preparar las distintas ponencias ante el congreso próximo a realizarse. Terminaban recordando que el próximo congreso debía ser esencialmente ideológico y político (*El Volcán* 1956). Como era de esperar, no fueron oídos.

Una anécdota muestra la precariedad ideológica del «ala izquierda». Cuando la dirección aprista apoyaba a Hernando de Lavalle y atacaba a Prado, el «ala izquierda» planteó un apoyo a las posiciones primigenias del partido, lo cual a Cordero le parecía incorrecto pues no era hacer «política concreta». Sin embargo, repentinamente la dirección del Apra dio un viraje, abandonó a Lavalle para pasar a apoyar a Prado. Entonces, Carnero Hoke y Rogger Mercado —el editor de *El Volcán*— terminaron apoyando a Lavalle, lo que llevó a la ruptura política con Cordero. Carnero Hoke justificaba su apoyo a Lavalle asegurando que lograron convencerlo de que en su programa pidiera a todos los partidos su estatuto: «porque eso era cuadrar al Apra, limitar la prepotencia de Haya y el CEN. Mientras nuestro apoyo a Lavalle era por esto, por el lado de los "oficialistas" el apoyo a

Prado era solamente por curules: 60% en diputados y 30% en senadores. En este viraje del "oficialismo" ya no pudimos continuar, por eso los denunciamos públicamente. Entonces nos expulsan». Carnero Hoke reconoce que quienes renunciaron al Apra no lograron formar, con la excepción de de la Puente, un grupo político sólido. Explica sus limitaciones atribuyéndolas a que eran gente de clase media: «No significábamos pues un desafío para desorganizar al Apra. No teníamos ni fuerza sindical ni fuerza campesina y menos fuerza o base económica». Sus últimas esperanzas se terminaron cuando Manuel Seoane, con quien había participado en la organización del intento insurreccional de 1954, retornó al Perú y se alineó incondicionalmente con la derecha del partido: «Cuando llega Seoane, teníamos esperanzas en él, pero no dice nada» (Cristóbal 1985: 151-152).

Walter Palacios, quien participó en la creación del Apra Rebelde y luego formó parte del MIR, es de Piura y proviene de una familia aprista. Recuerda que los «poetas del pueblo» —entre los que estaba Guillermo Carnero Hoke— visitaban Piura. Se hizo aprista en el colegio, pero militó orgánicamente recién cuando se fue a Trujillo, en 1955. Antes estuvo en Lima, estudiando un año en la Escuela de Arte Dramático, pero después decidió viajar a Trujillo para estudiar medicina. Recuerda que las declaraciones de Haya a la revista *Life*, a su salida de la embajada de Colombia, diciendo que el capitalismo ofrecía la solución para nuestros problemas, causaron desconcierto entre la militancia: «Ya indicaba hacia dónde se dirigía el Apra»[3].

En 1955 se vivía una distensión política pero los apristas aún estaban en la clandestinidad. Luis de la Puente, preso en el Panóptico por el intento de invasión al país desde la frontera del norte, puesto en libertad hacia diciembre de 1955 y de inmediato viajó a Trujillo, por tierra. Allí conoció a Palacios. Junto con otros apristas le organizaron una recepción, aunque estaban en una huelga en la facultad de medicina. De la Puente ya era un dirigente conocido, apresado y deportado, por cuya liberación se habían realizado campañas. En su bienvenida estuvieron estudiantes y trabajadores, sobre todo de Laredo.

Cuando de la Puente fue apresado estudiaba tercero de Derecho y a su retorno volvió a matricularse en la universidad. Egresó hacia 1959. Reintegrado a la universidad, reinició su militancia, canalizando el descontento de las bases contra el viraje que la dirección estaba operando hacia una oposición organizada, dentro del partido. Cuando comenzaron, hacia 1956, sostiene Palacios, no se les habría ocurrido que las cosas iban a derivar en una expulsión y en la creación del Apra Rebelde. Para ellos, el partido era el partido y había que defender la unidad, «pero era tan evidente el oportunismo y la traición de una dirigencia y

[3] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

se evidencia más cuando el Apra asume el cogobierno, porque fue un cogobierno». En esas circunstancias los militantes norteños se encontraron con que para la dirección cualquier movimiento de apoyo a sectores campesinos u obreros era «poner en peligro» la legalidad que habían conseguido.

Palacios rechaza que Luis de la Puente fuera «un producto típico de la tradición "defensista" del partido», como sostiene José Luis Rénique (2004). De la Puente provenía de una familia terrateniente y era un destacado líder estudiantil —fue presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Trujillo—, públicamente reconocido. Tenía un proyecto revolucionario y era un hombre con mucho carácter, pero estaba lejos de ser un «búfalo» violentista[4]. Tampoco esta caracterización hace justicia a Gonzalo Fernández Gasco, aunque este provocara más suspicacias porque era más «ortodoxamente aprista», con las deformaciones apristas, como el sectarismo que le llevaban, por ejemplo, a rechazar discutir con la gente de izquierda.

No todos creían que se pudiera producir cambios en el Apra. Aunque consideraba que era necesario agotar el trabajo dentro, Héctor Cordero ya no se sentía ideológicamente aprista desde el exilio de Buenos Aires. Fue expulsado del Apra el 26 de abril de 1956. Como respuesta, envió una carta a Ramiro Prialé, en su condición de secretario general del CEN. En ella, rechazaba las violaciones legales que se habían cometido para expulsarlo y cuestionaba la forma cómo se estaba procesando la disidencia interna:

> ¿Es que existe algún temor a la discusión franca y abierta de distintas tesis en el Congreso? ¿Es que se quiere un Congreso sumiso, chato, sin sentido crítico ni creador? […] ¿Con qué derecho, pues, se puede elevar la voz en defensa de la democracia, del Estado de Derecho, si en el seno del Partido, por lo que muestra esta resolución, no funciona ningún derecho, ni siquiera el primario respecto a quienes soportaron con entereza y lealtad sin reservas, las consecuencias de su adhesión a un ideario? (Cristóbal 1985: 242-245).

Cordero no ocultaba su posición revolucionaria; desafiaba a los dirigentes al debate: «He sostenido que el Partido debe ser un instrumento de liberación propio de las clases explotadas del Perú y no de grupos o camarillas. He sostenido que el Apra debe ser el instrumento de la revolución social y, aún más, socialista, en el Perú por ser justo, justamente, lo que reclaman los hombres sobre cuyo esfuerzo se ha construido el Partido y las propias bases populares. Y esta demanda no se cierra con una expulsión. En verdad, recién se abre» (Cristóbal 1985: 242-245).

---

[4] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

La expulsión de Carnero Hoke del Apra se basó en la acusación de «divisionismo» y fue decidida en su ausencia, sin darle la oportunidad de defenderse. Como respuesta, Carnero retó a duelo a Armando Villanueva pero este contestó que no era él quien le había acusado sino el Comando Aprista en pleno[5].

> Yo quería que el Apra retomara sus olvidadas y viejas banderas antimperialistas, antifeudales y antioligárquicas; que en la dirección figurase la misma composición básica de la concepción del Apra, es decir, la del frente de clases: obreros, campesinos y clases medias y que la dirección no fuese solamente de clases medias, como era en ese momento y que fue lo que llevó al Apra, a las traiciones. Otras discrepancias eran respecto a la democracia funcional del Partido, que tampoco se respetaba. No se querían discutir documentos presentados por mí, Seoane y Cordero. No se elegían democráticamente a los representantes de la base, sino Haya los señalaba a dedo. Otra discrepancia era respecto a los Estatutos que no se aplicaban, solamente el Reglamento de Disciplina que alentaba Villanueva del Campo, especialmente durante la III Convención del Partido (Cristóbal 1985: 4).

Para Cordero la experiencia del «ala izquierda» fue útil porque permitió reunir algunos militantes que estaban en desacuerdo con la política general del Apra, especialmente con la convivencia, e impulsar reuniones de crítica al apoyo incondicional que la dirección daba al régimen de Manuel Prado (Cristóbal 1985: 149-150).

Hubo un grupo de disidentes que creía que ya era imposible devolver al Apra a sus antiguas posiciones radicales y decidió romper definitivamente. Formaron la Acción Social de Izquierda, un pequeño grupo, y llegaron a un acuerdo con los trotskistas para sacar un periódico, desde el que atacaban a la dirección aprista por «claudicante» y «conviviente» con la oligarquía. No tuvieron éxito y desaparecieron poco después, según narra Arquímedes Torres (Cristóbal 1985: 149).

Ezequiel Ramírez Novoa es otro aprista que en 1956 rechazaba la alianza con Prado y pensaba que el Apra debía aliarse con Belaunde. Cuando Prialé les anunció que ya estaba decidido el apoyo a Prado, Ramírez Novoa le respondió: «“Mire, don Ramiro […] si no apoyamos a Belaunde va a nacer un Partido que

[5] Para Carnero Hoke fue especialmente doloroso que lo acusara Villanueva del Campo por todo lo que habían vivido juntos como militantes: «En el caso mío le tocó a Villanueva acusarme de “divisionista” y “traidor”. Todo esto a pesar que con Armando hemos padecido cosas duras, hechos de sangre, de acción, hechos en que ambos sabíamos que o moríamos o salía bien la cosa […] Pero todo era por los sueños y esperanzas políticas que pensábamos algún día llegarían. Sueños y esperanzas y decisiones que no creía terminarían así. Lo reconozco: él pensaba mejor que yo, pero yo actuaba mejor que él, creo que esto también él lo reconoce. Sin embargo, Armando fue el que tuvo que acusarme» (Cristóbal 1985: 142).

nos va a disputar las masas". Prialé me dijo, "te equivocas, muchacho". Y se fue» (Cristóbal 1985: 134-135). Ramírez Novoa estuvo entre los apristas que se fueron del Apra rechazando la convivencia. Cuando se formó el Apra Rebelde se incorporó a la nueva organización y llegó a ser director del periódico partidario, *Apra Rebelde*. Renunció cuando constató que sus compañeros «se van convirtiendo en marxistas» (Cristóbal 1985: 145). En adelante, se mantuvo como independiente, dedicado a la cuestión del petróleo, llegando en 1968, a raíz del escándalo de la pérdida de la página 11 del contrato suscrito entre el gobierno de Belaunde y la IPC, a pedir al presidente del Comando Conjunto, Juan Velasco Alvarado, que diera un golpe militar, pocas semanas antes de que este lo hiciera (Cristóbal 1985: 145).

Para Héctor Cordero la dificultad para resolver los problemas nacionales partía de que la sociedad peruana nunca llegó a ser plenamente capitalista o burguesa: «siempre tuvo rezagos semifeudales y una oligarquía aplastante que dominaba la vida de la nación». Esto impedía que existiera el pluralismo que era la condición para el desarrollo de una democracia liberal: «los enfrentamientos [en el Perú] son siempre frontales: dominados y dominantes, lo que permite también el desarrollo del Apra como Frente Único de clases». A su vez, esto le había permitido al Apra dominar fácilmente la escena, pero las cosas habían comenzado a cambiar a partir de los años cincuenta, aunque lentamente. Había un desarrollo burgués de sectores sociales bastante consistentes: Acción Popular, la Democracia Cristiana, etcétera, «lo que significa que en el Perú se va produciendo una definición más clara desde el punto de vista de los intereses sociales, al margen que sean reconocidos concientemente o no [...] entre la propia burguesía, a la cual pertenece ahora el Apra, hay otros representantes, otras expresiones políticas que representan distintos aspectos de ese mosaico social y que es muchísimo más claro que en el año 30, donde existía, por un lado, la oligarquía, y por el otro, los sectores populares» (Cristóbal 1985: 96-97)

Héctor Cordero jugó un papel ideológico importante en la gestación del Apra Rebelde. Era hijo de un oficial de la guardia civil aprista, y comenzó sus estudios universitarios hacia 1941 en Arequipa, con la intención de hacerse abogado. Entre los comunistas y los apristas optó por estos últimos porque, aunque no encontraba diferencias teóricas y políticas significativas entre ambas organizaciones, le atraía que «el Apra sabía ser mucho más práctica, más activista». Realizó una intensa militancia y terminó en prisión por intentar poner una bomba. Fue llevado a El Frontón pero no llegaron a sentenciarlo; permaneció tres meses en prisión, perdió el trabajo que tenía en la Zona Judicial y tuvo que dejar la universidad. Aparte de elogiar la solidaridad de los apristas en la prisión, señala la ausencia de debate doctrinario como un rasgo distintivo del Apra que conoció.

Cordero trabajaba en *La Tribuna* cuando se produjo la revolución de octubre de 1948. Fue tomado preso y deportado a la Argentina. Tuvo un rol papel importante en la reorganización de los Comités de Desterrados y desde allí intentó de impulsar un proceso de revisión autocrítica de los errores que habían llevado al Apra a la derrota. Su desarrollo ideológico lo llevó a cuestionar la línea seguida por el aprismo y a reivindicar el marxismo originario de Haya de la Torre. Pero eso significaba criticar aspectos medulares de la identidad partidaria de los años cincuenta:

> Hasta hoy el Frente Único —decíamos— ha marchado, pero nosotros creemos que ese Frente debe ser dirigido por el proletariado en alianza con el campesinado. Es decir, cambiábamos la figura; no rompemos, pero invertimos los valores sociales que deben hegemonizar en el FU, porque Haya no lo decía, pero su práctica era que el FU debía ser dirigido por las clases medias [...] no rompíamos con el Apra, no era nuestra intención romper con el Partido, sino agotar todas las posibilidades de lucha dentro del Apra. Esto ocurría en Argentina por el año 49 (Cristóbal 1985: 119).

La formación marxista que Cordero traía fue enriquecida en Buenos Aires por el contacto con los marxistas argentinos y en especial con el trotskista Silvio Frondizi. A Frondizi le interesaba mucho la relación con los apristas debido a la gran experiencia política que estos traían; muy adelantada con relación a la Argentina y posiblemente una de las más ricas de América Latina, de allí que sus relaciones fueran igualitarias. A su vez, las movilizaciones populares desarrolladas en Argentina bajo el gobierno de Perón fueron un elemento fundamental para que Cordero optara por el marxismo (Cristóbal 1985: 122). La llegada de Armando Villanueva y otros apristas identificados con la línea «oficialista» a Buenos Aires, hacia 1952, provocó una lucha ideológica que llevó a Cordero a publicar trabajos como *El Apra y la revolución (Tesis para un planteamiento revolucionario)* y *Aprismo, espacio-tiempo histórico*» publicado después con el título de *Crítica marxista del Apra*.

El Comité de Desterrados de Argentina, a pesar de ser crítico, defendía a Haya: «La lucha en el Comité se manifestaba de la siguiente forma: dentro del Apra todo, fuera del Apra nada. Nosotros los antioficialistas lo veíamos así: el Apra es una fuerza política revolucionaria que no hay que desperdiciarla, porque hasta ese momento toda la insurgencia populista está pasando por el Apra, todavía considerábamos eso, por lo que nos preguntábamos: Qué hacer. ¿Tomar el poder contra el Apra?» (Cristóbal 1985: 122). La creciente distancia entre sus posiciones y las oficiales llevaron a que Villanueva del Campo, secretario general del Comité de Desterrados Apristas, le pidiera que renunciara. Cordero rechazó su pretensión y le advirtió que para deshacerse de él tendrían que expulsarlo.

Con la llegada de Villanueva a Buenos Aires la derecha del Apra fue tomando el control de la organización partidaria. Cordero fue sometido a disciplina y aislado. «El Comité de Desterrados dice que debería ser expulsado en un Congreso; ellos, entonces, no me expulsan pero sí me excluyen. De igual manera son puestos en disciplina Carnero Hoke, Tello, pero para ellos no piden la expulsión. El Apra juega pues a dividir para neutralizar nuestras posiciones. De esta forma somos, algunos, excluidos».

Cuando se pidió voluntarios para la invasión al Perú organizada por Seoane y Villanueva del Campo, con el apoyo de Perón, Cordero se presentó, pero —como ya se ha visto— la aventura no llegó a ninguna parte. Su situación empeoró con la rendición de Seoane ante Haya en Montevideo. Decidió retornar clandestinamente al Perú a inicios de 1956 y contó con la ayuda del Comité de Desterrados en Bolivia para cruzar la frontera. «En Lima me entrevisto con Prialé, me pide que mitigue mi posición, que concilie, porque así podré seguir siendo aprista, pero cuando voy a un Comité a tratar de participar viene una decisión del Secretariado de Disciplina de no dejarme participar aduciendo que estoy en disciplina. Se presenta una situación ambigua: sigo siendo aprista o estoy en el Apra pero en la práctica no lo soy ni me dejan serlo» (Cristóbal 1985: 124). Tomó entonces contacto con Luis de la Puente Uceda, quien estaba profundamente crítico con la dirección, luego de estar en prisión como resultado de la frustrada invasión al Perú desde Ecuador.

En mayo de 1957 Cordero fue expulsado del Apra, y al formarse el Comité Aprista Rebelde por la Defensa de los Principios Doctrinarios y de la Democracia Interna, los apoyó en el trabajo de articular a los grupos disidentes del norte y del centro; «yo juego en todo esto un papel de orientador teórico e ideológico. Pido mi incorporación al Apra Rebelde por el año 60» (Cristóbal 1985: 126-127). Cordero era uno de los cuadros que mejor nivel teórico tenía en el Apra Rebelde, era abiertamente marxista y su papel como ideólogo fue muy importante en la formación del MIR.

Luis de la Puente Uceda había retomado su militancia en la Universidad de Trujillo y desplegaba un intenso trabajo organizativo, que se expresaría en la articulación de una oposición a la línea de la dirección que buscaba espacios para hacerse oír y provocar cambios en la línea del partido.

El encuentro entre Héctor Cordero y Luís de la Puente Uceda, en 1957, jugó un papel muy importante en la gestación del MIR. Aunque hasta entonces no se conocían personalmente, tenían referencias el uno del otro desde el destierro, como destacados militantes radicales en el exilio, uno en Buenos Aires y el otro en México. De la Puente había leído, además, los trabajos teóricos de Cordero. Un día que viajó a Lima los presentó Guillermo Carnero Hoke. De inmediato

descubrieron que tenían un objetivo común que los hermanaba, la voluntad de hacer la revolución:

> Lucho [narra Héctor Cordero] me dio una extraordinaria impresión. Primero, porque era un hombre claro, con ideas muy definidas con respecto a una serie de cosas; y segundo, por su enorme decisión para afrontarlas. Puedo decir sin temor a equivocarme, percibí desde el primer instante un hombre con el cual se podía ir lejos. Tenía toda la imagen de la fuerza espiritual, la voluntad y además un cierto aire de entereza y austeridad que presagiaba a un verdadero dirigente. En nuestra conversación coincidimos en una cantidad de cosas desde el comienzo. Él en ese entonces no era marxista, pero sabía cuál era mi posición ideológica, la cual la aceptaba con todas sus consecuencias. Me decía que le interesaba plantearse el problema de la Revolución Peruana. Es decir, el proceso real y concreto de realizar una revolución. Las discrepancias [decía], partiendo de una vocación revolucionaria auténtica se podían ir liquidando, superando en el curso de la acción. Con esto quiero significar que para mí Lucho era fundamentalmente un hombre de acción. Ya lo había demostrado cuando penetró al Perú por los años 53-54. Después con las guerrillas. A partir de ese primer conocimiento nuestra relación fue cada vez más estrecha. Cada vez que venía a Lima me pasaba la voz. Y así conversábamos sobre lo que nos interesaba: la revolución en el Perú (Cristóbal 1985: 153-154).

Para la evolución del hombre de acción hacia el marxismo la proximidad con el ideólogo fue fundamental. Durante los años siguientes Cordero se hizo cargo de la elaboración de varios de los documentos fundacionales del MIR.

Un primer gran paso en la gestación del grupo contestatario fue un evento de carácter regional, donde los disidentes pudieron realizar una demostración de fuerza. La Convención Departamental del Apra de La Libertad se realizó en Trujillo en febrero de 1957 y constituyó un éxito para la línea radical que encabezaba Luis de la Puente Uceda en el norte. El grupo desconoció la orden dictada desde Lima por la Secretaría de Organización para impedir que se llevara a cabo la convención; puso a la discusión «los aciertos y los desaciertos» de Haya; planteó la exigencia de que el congreso del Apra «plantee la impostergable necesidad de realizar en el Perú una reforma agraria consecuente con los postulados revolucionarios»; consiguió nombrar una dirección regional independiente, descentralista y «sin culto a la personalidad»; y finalmente se negó a ratificar el acuerdo del Plenario Nacional de Lima que lanzó la candidatura de Haya de la Torre a la presidencia de la República del Perú para 1962 (Cristóbal 1985: 155-156)[6].

---

[6] Originalmente publicado en la revista *1957*, nº 5, Lima, 20 de febrero de 1957.

La fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria

Entre los años 1956 y 1959, las discrepancias dentro del Apra se fueron acentuando, hasta culminar en la IV Convención Nacional el 10 de octubre de 1959, realizada en Lima, sin la asistencia de Haya de la Torre.

Durante ese periodo Luis de la Puente jugó un papel destacado dando la lucha ideológica contra la dirigencia partidaria. En ese proceso ganó cierta notoriedad dentro y fuera del Apra. En la IV Convención de la Puente intentó presentar una moción que los disidentes habían preparado —redactada básicamente entre él y Héctor Cordero— titulada «La realidad nacional y la línea política de la Convivencia», pero se lo impidieron. Se trataba de una dura crítica a la posición del Apra en todos los terrenos:

> No sólo hemos permitido [afirmaban] que permanezcan intocadas las estructuras agrarias, sino que estamos siendo cómplices de la oligarquía en sus usurpaciones, iniquidades y fortalecimiento.
>
> La oligarquía financiera está sirviéndose del poder político para acrecentar su poder económico, a base de todo tipo de maniobras; desvalorización monetaria, liberalidad y estrechez en el crédito sucesivamente, para precipitar la crisis de los pequeños y medianos comerciantes e industriales, y absorberlos, control del precio del dólar por los exportadores para mantenerlo dentro de índices favorables para su enriquecimiento, etc., etc.
>
> El PAP sirviendo de instrumento al servicio de los intereses de la oligarquía está defraudando las más caras esperanzas del pueblo del Perú (Cordero s/f: 92-94).

El documento atacaba también algunos de los tópicos retóricos más importantes de la propaganda aprista. Frente a la afirmación de que el Apra mantenía una actitud diferenciada con el MDP, y que no estaba en el gobierno, sostenían:

> La diferenciación de la que se habla no existe. Lo que se advierte es por el contrario, identificación, que se presta para que algunos sectores hablen de incondicionalidad y otros de complicidad con los actos de gobierno [...] las actitudes partidarias ante los hechos trascendentales de la vida del país sólo demuestran mediatización, afán de silenciamiento, función de freno y alianza estrecha con el Gobierno.
>
> ¿La aceptación de cargos diplomáticos que implican representación directa del Presidente de la República puede ser índice de clara y definida independencia?
>
> La participación de apristas en la conformación de las Juntas de Notables encargadas por el Ministerio de Gobierno para regir las Municipalidades, dejando de lado la bandera de las Elecciones Municipales no consideramos que signifique clara y definida independencia (Cordero s/f: 95).

Otro tema fundamental de enjuiciamiento era el de la supuesta independencia de la lista de «amigos» que el partido había llevado al Parlamento en las elecciones de 1956. El Apra ha sostenido siempre que no tuvo influencia sobre ellos, lo que lo exime de responsabilidad con relación a la política desarrollada por la convivencia, y que lo único que obtuvo de su apoyo a Prado fue la legalización del partido y la democracia. Los disidentes rechazaban esta versión de los hechos:

> La Representación Parlamentaria Aprista o simpatizante actúa, salvo honrosas excepciones, en bloque con la representación pradista, en los asuntos fundamentales para el País, en los cuales era imperativo que se hiciese notar la tan predicada diferenciación. Y no se diga que los integrantes del Frente Parlamentario Independiente actúan por propia iniciativa; ellos siguen las directivas emanadas por el Comité Ejecutivo Nacional o por el c. Secretario General del Partido, ingerencia que en muchos caso ha sido muy notoria y al mismo tiempo perjudicial para los intereses del pueblo como lo sucedido en el debate sobre el alza de los precios del petróleo (Cordero s/f: 95).

Los autores del texto sabían de qué estaban hablando: Carlos Malpica, uno de los firmantes de la moción, era diputado aprista en ejercicio, elegido por el Frente Parlamentario Independiente, la lista que el Apra había promovido en las elecciones de 1956.

La moción planteaba preguntas de fondo que anticipaban el derrotero político que seguiría el Apra en los años siguientes:

> ¿No es cierto que, una vez más, estamos postergando la solución de los grandes problemas nacionales a base de la promesa de 1962, quizá en torno a una nueva Convivencia?
>
> ¿Cuando lleguemos al 62, al paso que vamos, no tendremos que hablarle otra vez al Pueblo, de postergación y espera, para 1968? (Cordero s/f: 97).

El texto finalizaba con una apelación a la memoria de lo que el Apra había significado para muchos peruanos, en un tono emocional, admonitorio:

> Detengámonos a meditar sobre nuestro destino histórico, la sangre derramada, los hogares destruidos, la trayectoria gloriosa, la fe de todo un pueblo, la mística, la doctrina de nuestro gran Partido y después contestemos: ¿será posible que cambiemos todo aquello por "un plato de lentejas"? (Cordero s/f: 98).

Walter Palacios estuvo entre los asistentes a la IV Convención y fue firmante de la moción que presentaron los disidentes. La situación debió ser preocupante para la vieja guardia. En la elección de delegados para la convención los jóvenes

habían empezado a mostrar una fuerza sorprendente. Luis Olivera Balmaceda, militante juvenil, ganó la representación de uno de los sectores más importantes de Lima. Carlos Malpica Silva Santisteban le ganó la representación de los agrónomos a Manuel Heysen, del grupo de Haya. Para la representación de los abogados los viejos propusieron a Carlos Manuel Cox y este fue derrotado por Ezequiel Ramírez Novoa. Los viejos debieron sentir que se les escapaba el control del partido, por el descontento acumulado que se manifestaba. Walter Palacios asistió como delegado del comando universitario de Trujillo. Por la misma tendencia participaron también delegados del comité departamental de La Libertad y otros.

La moción del grupo fue presentada por unos veinticinco firmantes, que inmediatamente fueron sometidos a una presión muy intensa para que retiraran sus firmas. Hubo un grupo que lo hizo, que incluía a un delegado que había participado en la redacción de la moción y que afirmó que había «sido sorprendido». En un artículo que publicó en la revista *Caretas*, Héctor Cordero anotaba:

> [La dirección del Apra] ha desarrollado una burocracia partidaria que al modo de los viejos cacicazgos políticos confía en la treta política para arribar a la conquista de posiciones de poder [...] En la IV Convención Aprista recientemente realizada se manejó hábilmente este argumento para ablandar y someter disconformidades superficiales. La espectativa de puestos parlamentarios en el 62 funcionó tan hábilmente como argumento igual que en los días del hilván político del 56. En esta oportunidad se hizo circular la voz entre las delegaciones provincianas cuya disconformidad era patente que posiblemente se obtendrían de 40 a 60 diputaciones en los tratos políticos que se zurcían. Como por arte de magia la actitud rebelde de muchos se ablandó, se mimetizó o desapareció (*Caretas* 1959).

En un primer debate, la comisión política, presidida Armando Villanueva, decidió expulsar a los firmantes. La reunión terminó en la madrugada y a lo largo del día se presionó a varios de ellos para que se desolidarizaran. Al reunirse el plenario, sin discutir, se aprobó el informe de la comisión política que proponía expulsar a ocho y someter a los demás a disciplina, con trámite de expulsión. Los sancionados no estaban presentes, pues se habían retirado cuando se rechazó someter la moción a la discusión.

Los disidentes habían estado discutiendo a lo largo del día si asistir a la convención. «No se lo esperaban, era como una provocación». Decidieron que de ser necesario se defenderían usando las mismas armas que habían aprendido en el Apra. Había prensa presente, así que el oficialismo se cuidó de mostrar una respuesta desmedida. Expulsar a ocho y someter a disciplina a una veintena

era una medida inteligente, para minimizar el daño que habría representado la expulsión de una treintena de militantes. Por otra parte, siempre era posible recuperar a una parte de los disidentes —sucedió, efectivamente— y quedaba la alternativa de dejar a otros en «congeladora», sin expulsarlos y con sus derechos partidarios suspendidos. Cuando Walter Palacios fue citado para ir a disciplina en Trujillo, envió una carta pública de renuncia y se incorporó oficialmente al Apra Rebelde. Enrique Amaya Quintana, otro de los fundadores del Apra Rebelde, no fue expulsado; ni hubo proceso, ni lo llamaron[7].

Manuel Seoane estuvo entre quienes trataron de evitar la expulsión de los disidentes y en esto chocó con Luis Alberto Sánchez, que desde 1955 —a raíz de la derrota de Seoane y Barrios en Montevideo— insistió en su correspondencia con Haya en la necesidad de hacer una purga. A raíz de unas declaraciones de Seoane, ofreciendo una rama de olivo a los rebeldes que se habían alejado del partido, Sánchez reclamaba a Haya sanciones para su rival: «¿Hasta cuándo vamos a sembrar una unidad adventicia? ¿Por qué no se sanciona a quien "lamenta" que Hidalgo haya renunciado y lo diga por reportaje público, y diga que los "poetas", es decir, Valcárcel, Scorza, Jibaja, Hoke, C. Checa, Puga, tienen "pasaje de ida y vuelta en el partido"? [...] el partido va zozobrando en fango. Lo grave es que de vez en cuando quienes necesitan censura, reciben estímulo y viceversa» (VRHT y LAS 1982: vol. 2, 238-239). Luis Felipe de las Casas fue un firme crítico de la expulsión:

> Fue evidente la inconsecuencia de algunos de los dirigentes más calificados, con el carácter y espíritu democrático que predicábamos. No se trató de evitar esta desgarradura tan penosa sino por el contrario se optó por el camino más fácil: extirparla.
>
> El epilogo de estas discrepancias fue la suspensión inesperada de la Plenaria de la Convención y luego la obligada salida de la sala del grupo discrepante. Volvió a reanudarse la reunión y el grupo insistió en exponer sus críticas, franca y sinceramente. A pedido de un líder, de conocida tendencia oportunista y fluctuante, se aprobó la expulsión física del grupo disconforme de las filas del Partido (De las Casas 1981: 242-243).

La ruptura dio lugar a la formación del Apra Rebelde, con el cual de las Casas discrepaba políticamente, pero al que le expresa un profundo reconocimiento, por la consecuencia y limpieza ética de sus integrantes:

> El error revolucionario de estos jóvenes, en la mayoría de los casos, fue equivocar la estrategia y el camino. Pero cualquiera que sea el juicio histórico,

[7] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 06 de marzo de 2008.

> fue una actitud honrada y digna. Muchos de ellos pagaron más tarde con el sacrificio y la ofrenda de su vida, cuando sincera e ingenuamente tomaron el camino de la guerrilla y la insurrección armada [...] tratando de imitar y/o siguiendo con entusiasmo el ejemplo de los primeros mártires apristas de la revolución de Trujillo en 1932, de Ayacucho, Huancavelica y el centro del país, en 1934, como de otros frentes del mundo, y en particular el de la atrayente leyenda cubana de la Sierra Maestra y El Escambray (De las Casas 1981: 243)[8].

De las Casas discrepaba que con la expulsión de los disidentes «porque por ese camino o medio, el Partido se autocastraba y evitaba la formación de nuevos líderes que proyectasen nuestra acción y pensamiento revolucionario en el futuro. Se había sentado un funesto precedente: *quien discrepaba era expulsado*, vale decir: *comenzaba el reinado de la Santa Inquisición*, con su intolerancia, sus intrigas y venganzas» (el énfasis es original del autor).

Otro caso, que para de las Casas era expresivo de la descomposición a la que llevó el viraje partidario, provocó el apartamiento de Rómulo Meneses, ex diputado por Puno, fundador del Apra y autor de varias obras. Meneses, en su condición de secretario nacional de Campesinado y Asuntos Indígenas, trató de publicar en *La Tribuna* —el periódico oficial del partido— un comunicado protestando por una masacre perpetrada en la hacienda Pomalca, que dejó el saldo de siete campesinos muertos y 33 heridos de bala, pero el diario no lo aceptó. Pomalca era propiedad de la familia de la Piedra, una de las más poderosas integrantes del grupo conocido como «los barones del azúcar y del algodón», el núcleo del poder oligárquico. A raíz de este hecho Meneses se alejó del CEN y del PAP, el 25 de enero de 1962 (De las Casas 1981: 244). Meses después Haya de la Torre ofrecería el apoyo del Apra a la Unión Nacional Odriísta, de la que Julio de la Piedra era el líder principal, y entre 1963 y 1968 cogobernarían desde la irónicamente denominada Coalición del Pueblo. El golpe de Velasco Alvarado frustraría la renovación, que ya se venía preparando, de esa alianza, a la que se incorporaba el ala conservadora de Acción Popular, para el año 1969.

Luis Alberto Sánchez reivindica haber intervenido resueltamente «para detener el torpe divisionismo que, a través de un grupo de estudiantes y jóvenes profesionales, sembraban aquellos a quienes expulsamos durante el exilio, sobre todo el antiguo grupo de Buenos Aires y de México. Fui, por eso, de los

[8] De las Casas es muy duro en su juicio sobre Javier Valle Riestra, que se rectificó y retornó al Apra: «Entre ellos tampoco faltó el doble renegado de este grupo juvenil, que con conocido egocentrismo y ambición, abjuró de su posición revolucionaria y retornó a pedir perdón, rectificándose de sus "arrestos insurreccionales", para postular a un cargo edilicio electivo donde pudiera satisfacer sus ambiciones de notoriedad» (De las Casas 1981: 243).

más decididos en solicitar la segregación de unos treinta militantes que, atraídos por los comunistas, se hallaban en plan subversivo» (LAS 1987: vol. 4, 52). Sánchez estaba decidido a liquidar a los disidentes desde el encuentro de Montevideo de julio de 1954: «La intriga comunista aprovechando las circunstancias sentimentales favorables de la proscripción, había penetrado algo en Chile, mucho en Buenos Aires y La Plata y quizás en algunos casos aislados. Teníamos que extirpar y cauterizar el foco y cambiar y fomentar un nuevo tejido» (LAS 1987: vol. 3, 203). Abordó este tema en más de una oportunidad en su correspondencia con Haya. De la Puente y sus seguidores representaban una línea política que estaba en las antípodas de lo que Sánchez pensaba que debía ser el Apra, y este solo esperaba la ocasión propicia para pedir su expulsión, la que se presentó finalmente en la IV Convención. Siempre según Sánchez, Ramiro Prialé se inclinó por la «clemencia», pero él se mantuvo firme. «La expulsión alcanzó a menos de veinte en Lima y a unos dieciséis en Trujillo, entre ellos, a Luis de la Puente Uceda, Alfonso Barrantes Lingán y seis más, casi todos afiliados después al castrismo y algunos más tarde miembros de las guerrillas en que —ya en 1965— encontraría la muerte de la Puente Uceda». Sánchez se expresa mal, para variar, de Luis de la Puente:

> Yo había oído hablar de este joven desde que llegué al Perú, a mediados de 1956. Me lo describieron como un intelectual vanidoso, muy trujillanista y pariente de Víctor Raúl (Víctor era cuñado de José Félix de la Puente; y éste era tío carnal de de la Puente Uceda). De la Puente se destacaba como un activo colaborador del grupo infiltrado que manejaban los apóstatas Héctor Cordero y Gustavo Valcárcel (LAS 1987: vol. 4, 52-53).

De la Puente había sido sometido ya, por lo menos dos veces, a disciplina y estaba otra vez «en disciplina» en ese momento, junto con otros militantes, por no aceptar la convivencia, «que fue, al decir de Seoane, una decisión personal de Haya» (*La Voz de Huancayo* 1963). En la convención jugaron un papel destacado Carlos Malpica, Gonzalo Fernández Gasco y la delegación de Trujillo, en la que participaban Segisfredo Orbegozo, Enrique Amaya, Walter Palacios y otros. Ellos constituirían el núcleo fundador del grupo aprista rebelde.

> La IV Convención —narra Héctor Cordero— fue un gran escándalo. La Dirección aprista hizo golpear a los discrepantes, amenazó a todo el mundo para evitar que se hiciera dentro de la Convención el pronunciamiento. Aquí jugó un rol importante Carlos Malpica porque él es el que rompe el silencio que se trataba de imponer dentro de la Convención. Cuando lo hace, lo hacen con una pistola pero él se defiende. El escándalo termina

> con la expulsión de varios compañeros, lo que da origen al "Apra Rebelde" (Cristóbal 1985: 217).

Luis de la Puente fue expulsado del Apra junto a otros ocho dirigentes, a los cuales luego seguirían otros expulsados más. Carlos Malpica Silva Santisteban, explicando su salida del Apra en 1983, narró:

> El origen de nuestra expulsión fue habernos opuesto a que continúe la política de "convivencia" con el pradismo y Beltrán [...] En esa reunión presentamos una moción sustentatoria de nuestra posición. Como no tenían argumentos para rebatirla, optaron por el camino aparentemente más fácil: la expulsión [...] Nos presentaron como enemigos de la democracia, a sueldo del comunismo internacional y de El Comercio a la vez, quienes nos habían encargado la misión de boicotear el acceso del Apra al poder [...] (*La República* 1983).

A su vez, Gonzalo Fernández Gasco, recordaría: «Al presentar la moción, se produjo una conmoción general dentro de la convención. Armando Villanueva fue el que asumió la actitud para la expulsión manifestando que habíamos insultado al "jefe". Eso era totalmente falso. En la moción, que aún conservamos, no existe ningún insulto. Lo único que hay es una defensa de principios. Lamentablemente no fue leída, porque de aprobarse habría cambiado el curso de la historia del Partido y de nuestra patria» (*La República* 1983).

Aunque Héctor Cordero no participó en la convención debido a que ya había sido expulsado del Apra, coordinaba con el grupo. Producida la expulsión, en la tarde del 12 de octubre, Cordero hizo llegar la moción de ruptura a *El Comercio*, que la publicó al día siguiente. De esa manera aseguraron el compromiso de los discrepantes y organizaron el Comité Aprista de Defensa de los Principios Doctrinarios y de la Democracia Interna. Habían dos posiciones en discusión sobre qué hacer a continuación. Ezequiel Ramírez Novoa proponía formar inmediatamente un nuevo partido, mientras que de la Puente y Cordero estaban por que se siguiera manteniendo el nombre adoptado hasta agotar las posibilidades dentro del Apra. Ganó la posición de de la Puente, con la idea de aprovechar «todas las posibilidades a cosechar más gente». Plantearon a continuación sacar un periódico al que titularon *Voz Aprista*, que principalmente atacaba la política de la convivencia. Fue dirigido inicialmente por Ramírez Novoa (Cristóbal 1985: 217-218).

De la Puente controlaba algunas bases cuando rompió con el Apra, «como la de Chiclayo, Trujillo, Junín, algunas de Lima y otras que se encienden y vienen a trabajar con nosotros» (Cristóbal 1985: 217-218). Luis Alberto Sánchez, en cambio, minimiza el impacto que tuvo la escisión aprista rebelde:

> Muchos pensaron que, consecuencia de aquellas eliminaciones, el partido sufriría mermas y descalabros y que perderíamos el apoyo de "la juventud". La hipótesis de tal segregación o pérdida fue el cargo más grave que se lanzó contra la política de "convivencia" con el gobierno de Prado, política encarnada por Prialé. Respaldé a Ramiro en su actitud [...] En verdad, pese a los funestos presagios, el partido salió robustecido de la prueba. Las podas suelen fortalecer a los troncos cuando éstos tienen raíces bien plantadas. Este es el caso del Apra. Cada nueva manifestación popular, a partir de la del 22 de febrero de 1958 —nuestro tradicional Día de la Fraternidad— demostraría que el aporte juvenil iba en crescendo, y que sólo un grupo vanidoso de "niños bien" y snobs, era el que se entretenía en criticar, morder, roer y "falar falar, falar" (Cristóbal 1987: vol. 4, 53).

Es imposible diferenciar el impacto que tuvo la escisión separándola del que tuvo el viraje general del partido del cual esta fue una de las expresiones. El hecho es que las elecciones de 1962 demostraron que el Apra había dejado de ser el partido mayoritario del país. Por otra parte, la base social de los expulsados no era de «niños bien», como decía Sánchez[9], sino más bien de jóvenes procedentes de la clase media trabajadora, profesionales, estudiantes y de campesinos, después. Los hechos demostrarían que no se limitaban a «falar, falar».

El comité realizaba actos políticos, pero alguna gente desconfiaba de la participación de Cordero, por considerarlo comunista. Este se hizo su espacio a través del trabajo de prensa, haciéndose cargo de la coordinación general del periódico. Cuando Ramírez Novoa se retiró, Cordero asumió la dirección. El Apra no se quedó cruzado de brazos, sino lanzó una campaña de desprestigio contra los expulsados, centrando sus mayores ataques en su líder principal: «desató toda una campaña contra de la Puente acusándolo de latifundista. Fue terrible la campaña. Lucho rebatió siempre todos los cargos que Haya, Villanueva, Towsend, le hacían. Rebatió tanto por las infamias como por el aspecto político favorable que nos hacía» (Cristóbal 1985: 218).

En su I Asamblea Nacional definieron su identidad política: «El Apra Rebelde tiene como objetivo la liberación nacional del imperialismo y la quiebra de la estructura semifeudal y el dominio oligárquico que actualmente imperan en el país, en beneficio y con la intervención de las clases explotadas, por los medios que sean viables, consecuentes con su línea revolucionaria». No consideraban que esto los dejara de las tradiciones del aprismo, sino más bien que los acercaba a su verdadera tradición insurgente: «el Movimiento Aprista Rebelde

[9] Sin proponérselo, Sánchez, al descalificar con ese apelativo a de la Puente, descalifica también a su tío, Haya de la Torre.

es un movimiento de recuperación del sentido revolucionario del Aprismo» (*Voz Aprista* 1960).

El Apra inicialmente intentó recuperar a algunos disidentes a través de promesas de ventajas, como becas y viajes, si retornaban al partido. Después comenzaron las amenazas y finalmente la violencia, ejecutada por los disciplinarios apristas. Esto era particularmente crítico en La Libertad, donde estaba el núcleo más importante del aprismo rebelde, precisamente en la cuna de Haya de la Torre y del partido. Los viejos apristas, especialmente los militantes que venían de la revolución de 1932, eran hayistas fanáticos, acostumbrados a la acción directa y al uso de la violencia contra los opositores y se prestaban a perpetrar continuamente agresiones contra los «traidores». Por su parte, los disidentes, que provenían del Apra, sabían a lo que se enfrentaban. De la Puente gustaba usar la frase de Martí, «he estado en las entrañas del monstruo y lo conozco», para prevenir acerca de lo que debían esperar. De allí que cuando decidieron romper con el Apra estuvieran preparados para contestar en el terreno de la violencia.

La agresividad —explica Palacios— es mayor entre gente que ha pertenecido a una misma organización y después ha roto. Los apristas trataban a los rebeldes de «traidores», «tránsfugas», «miroquesadistas»[10]. Inicialmente trataban de convencerlos: «Mira Walter, para que te metes, tú eres joven, tienes un futuro, puedes viajar a Costa Rica o a Miami». Varios de los que firmaron terminaron retornando al Apra. Después vinieron las amenazas a los recalcitrantes: «no te metas o te va a ir mal». La situación era difícil para ellos, porque tradicionalmente Trujillo era, y es, cuna y baluarte del Apra. Los apristas rebeldes no tenían problemas con la juventud, incluso con los obreros consecuentes, pero sí con los viejos. Jorge Idiáquez, el secretario personal de Haya, tenía a sus hermanos en Trujillo. Los apristas de la vieja guardia de 1932, «eran hayistas a muerte, movían gente, medios y recursos. Gente como Cassinelli, que era aprista, llevaba en su carro a los búfalos». De la Puente les había advertido desde el principio, «si nosotros entramos ya sabemos cómo es». Los ataques los respondían con denuncias contra el Apra conviviente. En la Universidad de Trujillo le ganaron las elecciones al partido de Haya como apristas rebeldes, yendo como Vanguardia Estudiantil Revolucionaria (VER), en alianza con la juventud comunista e inicialmente hasta con Acción Popular. «Estábamos preparados, era gente decidida». Hasta la ruptura habían sido los engreídos del partido, la juventud universitaria, los que iban al campo.

---

[10] Esto porque los Miró Quesada informaban sobre ellos, desde *El Comercio*, como una manera de golpear al Apra.

Palacios estima que, de la gente que estuvo al inicio, un 80% fue convencida para regresar al Apra. Después, algunos de los que participaron en el Apra Rebelde y en los primeros momentos del MIR se fueron. «Mucha gente pensó que se podía medrar con el Apra Rebelde, luego se dieron cuenta que no. Otros honestamente comenzaron y luego se alejaron porque no estuvieron de acuerdo». En la dirección del MIR apenas había unos cinco militantes que venían del grupo original: Luis de la Puente Uceda, Gonzalo Fernández Gasco, Helio Portocarrero, Enrique Amaya y Palacios.

Durante el primer tiempo los apristas «les daban con todo; a mí me dieron varias veces». En Trujillo emitían el programa «Voz Aprista Rebelde» desde Radio Libertad. Inicialmente lo hacían en vivo, pero tuvieron que empezar a hacerlo en diferido, usando una grabadora italiana Gelosso, debido al hostigamiento de los «búfalos»[11].

La violencia se desplegaba también en Lima, en los frentes gremiales y en el movimiento estudiantil. Pero los apristas constataban que los disidentes eran gente decidida y eso atemperaba en cierta medida las agresiones. La hegemonía aprista se resquebrajaba. En 1959 fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) un democristiano y en octubre 1962 lo sucedió Walter Palacios, para entonces ya miembro del MIR. Palacios había arrebatado al Apra meses antes la dirección de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Trujillo; algo que pocos años antes sencillamente se hubiera considerado inconcebible. Entre los «búfalos» más famosos de la época recuerda a Chaney y Dogomar. Conducía las acciones, aunque no actuaba, Alberto Valencia, quien risueñamente era conocido como «Alberto Violencia»[12].

Un hecho muestra claramente que aún entonces los apristas rebeldes no habían roto ideológicamente con el Apra: decidieron publicar, por iniciativa de de la Puente, *El antimperialismo y el Apra*, el texto doctrinario más importante de Haya de la Torre, que, como se ha señalado, no había vuelto a reeditarse desde su aparición en 1936 por decisión de su autor[13]. Lo editaron a mimeógrafo, completo, pues entonces lo consideraban un referente ideológico importante; una crítica a la inconsecuencia de la dirección con relación a los principios originarios, una herramienta para demostrar que las tesis revolucionarias del Apra habían sido abandonadas. De hecho, en los «Acuerdos de la I Asamblea Nacional del Apra Rebelde», al definir los lineamientos programáticos del grupo pusieron en los considerandos: «los principios teóricos que informan el espíritu

---

[11] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

[12] Idem.

[13] «No comprendíamos por qué era así —señala Walter Palacios— era inconcebible que el Apra se opusiera a la circulación del libro fundador del aprismo».

revolucionario de "El antimperialismo y el Apra" son una adecuada aplicación a la realidad peruana de una concepción científica y revolucionaria de los fenómenos sociales». Y en las resoluciones decidieron: «Ratificar los principios doctrinarios revolucionarios contenidos fundamentalmente en "El antimperialismo y el Apra"» (*Voz Aprista* 1960).

La gran mayoría de los apristas no habían leído ni *El antimperialismo y el Apra* ni, menos, nada de marxismo. Existían apenas uno o dos ejemplares del libro, que habían llegado desde Chile. Editarlo a mimeógrafo no fue tarea fácil. Eran cientos de páginas y había que compaginar cada texto artesanalmente; «si te equivocabas tenías que corregir el esténcil con esmalte de uñas y esperar a que seque». Enrique Amaya fue uno de los mecanógrafos el texto, mientras Walter Palacios y Manuel Pita corregían. Se editaron cientos de ejemplares. Los apristas querían desaparecer la edición. «Era increíble, lo que pasaba era que entraba en contradicción con las propuestas que habían planteado en *30 años de aprismo*, y con los principios y con las nuevas tesis». Los apristas rebeldes comenzaron a usarlo como bandera pero después poco a poco fueron distanciándose de sus posiciones. Fue importante en esta evolución el aporte del texto de Héctor Cordero, *El Apra y la revolución*, una crítica marxista de las tesis de Haya, elaborado durante su exilio en Buenos Aires. «Inicialmente [*El antimperialismo y el Apra*] fue una buena herramienta para el trabajo político con las bases. Porque si se salía de frente ibas a ser un grupito más. Porque de la Puente era muy claro: tenían que hacer política en grande. No iban a ser un grupo pequeño, como el que fundó Carnero»[14].

En la Primera Asamblea del Apra Rebelde, Héctor Cordero fue nombrado secretario de prensa. Decidieron asumir el nombre de Comité Aprista Rebelde, pues prácticamente ya estaban desligados del Apra y no tenía mayor sentido definirse «por la defensa de la democracia y los principios» del partido que los había expulsado, «además éramos más conocidos así, como apristas rebeldes». El periódico cambió de nombre a *Voz Aprista Rebelde*.

La llamada de la revolución

En esas circunstancias el triunfo de la revolución cubana, en enero de 1959, tuvo un gran impacto sobre los apristas disidentes. Fidel Castro decía que no era necesario ser militante del PC para poder ser revolucionario y su afirmación estaba respaldada por una revolución triunfante realizada sin la intervención de

[14] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008. Guillermo Carnero Hoke propició la formación del Partido Nacionalista Revolucionario, que no tuvo mayor significación y se extinguió rápidamente.

los comunistas, e inclusive enfrentando la abierta hostilidad del Partido Comunista cubano. Se había creado el espacio para la construcción de nuevas identidades políticas, que rompían con la disyuntiva de estar con el Apra, o con el PC, o con los trotskistas. Es difícil exagerar la influencia de la revolución cubana sobre los disidentes; la manera cómo estos veían absueltas milagrosamente sus angustias: «Se forma el MIR, VR [Vanguardia Revolucionaria] —narra Cordero—, porque la gente había entendido que no era necesario ser del PC o de la IV Internacional para ser revolucionario: ni stalinista ni trotskista» (Cristóbal 1985: 112).

El triunfo de la revolución cubana tuvo una honda repercusión en el grupo. Hilda Gadea, entonces casada con el Che Guevara, retornó a Lima y organizó el Comité de Defensa de la Revolución Cubana, donde inicialmente participaba el Apra, que consideraba a Fidel un líder de «izquierda democrática». Ella, sin embargo, renunció al Apra apoyando a los apristas rebeldes (*Voz Aprista Rebelde* 1960). Para entonces, de la Puente y otros líderes del Apra Rebelde ya habían empezado la evolución que los llevaría a romper con su pasado aprista, declararse marxistas y anunciar que se proponían realizar la revolución por la vía armada. En julio de 1959 de la Puente viajó a La Habana, invitado a participar en un foro sobre reforma agraria. Era un tema que conocía, pues había sido el objeto de su tesis universitaria. Trataba el problema del agro peruano proponiendo como respuesta la alternativa aprista auroral, centrada en un régimen de pequeña propiedad y cooperativismo. Un especialista cubano le mostró la inconsistencia de sus planteamientos, obligándolo a reformular su posición. Poco tiempo después retornó a La Habana, esta vez invitado por el Che Guevara.

Ricardo Napurí fue otro de los jóvenes peruanos radicales que llegó a Cuba y conoció al Che. Había salido del Perú deportado ya que, siendo un aviador militar, se negó a bombardear a los marinos apristas insurrectos el 3 de octubre de 1948. En Argentina entabló relación con Silvio Frondizi, que lo ayudó para salir de prisión. Esta relación debió influir en su adhesión al trotkskismo. El 8 de enero de 1959 viajó a Cuba en un avión que trasladaba a exilados cubanos, argentinos que habían apoyado la revolución cubana y a los familiares del Che Guevara. Napurí conoció al Che y le ofreció su colaboración.

> Yo, que había pensado en apoyar y colaborar con la revolución haciendo propaganda, me encontré con que el Che me decía que una primera prueba de mi colaboración sería mi retorno a Perú con la tarea de ver qué organizaciones y hombres apoyaban a Cuba, pero que a la vez estuvieran dispuestos a asumir un compromiso revolucionario. Y fue claro: "Aceptas o no aceptas", dijo. Ahí decidí abandonar todo, mi familia, mi trabajo, todo. Era la fuerza que tenía la revolución, la gente en las calles. Yo era joven, apenas tres años mayor que el Che, y pensé: "Siempre quise esto, peleé por esto". Y Cuba te

> decía: "Vamos a hacer juntos la revolución". No decía "yo la hago". Decía: "Háganla ustedes y nosotros les apoyamos". Así que no dudé, acepté de inmediato. Cuando menos lo pensaba, ya estaba comprometido con el Che, apenas siete días después de arribar a la isla (Bermúdez y Castelli 1997).

Siempre según la versión de Napurí, él se incorporó al Apra Rebelde en Cuba, por consejo del Che:

> Habíamos coincidido con el Che que era una limitación el que yo no tuviera presencia política significativa en Perú, de donde había sido deportado muy joven. Ni pensar en plantear algo al Partido Comunista peruano, que se había mostrado hostil a los guerrilleros cubanos. Logré sin embargo coincidencias importantes con Luis de la Puente, Hilda Gadea —la primera esposa del Che— y otros dirigentes de la izquierda aprista. De la Puente era un joven abogado con trayectoria como líder estudiantil y muy decidido y con cualidades de mando. Él y su grupo tenían tradición militante e influencia en la región Norte del país, entre los trabajadores azucareros, sobre algunas comunidades campesinas y en varias Universidades (Bermúdez y Castelli 1997).

En otra entrevista, Napurí ha sostenido que él e Hilda Gadea presentaron a de la Puente al Che (Hinojosa 2003).

Napurí narra que el Che le encomendó la tarea de establecer los nexos políticos entre el Apra Rebelde y la dirección castrista. Pero no fue bien recibido por sus nuevos compañeros cuando se acercó a ellos en el Perú. La filiación trotskista de Napurí tenía que levantar, inevitablemente, fuertes suspicacias. En la izquierda había una fuerte prevención contra el trostkismo no solo por la campaña de desprestigio que el estalinismo desplegaba contra él, sino por la mala fama de «entristas» con que se asociaba a los trotskistas: «cuando fui al Norte del Perú, llegado de Cuba, uno de los lugartenientes de de la Puente agarró su pistola y me dijo: "Te retiras de acá, hijo de puta. Vienes a quitarnos lo que tenemos. Fuera". Tuve que hacer de guapo y desafiarlo a disparar. No lo hizo [...] entonces me aceptaron. Es que el Apra Rebelde no tenía tradiciones obreras. Y, por otra parte, no les agradaba verme como un hombre "protegido" de Cuba» (Bermúdez y Castelli 1997).

Ricardo Gadea era un joven aprista que estudiaba en la Universidad de La Plata, en Buenos Aires, cuando conoció a otro joven peruano llamado Máximo Velando. Este era natural de Jauja e hijo de campesinos, un quechuahablante que viajó a los veinte años a la Argentina a estudiar Economía. Se había vinculado con la Juventud Comunista Argentina, trabajó como obrero y en 1961 volvió al Perú, para partir poco después por su cuenta a Cuba, donde volvió a encontrar a Gadea. Ambos colaboraron en la defensa de Cuba durante la crisis de los misiles.

Luego, Velando retornó al Perú y desarrolló un importante trabajo político en la sierra central, llegando a ser elegido líder de la Federación Campesina de Satipo. Para entonces se había incorporado al MIR y en condición de militante de esa organización retornó a Cuba formando parte de una delegación partidaria. Allí volvió a encontrar a Ricardo Gadea, para quien volver a ver a su viejo conocido y descubrir que formaban parte de la misma organización constituyó una «gratísima sorpresa» (Rénique 2004).

Ricardo Gadea se contactó con Cuba a través de su hermana Hilda, que aunque ya estaba separada del Che, tenía una hija con él. El impulso que Hilda dio a las actividades de solidaridad con Cuba en el Perú la convirtió después del triunfo de la revolución en un enlace privilegiado entre los revolucionarios peruanos y el Che.

Paralelamente, el Apra escalaba su oposición contra Castro a medida que el líder cubano tomaba medidas cada vez más radicales contra los capitales imperialistas: las nacionalizaciones, la reforma agraria, etcétera. La actitud anticomunista de Haya, y su voluntad de legitimar una intervención armada norteamericana contra Cuba, no pasó desapercibida para los apristas rebeldes, que la denunciaron en su prensa: «Haya, en Costa Rica, en 1961, es prácticamente expulsado, al hacer declaraciones propiciando una invasión a Cuba por parte de la OEA»[15].

La embajada norteamericana seguía la formación del Apra Rebelde con atención. Un reporte de la CIA, de mayo de 1960, informaba que el vicepresidente Luis Gallo Porras, quien reemplazaba al presidente Prado mientras este estaba de visita en la Argentina, había dicho al embajador norteamericano, el señor Chapin, que podía ser necesario que el gobierno peruano rompiera relaciones con Cuba, por «interferencias de la embajada cubana en problemas obreros y estudiantiles». Decía, asimismo, que las simpatías por Castro en el Perú estaban limitadas a los izquierdistas disidentes y a elementos comunistas, que eran fácilmente neutralizados gracias a la tradicional influencia del partido aprista —«izquierdista pero no comunista»— entre los estudiantes y los obreros organizados. Los dirigentes apristas expresaban su desencanto con Castro y su régimen, pero dudaban en denunciar abiertamente sus actividades, por miedo a perder militantes, que podrían irse con los comunistas o con el Apra Rebelde (CIA 1960b).

[15] «Decía la información, entre otras cosas, que el jefe del aprismo había afirmado la necesidad de la intervención de la OEA desde el punto de vista militar, de acuerdo al tratado de Río de Janeiro, ya que el gobierno cubano se había entregado al comunismo moscovita. Declaración que fue acallada por las agencias noticiosas imperialistas» (*Voz Aprista Rebelde* 1961a).

Los inicios del MIR

Entre octubre y noviembre de 1960 los disidentes lanzaron un documento para su discusión por la militancia, conocido con el nombre del «Manifiesto de Chiclayo», cuando de la Puente estaba aún en La Habana, donde había permanecido casi todo el año. Había sido redactado por Cordero y fue sometido después a discusión en varios eventos partidarios. A su retorno, de la Puente manifestó su acuerdo con las proposiciones y la versión definitiva del texto se publicó en *La Voz Aprista Rebelde*, «justo en las vísperas de una represión que efectuara Pedro Beltrán, aliado en ese momento del Apra» (Cristóbal 1985: 223). Allí se anunciaba: «con el Apra Rebelde nace un nuevo movimiento de izquierda revolucionaria en el país».

Existía una contradicción entre la necesidad que los disidentes sentían de avanzar en las precisiones programáticas y la de preservar los militantes que habían abandonado el Apra con ellos: «no existía todavía un desarrollo masivo ni había gran penetración en los sectores populares, ya que cuando más definíamos posiciones ideológicas la gente apristona se salía y volvía al redil» (Cristóbal 1985: 223). Se tenía cierta influencia en universidades, sectores ex apristas y en el campesinado, gracias a que de la Puente era abogado de algunos sindicatos y comunidades.

En el centro del país, Máximo Velando comenzó un importante trabajo en la Federación de Campesinos de Satipo. Velando fue posteriormente elegido dirigente del MIR (1984). La gran movilización campesina que se estaba desplegando en el país hizo que el grupo se interesara vivamente en el problema campesino. Las masacres de Chiclín, Cajamarca y Cerro de Pasco llevaban a mirar al campesinado como un elemento revolucionario, algo que no había sucedido en la historia del Apra. Por otra parte, en la revolución cubana, que era un referente importante para los apristas rebeldes, el papel del campesinado había sido clave.

La línea política que desembocaría en el MIR se separaba radicalmente de la seguida históricamente por el Apra en la atención que prestaba a la cuestión del campesinado: una preocupación que los llevó a incorporar los colores rojo y verde en la bandera de la nueva organización[16]. La razón más evidente es la influencia de la revolución cubana, pero el interés por el agro en de la Puente venía de antes. Ya en 1956 había empezado a trabajar la tesis con que se graduó de abogado, que versaba sobre la reforma agraria y que más tarde fue publicada como libro (1966). Walter Palacios considera que el interés de de la Puente

[16] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

—a quien califica de «agrarista»— fue determinante en este terreno para la evolución ideológica del MIR.

De la Puente era hijo de hacendados y había vivido ligado siempre al agro, inclusive cuando estuvo de estudiante en Trujillo. Era de familia de hacendados tanto por los de la Puente como por la familia de su madre, los Uceda Callirgos, propietarios de la hacienda Julcán, en Otuzco. Desde niño fue impactado por la situación de los campesinos, se identificaba con ellos y sus relaciones eran de camaradería y amistad. Había nacido en Santiago de Chuco, la tierra de César Vallejo, donde estaba la casa solariega familiar. A diferencia de sus hermanos, que estudiaron en EE.UU., él asumió la administración de la hacienda y se interesó en problemas técnicos, la mecanización, el mejoramiento de las semillas, etcétera. Una anécdota que escuchó Palacios afirma que quería que en la procesión patronal el Apóstol Santiago saliera con una mochila de fumigar, para convencer a la gente. Era católico y por eso era descalificado por los comunistas pro chinos. Y aunque al decantar posiciones tomó distancias con la religión, consideraba siempre que había que ser respetuoso con las tradiciones religiosas populares. «Su experiencia con los campesinos le da esa sensibilidad. Estuvo siempre entre Trujillo y su hacienda. Sus amigos eran los de Santiago de Chuco que estudiaban en la universidad, pero también el herrero, el gasfitero, el carpintero, siendo un colorado, un intelectual. Su experiencia de vida lo lleva al asunto del campo»[17].

De la Puente cultivó esas inclinaciones, la experiencia política en Santiago de Chuco con los campesinos y después, en la universidad, con los cañeros. Cuando llegó deportado a México se vivía aún la efervescencia de la reforma agraria de Lázaro Cárdenas. Reafirmó su interés en el tema y trabajó ya pensando en el proyecto político. Al regresar al Perú y redactar su tesis, recogió la sistematización que había hecho en México de las experiencias mexicana, boliviana, de los koljoses soviéticos y el kibbutz israelí. Su tesis no fue solo una propuesta académica para recibirse como profesional sino un componente dentro del proyecto político que venía construyendo. Cuando fue a Cuba y sus posiciones sobre el agro fueron duramente criticadas[18] continuó trabajando, estudiando, modificando sus planteamientos con la idea de elaborar un proyecto de ley para presentarlo al Parlamento. En Cuba trabajó en el Instituto de Reforma Agraria, y sus anfitriones le pusieron dos asistentes, un abogado y un agrónomo, para que lo ayudaran. Discutió su propuesta con la Roca, un dirigente colombiano de un grupo que antecedió a las FARC. El proyecto trabajado en La Habana lo

[17] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

[18] La reforma agraria que de la Puente propuso en su tesis estaba basada en la alternativa agraria aprista del programa de 1931.

continuó en el Perú, asistido por un equipo en el que participaron Luis Pita, Gonzalo Fernández Gasco, Iberico y otros.

Posiblemente fueron los ataques que de la Puente lanzaba continuamente contra Haya y la dirección del Apra lo que provocó el atentado que en febrero de 1961 cometieron contra él un grupo de defensistas apristas. Según Cordero el objetivo era matarlo. Palacios no está convencido de que así fuera. El asalto se produjo en plena Plaza de Armas de Trujillo, a la una de la tarde, a plena luz del día, lo que no sugiere un intento de asesinato, «pudiendo hacerlo con los métodos que tiene el Apra». Un grupo de «búfalos» que había venido siguiéndolo se lanzó a agredirlo, pero de la Puente se defendió y mató de un disparo de revólver a uno de los agresores, de apellido Sarmiento, que luego fue reivindicado como un héroe por el Apra. Héctor Cordero no duda sobre la autoría del atentado: «La acción no había sido buscada sino provocada por Haya, con conciencia del delito a perpetrar. Y digo por Haya porque sólo él pudo dar este tipo de directiva [...] además que Lucho ya venía al país con el objetivo preciso de realizar la lucha armada» (Cristóbal 1985: 224). De la Puente estaba con Gonzalo Fernández Gasco, Luis Pita Díaz y Luis Pérez Malpica. Sabía lo que se venía; acababa de llegar de La Habana, de su tercer viaje. «Si de la Puente no hubiera reaccionado de esa manera, posiblemente más tarde hubieran intentado liquidarlo». Un antecedente que puede explicar la reacción de de la Puente es que una semana antes los disciplinarios apristas habían masacrado a dos de sus compañeros, Walter Palacios y Enrique Amaya. De hecho, cuando se cometió la agresión contra de la Puente, Palacios estaba aún internado en el hospital, convaleciendo de la paliza recibida[19].

El atentado tuvo una fuerte repercusión política, y fue ampliamente cubierto por la prensa (*Voz Aprista Rebelde* 1961a, 1961b, 1961c). De la Puente estuvo en prisión por cerca de un año y medio, mientras en Cuba se tomaban importantes decisiones que influirían muy fuertemente en el futuro curso de la lucha armada en el Perú. La prisión no interrumpió su trabajo político:

> En la prisión se hace indispensable, incluso para los mismos del Penal, o sea para los reclusos. Dirige obras de mejoramiento interno; consigue, a través de contactos y amistades, cemento, ladrillo, ropa, víveres, etc. Se convierte en un personaje de la prisión. Las autoridades mismas no podían controlarlo [...] Lucho estuvo por lo menos un par de veces en huelga de hambre, porque querían someterlo a una estricta disciplina carcelaria. Curiosamente, la cárcel es a veces donde menos se puede controlar políticamente a la gente. Al guiar la dirección de la organización recibía muchas visitas de compañeros que

[19] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

> llegaban de Lima, Huancayo, Chiclayo, Cajamarca, Lima, para conversar con él, para ver los problemas del Partido. Reflejaba así una gran capacidad de convocatoria. Yo, por ejemplo, viajaba todos los fines de semana a Trujillo (Cristóbal 1985: 224).

Finalmente, luego de un juicio que concitó una gran atención, de la Puente fue declarado inocente por haber actuado en legítima defensa y fue puesto en libertad[20].

Carlos Malpica era el solitario representante del Apra Rebelde en el Parlamento y a él le correspondía presentar el proyecto de ley de reforma agraria del MIR[21]. Él era agrónomo, egresado de la Universidad Nacional Agraria, y conocía bien el tema, así que pidió revisar la propuesta. De la Puente estaba en prisión por la muerte del defensista Sarmiento e insistía en la urgencia de que se presente el proyecto, ya que lo consideraba una herramienta política fundamental; los movimientos campesinos arrasaban la sierra peruana y la cuestión campesina le parecía en ese momento más importante que la obrera. Malpica añadió algunos elementos y luego presentó la propuesta, pero el texto de base fue el redactado por de la Puente. El Parlamento se negó a discutir el proyecto. Walter Palacios considera que, aunque la sociedad peruana estaba experimentando profundos cambios con las migraciones, la actividad económica fundamental seguía estando en el campo[22].

El debate en el Apra Rebelde había llevado al desarrollo de dos líneas alternativas, derivadas de distintas evaluaciones del tiempo político que se vivía. Una era encabezada por Ricardo Napurí, con la que se alineaba Carlos Malpica, que estaba por trabajar por la creación de un partido. Y la otra, encabezada por de la Puente, que suscribían Héctor Cordero, Walter Palacios, Elio Portocarrero y otros —con la que se alineaba Javier Valle Riestra—, que estaba por prepararse para el inicio inmediato de la lucha armada, considerando que la construcción del partido se resolvería en la práctica misma.

Ricardo Napurí, según Walter Palacios, era considerado un activista valioso, pero varios de los integrantes del grupo desconfiaban de él por su procedencia

---

20 Sigisfredo Orbegoso Venegas, quien fue el secretario general del MIR de Trujillo, tuvo a su cargo oficialmente la defensa de de la Puente, aunque en buena cuenta esta fue desarrollada sustancialmente por de la Puente mismo (Orbegoso Venegas 2003: 17-18, entrevista a Walter Palacios, ya citada).

21 Carlos Malpica Silva Santisteban era hijo de un aprista muy reconocido en Cajamarca, Carlos Malpica Rivarola, y el nombre de su padre debió pesar en su elección. Pero Malpica hijo tenía sus propios méritos y llegó a ser un parlamentario muy importante y uno de los políticos de izquierda más destacado del Perú.

22 Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

trotskista[23]. Malpica tenía un peso político propio y había sido elegido diputado por el Apra en el segundo período de Prado (Cristóbal 1985: 225).

El caso de Javier Valle Riestra es especial. Su paso por la organización, según varios testimonios, fue fugaz, pero con un elevado nivel de compromiso; llegó a ser secretario de prensa del movimiento y director de *Voz Rebelde*. Un día cualquiera apareció por el local partidario con un artículo que se publicó sin discusiones. Llegó individualmente y por su cuenta, escribía bien, era un erudito, pidió incorporarse y se le aceptó sin más trámites, aunque no siempre las relaciones con él fueron fáciles. Según narra Palacios, en una oportunidad llegó con un artículo contra la Iglesia. Le explicaron que la guerra del grupo no era contra la Iglesia sino contra la oligarquía, lo que provocó su alejamiento. Regresó pocas semanas después; consideraba ahora que la situación política era complicada, y opinaba que convenía bajar el tono de la oposición y reducir el tiraje de la prensa. Sus bandazos eran generalmente recibidos con buen humor. En los primeros meses de 1962, en medio de la campaña electoral, publicó un artículo en *La Tribuna* titulado «Abjuro de mis críticas a Haya de la Torre» y se retiró del MIR, retornando al Apra. Esto fue posible gracias al perdón que le otorgó personalmente Haya de la Torre[24].

Valle Riestra ha explicado en distintas oportunidades su alejamiento del MIR y su retorno al Apra, por el carácter «estalinista» de esta organización (*Caretas* 1998, citado en Rénique 2004, Valle Riestra 2008). El MIR, sin embargo, nunca se declaró estalinista ni los disidentes que se marcharon de la organización —con la obvia excepción de Valle Riestra— invocaron nunca este argumento, ni la ausencia de democracia partidaria, dentro de lo que permitían las circunstancias de una organización que se había propuesto tomar el poder por las armas. Si la crítica se refiere al carácter marxista revolucionario del MIR, Valle Riestra compartía esa posición y era uno de sus voceros más radicales. Véase por ejemplo su crítica al Haya de *30 años de aprismo,* apenas un semestre antes de dejar el MIR y retornar al Apra. Haya, decía, proclamaba «la claudicante tesis de "internacionalismo democrático sin imperio"». Su crítica al entreguismo de Haya es frontal:

> Esa posición —enderezada a volver grato al aprismo en Wall Street— precipitó al PAP a una degradada política pro-imperialista, en general, y pro-yanqui, en particular. Aplaudieron el asalto a Guatemala, la invasión de Cuba,

[23] Palacios señala que tuvieron discrepancias políticas, pero subraya que Napurí trabajó lealmente construyendo el Apra Rebelde. En eso se distancia de los elementos más sectarios que, partiendo de su filiación trotskista, lo descalificaban como un infiltrado.

[24] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

> lanzaron manifestaciones anti-comunistas cerriles, ofrecieron voluntarios para combatir en Corea y fundamentaron las voraces inversiones de los capitalistas foráneos en nuestro país —tal como lo demuestra su antinacional defensa de la International Petroleum Company en el caso de la Brea y Pariñas— (Valle Riestra 1961)[25].

Frente a esta «claudicación», Valle Riestra anunciaba su ruptura ideológica con el Apra y rechazaba volver a la tesis originaria de Haya de la Torre sobre el «Estado antimperialista», declarando esta tesis «liquidada». Oponía a las tesis de Haya el «Estado Revolucionario» nacido de la revolución cubana, que había «emancipado a la isla del yugo imperialista y expulsado a los capitalistas extranjeros. Ese Estado [seguía explicando] [...] será el único con capacidad para llevar la lucha antimperialista hasta sus últimas consecuencias, sin necesidad de buscar inversiones capitalistas privadas extranjeras» (Valle Riestra 1961).

Su zanjamiento con la convivencia era igualmente radical: «nuestra burguesía no es autónoma sino que es una creación del imperialismo con el cual no compite sino al que representa. Nuestras burguesías son parásitas del imperialismo» (Valle Riestra 1961). No es verosímil pues que su alejamiento del MIR tuviera como motivación las diferencias ideológicas, ni que retornara al Apra porque se seguía sintiendo ideológicamente aprista.

En la Convención de Chiclayo, realizada entre el 12 y el 13 de marzo de 1962, se decidió cambiar el nombre de la organización, de Apra Rebelde a Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), a propuesta de Héctor Cordero. Se consideraba que la etapa aprista rebelde se había agotado. Ya no tenían nada que hacer con el partido de Haya y el movimiento asumía crecientemente una definición ideológica marxista. Esto provocó la renuncia de algunos militantes, como Ezequiel Ramírez Novoa (Cristóbal 1985: 145). Napurí propuso como nombre Partido de los Trabajadores, pero fue derrotado. En la elección jugó la influencia del MIR venezolano, recientemente escindido de Acción Democrática, el partido hermano del Apra. En segundo lugar, los miristas se consideraban «una transición al Partido Proletario», pero no creían tener aún la condición de tal, tratándose de un movimiento surgido de las clases medias, con fuerte influencia campesina. «Considerábamos, por lo tanto, que llamarse Partido Proletario era un poco limitativo para un país como el nuestro de fuerte tendencia campesina; pero al propio tiempo teníamos que reivindicar las posibilidades de un desarrollo revolucionario». Pesaba, finalmente, «el hecho que Fidel haya

[25] Como se recordará, Haya de la Torre ofreció, desde su cautiverio en la embajada de Colombia, aportar cinco mil combatientes apristas para apoyar a los Estados Unidos en su intervención imperialista en Corea.

comenzado y terminado la revolución con el nombre de Movimiento 26 de Julio y no con el nombre de Partido, que ya implica una constitución orgánica muchísimo mayor» (Cristóbal 1985: 226).

En la Convención de Chiclayo se eligió en ausencia secretario general a Luis de la Puente Uceda, que continuaba en la cárcel. Fue elegido con la oposición de Ricardo Napurí, mientras Carlos Malpica no estuvo presente. La elección obligó a trasladar lo principal de la dirección a Trujillo, aunque algunas secretarías se mantuvieron en Lima: Prensa (Cordero), Relaciones (Napurí) y Política (Malpica). La II Convención Nacional o Asamblea del Aprismo Rebelde declaró a Haya de la Torre «traidor a la Revolución Latinoamericana». El Apra Rebelde se definió como «un movimiento autónomo, revolucionario, no parlamentarista», ratificó todos los términos del Manifiesto de Chiclayo, proclamó que su ancestro político se remontaba más allá del Apra, incorporando a los precursores del pensamiento progresista peruano, insistiendo especialmente en el aporte de Mariátegui. Fueron elegidos para la dirección Luis de la Puente Uceda (secretario general), Carlos Malpica (subsecretario general), Ricardo Napurí (secretario de Política), Máximo Velezmoro (secretario de Economía), Héctor Cordero (secretario del Exterior), Miguel Tribeño (secretario de Organización), Walter Palacios (secretario del Interior), Javier Valle Riestra (secretario de Prensa) y Gonzalo Fernández Gasco (secretario de Propaganda) (*Voz Aprista Rebelde* 1961d).

En el país se vivía el profundo impacto de las grandes tomas de tierras en el campo y la efervescencia de la coyuntura electoral de 1962 en las ciudades, y eso obligó al movimiento a tomar nuevas decisiones. En una asamblea en Lima se discutió la posición sobre las elecciones: «Fue una reunión muy tensa —narra Héctor Cordero— y polémica. Habían diversas corrientes políticas: ex-apristas, socialprogresistas, trotskistas, etc. Ahora claro, el nombre no era sólo el nombre, sino la carga y contenido revolucionario [...] Tú sabes que a veces se discute aparentemente cosas que no representan nada o mucho, pero que están determinando posiciones concretas» (Cristóbal 1985: 226). La reunión se desarrolló bajo el impacto del fracaso del intento del alférez Vallejos de iniciar una guerrilla en Jauja y del poderoso movimiento campesino que se desplegaba en La Convención y Lares. El alférez Vallejos era un oficial del Ejército peruano que entabló relaciones con un joven militante trotskista, miembro de una pequeña organización, que lo ganó a posiciones revolucionarias. Decidieron empezar una guerrilla para hacer la revolución desde Jauja y tomaron el control del cuartel que él tenía a su cargo, intentando después internarse en la selva de Moyobamba.

El proyecto era improvisado y tuvo contratiempos desde el primer momento. El mismo día del inicio de las acciones una patrulla del Ejército alcanzó a la columna guerrillera, Vallejos cayó en la acción y el resto de los insurrectos fue

detenido[26]. Para los miristas este hecho, junto con los ecos de las tomas de tierras en el Cusco, era indicativo de la necesidad de lanzarse ya a la acción, cuando el campo peruano ardía con la rebelión campesina.

Se discutieron dos alternativas: participar en el proceso electoral y abstenerse para organizar la lucha armada. Se aprobó una tercera posición: dejar en libertad a los militantes para votar o ser elegidos, lo que refleja las discrepancias que el problema suscitaba (Cristóbal 1985: 226)[27]. A raíz de esta decisión, Malpica, que contaba con el apoyo electoral del Movimiento Social Progresista para volver a postular al Parlamento, se retiró del MIR, pero quedó en buenos términos, como amigo del movimiento, sin una ruptura de por medio. Aunque los miristas fueron invitados a participar en las elecciones por grupos como el Frente de Liberación Nacional (FLN) —patrocinado por el PC—, declinaron.

Walter Palacios, en su condición de dirigente estudiantil, participó en la toma de la Universidad de Trujillo en diciembre de 1962 y estuvo entre los dos millares de dirigentes políticos y sindicales de izquierda que fueron detenidos y puestos en prisión por la junta militar de gobierno de Pérez Godoy, el 5 de enero de 1963 (Ledesma 1964: 73-76).

Sobre la concepción del frente que el MIR defendía, Cordero señala que querían que estuviera formado por organizaciones políticas responsables, «con base social y con responsabilidades políticas concretas». No rechazaban a las personalidades, pero opinaban no había quien respondiera por ellas: «pasan y a veces no dejan nada, sólo problemas […] todo Frente necesita activistas, movilizaciones, penetrar en diferentes sectores de las bases, eso no se logra con personalidades sino con organizaciones». El MIR se abstuvo también de participar en el Frente de Defensa del Petróleo propiciado por Ramírez Novoa, entre otros, y del cual formaba parte hasta *El Comercio*. Más allá de las racionalizaciones que exponían los miristas, pesaba en sus decisiones la desconfianza que sentían por tal o cual persona, cuyo pasado no les inspiraba confianza, y las desconfianzas que ellos a su vez despertaban en los demás, por su pasado aprista.

Walter Palacios reconoce que su pasado era una gran limitación. Ideológicamente, más allá de lo que proclamaran, mayoritariamente los miristas de la primera época no eran marxistas sino apristas. A diferencia de Cordero y Napurí, que habían estado en el exilio y habían tenido la oportunidad de formarse ideológicamente, ellos habían sido activistas de una organización en la clandestinidad, que virtualmente había proscrito el debate político. El sambenito de

[26] Mario Vargas Llosa ha ofrecido una versión novelada del alzamiento del alférez Vallejos en *Historia de Mayta* (1984).

[27] Cordero señala que Acurio, en el Cusco, ya estaba comprometido como candidato y a Carlos Malpica lo apoyaba el socialprogresismo.

apristas los marcaba como cuadros sin formación teórica, a los cuales además el partido aprista había inoculado el anticomunismo que alimentaba fuertes prejuicios contra la izquierda. Para el resto de la izquierda ser aprista era no tener formación; ser gente de choque[28]. Ayudó a reorientar a la organización la incorporación de algunos ex militantes del Partido Comunista, especialmente de Guillermo Lobatón, quien llegó a ser uno de los dirigentes más importantes y, según Walter Palacios, tenía un enorme grado de legitimidad entre los miristas. Era un militante comunista que había afrontado prisión y torturas, vivió exiliado en París y allí se dotó de una sólida formación marxista. Luego del triunfo de la revolución cubana viajó a la isla y se puso en contacto con los jóvenes peruanos que se organizaban, decididos a hacer la revolución. Inicialmente se incorporó al Ejército de Liberación Nacional (ELN), que dirigía otro joven ex comunista, Héctor Béjar. Pero después decidió pasarse al MIR, según explicaría después, porque se sentía más afín con la composición de clase del MIR que con la del ELN, formado mayoritariamente por estudiantes universitarios.

Desde el primer viaje de de la Puente y de una delegación del Apra Rebelde a Cuba, para participar en un foro sobre reforma agraria, se entabló una relación con los revolucionarios cubanos, y especialmente con el Che Guevara, que encaminó a la nueva organización hacia la insurrección armada.

> Eran meses decisivos para el régimen castrista. En la plaza de la revolución habanera, los peruanos escucharon a Fidel vaticinar la transformación de la cordillera de los Andes en una "Sierra Maestra hemisférica". Por ese entonces comenzó a concebirse el plan insurreccional del MIR. Ante el planteamiento del Che —según Napurí— "del foco guerrillero como la herramienta primera y fundamental de la revolución", De la Puente habría contestado con su visión de que, "la alianza del Apra Rebelde con Cuba se convertiría en un formidable catalizador" [...] En el Perú, mientras tanto, el estallido campesino a través de la sierra aceleraba aún más el tiempo político (Rénique 2004).

Para los cubanos, era imprescindible que triunfaran otros movimientos revolucionarios en América Latina para que la revolución cubana no quedara aislada, pues en ello se jugaba su supervivencia. Para los revolucionarios peruanos, Cuba daba la respuesta a sus interrogantes sobre cómo hacer la revolución. Los cubanos, además, estaban dispuestos a aportar su experiencia y a cooperar en la formación militar y el armamento de los combatientes. El escritor Luis Felipe Angell, «Sofocleto», que había sido candidato a la vicepresidencia por el Frente de Liberación Nacional, promovido por el PC, y Violeta Carnero Hoke, la hermana de Guillermo, una militante aprista que se pasó a la izquierda en los años

[28] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

cincuenta, jugaron un papel importante como amigos de la dirección cubana para facilitar el viaje de estudiantes peruanos a Cuba —fueron conocidos con el nombre de «los becados»—, que luego se incorporaron al proyecto conocido como el ELN[29]. Según Napurí, este fue directamente un proyecto del Che Guevara:

> A ese grupo de voluntarios, me dijo después Héctor Béjar, que había sido expulsado del PC peruano, el Che lo alentó como un reaseguro ante el planteo del Apra Rebelde. En 1962, Béjar opinaba que a pesar de que el ELN era un grupo muy inferior al MIR, creía que el Che y Fidel, que los visitaban y discutían con ellos, les daban atención privilegiada, porque a los ojos de los cubanos ellos eran más 'ortodoxos' que el MIR. Eran fieles seguidores de sus posiciones, las que fueran expuestas por Regis Debray en su libro *La revolución en la revolución*. Es que el Che siempre mantuvo el ideal del foco "puro", hasta el fin de sus días (Bermúdez y Castelli 1997)[30].

El MIR, sin embargo, tenía una relación directa con el Che y empezó a enviar a sus militantes a Cuba para prepararse para el inicio de la lucha armada.

Fue imposible unificar los dos proyectos revolucionarios que se estaban gestando. Existían diferencias desde las tradiciones políticas de las cuales provenían los dirigentes más importantes de ambas tendencias: del PC, Héctor Béjar y Juan Pablo Chang, que formarían el ELN; y del Apra, de la Puente, Palacios, Gadea, Fernández Gasco y otros, que constituyeron el MIR. Los primeros desconfiaban de la constitución de otro partido más y se inclinaban por construir, más bien, «una asociación libre de revolucionarios», mientras que los miristas venían de una vieja tradición partidaria y creían que la crisis del Apra podría permitir recuperar a la militancia engañada que seguía al Apra de la convivencia. Pesaban además las mutuas desconfianzas que separaban a apristas y comunistas, aunque el MIR y el ELN hubieran renegado formalmente de tales herencias. La propuesta de los cubanos de dar a Gonzalo Fernández Gasco la coordinación general del grupo, en remplazo de de la Puente, agravó la situación. Fernández Gasco, al decir inclusive de sus compañeros que lo conocían desde el Apra, condensaba lo peor de las desviaciones apristas, y era muy mal candidato para manejar una situación que demandaba dotes diplomáticas como las que se le reconocían a de la Puente. Pero este estaba en prisión y en La Habana lo remplazaba su lugarteniente, en medio de tensas negociaciones. De esa manera, el ELN terminó desplazando al MIR en la preferencia cubana, lo que además fue facilitado por que la actitud de sus líderes se adecuaba mejor a la impaciencia

[29] Entrevista a Violeta Carnero de Valcárcel. Lima, 28 de marzo de 2008.

[30] Los juicios de Napurí sobre el pensamiento militar del Che Guevara son más que discutibles.

de los cubanos para iniciar de inmediato las acciones revolucionarias en el Perú (Rénique 2004).

Luego de salir de prisión Luis de la Puente Uceda viajó a Cuba pero para entonces el ELN era ya «una irrebatible realidad». Prosiguió impulsando la preparación del inicio de las acciones armadas, viajó a China y Vietnam y se reunió con los líderes más importantes de ambas naciones para conseguir respaldo a su proyecto revolucionario.

En el segundo semestre de 1962, unos cuarenta combatientes del ELN viajaron hacia Bolivia, desde donde, con apoyo del PC boliviano, esperaban alcanzar la frontera peruana y penetrar por la selva para llegar a La Convención y Lares, para dar apoyo armado a la movilización campesina que encabezaba Hugo Blanco. El esquema de lo que se debía hacer era muy precario «Había un gran voluntarismo, una simplificación de la información, un gran desconocimiento», diría Ricardo Gadea recordando los hechos, cuatro décadas después (Renique 2004). El intento de llegar donde Hugo Blanco fracasó cuando una columna de exploración que envió Béjar fue detectada en Puerto Maldonado. En una escaramuza fue abatido el poeta Javier Heraud; tenía 21 años y había escrito: «Yo no me río de la Muerte. Sucede simplemente, que no tengo miedo de morir entre pájaros y árboles». El resto de los guerrilleros del ELN optaron por replegarse a La Paz (Debray 1999: 30-31). En 1965 iniciarían una corta acción guerrillera en las provincias de Víctor Fajardo y La Mar, en Ayacucho (Béjar 1969).

La situación política en el Perú evolucionaba en una dirección desfavorable para la guerrilla. El 18 de julio de 1962 un golpe militar acabó con el régimen de la convivencia, una semana antes de que Prado concluyera su mandato legal. La junta militar de gobierno de Pérez Godoy y Lindley que asumió el poder frenó la extensión del movimiento campesino de La Convención combinando represión y concesiones. En La Convención una escaramuza con la policía terminó con el saldo de la muerte de dos policías a mediados de diciembre de 1962. Un destacamento de sesenta efectivos llegó a Chaupimayo para perseguir a Blanco, obligándolo a pasar a la clandestinidad. En febrero, se decretó una reforma agraria limitada a La Convención y Lares que quitó al movimiento revolucionario buena parte de su legitimidad. El 29 de mayo, Blanco fue capturado, quince días después de la muerte de Heraud.

¿Habría cambiado algo la situación si la fuerza guerrillera del ELN hubiera llegado a La Convención para apoyar a Hugo Blanco con las armas? Es poco probable. En realidad, era de un voluntarismo extremo esperar que los proyectos revolucionarios en marcha se ensamblaran tan fácilmente. Blanco expresó en numerosas oportunidades, entonces y después, su discrepancia radical con la teoría

del «foco guerrillero» que encarnaba el ELN (Blanco 1974). «Desde prisión, unas semanas más tarde, reafirmaría su distancia de la "errónea" línea guerrillerista: "admiré la valentía de los muchachos de Madre de Dios —diría—, pero siento mucho que tanta energía revolucionaria se haya desperdiciado"» (Rénique 2004). Vladimiro Valer, otro dirigente del FIR y cuñado de Hugo Blanco, sostuvo una opinión semejante cuando lo entrevistó Hugo Neira: «Tengo un gran respeto por los compañeros de Puerto Maldonado. Admiro el gesto, pero no el método. A mi parecer, respetando a los que cayeron y a los que sobrevivieron, estaban equivocados. Esa fue una aventura desvinculada de las masas. Sin masas no hay izquierda que valga» (Neira 1964: 100).

La comparación de esta experiencia con el proyecto de invasión montado por Seoane en 1954 contra Odría —en el cual participó Luis de la Puente— puede ayudar a mostrar las limitaciones del proyecto del ELN. Los apristas que se proponían participar en la invasión armada de 1954 contaban con el apoyo de varios gobiernos, entre ellos el de Perón y el del MNR boliviano, que acordó permitirles montar campamentos de entrenamiento en Bolivia. Su acción se desarrollaría sincronizada con una invasión armada desde el norte. Las personas que movilizarían serían militantes apristas con mucha experiencia política, con contactos y bases en sus respectivas regiones. Contarían con el comando de un general del Ejército peruano, que podía atraer a los cuadros militares que simpatizaban con el Apra. Y, lo más importante de todo, contaban con el soporte en el interior del partido más importante del país, que aunque estaba golpeado y en la clandestinidad, tenía una larga experiencia de lucha, cuadros fogueados en el trabajo insurreccional y una mística a toda prueba. Si se compara esto con un grupo de jóvenes militantes reclutados recientemente, sin un trabajo de base en el país, varios de ellos universitarios, que de viajar a estudiar en Cuba saltaron sin mayor transición al compromiso revolucionario radical, la diferencia era notoria. El heroísmo no podía suplir las insuficiencias de base y el resultado del desastre de Puerto Maldonado era más o menos inevitable. Tampoco el MIR tendría éxito en su empeño.

Según la versión de Ricardo Napurí, Cuba ordenó a los miristas tomar contacto con Hugo Blanco, algo que no le interesaba a de la Puente, ya que este consideraba que el liderazgo de la revolución debía estar en manos del MIR y en las suyas propias. «En ese momento de la Puente estaba preso, por haber matado, en defensa propia, a un "búfalo" —-un matón del Apra— y cuando sale de la cárcel tenemos una discusión, porque yo opinaba que sí, que había que tomar contacto con Blanco, que era trotskista. Para de la Puente, entonces, también yo era trotskista. Tuvimos una gran discusión porque de la Puente pensaba que el liderazgo de la revolución debía estar en manos del MIR y de él mismo y

rechazaba toda unidad con Blanco o Béjar» (Bermúdez y Castelli 1997)[31]. Napurí va más allá y acusa a de la Puente de aprovecharse deslealmente del trabajo político de Hugo Blanco para presentarlo como propio:

> [De la Puente] aprovechó el hecho de que Blanco acostumbraba a homenajear a quien lo visitaba con una gran conmemoración, con miles de campesinos. Blanco quiso sinceramente recepcionar a de la Puente y éste llevó una cámara filmadora para enviar las cintas a Cuba y decir que estaba bajo su disciplina. Discutimos porque era un problema ético, además de político (Napurí 1997).

Walter Palacios, que habitualmente llama la atención por su calma y ponderación, es muy enérgico para rechazar esta versión: «No entiendo cómo alguien con tanta experiencia política puede verter tanto veneno». Según Palacios, de la Puente no fue a La Convención para participar en un mitin organizado por Hugo Blanco en su honor. Asistió a un mitin convocado por la gente del MIR de la región, que Napurí presenta como organizado por el FIR, acusando a de la Puente de aprovecharse oportunistamente del trabajo de Blanco. Walter Palacios estuvo presente en el mitin y sostiene que fue organizado por los miristas pertenecientes a la Federación de Campesinos de La Convención. Fueron responsables de la organización del evento Estenio Pacheco, un abogado de la Federación Departamental de Campesinos del Cusco, y una lideresa importante, incorporada por Pacheco[32]. Palacios sostiene que los miristas tenían trabajo político entre el campesinado en el sur; sobre esta base de la Puente constituiría a La Convención en el teatro de operaciones del que debió ser el frente guerrillero más importante del MIR, que él dirigiría personalmente, el frente Pachakutec[33].

De la Puente y Blanco se reunieron en La Convención, pero no ha trascendido qué discutieron. Blanco ha subrayado posteriormente que los separaban sus concepciones de cómo hacer la revolución. Palacios añade que de la Puente le dejó a Blanco su revólver como expresión de amistad. Dos o tres meses después Blanco fue capturado. Sobre la película a la que alude Napurí, esta fue filmada en ocho milímetros por un militante del MIR, Calenzale, y de la Puente la llevó

---

[31] Napurí dejó de ser trotskista durante este periodo, aunque lo fue antes de incorporarse al MIR y lo siguió siendo después de abandonarlo.

[32] En sus memorias, el legendario dirigente campesino Saturnino Huillca recuerda a Estenio Pacheco defendiéndolo en uno de los innumerables juicios que le siguieron los gamonales que querían liquidarlo. Lo recuerda en otra oportunidad polemizando con Hugo Blanco en la Federación Departamental de Campesinos del Cusco (Neira 1974: 42, 55). Hugo Blanco, a su vez, lo recuerda como un abogado que trabajó con el campesinado en La Convención y Lares, sin ser militante del FIR (Blanco 1972: 92).

[33] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008.

a La Habana, para pasársela a sus compañeros que estaban preparándose para retornar al Perú. Palacios rechaza pues que de la Puente se aprovechara del trabajo político ajeno[34].

De La Convención, de la Puente partió para Cuba, donde los miristas afrontaban serios problemas. Según la versión de Ricardo Gadea recogida por José Luis Rénique, había diferencias entre el Che Guevara y de la Puente. Este se resistía a la impaciencia del Che, considerando que la lógica del «foco guerrillero» no se adecuaba a la realidad del Perú. Mientras de la Puente estaba en prisión, sus compañeros estaban varados en Cuba, pues sus demandas para retornar al Perú para combatir eran desoídas, enviándolos mientras tanto a cazar bandidos en el Escambray (Rénique 2004). Mientras tanto, el ELN partía hacia Bolivia, para tratar de armar su frente guerrillero cerca de Hugo Blanco. Ricardo Napurí, que fue testigo de esas tratativas, ofrece una versión de las mismas:

> La discusión fue muy interesante. Ante el planteamiento del Che del foco guerrillero como la herramienta primera y fundamental de la revolución, de la Puente le contestó que la alianza del Apra Rebelde con Cuba se convertiría en un formidable catalizador. Confiaba que una rápida crisis del Apra haría sumar miles de trabajadores y jóvenes al Apra Rebelde y a su proyecto revolucionario. Afirmó también que el trabajo en las zonas campesinas estaba bastante desarrollado en las zonas de su influencia. De la Puente era un experto en el problema agrario y campesino. Conocía mucho el tema y lo desarmaba al Che cuando le explicaba la composición orgánica del campo en Perú. Le dijo que los campesinos estaban organizados en sindicatos. En Perú, además, hay miles de comunidades campesinas y tienen una tradición de disciplina interna y de combate. Eso puso en duda al Che, sobre el tema del foco "puro" porque de la Puente le decía: "Hay organizaciones campesinas concretas, y si vamos a hacer un levantamiento tengo que contar con lo que construyeron los campesinos. Además el campesino no va a abandonar sus organizaciones porque yo le ponga una guerrilla. Hay que trabajar con esas organizaciones". Entonces el Che comprendió que debía "matizar" su idea del foco pensando que lo que se prometía en Perú era mucho más. Tanto que por un tiempo consideró que Perú era una punta de lanza en sus afanes internacionalistas de exportar la revolución. Muy convincentemente nos dijo que si la insurrección "prendía",

---

[34] Entrevista a Walter Palacios. Lima, 6 de marzo de 2008. Aparentemente en la animadversión de Napurí para con de la Puente pesa el pedido que este hizo a la dirección del MIR para que se expulsara a Napurí del movimiento, por razones que posiblemente conozcan los otros dirigentes del MIR que se abstienen de comentar el tema. La entrevista de Napurí sobre el Che ha sido agriamente comentada en los círculos trotskistas argentinos. Véase especialmente, Norberto Malaj: «La vigencia del Che», *LuchArte. Artistas y trabajadores en el Polo Obrero*, Argentina. <http://www.lucharte.com.ar/node/172>.

> lo tendríamos a nuestro lado en las sierras peruanas. Por eso escuchó nuestros planteos y dijo: "Bueno, prueben" (Bermúdez y Castelli 1997)[35].

Napurí afirma que él formuló a de la Puente la demanda de construir al MIR como un partido obrero y socialista, lo cual no negaría los compromisos con el Che, ni el internacionalismo, sino que los inscribiría «sobre una nueva base». Napurí dice que no aceptaron su posición por que para de la Puente y sus seguidores el factor determinante para la victoria en la experiencia cubana había sido la lucha guerrillera, mientras él ponía el acento en el papel jugado por el «llano», la organización urbana representada principalmente por el Directorio Revolucionario Cubano, una organización estudiantil que desarrolló trabajo insurreccional en las ciudades (Bermúdez y Castelli 1997)[36].

Mientras tanto, los conflictos sociales en el Perú se exacerbaban y para los miristas el problema fundamental era ejecutar su proyecto revolucionario.

> Imposible exagerar —escribe José Luis Rénique— el sentido de urgencia que la demanda por reformas había cobrado por aquel entonces. Después de visitar el Perú "numerosos observadores extranjeros tienden a pensar que un segundo frente revolucionario pronto aparecerá en nuestro país" señaló a fines de 1962 Sebastián Salazar Bondy un intelectual moderado vinculado al MSP. Para ello —continuó— las condiciones objetivas estaban, efectivamente, presentes: el abismo socio-económico y la penetración imperialista se profundizaban en tanto que la miseria se extendía y la acumulación de riqueza por la casta oligárquica devenía cada vez más rapaz. En la hacienda como peón, en las alturas como comunero, en el socavón como minero, en el umbral de su choza de adobe y paja en las "barriadas" que rodeaban Lima maceraba —añadió— el antiguo odio indígena hacia la urbe racista y occidentalizada y todo lo que ella representaba. Con 56% de peruanos viviendo en condiciones subhumanas, con los gremios urbanos bajo control de los "social-traidores" del APRA, con tan sólo dos de once millones de peruanos ejerciendo el derecho al voto, las elecciones no podían ser sino un escenario más de la "farsa oligárquica" (Salazar Bondy 1962).

---

[35] Frente a la imagen de un Che intolerante y autoritario, que imponía sus convicciones a sus interlocutores, el relato de Napurí aporta una imagen bastante más matizada: «al final eso te desarmaba, hacía que tú vayas al pie de él. Es que tú le llevabas la literatura, y él estaba ahí, con su barba, y había hecho una revolución. Él te miraba y tú te dabas cuenta de lo que pensaba: "¿Y dónde hiciste tú la revolución?" Y entonces cedías a él. Además te decía: "Bueno, haz la revolución", como diciendo: "pruébalo". El Che era una persona con la que se podía discutir. Lo único, que como ellos tenían apuro en expandir la revolución, te decía: "Yo hice la revolución, hazla tú, con todas las variantes que quieras, pero [...] a mí me salió diferente y mientras no tenga demostración en contrario, me quedo con esto"» (Bermúdez y Castelli, 1997).

[36] Posiblemente esta diferencia alimentaría la desconfianza en el «trotskista» Napurí. Los trotskistas son acusados de «menospreciar» el trabajo campesino.

Las guerrillas del MIR

El 9 de junio de 1965 una columna guerrillera del MIR, bajo el mando de Máximo Velando, Froilán Herrera y Guillermo Lobatón Milla, tomó la mina Santa Rosa y la hacienda Runatullo en las estibaciones de la selva central. Voló después un puente en la carretera que unía Comas y Satipo y asaltó la comisaría de Andamarca. Dos días después tomó la hacienda Alegría. De esta manera inició sus acciones la guerrilla Túpac Amaru, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)[37].

Aunque estas acciones tomaron de sorpresa al régimen de Fernando Belaunde, ellas habían venido preparándose con años de anticipación. Desde 1961 el MIR había empezado su trabajo de asentamiento en la región central, en los movimientos estudiantil y campesino. Máximo Velando Gálvez, uno de los líderes de la guerrilla, llegó a ser secretario de organización de la Federación Regional de Comunidades del Centro. Poco a poco fueron incorporándose nuevos militantes provenientes de Huancayo y otros pueblos de la región central, como los estudiantes Froilán Herrera y Máximo Lazo Orrego, Roberto Montes, Juan Paucarcaja y Antonio Meza, un importante líder campesino.

Entre 1963 y 1964 el MIR realizó reuniones nacionales preparando el inicio de la lucha armada. Tampoco descuidaron la propaganda. El 7 de febrero de 1964 de la Puente participó en un mitin convocado por las fuerzas de izquierda en la Plaza San Martín, en Lima. Allí recusó el camino electoral. En su proclama se sienten los ecos de su desencanto frente al Apra:

> El año 1956, algunas esperanzas renacieron con la vuelta a la legalidad del Apra. Lastimosamente el Apra llega a 1956 doctrinaria, política y moralmente castrada. La dirección había abandonado totalmente los principios doctrinarios primigenios; había escogido el camino de la transacción y de la convivencia con los tradicionales enemigos del pueblo; sus líderes se habían corrompido y degenerado; las masas obreras habían sido conducidas por direcciones traidoras […]
>
> Sólo así se explica que pudieran aliarse en 1956, con quién persiguió encarceló y asesinó a los apristas revolucionarios desde 1939 a 1945. Así se explica el maridaje de la dirección aprista con el hijo del traidor a la patria cuyo fruto monstruoso fue la convivencia […]
>
> Haya de 1a Torre y Prialé representaban la mentalidad burguesa, como consecuencia de su claudicación, y actuaban ayer, como hoy, en calidad de "enganchadores" de votos, de rompehuelgas y de traidores.

[37] Sobre el desarrollo de las acciones, véase Mercado (1967) y Añi Castillo (1967).

> Lógico es que un régimen de esa naturaleza sirviera los intereses de los latifundistas, de los banqueros, de las grandes empresas norteamericanas; y que para refrenar la protesta popular, se masacrara al pueblo, se expulsara del Apra a quienes nos rebelamos contra el entreguismo y la traición, se utilizaran bandas armadas para silenciar a quienes se rebelaban o simplemente discrepaban; se repartieran prebendas a los incondicionales, y se aumentara la corrupción en todos los niveles de la actividad estatal (De la Puente 1980: 4).

De la Puente rechazaba que la burguesía fuera capaz de realizar los cambios que la sociedad peruana necesitaba: «La burguesía llega tarde a la historia». La democracia representativa era «una trampa para maniatar a los pueblos y mantenerlos en la opresión y el oprobio». Frente a la defección burguesa se imponía luchar por la revolución socialista, y esta no podría hacerse por la vía electoral: «No nos hagamos la ilusión de llegar al poder o de compartir el poder por la vía de la transacción y de elecciones». Frente al fracaso del parlamentarismo, Cuba señalaba el camino: «La liquidación del sistema oligárquico imperialista en Cuba, la transformación integral del país, la permanencia y profundización revolucionaria, sólo han sido posibles sobre la base del pueblo en armas».

Aparentemente esta proclama no fue tomada en serio, como no lo fue la conferencia de prensa que realizó de la Puente para anunciar que se dirigía a las montañas para emprender la guerra revolucionaria, con el propósito de tomar el poder y realizar una revolución. En una entrevista otorgada a la revista *Caretas*, realizada a través de un cuestionario, de la Puente afirmó en junio de 1965 que hasta le había informado al ministro de Gobierno de Belaunde de su propósito de iniciar la lucha armada:

> El año pasado en el mes de mayo tuve la oportunidad de sostener estos conceptos ante el Ministro de Gobierno, doctor Juan Languasco en una entrevista que me solicitara y que se realizó en el domicilio de su secretario doctor Defilippi. Ante el manido pretexto de que el Parlamento realiza labor de obstruccionismo y no permite hacer realidad las plataformas electorales de Acción Popular [...] le manifesté que el Presidente Belaunde debía denunciar todo aquel obstruccionismo ante el pueblo en un mitin que sería gigantesco e histórico. Sostuve también que la continuación de aquella política contemplativa y marginal, estaba madurando las condiciones para la lucha armada en el país (De la Puente 1980: 105)[38].

[38] Definitivamente *Caretas* se encontraba entre quienes creían que de la Puente buscaba solo notoriedad mediática. Comentando las acciones guerrilleras que el MIR había emprendido, escribieron: «en estos casos las guerrillas se llevan a cabo con más plomo de linotipo que de bala» (*Caretas* 1965a).

Afirmó que tenían un «permanente contacto» con las masas campesinas de Vilcabamba, La Convención, Lares y Lacco, así con sectores campesinos de Cusco, Puno, Apurímac y Ayacucho. Proclamó finalmente las «consignas inmediatas de lucha» de su movimiento:

1. Disolución inmediata del Parlamento.
2. Amnistía general y sanción a todos los responsables civiles o militares de las masacres contra el pueblo.
3. Reforma agraria auténtica, sin excepciones de ninguna clase.
4. Salario vital-familiar y móvil de acuerdo al costo de vida.
5. Reforma urbana.
6. Recuperación inmediata del petróleo peruano y denuncia de los contratos con empresas imperialistas sobre nuestras grandes riquezas.
7. Recuperación de la plena soberanía nacional (1980: 107).

En marzo de 1964, en una reunión nacional del MIR, se aprobaron las tesis políticas, los estatutos y el esquema de lucha armada. Además, se eligió al comité central, encabezado por Luis de la Puente, e integrado por Guillermo Lobatón, Ricardo Gadea, Enrique Amaya, Héctor Cordero, Máximo Velando, Walter Palacios, Paul Escobar, Gonzalo Fernández Gasco y Elio Portocarrero. En él figuraban militantes provenientes de la ruptura con el Apra y gente nueva, que se había incorporado a la organización después de que esta se proclamara marxista leninista.

Los miristas decidieron abrir cinco frentes guerrilleros con la intención de obligar a las Fuerzas Armadas a dividir sus fuerzas: el frente Pachakútec en La Convención (Cusco), Túpac Amaru en Junín, Manco Cápac en la sierra de Ayabaca (Piura), César Vallejo en Huamachuco (La Libertad) y un núcleo en la zona de Jaén. Después se concluiría que eso fue un error; los alzados dividieron sus escasas fuerzas y solo pudieron articular los tres primeros frentes. Solo dos, Túpac Amaru y Pachakútec, llegaron a entrar en combate.

De la Puente se desplazó a La Convención, estableciendo su cuartel general en Mesa Pelada, mientras que Guillermo Lobatón hacía lo propio en Púcuta, en la región central. En diciembre de 1964 los dirigentes tuvieron una última reunión del comité central en Mesa Pelada y en mayo de 1965 la guerrilla Túpac Amaru decidió iniciar las acciones armadas por razones que no están claras: aparentemente sus movimientos habían sido detectados y decidieron adelantarse a la previsible represión. Las comunicaciones con la guerrilla Pachakútec fallaron y de la Puente se enteró de que la guerrilla de la región central había entrado en acción por la radio.

Luis Alberto Sánchez responsabiliza de lo sucedido al régimen de Belaunde, que se mostró débil con los «rojos». «Sería difícil exonerarlo, afirma, de tolerancia para con los agitadores "extremistas"» (LAS 1987: vol. 4, 211). Desde el gobierno de Manuel Prado se conocía que estudiantes estaban viajando a Cuba para recibir instrucción en guerra de guerrillas, con la idea de hacer la revolución, con el patrocinio del Che Guevara. El régimen de Prado optó por imponer trabas a toda salida al exterior, pero Belaunde las levantó al llegar al poder: «se abrieron las puertas a la penetración fidelista-pequinesa» (LAS 1987: vol. 4, 211). Mientras tanto, la «inquietud campesina» iba en aumento y los preparativos subversivos se desarrollaban —según afirma Sánchez— con una participación protagónica de los universitarios:

> [...] centenares de estudiantes iban y venían a Cuba y desde Cuba sin que nadie parase mientes en sus andanzas. Era sabido que algunas autoridades universitarias preferían rendirse a los alumnos rojos para que los dejasen tranquilos [...] Se hablaba del adoctrinamiento guerrillero en Cuba como de algo natural. Por fin estalló el primer brote cruento, en las serranías de Junín y Ayacucho. Una mañana supimos que una patrulla de la Guardia Civil, que iba en pos de los guerrilleros, había sido cercada y torturada hasta la muerte. Fue en Púcuta. El capitán Patiño, que la comandaba, murió entre horribles tormentos. Pese a lo cual, el gobierno, minimizando el asunto, habló de "abigeos", o sea de ladrones de reses, y se refirió al crimen como "excesos lamentables" (LAS 1987: vol. 4, 213).

Inicialmente, el gobierno encomendó a la Guardia Civil la represión del alzamiento guerrillero. Belaunde trataba así de mostrar que se trataba de acciones sin mayor trascendencia. Sin embargo, el día 27 de junio una columna policial de unos sesenta efectivos fue emboscada en Yahuarina, en lo que constituyó la acción de armas más importante del MIR, dirigida por Máximo Velando. La columna de la Guardia Civil fue derrotada con varias bajas, entre ellas, el mayor Horacio Patiño, que la dirigía.

Ante los hechos el ministro de Gobierno tuvo que reconocer que el país enfrentaba una insurgencia guerrillera, como las que se estaban produciendo en otras partes de América Latina bajo inspiración cubana. El Apra y la UNO encabezaron la tarea de promulgar leyes represivas para enfrentar la emergencia: «Fue preciso que la mayoría parlamentaria [...] propusiera y aprobara una modificación a las disposiciones legales que sancionan a los delitos de rebelión y contra la seguridad del Estado, y que dictase una ley dedicando varios millones de soles para la represión. Sólo así despertó el "régimen" de su letargo, y dio las primeras muestras de estar resuelto a combatir a las guerrillas» (LAS 1987: vol. 4, 214).

Las disposiciones legales a las cuales alude Sánchez incluyeron la pena de muerte para los guerrilleros —su fundamentación corrió a cargo de Armando Villanueva del Campo— y la creación de un fondo de emergencia. La pena de muerte fue aprobada el 20 de agosto y la Ley 15591 creó fondos especiales para la «defensa nacional». Paralelamente se inició una campaña económica entre las empresas privadas para respaldar a las Fuerzas Armadas a través de la adquisición de bonos para la «defensa de la democracia». Las empresas imperialistas, entre ellas la IPC, fueron las mayores contribuyentes.

El 2 de julio el gobierno encomendó la represión al Comando Conjunto de las FF.AA. La ofensiva contrasubversiva incluyó fuerzas militares de tierra y aire y destacamentos especiales de la Guardia Civil y la Guardia Republicana expresamente constituidos. Entre julio y setiembre se produjeron varios choques armados en Púcuta, Santa Rosa, Kubantía, Sehuenti. A partir de setiembre la guerrilla luchaba por su supervivencia, dividida en dos secciones, la primera de las cuales fue rápidamente aniquilada. Los sobrevivientes se internaron en la selva tratando de llegar hacia Mesa Pelada, a reunirse con las fuerzas de de la Puente. Máximo Velando fue capturado en Puerto Bermúdez en octubre, trasladado a Satipo y muerto bajo tortura. Froilán Herrera cayó en Kuntsirique en diciembre y finalmente el 7 de enero murió en combate Guillermo Lobatón. Pocos días después, la prensa norteamericana anunció la muerte de Lobatón y ocho de sus seguidores, en un enfrentamiento con las fuerzas militares peruanas[39]. La insurgencia había durado seis meses.

El frente Pachakútec fue desarticulado con mayor facilidad. Aparentemente, aparte de las fallas de concepción política que aislaron a la guerrilla, jugaron en contra errores de concepción militar, como la constitución de una «zona de seguridad» aparentemente inexpugnable, con campamentos donde se almacenaban armas y pertrechos, que tenía que ser defendida y que iba en contra de la idea de la total movilidad de las fuerzas guerrilleras.

El dirigente campesino Saturnino Huillca visitó Mesa Pelada antes de que comenzaran las acciones armadas y conversó con de la Puente: «De la Puente Uceda se hizo entender con uno que hablaba el quechua —narra—. Por intermedio de él me decía que eso iba a ser así. Me decía sobre muchas cosas. Entonces yo también dije que ha de ser bien. Yo voy a pensar todavía y observaré. Luego les dije bien claro: "Trabajen con conciencia si es así. No vayan a caer. Por todo tienen que cuidarse ustedes". Esto es para adquirir experiencia. Además no está en nuestras manos ni en la de los campesinos porque existen ambiciones para empujarse unos a otros. Así, en esta forma, me he despedido para regresarme. Así de esta

[39] *Pittsburgh Gazette*. Pittsburgh, 10 de enero de 1966.

forma fui a la Mesa Pelada» (Neira 1974: 102). Para Huillca, la guerrilla no tenía posibilidades de triunfar debido a que no había ganado el respaldo del campesinado:

> [...] en la misma Mesa Pelada se formaron los guerrilleros, Luis de la Puente Uceda. Se levantaron y no habían participado a los campesinos. Solamente entre ellos, llamándose, se habían organizado para hacer las guerrillas. Si acaso hubieran participado, los campesinos hubieran ayudado. La masa hubiera sabido, de cada pueblo hubieran venido comisiones con la ayuda respectiva. ¿Por qué no participaron? Justamente fracasó la guerrilla en Mesa Pelada. Si se llevaba una buena coordinación, buena orientación, esta guerrilla hubiera triunfado. Por eso es que han fracasado. Y además, dentro de ellos, se encontraba Aurelio Guzmán, un hombre que estaba contra ellos. Fue un traidor. Los denunció al gobierno de Belaunde. Así fracasó esta guerrilla. También yo estuve. Fui, estuve, con ellos. En esa oportunidad les dije que éramos pocos, que no íbamos a alcanzar el triunfo. Necesitábamos la concurrencia de la mayoría para poder triunfar. Si nos levantamos unos cuantos, unos pocos, no podremos. Pero si todos participamos en este movimiento, lograremos lo que aspiramos. Triunfaremos. Podremos cambiar nuestra existencia por una mejor. Con unos pocos sólo llegaremos al fracaso, y podrán debilitarnos, les dije (Neira 1974: 103-104).

«Aurelio Guzmán», a quien alude Huillca, es Albino Guzmán, un dirigente del MIR en el Cusco. Unos sobrevivientes lo acusaron de haber entregado información a las fuerzas de seguridad que facilitó ingresar a la zona controlada por la guerrilla, ayudando a su derrota.

La guerrilla de de la Puente se dividió con el propósito de que un grupo buscara un nuevo emplazamiento para trasladarse, pero luego fue imposible reunificar ambos núcleos, debido al cerco que establecieron las fuerzas militares movilizadas para enfrentarlos. En setiembre los guerrilleros decidieron dispersarse para escapar del cerco y el 23 de octubre de la Puente se enfrentó con las fuerzas del Ejército en las alturas de Amaybamba. Se informó después de su muerte. Junto con él cayeron Paul Escobar, Rubén Tupayachi, Edmundo Cusquén, Agustín Marín, Benito Cutipa y otros. No hubo sobrevivientes. Luis Alberto Sánchez confirma de soslayo la ejecución extrajudicial de Luis de la Puente: «Ya no se tomaban prisioneros. Escuché de labios de uno de los actores contra las guerrillas, el relato de los combates y el de la muerte de de La Puente Uceda. Como en el posterior caso del Che Guevara, se trataba de "no crear héroes" ni complicar más las cosas: simplemente se mataba de lado y lado» (LAS 1987: vol. 4, 215). Los testimonios de los sobrevivientes de la guerrilla del centro, recogidos durante el proceso judicial al que fueron sometidos los guerrilleros (Guardia 1972),

describen atrocidades como la muerte por ahorcamiento diferido de Máximo Lazo Orrego, un estudiante de la Gran Unidad Escolar Santa Isabel de Huancayo, que tenía diecisiete años cuando se fue a la guerrilla. La misma edad tenía Victoria Navarro, otra estudiante huancaína, cuando fue abatida.

Se desconoce el número de bajas provocadas por la insurgencia guerrillera y su represión. Las Fuerzas Armadas declararon haber sufrido 37 bajas, una cifra sospechosa, ya que sus bajas durante el conflicto con el Ecuador de 1941 fueron 38; no iba a reconocerse que las bajas de un enfrentamiento interno superaran las ocasionadas por la guerra internacional más exitosa de las Fuerzas Armadas peruanas. Es aún más difícil disponer de alguna información confiable sobre las bajas en el bando de los guerrilleros y de la población civil comprometida en el conflicto. Durante la represión se realizó bombardeos con napalm producido en el país, con apoyo de la IPC, debido a que los norteamericanos se negaron a entregar a los militares peruanos el que utilizaban en Vietnam. Este desaire alimentaría el resentimiento que durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado dio lugar a que las Fuerzas Armadas peruanas decidieran romper su dependencia militar con los Estados Unidos renovando todo su equipamiento bélico con equipos soviéticos (Villanueva 1973c).

Con relación a las bajas, Luis Alberto Sánchez dice algo muy pertinente sobre la naturaleza de la guerra que se libró, a partir de reflexionar sobre las víctimas de la guerra:

> Se ha hablado de doscientos y de hasta quinientos muertos. Hubo poblaciones arrasadas por los unos o por los otros; bombas incendiarias de alto poder; ametrallamientos aéreos; asaltos a cuchillo; arremetidas contra aldeas y haciendas; represiones implacables: ¿cuántos cayeron en todo aquello? Por parte de la Fuerza Armada se habló de casi un centenar. Probablemente fueron menos. Pero, del otro bando, el de los guerrilleros y el de los inocentes no comprometidos ¿cuántos, por Dios, cuántos murieron en medio de horribles torturas? (LAS 1987: vol. 4, 216).

Un memorándum de la CIA del 8 de marzo de 1966 presenta un balance de la experiencia insurreccional en el Perú. Los éxitos que había tenido el gobierno peruano sobre los guerrilleros del MIR habían golpeado seriamente a la organización. La insurrección era ya tan limitada que la mayoría de los soldados del Ejército había regresado a sus cuarteles. El MIR tendría que pasar por un largo período de recuperación y reorganización antes de poder operar eficazmente otra vez.

La parte principal del esfuerzo guerrillero en la región central del país fue quebrada durante diciembre y enero con la muerte de al menos tres de los máximos

jefes. El Ejército diezmó la organización del MIR en el sur con la muerte de Luis de la Puente Uceda en el proceso, a fines de octubre. Los grupos restantes —una banda guerrillera en el norte del Perú, unas milicias terroristas urbanas en Lima y un autoidentificado Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Apurímac y el departamento de Ayacucho— habían mostrado poca capacidad para desarrollar una seria actividad insurgente.

Tenían, además, informes de que los guerrilleros del MIR en el norte habían recibido órdenes de regresar a sus casas, y sus jefes, Elio Portocarrero y Gonzalo Fernández Gasco, podían haber huido a Ecuador o haber sido muertos. La prensa de Lima informaba que Héctor Béjar, el jefe del ELN, había sido detenido por la Policía. Había señales de que los guerrilleros del ELN estaban peleando entre sí y podían estarse separando.

Había aún atentados menores. Cinco bombas caseras pequeñas fueron detonadas en Lima la noche del 18 de febrero causando un daño mínimo. Los volantes repartidos en los lugares de los atentados declaraban que las acciones eran una protesta contra el encarcelamiento de las viudas de los jefes guerrilleros del MIR, Guillermo Lobatón, Máximo Velando y Luis de la Puente Uceda. Ocho cartuchos de dinamita fueron descubiertos el 21 de febrero en el jardín de la residencia de la embajada colombiana. Aparentemente, esta acción podía estar vinculada con la muerte del cura guerrillero colombiano Camilo Torres.

Con la insurrección bajo control, el gobierno podría concentrar su atención y sus recursos en las reformas socioeconómicas y el desarrollo. Pero se avizoraba una crisis de gabinete cuando el Congreso volviera a reunirse a mediados de marzo, pues los congresistas de la oposición amenazaban con censurar al ministro de Educación. Los ministros del gabinete habían advertido que si esto ocurría renunciarían en masa. El Apra utilizaba frecuentemente la censura a los ministros como un arma contra el gobierno y esta táctica había conseguido impedir una acción eficiente del gobierno «hasta el punto de que el frustrado presidente está considerando constituir un Gabinete militar». Esto debería conseguir el efecto deseado de intimidar a los obstruccionistas del Congreso (CIA 1966).

El legado de las guerrillas de 1965

Solo los sectores comprometidos con la dominación oligárquica o los más inconscientes podían permanecer indiferentes ante el alzamiento guerrillero. Edgardo Seoane, en su condición de vicepresidente de la República, envió una carta a Belaunde en la que le manifestaba su preocupación por la forma cómo se estaba encarando la emergencia: «Me ha preocupado mucho la decisión del Congreso de propiciar únicamente medidas de carácter punitivo. Quien va a la

sierra o a la selva para incorporarse a las guerrillas no teme a la muerte; se está fomentando una mística que dará como fruto el partido comunista mejor organizado y más fuerte de América» (Seoane s/f: 20). Seoane opinaba que, para tener éxito, las medidas punitivas debían ir acompañadas de cambios estructurales. La observación que formulaba a continuación, basada en su experiencia como presidente de la comisión que elaboró el proyecto de ley de reforma agraria, acerca del impacto que podía tener la situación sobre la Fuerza Armada, resultó profética:

> Solamente la Reforma Agraria en la costa, así como en los departamentos donde existen problemas sociales más agudos, paralelamente a las medidas que está tomando el ejército, podrán tener éxito. La oficialidad joven del ejército mirará con simpatía esta acción paralela y es preferible que el Gobierno tome la iniciativa antes que ellos traten de imponerla (Seoane s/f: 20).

La situación de emergencia que se vivía en el Perú no era excepcional, como se encargaba de subrayarlo el *Time* en un artículo publicado en octubre de 1966, dedicado a la insurgencia guerrillera de las FALN venezolanas:

> Más o menos lo mismo sucede en otros países latinoamericanos. En Perú, 2,000 soldados gubernamentales han estado persiguiendo a 1,300 guerrilleros por las tierras altas durante seis meses. En Colombia, el hombre de Castro es Pedro Antonio Marin, 35, un bandido convertido al comunismo que dirige a 100 guerrilleros responsables de docenas de homicidios rurales. En Guatemala, Marco Antonio Yon Sosa, 34, un teniente del ejército alineado con los EE.UU [...] Como un miembro del castrista Movimiento 14 de Junio de la República Dominicana lo expone: "Cualquier país latinoamericano que tiene una montaña puede esperar tener guerrilleros" (*Time* 1965).

En 1965 empezaron a manifestarse los primeros síntomas de una grave crisis económica. Edgardo Seoane, que estaba por salir del país como embajador del Perú en México, escribió a Belaunde sugiriéndole asumir medidas radicales para encarar la nueva crisis:

> El Perú nunca tuvo en el pasado un Presidente con la enorme fuerza que usted tiene por su autoridad moral, por su indiscutida popularidad y por la confianza que tienen en usted el Ejército y los otros Institutos Armados. Nunca, en el pasado, tuvo el Gobierno adversarios tan desacreditados dentro y fuera del país; por todo ello nadie, como usted, está en condiciones tan favorables para realizar la revolución pacífica y evitar la revolución violenta (Seoane s/f: 23).

No fue escuchado. En su condición de presidente del Consejo de Integración Económica y Social (CIES), Seoane tuvo acceso al Informe del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso referente al Perú, del cual se desprendía que había una crisis económica en marcha. Más allá de los problemas coyunturales de mal manejo económico, que se expresaban en la profundización de las brechas fiscales, existían problemas estructurales que eran necesarios afrontar. Según datos del Instituto Nacional de Planificación, el 0,3% de la población activa recibía el 19,8% del ingreso nacional, mientras que el 65,5% recibía solo el 28,4%. La tributación se basaba, cada vez más, en los impuestos indirectos, que crecían en 37,5% en promedio anual. Se agravaban, así, las brechas socioeconómicas existentes (Seoane s/f: 26). Seoane criticaría después a Belaunde por no haber tomado las medidas correctivas, a pesar de estar advertido, desde enero de 1966, del creciente deterioro de la economía y de la necesidad de actuar. Su distanciamiento terminaría en una ruptura definitiva, dos años después.

Las Fuerzas Armadas acabaron con los alzamientos guerrilleros del MIR y el ELN con relativa facilidad, pero en un sentido estas no salieron indemnes de la experiencia:

> Las órdenes fueron terminantes. Y con eficiencia que revelaba su alta preparación militar, la Fuerza Armada, con el apoyo de las Fuerzas Policiales, destruyó la insurgencia y puso fin a un movimiento guerrillero sin ninguna dificultad. El Gobierno se mostró satisfecho. Pero lo que no pudo nunca comprender ni atisbar fue que, en el frente de batalla, muchos oficiales se dieron cuenta de que estaban combatiendo con hombres de valor, con hombres que renunciaban a sus vidas por cumplir un ideal. Los oficiales ordenaban abrir fuego, en una guerra desigual, sin que las balas mataran la verdadera raíz de los males peruanos contra los cuales los guerrilleros se habían rebelado [...] Cuando el Ejército dio la cara a las guerrillas, quedó herido, no en su estructura, ni en su fuerza, sino en su sensibilidad humana (Zimmermann s/f: 57-58).

Augusto Zimmermann Zavala fue uno de los asesores más cercanos al general Velasco Alvarado, quien en varias ocasiones se refirió al impacto que sintieron los militares que salieron a reprimir a las guerrillas. Derrotaron la insurrección, pero se confrontaron con una situación de miseria y opresión en el campo que daba la razón a los guerrilleros que se habían alzado y a quienes habían aplastado. «Estas guerrillas, no obstante haber sido liquidadas en su aspecto bélico y manifestación externa, causaron un verdadero trauma síquico en la mente de los oficiales» (Villanueva 1973c: 137). Posiblemente esa es una de las razones que pesó para que a dos años de tomar el poder, Velasco Alvarado amnistiara a los

guerrilleros que participaron en los alzamientos de 1965. Algunos, como Héctor Béjar, comandante general del ELN, y Walter Palacios, de la dirección del MIR, entraron a colaborar con la revolución militar.

El alzamiento del MIR y el ELN tuvo también un impacto muy significativo en la formación de la «nueva izquierda». Como diría Alfredo Tello, viejo militante que había roto con el Apra por sus claudicaciones: «Los camaradas de ahora hablan del Che, de la revolución, pero nadie, aparte de de la Puente hace lo que hizo el Che: arriesgar el pellejo» (Cristóbal 1985: 82). Más allá de todas las críticas que se podía hacer a la experiencia guerrillera, la consecuencia de los insurrectos ejercía un enorme efecto. El mismo año de 1965 se formó Vanguardia Revolucionaria, una organización izquierdista que recibió el aporte de cuadros con formación marxista adquirida en París, que afirmaba estar de acuerdo con todo lo que había hecho el MIR, pero consideraba que para emprender la acción guerrillera era necesario crear un «mínimo de partido», tarea que se proponían abordar.

Para Héctor Béjar, la «nueva izquierda» estaba formada por los discrepantes del Apra que dieron nacimiento al MIR y a Vanguardia Revolucionaria; los discrepantes del Partido Comunista que fueron a nutrir, unos el FIR y el ELN, y otros las tendencias maoístas que aparecieron posteriormente; los jóvenes, principalmente universitarios, que sin pertenecer a estas organizaciones se identificaban con ellas; y algunos trotskistas como Hugo Blanco, «cuya decidida actividad en el campesinado los diferenciaba claramente del trotskismo "tradicional", teorizante y dogmático» (Béjar 1969: 39). Béjar es consciente de las dificultades que suponía caracterizar la nueva izquierda: «Más que una plataforma teórica, ella había esbozado en aquella época, una actitud». Pero señala agudamente algunos elementos que pueden ayudar a definirla:

> En primer lugar su actitud frente al campesinado [...] Luis de la Puente asesoró por un buen tiempo a la comunidad de Chepén y otras, Hugo Blanco participó en la organización sindical de los valles de La Convención y Lares, y otros estudiantes tomaron parte en diversas formas en la sindicalización campesina.
>
> En segundo lugar, la negación de toda posibilidad pacífica de ascenso al poder.
>
> En tercer lugar, el repudio contra los partidos "tradicionales" aprista y comunista cuyo pasado atacaban.
>
> En cuarto lugar [...] reivindicaba la acción como promotora del desarrollo de la conciencia popular. Armada o no, individual o masiva, la acción era, a sus ojos, la única que podía engendrar la revolución y unificar a los revolucionarios (Béjar 1969: 40-42).

No todo era, sin embargo, positivo. La procedencia social y las experiencias de la nueva izquierda alimentaban también un conjunto de características negativas:

> [...] la "nueva izquierda" no siempre era consecuente con los principios que proclamaba: más que de hechos concretos, gustaba del gesto y la declaración [...] se decía unitaria, pero se mantenía fragmentada en múltiples grupos que se combatían violentamente unos a otros [...] señalaba a fuego la tendencia del Partido Comunista a guiarse por planteamientos políticos ajenos a la realidad del país, pero no hacía ningún esfuerzo sistemático por estudiarla [...] repudiaba al stalinismo pero aplicaba sus métodos en sus luchas y fragmentaciones internas.
>
> En general, la "nueva izquierda" carecía de un planteamiento ideológico coherente y de un conocimiento cercano de la realidad peruana, que sólo podía ser resultado de la concurrencia de dos factores: el estudio teórico de la economía y la sociedad peruana y la actividad práctica en el seno de las masas (Béjar 1969: 42-43).

El impacto de las guerrillas sobre la «vieja izquierda» fue también significativo. Sectores juveniles del Partido Comunista, enterados de los preparativos insurreccionales del MIR y el ELN, presionaban por incorporarse a la lucha armada. El Partido Comunista se fragmentó en marzo de 1964, como consecuencia de la polémica chino-soviética, en dos organizaciones que fueron conocidas por los nombres de sus respectivos periódicos partidarios: el PC Unidad, prosoviético —los «moscovitas»— y el PC Bandera Roja, prochino —los «pekineses»—.

La presión de las bases juveniles fue especialmente fuerte en el PC Bandera Roja, debido a que la lucha contra el «pacifismo» de los «revisionistas» del PC Unidad —alineado con las tesis de la «coexistencia pacífica entre los dos sistemas» y el «tránsito pacífico al socialismo» de la URSS, que significaba su definitiva renuncia a promover la revolución armada en el mundo— era un elemento central de su identidad ideológica maoísta. Las bases juveniles presionaban por dar apoyo o incorporarse a la insurrección que estaban realizando el MIR y el ELN. Esto dio lugar a la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), que canalizó la presión radical de las bases juveniles con la promesa de que el partido emprendería pronto su propia guerra de liberación nacional. Algunos cuadros llegaron a ser concentrados en Ayacucho, con la expectativa de apoyar el alzamiento de las organizaciones insurgentes, pero estas fueron derrotadas antes de que las FALN llegaran a realizar acción alguna. Poco después, fueron disueltas sin pena ni gloria. Esta experiencia coadyuvó a la ruptura de la organización maoísta y a la formación del PC Patria Roja, como consecuencia de una importante escisión de cuadros juveniles que, como una muestra inequívoca de

dónde ponían el acento en su disidencia, pusieron como divisa de su periódico partidario el conocido lema de Mao Tsetung: «El poder nace del fusil»[40]. Pero no fue esta organización sino una nueva escisión de Bandera Roja, producida a comienzos de los años setenta, la que asumiría el reto de emprender esa guerra revolucionaria que era el tema recurrente de la prédica maoísta. Se haría conocida en los años ochenta como Sendero Luminoso, debido al lema de su periódico partidario: «Por el sendero luminoso de José Carlos Mariátegui».

Luego de la derrota, y a pesar de los duros golpes recibidos, los sobrevivientes del MIR y el ELN buscaron reagruparse para realizar la evaluación de sus experiencias armadas[41]. En ninguno de los casos se consideró que se hubiera cometido errores políticos sustantivos y la autocrítica se centró en los yerros militares. De este balance se concluyó que la tarea fundamental era prepararse para volver a emprender las acciones armadas. El MIR decidió enviar a Gonzalo Fernández Gasco a reorganizar las fuerzas en el norte y a Enrique Amaya Quintana al Cusco, con la idea de preparar el reinicio de la lucha armada. Fernández Gasco fue detenido en el norte y Enrique Amaya Quintana desapareció, después de emprender viaje con destino al Cusco. Según los cuadros del MIR fue detenido y asesinado por el Ejército[42].

Durante los años siguientes el ELN terminó extinguiéndose. El MIR sufrió numerosas escisiones. En la década del ochenta una de sus fracciones, el MIR El Militante, se unió con un grupo procedente de una escisión del Partido

---

[40] Sobre la «nueva izquierda» puede consultarse los escritos de Héctor Béjar (1969), que con su balance ganó el Premio de Ensayo de Casa de las Américas de 1969; Ricardo Letts (Pumaruna 1976); así como el texto de Silvestre Condoruna (Aníbal Quijano) publicado en el nº 3 de la revista *Estrategia*, del MIR chileno, en abril de 1966 (Condoruna 1972). Sobre Vanguardia Revolucionaria, véase Caro Cárdenas (1998). Walter Palacios narra que cuando salió el texto de Condoruna, que enjuiciaba la experiencia guerrillera del MIR, ellos creyeron que el seudónimo correspondía a Ricardo Napurí, quien había renunciado al MIR un par de años antes y que participó en la fundación de Vanguardia Revolucionaria. Así lo hicieron constar en su respuesta «¿Vanguardia Revolucionaria o retaguardia revolucionaria?». Quijano colaboró en la fundación de Vanguardia Revolucionaria. Recientemente Daniela Rubio ha presentado una tesis de licenciatura en Historia sobre las guerrillas de 1965 (Rubio Giesecke 2008). Iván Hinojosa viene preparando una tesis doctoral sobre las organizaciones maoístas que debe aportar muchas luces sobre este proceso. Peter Vrijer, por otra parte, viene desarrollando una muy amplia investigación sobre la insurgencia armada en el Perú de los años sesenta.

[41] VI Convención Nacional del MIR. «El MIR informa al pueblo peruano». Agosto de 1966.

[42] Según el libro de Philip Agee *Inside the Company: CIA Diary* («Dentro de la Compañía: el diario de la CIA»), Enrique Amaya se convirtió en confidente de la CIA antes del inicio de las acciones guerrilleras, yendo a ofrecer sus servicios a la embajada norteamericana en Quito y habría contribuido decisivamente a la derrota de la guerrilla. Tal versión es rechazada por los sobrevivientes del MIR, quienes consideran que Agee se equivocó. Agee falleció en La Habana el 7 de enero de 2008. El gobierno cubano lo calificó de «amigo leal de Cuba».

Socialista Revolucionario, una organización velasquista, el PSR Marxista Leninista, para formar el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), que se embarcó en una guerra de guerrillas paralela —y por momentos enfrentada hasta militarmente— a la que realizaba Sendero Luminoso. En 1986 se sumó al MRTA la fracción conocida como el MIR Voz Rebelde. En el MRTA entraron a militar algunos de los sobrevivientes de la guerrilla de 1965, como Antonio Meza Bravo, un dirigente campesino de la sierra central. Antonio Meza sobrevivió a la represión desencadenada contra las guerrillas en 1965, purgó prisión y fue amnistiado durante el gobierno de Velasco Alvarado. En la década del ochenta se incorporó al MRTA para ser muerto por el Ejército en la emboscada de Molinos, una acción armada en la que fueron abatidos 62 emerretistas, sin que el Ejército sufriera bajas ni tomara prisioneros (Manrique 2002).

EL FANTASMA DE LA REVOLUCIÓN. EL VELASQUISMO Y EL APRA

La revolución militar y los partidos políticos

La madrugada del 3 de octubre de 1968 se produjo el golpe militar encabezado por Juan Velasco Alvarado. Este venía preparándose durante cierto tiempo y se dio en el momento de mayor aislamiento político del régimen. Se trataba de un golpe atípico; no la iniciativa de un militar que asaltaba el poder, sino el resultado de una decisión largamente madurada por un grupo de oficiales del Ejército que tomaba el poder con la intención de realizar profundas transformaciones estructurales. No fue un golpe institucional sino de un sector de una de las tres armas, pero a lo largo del 3 de octubre, después de derrocar al presidente Belaunde y colocarlo en un avión con destino a Buenos Aires, Velasco negoció con la Marina y la Aviación, y consiguió acuerdos que comprometían a la Fuerza Armada en su conjunto. De esta manera, a las cinco de la tarde juramentó un gobierno institucional de las fuerzas armadas[1]. No fue un simple cambio de gobierno o de representantes políticos. Clases y fracciones de clase, como los terratenientes costeños y serranos y los sectores de la burguesía financiera asociados a la propiedad de la tierra, fueron desalojados definitivamente del poder y las reformas redefinieron profundamente la estructura de clases, especialmente en el campo.

No fue tampoco originalmente un movimiento de contención frente a una situación de ascenso popular —aunque en fases posteriores adoptara efectivamente este carácter—: el gran movimiento campesino había cerrado su ciclo en 1964 y los intentos de cambiar la sociedad por la vía armada revolucionaria habían sido derrotados por los militares un año después. Sin duda ambos

---

[1] Que se lograra mantener la unidad militar, a pesar de las discrepancias existentes al interior del régimen fue posible gracias a su habilidad política.

elementos jugaron un papel en la maduración de la decisión de Velasco y sus colaboradores, que participaron en la represión de la subversión y llegaron a la convicción de que era imprescindible realizar cambios para evitar llegar a una situación explosiva, pero no fueron un detonante inmediato del golpe.

Por otra parte, el escenario político quedó profundamente trastornado. Las elecciones quedaron suspendidas por tiempo indefinido, lo cual canceló los proyectos en curso, como la alianza entre el Apra, el sector derechista de Acción Popular —los «carlistas» de Manuel Ulloa— y la fracción oligárquica de los barones del azúcar y del algodón presidida por Julio de la Piedra, que debiera llevar a Haya de la Torre al poder en las elecciones programadas para junio de 1969[2]. El golpe militar cerró el camino a una solución de la crisis a través de una profundización de la alianza entre la burguesía industrial dependiente y los capitales norteamericanos y a una recomposición del escenario político bajo la hegemonía de una alianza derechista muy amplia (Pease 1977: 44-53).

El golpe militar de 1968 fue precedido por una profunda crisis económica, social y política, que desprestigió no solo al gobierno acciopopulista sino a todo el sistema en su conjunto. La profunda crisis en la que se debatía el sistema político al terminar el belaundismo dio un gran margen de maniobra a los militares para sacar adelante su proyecto. El cierre del escenario electoral dejó sin juego a los partidos políticos que tradicionalmente actuaban en él. Solo quedaron como espacios para hacer política los gremios y la prensa. Los gremios empresariales se expresaron a través de intentos de presión sobre los militares en el poder y de penetración en el aparato del Estado. Las representaciones políticas de la derecha no tenían presencia en los gremios de trabajadores y el Apra estaba en un retroceso general, propiciado por su alineamiento con la oligarquía y su entreguismo frente al imperialismo. En cambio la izquierda tenía implantación en estos sectores y logró crecer consistentemente a lo largo de la década en los gremios de trabajadores industriales, en las minas, el campesinado, los maestros, los gremios estudiantiles y los pobladores de las barriadas, apoyando a la junta militar, en el caso del Partido Comunista Unidad, u oponiéndose a ella, como el resto de la izquierda.

El golpe militar de 1968 y las reformas del gobierno del general Velasco Alvarado sorprendieron a todos. Buena parte de las demandas antioligárquicas y antiimperialistas levantadas desde décadas atrás por el Apra y la izquierda, como la reforma agraria y la nacionalización de los recursos naturales, fueron

[2] Al final del régimen belaundista, la Unión Nacional Odriísta se dividió entre la fracción «oficial» que seguía al general Odría, el caudillo del movimiento, con una base social en los terratenientes serranos del interior y la fracción que representaba a los terratenientes «modernos» del litoral, bajo el comando de Julio de la Piedra. Este grupo asumió el nombre de Partido Social Demócrata Nacionalista (*sic*) y emprendió negociaciones con el Apra y los «carlistas» de Acción Popular para formar una alianza.

realizadas por los militares, impulsando cambios que estaban entre los más radicales en América Latina. Los militares reformistas llevaron su programa hasta un punto que los colocó en trayectoria de colisión con el gobierno norteamericano. La expropiación de la International Petroleum Company puso a los dos gobiernos al borde de la ruptura, cuando EE.UU. amenazó con aplicar al Perú la enmienda Hickenlooper, un dispositivo legal que preveía sanciones contra los gobiernos que se atrevieran a afectar los intereses de las empresas norteamericanas sin una compensación que estas juzgaran adecuada. No se llegó a la ruptura, pero hubo un fuerte enfriamiento de las relaciones diplomáticas, que se acentuó cuando Velasco Alvarado abrió relaciones con los países socialistas, algo que ningún gobierno anterior se había atrevido a hacer, e incorporó al Perú al movimiento de los no-alineados. Estas nuevas relaciones permitieron, entre otras cosas, que la literatura marxista circulara ampliamente en el Perú, gracias a la apertura del mercado a masivas ediciones soviéticas y chinas de muy bajo precio. Ello favorecería el desarrollo de una izquierda que, con la excepción del Partido Comunista Unidad —que se declaró aliado del gobierno—, actuaba en la clandestinidad, buscando construir una base social para su proyecto político.

La posición norteamericana de condicionar la asistencia militar y la provisión de equipos bélicos al Perú a un allanamiento a las pretensiones de la IPC fue contestada por los militares peruanos con el cambio de proveedores, comprando aviones Mirage a Francia, primero[3], y reequipando completamente a las Fuerzas Armadas peruanas con armamento soviético, después.

El golpe militar de 1968 significó el fin para los partidos que representaban a las fracciones oligárquicas, que murieron junto con sus caudillos, pero fundamentalmente debido a que desapareció su base social. Así se extinguieron el Movimiento Democrático Peruano de Manuel Prado a la muerte de su fundador, producida en 1966 y la Unión Nacional Odriísta, disuelta por Odría en 1974. El Partido Social Demócrata Nacionalista de Julio de la Piedra desapareció sin haber llegado a despegar. Acción Popular y el Partido Popular Cristiano entraron en un largo receso, que solo terminó cuando los militares anunciaron que dejaban el poder y se proponían organizar la transferencia del gobierno a los civiles, a fines de la década del setenta. La Democracia Cristiana, Acción Popular Socialista y el Partido Comunista Unidad respaldaron al gobierno, pero este les cerró el paso a cualquier alianza institucional. Sus cuadros entraron a «militar» en el proceso de modo individual, subordinados a una dirección militar que no estaba dispuesta a compartir el poder con sus eventuales aliados.

---

[3] Como se recordará, el veto norteamericano a esta transacción fue uno de los elementos que ayudó a la radicalización de la posición antiimperialista entre los militares peruanos.

A pesar de que sus reformas eran radicales, la Junta Militar de Gobierno no captó el apoyo de la mayoría de la izquierda. Esta en sus orígenes era una izquierda eminentemente universitaria, como sucedía con el resto de la izquierda latinoamericana, y leyó el proceso velasquista a partir de una política gubernamental hostil con la universidad, a la que consideraba, no sin razón, un foco de disidencia. Fue durante el gobierno de Velasco Alvarado que se inició una política represiva y de estrangulamiento económico progresivo contra las universidades estatales, que terminó por provocar una profunda crisis, que se iría agravando durante las décadas siguientes. El gasto estatal en educación, como parte del egreso total, representaba el 25,36% en 1961 y con el arquitecto Belaunde llegó a 30% en 1966, comenzando a partir de allí una declinación sostenida. Con el gobierno militar, para 1971, representaba apenas el 19,60% (Malpica 1975: 86). Por otra parte, la Ley Universitaria velasquista atentaba contra derechos estudiantiles conquistados desde décadas atrás por la Reforma Universitaria, como la representación de un tercio estudiantil en los organismos de gobierno de la universidad. Los estudiantes militaron mayoritariamente en la lucha contra la junta militar y esto repercutió en la orientación de las organizaciones izquierdistas.

De las organizaciones marxistas, solo el Partido Comunista pro soviético respaldó a la junta, bajo la convicción de que estaba realizando la fase «antioligárquica y antiimperialista» de la revolución peruana. En la nueva izquierda predominó la caracterización del régimen como un «reformismo burgués». Los partidos más radicales contestaron a las reformas de los militares sosteniendo que estas tenían como objetivos preconizar la conciliación de clases, impulsar un proyecto político corporativista, engañar a las masas y alejarlas de la guerra popular. Esa fue especialmente la posición de los partidos maoístas, que caracterizaron a la Junta Militar de Gobierno como «fascista». Medidas como la reforma agraria, la reforma de la educación y la reforma de la empresa fueron abiertamente resistidas y enfrentadas. Las reformas o eran insuficientes o eran un engaño; se trataba de una posición dogmática que, partiendo de una caracterización de la función histórica de los militares, como soporte del Estado burgués, no podía concebir que estos hicieran reformas —aunque las hicieran de hecho— y que estas afectaran a la oligarquía y los terratenientes, que fueron definitivamente desaparecidos del bloque de poder.

La defensa extrema de esta posición fue asumida por Sendero Luminoso, que en 1980, al empezar su lucha armada, dinamitó la tumba del general Velasco Alvarado, a quien veía como el impulsor del «fascismo» en el Perú. Los cambios de la situación política peruana de las décadas siguientes, como la salida de los militares del poder, la transición y la restauración del régimen democrático en 1980 y la sucesión de los gobiernos de Fernando Belaunde, Alan García y Alberto Fujimori, no cambiaron para Abimael Guzmán la naturaleza «fascista»

del régimen. De allí que la transición a la democracia y la apertura de espacios para la participación de la izquierda en la escena legal fueran denunciadas como una trampa puesta para frenar el avance de la «guerra popular» y que se acusara a las fuerzas de izquierda que participaron en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978, y en los sucesivos procesos electorales de las dos décadas siguientes, de «electoreros»[4].

Según Cynthia Sanborn, Velasco buscó reemplazar al Apra en lugar de reprimirlo, pues pensaba que si su gobierno llevarba a cabo las reformas que ese partido propuso originalmente; este perdería su objetivo histórico. Haya de la Torre reconoció que no sufrieron persecución durante el velasquismo:

> Hay naturalmente una diferencia muy grande entre el tratamiento que hemos recibido los apristas durante esta época, en comparación al que soportamos de otros gobiernos militares y civiles [...] en otras épocas fuimos víctimas de una represión feroz, brutal. Esta vez no ha ocurrido así y yo lo he admitido con toda consecuencia y veracidad, en todo momento. Esto no ha sido nada en comparación con el Via Crucis que hemos pasado con Sánchez Cerro, Benavides, el primer gobierno de Prado y Odría. No tiene paralelo[5].

La revolución velasquista atrajo a muchos apristas, «quienes afirmaban con sagacidad que la histórica represión militar sólo había fortalecido al partido, y que su simple marginalización de la escena política sería suficiente para descalificarlo» (Sanborn 1989: 95). Ramiro Prialé, hijo, entonces dirigente juvenil del Apra, evaluó el impacto que ejerció la revolución militar en el partido en una entrevista realizada en noviembre de 1985:

> La presencia de ex-apristas en el gobierno fue decisiva. El Partido Aprista no fue perseguido, pero eso fue el peor período para el partido. El gobierno militar era más inteligente en no perseguir al APRA. Supieron tratar con el partido, cooptar, quitarle bases, mientras el programa aprista se llevó a cabo. Y el partido quedó sin peso ni importancia. Eso fue lo más duro (Sanborn 1989: 121).

Según Luis Alberto Sánchez, «se engancharon algunos apristas en ese movimiento, como se está viendo hasta ahora, y quisieron hacer una especie de

---

[4] Para poner esta acusación en contexto debe considerarse que a inicios de la década de 1980, cuando Sendero inició sus acciones, la casi totalidad de la izquierda estaba por la lucha armada como la vía al poder y defendía la participación en la escena parlamentaria apenas como un paso táctico en la preparación de la guerra, mientras que en ese mismo momento Abimael Guzmán estaba realmente trabajando en su preparación. De allí las vacilaciones y las contradicciones que se presentarían entre los representantes de la izquierda legal al abordar el fenómeno de la violencia senderista.

[5] Revista *Oiga*. Lima, 24 de octubre de 1975. Citado en Luna Vegas (1990: 150).

apro-velasquismo, diciendo que Velasco realizaba lo que no había podido hacer Haya» (Sanborn 1989: 95-96)[6].

Haya optó por evitar un choque frontal con los militares que pudiera provocar la deportación de la dirigencia partidaria. Por primera vez desde que abandonó el Perú en 1954 —luego de salir de su cautiverio en la embajada de Colombia— volvió al país en 1970 para permanecer una larga temporada, comprometiéndose con el trabajo partidario cotidiano[7]. No salió del país entre durante los siete años siguientes y solo viajó al extranjero en 1977, luego de la muerte de Velasco y cuando estaban avanzadas las negociaciones con los militares para la transferencia del poder. Durante este periodo se dedicó concienzudamente a impulsar una renovación partidaria a través de un trabajo de formación de un reducido grupo universitario sensible a las ideas de izquierda. Es en este contexto que Carlos Roca sitúa la primera edición de *El antimperialismo y el APRA* en el Perú, realizada en 1971: «el Jefe Fundador al hacer esta nueva edición de su obra fundamental, promueve un debate alrededor de sus ideas» (Sanborn 1989: 98). Esto dio un impulso importante a jóvenes que consideraban, como diría Jesús Guzmán, que la dirigencia «se había acostumbrado a una actitud ya reblandecida» (Sanborn 1989: 98).

Un grupo seleccionado de jóvenes apristas fue enviado por Haya a estudiar al extranjero. Entre ellos figuraban Alan García, que llegaría después a ocupar la presidencia de la República dos veces, y Víctor Polay, que estudiando en París se radicalizó ideológicamente y rompió con el Apra, incorporándose a una fracción del MIR. A su retorno al país, a inicios de los ochenta, Polay fundó el MRTA, que se lanzó a la insurgencia armada en 1984 y combatió al gobierno de García durante los cinco años siguientes[8]. Otro pequeño grupo fue entrenado personalmente por Haya en foros como la «Escuela de Cuadros», el «Parlamento Universitario», los «Coloquios en el Aula Magna», etcétera. Haya los alentaba a defender la línea aprista enfrentando a la izquierda marxista.

El costo de la dedicación de Haya al reforzamiento partidario fue acentuar el debilitamiento de las bases sociales del Apra, ya golpeadas por los sucesivos pactos con la oligarquía y por la inevitable comparación que provocaba la firme radicalidad de los militares velasquistas, ejecutando las reformas que el partido

---

[6] Favoreció el designio velasquista el carácter caudillista del Apra: «El jefe dirigía su partido como un Inca moderno. No se opuso al gobierno, pero tampoco ayudó [...] su meta fue salvar a su poder y al partido primero, pero otros dudaban» (Sanborn 1989: 97). En los círculos apristas disidentes se sostiene que Haya solicitó la expulsión de Mercedes Cabanillas por que militó en el velasquismo.

[7] Justificó su venida con una «invitación formal» del CEN del Apra para que viniera al Perú, lo cual muestra hasta qué punto su ausencia en el país se había convertido en algo normal (LAS 1985: 427).

[8] Polay recordaría, en una entrevista periodística, que en París, cuando era estudiante universitario, robaba libros junto con Alan García.

había prometido tantas veces, entre los apristas que creían que la misión del partido era hacer la revolución. «Velasco —decía Javier Valle Riestra— tuvo una influencia importante. Tomó las banderas apristas. El APRA tuvo que volver a las fuentes, y así se hizo. Pero no tanto entre el aparato del partido, que se mantiene lento y reaccionario» (Sanborn 1989: 98). Más crítica es la opinión de Ricardo Ramos Tremolada, entonces un prometedor dirigente juvenil aprista: «El Apra se quedó totalmente aparte de los movimientos sociales de los setenta, se había derechizado y ya era marginal. Sólo se formó cuadros, sólo una cúpula alrededor de Haya [...] con ellos continuaba la mística» (Sanborn 1989: 99).

Más categórico fue un joven militante que fue sometido a disciplina por participar en la asonada del 5 de abril de 1975 contra la Junta Militar de Gobierno y que criticaba la línea de abstención de Haya de la Torre con relación a las luchas populares contra el gobierno de Morales Bermúdez: «Haya nos engañó, siempre decía "al próximo año habrá elecciones", por doce años [...] Y la "juventud dorada" alrededor de Haya todos los días, cantándole canciones. Quiso apaciguarnos porque pensaba que venían las elecciones y la Fuerza Armada le decía "mientras tu juventud sigue fregando", nada va a ver (*sic*)» (Sanborn 1989: 99).

El Apra fue rebasada por la izquierda en los organismos gremiales de los maestros y los estudiantes, en los medios de comunicación, las organizaciones profesionales y el movimiento laboral y popular organizado. Cuando el viraje represivo de la última fase del régimen de Velasco y los «paquetazos» impuestos por el de Morales Bermúdez provocaron una amplia movilización popular de respuesta, el Apra se abstuvo de comprometerse en las protestas, con la mira puesta en lograr una transferencia de poder por la vía electoral. En cambio, la izquierda participó enérgicamente en ellas, incrementando notablemente su credibilidad y aislando aún más al Apra de los sectores populares.

La revolución militar del régimen del general Juan Velasco Alvarado tomó al país por sorpresa, porque nadie estaba preparado para que las Fuerzas Armadas realizaran finalmente la revolución antioligárquica que desde fines de los años veinte se había convertido en un clamor de todos los sectores empeñados en encaminar al país por la vía de la modernidad. Los partidos políticos, que como vimos atravesaban una crisis muy profunda al final del régimen de Belaunde, quedaron descolocados. Algunos, como la Democracia Cristiana y Acción Popular Socialista, se incorporaron a apoyar a la junta militar. Otros, como el Partido Comunista «Unidad» prosoviético, optaron por el «apoyo crítico», la izquierda radical, que incluía a las fracciones maoístas del Partido Comunista, se dividió en un amplio abanico de pequeños grupos opositores, que juzgaban insuficientemente revolucionario al gobierno, cuyas caracterizaciones del régimen militar eran tan variadas como «fascista», «reformista burgués», «nasserista», o «bonapartista».

Los partidos institucionales más importantes —como Acción Popular, el Partido Popular Cristiano (una escisión de derecha del PPC, fundado en 1967) y el Apra— entraron de facto en un largo receso de más de una década, limitándose su presencia a pronunciamientos con relación a las medidas tomadas por el gobierno y, en el caso del Apra, a una limitada presencia sindical.

En el caso del Apra llama la atención su inmovilidad durante el gobierno militar, dado el hecho de que a fines del belaundismo era el único partido que no se había dividido y, dada su fortaleza y la proyectada alianza con Acción Popular —bajo la hegemonía derechista de los llamados «carlistas»—, aparecía como el seguro ganador de las elecciones programadas para junio de 1969. Al producirse el golpe del 3 de octubre, la primera reacción del Apra, ese mismo día, fue llamar a «resistir a la usurpación» (Lynch 1980: 172). Algunas manifestaciones que no lograron desestabilizar al régimen fueron contestadas con el asalto y la clausura del local del Apra.

Pero entonces se produjo la nacionalización de los campos petroleros de La Brea y Pariñas por el gobierno militar, el 9 de octubre, y el partido aprista se vio obligado a bajar su beligerancia. Se pronunció respaldando la medida y subrayando que esta había sido posible gracias a las leyes que habían dado en el Parlamento. Durante los primeros meses de 1969, cuando el país estaba amenazado con la aplicación de la Enmienda Hickelooper por el gobierno norteamericano, el Apra expresó su rechazo a esta actitud. En el mitin del Día de la Fraternidad de febrero de 1969, Haya llamó a la «unidad nacional» en defensa de la soberanía nacional, al mismo tiempo que saludaba el discurso antioligárquico del gobierno. Pero la persistencia de su posición oposicionista llevó a que en abril de 1970 *La Tribuna*, el periódico oficial del Apra, fuera clausurado, aduciendo como pretexto una deuda impaga que tenía con el Banco de la Nación. Esto representó un duro golpe para el partido.

El 9 de junio de 1969, conmemorando la fecha en que debieron celebrarse las elecciones generales programadas por Belaunde, Haya pronunció un discurso en el cual saludó el anuncio de los militares de que se proponían realizar una «transformación profunda» de las estructuras, señalando que la fuerza armada no era ya «el brazo armado de la oligarquía» (Lynch 1980: 177). Pero la ley de reforma agraria, promulgada apenas quince días después, enfrió su reformismo. Durante los años siguientes hubo más entusiasmo por la medida en las bases gremiales apristas —sobre todo entre los trabajadores cañeros— que en la dirección del partido, que hubiera querido limitar los alcances de la reforma a una expansión de la frontera agrícola a través de programas de irrigación.

Pesaba en contra del Apra que todas las reformas a las cuales había renegado a lo largo de su historia estaban siendo implementadas por los militares en el poder. Mantenerse leal a su alianza con los sectores oligárquicos lo hubiera colocado

abiertamente en el campo de la contrarrevolución y lo hubiese dejado tan descolocado como habían quedado los partidos que conformaban la oposición de derecha. Haya de la Torre optó entonces por tratar de recuperar la imagen revolucionaria de sus tiempos aurorales.

En 1971 se publicó por primera vez en el Perú su libro *El antimperialismo y el Apra*. Ahora trataba de demostrar que antes había sido revolucionario. A continuación, trató de tomar distancia de la oligarquía con la que había cogobernado entre 1956 y 1968. En un discurso pronunciado en febrero de 1976, cuando la reforma agraria había liquidado a sus antiguos aliados, afirmó: «Conocemos los pecados de la oligarquía, que ha sido una oligarquía políticamente perezosa. Como los reyes de cierto país europeo, llamados "los reyes perezosos", se ocupó solamente de hacer negocios. Desatendió los asuntos públicos y fue responsable de muchas faltas en las que quizá esté comprometida la pérdida del territorio nacional» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 469). Saludó además las reformas militares y guardó por lo menos una complaciente expectativa hacia las acciones que se ejecutaban, reclamando ritualmente cada año en su discurso por el Día de la Fraternidad[9] que se celebraran elecciones y, más realistamente, que los militares dejaran al Apra participar en el proceso de reformas que se estaba realizando.

A lo largo del gobierno velasquista, Haya mantuvo una actitud muy prudente y moderada. Según los testimonios que ha recogido Cynthia Samborn, esto respondió a su temor de que una acción más enérgica provocara la deportación de los líderes del partido, lo que podría ser fatal, dada la nueva situación y la vulnerabilidad en que había quedado (Sanborn 1989). Ratifica esta interpretación el hecho de que Haya permaneciera durante todo el gobierno de Velasco Alvarado en el país, a diferencia de todo el período anterior, en que desde 1954, cuando pudo abandonar su cautiverio en la embajada de Colombia, solo permaneció en el país por algunos meses en las coyunturas electorales de 1962 y 1963.

Haya de la Torre y la revolución militar

En su libro *La revolución constructiva del aprismo. Teorí@ y práctic@ de la modernidad* (Lima, 2008) Alan García busca fundamentar su viraje hacia el neoliberalismo en las tradiciones apristas, presentándolo como un retorno hacia las verdaderas posiciones de Haya de la Torre. García sostiene que este fue un abierto enemigo de las reformas de Velasco Alvarado, mientras que los apristas

---

[9] El Apra conmemora cada año el Día de la Fraternidad el día del cumpleaños de Haya de la Torre, el 22 de febrero. Mientras duró el gobierno de la Junta Militar esta constituyó la única actividad pública del partido. De allí la importancia de los discursos de Haya, que trasmitían su mensaje político principal.

que le sucedieron —y en primera línea el propio Alan García, que gobernó el Perú entre 1985 y 1990— cometieron el error de leer la revolución militar como la «realización de lo que había propuesto el Apra desde 1931». Esta mala lectura habría llevado a que «adoptaran como propias las estatizaciones, el modelo colectivista en la agricultura y el manejo estatal del comercio de muchos servicios y bienes» (García 2008: 104-105). El resultado fue —sostiene García— que se compraron el proyecto de Velasco Alvarado, un modelo y conceptos que eran «totalmente ajenos a la ideología de Haya y su trabajo dialéctico». Así, el primer gobierno de Alan García «resultó más velasquista que hayista» (García 2008: 108). García reniega hoy de esta apostasía, contra la que habría advertido Haya, y enmienda rumbos, virando hacia el sano neoliberalismo.

Alan García tergiversa burdamente las posiciones de Haya de la Torre. Durante los años setenta el jefe del Apra se mostró más bien favorable a las reformas del velasquismo y trató de tomar distancia de la oligarquía. Se inclinó después —luego de la caída de Velasco Alvarado— a proponer adoptar las grandes reformas militares e institucionalizarlas, a través de la convocatoria a una asamblea constituyente y propuso completarlas con algunos antiguos puntos del programa aprista de 1931: constituir un «Estado antimperialista» con «democracia funcional», que negociara con el imperialismo y lo controlara y la creación de un «Congreso Económico Nacional», que debiera colegislar junto con el «Congreso Político». Sus posiciones estaban pues lejos de la ortodoxia neoliberal a la que se ha enrolado García.

En los años ochenta Alan García reivindicaba la radicalidad auroral de Haya de la Torre y defendía el peculiar carácter socialista del aprismo. En su libro *El futuro diferente,* publicado originalmente en 1982 y reeditado en 1987, en medio de la guerra con los magnates financieros peruanos que desencadenó su intento de estatizar la banca, García escribía:

> El objetivo de todos estos razonamientos, implícitos en el método dialéctico del Aprismo, no tiene el propósito reaccionario de defender la propiedad privada [...] el socialismo dialéctico moderno [aprista, NM] supera la anterior y metafísica proposición según la cual el cúmulo de alienaciones depende de un solo y total concepto: la propiedad privada … Por consiguiente, la liberación de las alienaciones depende de términos globales, determinados fundamentalmente por el carácter del Estado. De allí que el Aprismo caracterice la transformación por la existencia del Estado antimperialista; porque al Estado […] le corresponde un papel fundamental y revolucionario: señalar las finalidades sociales y las orientaciones colectivas e intermediar con ellas las acciones individuales y grupales (García 1987: 115-117).

Es revelador que Alan García pudiera defender el antiimperialismo en los años ochenta y alinearse luego con el entreguismo neoliberal, fundamentando ambas posiciones en el pensamiento de Haya de la Torre. En la Introducción a la primera edición de *El futuro diferente*, García sostenía: «el objetivo de este libro, es la afirmación de las tesis de Haya de la Torre [...] el Aprismo se afirmó como una doctrina revolucionaria [...] y se definió como la propuesta creativa de una nueva sociedad caracterizada como antimperialista, democrática y cooperativa» (García 1987: 33).

García no traiciona a Haya al defender, invocando sus planteamientos, dos líneas políticas tan diametralmente opuestas: en realidad lo realiza, pues los virajes programáticos del jefe máximo del aprismo fueron tan extremos que en sus obras siempre se va a encontrar argumentos y citas como para sostener cualquier posición... y la contraria.

Revisemos los pronunciamientos de Haya con relación al gobierno militar. En febrero de 1970, en el Día de la Fraternidad, Haya reclamó la paternidad intelectual de las reformas que comenzaban a realizar los militares, protestando porque estos no reconocían la deuda intelectual que le tenían: «Debemos estar insatisfechos porque no es manera, aceleradamente y furtivamente, de llevar esas ideas adelante y de esconderlas, sobre todo ocultando su origen y procedencia» (*La Prensa* 1970). Lo mismo sostuvo un año después: «nosotros estamos de acuerdo con una sana transformación del Perú, con un cambio que preconizamos siempre y por el cual fuimos perseguidos y se nos dijo extremistas, desleales y hasta anti peruanos» (*Última Hora* 1971). Este pronunciamiento puede leerse como una reacción a la destemplada respuesta de Juan Velasco Alvarado a la pretensión aprista de declararse la autora de las reformas que realizaban los militares, en su discurso de octubre de 1969, conmemorando el primer aniversario del golpe: «La paternidad de una revolución es de quienes la realizan, no de quienes hablaron de ella para luego olvidarla desde el poder» (Lynch 1980: 177)[10].

El Haya de inicios de los setenta estaba lejos de ser un precursor del entreguismo neoliberal. Trataba más bien de mostrarse radical, a tono con la actitud de los militares que venían realizando la revolución que el Apra había prometido a lo largo de varias décadas: «Seamos sinceros [declaraba Haya a un periódico

[10] Un elemento importante a tener en cuenta es que el principal asesor civil de Velasco Alvarado, Carlos Delgado, era un ex aprista que llegó a ser secretario personal de Haya de la Torre y que rompió con él en 1963, a raíz de la alianza del Apra con Odría. Carlos Franco recuerda a Delgado como un crítico feroz del Apra, que tenía resentimientos acumulados en su relación con el partido de Haya. El padre de Delgado se retiró con todo un grupo del Apra, después de participar en alzamiento de 1948. Lo mismo hizo su hermano Julio y su tío Óscar, que había estado preso en El Frontón y murió pocos días después (Entrevista a Carlos Franco, Lima, 10 de marzo de 2008). Se atribuye a Delgado la autoría de los discursos de Velasco Alvarado.

local, en vísperas del Día de la Fraternidad]: todo esto va en transición hacia un futuro de socialismo; pero mientras tanto los capitalistas tienen derechos» (Hildebrandt 1971a). Haya no se distanciaba, sin embargo, de los Estados Unidos y del capital imperialista. En el discurso que pronunció ese mismo día, ratificó su posición favorable a una apertura hacia el capital extranjero: «Ningún país subdesarrollado podrá salir de su retraso sin la ayuda económica y tecnológica de los países desarrollados» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 333). Al mismo tiempo, reivindicó las reformas realizadas por los militares afirmando que eran las mismas que él había propuesto cuatro décadas atrás, lo que motivó una ovación de los apristas congregados para festejar su cumpleaños: «este es el fenómeno de la llamada "revolución peruana": el programa enhestado por la Fuerza Armada en esta época, que hay que reconocerlo y hay que decirlo con gallardía y con sinceridad, es el mismo programa del Partido Aprista de 1931» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 343-344).

Cuando los militares empezaron la reforma agraria —a la que el Apra se opuso durante el régimen belaundista desde el Parlamento—, comenzando precisamente por los complejos agroindustriales, que constituían el corazón del poder económico de los «barones del azúcar y el algodón», Haya tuvo que hacer frente a la crítica por la ausencia de iniciativas, a lo largo de la historia del Apra, para realizar las reformas que había prometido. Se defendió diciendo que «la reforma magna que el Aprismo trajo y pudo iniciar en el Perú fue la gratuidad de la enseñanza» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 338). Como se ha señalado, para sostener que el Apra había dicho algo sobre los complejos agroindustriales tuvo que remitirse a un pedido de cooperativizar la hacienda Laredo, en 1946, y a un pedido similar para la hacienda Chiclín, en 1968 (Hildebrandt y Lévano 1971a).

En relación a las reformas que la junta militar venía realizando, la actitud de Haya era más de expectativa, aprobación y de demanda de diálogo, que de cuestionamiento. En su discurso de febrero de 1971 Haya se remitió a sus discursos de los tres años anteriores para demostrar que esta había sido una posición permanente en él: «Nosotros propusimos en 1931 todas las grandes reformas que establecen el principio de una verdadera mutación de estructuras económico-sociales, y que sientan las bases de esta ansiada transformación del Perú» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 347). Invitó después a los militares a una concertación, invocando la comunidad de objetivos: «Hemos dicho que estamos listos a cooperar en toda transformación del Perú, que no nos podemos oponer a ninguna de las reformas propuestas porque todas son nuestras, porque todas han salido de nuestro Programa» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 351-352).

Haya afirmaba que los problemas que los militares, «con la mejor intención», pretendían solucionar, no eran de fácil resolución y que estos necesitaban el

consejo de los expertos y la voz de los interesados. «Desde este punto de vista, nosotros hemos dicho con razón "hay que dialogar". Y hemos dicho también: hay que institucionalizar el diálogo. La institución del diálogo en los Estados democráticos es el Parlamento, es la prensa libre, es la libertad de opinión» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 347). La respuesta de Velasco, en el discurso por el tercer aniversario de la revolución peruana, en octubre de 1971, fue lapidaria:

> Frente a esas dirigencias hemos tenido siempre una actitud muy clara. Nada tenemos que hablar con quienes gobernaron desde el Ejecutivo y desde el Parlamento. Porque son responsables de una inmensa traición al Perú, a sus propios militantes y a quienes un día creyeron su palabra. Pero nada tenemos contra los engañados por esas dirigencias. Sabemos muy bien que muchos de ellos aun son víctimas del engaño. Pero también sabemos que ese engaño no puede durar eternamente (Lynch 1980: 179).

La respuesta de Haya, en su discurso de febrero de 1972, fue reclamar la convocatoria a una Asamblea Constituyente, pero se cuidó de no reclamar elecciones presidenciales[11].

Haya se cuidaba de atacar a la reforma agraria. Proponía más bien complementarla con las medidas que habían constituido la médula de la propuesta aprista durante la superconvivencia. Señalaba que la tierra existente no alcanzaba para todo el campesinado y que era necesaria una reforma con técnica e irrigaciones: «es necesario crear riqueza para el que no la tiene, y no sólo quitársela al que la tiene, porque entonces los dos se quedan sin riqueza, el que la tiene y el que no la tiene»[12] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 348-349).

En un discurso pronunciado en setiembre de 1972, Haya volvía a reclamar la paternidad de las reformas que venían realizando los militares: «Nosotros fuimos tan reformistas en 1931 que se nos acusó de comunistas, de disociadores, de anarquistas y se nos condenó como "enemigos del orden social" y de "la seguridad del Estado". De modo que la paternidad de ese programa es innegable. Porque hemos querido y queremos una transformación en el Perú; porque hemos querido y queremos este llamado "cambio de estructuras"»[13] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 84). En el mismo discurso no tuvo empacho en afirmar que los contratos suscritos por el gobierno militar en torno al problema con la IPC eran la materialización de su consigna: «Nacionalización progresiva de la riqueza».

---

[11] Discurso en el Día de la Fraternidad, Campo de Marte, 18 de febrero de 1972.

[12] Discurso en el Día de la Fraternidad, 20 de febrero de 1971. «No sólo quitársela a quien la tiene» es un evidente intento oportunista de acomodarse a la situación, porque desde su discurso de la Plaza San Martín de junio de 1945, Haya rechazó cualquier medida redistributiva que afectara los intereses de los de arriba.

[13] Discurso en el 42º Aniversario del Partido Aprista Peruano, 21 de setiembre de 1972.

Volvió otra vez sobre el mismo tema en el discurso del Día de la Fraternidad de febrero de 1973, como para no dejar dudas acerca de cómo valoraba la revolución militar que se estaba operando: «nosotros los apristas tenemos antecedentes que nos dan el derecho de interrogar a quienes esgrimen toda una nueva ideación revolucionaria de la cuál nosotros somos basalmente autores»[14] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 396). Propuso a continuación una de las tesis que sostuvo en *El antimperialismo y el Apra*, en 1936 —el «Estado antimperialista»— como la herramienta para alcanzar la anhelada emancipación:

> [...] nosotros sostenemos que hay que aplicar al Estado que nosotros llamamos antimperialista, o sea el Estado de los países en desarrollo, los principios de la democracia institucional representativa que conjunciona y coordina la presencia de las tres necesidades de un pueblo de desarrollo: un Estado empresario y democrático, una clase trabajadora con plenas garantías de trabajo bien pagado, y una inversión extranjera ineludible e inaplazable a la que hay que dar reales garantías para que haya movimiento económico en el país[15] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 402).

Esta tesis vuelve sobre otro componente de su elaboración de los años treinta: la organización de un «Congreso Económico», que para él plasmaba la naturaleza del Estado que se debía construir en los «países en desarrollo»: un aparato político conformado con representantes del capital, del trabajo, del Estado y de los capitalistas extranjeros. Todavía a fines de la década, próximo ya a su muerte, mientras era presidente de la Asamblea Constituyente, Haya seguía defendiendo esta tesis. Su posición fue hasta el final distante del neoliberalismo ramplón que Alan García presenta hoy como un desarrollo orgánico de las posiciones de su maestro.

Haya definió la posición del Apra como «positivamente oposicionista constructiva», al tiempo que recusaba la «democracia clasista y oligárquica, civilista como la llamamos nosotros» oponiéndole «una democracia funcional, económica, social, política, representativa y cooperativa»[16] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 428). Otros líderes apristas, como Armando Villanueva del Campo, suscribían públicamente la opinión de que los militares realizaban la revolución propugnada por el Apra: «en no pocos casos hemos reconocido que este Gobierno ha llevado a cabo puntos del programa aprista que nos fue impedido aplicar. Entre otros aspectos, este régimen está haciendo nacionalización progresiva» (Lévano 1974).

[14] Discurso en el Día de la Fraternidad, 23 de febrero de 1973.

[15] Discurso en el Día de la Fraternidad, 23 de febrero de 1973.

[16] Discurso en el Día de la Fraternidad, 22 de febrero de 1974.

La crisis de la revolución militar

En octubre de 1973 estalló en el Medio Oriente la guerra del Yom Kippur y el alineamiento de las grandes potencias con Israel fue respondido por los países árabes, a través de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEC), con el embargo petrolero. La consecuente elevación de los precios del crudo marcó el fin de la era del desarrollo basado en el petróleo barato. La crisis mundial consecuente envolvió al Perú en 1974; el salario real descendió por primera vez durante el régimen y Velasco Alvarado se vio obligado a tomar medidas de emergencia. La junta militar optó por una política que trataba de distribuir el costo social entre todos los sectores sociales procediendo, por ejemplo, a racionar la gasolina, para no tener que elevar su precio. Sin embargo, el endeudamiento externo, al que se había recurrido pródigamente para financiar grandes proyectos de larga maduración, como la irrigación de Majes y el oleoducto de la selva, provocaron una crisis de pagos insalvable[17].

Por otra parte, la crisis provocó una exasperación de las luchas populares estimuladas por la izquierda. En Andahuaylas se produjo un vasto movimiento de toma de tierras contra los terratenientes que, aliados con los conservadores poderes locales, boicoteaban la reforma agraria. Frente a la ofensiva de la derecha, Velasco optó por la estatización de los medios de comunicación, una medida que se presentó como el medio para entregarlos al control de los sectores populares, organizados corporativamente, pero que en los hechos entregó su control a la junta militar (Peirano 1978).

Por otra parte, la coyuntura internacional evolucionaba en una dirección desfavorable al «socialismo humanista» que propugnaba la junta peruana. El gobierno militar progresista de Juan José Torres fue derrocado en Bolivia por una junta militar de derecha; la corta primavera democrática de Argentina, con Héctor Cámpora en la presidencia, dio paso al ascenso al poder del general Perón y a un proceso de endurecimiento que fue profundizado luego de la muerte del caudillo por su viuda, Isabel Perón, y que llevó a la Argentina a un baño de sangre alimentado por la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina, del asesor de Isabel, Carlos López Rega, y que culminó en el sangriento golpe militar de marzo de 1976. El 11 de setiembre de 1973 Salvador Allende fue derrocado por el golpe militar comandado por Augusto Pinochet. En esas condiciones, para Velasco el problema era cómo asegurar la continuidad del proceso revolucionario[18].

---

[17] Cuando la junta militar derrocó a Belaunde la deuda externa peruana ascendía a 770 millones de dólares y hacia el final del régimen militar, en 1975, ascendía a cinco mil quinientos millones. En su discurso del 20 de febrero de 1976, Haya estimaba que la deuda externa peruana ascendía a 2.800 millones o 3 mil millones de dólares (VRHT 1976-1977: vol. 7, 465).

[18] Entrevista a Helan Jaworsky. Lima, 9 de agosto de 2007.

Las pugnas entre las distintas fracciones de la junta se hicieron más agudas y Velasco proclamó que el modelo contemplaba el carácter pluralista de la economía y que el sector de «propiedad social» debía ser hegemónico, colocado todo dentro de un discurso de recusación del capitalismo. Esto era el programa del sector radical de la junta y el aval de Velasco significaba un importante paso hacia su hegemonía. La fracción liberal de la burguesía estaba dispuesta a aceptar el «pluralismo económico» por un sentido de realismo político, pero no el carácter hegemónico de la propiedad social. La existencia de sectores cooperativos y de otros tipos de carácter asociativo —como las Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS) o las Empresas de Propiedad Social (EPS)— era compatible con el capitalismo y en condiciones de libre mercado no amenazaría su hegemonía, pero poner como central la propiedad social era para ellos «comunismo».

Un factor imprevisto agravó la situación. En febrero de 1973 el estallido de un aneurisma puso al borde de la muerte al general Velasco Alvarado y obligó a que se le sometiera a sucesivas operaciones, que culminaron con la amputación de una pierna en marzo. Esto redefinió completamente el tablero político. Las pugnas al interior de la junta sobre la orientación global del proceso se hicieron públicas. El almirante Vargas Caballero salió a defender la «civilización occidental y cristiana» y el papel central de la inversión privada y fue contestado públicamente por el general Fernández Maldonado. Se desataron fuertes pugnas en torno a la sucesión de Velasco, que terminaron con el opacamiento del general Mercado Jarrín, en ese momento visto como el más previsible sucesor de Velasco. Las discrepancias empezaron a ventilarse públicamente y el sector progresista convocó desde el diario *Expreso* a una movilización popular «en defensa de la jefatura de la revolución». Fue la única iniciativa pública que llegaron a desarrollar.

Carlos Franco y Carlos Delgado, dos de los más prominentes asesores de Velasco, quedaron convencidos de que en ese escenario el proyecto no iba a poder continuar. Estaban un día en una reunión cerrada de Sinamos y llamaron a Delgado por teléfono. Al rato regresó demudado; lo habían llamado de Palacio para decirle que el general Velasco se había desplomado en la ducha. Ambos estaban convencidos de que para que la revolución continuara era necesario que Velasco siguiera en el comando. Dos días después Delgado llamó a Franco para decirle que sus temores se habían realizado: «Esto ya terminó. Acabo de presentar mi renuncia»: habían dejado de convocarlo a las reuniones del Consejo de Ministros, a donde habitualmente asistía y eso indicaba que la correlación había cambiado radicalmente[19].

[19] Entrevista a Carlos Franco, Lima, 10 de marzo de 2008. Frente a la visión que sostiene que Velasco Alvarado fue endureciendo su posición y alineándose con los sectores autoritarios, Carlos Franco subraya el gran aislamiento en que progresivamente se fue hundiendo, a medida que el avance de

Durante el periodo siguiente Velasco se fue aislando progresivamente, mientras que la perspectiva de su eventual retiro de la presidencia provocó una polarización en torno a dos proyectos que se habían venido diferenciando al interior del comando militar. Por una parte el de los «socialistas libertarios», que encontraban una fuerte limitación para proseguir con su proyecto en la ausencia de una base organizada y que presionaban por la creación de una organización política que capitalizara el respaldo social creado por las reformas, y el del grupo encabezado por Carlos Delgado, que se oponía a la creación de tal organización, por considerar que los «partidos tradicionales» eran parte de la vieja realidad que la revolución peruana había venido a cancelar y que traicionaban la voluntad de sus representantes, para quienes debían crearse canales de participación directa.

El discurso del «no-partido» y la «representación directa» de los trabajadores dio lugar a la organización del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (Sinamos) y a la creación de la Organización Política de la Revolución Peruana (OPRP), medidas fuertemente criticadas por el Apra, que las veía como una amenaza a la posibilidad de heredar las reformas militares[20]. Por la otra, se articuló una fracción militar de derecha, que tenía cierta vinculación con el Apra.

El debate sobre el no-partido

Para los militares, el cambio social sería el resultado de una intervención del gobierno que sus beneficiarios debían agradecer, pero en cuya gestación y ejecución no tenían ni voz ni voto. En determinada oportunidad el general Edgardo Mercado Jarrín comparó el proceso con la curación de un enfermo: este debía tomar los medicamentos que el médico le administrara y quedaba descartado que el galeno —que era quien tenía el conocimiento— consultara con el paciente sobre lo que a este le convenía. El almirante Vargas Caballero, ministro de la junta, considerado un militar conservador, reconocía la necesidad de las reformas del régimen de Velasco, y explicaba la forma cómo debían desarrollarse: «Un país que necesita cambiar rápido, necesita una dictadura. Lo malo es que no hay dictador bueno. [...] Hitler *y* Mussolini hicieron, en un comienzo, mucho bien a sus países, porque los sacaron de crisis, pero luego han hecho barbaridades. Quizá Franco escapa de esta regla» (Pásara 1985: 342).

---

su enfermedad lo mostraba crecientemente vulnerable. Franco fue testigo de la desobediencia de subalternos a las órdenes de Velasco y de la necesidad de hacer la vista gorda de este, que perdía capacidad de mediar en los conflictos.

[20] Haya declaró sobre el Sinamos: «Aunque lo preside un general, su mentor es el sociólogo Carlos Delgado, ex aprista» (Troiane 1974). «Opino que es otro partido y que tiene vocación de partido único», añadió.

En definitiva, el tema de la participación popular molestaba a los militares, formados en una mentalidad autoritaria y paternalista, para la cual las Fuerzas Armadas eran «las instituciones tutelares de la Patria», como rezaba el dispositivo que la oligarquía introdujo para cerrar el paso a la participación del Apra y el PC en el sistema político.

Los dirigentes del «experimento peruano»[21] confiaban en que los cambios en la estructura de la propiedad creada por las reformas les brindarían automáticamente el respaldo social que necesitaban. Pero la situación económica de los sectores populares no mejoraba. La lógica del proyecto militar tenía como condición de partida realizar una acumulación en una escala lo suficientemente grande como para emprender un proceso de industrialización autosustentado. Las reformas, por otra parte, ahuyentaron la inversión extranjera. Por eso las presiones redistributivas no podían ser atendidas, lo que alimentaba la conflictividad social. La situación se agravó cuando a fines de 1983 la crisis del petróleo provocó una recesión mundial.

Frente a las presiones redistributivas, la junta trataba de cooptar a los movimientos sociales, o sustituirlos, si eso no era posible, o simplemente destruirlos. Es ilustrativa la experiencia de la fundación de la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP), cuya organización comenzó en 1972, explícitamente con la intención de neutralizar la influencia de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), de tendencia izquierdista. La CTRP se diseñó directamente para controlar la creciente movilización reivindicativa del movimiento obrero y en su gestación intervinieron las distintas tendencias existentes en el gobierno, tal como lo narra José Luis Alvarado, uno de los promotores de la creación de la central gobiernista y miembro de la dirección del Sinamos:

> Las reuniones para formar una central comenzaron en el Servicio de Inteligencia Nacional. Allí estaban militares y civiles. Se hicieron alternativas: la primera posibilidad era hacer una central única con todos los trabajadores; la segunda posibilidad era hacer una central propia del gobierno; la tercera era pactar con la CNT [la central democristiana N. del A.]. [...] El consejo (de ministros) deliberó y se inclinó por la central propia. Graham dijo que la central única era un peligro. ¡No se daban cuenta que se podía controlar desde el gobierno! (Pásara 1985: 349).

Alvarado, un fogueado ex militante del Partido Comunista que se convirtió en un dinámico promotor velasquista, asume con una gran naturalidad la necesidad de manipular las organizaciones de los trabajadores:

[21] La denominación pertenece a Abraham Lowenthal (1985).

> La CTRP surgió en la discusión sobre una ley de reforma sindical que buscaba decapitar a todas las dirigencias. El día D debía descabezarse todas las organizaciones y la ley imponía nuevos requisitos para elegir dirigentes. El trabajo previo hecho por nosotros debía asegurar que surgiera, elegido por las bases, el aparato propio (Pásara 1985: 349).

En toda la discusión que dio lugar a la gestación de la CTRP se daba por supuesta la necesidad de una estructura sindical controlada por el gobierno. Podía haber discrepancias en la forma cómo lograrlo, pero había un acuerdo en la meta a conseguir. Esta experiencia se repitió en todos los demás sectores laborales, con la creación de la Central Nacional Agraria (CNA), para enfrentar a la Confederación Campesina del Perú (CCP) en el campo, o en la creación del Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana (SERP), que pretendía desplazar al Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP), y así sucesivamente. Para la mentalidad militar, la existencia de órganos autónomos de los trabajadores, y de los sectores populares en general, era inaceptable. Este era un proyecto autoritario, que no estaba dispuesto a tolerar que los beneficiarios de las reformas tomaran iniciativas que se salieran de «los parámetros de la revolución»[22].

El gobierno militar necesitaba cuadros para desarrollar sus acciones y los reclutó individualmente, principalmente entre los independientes y los militantes de partidos como la Democracia Cristiana, Acción Popular Socialista y el Partido Comunista, que habían proclamado su respaldo al «proceso revolucionario». Numerosos apristas también se incorporaron, lo cual era facilitado tanto por la similitud de las banderas levantadas por los militares con aquellas que en tiempos pasados había levantado el Apra, cuanto por el desencanto producido por el abandono de esas banderas por Haya de la Torre y el partido aprista, como sucedió con Carlos Delgado, el más importante asesor de Velasco. No había incorporaciones institucionales —por ejemplo de partidos— sino individuales. Los aceptados automáticamente asumían el rol de asesores de los militares que ocupaban cargos gubernamentales. Se incorporaron también algunos ex guerrilleros amnistiados por Velasco Alvarado en 1970, de los cuales el más conocido era Héctor Béjar, el ex comandante general del ELN. El juicio de un civil, que apoyó al gobierno

[22] Este fue un motivo ideológico recurrente de la prédica velasquista que, según testigos de los hechos, fue creado por el demócrata cristiano Héctor Cornejo Chávez, que de esta manera esperaba que sus activistas pudieran crecer así en las universidades, sacando de en medio a sus rivales. Por supuesto, esto desplazó la lucha ideológica al interior del régimen hacia el complejo problema de quién tenía el derecho de definir los dichosos «parámetros», y en ese terreno los asesores civiles —los inventores del artefacto— solo podían tener juego si contaban con algún general que les prestara su voz.

militar, sobre el margen de acción del cual disponían los civiles que apoyaban el proceso revolucionario militar es muy expresivo: «En lo fundamental, incorporarse al proyecto de Velasco, para un civil significó quedar subordinado al mando de la fuerza armada y, concretamente, al principio de la unidad de ella que era burocrática y no políticamente mantenida» (Portocarrero 1978: 156). Esto significó la desmovilización de estos agentes políticos que quedaron así, dentro de «un proceso sujeto casi íntegramente a un juego estricto, rígidamente burocrático», según confiesa uno de los implicados (Béjar 1976: 199-200). Lo más grave, sin embargo, es que ellos —pese a sus propósitos de radicalizar al régimen— fueron llamados también a cumplir un rol objetivamente desmovilizador desde el aparato del Estado, o mediante un concurso político que procuró domesticar el movimiento popular, o mediante la formulación de una ideología despolitizadora (Pásara 1985: 351).

Las crecientes presiones sociales que experimentaba el gobierno, a medida que la crisis económica iba haciéndose sentir, llevaron a algunos asesores civiles a plantear la necesidad de construir una base de apoyo social para afrontar los tiempos difíciles que se avizoraban. Para unos, era necesario fundar un partido político que respaldara las reformas de la junta. Otros, que impusieron su punto de vista, rechazaban esta propuesta, sosteniendo que las organizaciones partidarias eran una pervivencia de la oligarquía y que era necesario construir nuevas formas de representación más adecuadas para el Perú que venía emergiendo «al calor de las transformaciones revolucionarias». Surgió así la tesis del «no-partido», cuyo principal ideólogo fue Carlos Delgado, director el grupo conocido como «la Aplanadora», que, por una parte, veía al Partido Comunista como su principal rival dentro del proceso velasquista y, por otra, tampoco deseaba que surgiera otra organización partidaria: «establecer un partido político hubiese significado cambiar el eje burocrático militar sobre el cual descansaba la conducción política; ésta se renovaba de acuerdo al juego de ascensos que a su vez se decidían políticamente pero que se justificaban como si fueran "institucionales"» (Pásara 1985: 353).

Formar un partido político era problemático por la naturaleza misma del proceso. La cuestión de fondo era qué ocurriría con los militares:

> [...] o ingresaban algunos que adquirirían entonces una valencia superior al resto, o no podía adherir ninguno y esa organización no tendría ninguna fuerza real, o finalmente militaban todos y se duplicaba la estructura militar incorporando a los civiles en competencia por el poder o como edecanes. Complementariamente, se planteaba el problema de la forma de participación de los civiles; en cualquier hipótesis el partido suponía que ellos superaran el rol de "asesores" asignado por los jefes militares y compartiesen poder de decisión, hecho que no estaba previsto en el marco castrense del proceso político. Frente

> a este impasse la tesis del "no partido", sustentada en términos más bien anarquizantes, fue una tabla de salvación ideológica, que creyó solucionar el problema, y dejó en los mandos militares existentes toda la capacidad de decisión (Pásara 1985: 353).

El discurso del «no-partido» se justificó con la teoría de «la participación plena», que debía sustituir a la vía partidaria «tradicional». El partido político, como expresión de intereses de clase, era un mecanismo de «intermediación y manipulación» que expropiaba la voluntad popular. Frente a él, la revolución otorgaría la función de representación a las «organizaciones económicas de base»; las entidades creadas por el proyecto militar: comunidades laborales, cooperativas agrarias, sociedades agrícolas de interés social y comunidades campesinas, en tanto que adjudicatarias de la reforma agraria y las empresas de propiedad social. «Todas estas entidades empresariales habían recibido "poder económico" mediante el proyecto implementado por el gobierno; decían los ideólogos que a ellas debía corresponder también el poder político» (Pásara 1985: 353-354).

Julio Cotler definió esta propuesta como corporativa:

> [...] los ideólogos del régimen se propusieron la creación gradual de una "democracia social de participación plena", que englobara corporativamente a las clases de la sociedad en un marco "solidario" en el que los militares representarían los intereses de cada uno de ellos. Este régimen político debería resultar, primero, de la modificación de la estructura de la propiedad que, según uno de los ideólogos del régimen, eliminaba la estructura de clases. Así, por primera vez en la historia peruana, se establecería un consenso entre gobernados y gobernantes, que se manifestaría en el encarrilamiento de la población bajo las órdenes del Jefe de la Revolución, sin pretender influir en la marcha de la misma (Cotler 1985: 56).

Según el discurso oficial, los trabajadores del campo ya eran los dueños de las tierras después de la reforma agraria, pero en los hechos estas eran manejadas por administradores impuestos por la burocracia estatal, en alianza con dirigencias laborales a menudo corrompibles. Los obreros iban a ser copropietarios de las empresas, así que la comunidad laboral que los aglutinaba llegara a poseer la mitad de las acciones, pero en los hechos la explotación clasista proseguía y se agravaba a medida que la crisis económica avanzaba. De allí que, más allá de la propaganda oficial, las huelgas y enfrentamientos en las ciudades crecieran con gran fuerza a partir de 1973 y que en 1974 se desplegara un gran movimiento campesino de ocupación de tierras en Andahuaylas, que puso en jaque al gobierno, mientras que las protestas campesinas contra las administraciones impuestas en las empresas creadas por la reforma agraria se multiplicaban.

El fracaso de la propuesta obligó a plantearse la creación de mecanismos institucionales de «apoyo a la movilización social». «Pero muy pronto se observó que cuando los militares y sus técnicos pensaban en "participación" tenían en mente un desfile militar [...]» (Cotler 1985: 56). Es semejante la valoración que hace Luis Pásara del discurso característico de los miembros de la Aplanadora: «La teoría de "la participación plena" venía sólo a recubrir el control militar vertical, autoritario y excluyente del poder, que no podía buscar una institucionalización incorporadora de los civiles al poder político sin alterar sus propias bases de sustentación» (Pásara 1985: 356).

La crisis económica y la exasperación del autoritarismo

La agudización de los conflictos al interior de la junta llevó al convaleciente Velasco Alvarado a apoyarse crecientemente en el grupo militar derechista conocido como «la Misión», que se inclinaba por una salida represiva. Este grupo se hizo visible públicamente a partir de 1974, aunque parece haberse articulado durante el periodo anterior. Tuvo fluidas relaciones con sectores de la burguesía industrial, cuya bandera era que se diera por terminadas las reformas y se elevara la producción y la productividad por la vía de la represión de los movimientos reivindicativos de los trabajadores. Aunque no llegaron a ser mayoría en el Consejo de Ministros, los integrantes de la Misión ocupaban cargos claves en el Estado, lo que les permitió convertirse en el sector hegemónico (Pease 1977: 149-150).

Uno de los dirigentes más conocidos de esta fracción era el general Javier Tantaleán Vanini, miembro de una prominente familia aprista[23]. Su hijo, Javier Tantaleán Arbulú, también aprista, formó parte del grupo más cercano a Alan García durante su primer gobierno[24]. Tantaleán Vanini estuvo vinculado a la

[23] «Víctor [Tantaleán, el hermano del general Javier Tantaleán, N.M.] era más o menos de mi edad, vivía por el barrio, pero ya era dirigente y nosotros no lo sabíamos. Los Tantaleán eran sobrinos de los Arbulú, uno de los cuales llegó a ser Primer Ministro en la "segunda fase" en la época de Morales Bermúdez. Los Arbulú, como los Tantaleán, todos eran apristas. Y cosa curiosa, uno de los Tantaleán, Isauro, fue acusado de ser co-responsable de la muerte del teniente coronel Segundo Remigio Morales Bermúdez, padre del que fue presidente en la segunda fase del gobierno militar. Isauro fue acusado junto con Tello Salavarría, Tomás Solano, Gregorio Zavaleta, José Asmat, y otros, del asesinato de dicho teniente coronel. Ese asesinato fue realizado el 19 de noviembre de 1939, cuando debía producirse una nueva rebelión aprista en Trujillo». Testimonio de Eduardo Mallqui (Cristóbal 1985:37-38).

[24] Tantaleán Arbulú fue director del Instituto Nacional de Planificación durante el primer gobierno de García y se le atribuye una participación decisiva en la gestación de la iniciativa presidencial, anunciada el 28 de julio de 1987, de expropiar la banca privada y estatizarla. Actualmente dirige la Maestría de Gobernabilidad que Alan García fundó en la Universidad San Martín de Porres y que dirigió antes de postular a la presidencia para su segundo gobierno.

formación del Movimiento Laboral Revolucionario (MLR), un grupo que se ganó el apelativo de «fascistoide», por su recurso al uso de la violencia para tratar de imponer su hegemonía en el movimiento obrero. El MLR surgió en Chimbote, en el gremio de los pescadores, y trató de proyectarse a escala nacional con el apoyo de la Misión. Se señala como miembros de esta agrupación al contralmirante Jiménez de Lucio y los generales Rudecindo Zavaleta (Sinamos), Sala Orozco (Ministerio de Trabajo) y, con bastante margen de autonomía, Pedro Richter Prada (Ministerio del Interior). En ciertas coyunturas se alinearon con ellos los generales Edgardo Mercado Jarrín y Amílcar Vargas Gavilano. Lo que le dio la hegemonía a la Misión fue el aval que les dio Velasco Alvarado a medida que la crisis se agudizaba y las movilizaciones populares iban creciendo. El otro elemento que favoreció su afianzamiento fue que contaba con el respaldo del Apra (Pease 1977: 154).

La Misión era fuertemente anticomunista y sus integrantes englobaban en la categoría de «comunista» todo aquello calificable como progresista, incluyendo a los miembros de la junta de gobierno caracterizados como los «militares progresistas». Henry Pease (1977: 154) ve en esta línea una fuerte influencia ideológica del anticomunismo aprista, que afectaba no solo a los miembros de la Misión sino también a asesores civiles adscritos a otras posiciones, como Carlos Delgado, cuyo fuerte anticomunismo era conocido[25].

La agudización de la crisis económica y el creciente aislamiento del general Velasco crearon las condiciones para la consolidación de la Misión como fuerza hegemónica en el gobierno. Javier Tantaleán Vanini prestó su apoyo, desde el Ministerio de Pesquería, al Movimiento Laboral Revolucionario (MLR) en su intento de controlar el movimiento obrero peruano a través de la violencia. En la captura del sindicato de trabajadores de Marcona por el MLR, su inmediata desafiliación de la CGTP y su afiliación a la CTRP se vio una acción concertada entre el MLR, el Apra y la Misión. La convergencia entre el MLR y la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP) se hizo cada vez más evidente, hasta culminar con la adhesión pública de la CTRP al MLR, al que la Misión, especialmente a través del general Pedro Sala Orozco, nombrado presidente del Sinamos, pretendía constituir en «el partido de la revolución». En estas condiciones, Velasco Alvarado, que durante los años anteriores había logrado mantener la unidad de la junta jugando el papel de péndulo entre las posiciones en pugna, tomó una orientación favorable a la Misión y al MLR (Pease 1977: 156-167). El 29 de enero de 1975 brindó su respaldo público al MLR, en declaraciones

[25] Carlos Franco recuerda que este era un rasgo importante en los alineamientos políticos de Delgado. Entrevista a Carlos Franco, Lima, 10 de marzo de 2008.

que fueron editadas para su publicación, pero que la revista *Caretas* publicó en su versión original:

> El Movimiento Laboral no es de ahora. Es antiguo. En Chimbote había un cierto modo de vivir extraño. La gente se criaba sin finezas de señoritos. Son hombres rudos y sus problemas los resolvían a palos, a balazos, a chavetazos, o a puñetazos, porque así se han criado. Esa gente resuelve sus problemas como hombres a punta de puñetes o a punta de palos. En cambio, hay otros, que por haber nacido en plumas o ser medio fifís pueden discutir, pueden mentarse la madre y sin embargo resuelven sus problemas a pañuelazos. Este Movimiento Laboral Revolucionario, desea prestar su apoyo más cercano a la Revolución, como anteriormente se ha formado el grupo de Trabajadores de la Revolución Peruana. Nosotros no podemos rechazarlos. ¿Con qué derecho? Cómo les decimos "no, porque ustedes son unos criminales, unos fascistas". ¿y quién dice a quién? Hay un sector que los acusa, pero con qué pedigree, con qué base un grupo califica a otro. Si la revolución intentara rechazar al MLR, también debe rechazar al otro grupo. Pero si no hemos rechazado al comunismo por qué quiere el comunismo rechazar al MLR. Por qué no conviven, por qué no hacen suya la revolución ciento por ciento y se vuelven todos participantes?[26].

Apenas una semana después los hechos se precipitaron debido a un estallido urbano en Lima, el 5 de febrero de 1975. Este se inició con una huelga policial cuyo detonante fue el maltrato público que infringió un general del Ejército a un policía, abofeteándolo. Este fue respondido con una paralización de solidaridad de sus compañeros y provocó el desembalse de un descontento largamente acumulado por reivindicaciones laborales insatisfechas. El movimiento se gestó a lo largo del mes de enero de 1975 y culminó, luego de varios intentos previos, en una huelga que se inició el 3 de febrero y que alcanzó su punto más elevado dos días después. La paralización dejó desguarnecida la ciudad. Los policías amotinados tomaron el cuartel de Radiopatrulla y se atrincheraron para negociar. La respuesta del gobierno fue la represión militar, que se concentró en la toma del cuartel, en la madrugada del 5 de febrero. La brutal represión contra los amotinados provocó una fuerte reacción popular que derivó en saqueos de locales comerciales y fábricas perpetrados por muchedumbres enardecidas y en asaltos e incendios de locales estatales y de periódicos políticamente identificados con la junta militar. El hecho de que Lima fuera dejada desprotegida durante dos días, hasta llegar al estallido, fue facilitado por un respaldo pasivo de la alta oficialidad de la policía, que expresaba así su descontento frente a la discriminación de los cuerpos policiales (Panfichi 1983).

[26] *Caretas*, Lima enero de 1975.

Para controlar la situación el gobierno tuvo que sacar al Ejército a las calles. El saldo oficial de la asonada fue de 86 civiles muertos, 162 heridos y 1.012 detenidos. El descontento popular y la fragilidad del régimen quedaron en evidencia. Una revisión de los datos biográficos de las personas muertas permitió hacerse una idea de la composición social de la muchedumbre: había una clara predominancia de hombres solteros, jóvenes y provincianos, básicamente estudiantes, desocupados, obreros, ambulantes y artesanos que habitaban zonas tugurizadas como La Victoria y el Cercado de Lima, donde se concentraron las acciones. Muy pocos tenían antecedentes policiales, lo cual descarta el carácter lumpen del movimiento, contradiciendo lo que sostenían los analistas cercanos al gobierno. El registro de los objetos robados muestra que no fueron saqueados negocios de alimentos sino más bien de ropa, electrodomésticos y joyas; se trató de una multitud que asaltaba no por hambre o para conseguir bienes de primera necesidad sino buscando apropiarse de productos propios de un patrón de consumo del cual estaban habitualmente marginados. Se trató de una movilización inorgánica, con un elevado componente de improvisación, que fue por lo menos aceptada pasivamente por el grueso de la población, lo cual demostraba el desgaste del gobierno en una situación en que el alza del costo de vida afectaba a los sectores populares y el gobierno iba asumiendo una orientación cada vez más autoritaria (Panfichi 1983: 56-57).

Paralelamente con el componente espontáneo de este alzamiento, y montándose sobre él, grupos de jóvenes apristas se incorporaron a la muchedumbre buscando dotar al movimiento de una dirección. Se trataba básicamente de activistas de la Alianza Revolucionaria Estudiantil (ARE), una organización estudiantil aprista con fuerza en las universidades Federico Villarreal y Garcilaso de la Vega que era acremente crítica de la táctica de Haya de la Torre de buscar una aproximación con los sectores conservadores de la junta militar. Los diarios alineados con la fracción «progresista» del gobierno, especialmente *Expreso* y *La Crónica*, publicaron fotos de activistas apristas dirigiendo los saqueos, pero no lograron presentar evidencias convincentes de que el Apra estuviera comprometida institucionalmente[27]. Los activistas del ARE venían participando en todas las movilizaciones callejeras antigubernamentales y las marchas y contramarchas que realizaron durante las movilizaciones del 5 de febrero muestran que no tenían una estrategia definida ante la situación. Sin embargo, reivindicaron sus acciones en volantes que calificaron la asonada como una «movilización revolucionaria»

[27] En su análisis Henry Pease llama la atención sobre el hecho de que periódicos alineados con la Misión, como *Última Hora* y *El Comercio*, no fueran atacados por la muchedumbre, a pesar de que estaban en la zona del conflicto, como sí lo fueron los periódicos alineados con los «progresistas», como *Expreso*, *Correo* —que fue incendiado— y *La Crónica*, cuyos locales fueron defendidos a tiros por sus periodistas.

del pueblo, en la línea de las insurrecciones apristas de Trujillo de 1932 y del Callao, en octubre de 1948[28].

Si esa era la situación en el Apra, la confusión y la paralización de las otras fuerzas políticas, que fueron completamente sorprendidas por los acontecimientos, fue aun peor. El gobierno de Velasco, por otra parte, quedó herido de muerte.

Durante los meses siguientes el alineamiento de Velasco con la Misión agravó sus reflejos autoritarios. Varias revistas fueron clausuradas, se agravó la represión contra los trabajadores y a inicios de agosto el gobierno deportó a veintinueve personas, entre dirigentes políticos y gremiales, periodistas y un dirigente del Apra, Armando Villanueva, para compensar. Esto agravó el aislamiento de Velasco y creó las condiciones que desembocaron en el golpe de Estado que lo derrocó el 29 de agosto, llevando al general Francisco Morales Bermúdez a la presidencia, en lo que fue visto como una alianza entre los «militares institucionales» —Morales Bermúdez— y los «progresistas», cuyas cabezas visibles eran los generales Graham Hurtado, Fernández Maldonado y Leonidas Rodríguez Figueroa.

El golpe de Morales Bermúdez acabó con el poder de la Misión. Sus integrantes fueron invitados a pasar al retiro o fueron reubicados en puestos desde los cuales no tenían capacidad de acción política. El MLR y la CTRP, sin apoyo popular y carentes del respaldo económico e institucional que les prestaba la Misión, entraron el franca declinación hasta terminar extinguiéndose.

Durante los primeros meses de la «segunda fase» se vivió una «primavera democrática»: se reabrieron las revistas clausuradas, se permitió el retorno de los deportados y se tomó iniciativas que, según declaró el nuevo presidente, tenían como finalidad «profundizar las reformas de la revolución». Morales Bermúdez llegó a definir el proceso como un «socialismo peruano», lo que iba más allá de lo planteado durante los años anteriores, cuando se reivindicaba al socialismo

---

[28] Originalmente publicado en ARE: «Viva el glorioso 5 de febrero», volante a mimeógrafo. Citado en Panfichi 1983. Wilbert Bendezú sostiene que los apristas realizaron una coordinación previa con los policías que preparaban el motín. Presenta la asonada como «el levantamiento del pueblo en defensa de la valerosa institución que se enfrentaba con vigor a la dictadura militar» y afirma que Haya estaba al tanto de esta acción y la aprobaba: «Una antigua simpatía por la Guardia Civil era el acicate para respaldar a esa institución, que exigía mejores sueldos y mayor consideración» (Bendezú 1988: 21). Bendezú sabe de qué habla; fue secretario general del Comando Nacional de la Juventud Aprista. Otro dirigente, Jesús Guzmán Gallardo, que entonces era miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Apra, afirma que la juventud aprista tuvo un rol protagónico «en la resistencia y la lucha contra la dictadura, como por el ejemplo el 5 de febrero que algunos sin tener participación se adjudican el liderazgo de esa gesta» (Del Castilllo 2009). Vuelve a aparecer la «escopeta de dos cañones»: Haya proclamando su apoyo a las reformas y demandando a la junta militar que le dejen participar en los «cambios estructurales» (véase más adelante), y alentando al mismo tiempo las movilizaciones de la juventud aprista contra el gobierno militar.

como una de las fuentes de inspiración de la revolución militar, pero no se caracterizaba a esta como tal.

Velasco, ya derrocado, conversó ampliamente con Carlos Franco en los meses anteriores a su muerte, en su casa, situada en el camino a Chosica. Su derrocamiento fue un golpe duro para él y consideraba «traidores» a quienes lo habían abandonado. Le pidió a Franco que les dijera a los generales Rodríguez Figueroa, Fernández Maldonado y Graham Hurtado que no pasarían dos o tres meses para que fueran eliminados del gobierno. Tuvo razón[29].

Una vez que Morales Bermúdez se sintió consolidado en el poder se deshizo de los progresistas. Rodríguez Figueroa fue pasado al retiro en octubre y Fernández Maldonado siguió su suerte en julio de 1976. Meses antes, en marzo, los directores de los diarios expropiados, alineados con la fracción progresista, habían sido removidos de sus cargos. Una vez completada la purga, Morales Bermúdez comenzó el desmantelamiento de las reformas. En el discurso que pronunció en Tacna en agosto de 1976, con motivo del primer aniversario de su golpe de Estado, proclamó que el gobierno renunciaba a las denominaciones de «socialista» y «libertario».

A medida que la crisis económica presionaba, Morales Bermúdez —quien anteriormente había sido ministro de Hacienda durante el gobierno del presidente Belaunde— optó por la liberalización de la economía, la reducción del papel del Estado y dejar la conducción del proceso a la economía de mercado, allanándose ante las demandas del Fondo Monetario Internacional (FMI). Esta política se cristalizó en los «paquetes» de ajuste estructural dados a partir de 1976, que golpearon duramente la economía popular y agudizaron los conflictos sociales.

Aunque Morales Bermúdez anunció inicialmente que se proponía conservar la revolución en la misma dirección, «sin desviaciones ni personalismos», al eliminar a los militares «progresistas» favoreció al ascenso de las tendencias más autoritarias del régimen, que simpatizaban con los regímenes militares fascistoides de Argentina (Videla), Bolivia (Bánzer), Uruguay (Bordaberry), Chile (Pinochet), coordinando con ellos con el patrocinio de la CIA[30].

---

[29] Entrevista a Carlos Franco, Lima, 10 de marzo de 2008.

[30] La participación del Perú en la Operación Cóndor, dando el apoyo del aparato estatal para el secuestro y desaparición del ciudadano argentino Carlos Alberto Maguid, primero, y de un grupo de militantes montoneros, realizado en las calles de Lima por un comando militar argentino; su tortura en instalaciones militares de la Marina peruana, en Playa Hondable, y su posterior desaparición y asesinato ha hecho que recientemente Morales Bermúdez y su entonces ministro del Interior, el general Pedro Ritcher Prada, sean requeridos por la justicia italiana por el asesinato de la señora María Esther Gianotti de Molfino, una de las víctimas de este operativo criminal (Uceda 2004: 343-370).

El retorno del Apra

A un mes de la caída de Velasco Alvarado, Haya de la Torre se dirigió a las bases apristas con motivo del 45º Aniversario del PAP, en setiembre de 1975. En su discurso insistió en reclamar la autoría de las reformas realizadas por los militares y en autoproclamar «revolucionario» a su movimiento: «nosotros creamos las ideas fundamentales que tarde o temprano, por un camino o por el otro, habrán de seguirse para encontrar el verdadero hallazgo de nuestra realización de justicia y de libertad»[31] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 454-455).

Haya estaba lejos de mostrarse como un opositor frontal del régimen militar; definió la posición de los apristas, a lo largo del proceso, como de «espectadores curiosos, ansiosos y un poco inquietos», pero que en última instancia veían con buenos ojos el proceso reformista: «nosotros hemos creído que había que estimar en mucho lo que significaba para el Perú un cambio fundamental que podía estimarse positivamente en lo que él significaba de avance, transformación y anhelo de verdadera transformación económica y social del país»[32] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 456). Luego del golpe de Morales Bermúdez, definió la actitud del Apra como de «serena y vigilante expectativa», e invitó a incorporar a la revolución militar otros postulados del programa aprista de 1931: «El Congreso Económico Nacional como asamblea popular que represente los intereses de la producción en el capital, en el trabajo y en el Estado empresario, es una institución absolutamente necesaria»[33] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 459). Rechazaba en cambio la propiedad social, por considerar que se parecía al modelo yugoslavo, y reivindicaba el cooperativismo como la gran alternativa, a pesar de que el experimento cooperativista del régimen militar en el agro ya había mostrado graves limitaciones. Reconocía además aportes válidos de la experiencia militar, que invitaba a recoger: «es absolutamente indispensable darle al cooperativismo, al sindicalismo, a la comunidad industrial, a todas las nuevas concepciones que han adquirido prestancia y vigencia en estos años, toda la validez, autonomía y significación indispensables»[34] (VRHT 1976- 1977: vol. 7, 459).

Aun después del derrocamiento de Velasco Alvarado Haya seguía hablando favorablemente de la «revolución militar»[35]. En declaraciones que dio dos meses

---

[31] *Idem*.

[32] *Idem*.

[33] *Idem*.

[34] *Idem*.

[35] Puede ayudar a entender su posición que aún se vivía la denominada «primavera democrática» del régimen de Morales Bermúdez, durante la cual este aseguraba que se proponía mantener la continuidad de la línea revolucionaria.

después del golpe de Morales Bermúdez, seguía manifestándose como un entusiasta del proyecto militar: «Desde 1968 a la fecha ha habido cambios, que son vitales, pero que deben perfeccionarse. Hay magníficos propósitos, excelentes intenciones [...] Nunca hemos negado el carácter revolucionario al Gobierno, porque hemos visto que preconiza puntos programáticos que fueron la bandera del Partido Aprista como puede comprobarse leyendo nuestro Programa de 1931» (*Oiga* 1975a, 1975b).

Es difícil comprender, leyendo estas declaraciones, cómo Alan García puede sostener que Haya fue un acérrimo enemigo del proyecto militar velasquista.

Haya reclamaba a Morales Bermúdez la realización de elecciones municipales, pero su tono estaba lejos de ser confrontacional; por el contrario, llamaba a los apristas a cooperar con el régimen:

> Si compañeros, necesitamos producción para salvar nuestra crisis económica […] y [que] estemos listos a cooperar a la solución de los problemas que se plantean, con toda sinceridad, con toda entereza, con toda firme voluntad de luchar victoriosamente contra las dificultades que se presenten, ya por reflejo de la situación mundial, ya por errores que hay que salvar, sabiendo que todos los hombres yerran (VRHT 1976-1977: vol. 7, 461).

En su discurso por el Día de la Fraternidad del 20 de febrero de 1976, cuando la crisis económica se agravaba y se hacía evidente el creciente aislamiento del régimen militar, el tono cambió. El informe del ministro de Economía y Finanzas del régimen, del cual se desprendía la conclusión de que el Perú atravesaba una grave crisis económica, era para él la confirmación del fracaso militar: «Si la política se juzga por los resultados —viejo apotegma sajón—, en este caso, podemos afirmar que los resultados son desencantadores, y para el pueblo más pobre que los sufre, verdaderamente trágicos» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 464)[36]. Insistía en la vinculación raigal de la revolución militar y el programa aprista y rechazaba que los tildaran de reaccionarios y contrarrevolucionarios: «Esta revolución, como todos sabemos, tomó muchas ideas del programa aprista». Reivindicaba además otra idea fundamental de su propuesta de 1931, el «Estado antimperialista», y reclamaba que no se les marginara en la realización de las grandes

[36] Haya se manifestaba escandalizado por el crecimiento del desempleo y el subempleo. Estaba lejos de imaginar que una década después, con el Apra en el poder, bajo la primera presidencia de Alan García (1985-1990), en cinco años el gasto estatal en salud —tomando como base 100— caería a 47, en educación a 56 y en vivienda a 25; la pobreza se triplicaría, pasando del 16% al 45%; los salarios reales se reducirían a menos de la mitad de su nivel original; y el nivel de consumo real se reduciría en 46%, el subempleo pasaría de 42% a 73%, se perderían más de un millón de puestos adecuados de trabajo, mientras se acumulaba una inflación de 2.300.000% y la moneda se depreciaba en mil millones de veces.

transformaciones estructurales: «Los apristas queremos cooperar, queremos hacer valer nuestro conocimiento consciente a todos aquellos esfuerzos positivos que se ha intentado para bien del país. Por ello no hemos sido oposicionistas recalcitrantes» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 477). Recordó que en 1971 reclamaron diálogo al gobierno militar e hicieron propuestas de fondo un año después:

> [...] nosotros en 1972 invitamos a la Fuerza Armada a poner término a su misión política, a regresar a sus cuarteles y a venir a formar parte con nosotros del gran programa del Estado Antimperialista de los cuatro poderes, en el cual el Congreso Económico, en el que estarían representados los trabajadores manuales, el Estado empresario y el capital que invierte su dinero del que necesitamos, dentro de una equilibrada y armónica coordinación. Que ese Congreso Económico fuera el parlamento colegislador del parlamento político. Y que así como antes teníamos Senado y Cámara de Diputados, pudiéramos tener Congreso Político y Congreso Económico (VRHT 1976-1977: vol. 7, 478).

Haya consideraba en 1976 esa propuesta plenamente vigente e invitaba a los militares a realizarla. Su pronunciamiento puso en marcha las conversaciones entre el régimen militar y la dirección aprista que culminarían a fines de abril en el lanzamiento de una iniciativa del gobierno que abriría nuevas perspectivas al partido aprista.

El general Morales Bermúdez —cuyo hijo Remigio era un reconocido líder universitario aprista— realizó la reconciliación institucional entre el Ejército y Haya. Dio el primer paso, viajando al bastión aprista de Trujillo a fines de abril de 1976, para conmemorar la masacre de los soldados y oficiales en el cuartel O'Donovan, durante la revolución aprista de 1932. Morales Bermúdez, ante las bases apristas de Trujillo, convocadas por sus líderes, realizó un llamado a la unidad nacional, invitando a olvidar los viejos resentimientos. Que las negociaciones con el Apra estaban bastante avanzadas antes de cumplirse un año del golpe que derrocó a Velasco queda en evidencia por el hecho de que —según narró Luis Alberto Sánchez a Cynthia Sanborn— este viaje y el anuncio realizado por el presidente de la junta militar había sido negociado previamente con el Apra (Sanborn 1989: 101, 122).

A este gesto siguió el acercamiento personal, que culminó con un abrazo entre Haya de la Torre y el general Óscar Molina Palocchia, jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, donde ambos descubrieron que no solo se necesitaban sino que realmente se llevaban bien. Según dijo Haya de la Torre, la relación entre el partido aprista y el Ejército había sido de «amores contrariados», queriendo acercarse siempre, pero apartados por la oligarquía y los comunistas

(Sanborn 1989: 101). A pesar de todos los cambios, Haya se mantenía leal a ciertos planteamientos de sus primeras elaboraciones: «Establecer, por ejemplo, un Estado de cuatro poderes: los tres clásicos, el Ejecutivo, Legislativo y Judicial, además del Económico que sería el Congreso Económico» (Tarazona 1977).

A partir del establecimiento de las relaciones entre el Apra y las Fuerzas Armadas se forjó un acuerdo informal, por el cual los militares se comprometían a realizar elecciones libres y respetar los derechos humanos mientras el Apra ofrecía su fuerza electoral y su capacidad para ejercer el control social —tan necesario durante una etapa marcada por un gran ascenso de las luchas populares—, así como a respetar a las instituciones militares y a mantener una actitud conciliadora con los sectores capitalistas modernos (Sanborn 1989: 101). La posición de Haya ante los militares era tan conservadora que ni siquiera se atrevía a reclamar contra la expropiación de los medios de comunicación que había realizado el gobierno de Velasco Alvarado: «No se trata de que los diarios vuelvan a sus antiguos propietarios. Su cooperativización efectiva sería una fórmula muy buena» (*Oiga* 1975a).

El 7 de mayo de 1976, en el discurso por el 52º Aniversario de la fundación del Apra, Haya saludó el mensaje de paz formulado por el presidente Morales Bermúdez en Trujillo, proponiendo «una República institucionalizada democráticamente». Llamó a organizar «un Estado antimperialista que tenga la valentía de tratar con el capital extranjero y saber tratar con él. Lo dijimos en 1928 y lo ratificamos ahora» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 486)[37]. Se ratificó asimismo en su otra criatura ideológica, el Congreso Económico Nacional: «En el Congreso Económico, los sindicatos, las representaciones institucionales o gremiales, organizativas de todas las actividades que contribuyen a la producción económica y al progreso del país, deben estar representadas. Los propios militares deben ir ahí en sus funciones específicas. Los marinos a los puertos, los militares a los caminos, los aviadores a que marchen bien»[38] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 488). Su compromiso con los militares quedó patentizado en el reclamo que hizo a sus seguidores: «mayor trabajo, mayor producción, quizá mayor sacrificio, ya que los inventores de nuevos métodos revolucionarios nos han llevado a tales aventuras que nos cuestan miles de millones de dólares que va a tardar algún tiempo para que nosotros podamos cancelarlos» (VRHT 1976-1977: vol. 7, 492)[39].

---

[37] Como hemos mostrado, no es verdad que este postulado formara parte de las posiciones que Haya defendía en 1928.

[38] Discurso en el 52º Aniversario de la fundación del Apra, 7 de mayo de 1976.

[39] Esta afirmación no tenía porque ofender a Morales Bermúdez, quien para entonces tomaba distancia con relación a la filosofía y las metas de la «revolución peruana» y de su carácter «socialista» y «libertario».

Terminaba manifestando su compresión hacia «las dificultades y los grandes obstáculos que tienen que salvar los hombres que han asumido la responsabilidad de dirigir al país», pero exigía, a nombre del Apra, «el derecho de compartir esa responsabilidad», es decir, elecciones[40] (VRHT 1976-1977: vol. 7, 493).

Mientras tanto, el viraje del régimen continuaba. En octubre de 1975, a dos meses de su participación en el golpe contra Velasco, fueron sorpresivamente pasados a retiro los generales Leonidas Rodríguez Figueroa y Alejandro Graham Hurtado. Ambos eran destacados líderes de los militares «progresistas». Su defenestramiento se acompañó con promesas de «profundizar la revolución» y el anuncio de que Fernández Maldonado sería Primer Ministro y Comandante General del Ejército a partir de febrero. Fernández Maldonado guardó silencio; el 30 de junio de 1976 apareció públicamente por la televisión respaldando al ministro de Economía —Barúa— en el lanzamiento de un «paquete» de ajuste estructural inmisericorde. Fernández Maldonado lo justificó en nombre de poder continuar «un proyecto original de socialismo». Como bien dice Henry Pease (1979), no explicó cómo se podría llegar a la izquierda remando hacia la derecha.

Cuarenta y ocho horas después de este anuncio se decretaron medidas represivas draconianas: suspensión de las garantías constitucionales en todo el país y estado de emergencia con toque de queda en Lima. Aparte de la represión propiamente dicha —que incluyó la detención, persecución y exilio de buena cantidad de sindicalistas y periodistas opositores, recurriendo a detener a sus familiares para obligarles a entregarse, una cantidad indeterminada de abaleados en el toque de queda y la clausura de los medios de comunicación no controlados por el gobierno—, las medidas estaban orientadas a desarticular cualquier intento de respuesta de los trabajadores ante la destrucción de conquistas como la estabilidad laboral y el derecho a huelga (Pease 1979: 177-181). A tres semanas de presentar estas medidas, Fernández Maldonado fue pasado al retiro. Junto con él salieron del gabinete y de la línea de mando institucional, el general Miguel Ángel de la Flor, canciller, y Enrique Gallegos Venero, ministro de Agricultura. Así fueron desembarcados los militares «progresistas» del régimen y el programa de desmontaje de las reformas pudo seguir adelante (Pease 1979: 166). En enero de 1977 fueron deportados Leonidas Rodríguez, Arturo Valdés, Jorge Dellepiane y Manuel Benza, militares progresistas ya pasados a retiro, que habían constituido el Partido Socialista Revolucionario. Los acusaron de formar «una organización política» —cosa a la que tenían perfecto derecho, pues eran

[40] Discurso en el 52º Aniversario de la fundación del Apra, 7 de mayo de 1976.

militares en retiro— y de pretender presentar una imagen de «truncamiento del proceso revolucionario» (*sic*) (Pease 1979: 182-183).

A pesar de la represión, luego del ajuste las movilizaciones de los trabajadores se incrementaron fuertemente, acicateadas por una traumática contracción de sus ingresos. Con datos del Banco Central de Reserva, tomando como base el índice de 100 para el año 1973, en términos reales, para 1979 los sueldos se redujeron a 45, los salarios a 62, el salario mínimo legal a 59, mientras que el Índice de Precios al Consumidor se elevó a 825,15. Mientras que los ingresos de los trabajadores se reducían a la mitad y el costo de vida se multiplicaba por ocho (Pease 1979: 223).

Luego de un periodo de intensas convulsiones sociales —que incluyó dos intentos de golpe, uno de derecha y otro de izquierda, en julio de 1976— se logró articular las medidas de lucha y convocar a un paro nacional unitario en que participaron inclusive las centrales laborales velasquistas. Solo se opuso al paro, y lo boicoteó, como era de esperar, la CTP aprista. El paro nacional del 19 de julio de 1977 constituye en realidad el primer paro nacional del Perú que se puede llamar así con propiedad[41]. El papel de la izquierda para articular esta medida de lucha fue fundamental, y ella permitió articular un proceso unitario del cual solo se sustrajeron los trabajadores mineros, cuyo gremio estaba controlado por el PC Patria Roja, maoísta. Cuando un año después se realizaron las elecciones para la Asamblea Constituyente, Patria Roja volvió a abstenerse, acusando de «electoreros» a los partidos de izquierda que participaron. Rectificaron su línea, sin embargo, para las elecciones de 1980 y llevaron su propio candidato presidencial, Horacio Zeballos Gámez.

El 24 de diciembre de 1977 falleció Juan Velasco Alvarado en el Hospital Militar de Lima. A diferencia de la soledad que lo rodeó cuando fue derrocado, su entierro fue multitudinario. Las medidas que tomó el gobierno de Morales Bermúdez para intentar parametrar el sepelio fueron rebasadas por una gran movilización popular, que arrebató el féretro al control militar y lo paseó por las calles de Lima, rindiendo un homenaje final al caudillo que durante sus últimos días había estado solo. Los hechos mostraron casi inmediatamente que nadie podía heredar su respaldo político. Un destino paradójico para quien realizó cambios tan profundos y que ha sido convertido en la «bestia negra» de la burguesía peruana.

---

[41] El de 1919, que consiguió la conquista de la jornada de las ocho horas, fue propiamente un paro limeño, con participación de algunos bolsones obreros más, como la minería del centro y los azucareros del norte.

Hacia la transferencia del poder

Una semana después del contundente paro nacional del 19 de julio de 1977, Morales Bermúdez anunció en su discurso de Fiestas Patrias que los militares habían decidido abandonar el poder. Anunció, asimismo, que se levantaba el estado de emergencia y que se convocaría a una Asamblea Constituyente «que institucionalizara las reformas del gobierno revolucionario», para 1978, y a elecciones generales, en 1980. Este fue el momento de mayor fuerza del movimiento popular organizado, pero fue, también, el punto a partir del cual comenzó su declinación. Junto con estas medidas, la junta militar anunció el despido de los cinco mil dirigentes sindicales más importantes del país, medida que fue saludada jubilosamente por los empresarios. Durante los años siguientes los sindicatos trataron infructuosamente de conseguir que esta medida se derogara y su fracaso mostró su creciente impotencia.

Buscando apoyo civil para su proyecto de transferencia de poder los militares emprendieron conversaciones con los partidos institucionales y los gremios. La correlación de fuerzas existente les obligó a reconocer el derecho de los partidos de la izquierda marxista a participar en las elecciones. Mientras tanto, Haya de la Torre buscaba congraciarse con el régimen responsabilizando a los comunistas del fracaso del experimento militar: «[...] no es sólo culpable la dictadura militar, sino que han sido los asesores marxistoides los que nos han llevado a donde estamos [...] Por nuestra parte hemos demostrado teóricamente, sobre la base de los principios, que el marxismo ha llevado al país a la ruina económica en que se encuentra» (*Resumen* 1977). Hacia el final de su vida tuvo expresiones poco generosas sobre Velasco Alvarado. En mayo de 1978, a la pregunta de cómo creía que la historia recordaría al general respondió que «[...] como un intento de realización frustrado por falta de calidad y conocimiento del hombre que pretendió realizarlo» (*ABC-Independiente* 1980a).

Durante los meses siguientes continuaron las medidas de «ajuste estructural» de la junta militar, alimentando movilizaciones populares en las cuales la izquierda siguió ampliando su esfera de influencia. Mientras tanto, Haya de la Torre trataba de «no hacer olas», para no perturbar una transferencia de poder por la cual estaba decidido a jugarse: «Este implícito "trade off", ofreciendo elecciones futuras a cambio de inmediatas políticas económicas antipopulares y represión a la protesta social, fue criticado por la izquierda marxista, el movimiento popular, y en parte por los partidos de centro-derecha también. Sólo el APRA era entusiasta en el plan» (Sanborn 1989: 100-101).

Luego de su viaje a Trujillo, Morales anunció un drástico «paquete» de austeridad en junio con una devaluación del sol de 44%, la eliminación del subsidio

a la gasolina y a los alimentos de primera necesidad, así como una reducción del 13% del presupuesto nacional. Una modesta alza salarial no pudo paliar los devastadores efectos de esta medida. La respuesta ante la reacción popular a la «terapia de shock» fue la represión. Las huelgas y disturbios fueron respondidos con la clausura de los medios de comunicación opositores, la declaración del estado de emergencia, el toque de queda y posteriormente la declaración del estado de sitio en Lima. Una cantidad indeterminada de ciudadanos murieron baleados en las calles de Lima. El gobierno detuvo y deportó a varios dirigentes de izquierda, algunos de los cuales fueron internados en instalaciones militares de Salta (Argentina) por la junta militar de Videla. Fueron purgados alrededor de trescientos oficiales y el gobierno fue depurado de los militares «progresistas»[42]. El término «socialismo» fue erradicado del discurso oficial, se clausuró el Programa de Propiedad Social, se declaró oficialmente el final de la reforma agraria y el Sinamos fue desactivado. Para entonces los signos del acercamiento entre el Apra y el gobierno militar eran inocultables: «este partido ha comenzado a controlar determinadas dependencias, como por ejemplo, el Instituto Nacional de Cultura, lo mismo que a copar alcaldías, subprefecturas y directorios de empresas estatales. Todo esto a cambio del "borrón y cuenta nueva" prometido a los militares» (Malpica 1980: 237).

Un nuevo «paquetazo» provocó un segundo paro nacional en mayo de 1978, a un mes de las elecciones programadas para junio. Philiph Mauceri sostiene que entre 1973 y 1979 los salarios reales en el Perú se redujeron a la mitad, mientras que el costo de vida se quintuplicó (Mauceri 1996: 50).

La propuesta de la convocatoria a una Asamblea Constituyente era grata al Apra: Haya de la Torre la había propuesto desde 1972. Por otra parte, eso le daría tiempo para afinar su maquinaria electoral. El Apra esperaba reconstituir su base de apoyo popular desde el poder, cuidándose mientras tanto de adoptar cualquier posición que pudiera asustar a los militares o las clases dominantes y esta actitud definitivamente era del agrado de las Fuerzas Armadas. Finalmente, después de varias décadas, el Apra podría participar de unas elecciones donde no estaría la amenaza del veto militar. Pero para Haya de la Torre era tarde. Murió un año antes de la transferencia del poder.

En las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978 el Apra, con Haya encabezando su lista, obtuvo el primer lugar y eso profundizó su acercamiento con los militares. La gran sorpresa fue que la izquierda marxista, dividida en varios frentes y con algunos grupos que decidieron abstenerse denunciando a

[42] Sobre la forma cómo se produjo la purga, véase los testimonios de sus víctimas en Tello (1983: 1). Los defenestrados coinciden a reconocerle a Morales Bermúdez una gran habilidad política, aunque no escatiman adjetivos para calificar su oportunismo, personalismo, deslealtad, etcétera.

los «electoreros», obtuvo alrededor de la tercera parte de la votación total. Esta fuerza electoral la convirtió en un interlocutor inevitable y Haya, para sorpresa de muchos, se mostró muy abierto a promover una amplia polémica en la Constituyente.

Los resultados de la votación para la Asamblea Constituyente de 1978 fueron los siguientes:

Cuadro 8

Partido Aprista Peruano (Apra)	1 241.174	35,4%
Partido Popular Cristiano (PPC)	835.294	23,79%
Frente Obrero, Campesino (FOCEP)	433.413	12,32%
Partido Socialista Revolucionario	232.520	6,62%
Partido Comunista Peruano (Unidad)	207.612	5,91%
Unidad Democrático Popular (UDP)	160.741	4,58%
FRENATRACA	135.552	3,86%
Democracia Cristiana	83.075	2,37%

Luna Vegas 1990: 157

El Apra obtuvo el 35% de los votos y 37 curules; el PPC, obtuvo el 24% —parte de esa votación debió provenir de las bases de Acción Popular, que no participó—; y la izquierda, fragmentada en seis frentes electorales, un extraordinario 36% y 34 de las cien curules. Las 29 curules restantes se dividieron entre cinco pequeños partidos de derecha. El Perú viraba claramente a la izquierda.

La nueva izquierda[43] encabezó, en alianza con el Partido Comunista pro soviético y las organizaciones velasquistas, la movilización popular de los trabajadores, a quienes se sumaron los pobladores de las barriadas, contra las medidas de la Junta Militar de Gobierno. Este amplio frente impulsó los paros nacionales que pusieron en jaque al gobierno de Morales Bermúdez y jugó un papel muy importante para obligar a los militares a regresar a los cuarteles.

Mientras tanto, Fernando Belaunde optó por abstenerse, manteniendo a Acción Popular como una fuerza de oposición. Por contraste, el acercamiento del Apra a los militares lo ponía en una situación vulnerable, así que Haya trató

[43] En principio eminentemente era universitaria pero a lo largo de los setentas había reforzado su presencia con militancia obrera y campesina, a través de su trabajo en organismos gremiales como la CGTP, el SUTEP y la CCP.

de dar una imagen de independencia. Ante la pregunta de si la Constituyente se limitaría a institucionalizar las reformas militares contestó que creía que no aceptaría que le coloquen «esa camisa de fuerza» (*X-Semanario del Pueblo* 1978:10-13).

El debate en la Asamblea Constituyente

El debate en la Asamblea Constituyente —realizado cuando en el Apra la cuestión de la sucesión se ponía en el orden del día, dado el rápido deterioro de la salud de Haya de la Torre— no mostró tanto las diferencias entre el Apra y otras fuerzas políticas sino las que se iban desarrollando al interior del partido mismo. La generación más joven se mostraba radicalizada y crecientemente distanciada de la «guardia vieja», cuyos dirigentes más poderosos se inclinaban hacia una posición cercana a la del derechista Partido Popular Cristiano:

> El PPC tuvo una propuesta completa para la nueva Constitución que apuntaba a reducir el rol del Estado en la economía, asegurar los derechos de la propiedad privada, y limitar los derechos de los trabajadores y campesinos. El APRA no tuvo un anteproyecto propio, pero la vieja guardia entre los cuales estaban Luis Alberto Sánchez, Ramiro Prialé, y Andrés Towsend, compartían la preocupación del PPC por la propiedad privada y un rol del Estado más limitado. Por otro lado, apristas jóvenes y más progresistas querían legislar amplias provisiones estatales para el bienestar y los derechos laborales, y estaban más dispuestos a coordinar esto con sectores de izquierda. Pero el APRA quería sobre todo ganar las elecciones de 1980, y lucharon más por las reglas electorales que por cualquier otro aspecto (Sanborn 1989: 105).

Aunque el Apra anunció haber elaborado un proyecto de Constitución que contenía sus postulados doctrinarios, nunca lo presentó. Carlos Malpica estaba sorprendido por la falta de preparación de los cuadros apristas y la debilidad de sus convicciones:

> La ignorancia de los líderes apristas en temas económicos es impresionante. Toda su plana mayor estaba en la Comisión Principal, sin embargo el debate económico se dio entre los constituyentes del PPC y los de la izquierda. Era tal su desconocimiento del tema que en las últimas sesiones tuvieron que recurrir a integrar como "refuerzo" al constituyente Rodríguez Vildósola, abogado especialista en cooperativas, que no formaba parte de la Comisión Principal (Malpica 1980: 235).

El Apra pagaba el precio de su caudillismo, que impidió la formación de intelectuales capaces de asumir la posta cuando Haya de la Torre faltara.

En lo relativo al régimen económico, el Apra hizo frente con el PPC, plegándose a sus planteamientos pro empresariales. La izquierda sostenía que la Constituyente debía dar solución a un conjunto de demandas populares, a lo que se oponía el PPC. Haya de la Torre brindó la justificación jurídica a la abstención, alegando que la Asamblea era un «poder constituyente» y no un «poder constituido». Se trataba de mantener contentas a las Fuerzas Armadas para asegurar la realización de las elecciones, intentando inclusive incorporar sus demandas corporativas en la nueva Constitución:

> [...] en la comisión de Defensa Nacional, la izquierda y el PPC sabíamos lo que queríamos, en tanto que los apristas siempre estuvieron a la espera de las opiniones del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Tan es así que por lo menos tres veces cambiaron de opinión y modificaron el titulo eliminando incluso instituciones aprobadas como el Consejo Nacional de Defensa [...] el APRA hizo todo lo posible porque se cumplan las órdenes del Comando Conjunto que iban desde eliminar facultades tradicionales del Congreso (ascensos, determinar los efectivos de la Fuerza Armada, etc.) hasta declarar que el Ejército, la Marina y la Aviación son "instituciones tutelares de la Patria" (Malpica 1980: 232).

Frente a las mociones de la izquierda, solicitando el apoyo a los sectores populares en lucha, el Apra se alineó con el gobierno y los empresarios. «Destacaron en esta posición retardartaria los constituyentes Carlos Enrique Ferreyros, Enrique Chirinos Soto, Andrés Townsend y el "líder obrero" Julio Cruzado Zavala, quien condenó todas las huelgas y movilizaciones acusando a los dirigentes de "enemigos de la democracia", de "agentes extranjeros" y de "opuestos a la transferencia del poder a la civilidad", entre otros calificativos semejantes» (Malpica 1980: 233-234). Algo similar sucedió con la moción de la izquierda para apoyar a los directores de los diarios y revistas censuradas por el gobierno de Morales Bermúdez, que se habían declarado en huelga de hambre. La moción fue rechazada con los votos en contra del Apra y el PPC. Similar destino corrió el pedido de la bancada de izquierda para que las sesiones de la Constituyente se transmitiesen por radio o televisión. La consigna fundamental seguía siendo «no hagan olas».

En la propia Constituyente se hacía cada vez más evidente la división que se iba incubando en el seno del Apra, a medida que se deterioraba la salud de Haya de la Torre. Luego de que tuvo que ser hospitalizado en Houston, se comenzaron a notar las contradicciones y estas se agravaron en los últimos meses, como pudo comprobarlo Carlos Malpica al coordinar con los representantes apristas:

> las negociaciones con el APRA eran sumamente difíciles, pues en varias ocasiones se llegó a consensos con los armandistas que eran boicoteados por Luis

> Alberto [Sánchez] y Cía. Entre los casos que recuerdo, está el del capítulo sobre el Banco Central de Reserva, respecto al cual llegamos a un acuerdo un sábado; en tanto que un lunes en la mañana, Luis Alberto Sánchez aprobó el proyecto estructurado por el PPC (Sanborn 1980: 238).

Los «andresistas» (partidarios de Andrés Townsend Escurra, líder de la tendencia derechista en el Apra) estaban en mayoría en la Comisión Principal y pactaban con el PPC contra los acuerdos de la célula constituyente aprista, sobre todo en aspectos que podían molestar a los militares. Armando Villanueva presentó algunas mociones radicales, como la de proclamar el «derecho a la insurgencia» en caso de interrupción del régimen democrático. Su proposición comenzó a ser saboteada por Luis Alberto Sánchez, quien tuvo que ser públicamente reprendido por otro representante aprista, por faltar al acuerdo de la célula aprista.

Los apristas desplegaron una lucha tratando de conseguir que se aprobaran dos proposiciones que sintetizaban lo que Haya reclamaba como su aporte fundamental a la teoría política: la definición del Estado como «República de Trabajadores Manuales e Intelectuales», propuesta para la cual no consiguió respaldo, y la creación del Congreso Económico Nacional, donde inicialmente consiguió el apoyo del derechista Partido Popular Cristiano. La lucha del Apra porque se incorporara el Congreso Económico al texto constitucional no buscaba una transformación sustantiva del sistema político sino apenas conquistar un fraseo que permitiera decir que las tesis de Haya habían sido recogidas: «lo que le interesaba era imponer el nombre más que el contenido, pues en la Comisión Principal pactó con el PPC para que el Consejo Consultivo de Planificación se denomine Congreso Económico». A pesar de esto, la propuesta no se aprobó en la Asamblea, a pesar de que negoció y consiguió el apoyo de pequeñas fuerzas de derecha, como la Democracia Cristiana de Cornejo Chávez y el Frenatraca de los hermanos Cáceres Velásquez, debido a que el Apra cambió su posición respecto a los diarios expropiados por el gobierno militar y el PPC, en represalia, le quitó su apoyo. A manera de premio consuelo los apristas consiguieron que se incorporara la noción de «planificación concertada» y que se insertara el cooperativismo como un sector económico más.

La institución en discusión terminó denominándose «Consejo Económico y Social» (Sanborn 1980: 233). Ese fue el final de la propuesta hayista de transformación del Estado, pues sus tesis fueron abandonadas definitivamente por el Apra luego de la muerte de su fundador[44].

---

[44] Actualmente el gobierno de Alan García ha renunciado inclusive a la Constitución de 1979, que fue elaborada bajo la presidencia de Haya de la Torre y que este proclamó como «una Constitución

El Apra si hizo cuestión de Estado por la votación para la elección del presidente de la República. Los apristas querían que fuera en una sola vuelta, únicamente con un tercio de los votos hábiles para ser consagrado. Nuevamente fueron derrotados.

Las elecciones de 1980

Haya se retiró oficialmente de la presidencia de la Asamblea Constituyente el 6 de marzo de 1979, por motivos de salud. Estaba enfermo de cáncer pulmonar y el 10 debió viajar a Houston (EE.UU.), donde los médicos confirmaron el diagnóstico, indicando que le quedaban cuatro meses de vida. Retornó un mes después al Perú y permaneció en adelante en su residencia de Villa Mercedes, donde firmó la Constitución en su lecho de muerte, el 12 de julio de 1979. Falleció dos semanas después, el 3 de agosto, a los 84 años de edad (LAS 1985: 427-428). Para entonces, había perdido la presencia que llegó a tener en los medios internacionales en sus épocas de revolucionario; la revista *Time* de esa semana cubrió hasta las anécdotas de la primera gira internacional del príncipe Andrew de Inglaterra, pero no consignó la muerte de Víctor Raúl Haya de la Torre[45].

En una entrevista televisiva que otorgó hacia el final de su vida, en mayo de 1978, Haya de la Torre se explayó en un balance sobre su vida. Preguntado por su opinión sobre Leguía, contra quien insurgió al inicio de su carrera política, afirmó que había sido el mejor presidente civil del siglo XX. A la pregunta de por qué no tomó nunca el poder, respondió: «yo quise que el poder fuera siempre en estos países —para ser poder educador— por las vías legales, y las vías legales nunca se me abrieron». Hablando sobre el porvenir del Apra, luego de que él ya no estuviera, se manifestó partidario de la dirección colegiada. Finalmente,

para el siglo XXI», optando por mantener vigente la Constitución fujimorista de 1993, que consagra un viraje radical hacia el neoliberalismo.

[45] Véase *Time*, Nueva York, 6 de agosto de 1979. Wilbert Bendezú narra que Haya fue operado por primera vez en Hamburgo en diciembre de 1965, hecho que permaneció en secreto. Ante la posibilidad de morir escribió entonces una carta testamento a Jorge Idiáquez, invocando a los apristas a mantener su unidad y disciplina. Este texto muestra las huellas de su distanciamiento con el país; no hay proyectos en marcha; apenas las exhortaciones a mantener la alianza con la oligarquía, presentándola como la vía para alcanzar la justicia social: «Yo espero, y así muero tranquilo, que la línea política seguida se mantenga; que la coalición del pueblo continúe dando leyes en favor de defensa de la democracia social; del Perú provinciano, de los trabajadores, de nuestras masas indígenas y de nuestra juventud. Porque esos fueron y son los grandes objetivos del partido y para lograrlos se constituyó la coalición del pueblo» (Bendezú 1988: 18). La «coalición del pueblo» era el nombre con que los apristas denominaban a su alianza con los pradistas y los odriístas.

a la pregunta de qué cosa era lo principal que él creía que había dejado al Perú, contestó:

> La comprobación de que he servido. La comprobación de que no he hecho otra cosa que dedicar mi vida enterizamente al servicio del país, al servicio del pueblo [...] Yo he puesto amor, he puesto [...] decisión, voluntad y he hecho todo lo posible por servirle (*ABC-Independiente* 1980a).

La muerte de Haya fue un golpe muy duro para un partido que había girado durante toda su historia en torno al «jefe». Carlos Roca, uno de los líderes juveniles más importantes durante ese periodo, habló de la «autoridad paternal, en algunos casos casi patriarcal [...] lo más grave a la muerte de Haya fue este vacío de poder, esta falta de paternidad en un partido que fue siempre conducido por una mente lúcida y extraordinaria. Ninguno de los que quedaban estaba a la altura de Haya» (Sanborn 1989: 108).

Intensas luchas por el poder estallaron al interior del Apra en torno a la nominación del candidato presidencial para las elecciones que se avecinaban. Durante cuatro décadas el Apra había girado en torno a Haya; él no compartió nunca el poder y no legitimó ningún sucesor. Los jóvenes del partido no estaban en condiciones de asumir el poder y la guardia vieja se encontraba dividida. Armando Villanueva del Campo, que no había participado en la Constituyente y se había dedicado durante ese tiempo a garantizar su control sobre el aparato partidario, logró el apoyo de los jóvenes apristas radicales enfrentándose al candidato que intentó nuclear a los conservadores del partido, Andrés Townsend Ezcurra, quien tenía el respaldo de Luis Alberto Sánchez.

Villanueva se mostró radical, buscando atraer a la base popular que había sido el soporte histórico del Apra, mostrándose abierto a la posibilidad de establecer relaciones con la «izquierda responsable». Towsend, mientras tanto, se erigió en el representante de la vieja guardia, con un discurso eminentemente conservador y anticomunista, levantando una plataforma liberal que buscaba atraer a los sectores medios y a los sectores empresariales (Sanborn 1989).

Jorge Idiáquez, secretario personal de Haya de la Torre por décadas y quien mayor contacto tuvo con él cotidianamente, intentó en una entrevista convencer a los apristas de que Villanueva era el candidato escogido por Haya. Según Idiáquez, Villanueva del Campo era el líder que más cerca había estado de Haya de la Torre y este —cuando se enteró de que tenía cáncer y que este podía ser mortal— lo había nombrado su sucesor: «Antes de viajar a Houston enfermo Haya de la Torre reunió a un grupo de compañeros en Vitarte y les dijo: "Dejo a cargo de la conducción del Partido al compañero Armando Villanueva hasta que regrese a morir o a seguir luchando". Estas fueron sus palabras, y es por eso

también, que yo viendo algunas cosas me animé a salir a hacer campaña por Armando». Esta habría sido, además, una decisión largamente meditada por Haya, quien empezó a ejecutarla desde años atrás: «Y tal es así que Víctor hace que Armando no participe en la Asamblea Constituyente porque tenía ya la seguridad que estaba enfermo y como es lógico tenía que preparar a una persona que se quedara el frente del partido y ese fue Armando. Y creo que Víctor Raúl tuvo el convencimiento de dejar a Armando al frente del partido porque es el dirigente, junto a Ramiro Prialé, que más ha estado a su lado» (Bendezú 1979).

Los partidarios de Andrés Towsend Escurra tenían otra versión de los hechos. Durante los últimos meses de su existencia, Haya habría estado literalmente secuestrado por Idiáquez, quien controlaba el acceso a Villa Mercedes y que no dejaba que nadie que no fuera del entorno de Villanueva tuviera acceso al enfermo. Luis Alberto Sánchez denunció que le habían impedido ver a Haya y que no le habían dejado siquiera despedirse de su viejo y querido amigo y compañero. En una entrevista publicada apenas tres días antes de la muerte de Haya, Villanueva del Campo rechazó esta versión, negando que se le hubiera aislado. Presionado por César Hildebrandt tuvo que reconocer que existía «un aislamiento clínico» que limitaba las visitas a Haya a sus familiares, a los dirigentes del partido que necesitan conversar con él y al personal de médicos, enfermeras y auxiliares (Hildebrandt 1979a). Aparentemente Sánchez no encajaba en ninguna de esas categorías. La crónica que Wilber Bendezú ha publicado sobre los últimos días de Haya muestra que cotidianamente varios dirigentes se movían en torno al ilustre paciente, llegando incluso a organizar una reunión social de despedida en la que participó Alfredo Barnechea, reciéntemente incorporado al aprismo, pero donde Luis Alberto Sánchez brilló por su ausencia (Bendezú 1979: 76).

Inicialmente el Apra contó con el apoyo de Morales Bermúdez, que lo consideraba la carta de recambio para una transferencia de poder que permitiera a los militares retirarse con las espaldas cubiertas. Pero eso cambió en plena campaña y para el final de esta era obvio que las simpatías castrenses se inclinaban por Fernando Belaunde, el candidato a quien habían echado de Palacio de Gobierno el 3 de octubre de 1968. Luis Alberto Sánchez brindó una explicación de este desenlace a Eugenio Chang Rodríguez:

> En 1978, el Ejército comprendió que la única salida civil durable era apoyar al APRA, pero con Haya como símbolo de unidad [...] Cuando Haya asistió al último almuerzo que me parece fue el 4 o 5 de marzo de 1979, recomendó que se rompiese con el Ejército. Pero el último mensaje del Ejército al APRA, dado por mi intermedio, y dos personas más, el 21 de enero de 1979, fue que el partido debía tener gran unidad interna y efectiva. En los ojos del Ejército esto no ocurrió y entonces buscó a Belaunde, a quien consideraron la única

> salida moderada sin llegar a la extrema derecha como Bedoya, sin estar en coqueteos con la izquierda. Así fue como se lanzó por Belaunde, y el gobierno militar cambió a los directores de periódicos para apoyar a Belaunde, que resultó triunfante en las elecciones de 1980 (Chang Rodríguez 1985: 149-150, citado en Luna Vegas 1990: 158).

Villanueva del Campo impuso finalmente su candidatura gracias a su control del aparato partidario, pero su nominación produjo profundas heridas en el Apra. Se intentó curarlas convocando a un congreso partidario, pero este agravó más la división. En una entrevista a fines de julio de 1979, Armando Villanueva rechazaba la opinión de Sánchez de que en el Congreso del Apra «la fraternidad aprista se había lesionado». Para Villanueva, en este más bien «se soldó la unidad y la fraternidad»[46]. Villanueva negaba tener aspiraciones presidenciales y proclamaba su decisión de defender «hasta las últimas consecuencias la posición de izquierda democrática del partido, nuestra línea antiimperialista, nuestra naturaleza de frente de clases. Soy intransigente —concluía— en mantener el enfrentamiento a la derecha reaccionaria y al comunismo totalitario» (Hildebrandt 1979). Se mostraba, asimismo, partidario de un acercamiento con la «izquierda responsable», y precisaba que los apristas eran de izquierda porque consideraban su objetivo fundamental «[...] la solución del problema del hombre en una sociedad finalmente sin clases [...] Yo creo que hay que ir a la abolición del capitalismo en el mundo. Y esta abolición será producto de las propias contradicciones internas del sistema de la insurgencia de los pueblos orientados al control de su propio sistema de producción» (Hildebrandt 1979). Finalmente, afirmaba la necesidad de apoyar el desarrollo del capitalismo nativo en el proceso de la lucha contra el imperialismo. «Si no existiera el imperialismo, mi querido amigo —concluía—, no habría razón de ser para el APRA. La razón de la alianza de clases es unir al proletariado, al campesinado, a las clases medias que incluyen sectores del capitalismo nacional, contra el imperialismo» (Hildebrandt 1979)[47].

---

[46] Ilustra su fraternidad que Villanueva del Campo aludiera a la tendencia de Luis Alberto Sánchez como una «gerontocracia» y que este calificara a la de aquel como una «estupidocracia».

[47] En una entrevista realizada después de la derrota electoral, Luis Alberto Sánchez cuestionó la forma cómo se realizó el XIII Congreso de Apra, señalando que «[...] había habido algo festinatorio, no creo que mal intencionado, pero en todo caso festinatorio». Denunció la utilización de una fuerza de choque, «[...] innecesaria y reiterativa, al servicio de algún sector del partido», que abaleó a «unas gentes que estaban en los alrededores probablemente de distinto matiz, y dejó un saldo de cinco heridos, uno de ellos grave». Con un involuntario tono de humor británico concluía: «Todo esto le ha quitado prestancia al Congreso» (*ABC Revista Independiente* 1980b).

A pesar de que la división de la izquierda favorecía al Apra[48], sus resultados fueron desastrosos en las elecciones de junio de 1980. Belaunde alcanzó una votación del 45%, el Apra cayó al 27% y el PPC, sin los votos acciopopulistas que capitalizó en las elecciones para la Asamblea Constituyente por la abstención de Belaunde, cayó al 15%. La izquierda dividida alcanzó apenas el 15% de la votación, perdiendo veinte puntos con relación a la elección anterior[49].

En la entrevista de Jorge Idiáquez ya citada, este declaró su propósito de convertir Villa Mercedes, la casa de Vitarte donde había morado Haya, en una casa museo, afirmando que casi ya tenía el terreno comprado. Haya había legado sus pertenencias al Apra e Idiáquez pensaba colocarlas en el museo y formar una gran biblioteca con sus libros. Pero poco después estalló un gran escándalo, cuando se denunció que Idiáquez había comprado la casa de Haya con dinero de Carlos Landberg, el narcotraficante más importante del país. Landberg había aportado, además, dinero para la campaña electoral del Apra. Cuando Landberg fue detenido en Miami en su yate lo acompañaba Jorge Idiáquez. La denuncia pública de la existencia de vínculos entre cuadros apristas del más alto nivel con personajes del hampa fue un gran golpe a la credibilidad del Apra, que se sumó a su derrota electoral, agravando la crisis. Esta llevó finalmente al retiro de Towsend del Apra y a que formara otra organización política, el Movimiento de Bases Hayistas, que no tuvo éxito y se extinguió poco después.

Más allá de Haya

En estas circunstancias la vieja guardia aprista fracasó en el intento de dar continuidad al partido fundado por Haya. Correspondió a un miembro de la nueva generación recomponer el Apra y llenar el vacío de liderazgo provocado por la muerte del gran caudillo. Alan García fue integrante del grupo de jóvenes formados por Haya, había estudiado en Europa, a donde el jefe del partido envió

[48] La izquierda, luego de formar un frente unido, la Alianza Revolucionario de Izquierda (ARI), se fracturó en vísperas de las elecciones y marchó dividida en cinco listas.

[49] El sectarismo de la izquierda peruana ha pesado como una maldición a lo largo de su historia reciente. Luego de su desastre electoral de 1980, aparentemente había aprendido la lección y volvió a reagruparse en la Izquierda Unida. Para las elecciones municipales de 1983 llevó a Alfonso Barrantes Lingán a la alcaldía de Lima, en lo que constituyó su mejor momento. En las elecciones de 1985 —siempre con Barrantes como candidato— quedó como la segunda fuerza electoral del país, detrás de Alan García, pero volvió a romperse a fines de los años ochenta. En los noventa desapareció electoralmente y en las pasadas elecciones de 2006, cuando existía la amenaza de que las listas que no alcanzaran al menos el 4% de la votación no tendrían representación parlamentaria, marchó —otra vez dividida— al desastre; ninguno de sus candidatos alcanzó más del 0,6%. Con gran empeño, la izquierda finalmente consiguió suicidarse.

a los líderes juveniles que consideraba más prometedores, y no cargaba con el lastre de un pasado político que lo atara a los conflictos que paralizaban a «los viejos». Por otra parte, Haya había expresado su confianza en él: lo designó secretario de organización en 1977.

García tenía gran ambición, era un excelente orador y supo foguearse en la Asamblea Constituyente, donde empezó a hacerse conocido. Respaldó a Armando Villanueva en las elecciones de 1980 y, luego de la derrota, dio un «golpe de Estado» que lo llevó al control del aparato partidario hacia 1982. Fue capaz de unificar a un partido profundamente fracturado e inyectar una nueva fe a los apristas, proyectando hacia el exterior una imagen que lo mostraba como el líder capaz de salir del espíritu de gueto proyectándose hacia el conjunto del país. Con el lema de «un Presidente para todos los peruanos» llegó al poder en 1985, convirtiéndose en el mandatario más joven de la historia del Perú. Era un momento muy complejo, en que el país vivía un agudo proceso de radicalización política, con dos proyectos armados y un escenario político en que entre el Apra y la izquierda sumaban las tres cuartas del respaldo electoral. En un ensayo que entonces escribí, anoté:

> En nuestro país coexisten hoy en un mismo espacio la guerrilla más fuerte de América del Sur, la izquierda legal de mayor presencia política —la Izquierda Unida— y en el poder el partido reformista históricamente más importante del continente: el APRA. Contribuye a singularizar la situación el hecho de que éste no parezca un precario equilibrio, capaz de romperse en el corto plazo (Manrique 2002).

Luego del desastre en que terminó su primer gobierno (1985-1990) Alan García ha cerrado, al parecer definitivamente, la fase de la historia del Apra en que este constituía una representación de los sectores populares. En su segundo gobierno ha asumido abiertamente la representación de los intereses de la gran burguesía asociada a los intereses extranjeros. Faltó a todas sus promesas electorales aliándose con los empresarios en contra de los trabajadores, mantuvo los privilegios que el gobierno de Fujimori otorgó a las empresas transnacionales y convirtió en su bandera fundamental el despojo de las comunidades campesinas de la sierra y de las comunidades nativas de la selva de sus tierras y recursos, para entregarlos a los capitales imperialistas. En el plano internacional también está muy lejos de las posiciones de Haya de la Torre. En lugar de la política de integración latinoamericana que este defendía, precisamente en un momento en que varios regímenes latinoamericanos pugnan por un mayor grado de autonomía, García se ha alineado incondicionalmente con los Estados Unidos, llevando al Perú al aislamiento en América Latina. Su objetivo inicial era convertirse en el

líder de una posición de derecha en el subcontinente, pero este fue frustrado por el viraje de varios gobiernos de la región hacia la izquierda, la derrota de Bush y los republicanos en Estados Unidos y por la mayor habilidad del presidente de Colombia, Álvaro Uribe, para ganarse esa posición, relegándolo a un incómodo segundo puesto.

En un país donde el pragmatismo de la burguesía no ha permitido la formación de una derecha política orgánica, el aprismo del siglo XXI ha terminado convirtiéndose en la mejor opción para la defensa y profundización de un *statu quo* profundamente injusto, desigual y marginador.

BIBLIOGRAFÍA

ABC-independiente

1980a «El reportaje inolvidable: una vida en el siglo». *ABC-Independiente,* nº 78, año V, 14 -28 de marzo, pp. 28-35, Lima.

1980b «Luis Alberto Sánchez». *ABC Revista Independiente*, n° 94, agosto, Lima.

Agüero Vidal, Tito Livio

1998 «La temática indígena en los inicios del APRA (1930-1948): un estudio de cuatro intelectuales apristas». Tesis de maestría. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Aguiar, Wilson

1954 «Libertad y lucha. Entrevista a Haya de la Torre». *O Cruzeiro,* nº 30, año XXVI, 8 de mayo, San Miguel de Allende.

Aguilar Derpich, Juan

1984 *Catacumbas del APRA: vivencias y testimonios de su clandestinidad*. Lima: Del Recuerdo.

Aguirre Gamio, Hernando

1962 *Liquidación histórica del APRA y del colonialismo neoliberal*. Lima: Ediciones Debate.

1974 *El proceso peruano: cómo, por qué, hacia dónde*. México D. F.: El Caballito.

Álamo, César

1967 «Armando Villanueva del Campo». *Caretas*, nº 358, 14 al 25 de agosto, Lima.

Alarcón Portocarrero, José

1989 *El APRA y su liquidación histórica*. Lima: s/e.

Alegría, Ciro
1976 *Mucha suerte con harto palo: memorias.* Lima: Varona.

Alva Castro, Luis
1989 *Víctor Raúl: el señor asilo*. Tercera edición. Lima: Pachacútec.

Anónimo
s/f *Cancionero Aprista*. Lima: APRA.

Añi Castillo, Gonzalo
1967 *Historia secreta de las guerrillas*. Lima: Más Allá.

Arguedas, José María
1971 *El zorro de arriba y el zorro de abajo.* Buenos Aires: Losada.

Aricó, José
1980 *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente.

Baeza Flores, Alberto
1962 *Haya de la Torre y la revolución constructiva de las Américas*. Buenos Aires: Ed. Claridad.

Balbi Scarneo, Carmen Rosa
1980 *El Partido Comunista y el APRA en la crisis revolucionaria de los años treinta*. Lima: G. Herrera.

Barba Caballero, José
1981 *Apra: presente y futuro*. Tercera edición. Lima: s/e.

Barnechea, Alfredo
1995 *La república embrujada: un caso en la pobreza de las naciones.* Lima: Aguilar.

Basadre, Jorge
1978 *Apertura: textos sobre temas de historia, educación, cultura y política escritos entre 1924 y 1977*. Lima: Taller.
1983 *Historia de la República del Perú,* 1822-1933. Sétima edición. Lima: Universitaria.

Basadre, Jorge y Pablo Macera
1974 *Conversaciones.* Lima: Editorial Mosca Azul.

Béjar, Héctor
1969 *Perú 1965: una experiencia guerrillera.* Lima: Moncloa-Campodónico editores.
1973 *Las guerrillas de 1965: balance y perspectiva.* Colección Biblioteca Peruana, n° 31. Lima: Ed. Peisa.
1980 «Apra-PC 1930-1940: itinerario de un conflicto». *En Socialismo y Participación*, n° 9. Lima: CEDEP.

Belaunde Terry, Francisco

1962 *Así se hizo el fraude*. Lima: Imprenta Minerva.

Beltrán, Pedro

1976 *La verdadera realidad peruana.* Madrid: Librería Editorial San Martín.

Bendezú, Wilbert

1979 «Jorge Idiáquez». *Frente Único,* nº 15, año 1, 1-15 de diciembre, Lima.

1988 *Los últimos días de Víctor Raúl.* Lima: Banco de la Nación – El Nacional.

Bergel, Martín

2007 «La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura del heroísmo en los orígenes del aprismo peruano (1923-1931)». En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Coloquios 2007. París. <http://nuevomundo.revues.org/index5448.html>.

Bermúdez, José y Luis Castelli

1997 «Ricardo Napurí: "A treinta años del Che"». *Herramienta*, nº 4, Buenos Aires.

Berrios R., Jorge

2001 «Cincuenta años de "La flor de la canela" 1950–2000». *Paediatrica*, 4(1), pp. 50-51, Lima.

Blanco, Hugo

1964 *El camino de nuestra revolución.* Lima: Ed. Revolución Peruana.

1974 *Tierra o muerte: Las luchas campesinas en Perú.* Segunda edición. México D.F.: Ed. Siglo XXI.

Bohemia

1956 «Ramiro Prialé». *Bohemia,* 12 de agosto, La Habana.

1958 «Entrevista a Ramiro Prialé». *Bohemia*, 7 de setiembre, La Habana.

Bollinger, William

1977 «Víctor Raúl Haya de la Torre». *Equis X*, nº 80, 28 de setiembre, Lima (reproducción).

Bonilla, Heraclio y Paul W. Drake

1989 «Introducción: El APRA populista». En Heraclio Bonilla y Paul Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Bonilla, Heraclio y Paul W. Drake (editores)

1989 *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Borea Odría, Alberto

1980 *Qué ha hecho el Apra por el Perú*. Lima: Atlántica.

Bourricaud, Francois
1967 *Cambios en Puno.* México D.F.: Instituto Indigenista Interamericano.
1989 *Poder y sociedad en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos.

Bustamante y Rivero, José Luis
1994 *José Luis Bustamante y Rivero vida y obra. Edición de homenaje por el centenario de su nacimiento*. Arequipa: Municipalidad de Arequipa e Instituto Cambio y Desarrollo CYDES.

Caballero, José María
1981 *Economía agraria de la sierra peruana (Antes de la Reforma Agraria de 1969).* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Caballero Martín, Víctor
1979 *Las invasiones de haciendas en la División Ganadera de la Cerro de Pasco Corporation: 1958-1968.* Inédito.
1980 *Rebaños y minas en la Sierra Central (La División Ganadera de la Cerro de Pasco Corporation: 1900-1956).* Tesis de bachillerato. Pontificia Universidad Católica del Perú.
1981 *Imperialismo y campesinado en la sierra central.* Lima*:* Instituto de Estudios Andinos.

Caravedo Molinari, Baltazar
1974 *Conflictos interburgueses durante el ochenio de Odría 1948-1956.* CISEPA, Publicaciones Previas, n° 6. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
1978 *Desarrollo desigual y lucha política 1948-1956.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Cárdenas, Víctor Hebert; Héctor Cordero Guevara, Laureano Carnero Checa y Orestes Romero Toledo
1952 *El APRA y la revolución: tesis para un replanteamiento revolucionario*. Buenos Aires: s/e.

Caretas
1959 «Trasfondo de la crisis aprista». *Caretas*, nº 187, 30 de octubre-9 de noviembre, Lima.
1963a «¡Exclusivo! Haya declara para *Caretas*». *Caretas*, nº 261, año XIII, 16-28 de febrero, Lima.
1963b «Ramiro Prialé». Entrevista de Herbert John. *Caretas*, nº 266, año XIII, 10-23 de mayo, Lima.
1965a «Entrevista a De la Puente Uceda». *Caretas,* n° 313, año XV, 25 de junio-6 de julio, Lima.
1965b «Haya se siente más joven que nunca». *Caretas,* n° 288, año XV, 14-28 de enero, Lima.

1965c «En pleno 1965 un hacendado es conducido en andas por "sus" indios». *Caretas,* nº 309, año XV, 5-13 de abril, Lima.

1998 «Lo que no había dicho Javicho». *Caretas*, nº 1529, año IL, 13 de agosto, Lima.

Carneiro, Glauco

1964 «Haya de la Torre habla al continente». *O Cruzeiro*, nº 23, año VI, diciembre, pp. 19-23, Rio de Janeiro.

Caro Cárdenas, Ricardo

1998 *Vanguardia Revolucionaria: una introducción a los orígenes y desarrollo de la nueva izquierda peruana (1965-1972)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Castañeda, Carlos

1961 «Vendepatria y agente del comunismo: eso es Fidel Castro, dice Haya de la Torre». *Bohemia Libre,* abril, pp. 30-33, 78 y 79, Nueva York.

Castro Arenas, M.; E. Arana Freire y L. E. Tord

1970 «75 años en la vida de un líder». *La Prensa. 7 Días del Perú y del Mundo* [Lima], nº 609. 22 de febrero.

Cevallos, María Antonieta

1974 *Sindicalismo azucarero durante el período 1956-1962.* Cuadernos del Taller de Investigación Rural, nº 12. Programa Académico de Ciencias Sociales. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Chanduví Torres, Luis

1988 *El Apra por dentro, lo que hice, lo que vi, lo que sé: 1931-1957*. Lima: Taller Gráfico Copias e Impresiones.

Chang Rodríguez, Eugenio

1985 *Opciones políticas peruanas*. Lima: CDI.

2007 *Una vida agónica. Víctor Raúl Haya de la Torre*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Chirinos Soto, Enrique

1987 *Conversaciones con Belaúnde. Testimonio y confidencias.* Lima: Minerva.

1991 *Historia de la República*. 3 volúmenes. Bogotá: A.Ch. Editores.

Chullén Dejo, Jorge

1980 «El Apra frente al régimen de Belaúnde: oposición conservadora y superconvivencia». En Mariano Valderrama y otros. *El Apra: un camino de esperanzas y frustraciones.* Lima: Ediciones El Gallo Rojo.

CIA (Agencia Central de Inteligencia)

1960a «Venezuelan and Peruvian Ministers may Resign as Result OAS Meet». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento CSI-1998-00005, 1 de setiembre.

1960b «Latin America: 5: Peruvian Relations with Cuba». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento CSI-1998-00005, 27 de mayo.

1962a «The Situation and Prospects in Cuba». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento EO-1996-00176, 21 de marzo, pp. 5-6.

1962b «The Presidential Election in Peru». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento EO-1999-00271. Release Decision: RIFPUB. Sign. by Sherman Kent, President, 25 de mayo.

1962c Sitrep As Of 1400 Hours Local Time. Gobierno de los Estados Unidos de América, documento E0-2000-00227, RIFPUB, 22 de julio.

1963a «Political Prospects in Peru». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento EO-1993-00006. Release Decision: RIFPUB, 5 de enero.

1963b «National Intelligence Estimate». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento NIE 97-63, Washington D.C., 1° de mayo. Central Intelligence Agency Files, Job 79-R01012A, ODDI Registry. Secret.

1963c «Memorandum of Conversation». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento POL 14 PERU, Washington D.C., 10 de mayo. Confidencial.

1963d «Memorandum of Conversation». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento POL 14 PERU, Washington D.C., 31 de mayo. Confidential.

1966 «Intelligence Memorandum. Review of Insurgency Problems». Gobierno de los Estados Unidos de América, documento, nº 0863/65, 8 de marzo.

Cleaves, Peter S. y Henry Pease G.

1985 «Autonomía estatal y decisión política militar». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Collier, David

1978 *Barriadas y élites: de Odría a Velasco.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda

1960 *La Reforma Agraria en el Perú. Exposición de motivos y Proyecto de Ley*. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva.

Condoruna, Silvestre (Aníbal Quijano)

1971 «Las experiencias de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú». En: Vania Bambirra y otros. *Diez años de insurrección en América Latina.* Santiago de Chile: Ed. Prensa Latinoamericana.

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso)

1975 *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina.* México D.F.: Ed. Siglo XXI.

Contreras, Carlos y Marcos Cueto

2000 *Historia del Perú contemporáneo.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Convenio de Cooperación Técnica, Estadística y Cartografía (conestcar)
1966 *Primer muestreo agropecuario nacional, 1964.* Lima: Ministerio de Agricultura y Universidad Nacional Agraria La Molina.

Cordero Guevara, Héctor
s/f *Del Apra al Apra Rebelde*. Lima: s/e.

Cordero Guevara, H., L. Carnero Checa y O. Romero Toledo
1952 «Conferencia: Congreso Postal de Desterrados Apristas (2º: 20 octubre 1952, Guatemala)». En Víctor Hérbert Cárdenas, Héctor Cordero Guevara, Laureano Carnero Checa, Orestes Romero Toledo. *El APRA y la revolución: tesis para un replanteamiento revolucionario*. Buenos Aires: s/e.

Cossío del Pomar, Felipe
1931 *Biografía y gráficos de Haya de la Torre, 1895-1931*. Lima: Ed. Apra.
1946 *Haya de la Torre: el indoamericano*. Lima: Nuevo Día.
1969 *Víctor Raúl. Biografía de V.R. Haya de la Torre. Periodo 1931-1969.* México D.F.: Ed. Cultura.

Cotler, Julio
1970 «La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú». En José Matos Mar y otros. *El Perú actual (sociedad y política).* México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
1976 «Haciendas y comunidades tradicionales en un contexto de movilización política». En José Matos Mar (compilador) y otros. *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú.* Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1978 *Clases, Estado y nación en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1979 «La crisis política (1930-1968)». En Carlos Araníbar y otros. *Nuevas historia general del Perú: un compendio.* Lima: Mosca Azul Editores.
1985 «Democracia e integración nacional en el Perú». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Cotler, Julio y Felipe Portocarrero
1976 «Organizaciones campesinas en el Perú». En José Matos Mar (compilador) y otros. *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú.* Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Craig, Wesley, Jr.
1967 «From hacienda to community: An analysis of solidarity and social change in Perú». Tesis de doctorado. Universidad de Cornell.
1968 *El movimiento campesino en La Convención, Perú. La dinámica de una organización campesina.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Cristóbal, Juan
1984 *Máximo Velando o el optimismo frente a la vida*. Lima: Ediciones Debate Socialista.

1985 *¡Disciplina, compañeros!* Lima: Debate Socialista.

Cuadros Villanueva, Ferdinand

1990 *La vertiente cusqueña del comunismo peruano*. Lima: Horizonte.

Dancourt, Óscar

1980 *Aspectos económicos de la lucha campesina (1957-1964).* Cuaderno del Taller de Investigación Rural, nº 20. Programa Académico de Ciencias Sociales. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Davies, Thomas M., Jr.

1971 «The Indigenismo at the Peruvian Aprista Party. A Reinterpretation». *The Hispanic American Historical Review,* vol. LI, n° 4, Durham.

1989 «Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA: La Política de la Ideología». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Davies, Thomas M. y Víctor Villanueva

1978 *300 documentos para la historia del Apra: conspiraciones apristas de 1935 a 1939*. Lima: Horizonte.

1982 *Correspondencia y documentos de 1939. Secretos electorales del Apra*. Lima: Horizonte.

De la Puente Uceda, Luis

1966 *La reforma del agro peruano*. Lima: Ensayos Sociales.

1976 *El camino de la revolución* (obras escogidas). Lima: Ediciones Voz Rebelde, IV época.

1980a *Obras de Luis de la Puente Uceda*. Lima: Voz Rebelde.

1980b *Manual de capacitación ideológica: Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR- Perú.* Lima: Illarek-Chaska.

De las casas, Luis Felipe

1981 *El sectario*. Lima: ItalPerú.

Debray, Regis

1999 *La guerrilla del Che*. México D.F.: Siglo XXI.

Deere, Carmen Diana

1992 *Familia y relaciones de clase: el campesinado y los terratenientes en la Sierra norte del Perú, 1900-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Del Castillo, Jaime

2009 «Jaime del Castillo entrevista a Jesús Guzmán: "Fui testigo cuando Meche Cabanillas fue expulsada por el mismo Haya de la Torre"». Entrevista *on line*. Fecha de consulta: 18 de febrero de 2009. <http://radiohaya.blogspot.com/2009_02_01_archive.html>.

Driant, Jean-Claude
1991 *Las barriadas de Lima. Historia e interpretación*. Lima: IFEA y DESCO.

Durand Arp Nissen, José Francisco
1989 «Alan García y los empresarios, alianza y conflicto». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores) *El Apra de la ideología a la praxis.* Lima: Centro Latinoamericano de Historia Económica y Social.

Eguren, Fernando
1975 *Reforma Agraria, cooperativización y lucha campesina: el valle Chancay-Huaral.* Lima: DESCO.

El Volcán
1956 «Democraticemos el Apra». *El Volcán,* nº 2, 25 de setiembre, Lima.

Enríquez, Luis Eduardo
1951 *La estafa política más grande de América*. Lima: Ediciones del Pacífico.

Escobar, Alberto (compilador)
1972 *El reto del multilingüismo en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Escobar, Alberto y otros
1975 *Perú, ¿país bilingüe?* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Estados Unidos de América. Departamento de Estado
1962a «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/3-2462. Washington D.C., 24 de marzo, 6:01 p.m.
1962b «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/5-2962. Washington D.C., 29 de mayo, 9:14 p.m.
1962c «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00 /6-762. Washington D.C., 7 de junio, 8:16 p.m.
1962d «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/ 7-1362. Lima, 13 de julio.
1962e «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/7-2062. Lima, 20 de julio.
1962f «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/8. Washington D.C., 1 de agosto.
1962g «Memorandum for the Record». Archivos centrales, 723.00/7-2462. Washington D.C., 24 de julio.
1962h «Memorandum for the Record», Archivos centrales, 66.149. Washington D.C., 2 de agosto. Confidencial.
1962i «Memorandum for the Record, July 18». National Defense University, Taylor Papers, Daily Staff Meetings. Washington D.C., mayo-setienmbre.
1962j «Boletín del Departamento de Estado de los EE.UU.». 6 de agosto, pp. 213 - 214.
1962k «Telegram From the Department of State to the Embassy in Peru». Archivos centrales, 723.00/7-2862, Washington D.C., 28 de julio, 5:23 p.m. Confidencial.

1962l «Informe del subsecretario de estado federal George W. Ball para el presidente Kennedy». Archivos centrales, 611.23/7-2762. Washington D.C., 27 de julio. Confidencial.

1962m «Boletín del Departamento de Estado de los EE.UU.». 3 de setiembre, pp. 348-349.

1962n «Farewell Call of Embajador Jones Before Departing for Peru». Archivos centrales, 123 Jones, J. Wesley. Washington D.C., 25 de enero. Limited Official Use.

1962ñ «Informe del Subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos para el secretario de Estado Ball». Archivos centrales, 723.5-M.S.P./10-362. Washington D.C., 3 de octubre. Confidencial.

Extra

1956 «Haya de la Torre abandona la política activa». *Extra* [Lima], nº 68, año II, pp. 6-7. 8 de mayo.

Favre, Henri

1976 «Evolución y situación de la hacienda tradicional en la región de Huancavelica». En: José Matos Mar (compilador) y otros. *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú.* Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Figueroa Estremadoyro, Hernán

1986 *Historia del APRA: 1924 a 1986*. Lima: Inkari.

Fioravanti, Eduardo

1974 *Latifundio y sindicalismo agrario en el Perú: El caso de los valles de La Convención y Lares (1958-1964).* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Flores Galindo, Alberto

1977 *Arequipa y el sur andino: ensayo de historia regional (siglos XVIII-XX).* Lima: Horizonte.

1978 «Apuntes sobre las ocupaciones de tierras y el sindicalismo agrario 1945-1964». *Allpanchis,* n° 11-12, Cusco.

1980 *La agonía de Mariátegui.* Lima: DESCO.

1988 *Tiempo de plagas*. Lima: Caballo Rojo Ediciones.

Flores Galindo, Alberto y Manuel Burga

1980a «Feudalismo andino y movimientos sociales (1866-1965)». En varios autores. *Historia del Perú.* (12 tomos). Lima: Ed. Juan Mejía Baca.

1980b *Apogeo y crisis de la República Aristocrática (Oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú 1895-1932).* Lima: Ediciones «Rikchay Perú» n° 8.

Flores Galindo, Alberto y otros

1977 *Memoria y clases en el Perú: los cañeros de Lambayeque.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Franco, Carlos

1985 «APRA-IU: Límites y posibilidades». *El zorro de abajo,* n° 2, setiembre-octubre, Lima.

Gallegos Venero, Enrique

1960 «¿Debe preocuparnos la guerra subversiva?». *Revista de la Escuela Superior de Guerra,* año VII, n° 1, enero-marzo, Lima.

1963 «Un combate en la guerra contrarrevolucionaria». *Revista de la Escuela Superior de Guerra,* vol. X , julio-setiembre, Lima.

García Pérez, Alan

1987 *El futuro diferente. la tarea histórica del APRA cinco años después.* Lima: E.M.I.

2007 «El síndrome del perro del hortelano». *El Comercio* [Lima], n° 86.204, año 168. 28 de octubre.

2008 *La revolución constructiva del aprismo. Teorí@ y pr@ctica de la modernidad*. Lima: JR Servicios Gráficos.

García Toma, Víctor Óscar

1982 *Las alianzas del APRA*. Lima: Promociones Gráficas Imagen.

Germaná, César

1978 *La polémica Haya de la Torre - Mariátegui: Reforma o revolución.* Lima: Cuadernos de Sociedad y Política.

Gibaja Vargas Prada, Pedro

1983 *Movimiento campesino peruano (1954-1964). Algunos elementos de análisis.* Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES).

Gilbert, Dennis J.

1982 *La oligarquía peruana: historia de tres familias*. Lima: Editorial Horizonte.

González Casanova, Pablo

1984 *América Latina: historia de medio siglo*. México D.F.: Siglo XXI.

Guardia, Sara Beatriz

1972 *Proceso a campesinos de la guerrilla "Túpac Amaru".* Lima: CIP.

Gutiérrez L., Julio G.

1986 *Así nació el Cuzco rojo. Contribución a su historia política 1924-1934*. Lima: s/e.

Guzmán, Virginia y Virginia Vargas

1981 *El campesinado en la historia: Cronología de los movimientos campesinos 1956-1964.* Lima: IDEAS.

Haddox, John H.

1989 «La influencia de José Vasconcelos sobre Víctor Raúl Haya de la Torre». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Handelman, Howard

1975 *Struggle in the Andes: peasant political movilization in Peru.* Austin: Institute of Latin American Studies.

Haya de la Torre de la Rosa, Raúl Arístides

1975 *Aprismo, doctrina y virajes.* Tesis de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú.

1989 «El antimperialismo y el Apra y el izquierdismo aprista». En Víctor Hurtado *et al. A 60 años del antimperialismo y el Apra.* Lima: CONCYTEC y Centro de Estudios e Investigación Realidad y Cambio.

Haya de la Torre, Víctor Raúl (VRHT)

1932a *El plan del aprismo en 1931 según Haya de la Torre*. Guayaquil: APRA. (Nota general: Conferencia pronunciada por Víctor Raúl Haya de la Torre, jefe del Partido Aprista Peruano, el 23 de Agosto de 1931, en la Plaza de Toros de Lima).

1932b *Pensamientos sobre la realidad social y política de América latina.* Buenos Aires: Editorial Claridad, pp. 123-128.

1936 *El antimperialismo y el APRA*. Segunda edición. Santiago de Chile: Ercilla.

2002 [1955] «El imperialismo». En *Marxists Internet Archive*. <http://www.marxists.org>.

1956 *Treinta años de aprismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

1961 «Reformas sin violencia». *Visión*, nº 11, vol. 20, marzo, pp. 24-27.

1976-77 *Obras completas*. 7 volúmenes. Lima: Juan Mejía Baca.

1981 *130 artículos y una sola idea sobre el Apra*. Lima: A. Biondi Bernales.

Haya de la Torre, Víctor Raúl y Luis Alberto Sánchez

1982 *Correspondencia 1924-1976*. 2 tomos. Lima: Mosca Azul Editores.

Henríquez, N., E. Henry, J. Blanes y S. Vallenas

1978 *Características demográficas y sociales de la migración interna en el Perú, 1961-1972*. 2 tomos. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-PISPAL.

Henry, Etienne

1978 *La escena urbana. Estado y movimientos de pobladores 1968-1978.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Hernández Urbina, Alfredo

1956 *Los partidos y la crisis del Apra*. Lima: Ediciones Raíz.

Heysen, Luis

1927 «Romain Rolland». *Estudiantina*, año III, nº V-VI, febrero, Ciudad de La Plata.

Hidalgo, Alberto

s/f *Por qué renuncié al Apra*. Lima: Imp. Leomir.

Hildebrandt, César
1977 «Entrevista a Armando Villanueva del Campo». *Caretas*, 23 de junio, Lima.
1979a «Armando Villanueva del Campo». *Caretas*, 30 de julio, Lima.
1979b «Andrés Townsend Escurra». *Caretas*, 30 de julio, Lima.

Hildebrandt, César y César Lévano
1971a «Lo que no dijo Haya de la Torre (Primera Parte)». *Caretas*. nº 431, 3-12 de marzo, pp. 6-11, 46 y 48, Lima.
1971b «Las nostalgias de Haya (Segunda Parte)». *Caretas,* nº 432, 22-31 de marzo, pp. 16-21, Lima.

Hinojosa, Iván
2003 «Ricado Napurí: "Cometí la ingenuidad de preguntarle al Che Guevara"». *Caretas*, 22 de diciembre, Lima.

Hirsch, Steven Jay
1997 «The Anarcho-Syndicalist Roots of a Multi-Class Alliance. Organized Labor and the Peruvian Aprista Party, 1900-1933». Disertación de doctorado. Universidad George Washington.

Hobsbawm, Eric J.
1972 «Un caso de neofeudalismo: La Convención, Perú». *Ideología*, n° 1, enero-marzo, Ayacucho.

Hopkins, Raúl
1981 *Desarrollo desigual y crisis en la agricultura peruana 1944-1969*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Huamán Valladares, María Josefina
1974 «El Apra de 1930 a 1945: ¿movimiento populista?». Tesis de bachillerato. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Hurtado, Víctor
1989 *A 60 años del antimperialismo y el Apra*. Lima: CONCYTEC.

Igartúa, Francisco
1995 *Siempre un extraño*. Lima: Aguilar.

Iguíñiz, Javier
1986 «La crisis peruana actual: esquema para una interpretación». En Heraclio Bonilla (editor). *Las crisis económicas en la historia del Perú*. Lima: Centro Latinoamericano de Historia Económica y Social - Fundación Friedrich Ebert.

Internacional Comunista
1929 *El movimiento revolucionario latinoamericano*. Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana.

Jalée Pierre

1973 *L'imperialisme en 1970*. París: Francois Maspero.

Kammann, Peter

1982 *Movimientos campesinos en el Perú 1900-1968. Análisis cuantitativo y cualitativo (preliminar).* Seminario de Historia Rural Andina. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Kantor, Harry

1964 *El movimiento aprista peruano*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.

Kapsoli Escudero, Wilfredo

1975 *Los movimientos campesinos en Cerro de Pasco 1800-1963.* Huancayo: Instituto de Estudios Andinos.

Kapsoli Escudero, Wilfredo y otros

1977 *Los movimientos campesinos en el Perú, 1879-1965.* Lima: Delva Editores.

Klaiber, Jeffrey, S.J.

1980 *Religión y revolución en el Perú, 1824-1976.* Lima: Departamento de Humanidades de la Universidad del Pacífico.

2005 «El miedo al APRA. En Claudia Rosas Lauro (editora). *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y SIDEA.

Klarén, Peter F.

1970 *Formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA.* Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2004 *Nación y sociedad en la historia del Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Kuczynsky, Pedro Pablo

1980 *Democracia bajo presión económica: El primer gobierno de Belaúnde (1963- 1968).* Lima: Ediciones Treintaitrés - Mosca Azul Editores.

La Prensa

1974 «VRHT». *La Prensa. 7 Días del Perú y del Mundo* [Lima], nº 816, año XXIV. 22 de febrero.

La República

1983 «Habla Carlos Malpica». *La República* [Lima]. 2 de julio.

La Tribuna

1948a «La gira de Haya de la Torre y sus enseñanzas». *La Tribuna* [Lima]. 21 de mayo.

1948b «Editorial». *La Tribuna* [Lima]. 27 de mayo.

1948c «Editorial». *La Tribuna* [Lima]. 4 de junio.

1957 «s/t». *La Tribuna* [Lima]. 31 de julio.

1959 «Con el nuevo gabinete ensancha sus bases la convivencia democrática». *La Tribuna* [Lima]. 20 de julio.

1961 «s/t». *La Tribuna* [Lima]. 5 de diciembre.

1962 «Cuba no es el primer caso de entreguismo en América Latina». *La Tribuna,* 23 de setiembre de 1962. Traducido y reproducido en *La Tribuna* VII Época [Lima]. 7 de octubre, pp. 5.

La Voz de Huancayo

1963 «Declaraciones de Manuel Seoane». *La Voz de Huancayo* [Huancayo]. 1º de marzo.

Larco Herrera, Rafael

1947 *Memorias*. Lima. Rímac.

Ledesma, Genaro

1964 *Complot (Libro escrito en el Frontón durante la represión de la Junta Militar de Gobierno, 1963)*. Lima: Editorial Thesis.

Lenin, V. I.

1969 *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

Letts, Ricardo

1964 «Breve historia contemporánea de la lucha por la Reforma Agraria». *Economía y Agricultura,* vol. 2, Lima.

Lévano, César

1974 «Armando Villanueva del Campo». *Caretas,* nº 503, 19 de setiembre - 3 de octubre, Lima.

Life

1962 «Víctor Raúl Haya de la Torre en el día más crítico de su larga carrera». *Life en Español,* vol. 20, nº 2, 23 de julio, pp. 24-25, México D. F..

Lizarzaburu T., Pedro

1976 *La caída del régimen belaundista: Un análisis político o la tragicomedia de los hombres de la renovación.* Serie Publicaciones, n° 16. Lima: PUCP-CISEPA.

Llamojha, Manuel

1972 «Las luchas campesinas y la Confederación Campesina del Perú». *Campesino,* n° 5, Lima.

López, Sinesio

1979 «El Estado oligárquico en el Perú: un ensayo de interpretación. Naturaleza del poder del Estado oligárquico». En Rolando Ames y otros. *La investigación en ciencias sociales en el Perú.* Lima: TAREA.

López Mas, Julio

1979 *El Apra y la convivencia prado-beltranista*. Lima: Mimeo.

Lowenthal, Abraham F.

1985 «El experimento peruano reconsiderado». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Luna Vegas, Ricardo

1990 *Contribución a la verdadera historia del Apra 1923-1988*. Lima: Editorial Horizonte.

Lynch Gamero, Nicolás

1980 «El Apra y la dictadura militar (1968-1978)». En Mariano Valderrama León, Jorge Chullén Dejo, Nicolás Lynch Gamero. *El Apra: un camino de esperanzas y frustraciones*. Lima: El Gallo Rojo.

Macera, Pablo

1977 *Trabajos de historia*. 4 tomos. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

1978 *Visión histórica del Perú: del paleolítico al proceso de 1968.* Lima: Ed. Milla Batres.

Mac-Lean y Estenós, Percy

1953 *Historia de una revolución*. Buenos Aires: EAPAL.

Mac-Lean y Estenós, Roberto

1965 *La reforma agraria en el Perú.* México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Maletta, Héctor

1978 «Perú, ¿país campesino? Aspectos cuantitativos de su mundo rural». *Análisis,* n° 6, setiembre-diciembre, Lima.

Maletta, Héctor y Jesús Foronda

1980 *La acumulación de capital en la agricultura peruana.* Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Malpica S.S., Carlos

1967 *El mito de la ayuda exterior*. Lima: Francisco Moncloa Editores S.A.

1970 «El problema de la tierra». En: Gustavo Espinoza R. y Carlos Malpica S.S. *El problema de la tierra.* Lima: Biblioteca Amauta.

1976 *El desarrollismo en el Perú. Década de esperanzas y fracasos 1961-1971*. Lima: Editorial Horizonte.

1984 *Los dueños del Perú*. Décimo tercera edición. Lima: Peisa.

s/f *Guerra a muerte al latifundio. Proyecto de Ley de Reforma Agraria del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).* Lima: Ediciones Voz Rebelde.

Manrique, Nelson

1979 «El agro y el campesinado: antes, durante y después de la guerra con Chile». *Perú Agrario*, n° 9, marzo-abril, Lima.

1981 *Campesinado y nación. Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*. Lima: DESCO, Centro de Investigación y Capacitación - Editora Ital Perú S.A.

1987 *Mercado interno y región. La sierra central 1820-1930*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

1988 *Yawar mayu. Sociedades terratenientes serranas 1879-1910*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo e Instituto Francés de Estudios Andinos.

1993 *Vinieron los sarracenos. El universo mental de la conquista de América*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

1995 *Historia de la República*. Lima: COFIDE.

1997 *La sociedad virtual y otros ensayos*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1999 *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: SUR-CIDIAG.

2002 *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980 - 1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

2002 [1995] «Violencia, democracia y campesinado indígena en el Perú contemporáneo». En *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

2006 «Democracia y Nación: la promesa pendiente». En *La democracia en el Perú*, vol. 2. Lima: PNUD.

Mariátegui, José Carlos

1973 *Ideología y política.* Lima: Empresa Editora Amauta.

1984 *Correspondencia*. 2 tomos. Lima: Empresa Editora Amauta.

Mármora, Lelio

1975 *Superpoblación relativa, migraciones, movimientos campesinos y reforma agraria en el Perú (1956-1968).* Serie Publicaciones Previas, n° 7. Lima: CISEPA.

Martínez-Alier, Juan

1973 *Los huacchilleros del Perú.* París: Ruedo Ibérico-Instituto de Estudios Peruanos.

Martínez Arellano, Héctor

1979 «Haciendas y ganadería en Puno». *Análisis,* n° 8-9, mayo-diciembre, Lima.

1963 «La hacienda Capana». *Perú Indígena,* n° 24-25, Lima.

1980 *Migraciones internas en el Perú: aproximación crítica y bibliográfica.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Martínez de la Torre, Ricardo

1947-1949 *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú.* 4 tomos. Lima: Empresa Editora Peruana.

Matos Mar, José

1976 *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú. El caso del valle de Chancay.* Colección Perú Problema, n° 15. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Matos Mar, José y Jorge Carbajal

1974 *Erasmo Muñoz: yanacón del valle de Chancay.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Matos Mar, José y José Manuel Mejía

1980 *La reforma agraria en el Perú.* Colección Perú Problema, n° 19. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Matos Mar, José y otros

1970 *El Perú actual (sociedad y política).* México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Mauceri, Philiph

1996 *State under Siege: Development and Policy Making in Peru*. Boulder: Westview Press.

McClintock, Cynthia

1985 «Velasco, funcionarios y ciudadanos: políticas de cautela». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1989 «El Gobierno Aprista y la Fuerza Armada del Perú». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

McClintock, Cynthia y Abraham F. Lowenthal (compiladores)

1985 *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Mejía, José Manuel

1978 «El movimiento campesino en el Perú: crítica a W. Kapsoli». *Análisis,* n° 5, mayo-agosto, Lima.

Mejía, José Manuel y Rosa Díaz S.

1975 *Sindicalismo y reforma agraria en el valle de Chancay.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Mejía Baca, Juan

1980 *Quema de libros, Perú '67*. Lima: Juan Mejía Baca.

Meneses, Rómulo

1933 *Por el APRA (en la cárcel, al servicio del P.A.P.)*. Lima: Atahualpa.

Mercado, Roger

1966 *La revolución de Trujillo y la traición del Apra*. Lima: Fondo de Cultura Popular.

1967 *Las guerrillas del Perú. El MIR: de la prédica ideológica a la acción armada.* Lima: Fondo de Cultura Popular.

1970 *Vida, traición y muerte del movimiento aprista*. Lima: Fondo de Cultura Popular.

1985 *Los partidos políticos en el Perú: el APRA, el P.C.P. y Sendero Luminoso*. Lima: Ediciones Latinoamericanas.

Miró Quesada, Roberto

1975 «Contradicciones al interior de la burguesía peruana a través del análisis de los diarios El Comercio y La Prensa (1956-1962)». Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Miró Quesada Laos, Carlos

1959 *Radiografía de la política peruana*. Lima: Ediciones Páginas Peruanas.

Miroshevsky, V.M.

1980 «El "populismo" en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano». En José Aricó. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente.

Monge Salgado, Carlos

1989 «La práctica política aprista como respuesta a la crisis de los 80». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Montoya, Rodrigo

1978 *A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual (1960-1970).* Segunda edición. Lima: Mosca Azul Editores.

Moya Obeso, Alberto

1978 *Sindicalismo aprista y sindicalismo clasista en el Perú, 1920-1956.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y CISEN.

Moreno Mendiguren, Alfredo

1959 *El APRA es un partido internacional: recopilación de artículos publicados en La Prensa de Lima*. Lima: s/e.

Murillo Garaycochea, Percy

1976 *Historia del Apra, 1919-1945*. Lima: Atlántida.

Neira Samanéz, Hugo

1964 *Cuzco: tierra o muerte.* Lima: Populibros Peruanos.

1968 *Los Andes: tierra o muerte.* Madrid: Ed. ZYX.

1970 «Sindicalismo campesino y complejos regionales agrícolas (Perú, 1960-70)». *Aportes,* n° 18, octubre, París.

1974 *Huillca: habla un campesino peruano.* La Habana: Casa de las Américas.

1996 *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: Fondo Editorial Sidea.

North, Lisa

1985 «Orientaciones ideológicas de los dirigentes militares peruanos». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Oficina Nacional de Estadísticas y Censos

1974 *Anuario estadístico del Perú, 1971*. Volumen 1. Lima: Oficina Nacional de Estadística y Censos.

1962a *Censo Nacional: VI de Población y I de Vivienda. 1961*. Lima: INP.

1962b *I Censo Nacional Agropecuario. 1961*. Lima: INP.

1974 *Censo Nacional: VII de Población y II de Vivienda. 1972*. Lima: Presidencia de la República. Oficina Nacional de Estadística y Censos.

1975 *II Censo Nacional Agropecuario. 1972*. Lima: Presidencia de la República. Oficina Nacional de Estadística y Censos.

Oficina Nacional de Reforma Agraria (Onra)

1964 *Informe para declarar zona de reforma agraria los valles de La Convención y Lares*. Lima: Ministerio de Agricultura (Mimeo).

Oiga

1975a «Haya responde». Primera parte. *Oiga*, nº 605, año XV, 24 de octubre, pp. 16-22, Lima.

1975b «Haya responde». Segunda parte. *Oiga*, nº 606, año XV, 31 de octubre, pp. 18, 19 y 30, Lima.

Olórtegui Ramírez, Élmer

2001 *El señor de los incendios: 5 de febrero de 1975, la última insurrección del APRA*. Lima: s/e.

Orbegoso Venegas, Sigisfredo

1985 *Orígenes históricos del APRA*. Santiago de Chile: Ediciones Nuestramérica.

2003 *Luis de la Puente Uceda semblanza y perspectiva histórica*. Trujillo: Instituto Luis de la Puente Uceda.

Ortiz de Zevallos Thorndike, Javier

1976 *La democracia peruana presenta pruebas*. Lima: s/e.

Otero Bonicelli, Carlos

1978 *Economía política: elementos básicos*. Lima: DESCO.

Pakkasvirta, Jussi

2000 «Víctor Raúl Haya de la Torre en Centroamérica. ¿La primera y última fase del aprismo internacional?». Ponencia presentada en el V Congreso Centroamericano de Historia. San Salvador. 18 al 21 de julio. <http://www.helsinki.fi/hum/ibero/xaman/articulos/2000_05/pakkasvirta.html>.

Panfichi, Aldo

1983 «La crisis y las multitudes: Lima, 5 de febrero de 1975». *Debates en Sociología*, n° 9, Lima.

Partido Aprista Peruano

s/f *El APRA opina*. Colección Arturo Sabroso Montoya. CEDOC. Lima: Departamento de prensa, radio y T.V. de Radio Continente.

Pásara, Luis

1985 «Velasco: el sueño frustrado». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Pease García, Henry

1977 *El ocaso del poder oligárquico: lucha política en la escena oficial 1968-1975*. Lima: DESCO.

1979 *Los caminos del poder: tres años de crisis en la escena política.* Lima: DESCO.

Peirano, Luis

1978 *Prensa: apertura y límites.* Lima: DESCO.

Perú. Ministerio de Agricultura

1972 «Dirección de Estudios Básicos de la Oficina Sectorial de Planificación Agraria». En *Problemática del Desarrollo Agrario*. Lima: Ministerio de Agricultura.

1974 *Reforma agraria en cifras.* Serie Documentos de Trabajo, n° 12-74. Lima: Dirección General de Reforma Agraria y Asentamiento Rural.

1980 *Comunidades campesinas: Información básica.* Lima: Ministerio de Agricultura y Alimentación.

Perú. Ministerio de Gobierno y Policía

s/f *Los crímenes del Apra*. Lima: Ministerio de Gobierno y Policía.

s/f «Dirección de Publicidad». En *Organizaciones terroristas del Apra*. Lima: Ministerio de Gobierno y Policía.

s/f «Dirección de publicidad». En *La verdad sobre el APRA*. Lima: Ministerio de Gobierno y Policía.

Perú. Ministerio de Guerra

1966 *Las guerrillas en el Perú y su represión.* Lima: Departamento de Relaciones Públicas del Ejército.

Perú. Ministerio de Trabajo

1958 *Padrón de las comunidades de indígenas oficialmente reconocidas en la república, hasta el 30 de abril de 1958, por departamentos.* Lima: Dirección General de Asuntos Indígenas.

1962 *Acción del gobierno en el campo laboral e indigenista 1956-1962.* Lima: Dirección General de Asuntos Indígenas.

1964 *Atlas comunal.* 2 tomos. Lima: Dirección General de Asuntos Indígenas.

1968 *Asociaciones sindicales.* Lima: Servicio de Empleo y Recursos Humanos.

1972 *Informe 1971. Situación ocupacional del Perú.* Lima: Ministerio de Trabajo.

1973 *Las huelgas en el Perú, 1957-1972.* Lima: Dirección General de Empleo.

Planas, Pedro

1986 *Los orígenes del Apra: el joven Haya*. Lima: Okura.

Portocarrero, Julio

1987 *Sindicalismo peruano. Primera etapa 1911-1930*. Lima: Editorial Gráfica Labor.

Portocarrero Maisch, Gonzalo

1983 *De Bustamante a Odría. El fracaso del Frente Democrático Nacional 1945-1950.* Lima: Editorial Horizonte.

1990 «El Apra y el congreso económico nacional». En Luis Alberto Adrianzén (editor). *Pensamiento político peruano: 1930-1968*. Lima: DESCO.

Portocarrero Suárez, Felipe

1997 *El Imperio Prado. 1890-1970*. Lima: Universidad del Pacífico. Centro de Investigación.

Presente

1958 «Reportaje al hombre del año». *Presente,* 1º de enero, pp. 15-18, Lima.

1960 «Habla Armando Villanueva del Campo». *Presente*, nº 70-71, 8 de febrero, Lima.

1962 «Entrevista a Víctor Raúl Haya de la Torre». *Presente*, nº 84, abril, Lima. Originalmente publicado en Tokio como «VRHT. Sam-Kei». Entrevista de Soichi Oya.

Prialé, Ramiro

1960 *Discursos políticos*. Lima: Ediciones Continente.

Pumaruna, Américo (Ricardo Letts)

1967 «Perú: revolución, insurrección, guerrillas». *Pensamiento Crítico*, nº 1, febrero, pp. 74-128, La Habana.

Punto

1979 «Ramiro Prialé». *Punto*, nº 1, año 1, 6-13 de diciembre, Lima.

Quiroz Velasco, María Teresa

1983 *El Apra: el movimiento social y el Estado 1945-1948 (elecciones y lucha política en la coyuntura del '45)*. Mario Tejada Ch. Lima: FOMCIENCIAS.

Ramos Rau, Demetrio

1987 *Mensaje de Trujillo: del anarquismo al aprismo*. Lima: Instituto Nor Peruano de Desarrollo Económico Social.

Ravines, Eudocio

1952 *La gran estafa (La penetración del Kremlin en Iberoamérica)*. México D.F.: Libros y Revistas.

Rénique, José Luis

2004 «De la "traición aprista" al "gesto heroico". Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR». *Ciberayllu*. Fecha de consulta: 11/06/ 2004. <http://www.andes.missouri.edu/andes/Especiales/JLRLaPuente/JLR_LaPuente1.html>.

Resumen

1977 «Latinoamérica no es el tercer mundo». Entrevista a Haya de la Torre. *Resumen*, nº 204, vol. XVII, 2 de octubre, pp. 18-25, Caracas.

Romero Toledo, Orestes

1994 *El Apra: crónica de una esperanza: relato de un militante*. Lima: J.C. Editores.

Roncagliolo, Rafael

1985 «El APRA, la generación del 68 y la agonía del lenguaje». *El zorro de abajo,* n° 3, noviembre-diciembre, Lima.

Róquez, Gladys

1978 *La agricultura peruana. Estadísticas agrarias 1950-1978*. Lima: Taller de Estudios Andinos, Universidad Nacional Agraria (mimeo).

Rouillón, Guillermo

1984 *La Creación Heróica de José Carlos Mariátegui*. 2 tomos. Lima: Minerva.

Rubio Giesecke, Daniela

2008 «Las guerrillas peruanas de 1965: entre los movimientos campesinos y la teoría foquista». Tesis de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Sabroso, Arturo

s/f Archivo del líder sindical. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Salazar Bondy, Sebastián

1962 «Andes and Sierra Maestra». *Montly Review*, nº 8, vol. 14, diciembre, pp. 414-422, Nueva York.

Sanborn, Cynthia

1989 «El APRA en un contexto de cambio, 1968-1988». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Sánchez, Luis Alberto (LAS)

1936 *Haya de la Torre o el político: crónica de una vida sin tregua*. Santiago de Chile: Ercilla.

1955 *Haya de la Torre y el Apra*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

1978 *Apuntes para una biografía del APRA*. Lima: Mosca Azul Editores.

1982 *Testimonio personal. Tomo 3: La caldera del diablo 1945-1956*. Segunda edición. Lima: Mosca Azul Editores.

1985 *1900-1994, Haya de la Torre y el APRA*. Tercera edición. Lima: Universo.

1987 *Testimonio personal: memorias de un peruano del siglo XX*. 6 volúmenes. Lima: Mosca Azul.

Schwartzberg, Steven

1997 «Romulo Betancourt: From a Communist Anti-Imperialist to a Social Democrat with US Support». *Journal of Latin American Studies,* n° 3, vol. 29, pp. 613-665, Cambridge.

Schydlowsky, Daniel M. y Juan Wicht

1985 «Anatomía de un fracaso económico». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Scorza, Manuel

1971 *Redoble por Rancas.* Barcelona: Plaza & Janés.

1972 *Historia de Garabombo el Invisible.* Barcelona: Plaza & Janés.

1977a *Cantar de Agapito Robles.* Barcelona: Plaza & Janés.

1977b *El Jinete Insomne.* Barcelona: Plaza & Janés.

1979 *La Tumba del Relámpago.* Barcelona: Plaza & Janés.

Seoane, Edgardo

s/f *Ni tiranos ni caudillos. Cartas y hechos del proceso político 62-68*. Lima: Editora ItalPerú.

Seoane Corrales, Manuel

1952 *Carta de 1952*. Santiago de Chile: s/e.

1954 *El Nuevo Ayacucho*. México D.F.: Ediciones Humanismo.

2003 *Páginas escogidas.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Sólido Norte

1964 «Haya de la Torre». *Sólido Norte*, junio, Trujillo.

Stein, Steve

1982 «El APRA: los años de formación». *Histórica*, n° 1, vol. 6, Lima.

1989 «De la Clase a la Política: Víctor Raúl Haya de la Torre y la institucionalización de la protesta social en los años veinte». En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

Tarazona, Manuel

1977 «El plan de Haya». *Caretas*, nº 513, año XXVII, 17 de febrero, pp. 10-15, Lima.

Tejada, Luis

1985 «La influencia anarquista en el APRA». *Socialismo y Participación,* nº 29, marzo, Lima.

Temoche Benites, Ricardo

s/f *El APRA y los trabajadores*. Lima: s/e.

Thorndike Losada, Guillermo

1969 *El año de la barbarie*. Lima: Nueva América.

1973 *Las rayas del tigre*. Lima: Mosca Azul Editores.

1978 *Los apachurrantes años 50: taller de creación colectiva*. Lima: Guillermo Thorndike editor.

Thorp, Rosemary

1985 «Evolución de la economía peruana». En Cynthia McClintock y Abraham F. Lowenthal (compiladores). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1987 «La opción del Apra en el Perú». En José Antonio Ocampo. *Planes antinflacionarios recientes en la América Latina: un debate teórico en la práctica.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Thorp, Rosemary y Geoffrey Bertram

1978 *Perú 1890- 1977: Crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul Editores, Fundación Friedrich Ebert y Universidad del Pacífico.

Time

1954 «Exile at Large». *Time,* 19 de abril, Nueva York.

1965 «On with the War». *Time*, 12 de noviembre, Nueva York.

Troiane, Osiris

1974 «Víctor Raúl Haya de la Torre». *Caretas*, nº 499, año XXIV, 8-22 de mayo, Lima. Publicado originalmente en *La Opinión* de Buenos Aires, Argentina.

Tuesta Sobrevilla, Fernando

1987 *Perú político en cifras. Elite política y elecciones*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

Uceda, Ricardo

2004 *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército Peruano*. Bogotá: Editorial Planeta.

Última Hora

1971 «Por pedir lo que ahora se hace, fuimos perseguidos y acosados, afirma Haya». *Última Hora. Suplemento Político* [Lima]. *Sábado*, 20 de febrero.

Valcárcel, Gustavo

1981 «De la Puente: una campanada de luz en las tinieblas». *El Diario de Marka* [Lima]. 20 de enero, pp. 11.

Valderrama León, Mariano

1980 «La evolución ideológica del APRA 1924-1962» En Mariano Valderrama León, Jorge Chullén Dejo y Nicolás Lynch Gamero. *El Apra: un camino de esperanzas y frustraciones*. Lima: El Gallo Rojo.

Valderrama León, M., J. Chullén Dejo y N. Lynch Gamero

1980 *El Apra: un camino de esperanzas y frustraciones.* Lima: El Gallo Rojo.

Valencia, Alberto

1986 *Mariano Exaltación Chilje y otros relatos de la persecución*. Lima: Okura.

Valle Riestra, Javier

1961 Quiénes somos los Apristas Rebeldes. Antimperialismo del Apra». *Voz Rebelde. Órgano del Apra Rebelde*, nº 24, 16 de agosto, Lima.

2008 «Haya de la Torre vive. ¿Vive el Apra?». *Le Monde Diplomatique, edición peruana,* nº 11, año I, marzo, Lima.

Vanguardia

1957 «El Marxismo está en crisis», *Vanguardia*, nº 14, año I, segunda etapa, pp. 15-18, Lima.

1962 «Las elecciones de 1962». *Vanguardia,* nº 186, 10 de julio, Lima.

Vargas Llosa, Mario

1984 *Historia de Mayta*. Barcelona: Seix Barral.

2001 *Conversación en La Catedral*. Lima: PEISA.

Vega-Centeno B., Imelda

1985 *Aprismo popular: mito, cultura e historia*. Lima: Tarea.

1989 «Aprismo Popular: Cultura, Religión y Política» En Heraclio Bonilla y Paul W. Drake (editores). *El Apra de la ideología a la praxis*. Lima: Centro Latino Americano de Historia Económica y Social.

1991 *Aprismo popular. Cultura, religión y política*. Lima: CISEPA, Pontificia Universidad Católica y TAREA.

Villanueva, Víctor

1956 *La tragedia de un pueblo y un partido: páginas para la historia del APRA*. Segunda edición. Lima: s/e.

1973a *La sublevación aprista del 48. La tragedia de un pueblo y un partido*. Lima: Editorial Milla Batres.

1973b *Ejército Peruano: del caudillaje anárquico al militarismo reformista*. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca.

1973c *El CAEM y la revolución de la fuerza armada*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Jaime Campodónico Editor.

1975 *El Apra en busca del poder 1930-1940*. Lima: Horizonte.

1977 *El Apra y el ejército (1940-1950)*. Lima: Horizonte.

Villanueva del Campo, Armando

2004 *La gran persecución 1932-1956*. Lima. Correo-Epensa.

Villanueva Díaz, Guely

1985 *Reportajes al Apra: testimonio de 60 años de lucha*. Chiclayo: Acunta.

Volsky, George

1977 «Víctor Raúl Haya de la Torre habla en exclusiva sobre el pasado, presente y futuro de nuestra América Latina». *Hombre de mundo*, nº 2, año 12, pp. 84-89, México D.F.

Voz Aprista

1960 «Recuperando el sentido revolucionario del aprismo». *Voz Aprista*, nº 11, 1 de julio, Lima.

Voz Aprista Rebelde

1960 «Hilda Gadea renuncia al Apra de Ramiro Prialé». *Voz Aprista Rebelde*, nº 4, 1 enero, Lima.

1961a «Haya contra Cuba». *Voz Aprista Rebelde*, nº 19, 12 de abril, Lima.

1961b *Voz Rebelde,* nº 20, mayo, Lima.

1961c «s/t». *Voz Aprista Rebelde,* nº 24, agosto, Lima.

1961d «s/t». *Voz Aprista Rebelde*, n° 21, 26 de junio, Lima.

Webb, Richard

1975 «Políticas gubernamentales y distribución del ingreso en el Perú: 1961-1971». En Richard Webb y Adolfo Figueroa. *Distribución del ingreso en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1977 *Government policy and the distribution of income in Peru, 1963-1973.* Cambridge. Massachusetts y Londres: Harvard University Press.

X - Semanario del Pueblo Peruano

1978 «¿Haya Presidente?». *X - Semanario del Pueblo Peruano*, nº 117, 13-19 de julio, pp. 10-13, Lima.

Zimmermann Zavala, Augusto

1975 *El Plan Inca: objetivo. revolución peruana*. Lima: Diario Oficial El Peruano.